UNA AVENTURA APASIONANTE DE MÁS DE 2.000 AÑOS DE HISTORIA

ENRIC CALPENA

BARCELONA

Una biografía

DESTINO

Índice

Portada
Dedicatoria
Presentación: Una historia profundamente humana
Capítulo 1: Un parto muy largo
Capítulo 2: La Barcino romana
Capítulo 3: Los visigodos
Capítulo 4: Barshiluna
Capítulo 5: La Barcelona carolingia
Capítulo 6: Aprendiz de capital
Capítulo 7: El gran salto
Capítulo 8: La crisis del crecimiento
Capítulo 9: De cara al desastre
Capítulo 10: De cara a los negocios
Capítulo 11: Un despertar convulso
Capítulo 12: Una ciudad nueva
Agradecimientos
Notas
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

A todos los que no están y me gustaría que estuviesen.

A todos los que están, y a quienes quiero.

Pero sobre todo a Max y Gema, que con su amor y su paciencia me han ayudado a escribir este libro.

PRESENTACIÓN

UNA HISTORIA PROFUNDAMENTE HUMANA

Es fácil querer a la ciudad donde uno ha nacido y donde ha pasado la infancia. Los recuerdos y las vivencias se acumulan y es natural mirar con cariño sus calles, sus plazas, sus tiendas, sus bares, sus iglesias, sus museos, sus olores y su luz, que son parte de uno mismo. Barcelona, como pocas otras ciudades del mundo, también posee un don poco usual: es capaz de hacerse querer por personas que no viven y nunca han vivido en ella, por viajeros, turistas y gente de paso... Es muy difícil encontrar a alguien a quien no le haya impresionado. Algunos sostienen que es por su luz, quizá porque desconocen los días grises del invierno barcelonés. Otros se refieren a la amalgama entre su gusto burgués, al estilo de París, y los colores, los olores y los sabores genuinamente mediterráneos. Algunos mencionan sus monumentos o sus paseos, como el de Gràcia, la rambla de Catalunya o las omnipresentes Ramblas. En cualquier caso, suelen coincidir en una cosa: la amabilidad de los barceloneses y su cálido contacto con los visitantes.

¿Es cierto todo esto? ¿Barcelona es de verdad tan extraordinaria, o sencillamente está viviendo unos años de esplendor como nunca antes había conocido? La ciudad brilla en un momento en el que la vieja Europa ha perdido la importancia que tenía en el pasado, en el que el Mediterráneo se percibe más como un problema que como una solución, en el que la mezcla de identidades y de culturas que caracteriza estas primeras décadas del siglo XXI

comporta unas tensiones que resultan difíciles de sostener. No obstante, a pesar de que también está atrapada en estos callejones sin salida, Barcelona destaca, enamora, resplandece.

Uno de los motivos de este esplendor se debe al hecho de que Barcelona carece de uniformidad. Existen tantos ambientes diferentes que es prácticamente imposible no encontrar al menos uno del propio agrado y, al mismo tiempo, no apreciar esta miscelánea. A fin de cuentas, Barcelona es una ciudad pequeña, pero en pocos kilómetros cuadrados condensa una gran variedad de ambientes y permite experimentar una misma vivencia, como, por ejemplo, la salida del sol, de maneras muy diferentes.

Cuando el día empieza a despuntar, las parejas felices y los borrachos infelices pisan la arena fría de la playa del Bogatell y la ciudad, cargada de olor a salitre y acunada por el rumor de las olas, se abre al mar. En Pedralbes, por el contrario, rodeados de viviendas de lujo, los perros ladran y los pasos retumban en las calles. En Gràcia, los noctámbulos sentados en los bancos de la plaza de la Revolución fuman el último cigarrillo mientras observan los pasos apresurados de la gente que se dirige al trabajo. Y las calles rectilíneas del Eixample son testigos del ruidoso y ajetreado ir y venir de las furgonetas de reparto entre los edificios modernistas.

Estos escenarios tan diferentes no han surgido de la nada. Desde hace más de dos mil años, Barcelona se ha ido configurando y transformando hasta convertirse en lo que es en la actualidad. Es difícil imaginar cómo un lugar en apariencia pequeño ha acabado siendo una ciudad tan fascinante. Un mapa podría ayudarnos a comprenderlo, y Google Earth también puede sernos de utilidad. Desde una altura considerable, la ciudad de Barcelona se presenta con un tono marrón claro. Está encajonada entre una montaña no muy alta, verde y frondosa, y el mar. Si nos alejamos un poco más, tenemos la sensación de que Barcelona forma parte, simplemente, de la tierra de aluvión dejada por dos ríos, uno más grande, que queda a la izquierda si miramos desde el mar, y otro más pequeño, justo al otro lado de la montaña que la encierra. Y si seguimos

elevándonos y cambiando de perspectiva, percibimos que Barcelona está situada en la única planicie que tiene el litoral en muchos kilómetros al norte y al sur.

Aunque no hace mucho que se inventaron los aviones y los satélites, este conocimiento del territorio se ha poseído a lo largo de la Historia. Los hombres y las mujeres que pasaron por esta planicie a través de los siglos tenían plena conciencia de que se trataba de un lugar privilegiado, surcado por ríos y riachuelos, de tierra fértil, resguardado del mar y bien comunicado. Además, el mar que baña Barcelona, el Mediterráneo, es tranquilo y navegable, algo nada desdeñable. Su importancia en la historia de la civilización no decrecerá hasta el siglo XVI y en la actualidad, a pesar de haber perdido la relevancia que tenía hace quinientos años, el Mediterráneo sigue siendo uno de los emplazamientos clave del planeta.

Barcelona, ubicada en el extremo occidental del Mediterráneo, tiene la suerte de estar bien situada para el comercio. Durante la Edad Media, los mercaderes de Barcelona, ciudad principal de la Corona de Aragón, fundan embajadas comerciales por toda la costa. De hecho, cuando el Mediterráneo pierde poco a poco su hegemonía comercial tras el descubrimiento de América, los barceloneses ponen los ojos en tierras lejanas. A partir del siglo XVIII, Barcelona, lo quiera o no, comercia principalmente con ingleses y holandeses. A mediados del siglo XIX, la construcción del canal de Suez aporta nueva vida a los puertos europeos del Mediterráneo. Al no tener que rodear el cabo de Buena Esperanza, los barcos que desarrollan el comercio entre Europa y Asia no dudan en convertir cinco grandes puertos interiores europeos —Atenas, Nápoles, Génova, Marsella y Barcelona— en sus nuevos destinos. Buena parte del espíritu cosmopolita de la ciudad proviene de esta mirada al exterior.

Pero no puede comprenderse el alma de esta ciudad sin observarla más de cerca. Jaume Sisa, uno de los cantantes de la *ona laietana*, movimiento musical a caballo entre el folk y el pop que tuvo éxito en los años setenta y ochenta del siglo pasado, decía que

Barcelona era turística y doméstica a la vez. Tenía razón. Hasta el derribo de las murallas, a mediados del siglo XIX, Barcelona ocupaba muy poco espacio. Efectivamente, si se observa un plano de la ciudad, el trazado de las murallas, prácticamente destruidas, está circunscrito a las calles del centro. Pues bien, en este espacio reducido sucedía de todo —conspiraciones, sublevaciones, refriegas — y tenían cabida calles de ricos, de pobres, industrias y edificios institucionales. Cruzar la ciudad en carro o a caballo, como era normal en aquella época, resultaba muy difícil porque las calles, muy estrechas, estaban abarrotadas de gente. Quizá venga de entonces la pasión de los barceloneses por caminar. Ahora que las dimensiones de la ciudad ya no la hacen abarcable a pie, los barceloneses siguen caminando para ir de un sitio a otro siempre que pueden. Ese es el motivo por el cual en el centro urbano, y sobre todo en el relativamente gran distrito del Eixample, conviven perfectamente, a menudo en los mismos edificios, las viviendas particulares, oficinas y, siempre siempre, tiendas a pie de calle.

Las tiendas son también uno de los rasgos característicos de la ciudad. Tiendas se encuentran por todo el mundo y las de Barcelona no tienen por qué ser las mejores. Hay algunas preciosas, muchas de las cuales corren el peligro de desaparecer a causa de la especulación inmobiliaria y la presión de las franquicias internacionales, pero la mayoría de los establecimientos no son necesariamente tradicionales. Exceptuando los barrios más acomodados —y no todos—, las tiendas forman parte del paisaje cotidiano de los barceloneses. En el Eixample hay muchas instaladas en las antiguas carboneras de los edificios, donde se guardaba el carbón para la calefacción y las cocinas. Son esas tiendas que ocupan un semisótano, medio hundidas respecto al nivel de la calle, y que, bien pensado, resultan algo sorprendentes como espacio comercial.

La inmigración asiática de las últimas décadas ha vuelto a cambiar el concepto de tienda. Los comerciantes chinos y pakistaníes han abierto sobre todo peluquerías y supermercados con

horarios estratosféricos, aunque los autóctonos siguen dominando estos dos ramos. No es fácil encontrar peluquerías especializadas ni carnicerías o charcuterías que no estén regentadas por barceloneses de pura cepa. El barcelonés aprecia la tienda del barrio, pero eso no impide que vaya a comprar determinados artículos en lo que se conoce como «el centro», que nada tiene que ver con el núcleo geográfico, financiero o político de la ciudad, sino que se identifica, indudablemente, con el centro comercial. Se trata de una amplia zona cuyo corazón es la poco agraciada plaza de Catalunya, que abarca desde la calle de la Porta Ferrissa hasta la calle Provenza y desde el paseo de Gràcia hasta la calle Balmes. En esta área se concentran las tiendas de prestigio, que no siempre son las más caras. De hecho, el eje que va de este a oeste por el paseo de Gràcia queda momentáneamente interrumpido por la plaza de Catalunya y continúa por Portal de l'Àngel, la calle que discurre casi paralela a las Ramblas y en la cual los alquileres de los locales comerciales son los más altos del Estado y de los más caros de Europa.

Pasear, ir de compras, cambiar de ambiente... Barcelona es una ciudad que se hace querer. Quien busque vistas monumentales no las hallará tan impresionantes como en París, aunque, sin duda, contemplar la ciudad desde una de las torres de la Sagrada Família le cortará la respiración por un momento. Quien busque experimentar la sensación cosmopolita de Londres no encontrará Barcelona tan variopinta, pero un paseo por el Raval le permitirá apreciar los aromas culinarios de Bombay, Dakar o Cochabamba. Quien busque ese ambiente entre elegante y de estar por casa de Roma quizá no lo localice, sin embargo, ante un plato de paella Parellada en el restaurante Les Set Portes, podrá degustar una comida casera sentado en la misma silla donde hicieron lo propio Ava Gardner o Pablo Picasso.

Pero no todo es maravilloso en Barcelona. Una de las cosas que más choca a los de fuera es el poco interés que los barceloneses muestran por las personas famosas. Se podría afirmar que sucede

incluso lo contrario. Cuando Antoni Gaudí, el arquitecto de la Pedrera y de la Sagrada Familia, fue atropellado por un tranvía en el cruce entre la Gran Via y la calle Bailén, nadie lo reconoció hasta al cabo de unas horas. Era un personaje muy respetado, pero los barceloneses apartaban la mirada cuando pasaba por su lado. Harrison Ford, que vivió en Barcelona durante unas semanas acompañado de su mujer, Calista Flockhart, a menudo compraba en el mercado de la Concepció, en el barrio del Eixample. Los tenderos hacían comentarios, le sonreían y poco más. Dicen que el actor estaba muy sorprendido por el poco interés que despertaba, al menos en apariencia. Richard Gere llegó a Barcelona en 1990, pocos meses después del estreno de *Pretty woman*, para realizar una entrevista en un programa de televisión. Había estado en la ciudad una sola vez, pero no había tenido la oportunidad de visitarla con tranquilidad, por lo que pidió a los responsables del programa que alargaran su estancia un par de días. Gere, que se alojaba en un hotel de las Ramblas, paseó por las calles acompañado por un relaciones públicas de la televisión sin que su presencia despertase en la gente más atención que algunos comentarios y miradas.

Este comportamiento de los barceloneses es muy significativo y explica otra de las características que hacen que esta ciudad sea diferente: Barcelona se siente la capital de un Estado, aunque técnicamente no lo es. Desde la época de los reinos medievales, una ciudad con dominios feudales se convertía en la más importante desde un punto de vista político. Pero en aquel tiempo eso era algo muy relativo. Jaime I, uno de los reyes catalanes más recordados, siempre viajaba de un extremo a otro de sus dominios, entre otras razones porque así los nobles, que tenían la obligación de acogerlo, cargaban con los gastos de su manutención. Las Cortes, el Parlamento de la época, también se reunían de manera itinerante, y en los tiempos de la Corona de Aragón acostumbraban a hacerlo en poblaciones equidistantes de las tres principales ciudades de los reinos: Barcelona, Valencia y Zaragoza. Ya entonces, Barcelona era la más importante y ejercía, en cierto modo, de capital.

En la Edad Moderna, todas las monarquías europeas tendieron a establecerse en un lugar y a alimentar una burocracia en crecimiento. Aun siendo todavía la urbe principal de la Corona de Aragón —con el permiso, en ciertos momentos, de Nápoles y Valencia—, Barcelona empezó a perder empuje porque su monarca también era rey de muchos otros lugares, entre los cuales destacaba Castilla. En sus dominios castellanos, Felipe II convertirá una población menor, Madrid, en la sede administrativa y, a partir de ese momento, esta será cada vez más grande e importante. La aristocracia catalana, poseedora en su mayoría de los palacios en Barcelona, se traslada a la corte central y deja a la ciudad en una posición extraña, convertida en una capital que no poseía los atributos para serlo.

Este abandono de la administración, que durante muchos años se tradujo en menosprecio, ha forjado la mentalidad barcelonesa, algo diferente a la de las demás poblaciones catalanas. Una ciudad sin grandes palacios, pero con edificios residenciales muy atractivos; donde se respeta a las celebridades, pero no se las venera; una ciudad republicana, aunque hoy viva en una monarquía; una ciudad trabajadora, y al mismo tiempo burguesa. Así es Barcelona.

Los datos oficiales dicen que tiene poco más de 1,6 millones de habitantes, ocupa unos cien kilómetros cuadrados y es la capital de una comunidad autónoma de España. Los barceloneses saben, sin embargo, que viven en una superficie urbanizada, con unos cuatro millones de habitantes, que abarca unos seiscientos cincuenta kilómetros cuadrados aproximadamente, y una gran parte de ellos sienten que su ciudad es la capital de un país: Cataluña. Esta peculiar combinación de realidades y de sentimientos hace de la ciudad y de sus habitantes un conjunto singular. Barcelona es una ciudad con alma propia, un alma que nace de una historia diversa y conflictiva, de una historia profundamente humana.

CAPÍTULO 1

UN PARTO MUY LARGO

Plano de 1910 que indica la evolución histórica de la línea de la costa de barcelona.

A vista de pájaro, desde la sierra de Collserola, a quinientos metros de altura, la ciudad de Barcelona recuerda a una alfombra que se extiende desde la montaña hasta el mar. Pero la alfombra de cemento y piedra no es del todo plana. Hacia el norte presenta una sucesión de arrugas, de pequeñas colinas, que acaba mucho antes de que el río Besòs desemboque en el mar. Y frente al mirador, tocando la costa y algo desplazado hacia el sur, se aprecia el peñón de Montjuïc, al que los barceloneses, exagerando un poco, llaman «montaña». Si seguimos desplazando la mirada hacia el sur, la alfombra de edificios se va aclarando a medida que nos acercamos al otro río que enmarca Barcelona, el Llobregat. Vista desde el Tibidabo, se tiene la sensación de que la ciudad ocupa de manera natural este espacio delimitado al norte por el río Besòs, al sur por el Llobregat, al este por el mar Mediterráneo y al oeste por la sierra de Collserola.

Sin embargo, los primeros habitantes de Barcelona percibieron este espacio de manera muy diferente a la de aquellos que hoy en día suben al Tibidabo y, con el ruido de la Atalaya mecánica a sus espaldas, tienen por primera vez una visión completa de la ciudad donde viven.

LOS PRIMEROS BARCELONESES, GENTE MUY LISTA

En la península ibérica los primeros homínidos aparecieron hace unos 450.000 años. Se trataba de unos pocos individuos agrupados en pequeñas comunidades nómadas que rondaban por regiones muy extensas buscando frutos y tubérculos para recolectar y animales para cazar. Con toda probabilidad, alguno de esos grupos estuvo durante algún tiempo en el territorio que ocupa Barcelona en la actualidad. A pesar de ello, en el espacio donde hoy se asienta la

ciudad no queda ninguna huella de esa época, por lo que solo se puede especular. De hecho, los restos de estos primeros homínidos siempre han sido muy escasos, y no solo porque han pasado muchos siglos, sino también porque al ser muy pocos y llevar una vida de pura subsistencia dejaron pocos vestigios tras ellos.

No obstante, Barcelona puede presumir de tener unos vestigios prehistóricos de primer orden. En 1990 se descubrieron restos neolíticos en los alrededores del cuartel de Sant Pau y en el Morrot, en la montaña de Montjuïc. Aunque todos los vestigios presentan interés, estos restos son especialmente cautivadores. En el Morrot, hace alrededor de siete mil años, los primeros barceloneses empezaron a explotar la montaña y a extraer piedra y otros materiales que utilizaron para construir herramientas: puntas de lanza, percutores, cuchillos... Crearon lo que los prehistoriadores denominan «industria lítica», es decir, una cantera con un taller adyacente. La producción de estas herramientas fue muy importante y duró siglos. En las excavaciones realizadas se han hallado más de doce mil fragmentos, algunos en buen estado, lo cual indica que los primeros barceloneses disponían de una industria lo suficientemente importante para comerciar. Al igual que sus coetáneos del yacimiento de variscita —una piedra semipreciosa— en Gavà, los barceloneses del Morrot produjeron mucho más de lo que necesitaban. Debían de ser gente lista, pues con lo que les sobraba obtenían herramientas de piedra, productos y materias primas de otras tierras.

El terreno donde se asentaban era muy confortable. En aquella época, la zona estaba caracterizada por la presencia de marismas y pequeños lagos, así como de torrentes y riachuelos que bajaban de Collserola. A excepción de estas marismas y de las vías fluviales, el resto del terreno debía de estar cubierto de árboles, un bosque principalmente de robles y encinas, y pinos al otro lado del Llobregat, un paisaje usual en el Mediterráneo. Aunque en la actualidad estos bosques inmensos a ras de mar hayan desaparecido casi por completo a causa de la edificación y la urbanización de la costa, en algunas zonas del Mediterráneo han logrado conservarse

bastante bien. La presencia de tantos bosques explica que se hayan encontrado numerosas huellas de los incendios que asolaron el territorio, a menudo de poca extensión, provocados probablemente por el ser humano con intención de crear espacio para las tierras de cultivo. Aunque no sabemos con certeza qué comían los homínidos del Morrot, se supone que más o menos lo mismo que sus vecinos mineros de Gavà, asentados a una distancia de unos quince kilómetros al sur: muchos cereales provenientes de sus cultivos, espárragos y tubérculos, fruta, pescado del mar y de los lagos, moluscos, conejo o liebre, jabalí, ciervo... Y teniendo en cuenta que el proceso de domesticación de los animales ya había empezado, seguramente cerdo, cabra, cordero e incluso puede que buey o pato. No está nada mal.

Pero en el área que ocupa hoy Barcelona no había solamente animales domésticos. En el barrio de Les Corts, concretamente en la plaza de la Concòrdia, una de las más concurridas, se han hallado restos de hipopótamos. Y de elefantes en Horta y en Pedralbes, de caballos en Poble Nou, de tortugas y rinocerontes en Gràcia..., animales que ahora son más propios del parque zoológico de la Ciutadella que de las calles de la ciudad. Resulta increíble que los barceloneses de tiempos remotos convivieran con ellos.

Alrededor del taller de puntas de lanza, percutores y cuchillos de piedra de Montjuïc, se consolidó un asentamiento. Se han hallado sepulcros en la calle de Sant Pau, no muy lejos del Morrot, que atestiguan que aquellos hombres y mujeres tenían una vida espiritual en la cual se observaban ritos funerarios. En estas comunidades, formadas por unas decenas de individuos como máximo, sus miembros debían de estar unidos por fuertes lazos afectivos. Así pues, la muerte de uno de ellos no era simplemente un hecho cotidiano, sino un duro golpe para la comunidad. En el siglo XXI, dependiendo de la sensibilidad de cada individuo, la muerte de los desconocidos no acostumbra a provocar un gran dolor, somos muchos... Pero en una época en la que no había desconocidos porque era poco habitual conocer a alguien que no fuese directa o

indirectamente de la familia, la muerte de un individuo debía de ser impresionante para todos. Fuera quien fuese, sin duda, tenían recuerdos compartidos. Acompañar al difunto, prepararlo para el viaje al más allá, era algo absolutamente necesario para los primeros barceloneses.

Los sepulcros de Sant Pau debían de extenderse mucho más allá de esta calle cercana a Montjuïc. En 2012, durante las obras de reforma de la plaza de la Gardunya, justo detrás del mercado de La Boqueria, se halló la tumba de una mujer adulta colocada en posición fetal. La habían enterrado en una zanja a dos metros de profundidad, junto con una urna funeraria llena de comida. Llevaba una pulsera de variscita, que alguien habría traído de Gavà, y un collar de esteatita del que colgaba un colmillo de jabalí. Quizá los familiares de la mujer habían elegido aquel rincón solitario para enterrarla por alguna razón, pero no era lo acostumbrado. Cabe suponer que debía de haber otras tumbas en los alrededores que no se han encontrado, bien porque el tiempo las ha destruido, bien porque los edificios de la zona han impedido llevar a cabo las excavaciones necesarias para buscarlas. De ser así, se podría establecer la fundación de la ciudad en una época anterior a la que se ha considerado hasta ahora.

La planicie de Barcelona

Además del asentamiento de la cantera de Montjuïc, hubo sin duda, otras presencias humanas en la llanura de Barcelona. No es necesario ser un experto en arqueología para comprender que la extrema urbanización de la ciudad no ha facilitado la localización de la huella humana. Por otra parte, la presencia de vestigios arqueológicos siempre ha sido una molestia para los constructores, lo que ha contribuido, sin duda, a la desaparición de muchos objetos, ruinas y restos en Barcelona. No obstante, el hecho de que

se hayan encontrado algunos, aunque escasos, hace pensar que la presencia de aquellos hombres y mujeres de hace más de siete mil años en el territorio de la futura ciudad fue intensa.

La planicie de Barcelona estaba bien protegida del mal tiempo, la sierra de Collserola la resguardaba de los vientos, Montjuïc ofrecía cuevas y cobijos naturales, tenía agua en abundancia y había comida... Desde luego, no se podía pedir más. Por tanto, no es de extrañar que en ese territorio relativamente amplio, de un centenar de kilómetros cuadrados aproximadamente, los hombres del Neolítico se encontrasen a gusto.

Por otra parte, en una época en la que no había caminos, la ruta habitual para los desplazamientos pasaba, siempre y cuando fuesen accesibles, por los cauces de los ríos y por la costa. En Cataluña, la costa entre Blanes y el Garraf es plana y permite los traslados y las comunicaciones sin grandes dificultades. Además, tiene ríos que la entrecortan y que permiten adentrarse hacia el interior. Pero el territorio posee otra característica que a menudo pasa desapercibida: a pesar de no ser tan extensa como ahora, la planicie de Barcelona era, en cualquier caso, el espacio llano más vasto que había en todo el litoral. Esto comportaba que, de toda la porción de territorio alargado de la costa, fuera el lugar más adecuado para construir un poblado con posibilidades de expansión. No solo disfrutaba de una buena comunicación en dirección norte-sur, sino que también, gracias a los cauces del Llobregat y el Besòs, resultaba fácil adentrarse hacia el interior. Para rematarlo, ambos permitían además, gracias a sus afluentes o al hecho de que se comunicaban con otros ríos y torrentes, superar los obstáculos costeros al norte y al sur de la planicie. Por todo ello, no es de extrañar que Barcelona se haya convertido en la capital de Cataluña: era el territorio más adecuado para la expansión de sus habitantes.

Con el tiempo, la llanura ha crecido —sigue creciendo—, ganando terreno al mar. Los dos ríos principales, con muchos torrentes que bajan de la montaña, han aportado a lo largo de los siglos tierras y más tierras que han adelantado la línea costera y

provocado que el puerto de Barcelona, obstruido a menudo por la arena arrastrada hasta el mar, haya tenido que ser dragado en numerosas ocasiones. Debido a estas circunstancias, los restos del pasado más remoto de la ciudad se encuentran relativamente alejados de la costa actual, a excepción de los que antaño se encontraban en puntos elevados situados cerca del mar: Montjuïc y el monte Tàber, localizado en el actual núcleo duro del poder municipal del país, la plaza de Sant Jaume, y la calle Paradís, detrás de la catedral.

Se han encontrado vestigios prehistóricos en diversos lugares de Barcelona. Quizás el más singular sea el de la colina de Monterols, en la esquina de las calles Muntaner y Copèrnic. En 1917, mientras se construía un edificio, se descubrió una tumba realizada con losas planas que formaban una especie de caja de piedra de ochenta centímetros de largo por sesenta de ancho. Dentro de ella había un barcelonés. Bueno, en realidad algunos de sus huesos y dos hojas de sílex de hace unos cinco mil años. Durante buena parte del siglo xx, esta tumba fue el orgullo de los arqueólogos barceloneses, pero desde sus últimos años, cuando empezaron a llevarse a cabo excavaciones más sistemáticas y se hallaron los yacimientos del Morrot y Sant Pau, la fama de este sepulcro disminuyó.

En la actualidad, mientras se espera la aparición de nuevos descubrimientos a medida que se derrumban otros edificios, se puede afirmar que durante el Neolítico, y probablemente también antes, hubo hombres y mujeres para quienes la tierra de Barcelona fue la suya propia. Los estudiosos de la prehistoria discuten apasionadamente sobre si los cambios del Neolítico, lo que se conoce como «revolución neolítica», tuvieron su origen en Cataluña y en el País Valenciano de manera natural, al mismo tiempo que en otros pueblos del Mediterráneo, o bien llegaron de fuera gracias a los pueblos nómadas que enseñaron nuevas técnicas a los habitantes de la región. Fuera como fuese y pasara lo que pasase, bien poco debía importarles a los primeros barceloneses. Durante el Neolítico, los poblados convivían con el fenómeno del nomadismo, y

por ellos debían de pasar muchos grupos que aprendían de los sedentarios, los cuales, a su vez, se enriquecían con los conocimientos de los que estaban de paso.

Los layetanos

En cualquier caso, los vestigios neolíticos muestran sociedades donde convivían varios poblados, no muy alejados entre sí, que comerciaban, se relacionaban y, probablemente, se peleaban cuando lo creían oportuno. Con el tiempo, sin que se produjera necesariamente ningún suceso extraordinario, se observa que algunas de estas poblaciones mantenían unas relaciones tan estrechas y duraderas que las llevaron a convertirse en un solo pueblo o, como mínimo, en una sola cultura. Este proceso tuvo lugar en muchos lugares de la península ibérica y de lo que ahora se denomina el Midi y el sur de Francia. La sociedad neolítica se había vuelto demasiado complicada para seguir siendo esa especie de Arcadia idílica que ha ofrecido el imaginario cinematográfico. Ya han aparecido las armas de bronce, el cultivo de la tierra ha dejado de ser una novedad, la cerámica se produce más en serie y las redes comerciales, que alcanzan cientos de kilómetros, se han consolidado notablemente. En definitiva, se trata de otra sociedad, que produce muchos más alimentos y, en consecuencia, puede alimentar a muchos más individuos. Estos grupos de población más numerosos se irán acostumbrando poco a poco a vivir en un lugar determinado. Los nómadas que subsisten de la caza y de la recolección han dejado paso a los agricultores y a los ganaderos. De la gente del Neolítico se había pasado a los íberos.

¡Qué extraño habría sonado el nombre «íbero» a aquella gente si hubiera llegado a oírlo! Nadie se llamaba así y nadie se reconocía con este apelativo, pues se lo otorgaron, muchos siglos después de su aparición, unos visitantes muy especiales, los romanos, a partir del nombre que le dieron al río que ahora conocemos como Ebro:

Hiberus. Así pues, ¿quiénes eran los íberos? Respuesta: los que vivían cerca del río Hiberus. Como puede apreciarse, la geografía no era una disciplina que los romanos dominaran, porque acabaron por considerar íberos a todos los que vivían en el territorio de la península ibérica, incluidas las regiones que estaban muy alejadas del Ebro.

Por otra parte, es usual afirmar que los íberos «aparecieron», mientras que, de hecho, como ya se ha señalado, no se desplazaron desde parte alguna, sino que ya estaban allí. Sencillamente, eran los habitantes de aquellos territorios y empezaron a construir lazos e instituciones que a menudo afectaban a más de una población. Además, es probable que también se produjese cierta inmigración procedente del sur de la península, que aportó algunas características culturales a los íberos catalanes. No queda muy claro cómo se organizaron los hombres y las mujeres del Neolítico, si entre ellos había un grupo que mandaba sobre los demás o si disponían de una especie de Iglesia jerarquizada, aunque se sospecha que sí. Pero es indudable que entre ellos existía una aristocracia, unos grupos familiares que ejercían el poder sobre los demás y que, fuera o no del agrado de todos, se quedaban con parte del fruto del trabajo de los demás habitantes del lugar. De los íberos, cuya presencia se registra durante quinientos años, desde el siglo VI al I a. C., se sabe bastante, pero a la vez muy poco. Al no ser tan desconocidos y misteriosos como para alimentar leyendas, han sido relegados a un cierto olvido. Y todo ello se debe a una carencia más bien curiosa: aún no se ha descifrado su lengua, aunque se sabe perfectamente cómo sonaba. De los diferentes tipos de alfabeto utilizados por los íberos, el que se usaba en Cataluña permite reconocer sus signos y, por lo tanto, leerlo. Lo que ocurre es que no se entiende nada de nada, solo algunas palabras sueltas que los romanos y los griegos incorporaron en determinados lugares del territorio. Todavía no se ha hallado, quizá porque no existe, algún tipo de piedra de Rosetta que nos permita traducir su idioma. Es una

lástima, porque un descubrimiento de esta envergadura produciría un gran entusiasmo por saber cómo era la vida de aquella gente, que todavía desconocemos.

Los íberos que vivían en Barcelona eran los layetanos. Así se les llama desde que los romanos los bautizaron con ese nombre, aunque, en verdad, no se lo inventaran de sana planta. En el siglo II a. C., cuando Roma ya controlaba más o menos el territorio, se acuñaron algunas monedas íberas con la inscripción *Laiesken*, origen de la palabra *Laietania*. Por lo tanto, al menos al final de su existencia como pueblo, ellos mismos se denominaban «layetanos», tal y como los conocemos. El nombre puede tener numerosas procedencias, pero es posible que se refiriera a una de sus poblaciones más importantes, llamada Laie, que estaría situada en la montaña de Montjuïc. En ese poblado, del que no se han hallado vestigios, debía de confluir todo el comercio de Laietania, cuya superficie era muy amplia: aproximadamente desde Blanes, al principio de la Costa Brava, hasta la desembocadura del Llobregat y, por el interior, debía de extenderse más allá de Terrassa, a unos veinticinco kilómetros de Barcelona en línea recta.

Laie sería el origen, o puede que el nombre primitivo, de otro poblado más importante: Barkeno. Y con Barkeno no se bromea. En 1990 unas excavaciones encontraron veintiún silos enormes en la montaña de Montjuïc, los más grandes del noroeste peninsular. Tanto su considerable número como sus grandes dimensiones indican que Barkeno era una aldea que podía considerarse más o menos grande, o bien tenía una actividad comercial de exportación e importación muy significativa. O quizás ambas cosas. Lo cierto es que los arqueólogos barceloneses tienen las mismas dificultades en Montjuïc que en el resto de la ciudad: la densidad de edificios y de infraestructuras dificultan el desarrollo de las excavaciones y el hallazgo de restos. Pero cuando se les presenta la ocasión de excavar en la montaña, a menudo encuentran vestigios del pasado. Durante las excavaciones en las que se hallaron los silos, también se encontró un muro de un metro de anchura que, probablemente,

formaba parte del poblado ibérico. Y eso no es todo, los restos revelaron cosas aún más interesantes. Los arqueólogos encontraron indicios de que mucho antes de la invasión romana, en 218 a. C., se había instalado al lado del poblado ibérico de Barkeno, en Montjuïc, una especie de delegación comercial romana. El hecho ofrece una perspectiva muy diferente de la que se ha tenido durante mucho tiempo acerca de cómo entraron en contacto los romanos y los íberos.

La imagen que nos hemos forjado de los pueblos de la Antigüedad, es decir, que sus actividades principales eran la guerra y la religión, no parece encajar con la realidad que ofrecen los restos arqueológicos. Es innegable que entre estos hay armas y vasijas rituales, pero en la mayoría de las ocasiones revelan elementos de la vida cotidiana o se trata de piezas relacionadas con el comercio. Comer, reír, hacer vida comunitaria, labrar la tierra, cuidar de los animales, vender lo que sobra para comprar otras cosas... Esa era la vida de los íberos y, por lo que parece, de la mayor parte de los diversos pueblos de aquella época, pocos siglos antes de Cristo. Al igual que ahora, el grado de sofisticación de los pueblos del Mediterráneo sería muy diferente. Mientras que los egipcios ya disponían de unas estructuras administrativas y sociales de primer orden desde hacía siglos, otros pueblos contemporáneos tendrían un nivel de desarrollo parecido al de los íberos. También existían sociedades como las de las polis griegas, o las sociedades fenicias, especialmente avanzadas en algunos aspectos, como el comercio, por ejemplo. Los fenicios y los griegos llegarán a lo largo de los años a las costas catalanas y mantendrán un contacto más o menos permanente con los layetanos de Barkeno.

Pero los historiadores tampoco se ponen de acuerdo en este punto. Para algunos, Emporion, la colonia griega situada al norte de la Costa Brava, al lado de L'Escala actual, tuvo una enorme relevancia. Para otros, en cambio, los fenicios preferían Barkeno, quizá los que venían de Ebusus, la actual Ibiza, o simplemente los comerciantes cartagineses. Ya fueran griegos o fenicios, o incluso los

primeros romanos, lo cierto es que Barkeno era una ciudad completamente dedicada al comercio. A los pies de la montaña de Montjuïc tuvo que existir un puerto o algún lugar habilitado para que los barcos que llegaban pudiesen llevar a cabo las maniobras de carga y descarga de las mercancías con comodidad y resguardados del mal tiempo. Curiosamente, o no, es el mismo lugar que hoy en día ocupa el puerto comercial de Barcelona.

Barkeno fue una de las urbes más importantes de Laietania. Quizá resulte excesivo hablar de capital, entre otras cosas porque tampoco está muy claro que la organización de los íberos previese una estructura administrativa centralizada. Además, otras poblaciones layetanas en las que sí se han hallado restos importantes eran lo suficientemente grandes como para optar al título honorífico de primera ciudad. La más destacada era Burriac, cerca de la actual población de Cabrera de Mar, a unos treinta kilómetros al norte de Barcelona. Tampoco hay que menospreciar el poblado de Puig Castellar, en Santa Coloma de Gramenet, a poca distancia del centro de Barcelona, cuyos restos se pueden visitar para hacerse una idea de lo que significaba vivir en una colina bien fortificada y defendida cerca del mar. O Mas Boscà, en Badalona, que también está situado sobre una colina y fortificado. De hecho, hasta la fecha se han encontrado una veintena de poblados en Barcelona y sus alrededores.

Ahora bien, el hecho de que los layetanos construyeran tantas edificaciones sobre colinas con sólidas defensas hace reflexionar. Nadie invierte tiempo y trabajo alzando murallas si no tiene quien le ataque. Y aunque en tiempos de los íberos había lobos en la sierra del litoral de Barcelona, no parece que estas defensas tan importantes se construyeran para ahorrarse algún mordisco. Más bien hay que sospechar que quienes mordían a los layetanos eran tan humanos como ellos. Pero ¿por qué debían defenderse? Pues, muy probablemente, porque en aquella época poseer viñedos, cosechas y mercancías para comerciar no estaba al alcance de todo el mundo. Es muy posible que hubiera cuadrillas de hombres y

mujeres que recorrían el territorio en búsqueda de oportunidades, algunas pacíficas y otras no. Además, cuando en alguna zona había escasez, la tentación de ir a ver qué se podía encontrar a unas horas de marcha debía de ser muy fuerte. Tampoco se pueden olvidar la aparición de los mercaderes extranjeros que llegaban en barco, los cuales no serían unos santos precisamente, o las expediciones procedentes de lugares lejanos a la caza de botines, que podían llegar por tierra desde cualquier dirección.

También hay teorías que nos ofrecen una visión más pacífica de los layetanos. Según algunos arqueólogos, el hecho de que las poblaciones íberas layetanas estén casi siempre colocadas sobre una colina no significa que los íberos fueran paranoicos o estuvieran constantemente en guerra. Significa que estaban allí simplemente porque los poblados ibéricos se formaron en los mismos lugares donde antes había poblados neolíticos. Y la gente del Neolítico sí tenía necesidad de defenderse. Los íberos no hicieron más que quedarse en los lugares donde se había vivido tradicionalmente en aquel territorio.

Los libros de historia, que acostumbran a contar los siglos como si fuesen calderilla, no suelen poner énfasis en el hecho de que, cuando se habla de una civilización o de un pueblo, raramente se hace referencia a un periodo concreto, sino a un largo proceso de una sociedad en evolución. Parece como si una cultura permaneciese inmutable hasta su desaparición. No hace falta ser un experto para darse cuenta de que no puede ser así. Las civilizaciones y los pueblos cambian con el paso del tiempo. Cierto es que la aceleración de los últimos dos o tres siglos induce a pensar que todas las culturas anteriores eran estáticas, pero no es verdad. Los íberos, los layetanos, existieron desde el siglo VI a. C. hasta el I a. C. A lo largo de quinientos años se sucedieron, sin duda, episodios de todas clases, y no hay que dar por sentado que lo válido para los primeros años también lo fuera para los sucesivos. Seguro, por ejemplo, que hubo episodios violentos, aunque no haya quedado ninguna constancia arqueológica de ellos.

¿Cómo vivían los íberos prebarceloneses? Podemos imaginar que, más o menos, como sus coetáneos de la Grecia clásica. Quizá fueran un poco menos sofisticados en algunos aspectos, pero su vida cotidiana era muy parecida. Al igual que los griegos —y los etruscos, los cartagineses o los fenicios contemporáneos—, los íberos sabían forjar y construían armas de metal y utensilios para labrar la tierra, sabían escribir y acuñaron moneda, aunque eso sucediese en la fase final de su civilización. No se trata, por tanto, de ninguna especie de hombre primitivo, y prueba de ello es el sofisticado armamento que construyeron: desde lanzas, mallas de hierro, cascos con penacho y sólidos escudos alargados hasta arneses y espadas, la mayoría largas y pesadas. Otros íberos fronterizos utilizaban habitualmente la espada corta de doble filo, tan temida por los romanos que acabaron adoptándola como propia para equipar a sus legiones. Los romanos, que combatieron ferozmente con los íberos, admiraban su destreza con las armas y los contrataron a menudo como mercenarios en sus ejércitos. Los íberos sabían combatir en formación, eran valientes y despreciaban el peligro.

El armamento de los layetanos no es una cuestión menor. El tipo de escudo y las medidas defensivas que adoptaban inducen a considerar que estaban muy bien organizados. De hecho, cuando los romanos tuvieron que luchar con ellos, les sorprendió que no huyeran, como solía pasar con otros indígenas del otro lado de los Alpes, en el norte de Italia. Los íberos aguantaban las acometidas de las legiones romanas en formación, y procuraban mantener un cierto orden y disciplina incluso en las derrotas. Gracias a su pericia castrense y cultural, muchos hispanos o íberos romanizados formaron parte de la guardia personal del emperador, si bien, todo sea dicho, en una época en que la vida de este tampoco estaba muy cotizada.

El pueblo íbero, y concretamente los layetanos, siguen estando hoy en día sumergidos en una especie de niebla histórica. Forman parte de lo que los historiadores denominan, no sin cierta

pedantería, «la protohistoria», es decir, la historia de los pueblos contada por terceros. En definitiva, al no entender su idioma, es necesario fiarse de lo que cuentan de ellos los romanos y, en menor medida, los griegos. La visión de quien fue su enemigo y, en el mejor de los casos, acabó dominándolos no parece ser la más imparcial. Pero no hay otra, exceptuando las fuentes arqueológicas, que siempre son demasiado concretas y no proporcionan muchas explicaciones. De este modo, se desconoce si la vida en la planicie de Barcelona fue dura o, por el contrario, maravillosa para los layetanos; si Barkeno existió a los pies del monte Tàber o si fue simplemente una extensión de Laie a los pies de la montaña de Montjuïc; si para los layetanos aquella veintena de poblados de la planicie formaban parte de una única comunidad o eran más bien pueblos mal avenidos. Todo esto se ignora, pero no cabe duda de que los habitantes de Barkeno, como les sucede a los barceloneses actuales, debían de tener una apasionada relación de amor y odio con su ciudad. La prueba de ello se encuentra en la inscripción de unas monedas que demuestran que esos íberos se sentían identificados con la urbe. Hay, o, mejor dicho, había, dos monedas antiguas con la inscripción *Barkeno*. Hoy en día solo sabemos dónde está una de ellas: en el Museo Nacional de Dinamarca, en Copenhague. La compró un coleccionista danés a un anticuario de París en 1847 y acabó en una vitrina del museo. La otra había permanecido en Barcelona, pero desapareció junto con otras monedas antiguas del Museu Nacional d'Art de Catalunya (MNAC) durante el caótico inicio de la guerra civil en 1936, y no se ha vuelto a saber de ella. La colección del Gabinet Numismàtic fue empaquetada y enviada a Francia, pero precisamente el paquete que contenía la moneda ibérica se perdió.

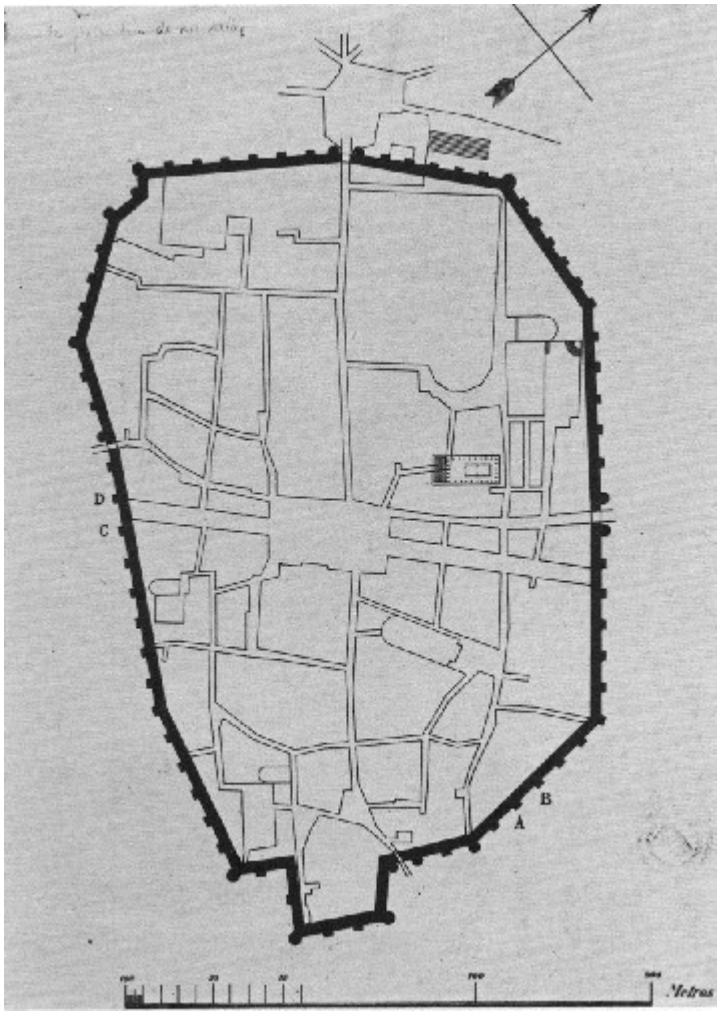
Los arqueólogos más pesimistas de las universidades catalanas están convencidos de que la moneda, que era de plata, fue vendida o fundida y no se la volverá a ver. En cambio, la facción más optimista del gremio de arqueología catalana está convencida de que, tarde o temprano, el dracma de plata con la inscripción *Barkeno*

aparecerá y volverá al museo. Si se tiene en cuenta que, durante la guerra civil, buena parte de las monedas que se conservaban en España y en Cataluña fueron malvendidas para sufragar el exilio, en pocos casos dorado, no parece haber grandes esperanzas de que la moneda vuelva un día a la ciudad.

Mientras los layetanos acuñaban dracmas imitando a sus vecinos griegos de Emporion, otros visitantes empezaban a ocupar el territorio sin hacer mucho ruido, al menos al principio. Se trataba de los romanos.

CAPÍTULO 2

LA BARCINO ROMANA



La ciudad romana según plano del siglo III.

Los romanos siempre demostraron una gran ambición y una cierta soberbia. Eso no significa que no fuesen admirables en muchos aspectos, pero no dejaban de meter baza en todo para rehacer el mundo a su antojo. Roma, como es bien sabido, se fundó a principios del siglo v a. C. En el transcurso de unos doscientos años, aquella minúscula población consiguió crecer lo suficiente para fundar un pequeño imperio situado entre el centro y el sur de la península itálica. Es difícil determinar qué los distinguía de sus vecinos y, en consecuencia, por qué tuvieron tanto éxito en su expansión. Como siempre, las causas debían de ser variadas y complejas, algunas incluso casuales. En cualquier caso, fuera cual fuese el motivo de su expansión, lo cierto es que muy pronto los romanos pusieron los ojos mucho más allá del territorio que rodeaba su ciudad.

ROMA Y CARTAGO: LUCHA DE TITANES

Como hicieron antes los griegos, los fenicios y los etruscos, los romanos empezaron a trenzar una red comercial marítima con barcos que navegaban costeando, en cabotaje. Pasito a pasito, se plantaron en la costa catalana, donde se toparon con un río de aguas rojizas, del color de una yema de huevo, al que llamaron Rubricatus, el actual Llobregat, que les ofrecía una magnífica puerta de entrada al interior. Allí construyeron un asentamiento a los pies de la montaña de Montjuïc, aunque se desconoce de qué tipo. Tampoco se conoce si construyeron otros parecidos a lo largo de la costa catalana. Pero lo que sí se sabe con certeza es que aquella llanura fértil, protegida del viento y dotada de agua abundante procedente de sus ríos y torrentes, no pasó desapercibida a una gente tan lista, aunque aún tendrían que pasar años, e incluso

siglos, antes de que fundasen Barcino. El mejor estímulo es la competencia, dicen los capitalistas. Y quizá tengan razón, porque cuando los romanos se toparon con los cartagineses, un pueblo tan soberbio y poderoso como ellos, empezaron a desarrollar una política exterior más ofensiva. Los cartagineses habían sido originariamente una colonia fenicia que con el tiempo se había emancipado. Al principio eran mercaderes y colonos de la ciudad de Tiro, ahora situada al sur del Líbano, cerca de la frontera con Israel, pero el Imperio seléucida conquistó la población y los cartagineses se quedaron sin referentes. A muy pocos kilómetros de la Túnez actual, Cartago se convirtió en un Estado con una organización e instituciones que no tenían nada que envidiar a las romanas. Disponía, por ejemplo, de un Consejo de Ciento, como tendría Barcelona muchos años después, y de una especie de comisión ejecutiva de treinta miembros que regía la ciudad y el imperio. Además, Cartago tuvo la suerte de que, en aquella época, el norte de África no era tan árido como ahora. Era una región privilegiada y fértil que ofrecía a los cartagineses los recursos suficientes como para plantearse la expansión y el control de buena parte del Mediterráneo.

Fue casi inevitable que Cartago y Roma se enfrentaran. El primer choque importante tuvo lugar en Sicilia, la isla más importante del Mediterráneo hasta que las revoluciones agrarias y la diversificación de los cultivos dieron lugar a que otras zonas del Mediterráneo produjesen, con el paso de tiempo, cosechas muy abundantes. Sicilia parecía haber sido concebida para el cultivo de cereales, especialmente de trigo. Quien controlaba la isla se aseguraba el suministro de un alimento básico para su población y dejaba sin sustento al enemigo. No es de extrañar que mucho tiempo después, durante la Edad Media, la Corona de Aragón, en plena expansión, se fijase en la isla como uno de sus principales objetivos.

Los cartagineses controlaban la isla de manera inestable. A mediados del siglo III a. C., los cartagineses, o púnicos, como también se los conocía, se enfrentaron a los romanos por su control durante la que iba a denominarse Primera Guerra Púnica. Ganaron los romanos, y los cartagineses, que seguían siendo fuertes y poderosos, vieron como se les cerraba el paso hacia el norte. Fue entonces cuando dirigieron su atención hacia el oeste, en concreto hacia el sur de la península ibérica, una zona especialmente rica en minerales cuyos habitantes, los íberos, eran poco belicosos. Aprovechando el puerto natural, fundaron allí una ciudad muy importante: Cartago Nova, la actual Cartagena.

Dice el refrán que cuando una puerta se cierra, otra se abre, pero no es del todo cierto, al menos para los imperios en expansión. Los cartagineses querían ampliar su territorio y vengarse de los romanos, mientras que estos querían rematar lo que habían empezado y devorar toda Cartago. El punto de fricción fue la frontera ibérica de los dos imperios.

El Tratado del Ebro

Cartago se había consolidado en el sur, pero Roma había empezado a imponer su presencia de manera sólida en la mitad norte de la península, aproximadamente en lo que ahora corresponde a Cataluña y a buena parte del País Valenciano. La tensión en la zona fue aumentando. Sin embargo, hay que tener presente que las fronteras de entonces no eran como las de ahora, una línea, sino que eran regiones más o menos extensas que los poderes en conflicto dominaban como podían. Esto implica, por ejemplo, que uno de los *casus belli* típicos de la actualidad, el cruce ilegal de una frontera, no se producía con tanta facilidad. Además, los Estados antiguos mantenían a menudo el dominio del territorio gracias a alianzas tributarias y comerciales con pueblos de la zona, y no a través de sus funcionarios o mediante la implantación de una policía

o de un ejército en el lugar. Así que Roma y Cartago decidieron que, con tanto territorio por repartirse, quizá no era necesario llegar a las manos. Ante la aparición de los dos contendientes, los íberos tomaron partido por uno u otro siguiendo el sabio criterio de elegir al más fuerte o al que creían que podía hacerles más daño. En el año 226 a. C., Roma y Cartago firmaron un acuerdo que teóricamente establecía una frontera precisa, el río Ebro, aunque hay quien afirma que era el Júcar. En todo caso, se trataba de un río importante: lo que había hacia el sur era de Cartago y lo que había hacia el norte, de Roma.

El Tratado del Ebro refleja claramente que Roma consideraba la mayor parte de lo que hoy es Cataluña como parte de su zona de influencia, a pesar de que Cartago no lo reconociese. Los romanos habían dejado de ser aquel pueblo que llegaba con sus barcos a la futura tierra catalana para enriquecerse con el comercio. Ahora eran una potencia, un Estado sólido —de talante muy diferente a los actuales, pero sólido al fin y al cabo— que disponía de dos armas impresionantes. En primer lugar, un ejército que, si bien no había alcanzado el nivel de excelencia militar del que gozaría siglos más tarde, era duro y con experiencia. En segundo lugar, una política exterior clara que no se conformaba con organizar expediciones de saqueo o establecer delegaciones comerciales, sino que se planteaba dominar el vasto territorio y romanizarlo. Este extraño verbo, «romanizar», es la clave para comprender lo que pasó en Cataluña y por qué Barcelona surge en la época romana.

Pero todavía no hemos llegado al nacimiento de la ciudad. En estos momentos de tensión entre ambas potencias, entre los siglos II y III antes de Cristo, se desconoce qué ocurría exactamente en la planicie de Barcelona, aunque seguía habitada por los íberos de Barkeno o por los de Laie... o quizá por ambos. Es posible que para ellos la presencia de los romanos que llegaban por vía marítima fuese normal, pues ya hacía tiempo que estos habían puesto los ojos en la población más importante de la época: la griega Emporion.

Sin embargo, los griegos no eran capaces de oponer una resistencia sólida al embate de los romanos. La diferencia entre las fuerzas de unos y otros era notable. Emporion había sido fundada por colonos de Focea procedentes de la colonia Massalia, la actual Marsella. Era una ciudad cosmopolita no por su extensión, sino por el hecho de que sus fundadores favorecían la presencia de mercaderes de culturas muy diferentes en el seno de la ciudad. En este sentido, Emporion se parecía más a un mercado abierto que a una urbe fortificada. Estaba concebida para el comercio y vivía de él, pero los romanos veían mucho más allá. Emporion era la puerta de acceso a la planicie del Empordà, un terreno relativamente llano y fértil, con mucha agua dulce, un territorio rico que podía servir de base para la expansión hacia las tierras situadas al oeste. Después de la expansión siciliana, penetrar en la península ibérica era lo más apetecible para la joven y vigorosa Roma, y Emporion era la puerta de entrada. Sin duda, un lugar muy atractivo para los romanos.

El general Aníbal atraviesa Cataluña con sus elefantes

En 219 a. C., tan solo siete años después de la firma del Tratado del Ebro, Roma estrechó una alianza con la población íbera de Arse, la actual Sagunto. En virtud de esta alianza, Arse se convertía en un protectorado romano que se adentraba ciento cincuenta kilómetros en el territorio bajo el dominio de Cartago. A los cartagineses, como es de suponer, no les hizo ninguna gracia y decidieron atacar a sus habitantes, que esperaron ayuda de Roma y al final fueron destruidos. La ciudad fue arrasada y todos sus hombres perecieron asesinados. Los romanos, lógicamente, se indignaron y acto seguido declararon la guerra.

En el año 218 a. C. Aníbal Barca, el mejor general cartaginés, después de acabar con Arse, la futura Sagunto, conduce hacia Italia a su ejército, cuyas filas cuentan con muchos aliados íberos. Y lo hace de una manera insólita. En lugar de transportar las tropas en

barco, por mar, atraviesa a pie Cataluña, los Pirineos, la Provenza y los Alpes, y se planta en el actual norte de Italia sembrando el terror, sobre todo porque coge por sorpresa a los romanos. Hay que preguntarse si el ejército de Aníbal con sus elefantes pasó por la planicie de Barcelona. Sería una hipótesis muy atractiva, si no fuera porque resulta absolutamente inverosímil. En ningún momento Aníbal se enfrentó al ejército romano a su paso por Cataluña, porque sus enemigos ni siquiera se enteraron de que lo había hecho. Si hubiera cruzado la llanura, se habría puesto al descubierto. Seguramente los cartagineses viajaron por el interior del territorio y cruzaron los Pirineos por la Cerdaña, lejos de Emporion, dominio de griegos y romanos. Así que no hubo, al menos en esa ocasión, cartagineses en la futura Barcelona.

Los romanos se toparon con el ejército cartaginés mientras luchaban, como quien dice, a las puertas de Roma. Para neutralizarlo, planearon una estrategia brillante. Como derrotar a Aníbal a cara descubierta era más bien difícil —en la batalla de Cannas, en Apulia, recibieron una paliza espectacular—, decidieron aislar al ejército invasor cortándole los suministros. Al estar Sicilia bajo el control de Roma, el paso marítimo de mercancías y refuerzos desde Cartago sería muy complicado. Pero, en cualquier caso, como Aníbal había demostrado que también se podía llegar a Roma por tierra, era de vital importancia controlar la base cartaginesa en la península ibérica para barrarles el paso por tierra.

Movido por este plan estratégico, el legado y excónsul Cneo Cornelio Escipión, apodado el Calvo, se puso al frente de un par de legiones que, con barcos, ocuparon Emporion, a partir de entonces Emporiae. Teniendo en cuenta que una legión de la época republicana estaba formada por unos cuatro mil hombres a pie y unos cuatrocientos a caballo, los pobres habitantes de Emporion vieron aparecer a unos diez mil hombres armados y de muy mal humor dispuestos a todo para quedarse en su territorio.

Cneo era hermano del cónsul —el magistrado de más alto rango de la República— Publio Cornelio Escipión, que lo había enviado para dar el ultimátum a los cartagineses: si ayudaban a Aníbal y se oponían a Roma, corrían el peligro de perder la principal base económica de su Estado, los ricos territorios ibéricos. Tal y como Publio había previsto, los cartagineses decidieron que Aníbal ya se las arreglaría por su cuenta. Efectivamente, el general estrechó alianzas, que apuntaban en dirección contraria a la península ibérica, con el rey macedonio para obtener ayuda, lo que permitió a los cartagineses concentrarse en la península.

Pero los romanos no eran tontos y Cneo desarrolló una política afable hacia la población autóctona íbera que preveía muchas concesiones, de manera que los habitantes de los alrededores de Emporiae acabaron por romper las alianzas con los cartagineses. Además, organizó una expedición armada por el litoral para expulsar a los cartagineses, evitar que ayudaran a Aníbal y echarlos de Emporiae. ¿Cruzó la planicie de Barcelona? Esta vez es probable, pues su política de alianzas con los íberos lo favorecía. No se detuvo hasta que se topó con el ejército cartaginés capitaneado por el general Hannón. Tras la batalla, la cual tuvo lugar cerca de la población íbera de Cesse, que podría ser la actual ciudad de Tarragona, y acabó en derrota para los cartagineses, Cneo se hizo con el control de lo que hoy en día se considera Cataluña. Gracias quizás a su victoria, Cneo decidió fundar una ciudad en ese lugar, Tarraco, que con el tiempo se convirtió en la más importante de la península ibérica.

La romanización

A partir de la llegada de Cneo, primero, y de su hermano Publio, después, empezó lo que se conoce como «romanización», el proceso de asimilación de los íberos gracias a una triple dominación: militar, cultural y económica. Los íberos que deseaban integrarse en el

sistema romano eran bienvenidos; los que no, reprimidos. Durante más de doscientos años, los romanos fundaron ciudades, algunas relativamente importantes, como Baetulo —Badalona— o Iluro —Mataró—, que cambiarían la fisonomía del territorio. Los poblados ibéricos fueron progresivamente abandonados o absorbidos por las nuevas urbanizaciones romanas. No se trata de un proceso del todo pacífico por muchas razones. La fundamental es que muchos íberos se dieron cuenta de lo que sucedía y opusieron resistencia. En este sentido, es muy significativo el caso de Indíbil y Mandonio, dos caudillos ilergetes que defendieron su ciudad, la actual Lleida, de los ataques de los cartagineses y de los romanos, evitando así que fuese arrasada. Primero, se aliaron con los cartagineses; después pasaron al bando romano, para rebelarse contra este cuando ya habían conseguido la victoria, pero, arrepentidos, obtuvieron el perdón. El tira y afloja, aunque quizás un poco menos exagerado, se convertirá en una constante que marca las relaciones entre íberos y romanos a lo largo de los siglos siguientes.

Durante este tiempo, los romanos consolidan su presencia en el territorio y procuran ampliar el control sobre las ciudades íberas y los asentamientos griegos. A pesar de que el territorio hispánico sigue yendo a lo suyo, los romanos arraigan cada vez más en lo que ahora es Cataluña, y la huella íbera va desapareciendo. Los íberos pasan a ser los hispanos romanizados o hispanorromanos. No mucho tiempo después de la llegada de los hermanos Escipión, Roma divide incluso los territorios en provincias. La planicie de Barcelona, junto con Valencia, Murcia y una parte de la actual Andalucía, constituye la llamada Hispania Citerior, con Cartago Nova como capital. Unos cuantos años más tarde se reorganiza el territorio y la capital de la provincia pasará a ser Tarraco, que mientras tanto se había convertido en una ciudad no solo castrense, sino también administrativa.

Roma poseía un control tan férreo sobre el territorio que no tuvo problemas a la hora de convertir las tierras catalanas en un espacio de conflicto durante una de las guerras civiles más

conocidas en las que participaron los romanos: la que enfrentó a Julio César con los herederos militares de Pompeyo. Como era habitual, César ganó la llamada batalla de Ilerda, que tuvo lugar en el año 50 a. C. Siguió aplicando la política que ya habían llevado a cabo otros dirigentes romanos —entre ellos su enemigo y antiguo aliado, Pompeyo—, la cual consistía en ofrecer tierras a los legionarios que se retiraban, para asegurarse así el dominio romano en aquella zona y, al mismo tiempo, mantener una reserva de veteranos agradecidos que siempre podía resultar útil en tiempos difíciles. En Cataluña también se llevó a cabo esta política, aunque no consta que lo hiciera concretamente en la planicie de la futura Barcelona.

El nacimiento de la colonia Iulia Augusta Faventia Paterna Barcino

Hay que esperar al segundo impulso en la fundación de ciudades para que nazca Barcino. Su nacimiento viene de la mano del primer emperador oficial de Roma, Augusto, sobrino nieto de César. Cuando fue nombrado emperador, el 26 a.C., Augusto viajó a Hispania decidido a acabar personalmente con algunas rebeliones, en concreto con las de los cántabros y los astures, instalándose en Tarraco. Aprovechando su estancia allí, le dio un fuerte impulso urbanístico y la transformó en una ciudad con todos los lujos necesarios para satisfacer sus augustas necesidades.

Por otra parte, en los dos años que residió en Hispania, el emperador Augusto, además de matar rebeldes, promovió el desarrollo de las ciudades, uno de los grandes motores de la futura transformación del territorio. Augusto vio claro que el nuevo imperio debía apoyarse en ciudades más grandes que sirviesen tanto de base administrativa a las provincias como de centros de servicios de los territorios cercanos. Además, había que crear otras nuevas, crear un tejido, una red territorial en disposición de acoger a los colonos procedentes de Roma y también a los soldados veteranos que se

retiraban después de treinta años de servicio en el ejército. Otro factor a tener en cuenta era que, con la consolidación del poder romano, la base castrense y comercial de Emporiae había empezado a decaer. Urgía expandirse hacia el sur y hacia el oeste para asentar bases firmes y cercanas en un territorio que cada vez era más seguro. Este era, sin duda, un planteamiento ambicioso, pero por algo Augusto se había hecho proclamar emperador. Una de estas nuevas ciudades fue Barcelona, aunque al principio no se llamó así. Su nombre exacto fue *Colonia Iulia Augusta Faventia Paterna Barcino*. Los romanos no tenían la costumbre de poner nombres tan enrevesados, pero en este caso no carecía de sentido.

Colonia: En definitiva era eso, una ciudad de colonos, gentes procedentes de Italia o antiguos soldados que se instalaban con sus familias en una zona asignada donde disfrutaban de ventajas fiscales que facilitaban la ocupación del territorio. Barcino fue la segunda colonia fundada por los romanos en la zona, justo después de Tarraco. En el mundo romano, ser una colonia en vez de un municipio comportaba muchas ventajas. Una colonia era la fundación de una población en un territorio sin habitantes, por lo que se podía prescindir de las construcciones anteriores. Pagaba menos impuestos que un municipio y estaba, al menos al principio, vinculada al ejército, lo que en tiempos de los romanos significaba estar ligada directamente a los fundamentos del Estado. La parte negativa era que las decisiones internas se tomaban de forma menos democrática que en los municipios, donde los habitantes tenían una responsabilidad directa en la administración.

Iulia Augusta: Se refería al emperador, descendiente de la familia Julia y nombrado Augusto por el Senado. El nombre indicaba que la ciudad nacía bajo el auspicio de la familia imperial.

Faventia: Quizá sea la denominación más difícil de comprender y existen muchas interpretaciones al respecto. Una la interpreta con el significado de «favorecida por los dioses» y contempla la posibilidad de que se tratase de un mero llamamiento a la buena suerte de sus habitantes; otra, que se refería a algún poblado ibérico

situado en ese territorio, aunque no se ha hallado ninguna prueba de ello; una tercera hipótesis alude a la actual ciudad italiana de Faenza, de donde podían proceder los primeros colonos o las principales familias que en ella se establecieron.

Paterna: En latín, «del padre». Esta denominación se utilizaba cuando una colonia era fundada directamente por Augusto o por su general Agripa.

Barcino: Es el apelativo más fácil y a la vez más difícil de descifrar. Muy probablemente, *Barcino* era la traslación latina de la pronunciación de la palabra ibérica *Barkeno*. Si así fuera, los romanos habrían querido poner de manifiesto una cierta continuidad de las dos ciudades, la indígena y la de los dominadores. No se tienen pruebas de ello, y probablemente nunca se tendrán, aunque es inevitable pensarlo.

La fundación oficial de Barcelona tuvo lugar entre los años 15 y 13 a. C. y el lugar elegido fue el monte Tàber, en el corazón de lo que hoy es el Gòtic, uno de los cuatro barrios del distrito de Ciutat Vella. De hecho, el ápice del monte Tàber coincide aproximadamente con la actual calle Paradís, a pocos metros de la plaza de Sant Jaume y del edificio de la Generalitat. El nombre *Taber* no lo pusieron los romanos, que probablemente no se plantearon cómo llamarlo, sino que es muy posterior.

La fundación de Barcelona tuvo lugar varios años después de que Augusto abandonase el territorio, por lo que su influencia directa en este hecho no está tan clara. Pero ya fuera por iniciativa del emperador o de sus funcionarios, o incluso de alguna familia patricia relacionada con el clan imperial, lo cierto es que la ciudad nació siguiendo la oleada de fundación de ciudades por parte de las autoridades. Cuando Augusto murió en el año 14 d. C., el proceso se detuvo en seco. El plan era crear una villa fortificada de pequeñas dimensiones aprovechando los recursos naturales de los que disponía la llanura que la rodeaba, y que además sirviera de eslabón en la cadena de ciudades nuevas, y no tan nuevas, que los romanos fundaron en la costa catalana. Aunque el Imperio romano, al menos

en ese momento y en ese lugar, no tenía que preocuparse por los eventuales ataques enemigos, lo cierto es que Barcino estaba destinada inicialmente más a fines militares que a la explotación agrícola de los campos que la rodeaban. Además, estaba situada a los pies de la Vía Heráclea, la precursora de la Vía Augusta, un lugar de paso que se conocía como el Camino de Aníbal porque existía la creencia de que el general cartaginés había pasado por allí con su ejército de elefantes rumbo a los Pirineos.

La ciudad de Barcino

Barcino estaba situada en una colina cerca del mar que gozaba de buena visibilidad y controlaba el camino natural de la costa, con acceso a agua potable, pues el monte Tàber estaba entre dos torrentes: el de l'Olla y el de Sant Miquel. Con toda probabilidad, además de las murallas, construyeron un foso. Unas excavaciones recientes han revelado que la colina era una especie de península o saliente, porque el agua del mar subía ligeramente a un lado y a otro de la ciudad, al menos durante las primeras décadas. Los primeros colonos debieron de realizar una importante limpieza para despejar el bosque, pues la colina, como todavía puede apreciarse en algunos lugares de la costa mediterránea, estaba completamente cubierta por un bosque de robles, encinas y algunos pinos. La ciudad seguía la forma de un octógono alargado, alineado de este a oeste, de 412 metros de largo por 280 de ancho. La vista más habitual de los habitantes de Barcino sería hacia el este, hacia el mar, y no hacia el norte o el sur. Desde ese momento histórico, el de la fundación de la ciudad, los barceloneses siguen teniendo un sentido de la orientación invertido. Para un barcelonés, «bajar» significa ir hacia el este, en dirección al mar. Los mapas de la ciudad, incluso los más antiguos, están orientados hacia el este, con el mar en la parte

inferior y la montaña del Tibidabo en la superior. Pues bien, probablemente esto se debe a los romanos y al hecho de que el territorio se presta a esta interpretación.

Barcino fue construida con la misma racionalidad que los romanos aplicaban allí donde ponían los pies. Puesto que era una especie de campamento militar, la distribución interior respondía a las efímeras construcciones utilizadas en las campañas. Estaba atravesada por dos calles principales: el *cardo maximus*, de norte a sur, y el *decumanus maximus*, de este a oeste. O sea, la primera iba de la actual plaza Nova, al lado de la catedral, a la Puerta de Regomir, mientras que la segunda recorría la distancia entre lo que hoy es la plaza de l'Àngel, donde ahora está la salida del metro, hasta la calle Avinyó. La intersección entre ambas formaba una gran plaza, el foro de la ciudad, situada donde ahora se encuentra la Generalitat, la Casa dels Canonges y una parte de la plaza de Sant Jaume.

Una de las obsesiones de todos los concejales de Cultura que han pasado por el Ayuntamiento durante este último siglo ha sido el deseo de aprobar la excavación arqueológica en la plaza. Pero todos ellos acostumbran a sentir apego por su cargo y saben muy bien que una intervención de esta envergadura dejaría la plaza, el corazón de la ciudad, empantanada durante meses o quizás incluso años. Así que, aunque se supone que bajo la plaza se ocultan maravillas arqueológicas que por el momento duermen el sueño de los justos, los restos del foro tendrán que esperar. En su época, este espacio estaba coronado por el templo dedicado a Augusto, del que todavía se pueden admirar unas columnas si se visita el Centre Excursionista de Catalunya, en la calle Paradís. Alrededor de este núcleo se construyó una muralla perimetral de unos siete metros de altura, hecha de madera, barro y ladrillo, no muy impresionante. Como suele suceder, todas estas estructuras no se edificaron en un corto periodo de tiempo, sino que se desarrollaron a lo largo de los siglos. La Barcino romana llegó a tener en sus momentos de máximo esplendor —o quizá de mayor densidad— unos cinco mil habitantes.

Si así fue, los *barcinonenses* vivieron como siempre lo han hecho los barceloneses a lo largo de la historia de la ciudad: unos encima de otros. La sensación de escasez de espacio es una constante desde su fundación, con algunas pequeñas excepciones, como los primeros decenios que siguieron a la demolición de las murallas, en pleno siglo XIX. Pero ha sido tan breve el tiempo en el que los barceloneses han tenido la impresión de poder respirar y de que el aire pasaba por sus calles que casi hay que considerarlo una anomalía histórica.

Los primeros habitantes

Los colonos que procedían directamente de Italia o eran veteranos de las guerras cántabras —quizá fueran los mismos— y sus familias fueron los primeros en establecerse en Barcino. De hecho, se trataba de un sistema habitual durante los consulados de Cayo Mario, un siglo antes. Los soldados que se licenciaban recibían tierras en los lugares donde acababan el servicio o en cualquier otro conquistado o colonizado recientemente. Barcino cumplía con los requisitos. Además, la nueva colonia debía de ser una meta codiciada por sus primeros habitantes porque, al contrario de lo que a menudo ocurría en otras ciudades nuevas, no surgía en medio de un territorio conflictivo, en una frontera incierta o bajo condiciones de supervivencia difíciles. Todo lo contrario. Barcino estaba bien asentada en el interior de su propio territorio, cerca de la Vía Heráclea, que pronto se llamaría Augusta, no muy distante de un centro en cierto modo grande y consolidado como era Iluro ni de la capital provincial, Tarraco. Además, estaba rodeada de tierra fértil. En algunas excavaciones realizadas cerca de la desembocadura del Llobregat, por ejemplo, se han encontrado restos de explotaciones agrícolas de los habitantes de Barcino. Así pues, la nueva ciudad era un buen sitio para vivir.

Aunque la mayoría de los nuevos *barcinonenses* o *faventini*, como también se les llamaba al principio, eran campesinos, muy pronto las necesidades propias de la urbanización favorecieron la llegada de colonos dispuestos a ocuparse de los servicios dentro de la ciudad. A menudo, teniendo en cuenta que la nueva colonia se hallaba en la periferia de una provincia ya de por sí periférica, los nuevos habitantes eran libertos, una institución muy importante en Roma. A pesar de que habitualmente se distinguía a los ciudadanos como patricios o plebeyos, lo cierto es que en la sociedad romana convivían personas de las categorías sociales y jurídicas más variadas: desde los esclavos y extranjeros aliados hasta aquellos que gozaban de algunos derechos de ciudadanía y los libertos.

Un esclavo adquiría la condición de liberto cuando, por cualquier razón, su amo lo liberaba mediante un acto legal. El liberto quedaba eternamente en deuda con su antiguo amo y le debía un respeto y una consideración muy altos. Aunque según la mentalidad del siglo XXI pueda parecer muy servil, lo cierto es que esta consideración por el señor estaba muy arraigada en la sociedad romana, e incluso ciudadanos que no contaban con ningún esclavo entre sus antepasados mantenían esta relación «clientelar» con los hombres más respetados de la comunidad. Los libertos podían llegar muy alto. Y llegaron a Barcino. Muchos de los prohombres que se distinguieron en la vida de la nueva colonia romana habían sido esclavos o, lo que era aún más habitual, lo fueron sus padres o sus abuelos. En una o dos generaciones, las familias de los libertos podían obtener una cierta consideración social. Este hecho, bastante común en la sociedad romana, también lo fue en Barcino. En resumidas cuentas, los primeros pobladores de la ciudad no debían ser las personas más selectas de Roma.

Pero esos pobladores no procedían exclusivamente de Italia. Muchos íberos, por razón de matrimonio, de trabajo o para ampararse en quien dominaba, también decidieron formar parte de la primera Barcelona. Hay que tener en cuenta que, cuando se fundó la ciudad, los romanos ya llevaban un par de siglos instalados más o

menos profundamente en el territorio. Por lo tanto, una nueva colonia, situada al lado del camino principal, construida, directa o indirectamente, bajo el auspicio del emperador y consagrada a la agricultura y a los servicios, debía de resultar muy atractiva para los íberos.

Además, desde el siglo II, es decir, antes de la fundación de Barcino, habían llegado algunos judíos huyendo de la destrucción de Jerusalén a manos de Tito, en el 70 d. C. Los primeros judíos barceloneses arribaron incluso antes, entre otras cosas porque quizás ya estaban allí; probablemente se instalaran en el territorio hispanorromano entre los siglos III o II a. C. Hace unos años se halló en Empúries un sello con una inscripción judía de aquella época. No obstante, no existen pruebas de la existencia de una comunidad numerosa en el territorio hasta después de la expulsión del año 70, por lo que es posible que fuesen unas pocas familias. No hay que descartar que algunas de ellas se instalaran en Barcino para aprovechar las oportunidades comerciales que ofrecía la ciudad.

El centro de la vida ciudadana: el foro de Augusto

Ninguna de las crónicas conservadas explica con detalle cómo tuvo lugar la construcción progresiva de la ciudad. Se sabe, sin embargo, que el centro de la vida ciudadana era el templo dedicado a Augusto, en la cima del monte Tàber, en el foro. Las investigaciones de los arqueólogos llegaron a la conclusión de que fue edificado poco después de la fundación de la colonia. A la muerte de Augusto en el 14 d. C., aproximadamente unos veinticinco años después de que naciera Barcino, su sucesor e hijo adoptivo, Tiberio, promovió la construcción de templos en memoria del primer emperador divinizado. Es probable, por tanto, que se construyera en aquella época y que, a principios del siglo I, Barcino ya estuviese coronada por él. Hoy en día queda poco de ese edificio, tan solo cuatro

columnas que durante muchos años debieron de ser el icono de la ciudad. Algo así como la Sagrada Familia en la actualidad o la estatua de Colón en el pasado.

El templo de Augusto presidía las celebraciones de los habitantes de Barcino, si bien en la civilización romana estos recintos no se utilizaban de la manera que, sobre todo los occidentales, estamos acostumbrados a ver en los últimos siglos. El templo era un lugar reservado al sacerdote y a las personas autorizadas en razón de su cargo o de la naturaleza de la ceremonia. Muchos romanos religiosos jamás llegaron a pisar el interior de un templo público, sin que por ello dejaran de cumplir ningún precepto sagrado. En Roma, la faceta privada de la religión era mucho más importante que la pública, donde adquiría un cariz de ostentación. Las casas disponían de un altar o de unas estanterías en la entrada donde se profesaba el culto a los dioses familiares y a los antepasados, que, en este caso, también tenían cierto halo de santidad.

Los templos estaban reservados a los dioses o, a partir de Augusto, a los emperadores divinizados después de su muerte. Ahora que vivimos en una época en la que los únicos hombres y mujeres divinizados son los que salen en los medios de comunicación, miramos con cierta incredulidad el culto a un emperador. Pero no tenemos que extrañarnos de que a la humanidad del pasado le sucediera lo mismo. El culto al emperador nunca fue tan popular como otros más tradicionales, menos descaradamente destinados a asegurar la hegemonía de los poderosos. En Roma, Júpiter siempre fue más popular que Augusto. Además, el afán de las autoridades romanas por que se adorara a los emperadores no ayudaba a dar credibilidad a la cuestión. A excepción de algunas jaculatorias, la gente no solía invocar el favor de los emperadores divinos. Sin embargo, cuanto más alejado se estaba del centro del Imperio, más fácil resultaba convertir en dioses a los emperadores, especialmente a los que habían muerto hacía tiempo. El espectáculo de los senadores discutiendo y conspirando por las calles de Roma no debía de facilitar el respeto por su figura.

En las provincias, en cambio, nadie veía a los senadores ni a los altos cargos de la administración imperial, por lo que resultaba más cómodo imaginar al emperador, jefe de aquella banda, como un ser fabuloso y alejado del mundo terrenal. Eso explica por qué el culto a los emperadores divinizados se fomentaba de forma especial lejos de Roma, en lugares como Barcino y Tarraco. No hay constancia del éxito que tuvo entre los hispanorromanos. En cambio, arraigaron otros aspectos de la religión romana menos institucionalizados, quizá porque estaban más cercanos al sentir ancestral de los habitantes. Adorar a los dioses familiares en un pequeño altar colocado en el interior de las casas, o mirar al cielo o al mar y pensar que los dioses movían y manipulaban esos espacios inmensos a su propio antojo, era más sencillo que creer que alguien que había sido un manipulador cruel y despótico toda su vida pudiera velar por uno y por los suyos en la Tierra después de su muerte.

El hecho de que Barcino dispusiera de un gran templo y de un foro desmesurado para las reducidas proporciones de la urbe, fundada sobre una colina de altura ridícula —solo se eleva quince metros sobre el nivel del mar— en una planicie fértil, también explica, aunque parezca un contrasentido, para qué la querían inicialmente los romanos. Barcino estaba llamada a ser un centro administrativo y religioso de la franja litoral catalana, al menos durante unos doscientos cincuenta años. Si solo tenía que servir para los habitantes de la ciudad, las dimensiones de su foro eran excesivas. Tampoco tenía sentido construir un templo tan flamante en un lugar donde no se iban a celebrar ceremonias de cierta categoría, mucho más grande de lo que iban a necesitar los dos mil habitantes con los que habitualmente contaba la colonia. Por otra parte, en aquella época la ciudad no parecía destinada a convertirse en ningún tipo de metrópolis o de colonia castrense que tuviera que albergar a mucha población. Tarraco cubría de sobras la primera posibilidad, mientras que la cuestión militar no debía de preocupar mucho a los romanos en aquel momento, cuando ya se habían

liberado de todos los enemigos extranjeros importantes y acababan de salir de tres guerras civiles con el triunfo claro y rotundo de Augusto y de su nuevo sistema imperial.

¿Cómo se vivía en Barcino?

A partir del templo y del foro, corazón de la ciudad, el terreno estaba dividido en cuadrículas. Los restos de las edificaciones que se han encontrado son un poco desconcertantes, como suele ocurrir con este tipo de ruinas. Al lado de las casas de los ricos había barrios donde el olor de la salazón del pescado de playa se mezclaba con el de la orina que servía para curtir las pieles. En una colonia tan pequeña, las clases sociales convivían más promiscuamente que en la mayoría de las ciudades del mundo. No había barrios separados o alejados, sino zonas limítrofes sin discontinuidad.

Los barceloneses tenemos mucha suerte, porque para entender cómo se vivía en Barcino podemos visitar uno de los barrios romanos, que se ha conservado bastante bien. Este barrio se encuentra en el subsuelo, justo debajo de la plaza del Rei, a pocos metros del antiguo templo de Augusto. De hecho, es la atracción estrella del Museu d'Història de Barcelona (MUHBA). Al museo se accede por la entrada de la calle del Veguer y, tras subir al primer piso del edificio, un ascensor nos conduce hasta el subsuelo. Los botones del ascensor no marcan «–1» o la letra «S», o «U» de *underground*, como es habitual, sino los años que se viaja en el tiempo en ese tramo de ascensor: «–2.000», o sea, un viaje al principio de nuestra era. Una vez abajo, se puede pasear por el subsuelo de la plaza del Rei, que conserva los restos de las casas de la época romana pertenecientes al barrio que se dedicaba a la industria. Los edificios que han sobrevivido son industriales, pero como ocurría a menudo también cumplían la función de comercio y de vivienda. Como se dijo antes, estas ruinas arqueológicas son poco explícitas. Es más fácil interpretarlas si el visitante imagina que

una sierra mecánica monstruosa ha cortado los edificios rasándolos a metro y medio de altura. Vistas así, se comprende mejor cómo era ese barrio de Barcino situado al norte del foro.

Las calles angostas evocan la imagen de un barrio ruidoso, típico de la civilización romana. La vida de los romanos no transcurría en casa, sino en la calle o en las termas, una especie de club social donde los hombres acudían a relajarse, a hacer negocios o a hablar de política. De política y de cuadrigas, cuyas carreras eran un deporte muy popular en todo el Imperio romano. Los hombres de Barcino, a pesar de no disponer de un estadio, también eran aficionados a este entretenimiento. Las carreras de cuadrigas eran un deporte que, como sucede con el fútbol actual, daba la oportunidad de ascender en la escala social a quienes se implicaban en él. Naturalmente, implicarse no significaba conducir uno de aquellos carros tan inestables y peligrosos, sino promocionarse y obtener un prestigio político y social muy superior al que se podía conseguir por otras vías.

El patricio Lucio Minicio Natal Quadronio y su auriga esclavo

El hijo más ilustre que la colonia dio al Imperio, el patricio barcelonés Lucio Minicio Natal Quadronio, fue probablemente el caso más emblemático de ese ascenso. Lucio Minicio ganó la carrera de cuadrigas de la 227 Olimpiada, que se celebró en el año 129, lo cual tiene mucho mérito teniendo en cuenta que lo más probable es que no estuviera especialmente dotado para conducir cuadrigas. Era hijo de un senador del mismo nombre que había sido amigo del emperador Trajano, aunque ser de buena familia sirve de poco sin ambición. Lucio Minicio Natal sí la tenía y quería llegar muy lejos. Empezó abandonando Barcino en el año 127 para instalarse en Tarraco, la capital de la provincia de la Tarraconense. No ha quedado constancia de si esa fue su primera visita a la ciudad, pero en todo caso debió de quedar deslumbrado por el esplendor de la capital.

Tarraco contaba con cuarenta mil habitantes, veinte veces más que Barcino. Era una urbe espléndida hasta tal punto que el poeta e historiador Lucio Aneo Floro, que había vivido en ella unos diez o quince años antes, la describió así:

> De entre todas las ciudades adecuadas para el descanso, Tarraco es para mí la mejor, la más agradable. La gente honrada, prudente y tranquila, tarda en acoger al forastero, pero con el tiempo es hospitalaria. El clima, templado, carece de cambios bruscos de temperatura y el año entero parece una eterna primavera. La tierra, fértil en los campos y aún más en las colinas, produce un vino y un trigo tan buenos como en Italia, y la cosecha de otoño no tiene nada que envidiarle. Además, la ciudad ofrece muchas ventajas porque conserva estandartes de César, ostenta el título de *triunfal* en su nombre y posee notables monumentos de procedencia extranjera.

Si Tarraco era realmente así, no es de extrañar que Lucio Minicio Natal se encontrara muy a gusto. La vida provinciana de Barcino debía de contrastar con el esplendor de la vida ciudadana de Tarraco. La ciudad tenía un gran anfiteatro, un foro impresionante, un palacio de primera y, sobre todo, un hipódromo para treinta mil personas, es decir, las tres cuartas partes de su población, lo que en la actualidad equivaldría a un estadio del F. C. Barcelona con capacidad para 1,2 millones de espectadores. Que el hipódromo fuera tan grande solo se explica porque las carreras de cuadrigas debían de atraer a espectadores de toda la provincia, lo cual hace suponer que Lucio Minicio, patricio aficionado a las carreras, estuvo otras veces en Tarraco antes de trasladarse a vivir allí, dos años antes de la 227 Olimpiada.

Durante ese tiempo, se dedicó en cuerpo y alma a las carreras e hizo todo lo que un patricio tenía que hacer si quería ganar una carrera: comprar un esclavo especialista. Porque no debería sorprendernos saber que Lucio Minicio no ganó ninguna carrera reconocida, sino que lo hizo quien competía en su nombre, su esclavo. Esta era una práctica habitual, porque para los romanos los esclavos que ejecutaban órdenes no actuaban en nombre propio, sino bajo la autoridad de su amo, lo cual equivalía a que lo hiciera el

amo en persona. Así que aquel esclavo conductor de cuadrigas que compró en Tarraco participaba en las carreras como si el propio Lucio Minicio empuñara las riendas del carro.

Las carreras de cuadrigas tenían un código interno muy rígido, repleto de simbolismos a veces poco comprensibles, como sucede ahora con los grandes deportes de competición. Había varias facciones, que se distinguían por colores, habitualmente el verde, el azul, el rojo y el blanco, y los partidarios de una u otra facción podían llegar a las manos con cierta facilidad. No se sabe en qué facción enroló Lucio Minicio a su esclavo, pero sí que en Tarraco todos se clasificaron para participar en las Olimpiadas. Esto implica que ganaron las carreras clasificatorias que se celebraban en el hipódromo de su ciudad. Dos años después, Lucio y su esclavo, junto, probablemente, a su cuadriga y algunos caballos, participaron en la carrera de los Juegos Olímpicos y la ganaron. Entonces, como ahora, los grandes héroes del deporte disfrutaban de un gran prestigio social. Además, en la sociedad romana los hombres que querían seguir el *cursus honorum*, la carrera política, tenían que lucirse y ostentar su valía y generosidad. Lucio Minicio Natal empezó a hacerlo después de su victoria olímpica y siguió en esta línea. Tenemos constancia de ello porque en Barcino fueron halladas algunas lápidas pagadas por él o por sus clientes alabando la figura del personaje. Lucio Minicio llegó a ser cónsul y procónsul de Libia, lo que en aquella época representaba ocupar un lugar muy elevado en la jerarquía imperial.

El patricio se encargó de dejar constancia de la victoria de su auriga en una inscripción conmemorativa en el santuario de Olimpia. Unos dos mil años después, esta fue reproducida con ocasión de los Juegos Olímpicos de Barcelona de 1992. La réplica se instaló en Montjuïc, en la zona donde tuvieron lugar las ceremonias más importantes de los Juegos. No muy lejos de allí, en el Museu d'Arqueologia de Catalunya, se conservan otras dos placas honoríficas de piedra relacionadas con él. La más antigua, incluso anterior a los Juegos, es del año 125 y se hizo para dejar constancia

de que los Minicio, padre e hijo, habían regalado a los habitantes de Barcino un edificio termal con pórticos y un acueducto, construidos en terrenos de su propiedad. Puede que estos terrenos coincidan con la actual plaza de Sant Miquel, donde hace años se hallaron unas termas. La segunda placa de piedra se grabó después de la muerte de Lucio Minicio Natal hijo, y explica que este hombre siempre llevó a Barcino en su corazón. Es una placa dedicada por el colegio de los séviros augustales. Este nombre tan extraño hace referencia a una institución romana muy singular: un grupo de seis libertos que se encargaban de que el culto al dios emperador Augusto se mantuviese vivo a lo largo del tiempo. Libertos, de nuevo en Barcino... Los séviros sufragaron una lápida para mostrar su agradecimiento a Lucio Minicio por haber legado un capital a la ciudad, cuyos intereses Barcino recibiría eternamente en el aniversario del nacimiento de este. No se sabe de qué día se trata y, probablemente por eso, ningún ayuntamiento se ha planteado pedir a ninguna institución financiera que siga entregándole este dinero cada año.

El ejemplo de los Minicio revela hasta qué punto los romanos tenían claro que ser ciudadano del Imperio los igualaba en derechos y obligaciones. Es cierto que haber nacido en Roma era una ventaja y hacerlo en una provincia no gozaba de mucho prestigio —en Roma consideraban a Cicerón, que era de Arpinium, un pueblerino—, pero eso no quita que alguien llegado de una provincia remota no pudiese hacer carrera en la capital del imperio. Además, los romanos estaban muy orgullosos de sus orígenes, ligados a su tierra natal. Hubo decenas de grandes dirigentes romanos que en un momento determinado volvieron a su tierra ancestral para vivir en el campo. El orgullo que sentía Lucio Minicio por su terruño, Barcino, es la expresión de esta característica romana que sigue siendo aplicable a los barceloneses actuales. A pesar de que la ciudad tiene dos mil años de historia, y quizá gracias a los genes que dejaron los romanos, lo cierto es que los barceloneses hablan a menudo de su pueblo refiriéndose al lugar de donde venían sus antepasados. Esta

añoranza suele tener algo de comedia porque, si bien es habitual que de vez en cuando las familias barcelonesas se trasladen a sus lugares de origen y que incluso acostumbren a tener un refugio allí, lo cierto es que pocos acabarían por irse a vivir definitivamente, ni siquiera después de jubilarse. Barcelona pesa demasiado.

Caminos entre tumbas

Como sucede a menudo cuando se vuelve la vista a los griegos, los egipcios o los antiguos chinos, la mirada que se dirige al pasado romano de Barcelona se pierde en el tiempo. Son demasiados siglos de dominación, demasiadas generaciones de habitantes en la ciudad, demasiados sucesos desconocidos para poder explicar con detalle lo que los *barcinonenses* experimentaron y de qué manera eso dio carácter a la ciudad. Curiosamente, durante el siglo XX y lo que llevamos del XXI han aflorado más restos romanos en la ciudad que en épocas anteriores. En los siglos precedentes, las ruinas romanas eran consideradas simplemente eso, ruinas, y se les daba poca o ninguna importancia. Solo en los últimos cien años se han buscado, se han sacado a la luz y se han glorificado estos hallazgos. Uno de los restos romanos más conocidos de Barcelona se ha conservado gracias a una serie de casualidades. Tras los bombardeos de los aviones italianos, aliados de los rebeldes en la guerra civil de 1936 a 1939, muchas zonas de la ciudad quedaron destruidas. De hecho, algunas de las plazas actuales existen porque las bombas derribaron los edificios o los dejaron en tan malas condiciones que hubo que demolerlos. Este es el caso de la actual plaza de la Vila de Madrid, tocando las Ramblas. Las bombas del año 1938 destrozaron el convento de las carmelitas descalzas que se asentaba en ese lugar. En los años cuarenta, el Ayuntamiento franquista decidió tirar abajo el edificio, por otra parte inservible, y

empezaron a aparecer tumbas que no pertenecían precisamente a monjas. Eran las tumbas romanas que ahora pueden verse en la plaza.

Si se observa el plano de la Barcino romana, se ve fácilmente que la zona que hoy ocupa la plaza de la Vila de Madrid estaba situada fuera de las murallas, no muy lejos, pero, sin duda, fuera, del recinto urbano. No es de extrañar, pues los romanos no enterraban a sus muertos dentro de los muros de la población, sino que acostumbraban a disponer las tumbas a los lados de las vías de comunicación de las ciudades. Para entrar y salir de cualquier ciudad romana había que pasar entre las tumbas, lo que significa que las sepulturas que encontraron en Barcino delimitaban un camino que conducía a ella.

Pero no todas las tumbas ni todos los caminos son de la misma categoría. Las tumbas de la actual plaza de la Vila de Madrid bordeaban un camino auxiliar que conducía a lo que hoy es el barrio de Sarrià y conectaba de manera secundaria con la Vía Augusta. Es decir, no se trataba de un camino principal. Por ese motivo, las tumbas que se han conservado y que pueden verse allí no son de gente importante, sino de libertos o incluso de esclavos. El yacimiento, que se ha estudiado a fondo, revela la dureza de la vida de los antiguos romanos: muchos niños y jóvenes, muchas malformaciones y muchas fracturas. En otras palabras, los romanos, o como mínimo la gente sencilla de Barcino, moría joven y realizaba trabajos físicos pesados durante toda su vida. Los dolores articulares y óseos eran frecuentes en Barcino, lo cual reconduce una vez más a la Barcelona actual. Los barceloneses suelen quejarse de dolor de huesos, el cual se atribuye a la elevada humedad que reina constantemente en la ciudad. Puede que tan solo se trate de otra herencia de la Barcino romana.

UNA PUERTA AL MAR

El camino flanqueado por las tumbas revela indirectamente otra cosa. Como ya se ha señalado, el camino que se dirigía a Sarrià era secundario. Así pues, ¿dónde estaban las vías principales? Estas vías eran las que acababan en las puertas de la ciudad, en los lugares más transitados. La más importante era la Puerta del Mar, situada donde ahora está la calle Regomir. Por aquella puerta entraban y salían todas las personas relacionadas con el tráfico marítimo y sus actividades. No en vano, Barcino llegó a ser famosa en todo el imperio por las exquisitas ostras que se criaban en su mar, aunque, sin duda, esa no era su actividad principal. El transporte de mercancías agrícolas, la atención a los viajeros que circulaban de norte a sur por la Vía Augusta, las gestiones administrativas, el culto a Augusto... todo eso hizo que la importancia de aquella pequeña ciudad fuera en aumento. Tarraco siguió siendo durante toda la época romana el centro de referencia del territorio, pero Barcino, aun no creciendo rápidamente, ganó importancia poco a poco.

El ascenso de Barcino se debía en buena parte a que había copiado alguna de las virtudes de Tarraco, como, por ejemplo, el cultivo de las ostras. El geógrafo Estrabón habla de las que se criaban en Tarraco, a pesar de que la costa de la ciudad no era favorable. No es de extrañar que los legionarios, los primeros habitantes de Barcino, copiasen la técnica de cultivo de estos moluscos. Lo que sí es más sorprendente es que las ostras de Barcino fueran más apreciadas que las de Tarraco. Un gran poeta de la segunda mitad del siglo IV, Decimo Magno Ausonio, las alabó con fervor. Y no solo cantó las virtudes de las ostras de Barcino, sino también las de otro producto muy apreciado en aquella época, el *garum*, que llevó el nombre de la ciudad hasta el último rincón del Imperio. El *garum* era una especie de salsa hecha con vísceras fermentadas de pescado. Explicado así, no resulta muy apetecible, pero, al contrario de lo que pueda parecer, lo era. El *garum* tiene un gusto intenso, pero se disuelve fácilmente con el alimento con el que se mezcla, de una forma parecida a la salsa de soja asiática. Por ello, se utilizaba como aderezo, un condimento perfecto que salaba la

comida y reforzaba su sabor. Aunque se suele pensar que estaba reservado solo para las clases privilegiadas, pasaba lo mismo que ocurre hoy en día con muchos alimentos: todo depende de su calidad. Para entendernos, no era como el caviar, sino más bien un complemento sofisticado de la alimentación bastante común. Había muchas fábricas de *garum* a lo largo de la costa mediterránea e incluso de la atlántica, como en Tarifa, pero uno de los más apreciados del mundo romano era el de Barcino. El senador Ausonio, por ejemplo, lo ensalzaba fervientemente. Cuando su nieto y discípulo favorito, Meropio Poncio Ancio, el futuro san Paulino de Nola, se trasladó a Barcino, Ausonio le escribió varias cartas en las que le hablaba un poco de todo e incluso le comentaba frivolidades.

Meropio Poncio Ancio llegó a Barcino porque su mujer, que se llamaba Terasia, era de la ciudad. En Barcino tuvo lugar la crisis religiosa que, años después, lo llevó a convertirse en obispo de la diócesis de Nola, en el sur de Italia. Antes, en la actual Alcalá de Henares, el pobre hombre había sufrido la pérdida de un hijo, un suceso que lo había trastornado. Aunque las crónicas no citan el motivo, todo hace pensar que el viaje a Barcino era fruto de este sufrimiento, y que la pareja, especialmente Terasia, quería pasar aquel mal trago cerca de su familia. En todo caso, para su mentor y abuelo Ausonio, este triste suceso no supuso un obstáculo para escribirle cartas esnobs, cargadas de comentarios frívolos y agudos. En ellas menciona las ostras y el *garum* de Barcino. Según Ausonio, la ciudad estaba construida «sobre un mar de ostras»; una imagen muy bonita para evocar cómo sería la costa delante de la ciudad, llena de criaderos de moluscos flotando en el mar. Ausonio también envidiaba a Meropio porque podría degustar el *garum* de Barcino, de excelente calidad. Para curarse las heridas del alma, y quizá para entrar con buen pie en el misticismo cristiano, Meropio debía de compartir la dieta habitual de los barceloneses de aquella época.

Gracias a unas excavaciones que se hicieron al pie de la muralla, situada en la actual calle del Sobstinent Navarro, se sabe que los barceloneses comían sardinas en cantidades industriales. Nuestros

antepasados tenían la costumbre de arrojar basura al pie de la muralla, donde se han encontrado centenares de espinas de sardinas y de conchas de ostras, señal de que se trataba de una comida popular. Por tanto, la gente de Barcino no debía de tener colesterol gracias al omega 3 que abunda en este tipo de pescado. También se han hallado esqueletos roídos de rata, un tipo de carne que se convertiría en un alimento popular en las épocas venideras, pero no durante la romana.

La ciudad coronada

En cualquier caso, Barcelona no habría llegado adonde llegó si las cosas no se hubieran estropeado en todo el universo romano. En el siglo III, la estructura romana sufrió una grave crisis que hizo tambalear al Imperio durante unos cincuenta años como mínimo. Los emperadores duraban poco, a veces solo unos meses, y morían asesinados por sus propias tropas. El comercio se ralentizó, aumentaron las plagas y las rebeliones de esclavos; los pueblos fronterizos —llamados «bárbaros» por los romanos— empezaron a atravesar periódicamente y de manera muy violenta los límites imperiales. En resumidas cuentas, un desastre. A pesar de que la Tarraconense quedaba lejos de Roma, las consecuencias de esos problemas repercutían, relativamente amortizadas, en la provincia y lo cierto es que ni esta ni sus ciudades se sustrajeron al deterioro del sistema imperial.

Aunque parezca un contrasentido, esta crisis, tan negativa para el resto del Imperio, resultó ser una bendición para Barcino. No es que, al menos en primera instancia, la inseguridad y el desánimo económico no influyeran en las relaciones comerciales que mantenía la ciudad, pero, precisamente por ese motivo, se decidió emprender una obra que, sin duda, iba a cambiar el destino de aquella colina próspera pero secundaria. La muralla que en un principio se había construido para cerrar la ciudad no era muy imponente, sino la

adecuada para una colonia nacida en una época en la que nadie la amenazaba ni por tierra ni por mar. Era más bien simbólica: daba categoría a la población y hacía que sus habitantes se sintieran psicológicamente seguros. Solo disponía de torres de defensa en las esquinas y en las puertas, pero, en cuanto a la seguridad, no era nada del otro mundo.

Sin embargo, en el siglo III las cosas habían dejado de ser tan sencillas. La expansión del Imperio romano se había detenido, lo que afectó a su sistema económico. Como una bicicleta que se cae cuando se detiene, el freno de la expansión provocó la caída del Imperio. La península ibérica, que se consideraba una zona interior muy segura, solo estaba protegida por una legión, la Gemina, ubicada en León, muy lejos de la Tarraconense. Así que no es de extrañar que la llegada de incursiones germánicas procedentes del norte, formadas por francos y alamanes sobre todo, cogiese por sorpresa a la gente de Barcino y Tarraco, en realidad poco protegidas. Tarraco sufrió varias incursiones y fue atacada y saqueada, pero no fue la única. Durante una docena de años, como mínimo, prácticamente todas y cada una de las poblaciones romanas de la actual Cataluña fueron atacadas por los franco-alamanes. Entre otras, las actuales Badalona, Sant Andreu de Llavaneres, Mataró, Sant Cugat, Sabadell, Altafulla, Calafell, Reus, Vilanova i la Geltrú, Girona, Tossa de Mar, Empúries y Lleida fueron atacadas y algunas destruidas. El historiador Orosio dejó testimonio de que, ciento cincuenta años después, todavía se podían apreciar las consecuencias de aquellos tiempos de devastación.

Barcino no fue atacada ni saqueada, a pesar de que algunos indicios arqueológicos podrían hacer suponer lo contrario. La razón fueron sus murallas. Recordemos que Barcino había sido fundada por militares retirados, y aunque ya habían pasado doscientos cincuenta años, el espíritu castrense de su población permanecía intacto. Puede que alarmados por las noticias procedentes de otros lugares del Imperio, o después de una mala experiencia, los habitantes de Barcino llevaran a cabo una profunda reforma de sus

murallas. La remodelación fue tan radical que no solo cambió la fisonomía de la ciudad, sino también la percepción que de ella se había tenido hasta ese momento. Gracias a sus nuevas e imponentes defensas, Barcino consiguió relevar en poco tiempo a Tarraco como capital.

La remodelación de las murallas tuvo lugar entre los años 268 y 270 bajo el mandato del emperador Claudio II el Gótico, así llamado por los muchos godos que había matado durante sus gestas bélicas. La muralla no cambió mucho su forma, solo se añadió una ciudadela cuadrada al lado de la Puerta del Mar, que, recordémoslo, era la entrada principal de la ciudad. Pero sí hubo dos cambios radicales: la anchura y la altura de los muros y de las torres defensivas. Los muros pasaron a ser, como mínimo, de dos metros de espesor y en algunos puntos llegaron a alcanzar incluso los ocho. En cuanto a la altura, las murallas tenían entre seis y ocho metros. Además, se construyeron setenta y ocho torres adosadas, cuadrangulares en su mayoría, como las que todavía podemos ver, disimuladas por los elementos añadidos en la Edad Media, en la plaza Ramon Berenguer el Gran, al lado de la Via Laietana, o la que hay en el interior de un hotel de lujo en la calle Lledó. También había torres redondas, como las que enmarcaban las puertas de la ciudad. Todavía se conservan dos que no son fáciles de distinguir: las que enmarcan la entrada a la calle del Bisbe sobre la plaza Nova, tocando la catedral. Las torres estaban colocadas cada seis u ocho metros de muralla, lo cual confirió a Barcino el aspecto de una corona llena de puntas, por lo que, con el tiempo, se la conoció como «la ciudad coronada».

Los materiales empleados para la construcción de la muralla fueron, desde la perspectiva del siglo XXI, muy peculiares. Los romanos echaron mano de lo que encontraron, les molestaba o no les parecía de mucha utilidad. Es decir, materiales sobrantes. Aparte de la piedra de Montjuïc, como era habitual, y el tradicional mortero de las construcciones romanas, los habitantes de Barcino utilizaron estatuas, lápidas, ánforas rotas y piedras procedentes de otras construcciones. En resumidas cuentas, de todo. Se puede ver un

ejemplo en el subsuelo del Museu d'Història de Barcelona, desde donde se accede a una de las torres cuadrangulares que dan a la plaza Ramon Berenguer para observar el revoltijo constructivo que emplearon. De hecho, el pragmatismo de los habitantes de Barcino debía de ser común a todo el Imperio, ya que se utilizó la misma técnica para construir el Coliseo de Roma, cuyo deterioro se debe al hecho de que también sirvió de cantera para nuevas construcciones en años posteriores. En la construcción de la muralla de Barcino también se reutilizaron buena parte de los monumentos funerarios que flanqueaban, como ya se ha visto, los caminos que conducían a la ciudad. Los que han quedado en la plaza de la Vila de Madrid probablemente eran pequeños y de importancia secundaria en comparación con los demás, que ahora forman parte de las murallas de Barcino o de lo que queda de ellas.

Fiebre constructora

La construcción de una muralla tan magnífica aumentó el atractivo comercial y administrativo de Barcino. Durante el siglo IV tuvo lugar la construcción de las casas más lujosas de todo el periodo romano. Se puede visitar una muestra de ello en la calle Sant Honorat, muy cerca de la plaza de Sant Jaume. Aunque la realidad actual enseña que en época de crisis un grupo de la población siempre sale beneficiado, parece que en Barcino los beneficios se repartieron —todo lo bien o todo lo mal que solía hacerse entonces— entre toda la población. Lo cierto es que en esa época tuvieron lugar en Barcino algunos cambios urbanísticos que eran significativos de lo que estaba pasando en todo el Imperio. Muchos edificios destinados a los servicios públicos, como las termas situadas frente al mar, que utilizaban agua salada, se deterioran o son derribados, mientras que la construcción de termas privadas va en aumento. Las grandes casas se amplían y ocupan espacios que habían sido públicos hasta ese momento, señal de que la autoridad y el respeto por una ley

lejana se está degradando y de que el papel de lo público y lo privado está cambiando. La industria también triunfa. Desde ese momento se consolida el barrio industrial situado detrás del foro, el que se puede visitar en el subsuelo del Museu d'Història de Barcelona.

Esta fiebre constructora no habría sido posible sin un buen suministro de agua potable. En el monte Tàber no había fuentes naturales, y aunque riachuelos y torrentes cruzaban la planicie de Barcino, rica en zonas pantanosas, los ingenieros romanos no eran proclives a esperar sentados que las lluvias abundantes llenaran los ríos. Si podían, los romanos no acostumbraban a dejar las cosas a medias y, en cuanto a las obras hidráulicas se refiere, eran muy meticulosos. Por eso, y a pesar de que no está del todo documentado, seguramente habían diseñado un sistema de abastecimiento de agua desde la fundación de la colonia. Cuando se construyeron las segundas murallas, en el siglo III, este sistema funcionaba gracias a un acueducto que traía agua del río Besòs. Agua clara y limpia, mejor y más abundante que la que se podía extraer de los contrafuertes de Collserola. El acueducto pasaba por la calle dels Arcs, tocando la plaza Nova, en la entrada occidental de la ciudad. Todavía se pueden apreciar algunos de esos arcos en la plaza Vuit de Març.

Agua, murallas, una cierta serenidad... En la Barcino del siglo IV las cosas iban viento en popa. Hasta los negocios avanzaban a toda máquina. Efectivamente, se han hallado muchas ánforas de este periodo, lo que indica que el comercio de la ciudad vivía un momento de esplendor. Se instauró entonces un cuerpo de guardia que se colocaba en la Puerta del Mar y obligaba a pagar impuestos —que muy gráficamente denominaron *portoria*— tanto a las mercancías como a los transeúntes que querían entrar en Barcino. En el lugar se ha localizado hasta ahora un centenar de monedas que debieron de caer al suelo durante el pago del peaje y que nadie recogió jamás. Las monedas proceden de cecas de todo el Imperio

romano, lo que prueba el comercio intenso y las conexiones que Barcino mantenía, a pesar del mal tiempo que azotaba el Mediterráneo en aquella época.

UN DIOS CRISTIANO

Además de todos estos cambios, un fenómeno no del todo nuevo estaba a punto de minar para siempre las bases del Imperio romano, al menos del de Occidente: el cristianismo, una religión oriental que causaba furor entre sus habitantes. Para las clases más bajas y los esclavos, el cristianismo defendía una igualdad que resultaba seductora. Además, conectaba con los anhelos más profundos del pueblo porque ponía a Dios —uno solo, no un ejército inabarcable de divinidades— muy cerca de la vida cotidiana. Los dioses paganos no eran empáticos con los humanos, mientras que el Dios cristiano, siempre y cuando se observara una cierta conducta, era más comprensivo. Al principio, el cristianismo no era nada atractivo para las clases dominantes, pues parecía una religión subversiva. Por ese motivo, durante el siglo III y una parte del IV, las autoridades imperiales se dedicaron con más o menos intensidad a perseguir cristianos. A Barcino, como a todo el Imperio, llegaron tanto los cristianos como las ganas de reprimirlos. De hecho, una buena parte de los santos barceloneses son de esa época, aunque existen muy pocas pruebas históricas de que esos hombres y mujeres fueran efectivamente asesinados a causa de su fe religiosa.

La mártir que más impresiona a los barceloneses es santa Eulalia, patrona de la ciudad. Saliendo del claustro de la catedral por la calle del Bisbe, se encuentra la calle de Sant Sever —otro legendario santo barcelonés—, que desemboca en la Baixada de Santa Eulàlia. Allí puede verse una imagen de la santa a la que acompañan unos versos de Jacint Verdaguer a propósito del martirio que sufrió la joven:

Veient acostar les flames
també recula Dacià;
la tanca dins una tina
que té sagetes per claus,
tota encerclada de glavis
i ganivets de dos talls.
Baixada de Santa Eulàlia,
tu la veres rodolar
d'un abisme a l'altre abisme
per aquells rostos avall,
deixant per rastre en les herbes
un bell rosari de sang.[1]

Estos versos, incomprensibles para quienes no conocen la leyenda, se refieren a la historia de una muchacha de trece años, Eulalia —nombre que en la actualidad es más frecuente en su forma moderna, Laia—, que quiso convencer al gobernador romano Daciano de que hiciera caso omiso al emperador Diocleciano y dejase de perseguir a los cristianos. La chica, cuyo oficio era criar ocas, sabía hablar y, con la oratoria como arma, bajó de Sarrià, donde vivía, a Barcino para cumplir con su misión, que hoy en día ya podemos definir como divina. La retórica de Eulalia solo convenció a Daciano de una cosa: esa chica era peligrosa, y por ello decidió eliminarla haciéndola sufrir tanto como pudiera. En un ejercicio de imaginación, ordenó que le aplicaran tantos tormentos como años tenía. Menos mal que solo tenía trece. Como ocurre a menudo con las leyendas de martirios de santos, la historia se pone especialmente morbosa. Primero desnudaron a la futura santa, y teniendo en cuenta que se dice que era una muchacha agraciada, la perversión está servida. La pasearon desnuda por las calles de Barcelona hasta llegar a la futura calle del Arc de Santa Eulàlia, un callejón que desemboca en la calle de Ferran. Allí la aprisionaron, como conmemora una capilla muy pequeña que muestra la imagen de la santa mártir. Ese fue el primero de los trece martirios ideados por Daciano, y hay que aclarar que fue el más suave de todos, porque la torturaron con una imaginación digna de una película para

adolescentes estadounidenses. Si analizamos el repertorio de torturas —que incluyen, por ejemplo, quemaduras, mutilaciones, desgarramientos y abrasiones con piedras—, resulta obvio que Daciano o sus sicarios no supieron dosificar el nivel de sufrimiento de Eulalia. Lógicamente, la mayoría de las torturas la habrían conducido a la muerte por sí solas, si no fuese porque la chica era una futura santa, pues cualquier persona normal hubiera resistido una o dos y no las trece prometidas. El martirio más famoso es el décimo, que inspiró al poeta mosén Cinto Verdaguer a escribir el poema anterior. Como no había manera de que la chica muriera, los romanos decidieron ponerle más creatividad a las torturas. Al final de la calle Sant Sever, pusieron a Eulalia desnuda dentro de un tonel lleno de clavos y cristales rotos y la lanzaron cuesta abajo por la que se convertiría en la Baixada de Santa Eulàlia, con la intención de acabar de una vez con su vida. Lo hicieron trece veces, conmemorando la edad de la chica una vez más. Pero como pueden imaginar, tampoco pasó nada. Eulalia salió del tonel, desnuda como estaba, sin la más mínima herida. Así que los romanos, a quienes parece que este tipo de milagros dejaba fríos, decidieron que el martirio empezaba a resultar aburrido. El último suplicio, el que funcionó, fue un clásico de la tortura romana: la crucifixión. Les daba buenos resultados desde hacía años y tampoco los decepcionó esta vez. Pero como querían que la muerte de aquella joven fuera especialmente humillante, en lugar de crucificarla en una cruz convencional, la clavaron en aspa, para mostrar su cuerpo más impúdicamente. Sin embargo, Daciano y sus malvados matones no contaban con que Dios velaba por Eulalia: mientras la chica estaba clavada, el Señor hizo nevar y la nieve ocultó el cuerpo de la santa de las miradas lascivas de los habitantes paganos de Barcino.

Como se ve, la historia en su conjunto carece de sentido, y aún más cuando se comprueba que la leyenda es idéntica a la de una santa anterior con el mismo nombre, Eulalia, que era de Mérida. De todas formas, hay que admitir que donde la tradición de Eulalia mártir arraigó fue en Barcelona y, probablemente desde el siglo xv,

el pendón o bandera de Santa Eulalia empezó a sacarse en procesión solo en los momentos de gran peligro para la ciudad. Es posible que hubiera dos versiones: una bandera para los peligros y otra para la procesión de Corpus Christi. En todo caso, ese pendón fue el que sostuvo la defensa de la ciudad de Barcelona durante el sitio de 1714 y, entonces, como en otras ocasiones, tuvo un gran valor simbólico para los barceloneses. Todavía hoy, en esta época laica y escéptica, la legendaria santa mártir influye en la vida de los barceloneses. Muchas mujeres de la ciudad se llaman Laia, el Ayuntamiento fomenta desde hace años las fiestas que se celebran en honor a la patrona, y las trece ocas del claustro, que recuerdan el oficio de la santa y el número trece —que por lo visto la persiguió toda la vida, incluso después de muerta— son motivo de admiración para los turistas que visitan la catedral.

La lista de santos barceloneses procedentes del periodo de represión de los cristianos en Barcino está llena de personajes legendarios que no tienen ninguna conexión con la realidad. No es extraño, porque buena parte de los santos, especialmente los mártires de la época, son fruto de la imaginación, aunque la Iglesia no los haya cancelado del Martirologio Romano o, dicho de otro modo, del catálogo de santos reconocidos por la institución. Del mismo modo, también hay santos cuya existencia resulta irrefutable, a pesar de que su historia contenga elementos de fantasía. Es, por ejemplo, el caso de san Cucufato o Cucufate —Cugat en catalán—, un mártir de primera división que acabó sus días degollado en el lugar donde ahora está el monasterio de Sant Cugat del Vallès, una población cercana a la antigua Barcino. Sus restos descansan en una urna sencilla en la cripta de Santa Maria del Mar, en Barcelona.

Otro barcelonés importante de aquella época, aunque ligeramente posterior, es san Paciano, que existió realmente y del que se conocen incluso detalles de su vida. Nació en Barcino o en algún lugar directamente dependiente de la ciudad en el primer tercio del siglo IV. Fue el segundo obispo cristiano de la ciudad, aunque la Iglesia afirmó durante muchos siglos que Barcelona tuvo

obispo desde poco después de la muerte de Cristo, lo cual es imposible. Paciano estaba casado y tuvo un hijo relativamente célebre, Dextro, que llegó a ser un alto funcionario de la corte del emperador Teodosio el Grande. Pero a pesar de que la paternidad es, sin duda, algo importante, a Paciano se lo recuerda en primer lugar porque fue nombrado Padre de la Iglesia. Paciano era teólogo y escribió prolijamente acerca del bautismo, la supremacía del Papa y contra los herejes. Debió de hacerlo con tanta elocuencia y pasión que dejó una huella profunda en las primeras discusiones teológicas de la santa madre Iglesia.

Paciano debía de ser muy popular en su época, a pesar de que los barceloneses no se acuerdan nunca de él. Bajo su influjo, Barcino empezó a transformarse, como de hecho estaba haciendo todo el Imperio, en una ciudad romana cristiana. El cambio era sustancial porque los emperadores romanos en ese momento ya fomentaban el cristianismo como religión del Estado. Constantino dejó de perseguir cristianos en el año 313, como habían hecho sus antecesores, motivado en buena parte por el apoyo que este grupo le proporcionó para acabar con quienes amenazaban su poder. A partir del 325, el cristianismo fue considerado una religión legal en el Imperio. Solo los leones, acostumbrados a alimentarse en el circo a base de cristianos, debieron de lamentar el final de la época de los mártires.

Desde la publicación en el siglo XVIII de la monumental obra *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, de Edward Gibbon, la adopción del cristianismo como religión oficial del Imperio ya a finales del siglo IV, con el emperador Teodosio, ha sido considerada como uno de los motivos clave de la caída de Roma. Los historiadores actuales no lo tienen tan claro y apuntan a otras causas, a menudo de orden económico y militar. Sea como fuere, lo cierto es que la adopción del cristianismo como religión oficial alteró las bases de lo que hasta entonces había sido el Imperio romano. Lo hizo hasta tal punto que, al mismo tiempo, este se dividió en dos partes, una en Occidente, a la que pertenecía Barcino, y otra en

Oriente, cuya capital era Bizancio, más tarde llamada Constantinopla. Fue precisamente la parte occidental la que entró en el proceso de declive que citaba Gibbon.

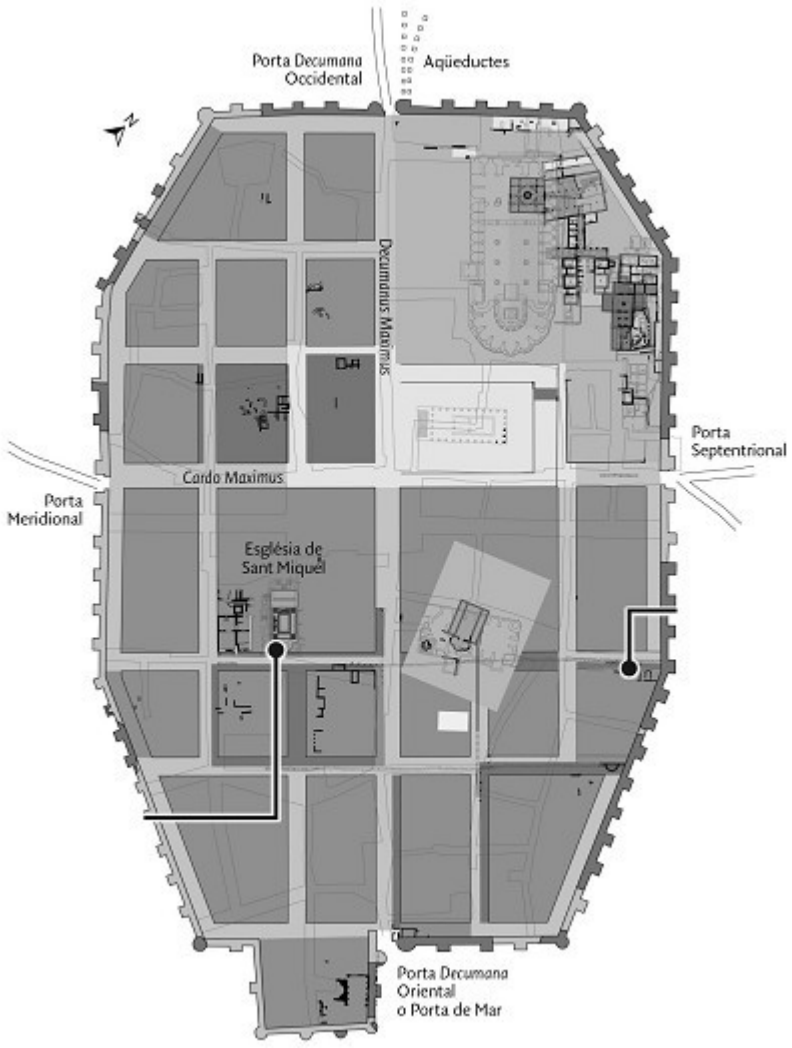
Ya hemos visto, sin embargo, que a Barcino la decadencia y posterior caída del Imperio no le fue tan mal. En primer lugar, la Tarraconense, la provincia a la que pertenecía la ciudad, era un lugar aburrido y próspero, aunque su prosperidad no tenía nada que ver con el lujo al que estaba acostumbrado el resto del Imperio. A medida que decaía el poder central de Roma, la gente de las provincias aumentaba su autonomía. El autogobierno comportaba que las decisiones administrativas pasaran más que nunca por las ciudades de la región.

Barcino, que, como ya se ha dicho, estaba muy bien situada, cogió impulso como consecuencia de estos cambios. Gracias al obispado, y probablemente a uno de los grandes señores que vivía en la ciudad y que se convertiría al cristianismo, se empezó a construir la primera basílica que tuvo Barcelona, en el lugar donde ahora se asienta la catedral. La fecha no resulta clara, pero fue probablemente en el curso del siglo IV. También hay restos de otra basílica de la misma época en el lugar que hoy ocupa la iglesia dels Sants Màrtirs Just i Pastor, al otro lado del foro.

Ambos edificios, que, profundamente transformados, siguen en pie, simbolizan la continuidad de la presencia en el mismo lugar de Barcelona de dos templos que se remontan a hace más de mil setecientos años. Pocas ciudades del mundo pueden presumir de algo parecido...

CAPÍTULO 3

LOS VISIGODOS



Planta de la ciudad de Barcelona en el siglo VI.

El Imperio romano empezó a tambalearse en la segunda mitad del siglo IV. Uno de los innumerables motivos de esta sacudida, cada vez más intensa, fue la influencia creciente de los pueblos germánicos dentro del Imperio, esos a quienes los romanos llamaban bárbaros. De hecho, la relación entre los pueblos germánicos y los romanos venía de lejos. Durante la República, las legiones se habían enfrentado a menudo a los inmigrantes bárbaros, a los que habían vencido en la mayoría de las ocasiones, convirtiéndolos en esclavos.

Por otra parte, el Imperio había crecido tanto que sus fronteras eran enormes y su territorio inmenso. A los romanos no les quedó más remedio que asimilar a las poblaciones que vivían en los territorios conquistados, y a menudo tuvieron que emplear la fuerza militar de los pueblos germánicos para luchar contra otras tribus. La incorporación de guerreros germánicos como tropas auxiliares se hizo cada vez más frecuente, y las fuertes tensiones que esta relación comportaba también fueron en aumento. En el año 378 uno de esos grupos, los visigodos, antiguos aliados de los romanos que aspiraban a integrarse pacíficamente en el territorio imperial, se sublevan exasperados por las traiciones y la corrupción de las autoridades romanas. El emperador Valente se dirige a Adrianópolis, en Tracia, a escasos kilómetros de Constantinópolis, para castigarlos, pero pierde la batalla y perece en ella. Es el primer gran triunfo de un grupo supuestamente bárbaro sobre las legiones. Sorprendidos y humillados, los romanos abandonan la formación de combate que llevaban utilizando, con variantes, desde hacía cinco siglos.

Los visigodos no son unos salvajes, no más de lo que lo somos todos los humanos, claro está. Solo son personas que quieren vivir en paz. Sin embargo, desde la victoria de Adrianópolis, tanto ellos como otros muchos grupos étnicos, germánicos o asiáticos, empiezan a hacer incursiones en el Imperio romano, especialmente en el de Occidente, convirtiéndose en otro factor político. Las

facciones con posiciones encontradas del Estado romano los utilizan como comodín para acabar con los adversarios políticos o para consolidar el dominio de territorios que han opuesto resistencia. Los romanos acabarán pagando un precio muy alto por utilizar a demasiadas poblaciones con intereses y culturas diferentes. Adrianópolis marca un antes y un después para los visigodos, y en general para todos los pueblos germánicos. Si hasta ese momento solo habían aspirado a ser un pueblo dominado por los romanos o, como mucho, aliado suyo, a partir de entonces empiezan a verse al mismo nivel que ellos, e incluso como sus herederos en el control de Europa. Tras unos años de tira y afloja, los visigodos encuentran en el general Alarico un líder capaz de derrotar a los romanos, también dentro de la península itálica. En el año 410, Alarico y sus guerreros consiguen entrar en Roma.

Pero los visigodos no hicieron honor a su apodo de bárbaros. La entrada y la ocupación de la capital del Imperio de Occidente, la ciudad más importante del mundo durante cinco siglos, no fue brutal ni mucho menos. El saqueo de Roma fue controlado y se respetaron, por ejemplo, las propiedades religiosas, lo cual tenía una cierta lógica porque, a pesar de las decepciones, el contacto con los romanos y la admiración que mostraban por la civilización clásica desde hacía décadas los había romanizado en buena medida. Muchos visigodos habían abrazado el cristianismo y probablemente hablaban latín, o cuanto menos lo intercalaban con su idioma.

Gala Placidia: una joya preciada

Entre todas las joyas y riquezas que los visigodos se llevaron de Roma, hubo una fundamental para la historia de Barcelona. En el saqueo de Roma del año 410, Alarico capturó a una persona muy importante: la hermana del emperador romano Honorio, que se llamaba Gala Placidia. Se trataba de un rehén digno de respeto porque los romanos seguían siendo una fuerza militar y social

poderosa. Los visigodos controlaban, o, mejor dicho, impedían que los romanos controlasen, gran parte del Imperio, especialmente la actual Italia y el sur de Francia. Sin embargo, el dominio romano seguía afianzado en la Tarraconense, entre otras cosas porque, recordemos, su territorio contaba con una ciudad cuyas murallas eran inexpugnables: Barcino. Pero este dominio se volvió pronto en contra de los propios romanos. En el último siglo, el poder del emperador, que se había debilitado progresivamente, estaba en manos de quien poseía un ejército, y la única manera de que las tropas tomaran partido por un general era que este tuviese asegurado el control económico y político de un territorio. Si se tiene en cuenta que la provincia más tranquila y más próspera en la que los visigodos todavía no habían puesto los ojos era la Tarraconense, es de suponer que el general que la dominaba en aquellos años turbulentos se planteara convertirse en emperador. Las intrigas que rodearon su rebelión cambiaron el futuro de Barcino.

Como todas las intrigas, su génesis es algo complicada. Por una parte está el emperador Honorio, un hombre que ha visto debilitarse su poder a causa, entre otras razones, de la invasión visigoda de Italia. Por otra parte, hay un emperador usurpador, Constantino, que dominaba la Galia con la ayuda de las legiones británicas hasta que uno de sus generales, Geroncio, de origen germánico, se rebeló contra él apoyado por grupos de suevos, alanos y vándalos a los que permitió el paso a la península ibérica. Una vez llegó a la Tarraconense en el año 408, Geroncio proclamó emperador a un aristócrata de Tarraco, Máximo. Los dos hombres decidieron entonces establecer la capital de aquel sucedáneo del Imperio en Barcino, que llegó incluso a acuñar moneda.

Barcino contaba con unas buenas murallas y un buen puerto, que la convertían en un excelente enclave militar. En el año 411, Geroncio sale con sus tropas para acabar definitivamente con el ejército de Constantino, capitaneado por un general cuyo nombre, para confundir aún más las cosas, es Constante. Lo asedia en Arlés, pero se encuentra con la sorpresa de que otro ejército romano

enviado por el emperador Honorio y capitaneado por el general Constancio —cuyo nombre prueba que la confusión forma parte del ADN de este episodio histórico— también pretende capturar a Constantino y, de paso, detenerlo. Las tropas de Geroncio son atacadas y derrotadas en Arlés y se ven obligadas a retirarse hacia la Tarraconense, un hecho que provoca que se rebelen contra su general. Tras varios combates, Geroncio, rodeado por los rebeldes, se suicida. Ante tal situación, el aristócrata tarraconense Máximo huye a la Bética para refugiarse en la costa con sus aliados alanos. Volverá a ocupar Barcino por un breve periodo en 419, cuando finalmente Honorio lo captura y lo traslada a Rávena, donde se ha establecido la nueva capital del Imperio romano de Occidente, para ejecutarlo por traición en el año 422. Un poco complicado, ¿no? Lo importante de todo esto es que el episodio de Geroncio y Máximo pone de manifiesto que Barcino era una ciudad primordial para los romanos y que, como consecuencia del saqueo de Roma, su importancia había aumentado.

¿Qué hacían los visigodos mientras los romanos intrigaban para convertirse en emperadores? Los visigodos se habían instalado en Tolosa y, a la muerte de Alarico, habían nombrado un nuevo rey: Ataúlfo. El nuevo monarca no heredó solamente el poder, sino también el control de los rehenes, entre los que se hallaba, recordémoslo, la princesa Gala Placidia, quien ya llevaba dos años prisionera. Fuera por amor o por conveniencia, el rey visigodo se casó con la princesa cautiva en Narbona, en el año 411. Se trataba de una estrategia magistral en aquel juego de intrigas: los visigodos, el pueblo bárbaro más romanizado y militarmente más potente, anunciaba al mundo que su rey también entraba en la batalla por la sucesión imperial de Roma.

Honorio, que ya se había quitado de encima a Constantino gracias al general Constancio, su mano derecha, descubre de repente que sus competidores al trono real son Ataúlfo y su propia hermana. Decide entonces enviar a sus tropas, siempre con

Constancio a la cabeza, contra sus enemigos, obligándolos de nuevo a retroceder. Ataúlfo y Gala Placidia deben regresar a Narbona con su ejército visigodo, y no se instalarán en Barcino hasta el año 414.

Ataúlfo, cada vez más decidido a apropiarse de todo el Imperio, acelera el proceso de romanización de los visigodos y planea cómo expandir el territorio. En Barcelona nace su heredero, Teodosio, que fallece al cabo de pocos días. Pero tanta romanización y tanto latín suscitan el recelo de sus soldados. En el año 415, cuando hace menos de un año que se ha establecido en Barcino, Ataúlfo muere degollado por su guardia. Lo sucede Sigerico, otro noble, que también cae asesinado tan solo una semana después. El tercer rey será el noble Walia, sin duda un hombre más pragmático, porque decide pactar con los romanos, que probablemente habían instigado los asesinatos y los golpes de Estado. En el año 416, Walia pacta la paz con los romanos a cambio de ayuda para expulsar a los vándalos y a los alanos, que se han instalado en el sur y en el centro de la península. Y, de paso, libera a Gala Placidia, que regresa a Roma y es forzada a contraer matrimonio con el gran aliado de su hermano, el general Constancio.

Los romanos, asustados por el creciente poder de los visigodos, los obligan a retirarse, entre pactos y amenazas, a la zona de Tolosa de Llenguadoc —Toulouse—, donde establecerán su reino. De hecho, la Galia estaba fuera del control de Roma desde hacía décadas, y para el Imperio es preferible que esté dominada por un aliado, aunque no sea muy de fiar, que sometida a los intereses de los generales romanos más ambiciosos. Las relaciones entre visigodos y romanos eran tan turbulentas como cabe suponer. En general, serán relativamente amistosas, pero siempre plagadas de intrigas y conspiraciones.

Barcino, último bastión del Imperio de Occidente

La provincia de la Tarraconense, y con ella Barcino, vuelve a estar bajo el dominio romano. De hecho, será durante años el último bastión del Imperio de Occidente. De vez en cuando, los visigodos y los ostrogodos llevan a cabo incursiones en el territorio, pero Barcino se mantiene en manos de los romanos. Sin embargo, el evidente declive del poder romano tiene un efecto práctico, algo curioso, en la ciudad: las autoridades civiles tradicionales, como los ediles, son sustituidas por el obispo, una autoridad religiosa. Como ya estaba ocurriendo en muchos otros lugares del Imperio, la Iglesia dirigirá la ciudad de Barcino. Este hecho será determinante, y no solo porque la ciudad verá como se construyen varios edificios al servicio de la función episcopal, sino también porque pronto surgirán problemas religiosos con los visigodos.

Los visigodos son arrianos. A pesar de que en la actualidad el arrianismo es una derivación exótica del cristianismo prácticamente inexistente, en aquella época no era una corriente religiosa menor. Procedía de un teólogo del siglo IV, Arrio, que sostenía que Cristo no era Dios, sino solo su Hijo. Este matiz, que hoy en día constituiría una simple discusión doctrinal sin importancia, provocó grandes conflictos y, como es habitual a lo largo de la historia en cuanto se toca algún dogma religioso, mucha violencia. Los visigodos y los ostrogodos eran arrianos; los francos, por ejemplo, eran católicos. Mientras el Imperio de Occidente se tambalea, la única institución que todavía mantiene una cierta unidad es la Iglesia. Pero si el arrianismo arraiga, también se destruirá el vínculo religioso que mantiene unido el territorio. Así pues, es normal que arrianos y católicos no se vean con buenos ojos, y no solo por razones teológicas. Lo que se está decidiendo es, en el fondo, quién detentará el poder, independientemente de si Jesucristo es Dios o solo su Hijo.

Por otra parte, la agonía del Imperio romano en el siglo V supuso para las ciudades de Occidente un proceso de ruralización del que Barcino no quedó al margen. Las ciudades, abandonadas a su suerte, perdían importancia a medida que los grandes

propietarios tenían menos protagonismo en su gestión. Estos huían al campo y se retiraban a sus extensas propiedades rurales. El núcleo de muchos pueblos nació, efectivamente, en ese siglo.

A pesar de esta confusión, los visigodos son fuertes y, por lo que parece, no se comportan como unos salvajes incivilizados, sino que también saben crearse simpatías en los territorios cercanos. De otra forma no se explica que en 472, solo cuatro años antes de la destitución de Rómulo Augústulo, último emperador romano de Occidente, el rey visigodo Eurico ocupe Barcino sin que la ciudad oponga resistencia, sino más bien todo lo contrario, pues parece ser que los habitantes prestaron incluso su colaboración. El poder visigodo, o quizá la fuerza del arrianismo que estaba arraigando en la ciudad, podrían ser los motivos de la entrega pacífica de Barcino.

En cualquier caso, el control absoluto de la Tarraconense no pasa a manos de los visigodos hasta el año 496, cuando el hijo de Eurico, Alarico II, derrota lo que queda de la organización hispanorromana. Los romanos desaparecen definitivamente de la historia de Barcelona. Pero cuando todo parecía ir bien, a Alarico le pierde su ambicioso carácter.

Tras la captura de Dertosa, la Tortosa actual, por parte de los visigodos, el rey franco Clodoveo lanza una ofensiva. Alarico lleva a su ejército hasta Vouillé, cerca de Poitiers. Según las crónicas godas, Clodoveo en persona mata a Alarico al principio de la batalla, lo que provoca el desánimo entre las filas visigodas. El resultado de esta batalla, que se libra a más de mil quinientos kilómetros al norte de la ciudad, afecta directamente a Barcino porque los visigodos se ven obligados a abandonar una buena parte de los territorios que poseen al norte de los Pirineos y, perdida Tolosa, en el año 507, a escoger una nueva capital. Será Barcino.

Barchinona

De hecho, no siguió llamándose Barcino, sino Barchinona o Barcinona, que será el nuevo nombre que pronto se grabará en las monedas. No hay constancia, como de muchas otras cosas de esa época, de que sus habitantes la llamasen así, pero con ese nombre se la cita en la *Chronica Cesaraugustana*, que narra la llegada y asentamiento de los visigodos, y de la cual, por desgracia, solo se conservan fragmentos reproducidos en un documento posterior. O sea, que todo es bastante incierto. Lo que sí se sabe es que los visigodos derrotados en Vouillé escogieron como nuevo monarca a un hijo bastardo del rey fallecido, Gesaleico, un guerrero que condujo lo que quedaba del ejército visigodo hasta Barcino, o Barchinona, como prefieran, donde se asentó en el año 511.

Gesaleico tenía por enemigos a los poderosos ostrogodos, pues el hijo ilegítimo del rey Alarico, un niño de nueve años llamado Amalarico, era nieto de su rey. Si Amalarico ocupaba el trono visigodo, los ostrogodos tendrían un aliado de primera en la península ibérica, mientras que el interés del rey bastardo Gesaleico era, como es natural, marcar las distancias con sus vecinos. Visigodos y ostrogodos habían compartido un inmenso territorio que los romanos denominaban Gotia, que corresponde más o menos a la Ucrania actual. Hacía siglos que los dos pueblos mantenían una relación intensa por varios motivos. Y como es sabido, en una relación de dos el paso del tiempo no mejora necesariamente a la pareja. Eso fue lo que les ocurrió a los visigodos y a los ostrogodos. Para los ostrogodos, controlar el reino visigodo era un paso más o menos necesario para que el Imperio romano pasara a estar bajo su dominio, pero no eran los únicos que soñaban con eso: como ya había hecho Alarico, los francos, que habían provocado aquella crisis, también deseaban lo mismo.

Teodorico, en nombre de Amalarico, envió su ejército a luchar contra Gesaleico, que se había refugiado en Barchinona, aunque no debía de tener muy claras sus posibilidades de resistir a un asedio, o quizá no se fiaba de sus compañeros. El caso es que salió de la ciudad para enfrentarse al ejército ostrogodo y a los partidarios del

rey niño en un lugar al norte de Barchinona, donde fue derrotado. Volvió con el rabo entre las piernas para protegerse entre las murallas de la ciudad, pero, teniendo en cuenta cómo estaban las cosas, huyó al sur, probablemente a África, donde dominaban los vándalos. Estos, que en teoría eran amigos de Gesaleico, no quisieron provocar la ira de los nuevos mandatarios visigodos ni la de sus consejeros ostrogodos y expulsaron a Gesaleico, que huyó a Aquitania, la Francia actual, donde reclutó a un nuevo ejército. Desde allí se lanzó en el intento de recuperar con la fuerza la nueva capital visigoda, Barchinona. El resultado fue un nuevo desastre, pues volvió a ser derrotado a unos kilómetros de la ciudad y, como siempre, tuvo que huir. Cuando pocas semanas después llegó cerca de Narbona, fue capturado y asesinado por unos soldados ostrogodos.

Amalarico, que solo tenía nueve años, era demasiado joven para gobernar, por lo que su abuelo, el rey ostrogodo Teodorico el Grande, se hizo cargo de la regencia. Pero la situación no era lo que se dice idílica. Los francos, que fueron quienes empezaron todo este lío, presionan con fuerza porque tienen la intención de llegar a la península itálica. Los visigodos, con la ayuda de los ostrogodos, se salvan por los pelos en Narbona. Mientras tanto, el anciano Teodorico nombra jefe del ejército visigodo a uno de sus generales, el ostrogodo Teudis, que, de hecho, acaba gobernando el país y, para atar cabos sueltos, casa a Amalarico con una princesa merovingia, Clotilde, a quien su marido se las hace pasar moradas. El hecho es que Clotilde profesaba la fe cristiana católica, mientras que su marido era arriano. Cuando Clotilde asistía a misa en la basílica de Barcelona, los nobles visigodos se entretenían insultándola y lanzándole excrementos. Se lo hizo pasar tan mal que los merovingios, hartos de la situación, atacaron el reino. Amalarico reaccionó ordenando que mataran a su esposa a golpes, a lo que los merovingios respondieron buscando el respaldo de los francos... ¡Palabras mayores! En el año 531, presionado hasta lo indecible, Amalarico decide abandonar la corte e instalarse en Barchinona, lo

cual no le hace ninguna gracia a Teudis, que decide presentarse en la ciudad para solucionar el conflicto de una vez por todas. Lo soluciona de una forma tan radical que Amalarico pierde la vida.

Teudis se proclamó rey en Barchinona e hizo de ella su capital. El hecho de ser ostrogodo facilitó que llegara a un acuerdo con sus antiguos compatriotas para no inferir en sus respectivos reinos. A partir de Teudis, el reino visigodo se denomina Septimania. Teudis consolida lo que había empezado Alarico, es decir, el proyecto de transformar el derecho en su territorio. Hasta entonces, el derecho romano clásico había seguido aplicándose a pesar de que los diversos pueblos germánicos que habían ocupado el Imperio incorporaron normas propias, procedentes de otras tradiciones jurídicas, al cuerpo de leyes y costumbres romanas. Teudis quiere cambiar las cosas, y aunque no lleva a cabo una revolución jurídica, lo cierto es que los territorios de Septimania, entre los que se encuentra la ciudad de Barchinona, empiezan a regirse por unas normas diferentes de las que se habían aplicado a lo largo de los cinco siglos anteriores.

Será Teudis quien acabe con la capitalidad de la ciudad, que había impulsado Amalarico, probablemente porque debía de considerar que estaba demasiado cerca del territorio franco, al trasladar la corte a Toledo, en el centro de la península ibérica, una capital más acorde con su deseo de expansión. Como muchos años después hará el rey más grande que ha tenido Cataluña, Jaime I, Teudis pone los ojos en el sur cuando la expansión hacia el norte resulta imposible. Los enemigos de la antigua Bética son más débiles que los francos. Aunque parezca increíble, los enemigos del sur son básicamente los bizantinos, que no se conforman con el Imperio oriental y quieren reconquistar las antiguas fronteras del imperio romano. Pero volvamos a los visigodos. Quizá para no romper la tradición, el destino de Teudis fue el común a los reyes visigodos. Por lo que parece, durante una estancia en Barchinona, un hombre que fingía estar loco se le acercó y lo mató. Teniendo en cuenta el estilo habitual de los visigodos para cambiar de monarca, es posible

que el hombre no estuviera tan loco, o bien que solo fuera un sicario de los nobles interesados en suplantar a Teudis. Sea como fuere, el asesinato se cometió en Barchinona. Como se puede suponer, las noticias exactas sobre cómo sucedió todo brillan por su ausencia. Lo cierto es que benefició a uno de sus generales, Teudiselo, quien, justo un año después, fue asesinado durante un banquete celebrado en Sevilla. Según parece, Teudiselo fue invitado a cenar por un grupo de hispanoromanos. El rey visigodo no cayó en que él había mantenido relaciones con todas las mujeres de sus anfitriones. El rey libidinoso no llegó vivo a los postres.

Dos sedes episcopales

Barchinona —o Barcinona, como quieran llamarla— no era indiferente a este clima de conspiraciones y asesinatos sin freno. Cuando los visigodos entraron, la basílica, situada en el extremo norte del recinto amurallado —el lugar donde se encuentra actualmente la catedral—, ya existía. Para construirla se aprovecharon los cimientos de una *domus*, una casa rica romana, que probablemente ya había servido para el culto cristiano. A partir del 346, bajo el reinado del emperador Constancio, se habían cambiado los símbolos paganos de los templos de culto por el crismón cristiano. El crismón es el monograma del nombre de Cristo, formado por las letras griegas *khi* y *ro* sobrepuestas, que a los ojos de las personas acostumbradas al alfabeto occidental parecen una «X» y una «P». Estas dos letras son las primeras del nombre de Cristo en griego y fueron el símbolo que el emperador Constantino vio en el cielo durante la batalla de Ponte Milvio, circunstancia que determinó la victoria sobre el enemigo. Se debió al crismón y también al hecho de que convenció a sus soldados cristianos, es decir, a la mayoría de su ejército, de que Dios estaba a su lado.

Cuando los visigodos tomaron el mando de Barcino, la basílica ya funcionaba a pleno rendimiento y el obispo era quien realmente mandaba en la ciudad. El obispo era católico, y la llegada de aquellos bárbaros que profesaban el arrianismo no hizo que cambiara de religión. Por otra parte, la mayor parte de la nueva población de Barcinona no se mezcló con los visigodos, lo que ayudó a la conservación de su religión. Pero los visigodos no habían llegado al poder para doblegarse a los obispos católicos, y una de las primeras decisiones que tomaron fue la de quedarse la basílica para el culto arriano. Los católicos, que eran mayoría, tuvieron que buscarse una nueva sede episcopal. Lo hicieron no muy lejos de allí. De hecho, solo a unos cientos de metros, al otro lado del foro, donde ahora se halla la basílica dels Sants Màrtirs Just i Pastor.

De ahí arranca una tradición barcelonesa que se ha mantenido hasta nuestros días. En Barcelona, el poder siempre se ha asentado en los extremos de la plaza principal, que en aquella época era el foro y en la actualidad es la plaza de Sant Jaume. Habitualmente, la representación del poder del territorio del que Barcelona es capital ha ocupado el lado oeste, mientras que la sede del poder relacionado con la ciudad se ha asentado en el este. Eso se concreta hoy en día en el Palau de la Generalitat y en el edificio del Ajuntament, pero en la época visigoda la repartición era entre arrianos, que representaban el poder visigodo, y católicos, más representativos de la población de Barcinona.

El hecho de que hubiera dos sedes episcopales tan cercanas, en franca competencia, debía de ser conflictivo. Lo fue hasta un cierto punto. «Cierto» porque la diferencia doctrinal entre arrianos y católicos no fue tan grande como para hacer llegar la sangre al río, o, para ser exactos, al agua transportada por el acueducto romano. Lo que sí comportó fue que el foro, que hasta ese momento había sido el centro de la vida de Barcino, empezara a perder sentido. En la civilización romana, el foro era el punto de encuentro del poder civil y religioso, si es que se podían distinguir netamente en aquella cultura. En cambio, el poder de los visigodos se concentraba en el

templo cristiano arriano. De hecho, la basílica empezó a crecer, y prácticamente en el mismo edificio, o en sus edificios adosados, se instaló el palacio del *comes civitatis*, el gobernador o conde de la ciudad. Y a su lado se estableció una guarnición militar. Militares, políticos y religiosos en el mismo lugar. No hay duda de que los visigodos sabían cómo funcionaba el poder. Además, por primera vez, empezaron a enterrar dentro del perímetro de las murallas. Rompiendo la tradición romana y con tal de acercarse a un cielo del que los romanos no habían oído hablar hasta la llegada del cristianismo, los cuerpos de los principales y de sus familias se enterraban dentro o al lado de la basílica. Los pobres, o los que simplemente no formaban parte del núcleo dirigente visigótico, continuaron siendo enterrados en las cunetas de los caminos que partían de la ciudad.

La construcción del complejo episcopal aportó muchos cambios a la ciudad. Poco a poco, el foro fue desmantelado, pues sus edificios empezaron a demolerse para reutilizar las piedras. La cuadrícula romana que caracterizaba a la ciudad también fue difuminándose. Las grandes mansiones de los señores y de la gente acomodada, las *domus*, se dividieron y se modificaron, a menudo aprovechando partes del porche que las rodeaba, o incluso trozos de calle. La trama urbana, rectilínea y romana, se modificó, transformándose en algo más cercano a lo que hoy identificamos con una ciudad medieval, con callejones que cierran el paso, edificios que no están alineados respecto a la calle o añadidos poco estéticos en las paredes. Las alcantarillas construidas por los romanos también cambiaron, obstruyéndose en algunos puntos o quedando en desuso a causa de la modificación de las calles. Las termas interiores, las que Lucio Minicio y su padre habían donado a la ciudad, y que se encontraban en la actual plaza de Sant Miquel, se convirtieron en una iglesia, la de Sant Miquel, que fue demolida a mediados del siglo XIX.

El desarrollo de Barcinona: el «suburbium»

Los cambios urbanos no obedecían solamente a la diferente visión y comprensión del mundo que los visigodos tenían respecto a los hispanorromanos, sino también al hecho de que Barcinona estaba creciendo. Por una parte, se producía un crecimiento demográfico natural, fruto de la explotación agraria y ganadera del territorio. Por otra, la atracción que la ciudad ejercía en los habitantes de fuera de las murallas era cada vez más evidente, pues en aquel momento Barcinona era el único núcleo civilizado en muchos kilómetros a la redonda y ofrecía una cierta protección que, en consecuencia, permitía consolidar un comercio estable y relativamente seguro.

La ciudad intramuros hacía lo que podía para resistir la presión demográfica, pero no lograba acoger a todos los que llegaban ni todas las actividades que los nuevos tiempos comportaban. Por primera vez, la ciudad empezó a crecer y a expandirse fuera de las murallas, sobre todo con la construcción de nuevas basílicas en honor a los mártires cristianos, que seguían la forma tradicional romana, y de monasterios, un hecho del todo nuevo. Nacen en esta época algunas de las iglesias que hoy en día forman parte del patrimonio más importante de Barcelona, aunque muchas con un aspecto completamente diferente del actual: Sant Pau del Camp, la de Santa Maria del Pi, la desaparecida de Sant Cugat y, por último, Santa Maria de les Arenes, que se levantó en el lugar donde estaba situada la antigua iglesia de Santa Maria del Mar.

Estas basílicas ubicadas fuera de las murallas de la ciudad eran muy atractivas para los habitantes de Barcinona, porque disponían de uno de los productos de moda: las reliquias, restos habitualmente humanos atribuidos a personas que murieron por la fe cristiana o que la Iglesia consideraba, ya entonces, santos, y que causaron furor hasta diez u once siglos después. Cuando uno de esos fragmentos se depositaba en un templo, se originaba un flujo de creyentes convencidos de sus virtudes terrenales que se acercaban a adorarlo. Estas reliquias procedían a menudo de los restos

desenterrados en el lugar donde se había construido el templo. Puesto que los cristianos asociaban sus lugares de culto a las tumbas de los mártires y santos, los templos se construían al lado de las vías principales —donde los romanos y los hispanorromanos solían enterrar a los muertos—, de modo que, fueran de santos o no, reliquias no debían de faltar.

Durante unas excavaciones en los cimientos de la iglesia de Santa Maria del Pi, se halló una inscripción romana con un *loculus*, una cavidad en su parte superior, que hoy está expuesta al lado de las cuatro columnas conservadas del templo de Augusto, en la calle Paradís. Probablemente, ese agujero servía para guardar algunas reliquias importantes, quizá las de santa Eulalia, aunque no está muy claro, pues tanto Santa Maria del Pi como Santa Maria de les Arenes podrían haber alojado los restos de la santa. El hecho de que una o dos de las primeras iglesias de Barcelona acogieran los restos de una joven mártir inexistente prueba el poder de la fe en la santidad de la mártir y la naturaleza divina de su suplicio. Algún escéptico dirá que si la niña fue una invención, esas reliquias no son suyas, pero ya se sabe, siempre ha habido escépticos.

En cualquier caso, fuese un trozo de hueso de santa Eulalia o un par de dedos de otro santo, lo cierto es que durante esos años, gracias al poder de la fe, Barcelona empieza a desarrollar por primera vez una actividad regular ciudadana fuera de las murallas. Un nuevo lugar empieza a existir y a contar con su propia historia. A este territorio situado fuera de las murallas lo llamaron, como en época romana, *suburbium*. En el suburbio se instaló poco a poco más población, que quería vivir bajo la influencia de la ciudad, cada vez más poderosa, pero que por razones económicas tenía que conformarse con cruzar cada día sus murallas al no poder permitirse quedarse cuando el sol se ponía y las puertas se cerraban. Entrar por las puertas de la ciudad no era gratuito, sino que tanto el paso de las personas como la actividad comercial, incluso las míseras actividades de los pobres que acudían al mercado a vender sus productos, los que ni siquiera se podían permitir dormir amparados

por las murallas de Barcinona, estaban sujetas a impuestos. La dinámica y la distinción entre los que vivían fuera y los que vivían dentro es una peculiaridad que se ha arrastrado hasta nuestros días. Cuando la ciudad experimentó el *boom* inmobiliario en los primeros años del siglo XXI, muchos barceloneses, por gusto u obligados por los precios astronómicos que alcanzaron las viviendas, se vieron forzados a irse de la ciudad, aunque entonces las murallas simbólicas ya estaban muy lejos del centro.

Las desigualdades sociales

Durante la segunda mitad del siglo VI, cuando la capital se traslada definitivamente a Toledo, Barcinona pierde importancia en el mundo visigodo, a pesar de que su idiosincrasia como ciudad que forma parte de la sociedad visigoda perdure. Una sociedad que procura consolidar las estructuras de su reino. A menudo lo hace de forma civilizada, como cuando el rey Recesvinto promulgó el *Liber Iudiciorum*, el Libro juez, una recopilación de las leyes vigentes. A menudo, sin embargo, no lo hace de un modo tan pacífico. Todo el período visigodo es una acumulación de asesinatos, tensiones e intrigas en otras esferas. Una sociedad, por otro lado, donde se mezclan godos con hispanorromanos y arrianos con católicos.

Cuando Recaredo hereda el trono, y viendo que el arrianismo condena a los visigodos a ser unos apestados dentro del mundo cristiano, decide convertirse, junto con su reino, al catolicismo. Es un acierto porque, por primera vez después de casi un siglo de complicada convivencia, visigodos e hispanorromanos se entienden y empiezan a convivir relativamente a gusto. Era la solución más lógica, pues se calcula que la proporción entre visigodos e hispanorromanos era de uno a diez como mucho. Algunos autores afirman incluso que solo un dos o un tres por ciento de los habitantes del reino eran visigodos. Esta proporción tan exigua no debía de cumplirse a rajatabla en las ciudades, donde se

concentraron la mayoría de los germánicos, y Barcinona no sería una excepción. Para los visigodos, vivir en las ciudades adquirió un gran prestigio: eran el único lugar donde se impartía la enseñanza, siempre en los alrededores de los obispados. Además, en las ciudades, especialmente en Barcinona, los mercaderes extranjeros vendían sus productos, lo que explica la supervivencia de un importante contingente de judíos dentro de las murallas.

En cualquier caso, la diferencia entre la sociedad visigótica y la romana no era muy significativa. La esclavitud, por ejemplo, se mantenía con fuerza, a pesar de ser diferente a la de la época de los romanos. En Roma, por lo general, la mayoría de los esclavos pertenecía a pueblos que habían sido derrotados en la guerra por las legiones romanas. De hecho, una de las teorías a propósito de la caída del Imperio romano, sostenida por muchos historiadores, es que al detenerse la expansión imperial durante los últimos ciento cincuenta años, el flujo de esclavos que mantenía la producción de Roma disminuyó, con lo cual se hundió la economía. Es cierto que, a pesar de que en la época de los visigodos se combatieron muchas guerras importantes y victoriosas contra los pueblos del norte y del oeste de la península, vascones y suevos respectivamente, y también contra los bizantinos asentados en el sur, el número de hombres, mujeres y niños capturados en las guerras se redujo. Lo más probable es que los esclavos fuesen deudores que no podían pagar, familias que se morían de hambre, niños vendidos por sus padres, condenas judiciales de diversa naturaleza o, simplemente, esclavos por nacimiento.

Que la institución de la esclavitud también fuera importante en la época visigótica lo demuestra que casi la mitad de las leyes que se promulgaron la tenían por objeto. Estas normas, por ejemplo, condenaban a morir en la hoguera al esclavo y a la mujer libre que mantenían relaciones sexuales. También permitían el castigo corporal y la mutilación de los esclavos desobedientes. Los visigodos eran muy dados a aplicar la pena de la *decalvatio*, es decir, arrancar el cabello al esclavo, porque, a pesar del maltrato y el castigo que

representaba, permitía volver a trabajar al poco tiempo. Siempre con la finalidad de aplicar un castigo terrible, pero que a la vez no mermara las fuerzas del sujeto, solían aplicar la castración o mutilar las orejas o la nariz. La mayoría de los esclavos, como en la época romana, se concentraba en las explotaciones rurales, pues constituía la mano de obra utilizada para trabajar la tierra. Pero las ciudades, y una tan importante como Barcinona no fue una excepción, también disponían de muchos esclavos cuya principal ocupación era servir a los *potentes*. Este es uno de los sustantivos latinos más sugestivos. Así se definía a las clases dirigentes de la época, formadas por los visigodos —la inmensa mayoría— y los hispanorromanos con propiedades. Entre los *potentes* más potentes —valga el juego de palabras— se encontraban las autoridades eclesiásticas. Ya fueran arrianos o católicos, el trato que recibían sus esclavos no variaba. La llegada del cristianismo y el hecho de que esta religión reconociese a los esclavos el derecho al bautizo, es decir, a ser considerados hijos de Dios, incitó a algunos historiadores a considerarla determinante para el declive del Estado romano. Pero la práctica de los visigodos, entre otros, lo desmiente. Los hombres de la Iglesia no tenían reparos en servirse de esclavos, y no existe ningún testimonio, ni uno, que demuestre que los cristianos los trataban de manera diferente que los paganos. Es más, algunos de los teólogos más destacados de la época visigoda, como Isidoro de Sevilla, justificaba la esclavitud asociándola al pecado original. De hecho, según el futuro santo sevillano, la esclavitud era fruto de la misericordia de Dios, porque los esclavos tenían propensión al mal y por eso era necesario que sus amos los castigaran.

Ahora bien, lo cierto es que el cristianismo transformó en parte la institución de la esclavitud. Durante la época visigótica la manumisión —es decir, la liberación del esclavo, que a partir de entonces mantenía un vínculo de sumisión con su antiguo amo— fue en aumento. De hecho, la antigua condición de liberto, que había sido muy importante en la antigua Barcino romana, se transformó en la de manumiso, una figura, como ya empezaba a intuirse, parecida

a la que iba a predominar en siglos venideros: el siervo. En todo el reino, y también en Barcinona, las clases populares se parecen cada vez más. No hay mucha diferencia entre un esclavo, un manumiso y un hombre libre miserable. No es de extrañar que en las excavaciones que se llevan a cabo donde se había asentado la muralla de Barcelona se encuentren muchos esqueletos de rata común en el estrato visigótico, pues eran consumidas por los habitantes más pobres de la ciudad.

La rebelión de Paulo

Esta desigualdad social crea una fractura en el reino. Durante todo el siglo VII, los reyes y las rebeliones de los nobles se irán sucediendo casi sin descanso. Pero, curiosamente, el territorio de la Tarraconense permanecerá al margen de estas intrigas hasta finales de la centuria, lo que demuestra que en el reino visigodo las intrigas de la corte de Toledo quedaban muy lejos de la mayoría de los territorios que oficialmente formaban parte de él y que, de hecho, estaban bajo el control de la aristocracia de la zona. Barcinona, como ciudad más poderosa de la Tarraconense, vivirá un siglo de cierto crecimiento, aunque su población se halle en penosas condiciones. Sin embargo, en los postreros años del siglo, la ciudad queda implicada en la rebelión de Paulus, uno de los episodios más reveladores de que el reino estaba tocando a su fin.

Paulo, de nombre Flavio, fue uno de los principales generales de Wamba, que empezó a reinar en 673. Pero su reinado no tuvo un buen principio. En primer lugar porque, según las crónicas, fue elegido contra su voluntad. La monarquía visigoda, a pesar de haberlo intentado, no había conseguido ser hereditaria. Por lo que parece, Wamba, que era un hombre ya anciano, fue una solución de compromiso a la muerte del rey Recesvinto, por la sencilla razón de que esperaban que durara poco en el cargo. Ese sistema de aplazamiento de decisiones era muy practicado en el Papado, por

ejemplo. El problema fue que Wamba vivió muchos años, y además manteniendo un cierto vigor. En cuanto fue nombrado, estalló la enésima rebelión de los vascones. Wamba dirigió su ejército contra ellos, pero en pleno conflicto le llegaron noticias graves y confusas: la Septimania, uno de sus territorios más ricos e importantes, cuya capital era Narbona y que también incluía a Barcinona, se había rebelado. No se conservan las fuentes necesarias para saber por qué estalló la rebelión, aunque parece ser que la excusa de los rebeldes fue que el sistema de elección de Wamba no era legal. Una excusa con poco fundamento, por lo que parece. En cualquier caso, al recibir estas noticias, Wamba envió una parte de su ejército, capitaneado por el comandante Flavio Paulo, que fue nombrado duque de Septimania para la ocasión, a reprimir la rebelión.

Paulo llega a Tarraco con sus soldados, pero, sorprendentemente, no solo no reprime la rebelión, sino que se une a ella con tanta decisión que llega incluso a conducirla. Bajo su mando, prácticamente toda la Tarraconense y la mayor parte de Septimania pasan a formar parte de sus dominios. A esto contribuye también el hecho de que el reino franco le envía ayuda, aunque, al parecer, de poca calidad militar. Paulo llegará a ser proclamado rey, mas no queda claro si de un nuevo reino separado del de Wamba o bien de su totalidad pero con un control limitado del territorio. En cualquier caso, Barcinona es uno de sus pilares.

Ahora bien, Wamba, que era viejo pero no holgazán, derrotó lo antes que pudo a los vascones y dirigió su ejército hacia la Tarraconense. Agrupó a más de treinta mil hombres, una cifra enorme para la época, y dividió el ejército en tres columnas que se encaminaron hacia Narbona pasando por el territorio catalán. La columna principal, encabezada por el rey en persona, recorría la Vía Augusta y tenía por objetivo obtener la rendición de tres grandes fortalezas: Tarraco, Barcinona y Gerunda, la Girona actual. La más importante, la clave de la campaña, era Barcinona. Pero la ciudad no opuso resistencia. Su líder principal, el duque Ranosindo, había huido, lo que permitió a Wamba entrar en ella y capturar a los

cabecillas rebeldes que quedaban, incluidos dos diáconos. La campaña prosiguió y, al cabo de unos cuantos meses y unos pocos enfrentamientos, los rebeldes perecieron o fueron capturados. Paulo y los miembros principales de la rebelión que sobrevivieron no fueron ni ejecutados ni cegados, como permitían las leyes visigodas, sino decalvados, como se hacía con los esclavos, y obligados a exiliarse.

El episodio de Paulo ilustra cómo funcionaba, o más bien cuán mal funcionaba, el reino visigodo. La elección de Wamba, tan poco clara, y la inmediata rebelión de los vascones, de los tarraconenses y de los septimanos revelan que el reino había perdido su solidez.

A LOS VISIGODOS NO LES GUSTABAN LOS JUDÍOS

Después de Wamba, las cosas fueron de mal en peor y la falta de cohesión y la injusticia que parecían inherentes al dominio visigodo aumentaron. Uno de los sucesores de Wamba, el rey Égica, desarrolló una política cruel de persecución política dirigida tanto contra la familia de su esposa —Cixilo, hija de su antecesor, Ervigio— como contra los judíos que vivían en el reino. De hecho, Égica solo seguía la tradición de la mayoría de los reyes visigodos, que desde su conversión al catolicismo habían dedicado una buena parte de su gobierno a tocar las narices a los judíos. Pero Égica hizo un salto cualitativo: los colmó a impuestos y los fue desposeyendo de sus propiedades, empezando por los esclavos. Aunque no está perfectamente documentado, resulta bastante claro que se produjeron ataques, lo que ahora se denomina «pogromos», contra los judíos. No sabemos si Barcinona fue uno de los lugares donde hubo pogromos, pero lo más probable es que así fuese. La comunidad judía de la ciudad era importante y, dedicándose al comercio marítimo, seguramente había suscitado resentimientos y envidias.

En el año 694, Égica endurece la represión. Convoca un concilio de obispos en Toledo para contarles que le han llegado noticias de otros reinos del Mediterráneo acerca de conspiraciones judías para derrocar a reyes cristianos:

> Fuertes motivos nos obligan por nuestra gloria a oponernos a los judíos con todas nuestras fuerzas, porque se afirma que en algunas partes del mundo algunos de ellos se han rebelado contra sus príncipes cristianos, y que muchos de ellos han perecido a manos de estos reyes por justo mandato de Dios y, sobre todo, porque hace poco, gracias a confesiones inequívocas que no dejan margen de duda, hemos sabido que algunos de ellos han aconsejado a otros judíos de ultramar que unan sus fuerzas para combatir contra el pueblo cristiano, en pos de su perdición y para arruinar la fe cristiana.

¡Una conspiración mundial! Aunque la idea misma es tan delirante como lo serán las doctrinas nazis del siglo xx, lo cierto es que los obispos, a pesar de mostrar cierta reticencia, bendijeron la jugada del rey Égica. Los judíos fueron desposeídos de sus bienes, dispersados por el territorio y, dando un paso más hacia la locura, privados de sus hijos para que fueran educados en la fe cristiana.

No es, pues, de extrañar que a partir de ese momento los judíos decidan conspirar de verdad para deshacerse de los visigodos. Cualquiera con dos dedos de frente habría hecho lo mismo. Una de las acusaciones que recibieron siglos más tarde, durante el franquismo, fue que abrieron las puertas a la invasión musulmana. No hay ningún documento que lo pruebe, pero viendo el trato que recibieron de los visigodos, cualquier aliado habría sido, sin duda, bien aceptado.

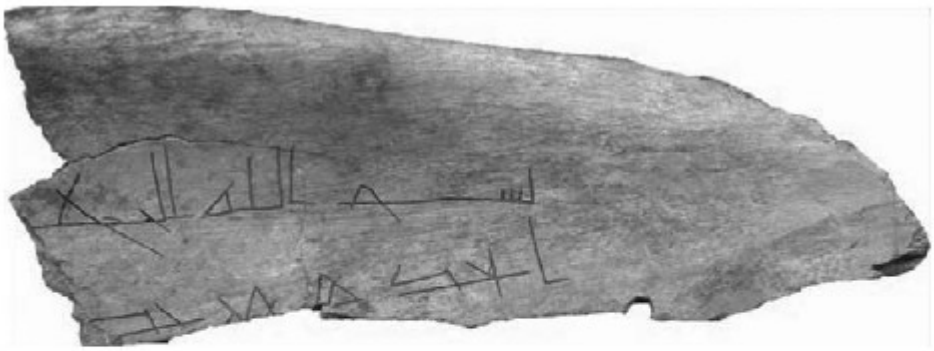
En medio de esta caótica situación, empezaron a circular en el mundo cristiano un hatajo de profecías apocalípticas que causaron gran impresión entre los fieles. La más conocida fue la de san Metodio, que anunciaba la llegada del anticristo y la derrota inicial de las fuerzas cristianas. En la última batalla, el último emperador subiría al Gólgota, la montaña donde Cristo fue crucificado, y encontraría la Santa Cruz donde murió Jesús. Entonces el emperador

ascendería al cielo al lado de la Cruz y el anticristo reinaría sobre la Tierra por los siglos de los siglos. Aunque eso no pasó, la profecía se hizo popular desde el palacio de Constantinopla hasta el último rincón del reino visigótico, una prueba de que mucha gente, muchísima gente, estaba dispuesta a todo, incluso a aliarse con el anticristo, con tal de sacarse de encima a aquellos cristianos brutales que los esclavizaban y arruinaban sus vidas. No es de extrañar que acogieran con los brazos abiertos a los invasores que estaban a punto de llegar.

Mientras tanto, los musulmanes preparaban sus barcos y afilaban sus espadas. Doce años después de la muerte de Égica, atravesaron el estrecho de Gibraltar y destruyeron el corrompido reino de los visigodos.

CAPÍTULO 4

BARSHILUNA



بسم الله الرحم[ن الرحيم]
اعذه هم ! هد[...]

Inscripción en árabe sobre un fragmento de escápula encontrada en Barcelona. La primera línea corresponde a un versículo inicial del *Corán*: «En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso».

En el año 711, un pequeño ejército musulmán, medio árabe y medio bereber, logra por casualidad un gran triunfo. Tras derrotar al principal ejército visigodo en Tarifa, al sur de la península ibérica, los musulmanes toman conciencia de ser el grupo de hombres armados más poderoso del reino visigodo. La conquista musulmana reprodujo de forma acelerada lo que había pasado un siglo antes durante el declive del Imperio romano. La utilización de mercenarios comporta que estos guerreros a sueldo no se conformen con una parte del botín, sino que aspiren a todo. Unos años después, los musulmanes llegan a Barchinona.

Pero ¿cómo sucedió todo? Hay que volver un año atrás para comprender lo que pasó. Vitiza, el penúltimo —o antepenúltimo, no está muy claro— rey visigodo tuvo que enfrentarse a dos años de hambruna, a una peste y, para variar, a mil y una conspiraciones. En el año 710, o quizá durante el mismo 711 según otras fuentes, es muy probable que alguien acelerase el traspaso de Vitiza. Nadie es inmune a las enfermedades, en especial a la más mortífera entre los visigodos, el asesinato, al que probablemente Vitiza sucumbió. Mientras Roderico, su sucesor, subía al trono, estalló una guerra civil. Pocos meses después de la muerte de Vitiza, Roderico dominaba el centro y el sur de la península, mientras que su opositor, Agila II, controlaba la Septimania, la Tarraconense y la costa mediterránea hasta Cartagena.

La guerra es un mal asunto, pero la guerra civil lo es aún más. Roderico, aun careciendo del apoyo del clero hispanorromano y de los nobles, disponía de una estructura militar superior a la de sus enemigos. Siguiendo la tradición, los partidarios de Agila conspiraron con los hijos de Vitiza, que estaban exiliados en Ceuta, al otro lado del estrecho de Gibraltar, y organizaron un ataque sorpresa contra el ejército de Roderico. El plan era el siguiente: aprovechando que Roderico estaba distraído con los conflictos que lo enfrentaban a los

vascones, eternos rebeldes, al norte de la península, un ejército mercenario contratado por el conde Oban, gobernador de Ceuta, invadiría el sur de la península y causaría estragos. Agila sacaría partido de la confusión atacando a Roderico.

Pero como diría Napoleón años más tarde, el primer muerto de una batalla es el plan de batalla. Las cosas no fueron como uno y otro habían previsto. En primer lugar, el conde Oban —a quien bautizaron popularmente con el nombre de «Julián»— no encontró más tropa que la de los guerreros árabes y sus bereberes conversos, que vivían en el Rif. Nadie dudaba de su valor en el combate, pero quizás Oban debería habérselo pensado un poco antes de contratarlos. No hacía mucho que los soldados árabes, siguiendo la llamada religiosa, habían expandido su territorio con un despliegue militar nunca visto hasta entonces ni en Asia occidental ni en el norte del África. La fe que propugnaban era además extraordinariamente avanzada para la época y muy atractiva. El islam no hablaba de resignación ante los golpes de la vida, sino que mostraba un camino difícil pero factible para alcanzar el paraíso del más allá y las riquezas materiales de este mundo. Aunque la fe cristiana del siglo VIII no era ni por asomo tan conformista como llegaría a serlo unos siglos más tarde, el Corán era más atractivo que la Biblia en muchos aspectos. Esta nueva fe no conocía obstáculos, y la propuesta de Oban de participar en una campaña en la península ibérica ofrecía una oportunidad inesperada a aquellos guerreros tan duros como piadosos.

Oban pactó con el general Musa ibn Nusair el envío de unos siete mil hombres a la península, donde se unirían a las tropas de Agila, que luchaban contra Roderico. Encabezaba el ejército uno de los lugartenientes de Musa, Tariq, que desembarcó en el peñón que ahora se conoce como Gibraltar —Jab al-Tarik, «la montaña de Tariq»— en conmemoración del desembarco. Tariq recibió el apoyo de los nobles visigodos de la zona, pero mientras se asentaba con su ejército, Roderico, que estaba en Córdoba, puso en marcha una jugada: aprovechando que el ejército de Agila estaba en Cartagena,

intentó pactar con sus enemigos para repeler la invasión musulmana. Al principio, los hombres de Agila aceptaron y unieron su ejército al de Roderico contra los bereberes de Tariq. Pero, sin duda, Roderico pecó de ingenuo al fiarse de ellos. Mientras tanto, Tariq, que con razón no las tenía todas consigo, consiguió que Musa le enviase otros cinco mil hombres. Estos doce mil guerreros se enfrentaron al ejército visigodo, formado por unos treinta mil soldados. Pero en plena batalla las fuerzas de Agila plantaron a Roderico, que lo perdió todo, incluso la vida.

Fue una derrota desastrosa para los visigodos, porque el exiguo ejército musulmán que penetró por el sur de la península estaba animado por un deseo que iba más allá de un simple botín. Los musulmanes no solo se mostraron militarmente superiores, sino que también asumieron el papel de salvadores para buena parte de la gente que vivía en la península. Los visigodos habían ejercido una presión fiscal muy fuerte e injusta en sus territorios. En las dos últimas décadas del reinado, los episodios de hambruna y de peste, además de la crueldad, que ya parecía consustancial al carácter visigodo, habían sumido a la población en la violencia y el desastre. Sin olvidar que los judíos eran maltratados y la comunidad arriana recibía continuos ataques por parte de la autoridad católica.

En otro orden de cosas, los intereses de la Tarraconense, que abarcaba todo el valle del Ebro y buena parte de la costa mediterránea y de la Galia de Narbona, al norte de los Pirineos, eran a menudo contrarios a los del resto del territorio. Todo ello contribuyó a que la población que los pequeños ejércitos musulmanes iban encontrando a medida que subían hacia el norte no se mostrase contraria al nuevo orden. Además, los musulmanes eran mucho más tolerantes en materia religiosa de lo que lo habían sido los visigodos cristianos, lo cual también les ayudó a ganarse la simpatía de la población. No forzaban a nadie a aceptar el islam, pero gracias a este carácter más abierto y menos autoritario consiguieron conversiones masivas entre los antiguos cristianos, tanto católicos como arrianos.

La llegada de los musulmanes provocó una gran transformación de la sociedad. Buena parte de la nobleza guerrera visigoda murió durante la conquista, y el resto se retiró a las montañas del norte de la península, zonas poco interesantes para los invasores porque eran inexpugnables y porque, por motivos climáticos, los recursos que ofrecían apenas podían mantener a una escasa población. Demasiado esfuerzo para obtener muy poco.

La capitulación de Barcelona

La campaña militar musulmana fue muy rápida. En dos años, Tariq y Musa desmantelaron el control visigodo del sur de la península. Agila fue nombrado rey de la Tarraconense y la Narbonesa, pero no vivió muchos años y fue sucedido por Ardón. Los sarracenos ocuparon Zaragoza en el 714 y, gracias a una serie de incursiones, se introdujeron en el territorio catalán actual. En torno a ese mismo año atacaron Tarraco, la antigua capital provincial romana. La ciudad opuso resistencia, lo que resultó fatal, pues tardó siglos en recuperarse de la destrucción causada para doblegarla. Las murallas de Tarraco no tenían punto de comparación con las de Barcelona y no resultaron muy útiles a los hispanovisigodos que las defendieron. La violenta toma de Tarraco, y quizá de otras ciudades catalanas, sembró el pánico entre los habitantes de la zona. Una crónica musulmana escrita cuarenta años después cuenta que muchos cristianos huyeron hacia las montañas, donde murieron de hambre y privaciones.

Tras la experiencia de Tarraco, y a pesar de su condición de plaza fuerte, Barcinona, la futura Barcelona, capituló en cuanto vio aparecer a las tropas sarracenas ante sus puertas. Lo mismo sucedió con Girona. Mataró y Empúries, en cambio, resistieron y compartieron el destino de Tarragona, siendo destruidas. Probablemente el comandante de las tropas musulmanas fue siempre Musa ibn Nusair, aunque algunas fuentes atestiguan que

capitaneó la toma de Barcelona su sobrino, Al-Hurr ibn Abderraman Al-Thafaqi, y que ocurrió tres años después, en 717 y no en 714. En cualquier caso, lo cierto es que en el año 720 los musulmanes ya controlaban sin oposición todo el sur de los Pirineos.

En Barcelona, como en las demás ciudades conquistadas sin derramamiento de sangre, los musulmanes ofrecieron unas condiciones de capitulación que se podrían considerar generosas. Se respetaría la propiedad de sus habitantes a cambio de impuestos. Las autoridades mantendrían sus cargos, aunque subordinadas a las autoridades superiores musulmanas. Los cristianos y los judíos —si bien no debían de quedar muchos en Barcelona después de la persecución visigoda— podrían profesar su culto con total libertad. Los sarracenos necesitaban, en la medida de lo posible, mantener buenas relaciones con los numerosos habitantes de los territorios conquistados porque ellos eran pocos. Se calcula que no llegó a haber más de cien mil bereberes y árabes al mismo tiempo en la península para controlar a una población de entre seis y nueve millones de habitantes. Los musulmanes hicieron lo mismo que once siglos más tarde harían los imperialistas británicos en la India, donde la situación era parecida: mantener buenas relaciones y pactar el gobierno directo de la población con las élites locales, dividir a los enemigos y aplicar mano dura solo cuando fuera estrictamente necesario.

Barcelona es en la actualidad la capital de Cataluña, cuyo territorio tiene la forma aproximada de un triángulo. En el imaginario de los barceloneses de hoy, uno de los vértices del triángulo se sitúa en la desembocadura del Ebro, cosa que molesta, con razón, a los catalanes que viven al sur del río. Para los musulmanes del siglo VIII, la división territorial era muy diferente. El río Llobregat constituía una especie de frontera entre un territorio y el otro. El norte del Llobregat, donde se ubicaba la ciudad que se acababa de entregar, era Ifranji o Afrany, un término que significaba «tierra de los francos», es decir, el territorio que estaba bajo el control de ese pueblo. Es curioso constatar que, entonces, prácticamente no habían

visto un franco ni en pintura desde Narbona, en la Francia actual, hasta el Llobregat, con la excepción de momentos puntuales. Aquella zona fue considerada *al-tagr*, una zona de frontera inestable y sujeta a rebeliones y ataques exteriores. El hecho de que el final de esta frontera se situase muy cerca de Barcinona no quita que la ciudad cayera de lleno en la calificación de territorio poco seguro.

Esta división administrativa hecha desde Córdoba, donde se estableció la nueva capital sarracena, comportó, a la larga, cambios que aún se observan hoy en día. La zona norte del Llobregat fue denominada siglos más tarde, Cataluña Vieja —*Catalunya Vella*—, en contraposición a la Cataluña Nueva —*Catalunya Nova*—, situada al sur del río. Aunque la frontera lingüística no coincide exactamente, cierto es que, a grandes rasgos, una de las grandes familias de dialectos del catalán, el oriental, corresponde a la zona de la Cataluña Vieja, mientras que el occidental se habla más bien en la Nueva, coincidiendo con la división que hicieron los musulmanes en la primera mitad del siglo VIII. La Cataluña del sur del Llobregat permanecerá bajo el dominio de los sarracenos durante cuatrocientos años, mientras que en el norte el control musulmán no durará más allá de un siglo. En todo caso, no adelantemos acontecimientos.

Tras la conquista de los Pirineos, los musulmanes se toparon con un problema logístico: eran demasiado pocos para controlar un territorio tan fragmentado. Hay que tener en cuenta que Cataluña es el territorio europeo más montañoso después de Suiza. Está llena de valles y de gargantas, y todos los ejércitos que han querido controlarla, al menos hasta la guerra civil de 1936, acabaron optando por mantener una fuerte presencia militar en los enclaves fortificados y dejar el resto del territorio a su aire. Eso fue lo que hicieron los musulmanes en Afrany, la tierra de los francos, vista la imposibilidad de consolidar el dominio sobre los campesinos que vivían allí más o menos aislados. Además, las montañas favorecieron un refugio relativamente seguro para los aristócratas hispanorromanos, quienes, aunque en condiciones precarias,

mantuvieron una cierta independencia respecto a las nuevas autoridades. La situación al sur del Llobregat, un territorio más seguro, fue muy diferente. Los guerreros musulmanes, todos hombres y sin presencia femenina entre sus filas, se unieron por gusto o por necesidad a las mujeres hispanorromanas, creando nuevas familias mixtas que arraigaron en diversas poblaciones y facilitaron un control profundo que se prolongaría a lo largo de cuatro siglos.

Musulmanes en los Pirineos

Durante los primeros años de dominación musulmana, la situación fue más fluida. Los guerreros bereberes, bien organizados y con la moral muy alta, logran triunfos frente a sus enemigos visigodos, godos y francos. Siguen sin resolver el problema de la escasez de tropas, lo que generalmente conlleva que no obtengan victorias lo bastante decisivas o que fracasen los asedios que emprenden en el norte de los Pirineos. La política de alianzas con la población local, junto con el mantenimiento de una fuerza militar destacable, no siempre funcionó tan bien como cuando se apoderaron de la península ibérica.

Las disputas internas entre los nuevos amos del territorio no tardaron en manifestarse. En el año 731, el bereber Otman ben Abi Neza, valí de Narbona, conocido por los francos con el nombre de Munuza, fue protagonista de una rebelión significativa y llegó a estrechar una alianza matrimonial con el duque de Aquitania, que le dio a su hija en matrimonio. La alianza era conveniente para ambos porque el duque Odón sufría los ataques del jefe militar del reino franco, Carlos Martel, en el norte de su territorio. El matrimonio de su hija con el valí aseguraba la tranquilidad en el sur. Otman, por su parte, podía tocarle las narices al emir de Córdoba, que se había instalado en el Pirineo central, sin sufrir las consecuencias.

Esta rebelión de poca monta ni siquiera sería recordada si no fuera porque acabó siendo el detonante que provocó la penetración islámica en los Pirineos. El emir de Córdoba, Abu Said Abd ar-Rahman ibn Abd Allah al-Gafiqui, más conocido por las crónicas posteriores simplemente como Abderramán —a pesar de no tener nada que ver con otros Abderramanes venideros muy conocidos—, era un hombre muy piadoso. Convencido de que su deber era hacer respetar todo el poder que Dios le había conferido en este mundo, no se quedó de brazos cruzados y organizó rápidamente una expedición militar protagonizada por guerreros procedentes de Siria para acabar con Otman y sus bereberes. Los ejércitos se encontraron en lo que hoy es Llívia, donde Otman y los suyos tuvieron que refugiarse. Cuando los sirios cortaron el agua que llegaba a la fortaleza, la situación fue insostenible para los asediados y, durante la noche, Otman, su familia y algunos incondicionales huyeron. No fueron muy lejos, porque al poco los rodearon los hombres de Abderramán. Otman logró que su familia huyese, pero viendo que iba a ser capturado, se lanzó por un despeñadero y murió.

La derrota de Otman rompió, de paso, la tregua que mantenían Abderramán y el duque de Aquitania, suegro del valí que se había suicidado. Con el apoyo del califa de Damasco, Abderramán decidió hacer una profunda incursión hacia el interior de Aquitania y quizás hasta el territorio de los francos. Consiguió derrotar a Odón y a los aquitanos en Burdeos, pero cuando sus tropas llegaron a Poitiers, entre el año 732 y el 733, el ejército de los francos de Carlos Martel fue demasiado para ellos y Abderramán y buena parte de las tropas musulmanas murieron en la hazaña. Fue la penetración musulmana que se adentró más al norte de toda la historia de la yihad.

A partir de la derrota de Poitiers, muchos historiadores, especialmente los más conservadores, mantienen que los musulmanes empezaron una caída imparable hacia la decadencia más absoluta, que culminará en 1492 con la derrota del reino de Granada. Es una deducción que carece de fundamento porque, a

pesar de que la frontera de los reinos musulmanes retrocede hasta Barcelona en unos cincuenta años, como veremos dentro de poco, la mayor parte del dominio musulmán de la península entre el año 711 y el 149 representa una época de lujo y esplendor como pocas en la historia.

La derrota de Poitiers provocó a su vez un pánico injustificado entre las filas musulmanas. Durante los veinte años que llevaban en Europa, los musulmanes habían conseguido consolidar su presencia en el sur de la península gracias a la llegada masiva de miles de bereberes y árabes que se habían asentado en el territorio y, no hay que olvidarlo, también gracias a la aceptación de millones de cristianos que los preferían a los amos anteriores, más crueles, incivilizados y salvajes. Pero esta colonización inteligente se difuminaba a medida que se subía hacia el norte. A partir del Llobregat, solo consistía en colocar contingentes militares en las ciudades a la espera de que algún día los cristianos se convirtieran al islam o bien de que llegasen los suficientes colonos para repoblar aquellas inhóspitas tierras del norte.

La mezquita y el zoco de Madinat Barshiluna

Este fenómeno, que fue clave para Barcelona, tuvo varios grados de intensidad en todo el norte peninsular. En Galicia, Asturias, Cantabria, el País Vasco y, en menor medida, en Aragón, grupos de soldados y campesinos cristianos capitaneados por aristócratas hispanorromanos huidos de sus tierras consolidan pequeños enclaves, con recursos muy pobres, que les permiten vivir alejados de los sarracenos. Al principio, como antes habían hecho los romanos y los visigodos, el Califato no les da mucha importancia. De vez en cuando envían expediciones de castigo contra aquellos grupos violentos y dispersos, pero el coste que suponen no cubre los

pocos resultados vagos y dolorosos que obtienen, lo cual hace que estas expediciones no lleguen a tener finalidades de conquista, un hecho que a la larga fue letal para los musulmanes.

Por otra parte, el desastre que la derrota de Poitiers supone para sus enemigos hace que los cristianos occidentales vean el sur bajo una nueva luz. Como ya habían hecho los bizantinos, que consideraban el imperio perdido de Occidente como parte del suyo —y, por lo tanto, objeto de reconquista—, los reinos cristianos occidentales empiezan a ver la Europa conquistada por los musulmanes como una tierra perdida que hay que «reconquistar», una palabra nueva que implica que las tierras ocupadas a sangre y fuego tienen que volver a ser suyas.

Con todo, los cristianos de entonces no son tan ilusos como para autoengañarse de manera tan evidente. En primer lugar, la mayoría de los presuntos conquistadores, los francos, por ejemplo, no tienen ningún lazo con el reino visigodo, principal afectado por la invasión musulmana del norte de África. Por otra parte, el éxito del islam en la antigua Hispania es innegable. Además de las conversiones voluntarias en masa, la población autóctona y la sobrevenida se mezclan intensamente desde el primer momento. Es cierto que esta amalgama y esta tolerancia de los musulmanes disminuye con el paso de los años, pero también es bien sabido que muchos de los califas de Córdoba serán rubios y de piel blanca, señal evidente de la efectiva mezcla entre magrebíes, árabes, visigodos e hispanorromanos. Además, los intercambios de mercancías y de soldados entre musulmanes y cristianos son constantes. De hecho, pocos años después de la conquista, los musulmanes dejan de enviar esclavos capturados en Hispania a los grandes mercados esclavistas de Damasco, optando por los que proceden de tierras más lejanas, los territorios cristianos del norte. Sus proveedores, no puede ser de otra manera, son los grandes tratantes de esclavos, cristianos como sus víctimas. Los francos se especializan en capturar a la población sajona y transportarla encadenada por toda Francia hasta la Cataluña actual, donde

entregan la mercancía, hombres, mujeres y niños, a los comerciantes musulmanes que los cargan en los puertos mediterráneos para venderlos en Oriente.

Esta dimensión comercial de las relaciones entre el islam y el cristianismo tendrá mucha relevancia durante los años del dominio musulmán de Barcelona, prácticamente todo el siglo VIII. La ciudad es bautizada con el nuevo nombre de Madinat Barshiluna y, además de seguir siendo un enclave militar, como era habitual, se convierte en un núcleo comercial gracias a su ubicación privilegiada y a la acostumbrada calma de su mar. Pero el hecho de que se fomente el comercio no significa que Madinat Barshiluna se transforme en un lugar muy diferente de Barcinona. No quedan prácticamente vestigios de la presencia musulmana, probablemente porque, además de corta, fue tan respetuosa con los quehaceres de los habitantes de la villa que no dejó huellas relevantes. Se sabe que la catedral fue convertida en mezquita, pero tanto el conde y el obispo como el jefe de la población judía fueron respetados y siguieron ejerciendo más o menos sus funciones bajo la autoridad del valí musulmán.

Aunque la presencia musulmana en Barcelona fue, en términos históricos, modesta, corta y discreta —solo duró unos ochenta años —, a escala humana representa un tiempo considerable, y con más razón en una época en que la esperanza de vida era limitada. Prácticamente ninguno de los que presenciaron la llegada de los musulmanes seguía con vida cuando fueron expulsados, lo que significa que para los barceloneses de la época el dominio islámico fue absoluto y, con el tiempo, la perspectiva de volver a cambiar su autoridad por otra cristiana debía de resultarles una posibilidad cada vez más remota.

Sin duda, los cambios reales en la vida cotidiana fueron limitados pero significativos. Cinco veces al día, desde la catedral, el muecín llamaba a la oración con ese canto característico que tanto impresiona a los occidentales que en la actualidad visitan un país musulmán. El ramadán también debía de tener repercusiones en los

barceloneses, así como el tipo de alimentación. El cerdo y el vino no desaparecieron porque los musulmanes de entonces toleraban que los practicantes del resto de las religiones monoteístas los consumieran. Apareció el zoco, el mercado característico de los países bajo influencia árabe, con sus tiendas pequeñas pegadas las unas a las otras donde se ofrecía todo tipo de mercancías. Observando estos establecimientos, la ventaja de vivir en la frontera debía de ser evidente para los habitantes de Barshiluna: tejidos, cerámica, joyería, orfebrería, esclavos... Todos estos productos se ofrecían en la ciudad y, excepto los esclavos, por razones obvias, se acostumbraban a producir en los talleres situados en el interior de las murallas. Pero no había solo productos artesanales, sino también productos del campo como miel y aceite.

También hay que tener en cuenta que el hecho de que Barcelona perteneciese a una esfera como la musulmana, que dominaba todo el sur y buena parte del oriente mediterráneo y acogía las rutas procedentes de la lejana Asia y, en menor medida, del África profunda, permitió que Madinat Barshiluna entrara en una nueva dimensión comercial, sin duda, superior a la que tuvo durante la época visigótica.

Pero la llegada de los musulmanes no solo cambia la esfera comercial y religiosa de Barcelona, sino también su proyección en el interior. Desde su fundación romana, el territorio de la ciudad se proyecta desde la orilla del Llobregat, al sur, hasta la del Besòs, al norte, quedando delimitado al este por el mar y al oeste por la sierra de Collserola. Es, pues, una ciudad con un fuerte componente agrícola, y no porque sus habitantes sean exclusivamente campesinos que entran y salen por sus murallas para trabajar el campo, sino por ser una villa de propietarios que ofrece servicios a todo el territorio que la rodea.

Sin embargo, los musulmanes cambian la manera de relacionarse con este *hinterland* que rodea Barshiluna. En la época romana, el territorio se fragmentó en grandes cuadrículas explotadas por los propietarios rurales. Con los visigodos, la tendencia a los

latifundios aumentó. Pero con los musulmanes se implementa una nueva forma de relación-contrato entre el campesino y el propietario: el contrato de aparcería o *masoveria*, que con el tiempo se convertirá en una institución jurídica muy importante en la historia de Cataluña, pues el *masover* —colono o aparcero— sigue siendo una institución del campo catalán. Consiste en que un propietario cede un terreno o un inmueble al aparcero, el *masover*, a cambio de un porcentaje de la cantidad que obtiene con su explotación. Aunque es cierto que sigue utilizándose, ahora no es frecuente que tenga por objeto la explotación agrícola del terreno, sino la comercial. Este tipo de contratos, ya utilizados por los romanos, son los más frecuentes en los territorios que se convirtieron, por gusto o por conveniencia, al islam. La religión no tenía nada que objetar al hecho de explotar un terreno en función de sus beneficios. El islam es especialmente reticente a ciertas formas de crédito o especulaciones financieras, pero un acuerdo como el de la *masoveria*, basado en la confianza y en el que solo se explotan las ganancias, era visto con buenos ojos por las autoridades religiosas musulmanas. La *masoveria*, tal y como se entendía entonces y como muy a menudo se ha entendido a lo largo de la historia, permitió una cierta paz social en los campos que rodeaban Barshiluna. Además, los musulmanes potenciaron el regadío de aquellas tierras, lo que incrementó su fertilidad y, algo todavía más importante, mantuvo a raya las necesidades alimentarias de la población.

Como se ha dicho, la tolerancia religiosa del islam permitió la permanencia de las autoridades eclesiásticas en Barshiluna. No fue así en todas partes. De hecho, bajo la invasión musulmana desaparecieron los obispados de Egara (Terrassa), Empúries y Vic, y la metrópolis de Tarragona, lugares donde hubo una cierta resistencia armada al invasor. La permisividad de los musulmanes en Barcelona y su gestión de la vida cotidiana, lejana a años luz del desastre y de la opresión violenta de los visigodos, favoreció el

prestigio de las nuevas autoridades. La consecuencia fue que una buena parte de la población abandonó la religión cristiana y se convirtió a la fe de Mahoma.

Tierra fronteriza

Madinat Barshiluna no llegó, sin embargo, a ser un lugar completamente pacificado en el imaginario del emirato de Córdoba. Barshiluna está en tierra fronteriza, una frontera que no debemos imaginar como la actual, donde una valla o un accidente geográfico marcan con claridad la parte del territorio que está bajo la soberanía de un Estado. En aquella época, un hecho que durará prácticamente hasta la llegada de la Edad Moderna en el siglo XVI, la frontera es un espacio más o menos extenso donde los dos Estados limítrofes ejercen una influencia relativa. Esto significa que es una zona poco segura y, de hecho, un territorio, una comarca o una ciudad dejan de ser frontera cuando las dos potencias ven claro que ese espacio pertenece completamente a una de las dos. Este concepto difuso también explica que las autoridades de una ciudad, por ejemplo, no posean su control absoluto mientras siga estando ubicada en tierra fronteriza. Barshiluna será un ejemplo muy claro de esto.

Hasta la derrota de Poitiers, la organización militar musulmana se ha mostrado eficiente. Los musulmanes mantienen pocas tropas permanentes y forman contingentes con objetivos determinados y puntuales, a menudo el botín en lugar de la conquista territorial. Las motivaciones religiosas no son secundarias, pero el espíritu de la yihad violenta mengua después de Poitiers. Los francos, en cambio, son un poder emergente cuya consolidación va en aumento en el centro de Europa. Además, tienen una motivación clara: la restitución del Imperio. En realidad, este no había llegado a desaparecer porque seguía vinculado a Constantinopla, pero cualquier observador objetivo se daría cuenta de que, a pesar de las más o menos victoriosas incursiones bizantinas, en la Europa

occidental las instituciones imperiales habían muerto hacía siglos. Pero a partir de Carlos Martel, los francos llevan a cabo varios intentos para reconstruir un reino poderoso y buscan alianzas para conseguirlo. En el año 751, Pipino, el mayordomo del rey Childerico III, apodado el Idiota, usurpó el poder. Hasta entonces, los reyes no acostumbraban a decir que habían llegado al trono por la gracia de Dios, y si lo hacían no era más que pura retórica. Pipino, que acaba de volver de una campaña militar en defensa del papa Esteban II, atacado por los lombardos, tuvo la pretensión de que ser rey por voluntad divina se tenía que concretar de algún modo y decidió imitar el nombramiento de los obispos católicos: el rey franco quiso que lo ungieran con el santo crisma, el óleo perfumado que representa la concesión de la gracia de Dios. A partir de Pipino, los soberanos francos, y por extensión sus sucesores, los reyes de Francia, mantendrán siempre una relación especial con la Iglesia católica, una relación de ayuda mutua. Pues bien, muy pronto estos reyes cristianos se sentirán lo bastante fuertes como para atacar a los que consideran enemigos de la fe: los paganos, en los reinos del este, y los musulmanes, al sur de sus dominios. Como es fácil de suponer, esto será determinante para el futuro de Barcelona.

En el 768, Pipino muere tras diecisiete años de reinado. Aunque pasó a la historia con el nombre de Pipino el Breve*,* lo cierto es que el apodo se refería a su altura —era muy bajo—, no al tiempo que duró en el trono. Como era costumbre entre los francos, el reino se dividió entre los tres hijos que dejaba. Pero uno de ellos, llamado Carlos, se apoderó finalmente de todos los territorios que habían estado bajo el dominio de su padre. Pronto fue conocido como Carlos el Grande, *Carlomagno* en latín vulgar. Carlomagno constató que la frontera sur de su reino llegaba hasta los Pirineos, a pesar de las algaradas constantes de unos y otros a ambos lados de la cordillera.

La situación en el lado musulmán era menos clara. Desde mediados del siglo VIII, otro Abd ar-Rahman, al que llamaremos Abderramán I, había conseguido la independencia de Córdoba,

creando un nuevo emirato. Algunos valís del territorio aprovecharon la independencia del poder central para sublevarse, especialmente en el norte, territorio de frontera con los francos. En el año 774, uno de los generales de la llamada Frontera Superior, Suleyman al-Arabí, se subleva y toma el control de Madinat Barshiluna y Girona. No es la primera vez que Suleyman, originario de Yemen y fiel a la dinastía abasí que había trasladado la capital del califato de Damasco a Bagdad, con la que sigue en contacto, se subleva militarmente contra Abderramán I. Sea por el ímpetu de la sublevación, sea en un intento de pactar con el jefe de los rebeldes, Abderramán I concede el título de valí de Barcelona y Girona a Suleyman con la esperanza de que se contente con el cargo. Pero Suleyman no tiene bastante, quiere más poder y más independencia, y juntamente con otros musulmanes rebeldes, decide ir en busca de otro poderoso aliado, un rey del norte, Carlomagno.

En el año 777, Carlomagno convoca una reunión de príncipes en Paderborn, en la zona interior de la Alemania moderna. Suleyman se presenta en la asamblea con algunos hombres y ofrece una alianza, afirmando que el valí de Zaragoza le ha asegurado que también formará parte de ella. Carlomagno, que como es lógico reconoce la gran oportunidad que se le presenta para expandir su poder y su territorio, decide enviar miles de soldados para apoyar la rebelión y, de paso, alejar la frontera unos cuantos kilómetros hacia el sur. Los musulmanes pretendían convertirse en una pequeña potencia pirenaica prácticamente independiente del señor de los francos, demasiado alejado para preocuparse de sus vasallos musulmanes. La incursión resulta un fracaso. Carlomagno en persona se dirige a Zaragoza con parte de su ejército mientras otra columna de sajones entra por la futura Cataluña. El plan era encontrarse en Zaragoza, donde las puertas permanecerían abiertas, y dejarla atrás para ir a enfrentarse con el ejército cordobés. Pero las cosas suceden de manera muy diferente porque, para sorpresa de los francos, el valí de Zaragoza mantiene cerradas las puertas de la ciudad. Los sajones se ponen nerviosos, y los aliados musulmanes, presa del pánico, dan

marcha atrás. Carlomagno decide entonces que lo más sensato es retirarse hacia Roncesvalles, donde un grupo de vascones o de gascones, no está claro, ataca a la retaguardia franca en una emboscada provocando la derrota del ejército de Carlomagno y la muerte de uno de sus jefes, Roldán. Cosas que suelen pasar en las guerras. La importancia de este episodio histórico inspiró uno de los grandes cantos medievales, *La chanson de Roland*.

Tras el fracaso de la incursión de Carlomagno, los francos se quedan con ganas de volver a intentarlo. Su hijo, Luis el Piadoso, se plantea que algo hay que hacer con esa frontera tan inestable del sur del imperio. De vez en cuando, no de forma sistemática, los francos llevan a cabo incursiones hacia el sur. En el año 781, intenta alcanzar Cataluña, pero se detiene alrededor de los Pirineos. Suleyman había sido ejecutado y el nuevo valí de Barcelona es Aysun, que fue capturado por los francos y vivió muchos años en cautiverio. Su hermano Matruh lo sucedió en el cargo de gobernador de Barcelona.

Todo estaba a punto de estropearse definitivamente para los musulmanes. En el año 875, los habitantes de Girona se sublevan y entregan voluntariamente la ciudad a los francos. Por lo que parece, Carlomagno había llevado a cabo una política de ayuda a los exiliados hispanogodos, lo que animó a los gerundenses a cambiar de autoridad. Poner un pie en la península ibérica fue determinante para el Imperio carolingio, que empezó a organizar el territorio en condados gobernados por altos funcionarios. Nacieron entonces los condados de Girona, de Besalú, del Vallespir, de Perelada y de Empúries. En el año 789, los habitantes de Urgellet y de la Cerdanya, del Pallars y de la Ribagorça también se entregan voluntariamente a los francos, lo cual demuestra la escasa presencia sarracena en la zona. Estos pequeños condados quedaron englobados en la llamada Marca Hispánica, una zona militar dura y difícil que el Imperio acaba de conquistar sin esperárselo. La década siguiente estará marcada por sublevaciones e incursiones militares a ambos lados de la frontera, en las que los musulmanes serán los

peor parados. Barcelona es escenario de sublevaciones y alborotos. El valí Matruh, por ejemplo, busca una alianza con los francos y se dirige con su ejército a Zaragoza, pero las cosas se tuercen porque un ejército cordobés lo persigue hasta Tortosa, donde finalmente es capturado y decapitado. La contraofensiva musulmana contra los francos llega hasta las puertas de Carcasona. Nuevo ataque franco y nueva retirada musulmana. Los habitantes de Barcelona debieron de vivir una época dura de restricciones y continuas amenazas.

Hacia finales de siglo la situación era caótica. Carlomagno, ya muy anciano, encarga a su heredero Luis que la solucione. A la corte de Carlomagno —en Aquisgrán— y de Luis —en Tolosa— llegan a menudo valís y jefes musulmanes o hispanogodos pidiendo ayuda para sublevarse. La corte de Tolosa encarga al conde de Urgell y de la Cerdanya que repueble y mantenga guarniciones en varios lugares que habían quedado abandonados. El plan era que una vez ocupadas Osona, Cardona, Caserres y otras localidades menores, el objetivo pase a ser Madinat Barshiluna, el gran bastión musulmán antes de cruzar el río Llobregat. El conde se llamaba Borrell, un nombre que en los años venideros será adoptado por muchos de los grandes condes de Barcelona.

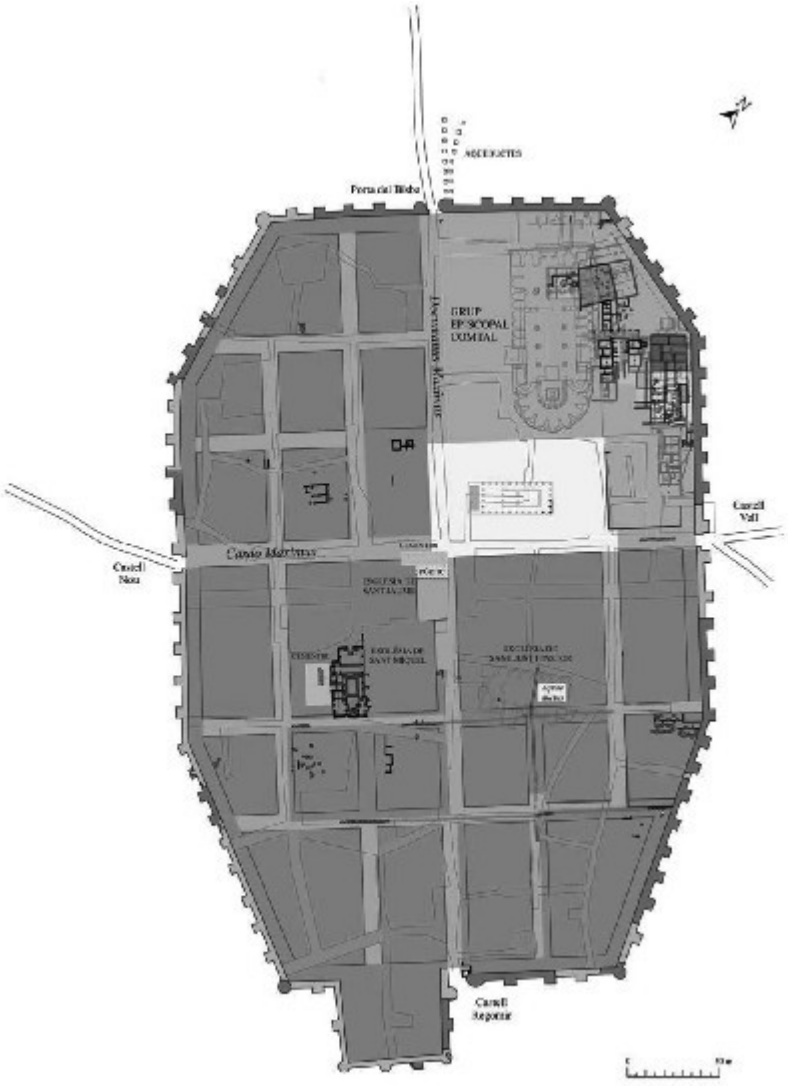
En el año 800 se celebra una asamblea en la corte de Tolosa. A pesar de que no debe de tener nada que ver con la realidad, imaginemos una escena de película: un enorme salón con techos altísimos y ventanas puntiagudas en el que un monarca sentado en un trono recibe a un séquito de nobles con barba que desfilan ante él. Es una asamblea importante porque Luis no dispone de muchos recursos y porque, aunque las cosas en la frontera no le van del todo mal, los francos ya han sufrido varias derrotas. Además, y con razón, no se fían de sus aliados circunstanciales, musulmanes o hispanogodos, propensos a cambiar de chaqueta en menos que canta un gallo. En la asamblea toman la decisión de llevar a cabo un gran ataque con el objetivo de hacerse con Barshiluna, para lo cual

reúnen a los soldados repartidos por todo el Imperio. Con todo, antes de empezar con los preparativos, Luis envía un mensaje a su padre, Carlomagno, pidiéndole un permiso que le es otorgado.

Narran las crónicas que el ejército que lograron reunir era muy grande y estaba dividido en tres columnas. Una, capitaneada por el conde Rostán de Girona, tenía por objetivo el asedio de Barcelona. Los cordobeses envían tropas para acabar con el asedio, pero son detenidos por una segunda columna del ejército carolingio. Aunque la ciudad no recibirá ayuda externa, en principio eso no parece preocupar excesivamente al valí Sadun: las murallas romanas, que seguían siendo las mismas del siglo III, habían sido sistemáticamente conservadas y eran demasiado poderosas para ceder a las fuerzas carolingias.

CAPÍTULO 5

LA BARCELONA CAROLINGIA



Planta de la ciudad con las modificaciones urbanas de los siglos IX y X.

Los últimos años de la Barcelona musulmana fueron, sin duda, muy turbulentos. Además, el asedio que había sufrido la ciudad dejó muy maltrechos a sus habitantes. El futuro tampoco resplandecía: el hecho de que los carolingios hubiesen conquistado la ciudad el año 800 no excluía la posibilidad de que volviera a repetirse lo ocurrido tres años atrás, cuando la perdieron al poco de haberla ocupado. El horizonte se presentaba incierto y negro para la ciudad de las murallas poderosas. Para acabar de arreglarlo, el ímpetu del ejército carolingio no se había agotado por completo tras aquel asedio tan largo. Las tropas de Carlomagno —capitaneadas por su heredero, Ludovico Pío, el futuro emperador Luis I el Piadoso— parecían imparables y ya se preparaban para superar el siguiente gran obstáculo en su avance hacia el sur: la gran fortaleza de Tortosa.

Las cosas, por tanto, no fueron fáciles desde el primer momento. La conquista de Barshiluna —con el tiempo, cambiará su nombre por el de Barsilona, primero, y por el ya conocido de Barcelona, después— se había logrado con la ayuda de los godos, que habían huido del territorio hacía décadas para refugiarse más al norte. Muchos de ellos tenían lazos de parentesco con la población que había permanecido bajo la autoridad musulmana. De hecho, la liberación de Barshiluna no habría sido posible sin el beneplácito de muchos habitantes de la ciudad, que habían mantenido las tradiciones y los vínculos godos. Y puesto que los musulmanes, como ya se ha mencionado en varias ocasiones, no llevaron a cabo una política de represión, es fácil comprender por qué al entrar en Barcelona los carolingios se encontraron con una población contenta de volver bajo el dominio cristiano, pero no demasiado entusiasta con la política expansiva del Imperio. Los godos barceloneses no encajaban del todo con la política que Carlomagno quería desarrollar en el territorio que rodeaba Barcelona, aunque se encontraron con un aliado inesperado.

El primer conde de Barsilona

Bera, uno de los jóvenes nobles que había participado en el asedio y la conquista de Barshiluna, estaba llamado a desempeñar un papel importante en los asuntos del Imperio porque, aunque de refilón, pertenecía a la familia imperial. Su padre, el conde Guillermo I de Tolosa, era primo de Carlomagno y primo segundo del futuro Luis el Piadoso. No era un vínculo muy estrecho, pero Bera también poseía por nacimiento una característica que lo convertía en el hombre adecuado para interpretar un papel protagonista en las nuevas tierras anexionadas al Imperio: su madre era la noble goda Cunegunda, que además lo había criado. Era, por tanto, un medio godo introducido en la política imperial carolingia. Una vez conquistada Barshiluna, Bera fue nombrado conde de la ciudad, el primero que tuvo Barcelona. Pero como ser conde en la estructura del Imperio era parecido a ser gobernador, para reforzar su cargo también fue nombrado marqués de Gotia, es decir, jefe de la Marca que agrupaba a los condados del arco mediterráneo del Imperio. Cargos, todos ellos, provisionales y sometidos a una autoridad superior.

Bera I es el primer ejemplo de una nueva clase de conde, diferente a los que estaban acostumbrados los carolingios. Hasta entonces, los condes de las diversas demarcaciones del Imperio pertenecían a la nobleza cortesana, se desplazaban a su nueva posesión, y en ella podían disponer legalmente de todo lo que caía en sus manos. Era un negocio muy lucrativo y, en general, no daba mucho trabajo. Era una sinecura, palabra latina inventada por los romanos para definir todos aquellos trabajos en los que se gana mucho sin hacer nada. Pues bien, los nuevos condados sustraídos a los musulmanes no eran, ni remotamente, una sinecura. Estaban muy lejos de la corte, lo que implicaba perder la posibilidad de obtener favores del emperador, y no eran lo que se dice pacíficos, lo cual daba mucho trabajo. Además, por lo general no eran tierras muy productivas, sino montañosas, sin minas, cuyos habitantes,

muy escasos, eran medio musulmanes o judíos. El sur del marquesado de Gotia no era una ganga. La solución era anterior a Bera, y consistía en nombrar como condes a nobles autóctonos que no tuvieran ni aspiraciones ni posibilidades reales de prosperar en la corte. Eran hombres que ya conocían el territorio, que a menudo habían nacido en él o muy cerca, y que, por tanto, se conformaban fácilmente con el hecho de permanecer en unos condados que, según como se mire, eran los peores de todo el Imperio.

Con todo, no hay que concebir el Imperio carolingio en los términos en que concebimos los Estados actuales. La dificultad logística de las comunicaciones de la época, y con más razón en un territorio tan extenso como el que abarcaba el dominio de Carlomagno —que iba desde Barcelona hasta el río Danubio y desde Lombardía hasta el mar Báltico—, imponía que los altos funcionarios imperiales dispusieran de un margen de maniobra muy amplio, margen que se reducía significativamente cuando se presentaba algún jerarca de nivel superior.

Eso fue lo que le pasó, más o menos, a Bera I, el recién estrenado conde de Barcelona. Después de parlamentar con los godos de la ciudad, Bera se declaró contrario a seguir enfrentándose a los musulmanes porque, sostenía, no eran una amenaza. De hecho, la única fortificación cercana que podía suponer un peligro para los nuevos territorios conquistados, el castillo de Terrassa, también estaba en poder de los carolingios. Era lógico pensar que quizás había llegado el momento de restaurar las estructuras góticas y consolidar la victoria en lugar de seguir luchando. Sin olvidar, además, que la conquista no había sido fácil, y que si el ejército enviado desde Córdoba hubiera ganado, en aquel momento Barshiluna seguiría siendo musulmana.

No obstante, el tiempo no había pasado en vano, y tanto las aspiraciones de los godos que habían seguido viviendo en el territorio como las de los que habían vivido en el exilio ya eran inalcanzables. En primer lugar, porque las antiguas estructuras visigodas se habían demostrado, con creces, inadecuadas. Prueba de

ello era que, a pesar de la constante precariedad y del acostumbrado poco acierto de los musulmanes, su dominio había resultado más beneficioso que otra cosa. En segundo lugar, porque los tiempos habían cambiado y el nuevo poder, el Imperio, aplicaba una política mucho más férrea e inteligente a la hora de administrar sus inmensos territorios, tan vastos como no se había visto desde hacía siglos.

En la nueva organización de las instituciones, mucho más inflexible que la de la época visigoda, la mayoría de los aristócratas solo ejercitan su poder durante un periodo de tiempo y están sujetos a la voluntad de sus superiores. Asimismo, la trama de condados y ducados facilita un cierto control recíproco entre los nobles. No es fácil llevar a cabo una política diferente de la establecida por el Imperio y, por otra parte, tampoco conviene hacerlo, pues los beneficios que está permitido obtener del territorio pueden ser considerables. Ambición, poder y dinero para los nobles y, al mismo tiempo, la certeza de que sin el apoyo de las autoridades imperiales estos privilegios desaparecerían.

Así las cosas, por más que Bera I desee la paz con los musulmanes, no le quedará más remedio —teniendo en cuenta, además, que tenía delante a Luis el Piadoso, el heredero imperial, o a alguno de sus lugartenientes— que participar en los nuevos proyectos de expansión hacia el sur. Sobre todo porque la actual frontera entre carolingios y musulmanes, el río Llobregat, está muy cerca de Barcelona. Y sin olvidar que el Llobregat, especialmente en su desembocadura, es fácil de cruzar durante buena parte del año, lo que hace que la parte más cercana de su paso por Barcelona no sea un buen lugar de defensa. Organizar expediciones para encontrar un punto donde establecer una defensa más segura, como podían ser el Garraf o, mejor aún, el Ebro, constituirá el objetivo fundamental de los primeros años de la dominación carolingia. En estas expediciones siempre acaban topándose con la fortaleza de Tortosa, tan importante como la de Barcelona, pero con más defensas naturales. De hecho, las expediciones de los años 804, 807,

808, 809 y 811 fracasan por este motivo, a veces ante las mismas puertas de la ciudad, y otras incluso antes de llegar a ella. El conde Bera I participó en tres expediciones, y es de suponer que no debió de quedar nada contento con el resultado, pues a pesar de que no fueron del todo inútiles —de un modo u otro consolidaron la posición de Barcelona—, no lograron evitar que la nueva capital del condado siguiese siendo vulnerable durante decenios.

En el 812, el emperador Carlomagno aceptó una tregua con los musulmanes, lo cual facilitó que el conde Bera pudiera dedicarse al gobierno del territorio de Barcelona, que le daba bastantes problemas. La ciudad había quedado atrapada en una conflictiva zona de frontera, hecho muy negativo para el comercio. Además, siendo el primer y más importante enclave de protección de la Vía Augusta, el camino más fácil y cómodo para que los ejércitos enemigos atacasen a las fuerzas imperiales, había que reforzar su seguridad y garantizar que los ingresos llegaran de forma fluida. El conde Bera debió de hacerlo bien, ya que, en el año 815, al finalizar la tregua, un ejército musulmán atacó Barcelona con la intención de reconquistarla. Cuando estaban montando las máquinas de guerra al pie de las murallas con la intención de derribarlas y abrir las puertas, Bera reunió a un grupo de hombres y atacó a los musulmanes en el acto. Probablemente cogidos por sorpresa, los derrotó sin mucha dificultad. Esta victoria, unida al hecho de que Bera fue muy hábil para rodearse de hombres representativos de la población, tanto hispanogodos como musulmanes, aumentó el prestigio del conde en el territorio.

Tuvo que ser una época muy complicada para Barcelona, que vivía constantemente amenazada y en un par de décadas había tenido que poner a prueba sus defensas en numerosas ocasiones. La ciudad estaba ubicada en el extremo del Imperio, que, por cierto, ya no estaba bajo el mando de Carlomagno, quien había fallecido en el año 814, sino de su hijo Luis. Barcelona estaba lejos del poder, sobre todo si se tiene en cuenta que Luis el Piadoso se mostró mucho menos decidido y brillante que su padre.

Bera, como ya se ha dicho, obtuvo un gran prestigio gracias a su victoria a las puertas de Barcelona. Supo aprovecharlo para convencer a la corte de que había que volver a pactar una tregua con los musulmanes, muy conveniente tanto para él como para los aliados del condado de Barcelona. Llegaron a un acuerdo, pero la guerra no se detuvo. Los godos autóctonos, los vascones y los musulmanes estrecharon una alianza en las tierras del oeste, en la actual Pamplona, y derrotaron, penosa y totalmente, a los condes carolingios. La derrota dio pie a que los enemigos de Bera lo acusaran de la poca preparación del ejército carolingio y a que lo culparan de haber propiciado y firmado una tregua capciosa. Estuviese fundada o no esta acusación, el conde Bera fue convocado a Aquisgrán, donde lo juzgaron y lo destituyeron por traidor. Luis el Piadoso no debía de estar del todo convencido de su culpabilidad, o bien lo apreciaba mucho, porque no lo condenó a muerte, la pena habitual en las sentencias por traición, sino que lo obligó a exiliarse a Ruan, donde Bera murió al cabo de unos años.

El conde Bernardo de Septimania

Los dominios del conde Bera I se dividieron de la siguiente manera: los condados de Rasés y Conflent, situados al sur de la Francia actual, fueron para el hijo del conde Bera, Guillemundo; mientras que los de Barcelona, Girona y Besalú se entregaron a un hombre nuevo, un franco que no tenía ninguna relación con las diversas facciones que luchaban en Gotia. Este franco, de nombre Rampón, fue el segundo conde de Barcelona desde el año 820 hasta su muerte en 825.

Rampón protagonizó alguna campaña militar secundaria en tierras musulmanas, pero, tras cinco años en el cargo, falleció sin dejar una huella significativa. Su sucesor fue un personaje mucho más interesante: Bernardo de Septimania, hermanastro de Bera y uno de los dos cabecillas —junto con el conde de Empúries y

Rosselló, Gaucelmo— de las intrigas y conspiraciones contra el primer conde de Barcelona. Bernardo y Gaucelmo eran, por decirlo de algún modo, los jefes de la facción belicista, partidaria de continuar con las incursiones contra los musulmanes para arrebatarles el territorio y defensora de la mano dura con los autóctonos. La llegada de Bernardo, que de hecho estaba bajo la autoridad de Gaucelmo, debió de ser un jarro de agua fría para los habitantes del país.

Solo un año después de que Bernardo de Septimania llegase poder, en el 825, estalló una sublevación encabezada por Aizón, un lugarteniente musulmán de Bera que había sido retenido en Aquisgrán desde el juicio de su superior. Parece ser que Aizón huyó de Aquisgrán haciéndose pasar por un criado y consiguió llegar a pie a Girona. De allí se dirigió a la plana de Vic, donde levantó en armas a una avanzada. Pronto consiguió que los antiguos partidarios de Bera, entre los que se contaba el hijo del conde exiliado, Guillemundo, conde de Rasés y Conflent, se unieran a ellos. Para completar este cóctel de rebeldes, también se incorporaron grupos de musulmanes del oeste, de las actuales comarcas leridanas. Este grupo tan heterogéneo demostró ser muy poderoso desde el primer momento. Después de haber consolidado un territorio seguro en los alrededores de Vic, Aizón y su ejército entran en las tierras de los condes aliados con Bernardo de Septimania, causando todos los estragos que pueden a su paso.

A finales del verano de aquel 827, la situación era tan peliaguda que Bernardo de Septimania envió a unos mensajeros a la corte del emperador solicitando la ayuda de las tropas imperiales. Pero, a pesar de haber tomado estas medidas, el conde seguía inquieto y decidió llamar a las armas a la población. La reacción de los habitantes era importante para sondear hacia dónde se decantaban los ánimos de los barceloneses. Y, efectivamente, el conde consiguió la ayuda de los habitantes de Barcelona y Girona. Hay que tener en cuenta que hacía un cuarto de siglo que los carolingios controlaban estas ciudades y, por tanto, una nueva generación dirigía la vida

cotidiana. Las élites barcelonesas conocían las instituciones carolingias, y podemos suponer que se sentían lo suficientemente a gusto, o convencidas de que saldrían beneficiadas, como para colaborar con el conde Bernardo. Por el contrario, el proyecto de Aizón y Guillemundo, que consistía en una cierta independencia del Imperio pero manteniendo lazos con el califato de Córdoba, no les acababa de convencer.

Por su parte, el emperador Luis I el Piadoso decidió conceder ayuda a Bernardo y envió una avanzadilla, pero, mientras hacían los preparativos, el conde y sus aliados ya habían empezado a darle la vuelta a la situación. Como las cosas no pintaban muy bien, Aizón intentó estrechar una alianza con el emir de Córdoba, Abderramán II, que vio la oportunidad de aprovecharse de la situación y de recuperar, aunque fuese de manera indirecta, los territorios perdidos veinticinco años antes. Abderramán envió un ejército al mando del general Abu Marwan. Desde Córdoba, estas fuerzas se desplazaron a Zaragoza, después a Lleida y finalmente, en junio de 827, sitiaron Barcelona. Pero las murallas barcelonesas volvieron a mostrarse eficaces. A pesar de haber cumplido ya seis siglos y de haber resistido a unos cuantos asedios en los últimos tiempos, todavía eran muy seguras y amedrentaban al enemigo. Abu Marwan no se atrevió a ordenar un asalto contra la fortificación, y su ejército permaneció acampado un par de meses —julio y agosto— delante de la ciudad. En definitiva, la situación resultaba muy frustrante porque los andalusíes no mantenían un intercambio fluido con sus bases operativas, circunstancia que no les iba a permitir prolongar su posición durante mucho más tiempo. Hacia finales de verano, levantaron el asedio y se dirigieron a Girona a probar suerte. El 10 de octubre del mismo año llegaron a la ciudad, pero aunque la fortificación era menos poderosa, los meses de campaña estéril habían minado las fuerzas del ejército sitiador y, finalmente, se dieron la vuelta y volvieron a casa con el rabo entre las piernas. De Aizón y de Guillemundo nunca más se supo. O se marcharon con el ejército cordobés o murieron, o, cosa más improbable, se

escondieron en algún lugar ayudados por sus seguidores. En todo caso, ese último intento serio de los musulmanes de volver a conquistar Barcelona fracasó estrepitosamente, porque las élites ciudadanas apoyaron al poder imperial. Durante los años sucesivos, los musulmanes no renunciarán a atacar de nuevo la ciudad, pero con intención de saquearla e irse, no de conquistarla para establecerse en ella.

Quien más se benefició de la rebelión de Aizón fue precisamente su principal enemigo, Bernardo de Septimania. Los dos condados de Guillemundo —el hijo de Bera—, el de Rasés y el de Conflent, fueron para Gaucelmo, el hermano de Bernardo. Los condes francos más reacios a ayudarlo perdieron sus condados, en medio de la Francia moderna, que fueron entregados a sus seguidores. Bernardo, por su parte, fue nombrado conde de un territorio inmenso que abarcaba desde Uzès, donde se halla el puente sobre el río Gardon, en Francia, hasta Barcelona. Ser conde de prácticamente toda la Septimania lo convertía, de hecho, en el hombre más poderoso del Imperio después del rey. Este ascenso repentino en la jerarquía imperial le proporcionó el impulso necesario para emprender su carrera dentro de la corte, pero también le trajo muchos disgustos. Luis el Piadoso lo llamó a palacio y le encargó la educación de uno de sus hijos, el futuro emperador Carlos II el Calvo. Bien porque Bernardo era un poco zascandil, o bien porque sus enemigos se encargaron de calumniarlo, al poco fue acusado de mantener relaciones ilícitas con la emperatriz Judith de Baviera, segunda esposa de Luis, e incluso llegó a rumorearse que era el verdadero padre de Carlos. Los tres hijos mayores del emperador —Lotario, Pipino y Luis—, fruto de su matrimonio con Ermengarda, encabezaron un motín del ejército en contra de Bernardo —y, de paso, contra su propio padre— y obligaron al conde a volver a sus dominios poniendo pies en polvorosa.

Cuando Luis consiguió calmar a sus hijos con la fuerza, Bernardo creyó que podía volver a la corte y recuperar su anterior posición, pero el emperador tenía bastantes problemas como para

tener que preocuparse, además, por los de uno de sus aristócratas. Bernardo, ofendido, empezó a conspirar, hasta que fue destituido y obligado a exiliarse. Pero el conde no se resignó y volvió a sus intrigas hasta conseguir que le devolvieran sus antiguos dominios que, mientras tanto, habían ido a parar a manos de Berenguer, conde de Tolosa. Todo esto sucedía mientras los hijos de Luis luchaban unas veces entre ellos y otras en contra de su padre. La situación era tan violenta y confusa que el conde Bernardo, que siempre había sido aficionado a la conspiración y a la violencia, intentó jugar sucio ayudando a unos u otros en pos de su propio beneficio.

Mientras sucedían estos tira y afloja, las cosas no iban muy bien en Barcelona ni en los demás territorios que estaban, más o menos, bajo el control de Bernardo. Por carácter y por necesidad económica, el conde Bernardo actuó de manera decidida, lo cual, como ya se ha constatado, se le daba muy bien. Muchos nobles hispanogodos presentaron repetidamente quejas a la corte acerca del comportamiento del conde, pero en ese momento habían estallado en el Imperio varias guerras civiles fratricidas y aquellas no fueron escuchadas. Además, durante el poco tiempo que había gobernado Barcelona, Berenguer de Tolosa se había ganado el respeto de sus habitantes, en un contraste excesivo con la manera de ejercer el poder de Bernardo. Por desgracia para los barceloneses, Berenguer falleció por causas naturales mientras se discutían sus derechos frente a Bernardo, y este se quedó con todo el territorio.

BARCELONA, SUMIDA EN EL CAOS

Tras la muerte del emperador Luis el Piadoso y de su hijo Lotario, la disputa entre sus hijos Carlos y Pipino se resolvió a favor del primero, con algunas concesiones a su medio hermano gracias a la influencia que tenía en Aquitania, Septimania y Gotia. No obstante, el Imperio quedó muy debilitado y siguieron las luchas entre las

facciones partidarias de un hermano u otro. En el curso de una de ellas, en el 844, Bernardo fue detenido en Tolosa por Carlos el Calvo, que decidió ejecutar al que fuera su tutor.

El siguiente conde de Barcelona fue el de Urgell y Cerdanya, Sunifredo, un hombre del país, aunque es posible que su padre fuese de Carcasona. En cualquier caso, Sunifredo se había ganado la confianza de Carlos el Calvo por la determinación demostrada en el año 842, cuando, acompañado por unos pocos hombres, detuvo una incursión sarracena cuyo objetivo era atacar Narbona. De hecho, Sunifredo se había comportado exactamente como los carolingios exigían a la nobleza de las marcas, es decir, de las zonas belicosas. Esto es, había obstruido, o como mínimo frenado, un posible ataque e invasión de los enemigos. Sunifredo se había mostrado leal a la Corona y por ello, a la muerte de Bernardo, recibió el premio a su fidelidad. Este hecho no deja de ser irónico si se tiene en cuenta que será el fundador de la estirpe de condes-reyes catalanes de cuya mano llegará, partiendo del condado de Barcelona, la independencia de Cataluña.

Sunifredo I no duró mucho a la cabeza del condado de Barcelona, ni de los otros que le fueron otorgados, porque en el año 848 murió en combate contra el hijo de Bernardo de Septimania, Guillermo, o quizá lo hicieron prisionero, no se sabe con certeza.

La vuelta de Guillermo de Septimania a las tierras que habían estado bajo el dominio de su padre formaba parte de una estrategia de más amplio alcance. En el Imperio se combatía una guerra entre las fuerzas del emperador, Carlos el Calvo, y las del rey de Aquitania, su sobrino Pipino II, que había heredado el trono a la muerte de su padre, Pipino I, el medio hermano del emperador. Tras una ofensiva victoriosa en Burdeos, el emperador amenaza el reino aquitano y Pipino decide enviar a uno de sus nobles principales, Guillermo, a tocar las narices a Carlos el Calvo en el escenario de los condados septimanocatalanes. La poderosa ofensiva de Guillermo no solo

acaba con la vida del conde Sunifredo, sino también con la del conde Suniario de Empúries, y probablemente con la del conde Bera II de Rasés. ¡Y pensar que el angelito solo tenía veintidós años!

Como el dominio de Guillermo sobre unos condados que no debían de estar nada contentos con el giro violento y genocida que tomaban los acontecimientos era muy precario, el joven estrechó una alianza con los musulmanes, que le enviaron un ejército de apoyo. La ocupación de la ciudad de Barcelona no le resultó muy difícil al principio, con más razón si se tiene en cuenta que el conde anterior, Sunifredo, no había durado mucho en su cargo y acababa de fallecer dejando solo hijos muy pequeños.

Pero al emperador no le gustó nada la ofensiva de Guillermo, vinculada a la rebelión aquitana del rey Pipino II, así que emprendió una expedición militar en la que, una vez conquistada Tolosa, prosiguió hacia Narbona y llegó a los territorios poco controlados por Guillermo. La presencia militar carolingia fue suficiente para que este se rindiera, pues sabía que carecía de la fuerza necesaria para oponerse. Las ciudades septimanocatalanas fueron tomadas con relativa facilidad, y el emperador nombró a un nuevo conde, Alerán, un franco que odiaba —no se conoce exactamente la razón, pero considerando como era Guillermo y como había sido su padre, no es de extrañar— a la estirpe de Bernardo de Septimania. Tan claro tuvo el emperador que Alerán solo viviría para acabar con Guillermo, que llegó a nombrar a un conde adjunto, Isembard, encargado de administrar la ciudad de Barcelona mientras Alerán se dedicaba a perseguir a la estirpe de los de Septimania.

¡Vaya panorama! El Imperio carolingio mostraba la lenta descomposición que sufría en las luchas de las tierras fronterizas septimanocatalanas. Intrigas violentas, golpes de Estado, alzamientos, ejecuciones, extorsiones de toda clase... Fue una época muy dura para los que la vivieron. El caos reinaba en el condado, según explican los testimonios de viajeros de aquella época, que no se atrevían ni a pasar por Barcelona por temor a ser atacados.

Mientras Alerán se dedicaba a perseguir a los partidarios de Guillermo, este tampoco se estaba quieto, y en el año 850 consiguió que Abderramán II, el emir de Córdoba, le enviara a Barcelona al general Abdelquerim. Alerán se refugió tras las murallas de Barcelona, que resultaron inexpugnables una vez más. Abdelquerim se marchó hacia Girona, pero tampoco consiguió hacerse con ella. Con todo, la acción musulmana debió de debilitar considerablemente al conde Alerán, porque cuando Guillermo volvió, acto seguido, al ataque, el nuevo conde de Barcelona tuvo que abandonar la ciudad, que fue de nuevo conquistada por Guillermo de Septimania. Pocas semanas más tarde, las tropas de Guillermo se enfrentaron con las de Alerán, reforzadas con soldados imperiales enviados por Carlos el Calvo. La derrota obligó a Guillermo a esconderse en Barcelona, pero esta vez no pudo evitar la captura y la muerte a manos de los lugartenientes de Alerán.

¿Estos acontecimientos pusieron punto final a la violencia? Pues no, porque la guerra entre Guillermo y Alerán fue vista como una nueva oportunidad por los andalusíes, que habían desplazado la frontera con al-Ándalus unos sesenta kilómetros hacia el sur, cerca del río Gaià, al norte de Tarragona. Al año siguiente, el 852, los musulmanes volvieron a Barcelona, y esa vez lograron conquistarla y saquearla. El conde Alerán murió en el combate. Debían de estar muy resentidos porque, según el cronista Ibn al-Athir, cuando los soldados entraron en Barcelona «se enriquecieron, hicieron prisioneros en masa, robaron y regresaron intactos». Y además, mataron a mucha gente. Algunos barceloneses fueron conducidos hacia el sur como esclavos, y otros desollados. Probablemente hubo quien recibió con alegría el saqueo musulmán, como los esclavos sarracenos que debían de considerar la conquista una liberación, pero para el resto de la población el ataque supuso un golpe terrible que se sumó a años de episodios de violencia.

Un desastre tras otro... Durante los años siguientes se sucedieron los saqueos y enfrentamientos entre francos y musulmanes, las conspiraciones de los señores imperiales, de los

hispanogodos y de una caterva de nobles codiciosos y violentos. Durante el verano del 856, otra expedición andalusí entra en el territorio, y aunque no consigue conquistar Barcelona, exprime sus alrededores y saquea Terrassa, la segunda fortaleza del condado. Vuelve a suceder en el 861, y aunque esta vez pagan el pato las edificaciones que se hallan fuera de las murallas, también estas reciben su parte. En los años que siguen a la muerte de Alerán durante la toma de la ciudad, se suceden los condes francos procedentes de fuera del territorio que ostentan el cargo de conde de Barcelona y de otros condados. El denominador común a todos ellos será un absoluto desprecio por las necesidades de la ciudad.

Durante la Pascua del 865, Bernardo de Gotia, el último conde de origen franco, es nombrado conde de Barcelona. Como todos sus predecesores, sus intereses personales no siempre coinciden con los del emperador. Sus enemigos son otros dos Bernardos, el de Tolosa y el de Plantapilosa, que se irán aliando con unos y otros para fastidiarse mutuamente. La situación está tan deteriorada en el reino que el emperador pone en Barcelona a un hombre de su confianza, el obispo Frodoino, cuya misión es vigilar a Bernardo de Gotia. Pero la estancia de Bernardo en el poder serán años de abandono de Barcelona. Normalmente, el conde trajina en sus posesiones pirenaicas y de la Septimania, lugares donde se incuban las rebeliones.

Una situación tan volátil y tan complicada necesitaba de un gran jefe, de un líder con juicio que supiera combinar la diplomacia con la mano dura. Pero el emperador Carlos el Calvo se pasó toda la vida luchando contra sus propios familiares, levantando fortunas para hundirlas después. En el año 875, Bernardo de Gotia es nombrado lugarteniente real de Aquitania, además de mantener el poder en Septimania y en la futura Cataluña. Bernardo, junto con el resto de los grandes nobles del reino franco, se rebela contra el emperador. Cuando Carlos el Calvo se dispone a enfrentarse a ellos, fallece de muerte natural. Su sucesor en el trono franco, Luis II el Tartamudo, ofrece muchos privilegios a los rebeldes. Todos ceden, menos

Bernardo de Gotia y otro Bernardo, el Plantapilosa. Ambos tienen la intención de independizarse del Imperio y fundar un reino meridional que abarque todo el norte de los Pirineos, desde el Atlántico, y el sur de los condados de Pallars y la Ribagorça. Pero las cosas no fueron como esperaban: Bernardo de Gotia fue excomulgado y su aliado, Bernardo Plantapilosa, cambió de bando y sus tropas sufrieron numerosas derrotas. Para sustituir a Bernardo de Gotia, Luis el Tartamudo, que murió prematuramente poco después, nombró condes de Barcelona, Girona y Rosselló a los condes de Urgell, de la Cerdanya y del Conflent, los hermanos Mirón y Wifredo el Velloso, hijos de Sunifredo.

Wifredo el Velloso

Sin duda, Wifredo I el Velloso fue el conde más importante desde el origen de la institución, el último nombrado por los francos. De hecho, ante el abandono al que lo somete el Imperio, se apropia de ella. Cuando, a mediados del siglo XIX, nace el movimiento catalanista como reivindicación de la cultura y de algunas instituciones, todavía sin vocación independentista, Wifredo es uno de los primeros prohombres cuya figura se reivindica. En aquella época imperaba un cierto romanticismo y la búsqueda del pasado medieval era una constante en todas las culturas europeas. La figura del conde Wifredo y todo lo que actualmente la rodea fue uno de los mitos construidos tomando como punto de partida la historia auténtica. Se le atribuye, por ejemplo, la invención de la bandera catalana, cuatro barras rojas intercaladas con cinco amarillas o, como se diría en términos heráldicos, cuatro listones verticales o palos de gules sobre fondo de oro. La leyenda fue documentada por primera vez en 1551, es decir, casi setecientos años después de los hechos narrados por el capellán valenciano Pere Antoni Beuter, autor del libro *Segunda parte de la Crónica General de España*. Los hechos contados por Beuter son muy emocionantes: Wifredo fue llamado

por el emperador para defender el Imperio carolingio de los invasores normandos. En la batalla, Wifredo y sus caballeros tuvieron un papel fundamental. El conde fue herido en varias ocasiones, pero, a pesar de ello, acabó con el peligro normando. Al final de la batalla, el emperador Luis (no se sabe cuál de los Luises fue) se acercó a Wifredo y le preguntó cómo podía recompensarlo. Wifredo, malherido, le pidió tener su propio escudo de armas. Con un gesto poco higiénico e improvisado, el emperador introdujo cuatro dedos en una de las heridas de Wifredo y dibujó con su sangre las cuatro barras sobre un escudo de oro. A partir de entonces, esa fue la bandera del conde de Barcelona y, a la larga, se convirtió en la de toda Cataluña.

Una leyenda preciosa, sin duda, pero desgraciadamente falsa. No ha quedado constancia de que Wifredo participase en ninguna expedición militar para ayudar a un emperador, ni tampoco de que en el siglo IX ya existieran escudos heráldicos. Así que nada de nada. Pero eso no impidió que la leyenda de Wifredo el Velloso se convirtiera en uno de los grandes mitos de la fundación de Cataluña. Por otra parte, es innegable que el duodécimo conde de Barcelona tuvo mucho que ver con la independencia del país, aunque no de una forma tan directa como los románticos del siglo XIX quisieron atribuirle.

Vayamos por partes. En el año 878, Wifredo fue nombrado conde, tal y como sus antecesores. En teoría, nada había cambiado: el nuevo conde de Barcelona era, oficialmente, un gobernador, una especie de alto funcionario que controlaba un territorio. Como conde, tenía que rendir cuentas ante la corte de todo lo que hacía, así como enviar los impuestos que se recaudaban en el territorio, a excepción de la parte que le correspondía. Pero a medida que los años pasaron, todos los condes del Imperio —sobre todo los de la actual Cataluña— intentaron eludir estas obligaciones en el límite de lo posible. Wifredo llegó al poder cuando el control imperial era, pese a todo, muy débil. Cada condado, o, mejor dicho, cada conde, se consideraba casi independiente de los demás y, en cualquier caso,

mentalmente muy ajeno a la corte. A pesar de ello, los condes de los futuros condados catalanes acostumbraban a ponerse de acuerdo y a gobernar conjuntamente cuando se trataba de temas específicos, a menudo relativos a la defensa o la delimitación de sus condados. Durante la segunda mitad del siglo IX, los condados catalanes se organizaban por su cuenta y, de hecho, no necesitaban la ayuda de nadie para controlar su territorio, lo cual no significa que se sintieran independientes del poder central. Proclamaban sin cesar su fidelidad al Imperio, pero en la práctica actuaban prescindiendo cotidianamente de él. Además, por necesidad política, los condes crearon cortes locales dotadas de un aparato judicial e incluso diplomático, pues la situación geográfica les imponía a menudo la negociación con sus vecinos musulmanes. Esta exigencia dio lugar en algunos casos a una especie de embajadas que se encargaban de la negociación de los asuntos del conde.

Barcelona era, con Girona y Empúries, una de las ciudades más preparadas para construir estos miniestados. Pero, además, al ser la más relevante tanto militar como comercialmente, la ciudad solía tener bajo su control directo a unos cuantos condados más. Como consecuencia, el conde de Barcelona se fue convirtiendo en el jefe oficioso de los condes catalanes. Por primera vez en la historia, Barcelona empezaba a sentirse la capital de un territorio más grande que dependía, en buena medida, de lo que se decidía en la ciudad. Pero lo que estaba sucediendo en las ciudades catalanas de la época no tenía nada que ver con lo que acontecía en el campo.

Todavía no hemos llegado a la época feudal, pero ya estamos cerca. Durante el dominio visigodo, el sistema económico ya había empezado a cambiar, de ser básicamente esclavista estaba pasando a ser libre, si bien todavía conservaba una gran dependencia económica y jurídica de los campesinos respecto a los señores. Los campesinos también eran muy diferentes de los que habían vivido en aquellas tierras doscientos años antes. Las guerras continuas y los saqueos —en este sentido, las incursiones cristianas eran tan destructivas como las musulmanas— habían provocado que partes

muy extensas del futuro territorio catalán estuvieran casi deshabitadas. Al mismo tiempo, y también por las mismas causas, si bien provocando un resultado absolutamente contrario, muchos campesinos que vivían en las montañas habían desarrollado un carácter duro y decidido, y no tenían miedo de arriesgarse para mejorar sus condiciones de vida. Muchas familias abandonaron las tierras montañosas, a menudo poco fértiles, y bajaron hacia el sur, poblando los territorios deshabitados. Era una decisión que a menudo no daba los resultados esperados, porque la nueva tierra no siempre daba los frutos necesarios para cubrir el hambre, pero también porque las incursiones de hombres armados impedían mantener la paz en el territorio.

La colonización de las tierras deshabitadas fue inicialmente un fenómeno espontáneo, pero pronto los condados empezaron a dotarla de una cierta estructura jurídica. Era muy común que el conde pusiera los ojos en un territorio despoblado, al que ya iban llegando campesinos procedentes de las montañas, hiciese una donación y fundara, por ejemplo, un monasterio. Los monjes reunían a su alrededor a campesinos que empezaban a labrar las tierras, y pronto llegaban miembros inferiores de la nobleza que, si las cosas iban mínimamente bien, construían alguna fortificación o incluso un castillo para defender el territorio de los musulmanes y de otros nobles. Además, a cambio de esta protección, se aseguraban de que los campesinos pagaran a los nobles y a los monjes lo que estos les exigían. Cuando el territorio conseguía una cierta estabilidad, los condes ponían los ojos en otra zona más hacia el sur y repetían el proceso. La erróneamente denominada «Reconquista» fue ante todo un proceso agresivo de colonización.

Pero volvamos a Wifredo el Velloso. ¿Cómo consiguió el hijo de Sunifredo, que había acabado tan mal, que lo nombraran conde? Habían pasado muchos años desde la muerte de su padre, al que prácticamente ni Wifredo ni sus hermanos habían conocido. Durante aquellos años, la familia había vivido entre Carcasona y Ceret. Cuando estalló la rebelión de Bernardo de Gotia, Wifredo y su familia

siempre demostraron ser legitimistas, partidarios del emperador, a pesar de que Carlos el Calvo se había revelado un traidor para con sus amigos y de poco fiar. Cuando el emperador falleció y subió al trono franco Luis el Tartamudo, Wifredo y Mirón tuvieron la oportunidad que estaban esperando: durante el concilio de entronización del Tartamudo en el año 878, en Troyes, fueron nombrados condes de Barcelona y Girona y del Rosselló, respectivamente. Tras el nombramiento, casi todos los condados catalanes estaban dominados por los tres hijos de Sunifredo: Wifredo era conde de Barcelona, Girona, Urgell y Cerdanya; Mirón, del Rosselló y del Conflent; y Rodolfo, de Besalú.

De Wifredo ha quedado constancia de muchas cosas, pero no de tantas como se ha dicho. A finales del siglo XII, los monjes del monasterio de Ripoll, uno de los que había fundado, escribieron una especie de tratado de historia, *Gesta Comitum Barchinonensium*, las gestas de los condes de Barcelona. Obviamente, su fundador recibió muy buen trato, aunque muchas de las cosas que cuenta son improbables o sencillamente falsas. Por ejemplo, el origen del apodo «el Velloso» —*Pelós* o *Pilós* en catalán— como también se le conocía. Según las *Gesta*, el nombre proviene del hecho de que el conde tenía pelo donde los demás no lo tienen, lo cual deja la puerta abierta a la especulación: ¿en la planta de los pies?, ¿en el dorso de las manos?, ¿en la parte externa de la nariz?, ¿en los labios?, ¿en el glande?... En todo caso era un home muy peludo. Hay quien afirma que el apelativo *Pelós* no derivaba de la palabra catalana *pèl* —pelo —, sino del latín *pilum*, la lanza romana. Si así fuera, Wifredo no sería el Velloso, sino el Lancero... En todo caso, las *Gesta* contribuyeron con creces a aumentar la dimensión legendaria del personaje. A finales del siglo XIV ya se habla de Wifredo como de un padre fundador de la patria, título que la historiografía actual no ha conseguido arrebatarle.

Wifredo, como era habitual entre los condes de Barcelona, llevó una vida ajetreada, batallando continuamente por el territorio, fundando monasterios e iglesias... y engendrando descendientes. De

hecho, Wifredo demostró el poder de su carga genética, porque la dinastía que inauguró no cesó en el cargo de conde de Barcelona hasta principios del siglo XV, siendo directamente transmitida de padres a hijos. Este hecho sigue siendo en la actualidad un caso insólito en el panorama de las monarquías del mundo, y precisamente en la transmisión del cargo de padres a hijos radica la diferencia con los demás condes de Barcelona.

La época en que Wifredo fue conde se caracterizó por su turbulencia, tanto en los condados como en el seno imperial. A medida que los emperadores, cada vez más débiles, se iban sucediendo, los señores se hacían cada vez más fuertes. Además, como consecuencia de la división del Imperio, el papel de la corte fue perdiendo significado. Wifredo debió de sufrir las consecuencias de esta falta de puntos de referencia y del cambio o la desaparición de sus interlocutores. Varias cortes que se proclamaban legítimas lo requirieron, mientras que otras usaron el silencio como norma. El conde de Barcelona, cada vez más concentrado en la administración de un territorio que de hecho estaba regentado por su familia, tenía que actuar a la fuerza como un señor independiente, aunque nunca declarase formalmente el deseo de independencia. Cataluña empezó a caminar por su cuenta no porque lo deseara, sino porque el rey franco, todos los reyes francos, la abandonaron.

Puede que esta situación de abandono y desbarajuste, acompañada por la necesidad de orden, determinara que la relación de los catalanes con la ley haya sido siempre apasionada. Por eso, cuando en Cataluña una norma jurídica no ha respondido al sentir colectivo, ha sido tan duramente atacada. Pues bien, este sentimiento profundo se remonta, como mínimo, al siglo IX. En la Europa de la época, la caída del Imperio romano de Occidente y la llegada de nuevas tradiciones jurídicas habían acabado por romper el lazo entre el pueblo y la ley. Las normas eran consideradas simplemente órdenes de las jerarquías superiores y, por tanto, capciosas y volubles. En Cataluña se produjo un caso insólito que también explica el carácter a la vez fascinante y, en ocasiones,

irritante de los catalanes: se mantuvo la ley hispanogoda como garante de los conceptos de ley, derecho y justicia. Los catalanes de entonces empezaron a demostrar un respeto reverencial por los documentos legales, por el hecho de que cualquier acontecimiento estuviera documentado, registrado, firmado y, a ser posible, sellado. Los catalanes del siglo IX empezaban a mostrar un amor por la administración absolutamente sorprendente. Cuando la corte carolingia no era más que un desbarajuste, quienes más acudían a conseguir órdenes escritas o a ratificar normas que habían impuesto eran los condes y los obispos catalanes. Y lo mismo sucedía con los súbditos: la constante necesidad de los hombres libres de conseguir un documento que legitimara una orden o garantizase la tierra recibida se convertirá en un caso único en Europa. Fruto de esta obsesión, especialmente destacada entre los barceloneses, es el Arxiu Històric de Protocols de Barcelona, el archivo histórico de los documentos notariales emitidos en la ciudad. Se trata de uno de los más grandes del mundo, así como una fuente constante de conocimiento del pasado, porque si algo les gustaba a los barceloneses, al menos a los de los siglos XIV a XX, era ir al notario.

Pero volvamos a la situación de abandono por parte de los francos. Wifredo no se rebeló contra la situación porque no era su manera de proceder, o porque no tenía mucho tiempo. La administración de las tierras que gobernaba se hacía cada vez más compleja y la máquina de la justicia cada vez más pesada. Además, el impulso colonizador también necesitaba apoyo militar y religioso, lo cual acarreaba mucho trabajo.

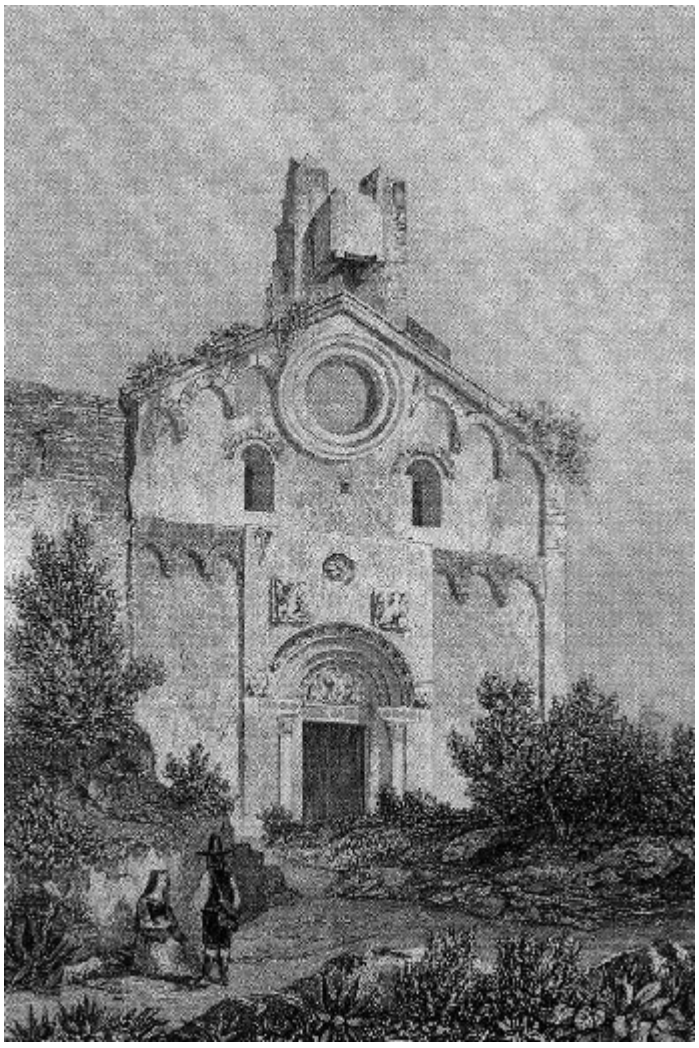
Con los años, Wifredo expandió sus condados por la Cataluña central gracias a este sistema de mezclar colonización y conquista. Lo hizo tan bien que los musulmanes se sintieron amenazados, a pesar de que Wifredo se había expandido básicamente en tierras abandonadas por todos y no les había arrebatado ninguna población. Hacia el 883, las autoridades musulmanas deciden fortificar Lleida, Balaguer y Monzón —*Làrida*, *Balagui* y *Muntsu*—, hecho que el conde de Barcelona interpreta como *casus belli*.

Wifredo decide sitiar, y capturar si es posible, Lleida. Pero la expedición militar resultó un desastre porque los musulmanes reaccionaron y estuvieron a punto de exterminarlos a todos. Wifredo consiguió escapar, pero a partir de ese momento se mantuvo a la defensiva. Años después, en el 897, los andalusíes llevan a cabo el saqueo de las tierras del interior pertenecientes al conde de Barcelona. Las fuerzas de Wifredo se enfrentan con ellos cerca del castillo de Aura —cuya ubicación no se conoce con exactitud—, donde son derrotadas, y el conde resulta malherido, muriendo pocos días después. Al parecer, pero las fuentes no son muy claras al respecto, incluso los habitantes de Barcelona huyeron de la ciudad. En cualquier caso, si los musulmanes llegaron a capturarla, no se quedaron en ella.

La muerte de Wifredo no creó ningún vacío de poder por primera vez desde el establecimiento del sistema condal carolingio. Wifredo había gobernado durante veintisiete años bajo la autoridad vacilante de cinco monarcas carolingios. Durante todos esos años, no había podido confiar prácticamente nunca ni en las órdenes ni en las ayudas que debían haber llegado de la corte. Así que fue completamente natural que a su muerte sus hijos asumieran el gobierno de los condados. Borrell I se hizo cargo del condado principal, el de Barcelona, y sus hermanos del resto. A partir de ese momento, todas las sucesiones que se producen en los condados catalanes seguirán el criterio hereditario. En segundo lugar, el linaje de Barcelona ya es, sin duda, el que dirige los condados de este territorio que empieza a percibirse como diferente. Un territorio que todavía no tiene nombre propio, pero donde sus habitantes empiezan a llamarse a sí mismos *castlans*, «los que viven al amparo de los castillos». De esta palabra derivará otra, *catalans*, y de ella el nombre del país, *Catalunya*.

CAPÍTULO 6

APRENDIZ DE CAPITAL



Sant Pau del Camp según un grabado del siglo XIX. Wifredo el Velloso o su hijo mandaron construir esta iglesia fuera de las murallas de Barcelona.

La Barcelona condal

La muerte de Wifredo en el año 897 y la subida al poder de su hijo Borrell marcaron un antes y un después en la vida de la ciudad y de todo el país. Wifredo el Velloso había ejercido el cargo de conde de Barcelona con firmeza y de una manera diferente a la de sus antecesores. Era su cargo, hacía lo que deseaba hacer y, además, prácticamente con independencia. Por otra parte, la política de repoblación que había llevado a cabo, espontáneamente favorecida por los campesinos de las montañas que se desplazaban al sur en busca de una vida mejor, tenía un efecto secundario inesperado: la cohesión del territorio formado por los condados. Los problemas eran comunes a todos —la violencia, el despoblamiento, el esfuerzo para construir nuevas iglesias y castillos— así como las soluciones, entre otras cosas porque la mayoría de los condes eran parientes, se reunían a menudo y tenían muy claro que el más poderoso, el que dirigía y marcaba las pautas, era el conde de Barcelona, que hasta entonces había sido Wifredo.

Han quedado pocos vestigios de esta época en Barcelona. Hay dos explicaciones: o bien se construyó poco, y por tanto poco podía quedar, o bien los restos carolingios y del conde Wifredo el Velloso tuvieron mala suerte y fueron destruidos en épocas sucesivas. Quizá lo uno y lo otro. Se sabe, por ejemplo, que Wifredo construyó un palacio dentro de las murallas, pero no se ha hallado una sola piedra. También se sabe que contribuyó a construir y a rehabilitar varios templos religiosos, pero tampoco ha quedado nada de ellos, o en lo que ha quedado no se logra distinguir con claridad lo que fue construido entonces y lo que pertenece a otras épocas. Con todo, la política de Wifredo y de sus descendientes fue levantar edificios religiosos o castrenses. Los condes sabían que la religión y los hombres de armas contribuían a consolidar el territorio en el que se

asentaban porque cumplían la doble función de control de los habitantes, muchos de ellos recién llegados a la zona, y de barrera para las agresiones externas, ya fueran por parte de musulmanes o de bandidos.

Este doble control, especialmente el militar, no era tan necesario en Barcelona. Por sus características, la ciudad, capital condal y punto de referencia de los condados del sur de los Pirineos y de algunos del norte, siempre estaba llena de hombres armados. La cuestión religiosa era otro cantar. Las iglesias modernas tenían un estilo diferente que gustaba a los hombres y a las mujeres de su tiempo. El románico, que ya hacía su aparición, representaba un nuevo modo de entender la posición del hombre respecto a Dios. O Wifredo, muy aficionado a erigir iglesias, o su hijo Borrell, no se sabe con certeza cuál de ellos, ordenaron la construcción de una nueva iglesia, moderna, que siguiera los nuevos criterios que ya empezaban a difundirse en las tierras repobladas, pero que en Barcelona eran aún desconocidos. Ese templo, que todavía existe y que se puede visitar, es Sant Pau del Camp. Borrell fue enterrado en ella en el año 911, pero no existen referencias acerca de la fecha de su construcción. Padre o hijo, da lo mismo también... porque es posible que se edificase sobre los restos de otra iglesia más antigua.

Sant Pau del Camp fue construida fuera de las murallas, de ahí ese nombre tan bucólico. Era un monasterio rodeado de campos, no muy lejano a la ciudad. El hecho de haber sido levantado fuera de las murallas refleja un cierto optimismo que, a la vista de los acontecimientos de las décadas sucesivas, no correspondía en absoluto a la realidad. De hecho, Sant Pau del Camp fue objeto de muchos ataques hasta la construcción de las nuevas murallas, que lo incluyeron en su perímetro.

El monasterio estaba ubicado en el camino que conducía a la montaña de Montjuïc. Aunque carecemos de información específica, Montjuïc, como cualquier otra montaña cercana a la ciudad, debía de ser un lugar para llevar a pacer los rebaños que se criaban dentro de las murallas. Barcelona era una ciudad comercial, capital del

condado y la más moderna de los condados cercanos, pero no por eso dejaba de tener costumbres que actualmente se consideran ajenas a las aglomeraciones urbanas como, por ejemplo, criar animales domésticos.

En la época de los romanos, las normas de circulación y de la cría de animales dentro de la ciudad eran muy estrictas, pero no se han conservado los registros que las regulaban. En un yacimiento con restos alimentarios ubicado en Martorell, una ciudad clave cercana a Barcelona que domina el desfiladero de acceso al río Llobregat, fueron hallados huesos de los animales que convivieron con los humanos durante la época visigoda y carolingia. La gente comía y convivía, sobre todo, con cabras y ovejas, pero también con bueyes, conejos, gallinas, ocas y palomas, sin rechazar, a la hora de llevarlos a la mesa, asnos, mulas, ciervos procedentes de la caza o incluso algún que otro perro, aunque los restos de este animal eran escasos. Prácticamente, todo lo que se movía.

En Barcelona debía de pasar exactamente lo mismo. En los pocos restos que quedan de las casas barcelonesas de la época, se han hallado espacios concebidos para criar animales, y el palacio condal también disponía de uno. Prácticamente todo lo que en la actualidad ocupa la plaza del Rei era un campo destinado a los caballos del conde y sus servidores. En resumidas cuentas, durante los siglos IX y X, la ciudad tiene bien poco de cosmopolita. Es más bien una urbe todavía rural, donde aún se conserva, con profundas modificaciones, la trama romana, que convive con edificaciones modernas mucho más pobres que las de épocas anteriores. Las casas, por ejemplo, no disponen de hogar. El fuego se enciende directamente en el suelo, en el interior de las viviendas, en el centro de la habitación o pegado a una pared, sin chimenea; dentro de la ciudad hay muchas más viñas, huertos y campos que en épocas anteriores, y eso significa que había menos población o bien que la gente vivía amontonada dentro de las casas.

También en esta época, el mercado de Barcelona se traslada. Durante siglos se había montado y desmontado en la plaza del foro que, como se recordará, estaba más o menos ubicado en la actual plaza de Sant Jaume. En el siglo IX, el mercado se trasladó al pie del Castell Vell, o sea a la Porta de l'Est o del Mar. Ese punto, donde confluyen la Vía Augusta con la Vía Marina, era la entrada principal de mercancías de Barcelona, tal y como ocurría en época romana. El traslado del mercado tiene, por tanto, sentido. Además, al desaparecer el mercado del foro, el edificio del templo romano, que seguía prácticamente intacto, debió de ganar espectacularidad en una ciudad donde el resto de los edificios no habían sido concebidos para su contemplación. El templo pasa ahora a ser denominado *Myraculum*, quizá porque se le atribuye algún milagro acaecido en tiempos remotos, aunque no ha llegado hasta nuestros días ninguna leyenda que lo ilustre.

Siempre en el siglo IX, la muralla empieza a transformarse. Aunque se había revelado de gran utilidad en los últimos doscientos años y seguía ofreciendo un gran servicio, las piedras romanas ya contaban con seis siglos de antigüedad. Se había quedado pequeña y, además, el modo de utilizarla estaba cambiando respecto a la época del Imperio romano. No es que las armas que podían atacarla o defenderla hubieran variado mucho desde entonces, pues todavía faltaban cinco largos siglos para la aparición de las armas de fuego, que obligarían a transformar todas las murallas europeas. La cuestión era que los controles de mantenimiento habían disminuido, al tiempo que nobles e instituciones empezaron a manipularlas como nunca antes se había hecho. Construían, por ejemplo, casas adosadas a sus muros, lo que entorpecía la defensa de la ciudad. Llegaron incluso a ampliar algunos de estos edificios pegados a las murallas siguiendo el sistema de sus muros interiores. Este proceso de cambio de utilización de la muralla irá a más en los siglos venideros, hasta la construcción de otra nueva. Los nobles ocupan las torres, que transforman en viviendas de categoría superior, cambiando, naturalmente, su aspecto exterior, que pasa a ser menos

feroz y más lujoso. Algunas ventanas, por ejemplo, se ensanchan y se decoran con acabados de más prestigio. Este lento proceso comporta, a la larga, que las torres redondas de las puertas de la muralla queden en manos de los grandes poderes de Barcelona: el conde y el obispo. Las torres que flanquean las puertas que dan a Collserola, en la actual plaça Nova, y al mar están en poder del obispado. De hecho, una de ellas acoge actualmente una parte del palacio episcopal. Las otra dos, las que dan al norte y al sur, permanecen bajo el poder de la institución condal y se llamarán Castell Nou —Castillo Nuevo— y Castell Vell —Castillo Viejo— respectivamente, aunque ya no existen. En años venideros servirán de prisión.

La ascensión y preponderancia del conde de Barcelona sobres los demás condes, y al margen del poder carolingio, no habría sido posible si la ciudad no hubiera tenido la fuerza y el empuje necesarios para ejercitar el poder condal. Se sabe, aunque no se han hallado los documentos —si es que llegaron a existir—, que, desde la conquista de Luis el Piadoso, en el 801 los habitantes de Barcelona disfrutaban de unos privilegios especiales. De hecho, alrededor de un siglo después, el conde de Barcelona, Berenguer Ramón I, los publicó sin llegar a ampliarlos sustancialmente. Estos privilegios indicaban lo que los hombres libres de Barcelona podían hacer y lo que no. El catálogo de derechos y libertades no es muy extenso: los barceloneses pueden ser propietarios de lo que ya tienen, están sometidos a la justicia del conde y no tienen ninguna obligación ajena a las que impone el condado. Parece poco, pero en realidad es mucho, porque significa que si el conde deja ser vasallo del emperador carolingio, los barceloneses también. Además, nadie de fuera o de la Iglesia puede imponerles nada. Como saben perfectamente los historiadores, los politólogos y los directores de las sucursales bancarias, nadie hace concesiones a los que no tienen poder para obtenerlas. En conclusión: si la sociedad barcelonesa a caballo entre los siglos IX y X no hubiera estado suficientemente consolidada y no hubiese sido rica y poderosa, ningún conde le

habría concedido el más mínimo privilegio. Estamos, pues, ante una ciudad que ya se siente diferente, más sólida y segura que en épocas anteriores, y con una confianza en su propio destino que la hace más fuerte que nunca.

A medida que el tiempo pasa, la ciudad cambia para adaptarse a esta nueva etapa, y sus edificios también. El palacio condal se transforma. Nacido a partir de la catedral en tiempos de los reyes visigodos, sus funciones aumentan. Necesita ser más representativo del nuevo poder emergente. Se edifican anexos, se derruyen algunas de sus partes y se transforma para ocupar una buena parte de la zona noroeste de la ciudad, donde ahora se ubica, entre otras construcciones, la plaza del Rei. A su alrededor se instalan artesanos y talleres, en la zona suroeste crece lo que en pocos decenios será el Call —la judería—, un lugar fundamental para entender el auge del comercio en Barcelona gracias a los mercados de Oriente.

Fuera de las murallas no se construyen solamente iglesias como Sant Pau del Camp. En las inmediaciones de los caminos que comunican Barcelona, también se edifican casas. Poco a poco, estas forman pequeños barrios en los que se establecen las personas con menos recursos que aquellas que pueden permitirse dormir protegidas en el interior del recinto amurallado. Los acueductos romanos que transportan el agua a Barcelona acogerán uno de estos suburbios, llamado el burgo dels Arcs —de los Arcos—, porque las casas se construyen aprovechando los arcos del acueducto: se levanta un muro entre arco y arco y se añaden paredes a este muro sólido hasta edificar una casa. En la actualidad, todavía pueden apreciarse arcos atrapados dentro de una pared en la plaza Vuit de Març, entre el Portal de l'Àngel y la Via Laietana. De todas maneras, las excavaciones arqueológicas revelan que la historia del burgo dels Arcs fue algo más compleja. Los arqueólogos han detectado que, si bien estas paredes fueron levantadas entre los siglos IX y X, durante ese periodo no se construyeron casas sólidas, sino más bien lo que hoy definiríamos como barracas, viviendas frágiles pensadas quizá para una ocupación temporal o construidas con escasez de medios.

Habrá que esperar hasta el siglo XII para que se construyan edificios sólidos aprovechando las paredes levantadas entre los arcos romanos.

Otro de los suburbios que creció en estos años al lado de las murallas es el barrio marítimo de Barcelona, muy diferente del actual. Se concentró alrededor de un eje que iba desde la Porta del Mar, en la actual calle Regomir, hasta el puerto medieval, pasando por una iglesia muy importante que por aquel entonces se conocía como Santa Maria de les Arenes y que, con el tiempo, se convertirá en la basílica de Santa Maria del Mar.

El nuevo barrio se denominó Vilanova del Mar —Villanueva del Mar—, y es una lástima que este nombre tan bonito se haya perdido con el tiempo. Debía de ser un barrio de pescadores con mucho sabor, un conjunto de casas a la orilla de la playa con un fuerte olor a mar, unas veces áspero y otras salobre, pero siempre intenso. En la moderna calle Espaseria se montaban las paradas de pescado fresco, que se traía directamente de las barcas que se dejaban en la playa, en las arenas a las que se refería el nombre de la iglesia del barrio. En efecto, el templo estaba ubicado tocando la arena, y a los oficios que se celebraban acudían los habitantes del suburbio: marineros, pescadores, comerciantes, calafates... En ese ambiente bullicioso se mueven los condes, ocupados en el proceso de deshacerse de la autoridad del Imperio carolingio. Las pocas fuentes históricas de que disponemos muestran una urbe que hasta mediados del siglo X recuerda a la Barcelona antigua romana o visigoda, una ciudad fortaleza dedicada a la defensa contra las incursiones enemigas, una máquina de guerra con fines comerciales y ciudadanos. Pero es significativo que en la segunda mitad del siglo X, y en el año 1000 sobre todo, Barcelona ya sea una ciudad medieval, con todo lo que eso comporta, con una vida ciudadana y gremial intensa, poco preocupada por el hecho de que algún enemigo se plante ante sus puertas y la ataque.

La Barcelona del siglo x ofrece algunos aspectos sorprendentes desde nuestro punto de vista. Tenía, por ejemplo, dos torrentes exteriores. Uno fluía aproximadamente por las modernas Ramblas y, ya cerca del mar, formaba un terreno pantanoso; el caudal del otro pasaba más o menos por la actual Via Laietana, aunque entraba por lo que hoy es la calle Jonqueres. El terreno pantanoso, casi un lago, que formaba el primer torrente era conocido por los barceloneses como el Cagalell, de *cagallò*, «cagarruta o cagadero». El segundo, cuando dejaba atrás el acueducto, se conocía con el nombre de Merdançar, algo así como «río de mierda». Estos apelativos escatológicos no obedecían a ninguna curiosa propiedad que convirtiera el agua en un líquido parduzco a su paso por Barcelona, sino al hecho de que los barceloneses utilizaban los torrentes como alcantarillas al aire libre. Un uso que resultó muy útil en el caso del Cagalell, cuando décadas después la zona se transforma en huertos y los componentes de las defecaciones de los barceloneses nutren las verduras y las hortalizas que alimentarán los paladares y los estómagos de los ciudadanos, los cuales, agradecidos, volverán a depositar el alimento de las plantas en el río. En el otro, el agua limpia y clara que baja de Montcada se transforma a su paso por la ciudad en el Merdançar. El torrente desprende un mal olor tan intenso que incluso las narices poco sofisticadas de los hombres y las mujeres de la Alta Edad Media lo encuentran repugnante y, al final, es desviado para que no apeste todo el barrio de Vilanova del Mar.

El año en que Barcelona murió

Los condes hereditarios de Barcelona organizan y vigilan la vida de sus ciudades, especialmente de la que da nombre a sus dominios. Sin embargo, no pueden olvidar a los sarracenos. Estamos al principio de una época en que los andalusíes pasarán de manera progresiva de ser adversarios circunstanciales —son, simplemente,

señores que luchan por los mismos territorios que los condes— a ser enemigos a causa de su religión y sus costumbres. Los cristianos luchan contra la religión islámica porque la consideran un rasgo característico de la identidad de sus enemigos. Hacia finales del siglo XI y, sobre todo, a partir del XII, las guerras contra los andalusíes se convertirán en guerras contra el islam. Durante el periodo inicial, las tropas andalusíes y las huestes de los condes se enfrentan continuamente, provocando venganzas y represalias en ambos bandos. A veces, los sarracenos llevan a cabo incursiones profundas y devastadoras en los condados de Barcelona, Girona y Besalú, que ya empiezan a funcionar como un solo condado. Otras veces, los cristianos, o el mismo conde de Barcelona, acometen a los andalusíes en su territorio. En ambos bandos, el control y la ayuda a esos condados, tierras de frontera, por parte del califato o del Imperio son cada vez más ineficientes y no obtienen el mismo apoyo y supervisión que los territorios más cercanos. Durante el verano del 935, por ejemplo, cuando el condado de Barcelona está bajo el dominio de Suniario I, hijo pequeño de Wifredo el Velloso, Abderramán III, califa de Córdoba, envía una escuadra de cuarenta barcos a atacar la costa catalana desde el Empordà hasta el Maresme. Al año siguiente, Suniario responde con una incursión en Lleida, causando muchos estragos en tierras sarracenas. Poco después, en junio del 940, se presenta en Barcelona un secretario del califa, llamado Hasday ibn Ishaq, con una propuesta de tregua curiosamente acompañada por otra escuadra de barcos que amenaza la capital condal desde el mar. La embajada obtiene un éxito mayor del que podía esperarse, y se alcanza un acuerdo que también es aplicable al condado de Provenza y al vizcondado de Carcasona. El acuerdo contiene aspectos positivos para los barceloneses: la paz y la posibilidad de negociar libremente con al-Ándalus. A cambio, el conde Suniario evitará cualquier alianza con los enemigos del califato y romperá la alianza matrimonial con el rey de Pamplona.

La tregua y el vasallaje de hecho del conde de Barcelona al califa de Córdoba duró veinte años, hasta la muerte de Abderramán III en el 961, cuando era conde Borrell II. El conde Borrell aprovechó la llegada al poder de un nuevo califa, un momento siempre delicado, para tramar una alianza con los reyes de León y Navarra y el conde de Castilla, con el objetivo de atacar a los andalusíes. El nuevo califa, al-Hakam II, ni se inmutó: envió a sus tropas que, en un abrir y cerrar de ojos, desbarataron la alianza cristiana y, enfadado por la insolencia del conde de Barcelona, atacó la ciudad en el 965 con el objetivo de saquearla. Borrell aprendió la lección, y al año siguiente envió una embajada a Córdoba, básicamente para agachar la cabeza y tragarse la obligación de destruir las fortificaciones de las fronteras. En los años siguientes, la política interna del califato fue apaciguando el enfrentamiento inicial, pero al morir al-Hakam II, su familia, mediante conspiraciones y asesinatos, colocó a un hombre erudito aunque inflexible en un puesto clave de la estructura del califato: Almanzor, que tuvo la habilidad de no pretender ser nombrado califa, sino de convertirse en el hombre más poderoso del califato. Desde el 981 hasta su muerte, en 1002, Almanzor hizo lo que quiso en el califato de Córdoba. Durante este periodo, además de gobernar con mano dura sus territorios, ordenó unas cincuenta y dos campañas contra los enemigos. De hecho, fue de los pocos dirigentes musulmanes que consiguió recuperar una parte sustancial del territorio perdido en décadas anteriores.

Cuatro de las campañas de Almanzor fueron dirigidas al condado de Barcelona. La primera, en el año 978, tuvo lugar antes de que Almanzor alcanzase la cúspide del poder. Las tres siguientes fueron cada vez más terribles. En el 982, Almanzor atacó la ciudad de Girona; en el 984, los alrededores de Barcelona; y en el 985... Según un documento escrito pocos años después, 985 fue «el año en que Barcelona murió». El ataque y el saqueo de la ciudad por parte de Almanzor fue de los más crueles y terribles que la ciudad sufrió hasta el 11 de septiembre de 1714. Por lo menos, así lo

afirman fuentes documentales de la época y escritos de testigos presenciales, desolados por la magnitud de la destrucción que sufrió Barcelona. Otros documentos de la misma época dulcifican un poco el grado de destrucción, pero, más allá de esos matices, lo cierto es que los daños fueron considerables y dejaron una huella profunda. Su impacto perduró durante muchos años en el recuerdo de los barceloneses.

El ejército de Almanzor salió de Córdoba el 5 de mayo de ese mismo año. Cuando se acercaban por la costa, el conde Borrell intentó inútilmente cerrarles el paso. La población, asustada, hizo lo mismo que había hecho en otras ocasiones: correr a refugiarse dentro de las murallas de Barcelona, aparentemente seguras. Pero los cordobeses eran imparables: saquearon los monasterios de Sant Cugat y de Sant Pere de les Puel·les, ya en las cercanías de Barcelona, y mataron a toda la comunidad. El 1 de julio, empezó el asedio a la ciudad y, sin perder el tiempo, el 6 la tomaron por asalto. Por lo que parece, una de las máquinas de guerra que traían los sarracenos rompió una puerta y hundió la defensa de los barceloneses. El saqueo fue brutal y buena parte de la ciudad quedó destruida. Los habitantes que no acabaron asesinados fueron capturados y trasladados a Córdoba como esclavos, donde los que no pudieron pagar una fortuna por el rescate murieron en condiciones extremas.

Además de ser una tragedia, el saqueo de Almanzor puso en evidencia que el conde Borrell podía ser todo lo valiente que quisiera, pero, sin duda, era un mal político. Durante años había intentado, sin mucho éxito, apaciguar al califato de Córdoba, consciente de que la ayuda que podía esperar de su teórica metrópoli era más bien escasa. Pero el ataque de Almanzor le cerró completamente la vía política y le obligó a pedir formalmente ayuda a la monarquía carolingia. Meses después, Borrell ofreció al rey franco la renovación del juramento de fidelidad, es decir, dejarse de veleidades semiindependentistas y volver al amparo del antiguo gran Imperio. Pero la renovación del juramento no llegó a hacerse: ni el

rey Lotario ni sus sucesores, Luis V el Joven y Hugo Capeto, ya de una nueva dinastía, enviaron ninguna clase de apoyo. La independencia de los condados, por tanto, fue simplemente el resultado del abandono de los reyes francos. No es una manera muy épica de llegar a la independencia, pero el nuevo estatus se hace evidente no solo a ojos de los condes y de los habitantes de sus tierras, sino también a los de todos los reinos que rodean los nuevos dominios. No obstante, el olvido mostrado por los reyes francos respecto a los condados del sur tiene más que ver con la dejadez o la impotencia que con la estrategia política. Entre los ciudadanos no reina la euforia, o mejor dicho, ningún documento de la época revela el más mínimo sentimiento por la independencia, probablemente porque era el fruto de un proceso natural e imparable iniciado en tiempos del conde Wifredo.

BARCELONALANDIA O CATALUÑA

Así pues, a finales del siglo x, el condado de Barcelona, sus vasallos y aliados ya eran independientes. Pero ¿quiénes eran? ¿En qué se habían convertido? ¿Eran visigodos, godos, hispanorromanos, francos o qué porras eran? Ahora conocemos la respuesta. Eran catalanes, pero no existe ninguna documentación que certifique que en ese momento se autodenominaran así. Además, en el terreno siempre pantanoso de la identidad colectiva, esa no era su principal preocupación. Sabían lo que no eran: no eran musulmanes ni judíos, aunque el territorio contaba con muchos de ellos y eran indistinguibles de los cristianos; no eran francos, aunque hasta hacía poco eran ellos quienes dominaban esta zona y los condes habían sido legitimados por el Imperio carolingio; no eran hispanorromanos, a pesar de que sus leyes, sus costumbres y, en buena medida, el urbanismo romano impregnaban la ciudad; tampoco eran visigodos, a pesar de que parte de la clase dirigente tenía sus raíces en el reino visigodo y pervivían muchas leyes y costumbres de esa época. Y ya

no se consideraban parte del reino franco. En los documentos de mediados del siglo X, los escribanos de los condados indican la fecha con una fórmula muy significativa: «Reinando el rey franco Lotario, entre nosotros imperando Jesucristo». O sea, el rey franco reina, pero no impera sobre los condados del sur, los condados que pronto serán catalanes.

Durante mucho tiempo se ha creído —y de hecho no se descarta que así fuera— que la palabra *Catalunya* derivaba de la palabra *castlà*, término para designar al gobernador de un castillo. De *castlans* derivaba *catalans*, y de *catalans*, *Catalunya*. Sería la misma raíz —no tan clara en todo caso— que había dado origen a la denominación del reino de Castilla. En la actualidad, muchos historiadores y filólogos discrepan de esta etimología. Algunos sostienen que *Catalunya* deriva de la *Ghotlàndia* o *Gòtia* a la que se referían los carolingios, pero la mayoría de los filólogos considera poco probable que exista un nexo entre ambas palabras. Un arabista ha hallado un documento de principios del siglo XI que hace referencia a una tierra llamada *Talunya*. De *Talunya* a *Catalunya* solo hay un paso, pero es una pista todavía muy reciente para dar por sentado que sea cierta.

La teoría más increíble, y a la vez más bonita, afirma que el nombre de *Catalunya* deriva del apellido de un héroe, Otger Cataló. Según la leyenda, el héroe en cuestión fue el último caballero cristiano que sobrevivió a una algarada musulmana a principios del siglo VIII. Malherido, se escondió en los Pirineos, donde su perro lebrel lo cuidó. Con la ayuda de otros nobles, bajó hacia el sur y liberó el territorio del yugo sarraceno. Volvió a caer malherido en una incursión en Roses, pero esa vez no pudo superar la gravedad de sus heridas y murió heroicamente. Sus seguidores, agradecidos por su entrega, se denominaron *catalans* para rendir homenaje al apellido de Otger. Y de *catalans* se llega a *Catalunya*, la tierra donde vivieron los discípulos de Otger Cataló. Una historia, como es

evidente, inverosímil, que fue recogida por primera vez a principios del siglo XV y perduró a lo largo del tiempo hasta que los románticos tardíos del siglo XIX la rescataron y le dieron cierta credibilidad.

Lo cierto es que, por aquel entonces, ni los barceloneses, ni los habitantes del condado o de los demás condados tenían la más remota idea de lo que significaba la palabra *Catalunya*, que probablemente todavía no había nacido. Pero el proceso de autoafirmación estaba en marcha. Es lícito preguntarse por qué Cataluña acabó llamándose así en lugar de *Barcelona*, como la ciudad, o alguna palabra derivada de ella, como *País Barceloní* o *Barcelonalàndia*, o algo parecido. A lo largo de la historia se dan muchos casos de territorios en que la capital, sobre todo si tiene un peso importante en el conjunto del país, ha dado nombre a toda la nación. Para Cataluña, que consigue la independencia bajo el dominio del conde de Barcelona —conde, a su vez, del condado más grande e importante, cuya capital es con creces la ciudad principal del territorio— podía haber sido así. Pero no lo fue, lo cual es significativo y revela que los diversos condados que llegaron a formar Cataluña también tenían un peso específico económico y social destacado. Estos condados tenían sentido por sí mismos y nunca habrían aceptado vivir en un país cuyo nombre subrayase la hegemonía de uno sobre los demás.

Por otra parte, en los siglos IX, X e incluso XI, las ciudades no eran tan importantes como para denominar a todo un país. El país de los condes crecía, y su pujanza se repartía cada día en una amplia franja de terreno que ahora llamamos Cataluña central, y que absorbía buena parte de las fuerzas de la nación que estaba surgiendo. La repoblación, la colonización, el enfrentamiento con los andalusíes y con los bandidos, las luchas entre señores, el miedo y el rencor permanente a los reyes francos, entre otras muchas, eran las cuestiones que importaban entonces en todo el territorio, los verdaderos problemas del conde y de las clases dominantes. Barcelona era importante, claro está, pero no configuraba la mentalidad de los condes y ni siquiera la de sus habitantes.

Barcelona era un punto de referencia administrativo y eclesial destacado, pero no era lo suficientemente relevante como para determinar la política y el nombre de ese país que empezaba a existir.

Los primeros años de independencia

La ciudad de Barcelona emprenderá pronto un rumbo determinado. De hecho, el saqueo del año 985 provoca unas consecuencias que van mucho más allá de la destrucción del territorio. El conde Borrell y sus sucesores toman conciencia de estar realmente solos y lo asumen internamente, para bien y para mal. Saben que no pueden esperar ninguna clase de ayuda de los vecinos del norte y cómo se las gastan los del sur. A partir de ese momento, la alianza de condados bajo la hegemonía del conde de Barcelona tiene que mirar a su alrededor y decidir en cada circunstancia lo mejor para su supervivencia y para una posible expansión del territorio. Tras el saqueo, Barcelona es una ciudad muy debilitada, habitada solamente por unas mil quinientas personas, incluidos los suburbios, mucho menos que una sola manzana del actual Eixample. A pesar de la evidente debilidad, no es el momento de lamerse las heridas, sino de crecer y salir adelante. Las instituciones —condado y obispado— y la gente de la ciudad deciden reparar y mejorar las murallas. Al mismo tiempo, algunos enclaves comerciales que ya habían retomado la actividad hacía algún tiempo recuperan su auge, como el núcleo instalado bajo la montaña de Montjuïc —una pequeña concentración de edificios situada en el mismo lugar donde, se supone, debía de ubicarse la antigua delegación comercial de la época de la República romana, en el siglo III a. C.— dedicado al comercio marítimo.

Entre los años 985 y 1010, las relaciones entre los precatalanes y el califato de Córdoba sufren un nuevo giro. Todavía habrá alguna incursión andalusí en las tierras del conde de Barcelona, pero en

ningún caso llegarán a la ciudad. Además, de un modo que podría parecer paradójico, las relaciones comerciales con al-Ándalus se incrementan. Este fenómeno de los intercambios comerciales entre enemigos tampoco debe extrañarnos porque, de hecho, es una práctica común en nuestros días. Durante la Primera Guerra Mundial, el comercio entre Gran Bretaña y Alemania se incrementó respecto a los años anteriores al conflicto a través de los países escandinavos y de Holanda, y todo el mundo lo consideró normal. Así que, justo después del saqueo de Almanzor, pasó lo mismo entre el condado de Barcelona y los andalusíes. Y aunque no hay pruebas ni documentos que lo avalen, es lógico pensar que sucedió exactamente lo mismo en el sentido contrario, entre los andalusíes y el condado de Barcelona. La razón, citando una expresión del siglo XIX, es que «*el negoci és el negoci*» —los negocios son los negocios— o, como también se decía en el siglo XX, «*la pela és la pela*» —la peseta es la peseta—. Seguramente muchos productos elaborados en Barcelona, mercancías que salían del puerto de la ciudad, iban a parar por vía terrestre o normalmente marítima a las ciudades andalusíes, especialmente a Valencia y Cartagena. De hecho, existen pruebas indirectas de este flujo de productos entre Barcelona y los territorios andalusíes. Los documentos de la época hablan de mancusos. El mancuso era la moneda de oro que se utilizaba en los territorios cristianos, especialmente en Barcelona. No era muy original, sino una imitación del dinar cordobés, más valioso. Existen numerosos documentos barceloneses que mencionan esta moneda, pero nunca se ha encontrado ninguna, mientras que sí se han hallado dinares. ¿Cómo se explica? Muy sencillo: los mancusos cristianos iban a parar a Córdoba, mientras que los dinares que llegaban para pagar las mercancías barcelonesas eran acaparados por el conde y la pequeña nobleza.

Los primeros años de independencia son, sin duda, muy difíciles. Continúan las reyertas con los andalusíes, y sus ciudades fronterizas todavía conservan fuerzas para luchar. En el 1002, por ejemplo, los condes intentan conquistar la ciudad de Làrida, la actual

Lleida. El ataque tiene un cierto éxito, pero la reacción musulmana logra derrotar a los soldados cristianos. Los andalusíes están encabezados por Abd al-Malik, hijo de Almanzor, que realiza una incursión en tierras cristianas para capturar prisioneros. Miles de colonos que se habían instalado en las tierras fronterizas son capturados y vendidos como esclavos, y el conde de Barcelona, que por aquel entonces era Ramón Borrell I, hijo de Borrell II, envía una embajada a Córdoba que vuelve sin obtener grandes resultados.

Pero el califato está a punto de sufrir una crisis que, con el tiempo, lo llevará a la autodestrucción. Unas décadas más tarde, se hundirá y se formarán una serie de reinos más pequeños denominados «taifas». Es uno de los casos más flagrantes de sociedad próspera y estable que se hunde por culpa de las intrigas de los grupos que quieren aumentar su porción en el reparto de la riqueza. En los últimos tiempos del califato, el esplendor de Córdoba adquiere fama mundial. El califa posee un palacio extraordinario a ocho kilómetros de la ciudad, un palacio que suscitaría la envidia del rey franco, por no hablar del miserable conde de Barcelona. La ciudad, que ha crecido y se ha convertido en la capital, posee una estructura idéntica a la de cualquier otra gran ciudad musulmana: calles estrechas que serpentean y ofrecen sombra fresca en los días calurosos del verano andalusí, y casas con patios cubiertos de baldosas donde el agua brota de las fuentes. La maravilla que es la ciudad de Córdoba se repite de boca en boca por todo el dominio del califato. No tiene nada que ver con las ciudades y los pueblos llenos de pulgas de los cristianos, que viven en condiciones miserables en contraposición al esplendor musulmán. El prestigio que alcanza el califato en ese momento es enorme, y, a pesar de que en la práctica la libertad religiosa se inclina cada vez más a favor de los cristianos, solo una quinta parte de la población del califato no es musulmana. Las conversiones, que no han sido forzadas, aumentan espectacularmente durante el siglo X. Y no es solo la religión, las ciencias y las artes también florecen bajo el dominio del califato... Un dato significativo: en el siglo VIII, cuando llegan los musulmanes,

al-Ándalus es exportador de esclavos. En cambio, en el siglo x, los cordobeses importan esclavos de toda Europa. Los mercaderes judíos, grandes especialistas en esta clase de producto, compran esclavos por todo el continente y los agrupan en diferentes lugares donde son seleccionados y conducidos, a menudo cruzando el condado de Barcelona, hacia Córdoba.

Un matrimonio joven y ambicioso: Ramón Borrell y Ermesenda de Carcasona

En comparación con esta prosperidad, Barcelona y las poblaciones del condado son grises, sucias y pobres. Pero alrededor del año 1000, las cosas empiezan a cambiar en los dos bandos. En el califato, las desavenencias internas acaban en guerra civil. En el condado, aparece la pareja formada por Ramón Borrell I, primer conde que gobierna con total independencia de los reyes francos, y Ermesenda. Ramón Borrell I es un personaje interesante, pero su mujer, Ermesenda, hija del conde de Carcasona, todavía lo es más. Ermesenda, en un caso insólito en toda Europa y, probablemente, en todo el mundo, domina, o al menos lo intenta, la política del condado de Barcelona y de los condes vasallos o aliados durante más de sesenta años, e instaura, nada más y nada menos, que el sistema feudal en Cataluña. Su marido, Ramón Borrell I, es el primero que ejerce completamente la independencia respecto de los reyes francos, un hecho significativo en comparación con otros condados y dominios nobles de los francos, puesto que en otros lugares, como Flandes o Anjou, el rey franco se mantiene, a pesar de que los nobles organizan sus territorios como quieren. A menudo los señores francos tienen ambiciones que implican consolidar alianzas con la monarquía. Los condes catalanes, en cambio, no tienen tanta importancia política: están lejos del poder, tienen enemigos tan poderosos que ni siquiera pueden aspirar a participar en este juego de intrigas que se mantiene durante siglos. Esta pareja joven y ambiciosa —sobre todo ella— tiene una idea fija: el

condado tiene que dejar de aspirar a sobrevivir en pos de una nueva gloria. Además, ellos y sus nobles tienen unas ideas muy diferentes a las de Borrell II, padre del actual conde.

Los tiempos están cambiando en todos los sentidos. La manera de combatir también. Los nobles tienen que convertirse en guerreros profesionales que hacen de la violencia su modo de vida, y la aplican con una eficacia que no se veía desde los tiempos de los romanos. Las armas son de más calidad y dejan de ser exclusivas de los hombres libres para pasar a serlo de los nobles, que son los únicos que pueden pagarlas. Entre ellas, la más importante es el caballo. Desde que fueron domesticados en el Neolítico, los caballos han sido utilizados por el ser humano para el transporte, primero, y para la guerra, después. Los romanos utilizaron durante siglos tropas auxiliares a caballo. Pero durante la Antigüedad, el uso del caballo en la guerra se limitaba a un par de propósitos que cambiaron completamente durante la Edad Media. En primer lugar, no existían caballos de guerra, animales poderosos, creados mediante selección genética, que si estaban bien alimentados podían correr y mantener la serenidad durante el ataque. En segundo lugar, durante la Antigüedad los jinetes botaban sobre el lomo del animal, lo cual disminuía su movilidad cuando cabalgaban. En la Edad Media empiezan a utilizar nuevos arreos: los estribos, las riendas, las sillas de montar... Armaduras, espadas bien templadas, tiempo y recursos para un buen entrenamiento hacen a los caballeros medievales prácticamente invencibles en el campo de batalla.

Mantener un caballo de guerra y colocarle todos los aparejos necesarios para la batalla, además de las propias armas cortantes o defensivas del caballero, costaba mucho dinero. Era tan caro que solo algunos ricos podían permitírselo, y la mejor manera de obtener riqueza en aquella época —y probablemente en todas— era extorsionar a los más débiles. Además, con el sistema de castillos y fortificaciones que había surgido alrededor de la inestable frontera con al-Ándalus, la mejor manera de enriquecerse no era participando en azarosas e inseguras algaradas en territorio enemigo, sino

dotándose de un grupo numeroso de campesinos y explotarlos, impidiendo que se marcharan. Pero este sistema, practicado por numerosos señores, era excesivamente anárquico para que una sociedad pudiera funcionar. Lo solucionaron estableciendo diferentes categorías de señores. Los de más arriba conseguían recursos de sus campesinos y de los nobles que estaban por debajo de ellos; los nobles de segunda categoría, de los de tercera y de los campesinos; y los de tercera, de los campesinos y puede que de las algaradas en territorio enemigo. Este sistema se denominó «feudalismo» y Cataluña fue, para vergüenza de los catalanes, uno de los países pioneros en sistematizar la explotación de los más débiles.

El feudalismo empieza su andadura de la mano de Ramón Borrell I y Ermesenda, y se afirma en las décadas siguientes transformando completamente la sociedad condal. Sin duda, será más evidente en las pequeñas poblaciones nacidas o amenazadas por la presencia de un castillo que en Barcelona, capital del condado. Con todo, no existe ninguna razón para que la dominación feudal no alcance todos sus rincones. Aunque hablar de corte sea todavía prematuro, lo cierto es que la presencia de Ermesenda, una mujer originaria del norte de los Pirineos descendiente de una familia con más tradición aristocrática que los rudos condes de Barcelona, facilita que el palacio y los servidores se refinen un poco.

A partir del año 1010, Ramón Borrell pasa a la ofensiva contra los musulmanes. Siguiendo la obra de su padre, tiene que hacer numerosas concesiones a los nobles fronterizos para lograr detener las incursiones sarracenas, que en varias ocasiones consiguen entrar y causar estragos en el territorio. Pero la guerra civil andalusí ofrece al conde la posibilidad de dar la vuelta a la tortilla. Ramón Borrell I está dispuesto a intervenir en el sur, y los mismos sarracenos le facilitarán las cosas. Los bandos opuestos que combaten en la guerra civil cordobesa alistan desde hace tiempo a jóvenes cristianos como mercenarios; más tarde, empiezan a alistar a nobles fronterizos de poca categoría acompañados por un puñado de hombre de armas. Solo era cuestión de tiempo que a alguien se le

ocurriera contratar a un conde y a su ejército. Fue exactamente lo que ocurrió en el año 1010. Ramón Borrell y Hermenegildo I de Urgell fueron convocados en Tortosa, donde se reunieron con Wadih, partidario del noble omeya Muhammad II al-Mahdi. Los condes de Barcelona y de Urgell pactaron su ayuda a cambio de una fortuna; a la expedición se unió otro conde, el de Besalú.

La expedición fue un éxito económico, a pesar de las numerosas bajas que sufrieron las tropas —entre otras las del conde de Urgell y el obispo de Barcelona—, y tan positiva para los intereses condales que repitieron la experiencia cinco años después. En 1017 se organizó una nueva expedición militar, más importante que la primera, capitaneada por Ramón Borrell, que logra llegar a Córdoba y la arrasa. Al poco, las cosas se ponen feas y los catalanes tienen que poner pies en polvorosa, pero en cualquier caso vuelven a Barcelona con un riquísimo botín. Con todo, Ramón Borrell, en la cúspide de la gloria a su regreso de Córdoba, tiene que enfrentarse ese mismo año a un ataque sarraceno en Zaragoza en el que pierde la vida.

Berenguer Ramón I y la regencia de Ermesenda

El nuevo conde, Berenguer Ramón I, tiene catorce años cuando llega al poder. No hubiera sido ni el primero ni el último en reinar a tan tierna edad, pero no fue así. Su madre, Ermesenda de Carcasona, lo impidió. La condesa, que tenía una fuerte personalidad, se erigió como regente a pesar de la oposición de una buena parte de los nobles, que ya especulaban acerca de las ventajas que podían obtener con un conde débil. Ermesenda se rodeó de nobles menores, de obispos y de abades —entre ellos uno tan destacado como el abad Oliva— e incluso solicitó ayuda a un pirata normando que se estableció en Barcelona, Roger de Tosny.

Rodeada de pocos intelectuales y muchos guerreros, Ermesenda gobierna los asuntos del condado con mano de hierro. Ejercía el poder con tanta decisión que acabó enfrentándose a su propio hijo.

Hay que partir del presupuesto de que en la Edad Media no existía la mayoría de edad. Los nobles, por ejemplo, iban a la guerra en cuanto su fuerza física se lo permitía, lo que acostumbraba a ser alrededor de los catorce años. Eso explica que durante las batallas algunas cargas de caballería se lanzaran a lo loco o, mejor dicho, que fueran inmaduras. Pero si a los catorce años se podía matar y morir en una guerra, también se podía dirigir un condado. Berenguer Ramón I lo tenía claro. Pero con una madre como Ermesenda, el proceso de emancipación no fue fácil. Apoyado el joven por un grupo de nobles, cuando cumplió los diecinueve años, Ermesenda cedió. El obispo de Girona, Pedro de Carcasona, negoció un acuerdo entre ambos en el que la condesa ofrecía treinta castillos como garantía de su cumplimiento.

Los pactos para evitar una guerra entre madre e hijo, respaldados por grupos de nobles, debilitaron la ya tambaleante monarquía. Berenguer Ramón I fue uno de los condes más débiles que dio el linaje barcelonés, un hombre que tuvo que ceder a lo largo de su vida, que no fue muy larga, ante todos aquellos a los que se enfrentó: su madre y los aliados de esta, sus propios partidarios y las taifas cercanas, especialmente las de Lleida y Zaragoza. La autoridad del conde estaba en entredicho y el dominio de los nobles sobre sus feudos fue afirmándose. Los nobles luchaban entre ellos, atacaban o se aliaban con los sarracenos según les convenía y no atendían a razones ni se dejaban doblegar por el conde. Lógicamente, Berenguer Ramón I sufrió las consecuencias, pero el precio más alto lo pagaron los payeses que habían colonizado las tierras de la *Catalunya Vella*. Habían sido libres, y ahora se veían sometidos a la condición de siervos, de semiesclavos, abrumados por las obligaciones y subsistiendo en condiciones precarias, siempre a la merced de la arbitrariedad del señor y de la cosecha.

El conde Berenguer Ramón I era un hombre débil e indeciso, partidario de la paz, lo cual chocaba con los intereses de la mayor parte de los nobles de la frontera, deseosos de mantener un estado de guerra permanente que justificase la violencia constante y generalizada con la que dominaban a los payeses gracias a la tensión bélica. Ermesenda, que en cierto sentido era mucho más moderna que su hijo, se daba cuenta, pero al ser mujer, no podía imponer su punto de vista. Berenguer Ramón I murió joven, dejando un testamento que lo complicó todo todavía más. Como era costumbre en la Casa de Barcelona, repartió las tierras entre sus tres hijos. El mayor, Ramón Berenguer I, se llevó la tajada más grande: los condados de Barcelona y Girona. El mediano, Sancho, recibió el Penedès, que era la frontera sur del condado. Y el menor de todos, Guillermo, el condado de Osona. Pero, al ser los tres todavía muy pequeños, la regencia y el control fueron de nuevo a manos de su abuela, Ermesenda. La condesa madre repitió la estrategia que había utilizado durante los años de regencia: rodearse de prohombres que la ayudaran a dirigir los condados.

Ramón Berenguer I, entre su abuela y las mujeres

Ramón Berenguer I demostró tener más personalidad que su padre, a pesar de que su reinado no tuvo un buen inicio. El testamento del conde anterior había recortado sus posesiones, especialmente en el sur, donde se había formado un nuevo condado, el del Penedès. Los nobles del Penedès eran quizá los más belicosos de todos los condados, en una época en la que ser guerrero era consustancial a la aristocracia. Juntos formaban la facción belicista, el partido de los que hoy llamaríamos «halcones de la guerra». Ramón Berenguer I, por el contrario, propugnaba la paz con los musulmanes y, en la medida de lo posible, entre los señores feudales. No es que fuera bondadoso, lo cual no está en absoluto documentado, sino que actuaba por interés. El principal apoyo de los condes eran los

mercaderes barceloneses —cuyo poder incipiente se convertirá a lo largo del tiempo en una realidad que ha llegado hasta nuestros días —, y estos no querían la guerra. Como ya vimos, a pesar de que la guerra no era necesariamente sinónimo de caída del beneficio, lo cierto es que en los tiempos de conflicto a menudo se perdían naves y expediciones, o se retrasaban los pedidos y las entregas. Pero, además de la presión de los comerciantes, había otra razón: con el tiempo, los condes habían conseguido que varias ciudades andalusíes pagaran impuestos, las parias, para mantener la paz. Si estallaba la guerra, adiós parias y adiós ganancias.

Los intereses de los nobles del Penedès y de la madre del conde, Ermesenda, eran completamente opuestos. La guerra en la frontera permitía eludir las órdenes del conde de Barcelona e incluso servía de excusa para no pagar los impuestos debidos en función de las necesidades bélicas. Además, el Penedès no cobraba las parias, así que si querían sacar dinero a los andalusíes, la única manera era el pillaje y el saqueo. Para ellos la paz era un mal negocio.

Aunque parezca complicado, el condado podía vivir durante mucho tiempo en esta situación. A veces ganaban unos y a veces otros, pero si todo el mundo cedía un poco, a la larga no pasaba nada. Sin embargo, vivir en esta cuerda floja comportaba problemas, y así fue cuando el condado del Penedès encontró a un capitán, el vizconde Mir Geribert, que los lideró en su conflicto con el conde de Barcelona. El capitán Geribert era un hombre pendenciero que no tenía manías a la hora de enfrentarse a cualquiera que lo contradijese.

El objeto principal de sus disputas iniciales fue Sancho Berenguer, el hermano pequeño del conde de Barcelona. Sancho, que, recordemos, había recibido a la muerte de su padre el condado del Penedès, dio la razón al abad de Sant Cugat en un litigio a propósito de los derechos de pesca en una laguna. Los ánimos fueron calentándose hasta que Mir Geribert, sin consultarlo con nadie, se proclamó príncipe de Olèrdola, uno de sus principales castillos, una fortaleza que —a pesar de estar en ruinas— todavía

impone. A partir de ese momento, se opone, con el apoyo de los nobles del Penedès, a que el conde de Barcelona pueda otorgar cartas pueblas concediendo franquicias a los payeses de sus tierras, sosteniendo que rompen la relación de vasallaje de los habitantes del Penedès, algo que Mir Geribert consideraba intolerable.

El conflicto fue subiendo de tono hasta llegar a Barcelona, donde la familia del príncipe de Olèrdola gozaba de mucho prestigio. El obispo Guislabert era primo de Mir, y el ahijado y sobrino del obispo, Udalardo II, vizconde de Barcelona, también. Las posesiones del obispo y del vizconde abarcaban todo el Castell Vell —Castillo Viejo—, situado cerca del acueducto, el Castillo del Puerto, ubicado en Montjuïc, y el Castillo Obispal, en la plaza Nova. Pues bien, en este último se produjo un episodio muy significativo: un día del año 1044, alguien empezó a apedrear el palacio condal. Las piedras eran arrojadas desde las antiguas torres de la muralla, ahora sede del obispado de la ciudad. El suceso provocó un gran escándalo, y el peligro de que estallase una sublevación en Barcelona fue evidente. Tuvo que intervenir el obispo de Vic, el abad Oliva, un hombre de gran renombre, que dictó sentencia. El obispo Guislabert juró que no había tenido nada que ver con la sublevación, lo cual era inverosímil, y fue obligado a ceder el Castillo Obispal y a desembolsar el precio de la investidura episcopal, que todavía debía al conde. Udalardo, por su parte, tuvo que ceder el Castell Vell y pagar doscientas onzas de oro. Además, los responsables del apedreamiento fueron entregados a la justicia condal, que debió de hacer con ellos lo que quiso.

No es de extrañar que, perteneciendo a semejante familia, Mir Geribert se sintiera lo suficientemente respaldado como para desafiar la autoridad de Ramón Berenguer I. También contaba con el apoyo de la abuela del conde, Ermesenda, siempre partidaria de las soluciones a sangre y fuego y de pinchar a la familia. Pero Ramón Berenguer demostró ser muy hábil. Después de un tira y afloja armado, aprovechó el momento en que tenía más fuerza para proponer un pacto: compraría los castillos de algunos nobles

rebeldes y les garantizaría el control sobre los campesinos. A cambio, ponía tres condiciones: todos los nobles, sin excepción, tenían que jurarle fidelidad; se obligaban a prestarle ayuda militar cuando él la pidiera; y, por último, sus puertas siempre tenían que estar abiertas para la autoridad de la ciudad condal. El cumplimiento de estos tres requisitos aseguraba y confirmaba las bases del poder de los nobles y, además, los convertía en intocables. Pero él y la institución que representaba quedaban claramente reforzados.

Pero un suceso en la vida privada del rey puso en tela de juicio la sólida posición de que había gozado después del pacto feudal. En el año 1052, Ramón Berenguer emprende un viaje por tierra a Roma con la intención de visitar al Papa e intentar consolidar una Iglesia catalana al margen de la franca. En el siglo XI, un viaje así era largo y complicado y, por más importante que fuese el conde, no viajaba con un gran séquito. Durante el trayecto, él y sus pocos acompañantes llegaron al castillo de Narbona, donde reinaba el conde Ponce de Tolosa, juntamente con su esposa, Almodis de la Marca. Los castillos de la época no eran como los de Disneylandia, sino más bien pequeños, austeros y con pocas comodidades. En todo el castillo de Narbona solo había una cama que, por hospitalidad, fue ofrecida al conde de Barcelona. El séquito durmió en el suelo de un salón con chimenea. ¿Y los condes de Tolosa? Pues en la cama, por supuesto, con Ramón Berenguer.

No sabemos lo que pasó aquella noche ni las siguientes, pero lo cierto es que el viaje a Roma fue muy corto porque Ramón Berenguer tenía prisa por volver a Barcelona. Pero a la vuelta volvió a pedir hospitalidad en Narbona, y el bueno del conde de Tolosa se la ofreció en las mismas condiciones. Entonces, el conde sí que se quedó unos cuantos días, en todo caso el tiempo necesario para que Almodis se quedara embarazada, y no precisamente de su marido. Lo que podía haber sido una historia privada y sórdida, se convirtió, sin embargo, en una historia de amor pasional cuando Ramón Berenguer planeó en secreto el rapto de Almodis para llevársela a Barcelona. Al llegar a la ciudad, repudió a su esposa, con la que solo

llevaba un año casado, y encargó a los judíos del Call de Barcelona la organización del rapto. El hecho fue llevado a cabo con la ayuda de barcos musulmanes y, días más tarde, Almodis llegó a Barcelona y se arrojó en público a los brazos de Ramón Berenguer.

El escándalo fue considerable. Si ahora sucediera algo parecido, las revistas del corazón podrían vivir del suceso durante unos veinte años como mínimo. Ponce de Tolosa repudió inmediatamente a su mujer, con más razón cuando nueve meses después nacieron los gemelos que fueron bautizados con los nombres de Ramón Berenguer y Berenguer Ramón. El primero era tan rubio que fue conocido como *Cap d'Estopes*, es decir, Cabeza de Estopa.

Como es de suponer, la esposa repudiada del conde de Barcelona, Blanca de Narbona, tampoco estaba muy conforme. Blanca, que gozaba de la confianza de Ermesenda, se había casado con el conde porque esta lo había impuesto a su nieto como condición para concederle su ayuda contra las sublevaciones de los nobles. Aconsejada por Ermesenda, Blanca fue a ver al Papa, que se indignó al oír la historia. ¡Aquel sinvergüenza del conde, que lo había ido a visitar a Roma para pedirle un favor, había aprovechado el viaje para dejar embarazada a una condesa ya casada, raptarla y romper de paso dos matrimonios legítimos! El Papa excomulgó tres veces a Ramón Berenguer, rompiendo el vínculo feudal con sus vasallos.

Mir Geribert aprovechó enseguida la situación para rebelarse de nuevo, y lo mismo hizo Ermesenda, que organizó una coalición militar contra su nieto. Pero cuando las cosas parecían ponerse muy negras para el conde, la situación cambió para mejor. Ermesenda se dio cuenta de que si seguía luchando contra su nieto y lo derrotaba, la Casa de Barcelona corría el peligro de extinguirse con su caída. Si quería que algún miembro de la familia reinase, tenía que apoyar a Ramón Berenguer. Así lo hizo, y utilizó a todos sus contactos para que el Papa levantara la excomunión a cambio de convertir el condado de Barcelona en un feudo papal. Mir Girabert, que también fue derrotado, fue obligado a exiliarse a Tortosa, donde al cabo de unos años murió en combate, como era su destino.

De cabeza de Estopa a Ramón Berenguer III el Grande

Ermesenda murió en 1058, y Ramón Berenguer pudo ejercer el poder sin la estremecedora presencia de su abuela durante unos años. Aprovechó para penetrar un poco más en territorio sarraceno, construir una primera organización administrativa del condado y asentar su dominio feudal tanto sobre los payeses como sobre los nobles. Pero el final de su reinado no fue fácil. Su primogénito, Pedro Ramón, hijo de su matrimonio con Blanca de Narbona, era el elegido para la sucesión. De hecho, Almodis lo crio y lo educó con ese objetivo. Pero el joven Pedro Ramón no se fiaba de su madrastra y estaba convencido de que tramaba que la sucesión del condado fuese a parar a sus gemelos. En 1051 la estranguló, destrozando a su padre, Ramón Berenguer, que condenó a su hijo al exilio y a la pérdida de todos los derechos. El sucesor tenía que ser uno de los gemelos. El primero en nacer fue Cabeza de Estopa. Cuando Ramón Berenguer I falleció en el año 1076, el testamento reveló que el viejo conde había previsto un gobierno conjunto de los dos hermanos, con una cierta preponderancia de Cabeza de Estopa. Sin embargo, el plan no fue del agrado de los gemelos, que tenían una mala relación personal. El Papa tuvo que enviar a un delegado para poner paz entre ellos y establecer con claridad las posesiones de cada uno.

Durante seis años, Cabeza de Estopa gobernó en solitario con el nombre de Ramón Berenguer II. Pero el 5 de diciembre de 1082, cuando el conde viajaba de Girona a Barcelona, al pasar por un bosque frondoso y solitario, unos bandoleros lo atacaron y acabaron con su vida, según contaron los pocos acompañantes que iban con él. En su momento, nadie creyó esta versión. La tradición popular cuenta que su hermano, Berenguer Ramón, le tendió una trampa para matarlo. También es posible que alguno de los acompañantes del conde, pagado por su hermano, consumara el oscuro gesto. Por

este motivo se conoce a Berenguer Ramón II como el Fratricida, un título que pocos pueden presumir de haber ostentado a lo largo de la Historia. Una carga muy pesada de llevar.

Cabeza de Estopa había dejado un hijo, otro Ramón Berenguer, el tercero, pero había muchos nobles que no se fiaban de lo que podía ocurrirle al heredero si se quedaba bajo la custodia de Berenguer Ramón. Se constituyó un partido antifratricida para encargarse del niño. Pero las maniobras que los nobles llevaron a término fueron tan patosas que perdieron el control de la situación. Un grupo de ellos pretendía que el tutor del niño fuera el rey de Castilla, lo que habría dejado el condado de Barcelona, y de paso los demás condados catalanes, bajo el control de una dinastía extranjera. Al final, llegaron al siguiente acuerdo: Berenguer Ramón II ejercería como conde de Barcelona a condición de no tener descendencia, y así dejar el paso libre a su sobrino, el futuro Ramón Berenguer III.

Pero Berenguer Ramón arrastró la sombra del fratricidio durante todo su reinado. Tras varias incursiones en territorio musulmán, el conde de Barcelona fue derrotado y capturado dos veces por un mercenario castellano al servicio del emirato de Zaragoza: Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid. Estas derrotas, y el dinero que el condado tuvo que pagar para rescatarlo, dispusieron ulteriormente los ánimos de la nobleza y del obispado contra él. El hecho de conseguir que el Papa concediese que la Iglesia catalana dejara de depender de Narbona y pasase a depender de la nueva sede episcopal de Tarragona no mejoró la situación del conde, porque la puesta en marcha de este acuerdo se alargó durante años. La presión de la nobleza desembocó finalmente en la emancipación y en el nombramiento de Ramón Berenguer III. Derrotado, Berenguer Ramón siguió siendo el blanco de muchas acusaciones y acabó por tener que defenderse en un juicio justo en una corte extranjera, la de Castilla. Allí fue derrotado con las armas, que en esa época era

una de las maneras de decidir quién tenía razón en un juicio. Amargado, se marchó con la primera cruzada a Jerusalén, donde murió, probablemente a causa de alguna enfermedad.

Con Ramón Berenguer III, el condado de Barcelona experimenta un gran salto adelante. El feudalismo que su abuelo había consolidado da frutos. La larguísima crisis de la Casa de Barcelona, que había empezado con el asesinato de Almodis, también concluye. El nuevo conde es un hombre práctico, harto de luchas estériles contra los musulmanes que distraen al soberano de los acuciantes problemas internos de su territorio, que ya es muy vasto. Además, el desarrollo técnico permite mantener una política comercial más ambiciosa que en el pasado. Las ciudades italianas de las costas ligur y tirrena, así como las grandes islas mediterráneas, empiezan a desarrollar un comercio intenso que los mercaderes barceloneses no quieren perderse. La burguesía mercantil y comercial barcelonesa ve con buenos ojos el intercambio de mercancías por mar en dirección al norte y al este, en lugar de seguir comerciando con los musulmanes, lo cual es cada vez más complicado. Los musulmanes pasan de ser considerados unos vecinos difíciles a ostentar una religión intolerable para la visión cristiana del mundo, lo que dificultará progresivamente el intercambio comercial con ellos.

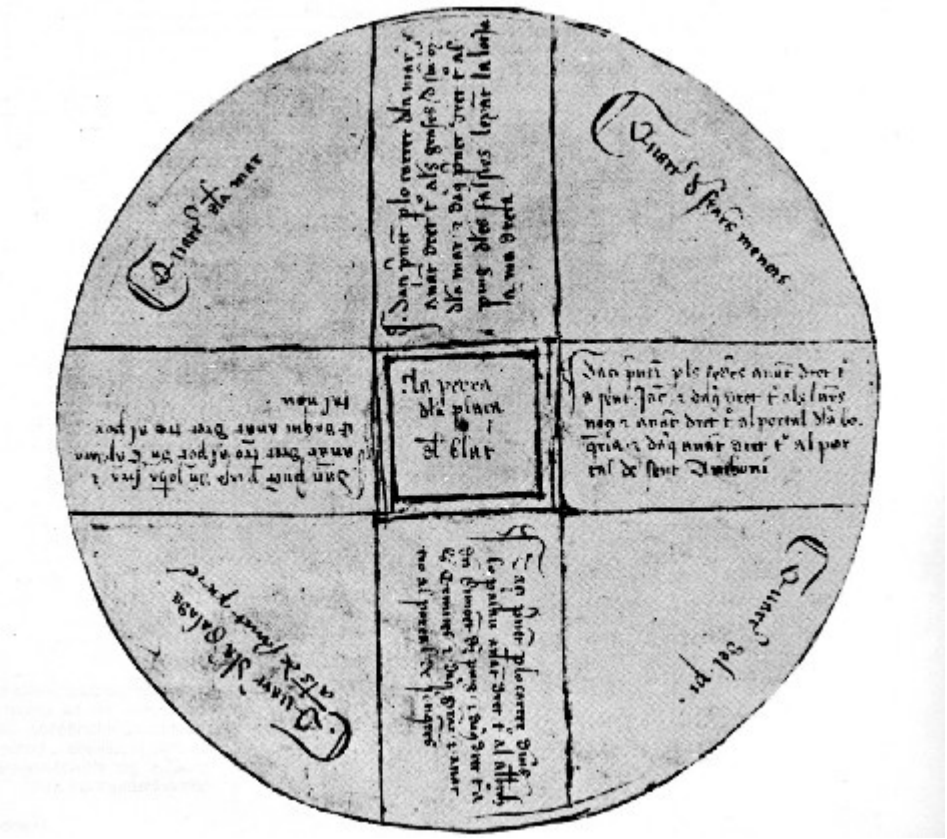
Ramón Berenguer III mueve los hilos para afirmar la hegemonía del condado de Barcelona. Casando hijas y reclamando herencias, consigue que el condado de Barcelona engulla a los de Besalú y la Cerdanya y, tras una disputa, buena parte del de Empúries. En pocos años, Ramón Berenguer III duplica prácticamente la superficie del condado de Barcelona. Ahora ya no queda sombra de duda: el conde de Barcelona es el soberano de un territorio consolidado. Los demás condados son sus vasallos y, por primera vez, empieza a hablarse de Cataluña.

Ramón Berenguer III fue merecidamente apodado el Grande. Al final de su reinado, en el año 1131, deja un país fuerte que se apoya en una ciudad sólida, próspera y ambiciosa que crece

continuamente, Barcelona. Los comerciantes barceloneses empiezan a viajar por el Mediterráneo protegidos, cuando pueden, por la flota catalana. Cuando su hijo Ramón Berenguer IV sube al poder, se encuentra soberano de una capital que ha aprendido a serlo. Ha llegado el momento de dejar de ser condado para convertirse en corona. Para ello, el nuevo conde pone los ojos en un reino que está viviendo grandes dificultades: Aragón.

CAPÍTULO 7

EL GRAN SALTO



Pieza de forma circular que se encontraba en la antigua plaza del Blat, considerada el centro de la ciudad en la Baja Edad Media. Sobre la piedra están grabados los cuatro distritos de la ciudad. Este es el plano más antiguo de Barcelona.

UN DÍA CUALQUIERA

Un barcelonés del segundo tercio del siglo XII siempre tenía por delante una jornada muy ajetreada, llena de maravillas que solo unos pocos años antes no existían. Desterrado el temor a los saqueos andalusíes, el habitante de Barcelona que vivía intramuros llevaba una vida muy intensa, codo con codo con sus vecinos, a veces incluso demasiado. Contrariamente a la imagen medieval que nos hemos forjado, las paredes de las casas eran tan delgadas que podían oírse los ruidos que emitían los vecinos: las discusiones, las conversaciones privadas, los ronquidos, los pedos, los gritos, los jadeos del sexo, el alboroto de los niños, el bastón de los abuelos, el estruendo de las ollas y de los cacharros de barro cayendo al suelo... Todo se oía a través de las paredes, e incluso lo que sucedía en la casa de enfrente. Y en una ciudad medieval, la casa de enfrente podía estar casi al alcance de la mano, pues a veces la distancia entre las fachadas era solo de dos o tres metros. Una de las distracciones habituales de las ciudades medievales, y de Barcelona en concreto, era ventanear, o sea, pasar el rato asomados a la ventana, observando o fisgando lo que pasaba en la calle e incluso participando, comentándolo con los vecinos o con los viandantes de paso, curioseando, respirando los olores que subían desde abajo, a menudo poco agradables...

Cuando el barcelonés medieval salía a la calle, se encontraba con muchos conocidos —la ciudad era lo suficientemente pequeña como para cruzarse con todos sus habitantes varias veces al año—, pero también con muchos desconocidos. En función del barrio, estos podían ser marineros provenzales, genoveses, sardos, sicilianos, napolitanos y, durante algunas épocas, también aquellos procedentes de territorios islámicos, hispanos, bereberes, egipcios... Curiosamente, no faltaban los normandos, bretones, sajones y

eslavos. Algunos de esos desconocidos podían ser hombres de armas pertenecientes al séquito de los señores que visitaban al conde, o monjes que se acercaban al obispado para solucionar sus asuntos. Pero también había pordioseros, contrahechos, hombres, mujeres y niños afectados por todas las enfermedades deformantes que se pueda imaginar y que vivían de la caridad. A menudo los expulsaban de la ciudad amurallada y dormían extramuros, donde se les veía menos y pasaban desapercibidos.

En su vida cotidiana y al acabar sus quehaceres, es muy posible que nuestro barcelonés dedicase un rato del día a una de las aficiones que más apasionaban a los habitantes de la ciudad condal: los negocios. Si necesitaban crédito o tenían que realizar alguna transacción que comportara un intercambio de joyas, se dirigía al suroeste de la ciudad, al lado del palacio episcopal, entre la Porta Bisbal y el Castell Nou —Castillo Nuevo—. Allí estaba ubicado el Call, la judería de Barcelona. Los judíos no eran muy numerosos, y a medida que pasaron los años su situación empeoró, sobre todo a partir de 1391, cuando se produjeron revueltas contra ellos como nunca antes había conocido Barcelona.

Pero si los asuntos que interesaban a nuestro barcelonés del siglo XII durante un día cualquiera no eran de carácter económico, probablemente salía de las murallas de la ciudad y se dirigía a alguno de los suburbios extramuros, donde se ubicaban los almacenes, las pequeñas atarazanas, los puestos al aire libre... Los arrabales bullían de vida, y todo hacía suponer que Barcelona se sentía estrecha dentro de las murallas. Entre barrio y barrio, rodeando la ciudad, crecían huertos y árboles frutales, especialmente en la planicie que separaba la ciudad de las montañas del Tibidabo, que estaba surcada por torrentes, riachuelos y fuentes. Esta llanura era uno de los lugares de recreo de los barceloneses y, cuando hacía buen tiempo, iban a menudo a pasear por allí. También era muy frecuente que la gente modesta aprovechara la salida para llevarse algo de comer y merendar al lado de una de las numerosas fuentes cercanas a Barcelona.

La vida urbana dentro de las murallas era muy diferente de lo que podemos imaginar. Muchas casas poseían un almacén de trigo, que, como mínimo hasta el siglo XIV, se batía en cualquier lugar. La presencia de animales domésticos era habitual, y dentro de la ciudad había cerdos, gallinas, cabras y ovejas. Sin embargo, no había muchos caballos porque Barcelona tenía unas calles demasiado estrechas y los equinos no eran compatibles con la circulación de los viandantes. Esta costumbre de no utilizar caballos, asnos ni mulos, obviamente no iba con los señores que, ya fueran de la corte condal o del obispado, se desplazaban por la ciudad sin bajar de sus monturas.

Bien organizados: la Universitat

Bajo la perspectiva del siglo XXI, la Barcelona de esa época era una ciudad caótica. Pero a un hombre o a una mujer de entonces ni se le ocurría pensarlo. Para ellos todo estaba perfectamente organizado y fluía de forma natural. Durante toda la Edad Media —y, de hecho, hasta nuestros días—, las instituciones que fueron gobernando Barcelona proporcionaron a sus habitantes centenares de normas y disposiciones dirigidas a encauzar la vida ciudadana. Pero desde la fundación romana de la ciudad, la organización del municipio se había transformado completamente, si bien de manera poco progresiva y armónica. En las épocas visigoda, musulmana y carolingia, Barcelona había sido gobernada con un criterio más cercano al de plaza militar que al de ciudad. Siempre había una autoridad —fuera el mismo rey o el valí o el conde— que ejercía el control sobre la villa obedeciendo a unos intereses superiores y a menudo lejanos. Sin embargo, a partir del siglo XII, empezó a afirmarse una cierta organización propia de los asuntos de la villa. Aparece la figura de lo que se denomina «prohombre» o dueño y señor, cabeza de las familias más prestigiosas y con más intereses, protegido por privilegios que los condes conceden a los

barceloneses. Estos prohombres se organizan, se asocian, en torno a una institución, la Universitat, un término cuyo significado era muy diferente del actual. Aunque en el siglo XII la Universitat gobierna Barcelona, no se trata de una institución establecida de forma más o menos oficial, sino de la evolución lógica del poder condal, que tiene que ir delegando para no dificultar el desarrollo de la sociedad a medida que el gobierno del condado se complica.

Durante buena parte del siglo XII, cuando se produce el primer gran salto adelante del condado, el conde pasa cada vez menos tiempo en Barcelona y necesita a alguien que administre la ciudad. En un primer momento, la responsabilidad recae en el vizconde, un personaje que irá adquiriendo poder y que, con el tiempo, aspirará a una Barcelona más independiente del poder condal. A principios del siglo XII, aparece una nueva figura, el veguer o magistrado, que no resuelve el problema porque, en caso de hacerse necesario que controle la ciudad, exige más derechos de los que le han sido concedidos y que a menudo consigue abusando de los ciudadanos. Este nuevo contrapoder genera tantas quejas que los mismos condes crean una tercera figura, una persona que no tiene que ser necesariamente noble, sino solo un funcionario a quien se le supone fidelidad. Este nuevo funcionario se denomina *batlle* —alcalde o baile —, y se habla de él por primera vez en 1144. Los vegueres se transforman en jueces locales y los ánimos ciudadanos se aplacan un poco.

Esta *Universitat de Prohoms* —Universidad de Prohombres—, a veces también llamados «cónsules», no se dedica solamente a hacer valer los derechos reconocidos por el conde, sino que también intenta regular poco a poco otras cuestiones que no están directamente relacionadas con las disposiciones condales, sobre todo en materia económica. La primera administración más o menos autónoma de la ciudad, la Universitat, quiere ocuparse de cómo y de qué manera entran, se venden y se guardan las mercancías objeto de negocio. No hay que olvidar que todo esto sucede cuando los aristócratas, incluidos los religiosos, ya han asimilado plenamente el

feudalismo en su manera de relacionarse. Y el feudalismo, a pesar de la relación de vasallaje y fidelidad, implica un grado muy elevado de soberanía de los poderosos en sus propios ámbitos.

Los prohombres de Barcelona, tanto si son aristócratas como si no, desean que sus decisiones prevalezcan sobre la voluntad de los demás poderes, que esencialmente son el conde y el obispo de la ciudad. No es casualidad, por tanto, que el conde apoye especialmente a la Universitat, porque poder contar con la ayuda de los ricos comerciantes de Barcelona se convierte en una garantía para que el señor pueda disponer de recursos económicos y de medios para desarrollar su política, a menudo lejos de la capital.

La política internacional

Barcelona, el condado y todos los territorios que estaban empezando a constituir Cataluña, se encaminaban hacia un cambio radical en lo concerniente a su política exterior; un cambio que condicionará en sentido positivo la dimensión y la proyección internacional de la ciudad. Como suele ocurrir, este cambio vino de la mano de una serie de casualidades, oportunidades y habilidades que se conjugaron de una manera que en principio era difícil de prever.

Vayamos por partes. En primer lugar, nos trasladaremos a unos trescientos kilómetros al oeste de Barcelona, en el interior del reino de Aragón. A pesar de que el camino que había conducido a Aragón a la independencia no era perfectamente paralelo al de los condados catalanes, lo cierto es que el resultado había sido muy similar. Sus enemigos eran, sin duda, más difíciles de tratar que los de los catalanes. De hecho, paradójicamente, la estructura poco sólida de la Cataluña de la época —sostenida por un grupo de condados semisoberanos bajo la hegemonía del conde de Barcelona— había facilitado que el país fuera más difícil de abatir que Aragón. Desde hacía unos sesenta años, el reino de Aragón dominaba a un reino vasallo pero muy poderoso, Navarra, al tiempo que se hallaba en

medio de los poderosos occitanos y de una potencia pujante, cada vez más fuerte: Castilla. En el este tenía a Cataluña, con una soberanía y unas instituciones atípicas.

En este contexto, y cuando ya hacía tres años que Ramón Berenguer IV había subido al poder, el rey aragonés Alfonso I el Batallador falleció sin descendencia en 1134. Además, Alfonso tuvo la mala idea de redactar un testamento excéntrico, que dejaba el reino en manos de las órdenes del Temple, del Hospital y del Santo Sepulcro, lo que provocó la reacción inmediata de los amos del cotarro en Aragón, que se negaron a aceptarlo, y de los navarros, que decidieron tirar por su camino, separarse de Aragón y nombrar a su propio rey.

Los aragoneses decidieron entonces tomar medidas para reconducir la situación, y nombraron rey a Ramiro II el Monje, un hermano de Alfonso, hasta entonces obispo por vocación, que nunca se había planteado ni casarse ni tener descendencia. La situación era tan precaria que los castellanos optaron por invadir Aragón y ocupar Zaragoza. Acto seguido, navarros, castellanos e incluso el papado se aliaron contra el rey Ramiro. El monarca tuvo que huir y se refugió en Cataluña, donde entabló amistad con el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, gracias a cuyos consejos consiguió volver a Aragón y, con la ayuda de las ciudades y de los mercenarios, derrotó a sus enemigos. A pesar de su triunfo, la inestabilidad de la situación era evidente, y si quería mantener su reino, tenía que casarse y tener descendencia. Lo hizo con la joven Inés de Aquitania, y muy pronto tuvieron una hija, la infanta Petronila. Ella era la figura clave: quien se casara con Petronila conseguiría, tarde o temprano, el reino de Aragón.

Tras sopesar varias propuestas de matrimonio, el rey Ramiro eligió al heredero de Castilla para concederle la mano de Petronila. Sin embargo, los nobles aragoneses, escarmentados por la antigua ocupación castellana y preocupados por la convicción de que la manera de gobernar de los monarcas del sur era mucho más autoritaria que la suya, se negaron a aceptarlo y pusieron los ojos en

su vecino del este, Cataluña, donde la profunda implantación del feudalismo aseguraba un margen de soberanía mucho más amplio para los nobles de los condados que cualquier otro reino. Además, gracias al alto poder aristocrático, el máximo mandatario, el conde, no tenía más remedio que pactar a menudo con los nobles menores. Así pues, para los aristócratas aragoneses, la perspectiva de casar a Petronila con el conde de Barcelona o con su heredero era muy atractiva. La presión de la oposición ejercida por la nobleza debió de resultar excesiva para el rey Ramiro II, quien además mantenía buenas relaciones personales con Ramón Berenguer IV. Además, todo sea dicho, quizá Ramiro no desdeñó el hecho de que, al ser Ramón Berenguer conde de Barcelona en vez de rey, Aragón no sería absorbido por el nuevo monarca. El 11 de agosto de 1137, Ramiro entregó a su hija, que solo tenía un año, a Ramón Berenguer IV, que entonces contaba con veintiuno. El contrato decía:

> Yo, Ramiro, rey de Aragón por la gracia de Dios, te doy a ti, Ramón, conde y marqués de Barcelona, a mi hija por mujer, con todo el reino de Aragón íntegramente, tal y como mi padre, Sancho, y mis hermanos, Pedro y Alfonso, lo tuvieron y retuvieron, salvados los usos y costumbres. Y te encomiendo a ti a todos los hombres del mencionado reino con homenaje y juramento a fin de que te sean fieles.

Como puede apreciarse, la cosa iba en serio. El resultado práctico, después de algunas negociaciones legales, fue que Ramón Berenguer entró a formar parte de la Casa Real de Aragón, que Petronila se casaría con él cuando fuera mayor de edad —trece años después— y que, pasara lo que pasase mientras tanto, el conde de Barcelona sería el príncipe regente de Aragón y sus descendientes ostentarían el doble título de reyes de Aragón y condes de Barcelona.

Este acuerdo se cumplió y, para ratificarlo, el rey Ramiro el Monje se retiró a un monasterio una vez separado de su esposa. Acababa de nacer lo que en el futuro se conocería como la Corona de Aragón, un territorio que abarcaba desde la frontera con Navarra

hasta el Mediterráneo, siguiendo en buena medida el curso del río Ebro, a excepción del tramo sur, que seguía en poder de los musulmanes.

La Corona de Aragón

La crónica del rey Pedro el Grande, y sus antepasados —titulada *Llibre del Rei en Pere d'Aragó e dels seus antecessors passats*, escrita un siglo después por Bernat Desclot— describe de manera más bien poética el momento en que el gran senescal del conde de Barcelona, Guillem Ramon, llega a Barcelona y cuenta de la siguiente manera la oferta de los aragoneses:

> Señor, los ricos hombres de Aragón me han dicho que os transmita que os consideran sinceramente el conde más honrado, más valiente y más conquistador del mundo, y por ello os ofrecen el reino de Aragón y la mano de la doncella a quien pertenece para que sea vuestra esposa, y os ruegan que queráis ser su señor y su rey.

¿Quién podía decir que no a una oferta tan hermosa y bien concebida?

El nacimiento de la Corona de Aragón es una noticia excelente para la ciudad de Barcelona. A pesar de que había aparecido un nuevo polo urbano de atracción, la ciudad de Zaragoza, el dinamismo, la potencia militar y el empuje comercial de las tierras del condado de Barcelona tenían mucho más peso en la configuración de la política de la nueva Corona. Al mismo tiempo, la ampliación de los dominios de la Casa de Barcelona permitía que el gran puerto del nuevo territorio fuera necesariamente el de la ciudad condal. Todas las entradas y salidas de mercancías procedentes o con destino a ultramar pasaban por Barcelona, un hecho que la dotó de unos servicios y de todo un segmento de la población dedicado al comercio. Barcelona empezaba a competir con las ciudades costeras italianas, que estaban construyendo estados en territorios que iban más allá de los estrictamente urbanos. Además, Barcelona tenía una

ventaja sobre ellas: el territorio que dominaba, con la gran cantidad de productos y de personas que eso comportaba, era mucho más extenso que el de sus adversarias italianas.

Pero no se trataba solo del impulso comercial. También había otro aspecto que favorecía el crecimiento de Barcelona, tanto en extensión como en prestigio y poder, un fenómeno que se había extendido por Europa y que se traducía de manera muy especial en la península ibérica. El feudalismo estaba triunfando en toda Europa, y la lógica feudal favorecía que los ataques entre vecinos fueran relativamente frecuentes, lo que acarreó una conflictividad en el mismísimo centro de Europa que repercutió en las ciudades. Se trataba de la guerra de todos contra todos, en la que cualquier territorio podía tanto ser atacado como servir de base para un ataque. En el año 1095, el papa Urbano II ideó un sistema para disminuir los conflictos exportándolos muy lejos, a Tierra Santa: las cruzadas. En la península ibérica no había que ir tan lejos para reducir la tensión. Sin descartar las luchas armadas con los demás nobles cristianos, siempre quedaba la posibilidad de hacer una campaña contra los vecinos musulmanes y conquistar sus tierras.

La Cataluña Nueva

Fue en esos años cuando se empezó a hablar de reconquista, a pesar de que el término carecía completamente de sentido. Ya hacía cuatro siglos que los musulmanes habían llegado a la península y que la mayoría de la población los había asimilado sin problemas. Las relaciones entre cristianos y musulmanes nunca habían sido del todo fluidas, pero no se puede decir, ni mucho menos, que la religión hubiera sido el principal motivo de enfrentamiento. Sin embargo, a mediados del siglo XII, con el feudalismo bien consolidado, las cosas habían cambiado. El antiguo califato de Córdoba había desaparecido, debido en buena parte a sus propios conflictos internos, y era un adversario dividido que, en la mayoría de los casos, ya no podía

contar con la solidaridad del fuerte poder central de Córdoba, sino que tenía que valerse por sí mismo como podía. Se trataba de una situación de debilidad objetiva que los caballeros cristianos supieron aprovechar. Para acabar de arreglarlo, estos caballeros se habían convertido en profesionales de la guerra. Su formación, con algunas excepciones notables, consistía principalmente en prepararse para el uso de la violencia, lo cual los convertía en adversarios temibles durante el combate. Los ejércitos musulmanes, por el contrario, eran menos profesionales y mucho más débiles.

Ramón Berenguer IV amplió las fronteras del reino de Aragón combinando la fuerza con la diplomacia en detrimento de Castilla, lo cual no hizo en Cataluña, donde aplicó solamente la conquista. Estaba a punto de empezar el proceso que conduciría a lo que después se denominó *Catalunya Nova* —Cataluña Nueva—, que abarcaba desde la cuenca del Llobregat hasta las cordilleras que la separan de las cuencas del Anoia y del Segre. Este territorio, en general más yermo que el de los condados, tenía principalmente plazas fuertes y ciudades importantes al lado de los ríos que la atravesaban, el Ebro y su afluente, el Segre. Ya en la época del padre de Ramón Berenguer IV, los catalanes habían conquistado Balaguer, al norte de Lleida, ciudad que incluso habían llegado a ocupar durante unos años. Pero para el príncipe de Aragón había llegado el momento de llevar a cabo un gran avance militar. El primer objetivo importante fue Tortosa, situada al lado de la desembocadura del río Ebro.

En 1148, el príncipe de Aragón y conde de Barcelona reunió un fabuloso contingente de soldados y hombres de guerra para conquistar Tortosa, un claro antecedente del tipo de expedición que unas décadas más tarde se utilizaría para la conquista de Mallorca. En primer lugar, el conde llegó a un acuerdo con la república de Génova, que lo apoyó con sus naves para realizar una incursión en Almería. Acto seguido volvieron a Barcelona, donde se concentró el ejército de asalto. Además de los genoveses, muchos ciudadanos de Barcelona se apuntaron a la expedición, motivados por el botín que

podían conseguir. A ellos se unieron las huestes de la vizcondesa Ermengarda de Narbona, Guillermo de Montpellier y sus hombres, nobles menores de Normandía e Inglaterra, abades con sus hombres de armas, mercenarios pisanos, algunos caballeros aragoneses e incluso las tropas del conde de Pallars, Arnal Mir de Tost.

El 29 de junio de 1148, la escuadra de naves cargadas de soldados partió rumbo a Tortosa, y un numeroso grupo de hombres lo hizo por tierra, lo cual hace suponer la poca resistencia que debieron de encontrar en el trayecto desde Barcelona. Hay que recordar que, en esa época, Tarragona era prácticamente una montaña de ruinas medio abandonadas. Tal y como narran las crónicas genovesas, el asedio fue duro y culminó el último día del año con la conquista de la plaza. El conde pactó que Tortosa pasara a ser de su propiedad al cabo de unos años, aunque concedió muchos derechos a la orden del Temple. Con la caída de esta ciudad, el peligro de que una incursión musulmana pudiera llegar hasta Barcelona se desvaneció. Sin aquella amenaza que durante tantos años había atemorizado a los barceloneses, el futuro aparecía despejado y lleno de esperanza. A la conquista de Tortosa le siguió, un año después, la de Lleida, prácticamente lograda con la única intervención de los caballeros catalanes. Más tarde cayó Mequinenza, enclave decisivo que domina la desembocadura del Segre en el Ebro.

Este primer ciclo de expansión marcó el talante de los dos territorios que se habían unido bajo el mando de Ramón Berenguer IV. Aragón estuvo bajo el dominio de una docena de familias aristocráticas que obtenían su capital de la agricultura y de la explotación de los campesinos de las zonas rurales. En cambio, el condado de Barcelona y, a remolque, los demás condados catalanes estaban focalizados en la ciudad de Barcelona, donde crecía una fuerza económica que se diferenciaba radicalmente de la que alimentaba a la mayor parte del país. En el férreo sistema feudal catalán, la dominación de la tierra y de los campesinos y la constante depredación tanto de sus subordinados como de sus

vecinos eran los elementos clave de la supervivencia, pero en Barcelona las cosas no eran exactamente de esta manera. Existía, sin duda, un control feudal sobre los territorios que rodeaban la ciudad, a menudo explotados por esclavos, pero el verdadero poder económico de Barcelona provenía del comercio y de la manufactura. Muy pronto creció un grupo ciudadano dedicado al comercio, especialmente al que ahora se denominaría «internacional», que tenía el mar como principal vía de expansión. La búsqueda de nuevos mercados y de nuevas materias primas convertirá a este grupo de comerciantes en el impulsor fundamental del crecimiento de la Corona de Aragón. Los burgueses de Barcelona fueron, pues, uno de los promotores principales, cuanto menos económicos, de la política internacional de los condes reyes. Con el tiempo, estos comerciantes serán los únicos denominados ciudadanos de Barcelona o, tal y como los llamaban entonces, *ciutadans honrats* —ciudadanos honrados—. Los ciudadanos honrados no podían ser ni nobles ni eclesiásticos, tenían que vivir en la ciudad y poseer un domicilio propio, por lo que los hijos que vivían con la familia o los asalariados no podían llegar a serlo. Las mujeres, a quienes, como mucho, se consideraba vecinas o habitantes de Barcelona, ni pensarlo. Los ciudadanos honrados constituirán la columna vertebral de las instituciones ciudadanas. Con el paso del tiempo, llegarán a vivir en poblaciones ubicadas fuera de lo que en la actualidad consideramos Barcelona, lugares que por diferentes motivos se constituirán como calles de la ciudad. Una ficción inventada para trasladar los privilegios y las obligaciones fuera de la ciudad condal.

BARCELONA VISTA CON LOS OJOS DE UN VIAJERO

En el año 1166 un judío navarro de Tudela llamado Benjamín salió de su ciudad para emprender un largo viaje que lo condujo, años después, a Oriente. Cuando volvió a su reino, escribió unas memorias del viaje que revelaban jugosos detalles de los lugares

que había visitado. Visto que se dirigía a Oriente, después de una estancia en la ruinas de Tarragona, lógicamente tuvo que pasar por Barcelona. Benjamín debió de darse prisa por llegar a la ciudad condal pues, según cuenta, tardó dos días en recorrer el camino. Describe Barcelona como una ciudad pequeña, muy bonita, que vive de cara al mar. Visita la congregación judía y se reúne con un grupo de ancianos y sabios rabinos que se llaman Shesheth, Shealtiel, Solomon y Abraham, hijo de Chisdai. También pasea por la ciudad y se queda sorprendido por su cosmopolitismo al toparse con mercaderes que vienen de países lejanos con sus mercancías: gente de Grecia, de Pisa, de Génova, de Sicilia, de Alejandría, de Palestina y de todas las costas africanas del Mediterráneo. Por desgracia, Benjamín no contó nada más de Barcelona porque su estancia fue breve. En todo caso, ¡vaya ambientazo!

No es extraño que Benjamín se sorprendiera de que los comerciantes extranjeros se movieran libremente por Barcelona y de que se alojasen donde querían, porque no debía de coincidir con sus experiencias pasadas. Tanto en Aragón como en Castilla, los comerciantes extranjeros acostumbraban a reunirse en barrios determinados y no se mezclaban con la gente de la población. Hacían exactamente lo mismo que los judíos en Barcelona que, por gusto o por obligación, vivían en una zona concreta de la ciudad. Otra cosa que pudo haber sorprendido a nuestro viajero es que la ciudad se estaba dotando de una normativa propia con la connivencia del conde rey. A lo largo del siglo XII, y también durante los primeros años del siglo XIII, se recopilaron una serie de normas, más o menos tradicionales, que formaron el cuerpo jurídico por el que se regirá Barcelona y, por extensión, todo el condado. Esta compilación, que tomó el nombre de *Usatges de Barcelona* —Usos de Barcelona—, abarca desde los impuestos que gravan el comercio exterior hasta el derecho del señor a quedarse con una tercera parte de los bienes del fallecido sin testamento. Llegan incluso a definir la condición de noble como «aquel que come pan de trigo cada día». O sea, normas que rigen prácticamente cualquier cosa. Los Usatges

gozarán de una vigencia muy larga y, de hecho, no serán derogados del todo hasta 1715 con el Decreto de Nueva Planta, a pesar de que para entonces la mayoría de sus normas ya habían quedado obsoletas. Aunque no se publicó una recopilación de los Usatges hasta principios del siglo XII, ya estaban vigentes desde mucho antes y afectaban a todo el mundo, incluidos los judíos.

Desde el nacimiento de la ciudad, los judíos se habían agrupado en el área suroeste de la muralla, detrás del actual palacio episcopal, que aprovechó las dos torres redondas de la puerta de la muralla para adosar el edificio al palacio, tal y como todavía se puede comprobar hoy en día. Sin embargo, los mercaderes extranjeros a los que se refería Benjamín de Tudela no acostumbraban a adentrarse mucho más allá de las murallas y solían servirse de las instalaciones de Vilanova del Mar, el barrio marinero, que aumentaba sin parar sus almacenes y talleres, como sucedía en los otros suburbios. Ese crecimiento comportó que empezasen a tolerarse las construcciones pegadas a la parte externa de la muralla, lo cual dificultaba la defensa de las mismas. La conciencia de que las murallas se habían quedado pequeñas y la vitalidad urbana que se desarrollaba extramuros, llevaron a considerar la necesidad de ampliar la fortificación que por aquel entonces, a finales del siglo XII, ya contaba con ochocientos años de vida.

Dentro y fuera de las murallas

Con todo, construir una nueva muralla es una empresa demasiado importante como para tomar una decisión a la ligera. Además, una muralla no solo sirve para delimitar el perímetro defensivo, sino que también marca un entorno de control fiscal. Sin duda, los burgos y suburbios nacidos fuera de la muralla formaban parte del entramado urbano de Barcelona, pero, de hecho, toda la actividad comercial y ciudadana que se realizaba extramuros quedaba fuera del control de las autoridades y se sustraía al pago de impuestos. Para solucionar

la cuestión, la Universitat marcó fuera de las murallas unos lugares, las puertas, por las que tenían que pasar todos los que querían entrar a Barcelona. De un modo u otro, esas puertas se cerraron y en ellas fueron instalados controles aduaneros. Quien pasaba por allí sabía que las mercancías que introducía o sacaba de la ciudad iban a ser controladas y que debía pagar por ellas. Estas aduanas se denominaron *portals* —puertas—, lo que induce a pensar que eran algo más que una valla y un cobijo para los soldados, pero, en cualquier caso, no se ha encontrado ningún resto de ellas. Se conocen, en cambio, sus nombres, al menos unos cuantos, que a menudo coinciden con lugares actuales de Barcelona: el portal de la Boqueria, el de la Drassana y el de la calle del Born. También el del Pont d'en Campderà y el del Pou d'en Moranta, cuyas ubicaciones son más inciertas. A partir de la aparición de estas entradas aduaneras, el urbanismo de los burgos y de los suburbios extramuros se armoniza de manera natural. Si hasta entonces los suburbios se habían desarrollado más bien alrededor de los caminos que conducían a Barcelona, ahora empiezan a crecer calles y casas que se alejan de estas vías principales. Con el tiempo, estas puertas provisionales delimitarán un nuevo espacio urbano que la nueva muralla abarcará años más tarde. Si hasta entonces vivir dentro de las murallas era considerado un privilegio o, desde otro punto de vista, vivir fuera era una desventaja, ahora, a principios del siglo XIII, la mentalidad cambia. En algunos barrios intramuros, como el Call, la congestión de los habitantes llega a niveles intolerables. Los judíos, a pesar de las restricciones y de su tendencia a vivir agrupados por cuestiones culturales y prácticas, empiezan a comprar y a construir viviendas fuera de la muralla, aunque no muy alejadas de ella. Ocupan la zona que años después se conocerá como Call Menor, justo al oeste de la iglesia del Pi. Es una de les zonas donde actualmente se hallan, con cierta frecuencia, restos de la presencia judía en Barcelona.

El problema de la presión demográfica en el interior de les murallas se agravó todavía más por el hecho de que los talleres empezaban a extenderse por toda la ciudad. Durante el siglo XII, el número de estos espacios industriales se disparó. Existe documentación sobre la presencia de algunos de ellos muy en el interior de las murallas, pero también fuera, al lado del mercado —donde ahora está el Centre de Cultura Contemporània de Barceloan (CCCB)—, en la calle Banys Nous, justo al lado de la muralla pero en la parte exterior, y en la plaza de Santa Maria del Mar. Estos talleres producían todo tipo de mercancías, muchas destinadas al consumo doméstico, pero también había otras destinadas a abastecer a todo el condado e incluso para la exportación. Se han documentado oficios tan variados como cesteros, freneros, molineros, panaderos, zapateros, herreros y muchos más. También había numerosos talleres relacionados con los tejidos o la piel.

Todos estos artesanos se convertirán, como es natural, en los impulsores del espíritu de la ciudad para sorpresa, a veces, del conde rey y de sus nobles. Como empresarios y gente inquieta, pronto mostrarán una característica que las clases medias de Barcelona todavía poseen en la actualidad: están dispuestos a hacer lo que sea necesario para conservar sus derechos y sus propiedades. Esos artesanos, como los asalariados o los pequeños comerciantes actuales, no son grandes revolucionarios, pero no dudan en adoptar cualquier medida cuando consideran que los intereses que defienden son justos. Los menestrales y los mercaderes no permitirán que las cargas impositivas sean abusivas o que se limiten sus derechos de forma arbitraria. A menudo acabarán saliéndose con la suya empleando un sistema muy catalán: pagar. Por ejemplo, ya en el año 1025, los barceloneses habían quedado exentos del impuesto por el pastoreo del ganado tras pagar al conde una buena suma. Del mismo modo, algunos de los denominados malos usos —los derechos más abusivos que recogían los *Usatges*— no se aplicarán a los barceloneses después de que estos muestren su descontento ante el conde rey Alfonso el Casto en 1163. No se trata en absoluto

de tensiones revolucionarias, pues la intención de los menestrales y artesanos no era, ni mucho menos, poner en tela de juicio el régimen feudal, sino más bien formar parte de la élite ciudadana, aumentar sus privilegios y, de paso, que no les tocaran mucho las narices. En general, lo consiguieron.

Los mercaderes de Barcelona

Mención aparte merecen los mercaderes de Barcelona que se dedicaban al comercio marítimo, el cual se expandió por el Mediterráneo en armonía con los intereses de la Corona. Tanto los condes reyes como la aristocracia y los eclesiásticos tenían una visión del mundo expansiva y colonial, por lo que conquistar nuevas tierras aumentaba el prestigio y el poder de los hombres feudales. Si, además, estas tierras estaban llenas de esclavos o permitían la colonización por payeses que hasta ese momento eran más o menos libres, mejor. La expansión natural de la Corona por tierra estaba en marcha, pero era lenta y dificultosa. Al norte estaban los occitanos y los franceses, ambos enemigos muy duros que limitaban las posibilidades de expansión. A menudo, los condes reyes intentaron afirmarse en esas tierras mediante políticas matrimoniales, pero no fue suficiente. Al oeste, Navarra y las fuentes del Ebro constituían un territorio complicado, lleno de guerreros y con intereses y aliados a ambos lados de los Pirineos. Un poco más hacia el sur estaba Castilla, una potencia emergente, muy poblada y con grandes cantidades de rebaños de ovejas, lo que confería poder a sus ciudades y a su monarquía, pues la lana era uno de los productos más valiosos durante la Edad Media. Y en el sur estaban los musulmanes con sus taifas y sus alianzas siempre cambiantes e inciertas. Era un territorio interesante para la expansión, pero su orografía no lo facilitaba, a excepción de una pequeña franja del litoral que llegaba hasta Murcia, donde el terreno volvía a abrirse

muchos kilómetros por delante. Estando así las cosas, la vía de expansión era el mar, así que las estructuras de poder de la Corona se equiparon con naves.

Los comerciantes barceloneses estaban de acuerdo con los proyectos de la Corona, pero su mentalidad les aconsejaba buscar los beneficios más sencillos, cercanos y factibles. Por ese motivo, y teniendo en cuenta que la situación internacional era siempre muy inestable, los mercaderes barceloneses empezaron a invertir en la construcción de naves de transporte de mercancías. La expansión de la Corona siguió a menudo las rutas que los mercaderes les trazaban. Durante el siglo XII, las naves catalanas se mostraron relativamente prudentes. La mayoría llegaban hasta la desembocadura del Ródano, donde intercambiaban mercancías con los barqueros que bajaban el cauce del río transportando telas de Flandes. Pero algunos mercaderes más audaces se atrevieron a explotar rutas exóticas más inseguras. La primera gran ruta marítima del comercio barcelonés unía Barcelona con la ciudad africana de Ceuta, viajando a lo largo de la costa y haciendo escala en Tortosa, Valencia y Almería, estas dos últimas todavía en poder de los musulmanes. Otra ruta, que se recorría en barcos no muy grandes, llegaba hasta Mallorca, y de allí alcanzaba Bugía, en Argelia. De ella salían mercancías que llegaban a la costa argelina desde el África profunda, con un gran valor añadido: oro, marfil, pieles, metales preciosos, plumas... Desde Barcelona se distribuían por Europa. Muy pronto, los comerciantes que disponían de naves más grandes, o que eran capaces de fletar varias naves en una misma expedición, se atrevieron a llegar más lejos. Era la ruta de Oriente, que pasaba por la Alejandría egipcia, el reino cristiano de Jerusalén, San Juan de Acre, los puertos jónicos y Constantinopla, que en aquel entonces era la ciudad más fabulosa del mundo —con permiso de Damasco, Bagdad y Pekín—. Los catalanes, al igual que los genoveses, los venecianos y los provenzales, acabaron por establecer allí una

colonia comercial, un barrio que fue arrasado con los barceloneses que vivían en él cuando los otomanos conquistaron la ciudad en 1453.

Los mercaderes y los navieros se convirtieron en los impulsores de Barcelona y en los promotores del prestigio que alcanzó en el Mediterráneo. El sistema de alquilar las naves, tan ajeno a la lógica feudal, se acercaba al capitalismo o, si se prefiere, se remontaba a un comportamiento contemplado en el derecho romano. Sistema, por otra parte, que también aplicaban sus adversarios genoveses. Los barcos mercantes eran propiedad de sociedades de dos o más armadores. Los socios, que acostumbraban a ir a partes iguales, se denominaban partícipes o parcioneros, y no eran simples inversores, sino que participaban del gobierno directo de la nave y a menudo compartían las penas y las alegrías del viaje por mar. Como todos los socios viajaban a bordo, las transacciones que se realizaban en los puertos, desde la contratación de marineros hasta la compra y venta de las mercancías, se decidían en lo que ahora consideraríamos consejos de administración *in situ*. Los socios, presionados por los quehaceres y vigilados por los otros parcioneros, se veían obligados a llevarse bien con tal de que el viaje resultara provechoso para todos. Estas empresas comerciales potenciaban otras. Equipar una nave, prepararla para el viaje, comprar las mercancías y los víveres y partir dejando a la familia más o menos provista de alimentos y de dinero suficiente para cubrir sus necesidades hasta la vuelta —si volvían, claro— requería mucho dinero. La mejor manera de conseguirlo acostumbraba a ser obtener un préstamo de las familias ricas de Barcelona. El prestamista dejaba una cantidad determinada a cada socio, o a uno solo de ellos, y la garantía solía ser el mismo barco, la casa o las tierras. A cambio, el prestamista se llevaba una parte de los beneficios del socio, a menudo la mitad. Este sistema financiero, en principio simple, se fue sofisticando con el paso del tiempo y constituyó el origen de la *Taula de Canvi* —Mesa de Cambio —, una de las primeras entidades bancarias de la historia, a principios del siglo xv.

Disponemos de una buena cantidad de documentos y de textos de la época, la mayoría en latín, pero otros en un idioma que ya no es latín vulgar, sino catalán, nombre con el que empieza a conocerse. Es el idioma común, con variantes y diversas influencias, de todos los habitantes de los condados y de buena parte de las tierras conquistadas. Una lengua no muy diferente del occitano, que también se está formando en esos años, ni del aragonés. Así pues, en los dominios directos o indirectos del conde de Barcelona, rey de Aragón, señor de Montpellier y muchos más títulos y honores, se habla prácticamente el mismo idioma.

Un idioma común, unas leyes —los *Usatges*— muy amplias, intereses compartidos, la misma manera de concebir el mundo e incluso la misma moneda, la barcelonesa. A finales del siglo XII, los documentos ya hablan de *Catalonia* cuando se refieren al conjunto de condados bajo el dominio de Alfonso el Casto. Y aunque resulte anacrónico hablar de nación, porque se trata de un concepto muy posterior, lo cierto es que el Estado que se ha configurado a lo largo del siglo XII tiene muchas características nacionales, entre las cuales destaca la existencia de una capital indiscutible, la ciudad más grande de toda la Corona, que acoge a un conjunto de ciudadanos cuyo talante cotidiano marca el rumbo de todo el país: Barcelona.

El siglo XIII empezó con muchas esperanzas. El nuevo rey, Pedro el Católico —*Pere I*—, que acababa de suceder cuatro años antes a su padre, era un joven con un empuje que recordaba más a su abuelo Ramón Berenguer IV que a su padre, Alfonso el Casto o el Trovador. Como era de esperar, su determinación y su ambición agitaron la Corona y su joya más preciada, la ciudad de Barcelona. Pedro se sentía políticamente fuerte, fruto del trabajo dinástico que habían llevado a cabo sus antecesores, y que ahora, en los albores del siglo, se estaba concretando en una evidente sumisión de la nobleza a los designios del conde rey. Su único problema era que estaba sin blanca. La intensidad con la que se vivía el feudalismo en Cataluña —efectivamente, hoy en día los estudiosos del mundo feudal de todo el mundo vienen para estudiar los documentos de la

época, visto que Cataluña fue uno de los ejemplos más logrados de aquel horror— determinaba que los nobles, por muy leales que fueran al conde rey, no soltaban un duro si no conseguían algo a cambio. En consecuencia, Pedro no dejaba de viajar —al igual que acabaron haciendo todos los reyes de la Casa de Barcelona— porque sabía que uno de sus privilegios consistía en que, mientras estaba de visita en un castillo, el señor de la fortaleza tenía la obligación de mantenerlo a él y a su corte.

Como siempre, los más adinerados y los más rentables para el condado eran los mercaderes y los menestrales de Barcelona que, conscientes de su importancia a ojos del rey, se hacían valer con la suficiente habilidad como para no resultar excesivamente odiosos. Preferían perdonar una deuda al conde siempre y cuando eso les asegurara alguna exención o algún beneficio comercial. Pedro se acostumbró a negociar tanto con los nobles como con los barceloneses, y desde entonces esta tradición pactista del poder con la ciudadanía se mantuvo hasta la aniquilación de los derechos y las constituciones de Cataluña, ya en el siglo XVIII. La tradición pactista, el «pactismo», como se lo denominó, fue uno de los dogmas de fe de los catalanistas de la segunda mitad del siglo XIX y de muchos políticos e industriales del siglo XX. Pero en los siglos XIX y XX ya no se pactaba con un rey catalán, sino con el concepto, difuso y concreto a la vez, de *Madrid*. Madrid, en este sentido, no se percibe como una ciudad situada en el centro de la península ibérica, sino como un ente fabuloso, mezcla de Kronos —devorador de sus hijos —, Midas, Dios Todopoderoso y la diosa Kali. A este monstruo, las élites catalanas se han enfrentado, como mínimo, durante ciento cincuenta años. Pactar, pactar, había que pactar. Para conseguir algo, había que ceder en algo. Este sistema, sostenido sobre todo por buena parte de los historiadores de la época, era una equivocación de raíz, al menos desde el punto de vista histórico. Ni Pedro I ni su hijo Jaime, ni siquiera el que teóricamente fue el más pactista de todos, Pedro II, pactaban con nobles, eclesiásticos y ciudades impulsados por un sentimiento de respeto y de intercambio, sino

cuando comprendían que podían ganar más cediendo que rompiéndole la crisma a su interlocutor. Cedían cuando sentían el frío de la hoja pinchándoles la garganta. Los barceloneses medievales lo tenían muy claro y, de hecho, la mayor parte de los privilegios que consiguieron de sus reyes los obtuvieron porque sus monarcas no tuvieron más remedio que ceder. Esto también explica las resistencias numantinas a los asedios y a la violencia de los siglos XVII y XVIII. Pero ya llegaremos a eso...

Pedro I era, en virtud del testamento de su padre, conde rey de Cataluña y Aragón, pero no disponía de Provenza, que había ido a parar a manos de su hermano Alfonso. Con todo, Pedro I siempre tuvo los ojos puestos en esas tierras, entre otras cosas porque los complicados vasallajes, característicos de aquellos tiempos, unían indisolublemente a los dos hermanos, y estaba muy claro que Pedro era quien mandaba.

Para confirmar el interés que tenía por el norte, Pedro se casó con la heredera de la ciudad de Montpellier, María, en junio de 1204, aunque al cabo de poco tiempo de convivencia se cansó de ella. Algunos documentos insinúan que María de Montpellier, que era hija, nada más y nada menos, que de una princesa bizantina, no era muy agraciada; otros que el rey, acostumbrado a tener compañía variada en el lecho, sentía poco interés por una mujer obsesionada por la religión. Fuera por lo que fuese, lo cierto es que Pedro I decidió repudiarla.

Una vez conseguida la ciudad de Montpellier gracias a aquel matrimonio, el rey debió de pensar que había llegado el momento de repetir la jugada con otra doncella con dote. Y esta vez se trataba de un reino entero: el de Jerusalén, que por aquel entonces era un territorio bajo el dominio cristiano gracias a las cruzadas. Aunque el reino de Jerusalén era poca cosa y ni siquiera poseía la ciudad santa, era un reino en ultramar y, además, el título poseía un gran prestigio en toda la cristiandad. Pedro I había apalabrado el matrimonio con su joven reina con dos condiciones: el divorcio de María de

Montpellier y la llegada al reino antes de la Pascua del 1207. El papa Inocencio III, que a pesar de su nombre no se chupaba el dedo, le impidió la jugada y el matrimonio nunca llegó a celebrarse.

El divorcio fracasó, pero la inapetencia del rey Pedro por la reina María subsistió, quizá más intensamente que antes. El hecho, que no suponía un problema para la libido del rey, por lo que sabemos ya satisfecha por una multitud de amigas de todo tipo, era en cambio preocupante para la supervivencia de la casa real. De ahí que la reina misma y algunos nobles le organizaran una encerrona. Quien mejor lo cuenta es Desclot, en su *Llibre del Rei en Pere d'Aragó e dels seus antecessors passats*, la más antigua de las cuatro grandes crónicas catalanas, aparecida hacia finales de ese siglo. He aquí su versión de los hechos:

> Sucedió cuando el rey se alojaba en un castillo muy cercano a Montpellier, donde solía encontrarse con una amiga, una mujer de rango elevado y muy hermosa a la que amaba, que su consejero —cuyo nombre parece que fuera Guillem d'Alcalà—, hombre bueno, leal y muy discreto en estas cuestiones, conducía ante su presencia.
>
> Su consorte, María de Montpellier, que llevaba mucho tiempo sin tener relaciones con su marido por negativa de este, se enteró y llamó al mayordomo del rey. Cuando estuvo ante ella, le dijo: «Amigo, seáis bienvenido. Os he mandado llamar porque sé que sois un buen hombre, leal, en quien puedo confiar. Por ello os pido que me ayudéis en lo que voy a deciros. Como bien sabéis, mi marido, el rey, no quiere yacer conmigo, lo cual me disgusta mucho y es el motivo de que todavía no haya tenido un hijo suyo, que sería el heredero de Montpellier. Sé que el rey tiene una mujer que de vez en cuando visita el castillo y que vos sois su hombre de confianza. Os pido que cuando se la llevéis, vengáis a buscarme en secreto y me conduzcáis a sus aposentos en su lugar para que pueda entrar en su lecho. Todo tiene que ocurrir en la oscuridad, y para justificar al rey la falta de luz debéis de decirle que la mujer así lo desea para no ser reconocida. Tengo fe en Dios, y sé que esa noche engendraremos un niño que será una bendición y un honor para el reino».
>
> «*Señora* —le dijo el mayordomo—, estoy dispuesto a hacer todo lo que deseéis, sobre todo en asuntos que atañen a vuestro honor y en vuestro interés. Tened la certeza de que nadie sabrá una sola palabra de lo que

acabáis de decirme, a pesar de que temo la ira del rey.» «Amigo mío —dijo la mujer—, no temáis porque lo haré todo de tal manera que tendréis tanto honor como nunca habéis tenido.»

«*¡Muchas gracias, Señora!* —replicó el mayordomo—. Sabed que haré todo lo que ordenéis y dado que es así, no lo atrasemos más. Preparaos porque el rey me ha pedido que esta noche acompañe al castillo a esa mujer. Os vendré a buscar y os conduciré al castillo sigilosamente. Después os introduciré en sus aposentos, y ya sabéis lo que tenéis que hacer.» «Amigo mío —dijo la reina—, vuestras palabras me tranquilizan. Marchaos ahora, pensad en cómo hacerlo y venid a buscarme esta noche.» El mayordomo se despidió de ella.

Aquella noche, el rey le pidió a su mayordomo que fuera a buscar a la mujer para pasar la noche con ella. «Señor —dijo el mayordomo—, antes de todo tengo que deciros lo que ella me ha pedido. Os ruega no ser vista por nadie, ni hombre, ni mujer, ni doncella.» «Hacedlo lo mejor que podáis —dijo el rey a su sirviente—. Yo deseo lo que ella desee.» El hombre leal fue a buscar a la reina y la condujo, acompañada por una doncella y dos caballeros, hasta los aposentos del rey, donde la dejó. La reina se desnudó y se metió en la cama del rey no sin antes ordenar que apagaran todas las velas.

Ya a oscuras, el rey fue al grano y por fin —¡aleluya!— dejó embarazada a la reina. Dejando a un lado el mutuo acierto de lograr engendrar un hijo a la primera, lo cierto es que el hecho aclaró un poco el futuro de la monarquía catalana, que con el zascandil de Pedro se presentaba más oscuro que nunca. Con el tiempo, el niño se convertiría en Jaime I, que padeció un complejo de Edipo de manual durante toda su vida, lo cual no es de extrañar conociendo la historia de su concepción. Para acabar de arreglarlo, Pedro I murió prematuramente y en unas circunstancias que justifican que su hijo no llegara nunca a perdonarle ni siquiera el hecho de morirse.

Pedro I se sentía fuerte, muy fuerte. Tenía problemas económicos, cierto, pero eso era normal para un rey catalán. Además, fue lo suficientemente listo —o estaba lo suficientemente desesperado— como para encontrar maneras imaginativas de sacar dinero de debajo de las piedras. Algunas de las medidas que tomó afectaron directamente a la ciudad de Barcelona. Tradicionalmente, el noble Guillem de Mediona y su familia eran los encargados de

cobrar los impuestos que recaían sobre los barceloneses, pero como este sistema podía mejorar, Pedro I reorganizó el distrito marítimo de la ciudad, el más próspero, con la intención de darle un valor añadido. Agrupó las actividades comerciales, más allá del comercio marítimo, que al estar juntas incrementaron su valor, y separó el comercio menor, ligado al consumo, que ubicó en tres nuevos mercados fuera de Vilanova del Mar: el mercado de paños o pañería, el de pescado o pescadería, y el de carne o *boqueria*. Además, como suele ocurrir en las épocas de expansión económica, Pedro I se apoyó en los grandes financieros para activar la economía. Se conocen las concesiones importantes que hizo a tres de ellos: Pere Moneder, uno de los principales prestamistas reales, obtuvo la concesión para urbanizar las tierras que había entre Montjuïc y el mar; Bernat Simón recibió la misma concesión para las tierras situadas entre el Cagalell y las recién edificadas atarazanas, a condición de que se construyera una calle lo suficientemente amplia como para transportar piedra de Montjuïc a la ciudad —como puede adivinarse, se convertiría en la calle Ample («ancha» en catalán)—; y, por último, Guillem Durfort, el contable del rey y probablemente artífice de su política financiera, se hizo con los terrenos situados entre la lonja real, que era la residencia oficial de los comerciantes extranjeros, y el río Llobregat.

Pedro I, un rey batallador

Por otra parte, el conde rey Pedro I era todo un personaje internacional. Cuando su pariente Alfonso VIII, rey de Castilla, organizó una cruzada contra los almohades, Pedro I se apuntó con un gran contingente de caballeros y soldados catalanes y aragoneses. En julio del año 1212, el ejército cristiano se enfrentó al más numeroso de los almohades cerca de Úbeda, en la actual Andalucía. Pedro y la caballería catalana tuvieron una actuación

estelar: atacaron el flanco y la retaguardia del gran ejército musulmán, que resistía como podía la acometida de los castellanos y de sus aliados, abriendo una brecha que determinó su derrota.

La batalla, conocida como la de Las Navas de Tolosa, otorgó un gran prestigio a todos los cristianos que participaron en ella. Quizá por ese motivo, Pedro se animó a forzar el otro frente que tenía abierto y que le interesaba mucho más: la cruzada de Occitania, con unas características muy diferentes tanto de la que se estaba combatiendo en Tierra Santa como de la de al-Ándalus, pues era una cruzada de cristianos contra cristianos.

Los franceses, que tenían una estrecha alianza con el papado, habían puesto los ojos desde hacía tiempo en Occitania, lo cual también había hecho Pedro, que mantenía una relación de amor y odio con el conde de Tolosa. Cuando Ramón VI, así se llamaba el conde de Tolosa, constató el empuje del ataque francés disfrazado de cruzada, se arrojó en los brazos del conde de Barcelona. La excusa francopapal fue que el conde de Tolosa daba acogida a los cátaros o albigenses —nombre derivado de la ciudad de Albi—, herejes ante los ojos de la Iglesia. La verdad es que los cátaros no eran muy ortodoxos, pero tampoco se desviaban mucho más de la doctrina y la liturgia de lo que lo había hecho el papado en muchas ocasiones.

Los cruzados, liderados por Simón de Montfort, aplicaron una política de tierra quemada. De tierra y de cátaros, porque cátaro que encontraban, cátaro que quemaban en la hoguera. En 1211, en un intento de evitar el choque entre los cruzados y las fuerzas catalanoaragonesas, Pedro entregó a su primogénito de tres años, Jaime, a su enemigo Simón de Montfort. En teoría, la entrega formaba parte de los preparativos del futuro matrimonio de Jaime con Amicia, la hija de Simón. El conde rey pretendía demostrar con ese gesto que era un católico ferviente y que, aunque no albergaba simpatía por los albigenses, tampoco quería aniquilar a los tolosanos, que se habían convertido en sus vasallos. Jaime no perdonó nunca a su padre que lo arrancara de los brazos de su

madre para entregarlo al enemigo. Lo cierto es que, en 1213, Pedro se enfrentó con los cruzados en Muret, cerca de Tolosa, donde murió en combate. La descripción de los hechos que hace Jaime, su hijo, en el *Llibre dels feits del rei en Jacme* es muy jugosa y seguramente ha proporcionado cierta satisfacción a más de un psicoanalista con afición por la historia:

> El día que tuvo lugar la batalla había yacido con una mujer, hasta el punto que —según después oímos decir a su despensero [...] al igual que otros que lo vieron por sus ojos— a lo largo de todo el Evangelio no pudo ponerse en pie y tuvo que permanecer sentado en su sitio mientras se leía. Antes de trabarse la batalla, don Simón de Montfort le propuso un convenio, pues quería ganárselo; pero nuestro padre no se avino a ello. [...] Pero los partidarios del rey no supieron ordenar la batalla ni ir conjuntados, y cada ricohombre embestía por su cuenta y atacaba contra ley de armas. De este modo, por la mala organización y por el pecado de que eran culpables, [...] fueron vencidos en la batalla. [...] Ahí murió nuestro padre.

Es evidente que Pedro no murió por falta de destreza, que había demostrado ampliamente poseer a lo largo de su vida, sino por haber roto el voto de castidad que los caballeros tenían que respetar antes de la batalla, según era costumbre, yaciendo con alguna amante o alguna de las prostitutas que seguían a los ejércitos. Además, a pesar de que Jaime no lo menciona con claridad, probablemente Pedro asistió a la misa celebrada antes de la batalla borracho o, al menos, agotado por la batalla librada en el campo del amor. Doblemente pecador.

El rey Jaime

Del *Llibre dels feits*, dictado personalmente por el rey, se deduce que Jaime debía de respetar mucho a Simón de Montfort, que murió poco después en un asedio. Seguramente lo trataba bien, y quizá Jaime lo apreciaba más que a su padre, que nunca le demostró el más mínimo afecto. Con la muerte de Pedro, la situación de Jaime es

muy complicada: en manos del asesino de su padre, conde rey de un reino derrotado, sin madre... La Corona estaba a punto de quedar bajo la administración de la Iglesia porque el rey Pedro, con un gesto destinado a mejorar su posición internacional, la había convertido en su vasalla. Por eso Montfort, que bastante tenía con matar cátaros, confió la educación del niño a los templarios del castillo de Monzón, que, aunque estaba cerca de Cataluña, formaba parte del territorio de Aragón.

Cuando, con diecisiete años de edad, Jaime sale al mundo real, se da cuenta de que en la Corona cada uno hace lo quiere. Los nobles aragoneses están más arraigados que nunca a sus dominios y no quieren lanzarse en pos de grandes aventuras. Reivindican una salida al mar por el Ebro, pero Jaime no quiere tirar por la borda las conquistas realizadas por su bisabuelo Ramón Berenguer IV. Los nobles catalanes tampoco le hacen mucho caso, pues en los últimos años se han acostumbrado a hacer lo que les viene en gana sin preocuparse mucho por el niño, medio recluido en Monzón. La tercera fuerza en discordia, la ciudad de Barcelona, ha vivido con inquietud la infancia del rey Jaime. Hace años que no hay un conde rey, lo que facilita que los nobles menores, los hombres del obispado e incluso los funcionarios del palacio condal hayan hecho lo que han querido. Los prohombres de la ciudad y los judíos, siempre frágiles, han vivido desamparados en estas circunstancias, pero, a pesar de todo, han logrado preservar sus derechos de la voracidad de quienes se aprovechan de la debilidad del rey. Con veintidós años, Jaime I tiene que enfrentarse constantemente a facciones de la nobleza que no dejan de rebelarse, pelear entre sí o incluso traicionarlo en el campo de batalla. Los únicos que lo apoyan durante este periodo duro y amargo son los burgueses de las ciudades catalanas, especialmente los de Barcelona. Pero, en 1228, Jaime encuentra la solución a todos sus problemas con la nobleza: ilusionarla con una gran hazaña que puede acarrear enormes beneficios. La empresa es la conquista del reino de Mallorca.

La conquista de Mallorca

El reino de Mallorca era la piedra en el zapato de los comerciantes barceloneses. A pesar de que sus naves eran bien recibidas en los puertos mallorquines, de las islas también salían barcos piratas que causaban estragos entre las embarcaciones catalanas. Hacía un siglo que los navíos de guerra de la Corona, por lo general galeras, atacaban a los piratas con escasos resultados. La única manera de acabar con ellos era eliminar su base de operaciones o, todavía mejor, conseguir que aquella base fuera catalana. No es de extrañar que en 1229 Jaime convocara una reunión de cortes en Barcelona, en el antiguo palacio condal, para discutir con los nobles, con la Iglesia y con los prohombres de las ciudades cómo se podía financiar una expedición contra Mallorca y, si lograban conquistarla, cómo se repartirían la tierra y las posesiones de los musulmanes mallorquines.

La conquista de Mallorca no fue una empresa fácil. En primer lugar, los aragoneses no quisieron participar porque consideraban que conquistar Mallorca no suponía ninguna solución para ellos. Entre los nobles catalanes, los egos estaban desbordados, sobre todo porque las grandes casas aristocráticas catalanas enviaron a sus jóvenes herederos a la conquista, cuando era más normal ver a dos aristócratas catalanes peleando entre ellos que aliándose contra un enemigo común. Otro problema añadido fue, sencillamente, el enemigo.

Los mallorquines confiaron la defensa a un par de elementos que siempre habían dado buenos resultados: la muralla de la capital, a la que los catalanes llamaban *Ciutat de Mallorques o Ciutat* a secas, y la difícil orografía del norte de la isla, la sierra de Tramontana, que facilitaba la defensa del territorio. Además, en Mallorca toda la población era musulmana y estaba muy arraigada a la isla. Y una isla, como su nombre indica, no es un lugar de donde sea fácil escapar. Cuando los atacaron, los mallorquines tuvieron muy claro que no podían huir y que tenían que defenderse, cosa que

hicieron durante tres intensos y sangrientos años. Al acabar la guerra, el rey ordenó publicar un volumen cuyo título fue *Llibre del Repartiment* —Libro del Repartimiento—, en el que se repartía la isla entre los participantes, se establecían los derechos y privilegios de cada uno de ellos y se determinaba a quién pertenecían las tierras y los bienes.

La matanza de musulmanes fue tan masiva que los señores feudales tuvieron pronto que hacer frente al problema de quién iba a cultivar el campo. Por ese motivo se facilitó la colonización de la isla a los payeses catalanes, muchos de ellos procedentes del Empordà, hecho que tuvo un papel relevante en la configuración de ese acento tan especial del catalán que se habla en Mallorca. Pero los payeses no se dispersaron por todo el territorio. Jaime I y sus asesores barceloneses tenían unos planes muy diferentes para la capital, donde querían crear una nueva Barcelona, lo cual les faltó poco para conseguir. Convirtieron la ciudad en un centro comercial, el punto de partida para los viajes de los navegantes barceloneses y de todo el país hacia Oriente. La conquista fue tan importante que el rey Jaime se planteó la posibilidad de volver a bautizar la isla con el nombre de *Catalunya del Mar*, aunque al final se quedó con el nombre que ahora conocemos: Mallorca.

Barcelona, capital de Cataluña

A pesar de la retirada en el norte tras el desastre de Muret, la conquista de Mallorca dio un nuevo empuje a la Corona, y especialmente a Barcelona, que se había convertido en la capital de un territorio cohesionado que se extendía desde la frontera con Navarra hasta el interior del Mediterráneo.

Con todo, la estructura del Estado poseía unas características poco comunes: estaba configurado por otros dos que en la actualidad llamaríamos confederados, Aragón y Cataluña, y por un territorio conquistado esencialmente por catalanes, Mallorca. Para

complicar todavía más el esquema, el Estado principal, el más rico, el que tenía salida al mar y era demográficamente más potente, Cataluña, era rígidamente feudal y se basaba en las relaciones de vasallaje entre hombres y territorios, lo cual exigía una política y un consenso constantes que afirmasen las alianzas personales necesarias para administrarlo en el día a día. Y para acabar de arreglarlo, dentro de ese territorio feudal destacaban una serie de ciudades que iban a lo suyo y que, si bien no escapaban a la lógica feudal —lo cual era absolutamente imposible—, marcaban con su fuerte personalidad el terreno de actuación de los poderosos. Barcelona iba a la cabeza. Es en esa época cuando la ciudad empieza a conocerse con el nombre de *cap i casal* —cabeza y solar de la casa reinante—, es decir, como la capital de Cataluña.

La conquista de Valencia

A la conquista de Mallorca le siguió la del futuro reino de Valencia. Mientras que la conquista de la isla fue el resultado de un pacto entre el rey, los nobles y los burgueses de Barcelona, que no suscitó un especial interés ni entre los nobles aragoneses ni entre las élites de la ciudad de Lleida, el ataque a Valencia estuvo impulsado por la ambición y la envidia de los aragoneses y, en segundo término, por la avaricia de la aristocracia catalana. Las grandes familias aragonesas se dieron cuenta demasiado tarde de que la conquista de Mallorca abría unos mercados internacionales a los que habían renunciado sin reflexionarlo mucho. Su interés para lograr una salida al mar era lógico, pero también era evidente que los condes catalanes —y el rey era uno de ellos— no regalarían un trozo de costa que, además, podía limitar su futura expansión. Por ese motivo, algunos nobles aragoneses decidieron actuar por su cuenta y conquistar, sin permiso del rey, un fragmento de costa a espaldas del reino musulmán de Valencia. La aventura no salió bien al

principio, pero provocó la inquietud del rey y de los condes catalanes: si los aragoneses lo lograban solos, podrían perder los frutos de aquella conquista. De ahí el interés por atacar.

La conquista de Valencia no fue tan bien vista por los barceloneses como la de Mallorca. El reino valenciano pagaba muchos impuestos al conde y permitía el comercio de los navegantes catalanes en sus costas. No había una ventaja objetiva en conquistar ese territorio y dar al traste con los acuerdos pactados. Además, había muchos recursos comprometidos en la conquista y la colonización de Mallorca, y volver a arriesgarse parecía mal negocio. En el caso de Mallorca, muchos nobles fueron arrastrados por la iniciativa del rey y de los burgueses de Barcelona, mientras que en el de Valencia fue al contrario. La conquista tardó dieciséis años en completarse y fue terrible para ambos bandos, pero sobre todo para los sarracenos. La población musulmana fue esclavizada, si bien los cristianos procuraron no llevar a cabo grandes matanzas entre los sarracenos, pues habían aprendido la lección de Mallorca, donde la escasez de población autóctona causada por la violencia de los conquistadores había comportado muchos problemas a la hora de cultivar el campo. El feudalismo se basaba más en la explotación de los payeses que en la de la tierra, y sin ellos las tierras se volvían yermas.

El interior del nuevo reino de Valencia, el más cercano a Aragón, fue repoblado con campesinos autóctonos, mientras que la costa y la ciudad de Valencia se repoblaron con payeses y comerciantes catalanes. Así pues, en el interior se hablaba sobre todo aragonés, y en el litoral, catalán. Aragón había conseguido tener una salida al mar, pero no en las condiciones que deseaba. Siendo el nuevo reino de Valencia el fruto de la combinación de los intereses catalanes y aragoneses, no acababa de satisfacer ni a unos ni a otros, a diferencia del reino de Mallorca, que respondía claramente a los de los catalanes. Este hecho jugará un papel fundamental en el futuro,

porque Aragón, Cataluña y Valencia tendrán un protagonismo fundamental en las decisiones de la Corona, mientras que Mallorca permanecerá en segundo plano.

En cualquier caso, después de la conquista de Mallorca y de Valencia, la Corona se convirtió en la primera potencia del Mediterráneo, lo que en aquella época, dentro de unos límites, significaba mundial. Un Estado de estas características, aun estando encabezado por un hombre con tanto empuje como Jaime I, no era fácil de gobernar. Muchos territorios, muy vastos, incluso algunos separados por el mar, con obediencias, privilegios y vasallajes diferentes, con lenguas diferentes... Jaime no tenía más remedio —y ya había demostrado que no era ningún tonto— que ayudar a quienes más lo ayudaban. Entre ellos destacaba la ciudad de Barcelona.

El Consell de Cent

Barcelona vivía este proceso de expansión territorial con una cierta euforia, al menos entre las clases acomodadas. Ya sabemos que a menudo las grandes alegrías económicas de los poderosos no comportan la mejora del nivel de vida de las clases populares, sino más bien todo lo contrario. En cualquier caso, la ciudad se había hecho cada vez más compleja como consecuencia de la necesidad de satisfacer al gran centro comercial y preindustrial en el que se había convertido. Por ejemplo, el *Rec Comtal* —la Acequia Condal—, el canal que transportaba el agua desde Montcada hasta Barcelona, era un monstruo difícil de gestionar. A su lado se habían instalado molinos para diferentes industrias, desde el procesamiento de cereales hasta la fabricación de paños, e incluso para proporcionar energía a una fragua que fabricaba y reparaba los utensilios del campo que empleaban los payeses del llano de Barcelona. Esta utilización industrial a menudo chocaba con su uso como agua potable y, para complicarlo aún más, cuando entraba en la ciudad el

Rec servía como vertedero de las aguas residuales. Había que administrarlo con cuidado. Pero la cuestión del Rec solo era una de tantas, que abarcaban de la gestión de los impuestos a la adecuación de los espacios ciudadanos, pasando por la manutención de las murallas, que por aquel entonces estaban en muy mal estado.

Como ya se ha mencionado, la reunión de los prohombres de Barcelona se denominaba Universitat, y a pesar de que su papel institucional no estaba muy claro, se había ido abriendo espacio en el gobierno de la ciudad. Pero el gobierno estaba bajo el control del veguer y del *batlle*, figuras designadas directamente por el conde, lo cual no dejaba mucha autonomía en la toma de decisiones. Tras haber recibido ayuda de las familias más poderosas y de buena parte del pueblo en las expediciones militares de Mallorca y de Valencia, Jaime I concede un gran privilegio: en el año 1249 instituye un consejo de cuatro *paers* o concejales —Galceran de Lacera, Jaume Giralt, Berenguer Durfort y Arnau de Sanaüja— que tiene la función de asesorar y colaborar con los representantes reales de la ciudad, es decir, el veguer y el *batlle*. Esto, que en principio puede parecer poca cosa, se transformaría al cabo de unos años, mediante reformas y ampliaciones de privilegios, en una nueva institución: el *Consell de Cent* —Consejo de Ciento—, es decir, cien hombres representantes de todas las clases sociales libres de la ciudad que se encargaban de la gestión de Barcelona a través de una comisión más reducida de cinco miembros. El Consell de Cent fue el órgano de representación popular más abierto que ha tenido Cataluña hasta los tiempos modernos, mucho más que la Diputació del General o Generalitat, que durante siglos fue más bien la encarnación del poder de la oligarquía catalana.

Pero la institución municipal no gozó de un verdadero poder hasta que no tuvo una hacienda propia y pudo recaudar impuestos y distribuirlos como consideraba más conveniente. En esa época, e incluso antes, el conde obtenía los impuestos de los ciudadanos de manera directa, y todos los habitantes de Barcelona estaban obligados a pagar en función de tres criterios: por señoría —es decir,

por el grado de nobleza—, por boalaje —según el número de bestias que se poseía, aunque este impuesto solo se pagaba cuando empezaba un reinado— o, el más habitual, por fogaje —en función de las chimeneas, las lumbres o las casas que se poseían dentro de la ciudad—. Cuando el Consell de Cent, o antes la Universitat, adquirió solidez, el sistema impositivo cambió un poco. Los administradores de la ciudad recaudaban la talla, un tributo que gravaba todos los fuegos, o sea todas las casas habitadas, de la ciudad. Con este dinero se pagaban, en primer lugar, los impuestos y los subsidios reales y, en segundo, los gastos de manutención y mejora de la ciudad.

A veces también había que realizar contribuciones extraordinarias en función de algún gasto concreto. Estas contribuciones tenían un nombre muy apropiado, las imposiciones, que deberían sustituir a los actuales impuestos, aunque, sin duda, el reino de lo políticamente correcto lo impediría. La imposición más conocida data del 1286 y se llevó a término para sufragar los gastos de una nueva muralla, más larga, que tenía que abarcar los suburbios y los burgos surgidos fuera de la muralla romana, ya del todo obsoleta.

La nueva muralla

La construcción de la muralla empezó a finales de siglo, pero ya desde el establecimiento de los *portals* y la expansión colonial de Jaime I en Mallorca y Valencia, Barcelona vivía un *boom* inmobiliario. La línea de la costa había avanzado naturalmente, y ahora los burgueses que habían ayudado al rey en sus expediciones militares urbanizaban los burgos que tocaban el mar.

El espacio se subdividió en parcelas cada vez más pequeñas, que fueron adquiridas en su mayor parte por las familias ricas de la ciudad. Aunque el barrio seguía relacionado en buena medida con el comercio marítimo, muchas familias levantaron allí sus casas y se

instalaron en ellas. Es el caso de los Burgès, los Durfort, los Plegamans, los De Vic o los Marquet. Si cuando estaban dentro del recinto de la muralla ya tenían fricciones, cuando se fueron a vivir unos al lado de otros, la tensión se disparó. Hubo disputas constantes por los derechos de cada uno, por los límites de las parcelas, por el uso indebido de la calle... Por todo.

Cuando, en 1259, el rey Jaime I concedió a Berenguer de Montcada el derecho a tener tres *alfòndecs*, estalló una guerra entre familias. Un *alfòndec* —alhóndiga— era una especie de posada para comerciantes extranjeros. De esta palabra árabe deriva otra más contemporánea: fonda. La importancia de las posadas residía en el hecho de que no solo eran una especie de hotel, sino que también, y obedeciendo al sistema árabe, servían de almacén de mercancías donde a menudo se realizaban transacciones. Si cobrar por el alojamiento y el almacenamiento podía ser por sí solo un buen negocio, el hecho de que se intercambiasen dinero y mercancías dentro de las paredes de tu propiedad era una oportunidad inmejorable para ampliar el propio negocio que ningún comerciante quería perderse. El Montcada del que hablamos no pertenecía a la estirpe de los Montcada aristocráticos, cuyos herederos habían muerto a las puertas de Madina Mayurqa en los tiempos de la conquista de la isla. Pero aunque no tan poderosos como aquellos, los Montcada barceloneses llevaban la voz cantante en la ciudad gracias a su ingenio y a la relación personal que Berenguer de Montcada mantenía con el rey Jaime.

A principios de 1258 se produjo un conflicto de enorme gravedad. Uno de estos prohombres, cuyo nombre era Bernat Marquet y que estaba invirtiendo en el barrio de la Ribera, a la orilla del mar, fue apedreado hasta morir y su casa fue tomada por asalto, destrozada e incendiada. Marquet era un hombre rico que, entre otras propiedades, poseía una casa con huerto y árboles cerca del Cagalell, entre el burgo y la montaña de Montjuïc. Esta casa fue objeto de litigio entre su cuñada, Ermessenda, y la esposa de Marquet, Elisenda Roig, porque formaba parte de la herencia del

padre de ambas. Ermessenda consideraba que le correspondía a ella y Elisenda, en cambio, que era suya. Bernat Marquet, que debía de tener muchas influencias, intervino y, tras años de pleitos, Elisenda se quedó con el huerto, muy bien abonado por los aportes del Cagalell. Marquet no solo disponía de la renta de su mujer, sino que también era dueño de varios inmuebles en el barrio de la Ribera, tierras de cultivo fuera de Barcelona y, como mínimo, de parte de una galera que en el año 1242 fue capturada por los piratas mientras navegaba por el norte de África. O sea, que tenía las espaldas bien cubiertas.

Su muerte por lapidación debió de causar un gran impacto en la sociedad de la época. No existen documentos que expliquen el porqué del ataque, pero sabemos las consecuencias que tuvo y podemos sacar algunas conclusiones de ellas: el rey se enfadó muchísimo e impuso una multa a una larga lista de patricios y mercaderes del barrio con la excusa de que no habían hecho nada para impedir el asesinato y la destrucción de la casa de Marquet. Al mismo tiempo que imponía la multa, decretaba la reorganización del *Consell de la Ciutat* —el Consejo de la Ciudad—, que pasó de tener unos pocos miembros a contar con doscientos, a pesar de que años después volverá a tener la mitad —cien—, como ya se ha dicho. El rey y sus investigadores llegaron a la conclusión de que el asesinato de Bernat Marquet no estuvo causado por una reyerta callejera, una deuda económica o una discrepancia con una familia modesta. La muerte de Marquet fue consecuencia de la conspiración de algunas de las familias que tenían más intereses en el pujante barrio de la Ribera. Con la desaparición de Marquet, eliminaban a un enemigo directo y advertían a sus rivales de que estaban dispuestos a llegar donde fuera necesario para defender sus intereses. Mafia pura y dura, aunque en aquella época tuviera otro nombre. Viendo el comportamiento de las familias rivales de la Barcelona del siglo XII, no resulta extraño que una de las bromas habituales de los medievalistas y modernistas catalanes sea afirmar que la mafia actual arraigó en Sicilia y en Calabria porque las familias catalanas

que administraron esos territorios durante muchos años debieron de enseñar a los italianos cómo se resolvían las discrepancias en los negocios.

El Consolat de Mar

Con la reorganización municipal, Jaime I pretendía crear un órgano de discusión y, en principio, de conciliación, entre todas estas familias patricias enfrentadas. Hacía relativamente poco que en el Consell habían tenido cabida, aunque de manera minoritaria, representantes de todos los estamentos de Barcelona, incluso los más modestos, sin llegar a los pobres, lo cual habría sido excesivo para aquella época. Y, por cierto, quizá también para la actual. El experimento funcionó muy bien y trajo una cierta paz no exenta de tensiones, pero paz al fin y al cabo, al barrio de la Ribera. Los mercaderes ya tenían bastante con todo lo que estaba pasando en el Mediterráneo como para centrarse en los problemas domésticos.

Gracias en buena medida a la conquista de Mallorca, en la década de 1250 ya se había consolidado el dominio de los mercaderes catalanes, especialmente de los barceloneses, en toda la zona mediterránea, que comprendía desde las costas catalanas hasta Túnez y Argelia. La palabra «consolidar» tiene que entenderse no tan solo limitada al dominio de rutas comerciales, sino que abarca aspectos como el hecho de impedir por la fuerza, o sea mediante la piratería, que otros intervinieran en la zona. Jaime I lo tuvo siempre muy claro y puso sus naves de guerra al servicio del comercio catalán. Pero también tenía clara la importancia de la diplomacia, y en 1253 abrió un consulado real en Túnez, y otro en Bugía en 1258. Antes de que acabara el siglo, Cataluña tenía *consolats de mar* —consulados de mar— en ciento veintiséis ciudades del Mediterráneo o cercanas, como, por ejemplo, Málaga, Montpellier, Constantinopla, Venecia, Beirut, Malta, Acre, Atenas o Famagusta. Los consulados agrupaban y ayudaban a los mercaderes catalanes; no eran

embajadas tal y como las conocemos ahora, sino que ejercían de representación comercial y de agrupación de los comerciantes catalanes. El sistema de *alfòndecs* se exportó por todo el Mediterráneo, con la particularidad de que los comerciantes extranjeros que se alojaban en ellos eran catalanes. A finales del siglo XIII y durante el XIV, el idioma que más se escuchaba en los mercados bañados o influidos por el comercio mediterráneo era, sin duda, el catalán. Con el tiempo, para regular toda esta gran actividad económica, los comerciantes catalanes dictaron una serie de normas que reunieron en el *Llibre del Consolat de Mar* —Libro del Consulado del Mar—, una compilación de derecho mercantil que durante siglos disciplinará las transacciones en el Mediterráneo, y no solo entre mercaderes catalanes. ¿Dónde tienen su origen las primeras normas que formarían parte de esa recopilación legal? En la Universitat de Prohoms del barrio de la Ribera, constituida a raíz del motín que acabó con la vida de Bernat Marquet. Todo encaja.

Tanta actividad comercial apoyada por el brazo militar de la monarquía no dejó indiferentes a las potencias extranjeras. Francia, que entonces ya era un país poderoso heredero directo del Imperio franco, empezó a ver con malos ojos la expansión catalanoaragonesa. Después de la derrota de Muret, la presión se hizo más fuerte, y aumentó cuando los catalanes pusieron los ojos en los mismos territorios que ellos, deseosos de meter baza en el Mediterráneo.

Las primeras maniobras vinieron de la mano del principal peón de los reyes franceses: el Papa. Cuando Jaime I decide entablar relaciones comerciales con Egipto, la Santa Sede prohíbe que la Corona de Aragón siga manteniendo relaciones con países musulmanes. Esto habría supuesto un golpe mortal para el comercio barcelonés si no hubiera sido porque los intereses económicos de todos eran demasiado importantes como para hacerle caso. Con la intención de que el Papa no tenga que retractarse, los comerciantes se inventan expediciones en busca de reliquias de santos y de mártires cristianos, lo que es suficiente para que las naves medio

piratas de los mercantes catalanes sean bendecidas gracias a la supuesta noble causa que las impulsa. Al cabo de poco tiempo, la actividad comercial de los mercaderes barceloneses se desarrolla por diversas rutas principales, a lo largo de las cuales se establecen los *consolats de mar*, que también hacen las veces de tribunales mercantiles. Estas rutas, aunque obvias, no dejan de ser impresionantes por lo que representan en cuanto a organización y, sobre todo, a osadía. La primera ruta era la tradicional, la que unía Barcelona, y después Ciutat de Mallorca y Valencia, con el norte de África. Otra era la llamada ruta de *les Espanyes*, y tocaba varios puertos del reino de Granada y, a veces, se unía a la anterior. También existía la ruta de Bizancio, que llegaba hasta Constantinopla y podía saltar de isla en isla a lo largo del Mediterráneo, o desde Túnez hasta Alejandría y después a Beirut, Famagusta y Constantinopla. Había incluso una ruta atlántica que llegaba hasta Brujas y distribuía las mercancías que otros comerciantes traían de Oriente. Impresionante, aunque hay que decir que las rutas de los comerciantes franceses y flamencos eran tanto o más importantes. Ahora bien, el hecho de que Barcelona esté en un extremo del Mediterráneo facilitó en aquel momento el papel central de los mercaderes catalanes.

LAS TRES MANOS

Con el auge comercial, Barcelona se convierte en una metrópoli, gana importancia y, con la entrada de dinero y el aumento de la construcción, la emigración y el poder se concentran en ella. Pero, como de costumbre, la prosperidad no llega a todos de la misma manera. Exceptuando a los nobles, los hombres y mujeres de la ciudad se estructuran en función de su poder adquisitivo. Se distinguen con un nombre muy curioso: *les tres mans*, las tres manos.

La *mà major* —mano mayor— es la de los ciudadanos honrados, constituida por la alta burguesía. Eran quienes realmente mandaban en el gobierno municipal y, en principio, también representaban a los mercaderes más poderosos. Con el paso de los años, su riqueza deja de depender del tráfico de mercancías y procede tanto del control de las parcelas y de los inmuebles de la ciudad como de sus grandes posesiones fuera de las murallas. Además, la *mà major* incluye a los financieros, grandes prestamistas del rey y de la nobleza, función que también cumplían los judíos, aunque a ellos no se les permitía formar parte de los ciudadanos honrados. Estos ciudadanos se convertirán en el cuerpo diplomático de la Corona de Aragón, en los consejeros jurídicos de la monarquía cuando se celebren cortes e incluso en los generales y almirantes más destacados del ejército.

El segundo estamento se denomina *mà mitjana* —mano mediana— y a él pertenecen los prohombres de mar, los fabricantes de paño y los mercaderes. No son tan importantes como para llegar a ser considerados ciudadanos honrados, aunque, de hecho, es el estamento del que surgen estos cuando logran enriquecerse lo suficiente o prestan algún servicio al conde rey que los hace merecedores de subir en la escala social. La *mà mitjana* actúa a menudo al amparo de los ciudadanos honrados y no aspira a sustituirlos, sino a formar parte de ellos.

La *mà major* y la *mà mitjana* forman el gobierno de la ciudad. Los pertenecientes a la *mà menor* pueden entrar en el Consell de Cent, pero no llegar a ser *consellers* —consejeros—, es decir, a dirigir el destino de la ciudad de Barcelona. Sin embargo, no se trata de una norma rígida y, de hecho, alrededor del año 1300 algunos notarios, considerados artistas, y por tanto miembros de la *mà menor*, llegaron a ser *consellers*. Pero la mayoría de los miembros de la *mà menor* no eran artistas, sino menestrales, gente que vivía de su oficio. Los oficios se organizaban en gremios, con reglamentos muy rígidos pero con un gran espíritu de solidaridad corporativa entre sus miembros. Pertenecer a un gremio, siempre y cuando se cumplieran las obligaciones económicas y sociales que conllevaba,

significaba nacer, crecer, casarse, tener hijos, envejecer y morir bajo sus reglas y amparo, pero también preocuparse de que a los compañeros tampoco les faltara nada de cuanto estaba estipulado.

Las *tres mans* no eran estamentos cerrados, ni mucho menos. Aunque lo más frecuente era subir de nivel, también se podía bajar de estamento y, a pesar de ser una clara señal de pertenencia a uno u otro, el dinero no lo significaba todo, pues lo importante era a qué se dedicaba una persona, independientemente de si tenía o no éxito en su profesión.

Los judíos barceloneses

A pesar de que los tres estamentos se hallaban bien diferenciados en cuanto a su nivel adquisitivo, hay que tener presente que todos formaban parte de un grupo de personas privilegiadas. En la ciudad había mucha gente que hubiera dado un brazo o algo más para pertenecer a cualquiera de las tres manos. La minoría mejor organizada, que, aunque marginada, gozaba de cierto respeto y de algún privilegio, eran los judíos. La mayor parte de la población los despreciaba y procuraba mantenerlos a distancia, pero los poderosos, especialmente el rey, los tenían en cuenta. Desde la época de Jaime I, y siguiendo las instrucciones del papado, el barrio de los judíos se llamaba oficialmente Call. A finales del siglo XIV se calcula que había unos doce mil en toda Cataluña, de los cuales cuatro mil estaban en Barcelona. Muchos judíos vivían de un negocio teóricamente prohibido para los cristianos: el préstamo monetario con interés. Esta actividad los convertía en personas especialmente odiadas, tanto por quienes podían devolver el préstamo como por quienes no podían, es decir, prácticamente por todo el mundo, como hoy en día les pasa a los bancos. Los judíos se organizaban en una institución, la aljama, que impartía justicia, estructuraba la vida ciudadana y disponía de sinagoga y cementerio. En Barcelona también había una carnicería solo para judíos y un notario judío, lo

que constituía un hecho insólito. El judío barcelonés más famoso fue Solomon ben Abraham ibn Adret (1235-1310), más conocido como Selomó Adret. Fue un rabino cabalista muy respetado por las comunidades judías desde Córdoba hasta Girona. Recibía consultas acerca de los temas más variados y, por suerte, él respondía por escrito y muchas de sus cartas se han conservado. A menudo, las respuestas se rigen por el simple sentido común, cosa inusual en cualquier época histórica, pero también revelan un profundo conocimiento de la Torá y de la religión judía.

Teóricamente, los judíos tenían que vestir de una manera muy determinada para que se les pudiera distinguir de lejos: capa redonda y un parche amarillo con su centro rojo sobre el pecho como distintivo, que tenía que ser bien visible. En realidad, a menudo no lo llevaban porque les resultaba humillante, como se desprende de varias campañas de los dominicos y de otras órdenes para que los judíos de Barcelona fueran vestidos de esta manera. Desde Jaime I hasta Juan I, los reyes trataron a los judíos de forma cambiante a lo largo de sus reinados. Por lo general, los protegían, pero a menudo los desamparaban o incluso utilizaban medidas muy duras para conseguir dinero de ellos. Las aljamas de toda la Corona se acostumbraron a pagar constantemente para serenar los ánimos de los poderosos y de sus convecinos.

Los mendigos

Por debajo de los judíos, pero más considerados por los cristianos, estaban los mendigos. Los documentos de la época no hablan mucho de ellos; solo aparecen de refilón cuando se menciona la caridad que algún poderoso ejercía a favor de los pobres de un determinado lugar. Es posible hacerse una idea de la pobreza en que vivía una buena parte de la población gracias al registro del Hospital de la Santa Creu, un centro destinado a los más pobres. Cuando alguien ingresaba en él, se rellenaba un registro detallado de aquella

persona: quién era, qué dolencia padecía y qué bienes poseía. El hospital subsistía gracias a la caridad y a los bienes que le dejaban los enfermos que morían en él, que pasaban a ser propiedad del centro. Pues bien, la mayoría de estas personas solo poseía la ropa que llevaba puesta. Y vaya ropa... El hospital podía sacarle muy poco provecho a un montón de trapos sucios y desgarrados. En aquella época, la gente, y no solo los pobres de solemnidad, tenía un solo vestido con el que se cubría siempre. Y «siempre» significa siempre: el mismo para trabajar, para dormir, para cenar, para divertirse, para dar a luz o para pasar una convalecencia. Cuando la ropa se hacía literalmente jirones, buscaban otra que pudiera sustituirla. Aparte de la ropa, y siempre según los registros del Hospital de la Santa Creu, a veces los pobres poseían una escudilla, una especie de cuenco que les hacía múltiples servicios. O algún trozo de alimento, un poco de queso, de pan y, en casos excepcionales, algún pescado en salazón o adobado.

Ser pobre era algo común. Se nacía pobre y muy raramente se salía de esta condición; o bien te volvías pobre, sobre todo si eras viejo o lisiado. No poder trabajar, sin importar la causa, te convertía en candidato a la pobreza más absoluta. Las familias con oficio, por ejemplo, las que pertenecían a la *mà menor*, cuidaban a sus abuelos o a sus enfermos gracias a los ingresos familiares. Pero, como hemos visto, se trataba solo de unos cuantos privilegiados de la sociedad barcelonesa. La mayoría de los que perdían un miembro, enfermaban o simplemente envejecían morían de inanición.

Los esclavos

Y por debajo de los mendigos ya solo estaban los esclavos. Básicamente eran sarracenos e hijos de sarracenos que habían sido capturados en alguno de los muchos episodios militares de la época, por tierra o por mar. Los esclavos de Barcelona eran, por lo general, servidores domésticos de los ricos o trabajadores del nivel más bajo

en alguno de los muchos talleres de la ciudad. Su vida no era fácil, pero no resultaba tan dura como en épocas anteriores. Era bastante común que a la muerte de su amo fuesen liberados, si así se indicaba en el testamento. En ese momento recibían el nombre del amo y una modesta suma de dinero que les permitía establecerse de manera precaria, normalmente en alguno de los suburbios, desde donde se desplazaban para ir a trabajar en los talleres o para desempeñar trabajos esporádicos en el campo, o en el puerto de Barcelona como mozo de cuerda o descargador de barcos. Si las cosas se ponían muy feas, acababan uniéndose a los pobres que cada día acudían a las doce a la Pia Almoina, al lado de la catedral, donde les daban algo de comer y una limosna.

La conquista de Sicilia

El reinado de Jaime I fue largo y espléndido, a pesar de que hubo algunas sombras que todavía hoy en día provocan una cierta polémica. Por ejemplo, el Tratado de Corbeil, firmado con el rey de Francia en el año 1258, mediante el cual se renunciaba a la expansión de la Corona de Aragón hacia el norte. En los años veinte del siglo pasado, cuando el historiador francés Pierre Vilar visitó Barcelona por primera vez, fue a cortarse el pelo a una barbería del casco antiguo de la ciudad. Mientras esperaba, escuchó, atónito, una discusión subida de tono entre el barbero y un cliente: uno de ellos sostenía que Jaime I había sido un traidor y un cobarde por haber renunciado a la expansión hacia el norte, mientras que el otro alababa el sentido común del rey medieval, que había traído la paz y estabilidad al país. Pierre Vilar se enamoró inmediatamente y para siempre de un país donde la gente discutía cuando iba al barbero sobre tratados internacionales del siglo XIII. Pero, charlas de barbería aparte, otro de los gestos polémicos de Jaime I fue su testamento. Dejaba la mayor parte de la Corona —Cataluña, Aragón y Valencia— a su hijo mayor, Pedro, y el resto —o sea, Mallorca y los condados

del Rosselló y la Cerdanya— al siguiente hijo, Jaime. La división de la Corona, a pesar de que Jaime se convirtió en vasallo de Pedro, nunca fue bien digerida por los herederos del conde de Barcelona, y de hecho, siete décadas después, Mallorca y los condados volvieron a la disciplina de los condes de Barcelona de la manera más violenta que se pueda imaginar.

Pedro II, conocido como el Grande, fue un rey belicoso. Ahogó sin muchos remordimientos a un hermanastro bastardo que se levantó contra él, y no dudó en poner en marcha una maquinaria bélica extraordinaria para su época. Hizo construir, por ejemplo, unas atarazanas reales, germen de las actuales Drassanes, ubicadas cerca del monumento a Colón. Fueron útiles para lograr que la escuadra de naves de guerra catalanas tuviera un papel decisivo en las batallas que estaban a punto de estallar como consecuencia de la conquista de Sicilia.

La adhesión de Sicilia por la Corona de Aragón fue una jugada hábil y osada en la que la suerte, todo sea dicho, también jugó un papel fundamental. El problema de Sicilia venía de lejos. Un príncipe bastardo alemán, Manfred Hohenstaufen, ocupó de rebote el trono de Sicilia, a pesar de la oposición del Papa. Asediado por las tropas papales y por los franceses que, como de costumbre, siempre iban en pareja, intentó hallar un aliado ofreciendo en matrimonio a su hija Constanza al futuro rey de Aragón, Pedro. Manfred murió en una batalla, y el Papa entregó Sicilia a los Anjou, pertenecientes a una rama de la familia real francesa. Los franceses se portaron tan mal con los sicilianos que estos, hartos, se sublevaron y se cargaron a cuatro mil franceses durante las famosas Vísperas Sicilianas, llevadas a la ópera muchos años después por Giuseppe Verdi. Como los sicilianos por sí solos no podían contener la previsible reacción francesa, pidieron ayuda a Pedro II, el consorte de la reina Constanza. Pedro, que no se chupaba el dedo y estaba en las costas de Túnez esperando a que lo llamaran, apareció en un abrir y cerrar de ojos con una potente escuadra capitaneada por el almirante

Roger de Llúria, el mejor marinero de la historia de Cataluña. Roger derrotó a los franceses con una flota inferior en número, pero mejor adiestrada y mucho más maniobrera.

David y Goliat: la derrota de los franceses

Los franceses, aunque sorprendidos por una derrota inesperada, reaccionaron con rapidez, probablemente porque lo llevaban preparado desde hacía tiempo. Enviaron el grueso de su ejército a través del Rosselló que, recordémoslo, estaba bajo la jurisdicción mallorquina, lo cruzaron sin oposición y asediaron Girona. Al mismo tiempo, una flota francesa se dirigía hacia Barcelona. Roger de Llúria los derrotó de nuevo delante de las islas Formigues, al norte de Barcelona. Trescientos marineros franceses fueron capturados, atados y arrastrados por las naves catalanas con la intención de ahogarlos. A los otros trescientos los cegaron arrancándoles los ojos con una cuchara, de lo que el almirante se encargó personalmente en algunos casos. Solo a uno de ellos lo dejaron tuerto para que hiciera de guía de vuelta a Francia por tierra, para terror de sus compatriotas. Una historia edificante, sin duda.

Mientras tanto, el ejército de tierra francés, capitaneado por su rey Felipe el Atrevido, sufrió a las puertas de Girona una epidemia que lo debilitó. Las crónicas narran que fue causada por la gran cantidad de moscas que salieron de la tumba de san Narciso. Fuera por las moscas o bien por las aguas contaminadas que se veían obligados a consumir, el resultado fue que tuvieron que dar media vuelta y volver a su país. Pero en el collado de Panissars, donde ahora se encuentra la frontera de La Jonquera, los esperaba el ejército catalán encabezado por Pedro el Grande. El ejército catalán estaba básicamente formado por almogávares, una tropa de montaña muy dura que había luchado en las sierras del sur del reino de Valencia, acostumbrada a combatir despiadadamente. Los

almogávares no tuvieron piedad con los franceses en retirada, y solo perdonaron la vida a los nobles que invocaron la protección del rey Pedro, entre los que se hallaba Felipe el Atrevido.

La Corona de Aragón, más concretamente los soldados catalanes, habían derrotado al rey de Francia, es decir, una población que rondaba los doscientos cincuenta mil habitantes había acabado con el ejército de un país que debía de contar con unos trece millones de personas. Increíble... Y así fue como se vio la victoria en Europa. La victoria de Pedro impulsó el prestigio internacional de la Corona como pocas veces en su historia. Pero al volver de Panissars, Pedro se encontró mal y se refugió en su castillo de Vilafranca del Penedès, donde murió al mismo tiempo que el rey Felipe el Atrevido.

UNA SUBLEVACIÓN CIUDADANA

Todos estos sucesos habían sacudido a la población de Barcelona. En marzo de 1285, mientras Girona sufría el asedio y el rey Pedro y sus huestes se dirigían hacia allí, una sublevación estalló en la capital. La crónica de Bernat Desclot lo cuenta desde el punto de vista del rey y de los intereses de los estamentos más poderosos, pero el hecho de que Barcelona estuviera fuera del control del conde durante unos días es muy significativo y revela que las cosas no iban bien en la ciudad.

El cabecilla de la sublevación fue Berenguer Oller, de quien no se sabe muy bien a qué se dedicaba. Desclot lo menosprecia aludiendo a su vil origen e insinuando que era uno de los más miserables de la revuelta. Sin embargo, repasando la lista de los principales conspiradores, se puede comprobar que todos pertenecían a las *tres mans* y que, por tanto, no tenían nada de miserables. Además de Berenguer Oller, en la lista se cita a menestrales como el zapatero Deushovol, el maestro Guaenger, el peletero Ramon Duran, el frenero Bernat Guasch, el curtidor

Arbasset o el tejedor Avarçó. Pero no faltaban miembros de las manos mayores, como Arnau Dezsoler, Pere Bernat, Bartomeu Despuig, Bernat Andreu y Guillem Marquès.

El objetivo de la revolución era exigir el perdón de las deudas que los barceloneses habían contraído con el alto clero y con los judíos. Al enterarse, el rey decidió dar media vuelta e intervenir. Cuando llegaron a Martorell, la mayoría de los sublevados, se calcula que unas seiscientas personas, perdieron la fe en la victoria y huyeron de la ciudad. Berenguer Oller le envió un mensaje al rey en el que se ofrecía para hablar con él y exponerle el motivo de la sublevación. Pedro II lo citó en su palacio, donde Berenguer Oller se dirigió confiado. Y como era de esperar, allí lo detuvieron antes de que pudiera hablar con el rey. Siete hombres más, que se presentaron para saber a dónde había ido a parar Oller, también fueron detenidos. Al día siguiente, los ocho sublevados fueron ahorcados en unos olivos de la montaña de Montjuïc. Durante el trayecto, Berenguer Oller fue arrastrado por un mulo por las calles de la ciudad en presencia del rey que, cuando los reos dejaron de menearse, se fue a misa. Acabado el oficio, Pedro II y su corte celebraron la Pascua participando en un magnifico banquete público que finalizó con un broche de oro ese día tan entretenido. Durante los días siguientes, el rey ordenó detener a unas doscientas personas más, y Barcelona vivió por un tiempo sumergida en el terror. Pedro justificó la represión basándose en el hecho de que se sintió traicionado por Berenguer Oller y sus compañeros, que se sublevaron aprovechando que se dirigía a combatir contra los franceses.

UNA MURALLA INACABADA

El ataque de Francia, la sublevación ciudadana, la inestabilidad de las relaciones con los nobles, los hermanastros en lucha... No es de extrañar que Pedro el Grande sufriera un poco de paranoia. Su

reacción fue ordenar que se construyera urgentemente una nueva muralla para Barcelona. La construcción de un nuevo perímetro defensivo de la ciudad fue relativamente rápida, pero muy precaria. Se acumularon troncos, piedras y torres de madera que difícilmente habrían resistido un ataque en toda regla. Pero a pesar de su precariedad, aquella construcción desmañada fue el punto de partida para la edificación de un nuevo perímetro amurallado. Veinticinco años antes, en 1260, Jaime I ya había dado orden de empezar a levantar unas nuevas murallas que definieron su trazado. Las futuras murallas multiplicaban por diez el espacio que hasta entonces había ocupado oficialmente la ciudad, y procuraban abarcar en su interior gran parte de los edificios religiosos y de los suburbios que habían ido creciendo fuera de las murallas romanas.

Las obras continuaron después de la muerte de Pedro. Pero construir una edificación de estas características fue terriblemente costoso. El nuevo Consell de Cent se encargó de ello, aumentando de este modo su autonomía, pues gestionar el considerable gasto destinado a construir sus muros y sus torres determinó que, en la práctica, sus decisiones no pudieran ser derogadas ni por los funcionarios reales ni por el mismo rey. De esta forma, las murallas pusieron en manos del Consell de Cent la soberanía municipal de Barcelona, que mantuvo hasta 1715.

No se sabe con certeza cómo quedaron estas murallas ni cuándo se dieron por acabadas. En el Portal Nou, situado al lado del Arc de Triomf, se ha hallado una inscripción que indica que la puerta se acabó de construir en 1295. No consta si esa fue la primera o la última en acabarse, pero en cualquier caso la fecha demuestra que las obras se prolongaron. Lo que sí se sabe es que la muralla no llegó a cerrarse completamente, pues faltaba el frente marítimo y algún tramo más. Si se preguntan para qué sirve una muralla inacabada, la respuesta es para que la gente lo denuncie y presione con la intención de que la acaben algún día, para nada más. Esto no sucedería hasta mediados del siglo XIV. Para ser exactos, las obras no se reanudarían hasta el año 1357.

Los malos años

Las murallas siguieron construyéndose bajo el reinado de Pedro III el Ceremonioso, otro rey retorcido, culto, inteligente, cruel y tozudo. Con él, la Corona llegó donde nunca había llegado, pues llegó a poseer Cataluña, Aragón, Valencia, Mallorca, Menorca, Ibiza, Sicilia, Cerdeña, Yerba —Djerba, o Los Gelves, una isla hoy tunecina—, Nápoles, Calabria, Atenas y el Peloponeso. Además, tenía intereses bien arraigados en Córcega, el reino de Jerusalén y Túnez, aunque estas tres posesiones nunca pasaron de ser nominales. Para conseguir llegar hasta allí, Pedro III se peleó con todo el mundo y arruinó a la Corona. Llegó incluso a participar en la guerra sucesoria que se libró en Castilla, y faltó poco para que le costara el reino. Ante las frecuentes algaradas castellanas, Barcelona decidió cerrar aquella muralla cuyas obras no tenían fin. A fuerza de años y de sacrificios, sobre todo de los barceloneses, la muralla se fue cerrando, y al cabo de pocos años volvió a ampliarse para abarcar el barrio denominado del Raval, la zona de la laguna del Cagaler y la zona sur de la ciudad comprendida entre la muralla recién construida y la falda de Montjuïc. El territorio que se fortificó fue tan grande respecto al anterior que tendrían que pasar siglos antes de que fuera ocupado al completo por nuevas edificaciones.

Pedro III, además de beligerante, tuvo un reinado muy movido. El año 1333 fue conocido como *lo mal any primer* —el primer mal año—. Que a un año en concreto se le llame «el mal año» ya es negativo, pero que encima se le añada «primero» significa que las calamidades no habían hecho más que empezar. Y así fue, efectivamente. Tras dos veranos de cosechas desastrosas, el hambre se apoderó de Cataluña. En teoría, la absorción de Sicilia tenía que paliar el problema gracias a la gran cantidad de trigo que producía la isla, pero en la práctica no fue así porque no pudieron transportarlo en cantidad suficiente como para alimentar a la población

hambrienta. En Barcelona murieron de hambre unas diez mil personas de las cincuenta mil que la habitaban, una quinta parte de la población.

La peste negra

Fue terrible, pero no había hecho más que empezar. En 1347, los tártaros atacan una ciudad fortificada genovesa, Cafa, que estaba situada en Crimea. Entre los sitiadores estalla una terrible enfermedad que en poco tiempo contagia a los genoveses. Algunos de ellos huyen y consiguen llegar a Génova, donde contagian a sus conciudadanos. Así es como la enfermedad se extiende por toda Europa.

La plaga a la que nos referimos es la peste negra, y en la primavera del año siguiente llega a la Corona, que, por desgracia, fue el reino más afectado de Europa. En Cataluña muere entre un cuarenta y un cincuenta por ciento de la población, aunque esta cifra no se refiera exclusivamente al primer brote, sino a todos los que se fueron produciendo en años consecutivos. La peste llega a Barcelona en barco a principios de mayo, e inmediatamente se celebran procesiones para pedir ayuda a Dios. El miércoles 2 de mayo, según un documento posterior, «se celebró una procesión con muchos presbíteros de la catedral, parroquias y monasterios, y mucha gente la siguió desde la catedral hasta Santa Maria del Mar, pasando por el Born, el Portal de Sant Damià, el Portal Nou, Sant Pere, el *cap sobirà* de la plaza de Santa Anna, Figuera Cucurella y el horno dels Arcs, y volvió a la catedral para rogar por la gran mortandad que entonces había en Barcelona y que duró todo el mes de junio. También murieron en Barcelona cuatro *consellers* y casi todos los miembros del Consell de Cent».

En dos meses y medio, como cuenta la crónica, murieron cuatro de los cinco *consellers* —el único que se salvó fue Romeu Llull— y el ochenta y cinco por ciento de los miembros del Consell de Cent,

dejando a la ciudad prácticamente sin gobierno municipal. La reina Eleonor de Portugal, segunda esposa de Pedro el Ceremonioso, también murió de peste. Ni ricos ni pobres, ni virtuosos ni pecadores, ni hombres ni mujeres, ni niños ni viejos, nadie estaba a salvo de la peste ni de su horrible muerte. Una quinta parte de los barceloneses murió durante aquellos sesenta u ochenta días de horror.

Un castigo divino era inconcebible para los habitantes de la ciudad, cuyo crecimiento hasta ese momento era imparable. La culpa debía de ser de algo más terrenal. Rápidamente, como también ocurrió en buena parte de Europa, se acusó a los judíos de haber propagado la epidemia. No tenía ningún sentido, pero cuanto más irracional era la hipótesis, más gente la compartía. En el registro de la Cancelleria Reial hay una anotación acerca de unos altercados de 1348 en Barcelona: «Algunos, incitados por el espíritu maligno y olvidándose del temor de Dios, entraron en el Call judío para entablar pelea en nuestros dominios y rompieron y destruyeron muchas casas y mataron a muchos judíos allí mismo». Además de asesinar a gente inocente, los vándalos aprovecharon para destruir los documentos que acreditaban las deudas a favor de los judíos. Ser un asesino no significa que no te guste resolver los problemas.

A partir de 1348, las pestes se convertirán en una constante en la historia de Barcelona, prácticamente hasta el siglo XIX. Las pestes, y no la peste a secas, porque este término genérico engloba una serie de enfermedades que a menudo los historiadores no logran distinguir. Por lo que se sabe, aparte de la peste negra, hubo epidemias de tifus, viruela, difteria, paludismo, fiebre tifoidea, disentería, tuberculosis... Sin olvidar otras muchas enfermedades como la sífilis, las enfermedades parasitarias o la lepra, que no pueden ser consideradas epidémicas, pero que hacían estragos de forma crónica o periódica.

Durante los episodios pestíferos, las costumbres relacionadas con la muerte se rompían. Normalmente, cuando moría alguien —si tenía casa y familia, cosa que no hay que dar por sentado— el

cadáver se exponía «disfrazado» en el hogar. Sí, sí, disfrazado de pobre o de rico, mostrando una pobreza que no correspondía a la verdad o mostrando sus mejores galas para irse al otro barrio. Después se sacaba al difunto y se hacía una procesión solemne por las calles de la ciudad hasta alcanzar el lugar del entierro.

Si era miembro de una de las manos, probablemente era enterrado en una sepultura de propiedad o del gremio al que pertenecía, si era el caso, dentro de una iglesia o en sus alrededores. De lo contrario, se realizaba en la *sagrera* —dextro—, un espacio sagrado ubicado al lado de un edificio religioso. Esto explica que en la actualidad todas las iglesias antiguas tengan plazas a su alrededor. Cuando los turistas se sientan en las terrazas de la plaza de Sant Josep Oriol, al lado de la iglesia de Santa Maria del Pi, por ejemplo, no saben que bajo sus pies descansan miles de cuerpos de barceloneses que se pudrieron en aquel lugar sagrado para más gloria de sus almas y, actualmente, para regocijo del gremio de la restauración de Barcelona.

Pero durante las épocas de peste, estas costumbres cambiaban. Normalmente, la exposición de un cadáver duraba varios días y se prolongaba en función de la importancia de la persona. Para disminuir el mal olor, se quemaban hierbas aromáticas en toda la casa. Con la peste, la exposición se suprimía, se enterraba rápidamente al muerto y se quemaba la mortaja. Las procesiones no se eliminaban, pero a menudo no se cumplían al pie de la letra las disposiciones testamentarias que solía dejar el difunto. Por ejemplo, los más poderosos dejaban dinero para que se contratara a ciegos, niños huérfanos, capellanes de todo tipo o lisiados para las procesiones, pero durante las epidemias de peste era difícil encontrarlos —a excepción de los huérfanos—. Otra cosa curiosa: en 1326, los *consellers* de la ciudad prohibieron a las mujeres que asistieran a los entierros, pues según ellos restaban solemnidad a momentos como aquellos. Sin embargo, se trató de una disposición

inaplicable porque no solo se opusieron las que eran familiares de las personas difuntas, sino también las vecinas, las amigas o simplemente las chismosas.

Santa Maria del Mar

Las épocas de peste favorecían las afirmaciones religiosas. En un tiempo en que la religión formaba parte de cualquier acto de la vida cotidiana, por más insignificante que fuese, la presencia pública y constante de la muerte le daba aún más relevancia. Dios, y lo que quizá era todavía más importante, sus símbolos, siempre estaban presentes. La Iglesia era una institución popular, y la participación de la gente en las celebraciones religiosas era espontánea y entusiasta. Se podía hablar mal de los representantes de Dios en la Tierra —capellanes, monjes y jerarquías eclesiales—, e incluso discrepar de sus opiniones, pero con Dios, las vírgenes, los santos y los mártires no se jugaba. En 1329, por ejemplo, se emprendieron las obras de una de las iglesias que pronto sería de las más importantes de Barcelona, Santa Maria del Mar. Como ya se ha mencionado, en este mismo lugar hubo una capilla, Santa Maria de les Arenes, cuyo nombre se debía al hecho de que en otra época allí había una playa. Con el paso del tiempo, y a medida que se ganó terreno al mar, el barrio se convirtió en el principal enclave mercantil de la ciudad, la capilla creció y cambió su nombre de Arenes por el de Mar. Pero a principios del siglo XIV, la dinámica del barrio requería un templo de más categoría y capacidad, por lo que se empezó a reunir dinero para su construcción.

Pero no todo se reducía a necesidades de orden espiritual. El hecho es que ni el patriciado del barrio ni los artesanos se sentían cómodos con el giro que había tomado la catedral. Situada junto al palacio episcopal y el palacio real, la catedral de Barcelona estaba dominada por lo que hoy llamaríamos la oligarquía o los sectores más poderosos relacionados con los poderes principales de Cataluña.

Además, quedaba muy lejos de la Ribera. En la actualidad, la distancia que separa Santa Maria del Mar de la catedral puede parecernos muy corta, uno diez minutos a pie a paso normal. Pero en una ciudad pequeña, las distancias se aprecian de otra manera. Eso sin contar con el prestigio que suponía para los prohombres enriquecidos, que a menudo eran mal vistos por sus conciudadanos, financiar la construcción de una gran iglesia. Pero no solo los poderosos deseaban tener una iglesia que compitiera con la catedral, sino que también la gente sencilla deseaba un templo en el que sentirse cómoda en lugar de cohibida ante la presencia de los nobles y del alto clero.

La construcción de Santa Maria del Mar fue, por tanto, un proyecto popular que no habría sido posible sin el apoyo de los prohombres de la Ribera. El rey, consciente de que había que tener contentos a los mercaderes y a la mano mayor, era favorable al proyecto y regaló la piedra de Montjuïc que se hizo servir para su construcción. El transporte de la piedra, desde la pedrera hasta el lugar de construcción, fue realizado gratuitamente por los porteadores de la Ribera, es decir, por los que descargaban y transportaban las mercancías. Para conmemorar y rendir homenaje a su gran esfuerzo, en las puertas actuales de la basílica pueden contemplarse dos figuras que representan a unos mozos de cuerda, al igual que en el friso que va de un extremo a otro del altar mayor.

La construcción, comparada con la de la Sagrada Família, fue rápida. En cincuenta y cinco años la iglesia estaba acabada, a pesar de haber sufrido un incendio importante en 1379 que enfureció no poco al rey Pedro el Ceremonioso, que había hecho un importante donativo para su construcción. En la clave de bóveda de una de las naves fue colocada la representación policromada de su padre, Alfonso el Magnánimo, y esa fue precisamente la que se hundió por culpa del incendio. El rey Pedro, que, como hemos visto, no contaba entre sus virtudes con la paciencia y la templanza, ordenó sulfurado que se reparase la clave de bóveda lo antes posible. El problema era que el incendio la había deteriorado mucho, y la reparación se alargó

más de lo que la paciencia del rey podía soportar. Quizá por ese motivo se colocó un sello de yeso de baja calidad para sustituir al que se había estropeado. Desde el suelo era prácticamente imposible que el rey notara la diferencia. En una restauración realizada hace unos años, se sustituyó el sello poco logrado por otro que reproduce muy fielmente el desaparecido. La iglesia, sobria y solemne a la vez, posee una acústica maravillosa. Se convirtió rápidamente en la iglesia más popular de Barcelona y únicamente compitió por este título honorífico con la iglesia del Pi. La catedral era para las celebraciones más importantes, pero para acercarse a Dios, de tú a tú, los barceloneses preferían estas dos iglesias.

La Diputació del General

En el siglo XIV, los barceloneses necesitaron la ayuda de Dios, de la Virgen, de los santos, del coro celestial e incluso de los beatos y de las almas del purgatorio, porque, a partir de 1333, los tiempos fueron muy duros. La Corona de Aragón estaba tocando su cenit de conquistas. Como se decía en tiempos de Pedro el Grande, ningún pez podía nadar por el Mediterráneo si no llevaba pintadas en su cola las cuatro barras rojas de los condes de Barcelona. Aunque la estructura de la Corona era confederal, con un complejo entramado de vasallajes, parentelas y uniones familiares, los dominios directos o indirectos del conde rey llegaban hasta la ciudad de Atenas, y tanto él como sus sucesores mantuvieron ambiciones respecto a lo que quedaba del Imperio bizantino hasta su desaparición en 1453. Ostentaba un gran poder, pero los tiempos estaban cambiando y cada vez resultaba más difícil sostener esta estructura. El Principado de Cataluña, y también la ciudad de Barcelona, eran la clave de la Corona de Aragón. Los catalanes habían construido aquel imperio heterodoxo, y lo habían hecho con ingenio, ambición, valentía y una pizca imprescindible de mala leche y violencia.

Pero el reinado de Pedro el Ceremonioso, que duró cincuenta y un años, de 1336 a 1387, fue a un tiempo brillante y devastador para la Corona. Guerras constantes, a veces tres al mismo tiempo, pestes año tras año, sublevaciones de nobles y campesinos, conflictos familiares, conflictos entre territorios... Pedro fue duro con todos, y en primer lugar consigo mismo. Según su crónica, solo se lo vio feliz en tres ocasiones. Y tres, a lo largo de una vida, no es mucho. Sus hijos no heredaron ni la sombra del carácter de su padre, probablemente porque una personalidad así resulta demasiado pesada. Su manera de ser le trajo muchos problemas, aunque las consecuencias positivas todavía pueden apreciarse hoy en día. Por ejemplo, en 1359, durante su reinado, se fundó la Diputació del General o Generalitat.

Esta institución nació por la necesidad imperiosa del rey de sacar dinero de debajo de las piedras. Los condes reyes, al igual que muchos otros monarcas europeos, se reunían, cuando lo consideraban oportuno, con los que se denominaban los tres brazos —nobles, eclesiásticos y gente común o burgueses— para negociar derechos y deberes y, sobre todo, préstamos e impuestos. En la Corona de Aragón, y especialmente en el Principado de Cataluña, estas cortes fueron el epítome de la negociación. Ya hemos comentado que Cataluña fue el territorio de Europa donde el feudalismo hundió más profundamente sus raíces. Esto conllevó que los nobles y los eclesiásticos gozaran de mucho poder y fueran poco dados a ceder al rey parte de este. Los condes reyes se apoyaron a menudo en la gente común, en las ciudades, pero para obtener su ayuda a menudo tenían que ceder poder. Así fue como la ciudad de Barcelona llegó a ser tan fuerte dentro de la Corona. La situación privilegiada de Barcelona no era equiparable a la de las demás ciudades, a pesar de que muchas como Tortosa, Perpiñán, Girona o Lleida tenían unos derechos bien consolidados. El juramento tradicional de los miembros de las cortes era muy significativo. Aunque se han conservado varias versiones, la más habitual era la siguiente: «Nosotros, que valemos tanto como vos, juramos ante vos

que no sois mejor que nos, que juntos valemos más que vos, y que os aceptamos como rey y soberano siempre y cuando respetéis nuestras libertades y leyes, pero si no, NO». Más que un juramento, era casi un pacto por medio del cual los representantes de los tres brazos dejaban muy claro que, sin la voluntad conjunta, el rey no era nada. Este planteamiento político fue especialmente importante años después, durante la guerra de Separació o dels Segadors, en 1640. Las negociaciones entre el monarca y los tres brazos eran duras y largas, aunque siempre suponían un buen negocio para la ciudad que las acogía porque, durante unos meses, centenares de personas acaudaladas vivían en la ciudad y gastaban en ella todo lo que podían.

Pues bien, durante las cortes de 1359, que se celebraron en Cervera, la desesperación del rey era inmensa. Las negociaciones se prolongaban y la guerra contra Castilla iba muy mal, la sublevación de Cerdeña era una sangría sin fin y el reino parecía arruinado. Necesitaba dinero y tuvo que ceder más que de costumbre. Se constituyó una Diputació del General, es decir, un órgano permanente que representaba a las Cortes. Este órgano era completamente independiente del rey, tenía su propio presupuesto y podía decidir en varias materias, esencialmente relacionadas con los impuestos, sin tener que volver a someter sus decisiones al juicio de las Cortes para su aprobación. El primer presidente de la Generalitat fue un eclesiástico, Berenguer de Cruïlles. Para hacernos una idea, Artur Mas es el presidente número 129 de la institución.

La Diputació del General se instaló en Barcelona, en un edificio tan cercano al mar que resultaba incómodo, pues se inundaba cuando había tormenta. En 1391, cuando muchos edificios quedaron vacíos a raíz del pogromo contra los judíos, había un solar cerca del Consell de Cent que fue adquirido por la Diputació. Allí instalaron la institución, que actualmente sigue en el mismo sitio. A pesar de ser inicialmente un organismo recaudador de impuestos, la Generalitat se convirtió, junto con el Consell de Cent, en una institución que representaba al país. Que representara a Cataluña, sobre todo

cuando los reyes eran extranjeros, no significaba que las dos instituciones fueran necesariamente muy progresistas. A lo largo de su historia, tanto la Generalitat como el Consell de Cent han representado más bien a la oligarquía. Con todo, a medida que fueron pasando los siglos, la oligarquía estrictamente catalana se fue acercando, por necesidad, a la gente común, mientras que los grandes aristócratas del país se fueron integrando en las cortes de los reyes extranjeros y acabaron marchándose de un país que ya no comprendían.

El Descuidado elige a un literato como jefe de gabinete

A la muerte del rey Pedro, subió al poder su hijo Juan. Juan era un hombre débil y melancólico, dominado por su segunda esposa, Violante de Bar. No estaba hecho para reinar y los catalanes empezaron a llamarlo «el Descuidado» porque no se ocupaba del gobierno. El grupo de consejeros que lo rodeaba tomó todas las decisiones importantes del reino y, por descontado, todas las que pudieron. Uno de sus consejeros más destacados fue su escribano, lo que hoy llamaríamos el jefe de gabinete, el literato Bernat Metge, que fue uno de los grandes escritores medievales catalanes, un hombre de conversación exquisita y de cultura inmensa, pero también un aprovechado de primera que, con el consentimiento de la reina, manejaba al rey a su antojo.

En mayo de 1396, el rey murió durante una cacería en Foixà, cerca de Girona, en circunstancias como mínimo poco claras. La versión oficial fue que se cayó del caballo y murió a causa del golpe, pero enseguida corrió la voz de que se había suicidado por culpa de la mala situación económica y política del reino, o bien que alguien había conspirado para asesinarlo y sustituirlo por otro candidato. El primer sospechoso como inductor de asesinato fue Bernat Metge, a quien llegaron incluso a apresar, aunque después fue puesto en libertad.

El pogromo de 1391

Durante el reinado de Juan I tuvieron lugar grandes desórdenes contra los judíos, el pogromo más importante ocurrido en Barcelona. El 1391, la gente más sencilla, la que entonces se denominaba *gent menuda*, lo estaba pasando muy mal. Tras años de hambre, pestes y guerras, la situación económica de los más pobres y de los que ahora definiríamos como clase media había empeorado sustancialmente —algo que también era habitual en las sublevaciones y en las revoluciones—, y el malestar se dejaba sentir tanto en Barcelona como en otras ciudades de la Corona. Los seres humanos no siempre actúan de manera racional, y pronto se buscaron presuntos culpables. La elección recayó en las comunidades judías urbanas.

Los judíos, por gusto o per necesidad, se habían especializado en negocios relacionados con el préstamo y la joyería, por lo que no gozaban de mucha popularidad. Pero lo que realmente les hacía resultar molestos es que eran muy raros: tenían una religión que recordaba a la cristiana sin serlo, vestían de forma extraña, hablaban a menudo un idioma diferente, se relacionaban más entre ellos que con los vecinos y vivían agrupados. Además, los tabús y los dogmas religiosos tenían mucho peso en aquella época. No es de extrañar que los judíos se convirtieran en el chivo expiatorio de los problemas sociales.

El 9 de julio de 1391, los valencianos atacaron a los judíos y los obligaron a convertirse al cristianismo. El 2 de agosto, ocurrió lo mismo en Ciutat de Mallorca. Las noticias de los ataques llegaron pronto a Barcelona, concretamente el sábado 5 de agosto, cuando un barco procedente de las islas atracó en el puerto con la noticia. En el barrio de la Ribera, donde se concentraban los marineros, los pescadores, muchos menestrales y, como era día de mercado, muchos payeses, la noticia encendió la mecha. Para acabar de

arreglarlo, dio la casualidad de que, además, había muchos hombres armados, soldados que se habían enrolado para participar en la campaña de Sicilia.

Instigándose recíprocamente, en tumulto, el gentío se dirigió a la puerta principal del Call Major, en la actual plaza de Sant Jaume, la quemaron y entraron en el barrio. Los judíos capturados fueron llevados a rastras hasta las iglesias para ser bautizados a la fuerza, y los que se negaron fueron asesinados. Los que lograron escapar se refugiaron en el Castell Nou, la torre ubicada entre el Call Major y el Call Menor, donde había estado la primera muralla. Los soldados del Consell de Cent y del rey sofocaron la sublevación y detuvieron a algunos cabecillas. Como ocurre a menudo, la culpa de todo recayó en los extranjeros que participaron en la sublevación. Fueron detenidos unos cuantos castellanos, probablemente marineros o mozos de cuerda, que fueron condenados a la horca el lunes siguiente, dos días después, para que sirviera de escarmiento y ejemplo.

Entretanto, los judíos se negaron a abandonar la relativa seguridad que les ofrecía el Castell Nou, entre otras cosas porque las puertas de los Calls habían sido derribadas y no había ninguna garantía de seguridad ni para sus vidas ni para sus propiedades.

Dos días después, cuando los castellanos detenidos estaban a punto de ser ahorcados, o en la plaza de les Cols, donde ahora se encuentra la sede principal del Museu d'Història de Barcelona, o en la plaza del Blat, más o menos en la actual salida de metro de Jaume I —la prisión del veguer estaba ubicada en el lugar donde ahora hay un hotel y una pastelería, en la plaza de l'Àngel—, la gente se sublevó y atacó a los guardias que custodiaban a los reos y los liberó. Al estar presentes varios miembros de la oligarquía de la ciudad, los sublevados empezaron a gritar: «*Los grossos destrueran los menuts*» —«los grandes destruirán a los pequeños»— y «*Muyra tothom e visca lo rey e lo poble*» —«mueran todos y vivan el rey y el pueblo»—. Acto seguido se dirigieron al Castell Nou, donde se refugiaban los judíos, y atacaron el edificio con ballestas y otras

armas. Además, durante la sublevación se apoderaron de las campanas de la catedral y convocaron a los payeses de las poblaciones cercanas, que también se unieron a los alborotos.

A la vista de las circunstancias, los judíos abrieron las puertas de su refugio un día después. Unos tres mil fueron bautizados, una minoría fue evangelizada y unos trescientos fueron asesinados y sus cuerpos lanzados a los pozos del Call. Los sublevados tomaron el control de la ciudad, abolieron los impuestos y quemaron toda la documentación que podía perjudicarles, es decir, la que atestiguaba sus deudas y obligaciones.

Pero, como era de esperar, esa toma de poder no podía durar mucho. Los sublevados con sentido común hicieron una lista de peticiones al rey, que sobre papel parecían razonables. Básicamente, querían impedir que la oligarquía de la ciudad continuara haciendo lo que le salía de las narices sin ningún control. Sostenían, con razón, que los poderosos se estaban aprovechando del ejercicio del control de la ciudad en su propio beneficio. Pidieron que se rebajaran los sueldos de los *consellers*, así como algunos impuestos. Estos cambios debían ser supervisados por una comisión de cincuenta personas representativas de las clases baja y media de Barcelona.

No consiguieron nada. A finales de año, el emisario del rey, Ramon Alemany de Cervelló, entró en Barcelona con doscientos caballeros, y una semana después plantaba los patíbulos en la plaza Nova, en la del Blat y en la de Santa Anna. Durante unas cuantas semanas, los soldados del rey se dedicaron a detener, encarcelar, juzgar y condenar a los cabecillas de las sublevaciones del verano. Treinta de ellos fueron ejecutados y ochenta y siete hombres fueron condenados a pagar multas, algunas muy elevadas. Otro grupo de hombres fue enviado a las galeras, donde la mayoría moría antes de cumplir tres años de servicio.

El rey Juan I aprovechó la ocasión para sacarle más dinero a la ciudad imponiendo multas a las parroquias y a algunos de los prohombres que habían abusado de los barceloneses. Juan I y su esposa, Violante de Bar, se aficionaron a la extorsión y —con la

ayuda de sus *consellers* corruptos o, mejor dicho, de todos sus *consellers*— se dedicaron durante los dos años siguientes a obtener dinero de los barceloneses con cualquier excusa. Pueden imaginarse cómo estaban los ánimos en la ciudad.

¿Y los judíos? Pues nunca volvieron a ser lo que habían sido. Al año siguiente se les prohibió volver a poner puertas en los *calls*, con lo que sus barrios permanecieron abiertos y poco seguros. Muchos abandonaron la ciudad y otros se recluyeron en su fe. Dos años después de los ataques, cuando ya reinaba Martín I, se prohibió el restablecimiento de la comunidad judía en Barcelona e incluso que un jefe judío permaneciese más de quince días seguidos en la ciudad.

UN PAPA Y UN SANTO, ASESORES DEL REY

Al no tener descendientes vivos, el sucesor del rey Juan fue su hermano Martín. El conde de Foix reivindicó el trono apoyado por la reina Violante, que era su suegra, pero fue derrotado en el campo de batalla y se quedó sin corona. El nuevo monarca despertaba grandes esperanzas. Durante el reinado de su hermano, se había mostrado batallador y había sofocado la rebelión de Sicilia, donde su hijo Martín el Joven gobernaba con su esposa, María de Sicilia. Martín el Humano —así llamado por su constitución física, era obeso, y no por sus virtudes humanas— se dirigía en realidad hacia Cerdeña, donde desde hacía años se libraban luchas inacabables. Los catalanes dominaban básicamente las tres grandes ciudades de la isla —Alguer, Cagliari y Sassari—, pero el resto, aunque no muy extenso, estaba bajo el control del juzgado de Arbórea con el apoyo de los genoveses.

Cuando Juan I murió, Martín estaba en Sicilia y su esposa, la aragonesa María de Luna, en Barcelona. En cuanto Mateu de Foix, juntamente con los partidarios de Violante de Bar, atacaron Cataluña, la nueva reina pidió ayuda a los ciudadanos,

especialmente a los de Barcelona. Durante el reinado de Juan I, que era un negligente, como hemos visto, se había intentado restringir los privilegios de los ciudadanos. La llegada de Martín parecía significar la vuelta a la política tradicional de la Casa de Barcelona, o lo que es lo mismo, a apoyarse en la capital de Cataluña. Pero la situación era demasiado enrevesada para que nada se resolviera fácilmente, pues en aquella época se vivía el Cisma de Occidente. Unas décadas antes, y como respuesta a las presiones ejercidas por el rey de Francia, los papas habían trasladado la sede papal a Aviñón. Era una situación insostenible y lo único que estaban logrando era que, por primera vez desde Constantino el Grande, el pueblo empezara a alejarse de la Iglesia, cada vez más terrenal y menos espiritual. Los padres de la Iglesia, divididos e influenciados por los diferentes poderes, se escindieron radicalmente entre los partidarios de volver a Roma, que nombraron a un Papa, y los de quedarse en Aviñón, que nombraron a otro. Hacia el final de la crisis llegó incluso a haber tres papas. Pues bien, como el Papa de Aviñón, Benedicto XIII, pertenecía a la familia Luna, al igual que la reina, Martín no podía negarle su apoyo, a pesar de que enseguida se dio cuenta de que era un caballo perdedor. Efectivamente, todos los cardenales y reyes lo fueron abandonando hasta que solo le quedó Martín. El papa Luna huyó a Perpiñán y después se refugió en Barcelona, donde entabló muchas amistades que hizo valer cuando llegó el momento de la sucesión de Martín.

Martín remedió poco a poco los desastres que había provocado su hermano. Además, hacia el año 1409, la situación en Cerdeña mejoró. Su hijo y heredero al trono, Martín el Joven, demostró ser un buen almirante y derrotó a los genoveses. Pero, por desgracia, pocos días después, Martín el Joven murió de tifus sin descendencia. La desolación fue absoluta. Martín el Viejo no tenía descendencia legítima, su mujer había fallecido tres años antes y él, con cincuenta años, tenía lo que en la época se consideraba una edad avanzada.

El rey tenía en su corte dos asesores muy retorcidos: uno era el papa cismático, Benedicto XIII, y el otro un predicador de fama internacional, el futuro santo Vicente Ferrer. Martín quería utilizar sus influencias para que fuera reconocido como heredero un nieto bastardo que su hijo había tenido en Sicilia, pero la mala relación que mantenía con el papa de Roma —lo cual era lógico visto que Benedicto estaba a su lado— impidió que se bendijera esta solución. Benedicto y Vicente Ferrer lo convencieron para que volviera a casarse y engendrara un nuevo heredero. La mujer elegida fue una dama de la reina, la más hermosa de todas, una joven llamada Margarida de Prades que, con veinte años, tuvo que enfrentarse a un hombre viejo, gordo y enfermo que añoraba a su esposa y a su hijo difuntos.

Como el problema del heredero era urgente, Martín y Margarida se pusieron enseguida manos a la obra para que ella se quedara embarazada. Pero pronto se toparon con un problema: la barriga del rey era tan voluminosa que impedía la copulación. La introducción del pene se convirtió en un problema de Estado. Los consejeros del rey no se dieron por vencidos y mandaron construir un cachivache muy ingenioso consistente en un arnés con correas que servían para colgar en el aire el cuerpo del rey y, con la ayuda de poleas, irlo bajando, se supone que con el pene en erección, para que pudiera introducirlo en el cuerpo de la reina. Teniendo en cuenta que en el dormitorio del palacio real asistían a la escena los servidores que ayudaban al rey a colocarse el arnés y los consejeros —nada más y nada menos que un Papa y un futuro santo—, es lógico deducir que el invento no funcionó, no se sabe si por cuestiones puramente mecánicas o porque, como cualquier hombre poco sano de más de cincuenta años sabe muy bien, el rey se vio imposibilitado a la hora de tener una erección.

En cualquier caso, pronto fue evidente que Margarida no iba a quedarse embarazada. Había que pensar en otra solución para nombrar un sucesor. El mejor candidato era Jaime de Urgell, porque era el pariente más directo. Años antes había gobernado Aragón y

también había tenido un cargo en la gobernación general de la Corona, pero no lo había hecho nada bien, entre otras cosas porque Benedicto XIII había conspirado para enemistarlo con los nobles aragoneses. Aparecieron también otros candidatos más lejanos, pero Martín no acababa de decidirse hasta que, tal y como se veía venir, se puso muy enfermo y se retiró al monasterio de Valldonzella —cerca de los actuales Centre de Cultura Contemporània de Barcelona y Museu d'Art Contemporani—, donde sufrió una dolorosa y terrible agonía. Viendo que su muerte se acercaba sin haber resuelto la cuestión del heredero, se acercaron a su lecho el consejero en jefe de Barcelona, Ferran de Gualbes, el gobernador Guerau Alemany de Cervelló y el hombre de confianza de Benedicto XIII, Francesc d'Aranda. Gualbes le preguntó al rey: «¿Está de acuerdo Su Majestad con que la sucesión de vuestros reinos y vuestras tierras recaiga en vuestro sucesor según justicia?». Martín dijo un par de veces «*hoc*» —que era un modo de decir que sí— y murió. Está claro que una pregunta tan ambigua hecha a un moribundo no tiene ningún valor; si encima el moribundo contesta con un monosílabo que podría equivaler a un último suspiro y dos de los tres testigos son abiertamente contrarios a Jaime de Urgell, hay que deducir a la fuerza que la sucesión huele a chamusquina.

El Compromiso de Caspe

A la muerte del rey Martín, Benedicto XIII, ayudado por Vicente Ferrer, por un lado, y la reina Violante de Bar, por otro, maniobraron tanto como pudieron para alejar a Jaime de Urgell del trono. Los nobles aragoneses se mostraron más hábiles que los catalanes y pactaron con uno de los candidatos, Fernando de Antequera, una serie de ventajas y privilegios. Fernando de Antequera, o de Trastámara, regente de Castilla y uno de los hombres más ricos de Europa, era un hombre inteligente y enrevesado.

Cualquiera con dos dedos de frente se habría dado cuenta de que no era conveniente nombrar rey de la Corona de Aragón al regente del reino de al lado, porque se ponía en manos de una sola familia la política de dos reinos muy diferentes que, en más de una ocasión y en tiempo no muy remoto, se habían enfrentado militarmente. Además, tenían intereses contradictorios tanto en el Mediterráneo como en el sur de la península. La ambición de Castilla por apoderarse de una parte de Aragón y de Valencia no era ningún secreto; por otra parte, los reyes catalanes nunca habían tenido reparos a la hora de intervenir en la política interna castellana cuando les había convenido. Pero Benedicto XIII necesitaba el apoyo de los Trastámara para tener alguna posibilidad de recuperar plenamente el papado; los nobles aragoneses ganaban en tranquilidad, dinero y tierras y, de paso, se vengaban de los catalanes, que gobernaban la Corona desde hacía años sin tener muy en cuenta los intereses de Aragón; los valencianos habían sido invadidos por un ejército pagado por el de Antequera y los nobles no se sentían unidos a las políticas de la Casa de Barcelona; los mallorquines fueron excluidos gracias a una maniobra diplomática; y los catalanes estaban divididos entre la oligarquía, a favor de quien pagara el precio más alto, y la población, a favor de Jaime de Urgell, que representaba la continuidad dinástica.

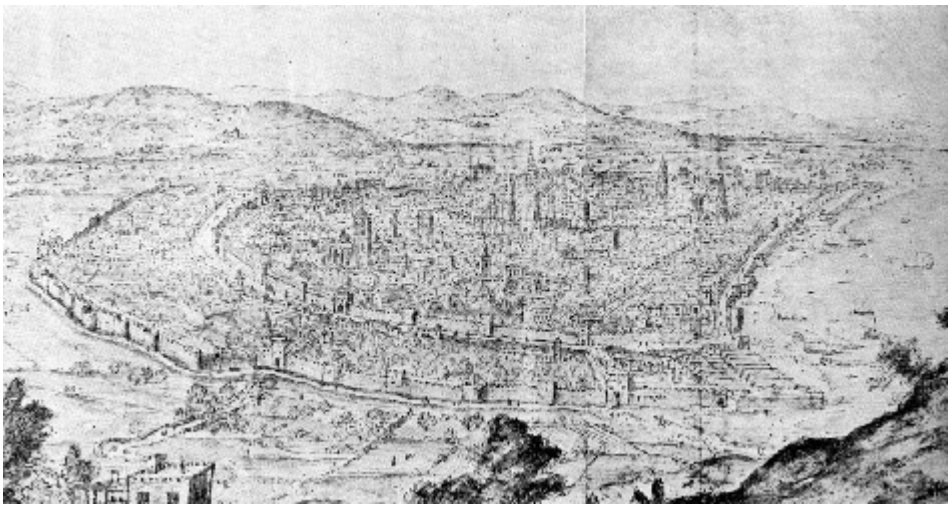
Gracias a la habilidad del papa Luna, se llegó a un acuerdo: los tres territorios principales de la Corona —Cataluña, Aragón y Valencia— enviarían tres compromisarios cada uno a Caspe, donde se elegiría a un heredero de entre los posibles candidatos. Aragón votó en bloque a favor de Fernando; los tres valencianos, capitaneados por Vicente Ferrer, también; y los catalanes volvieron a dividirse: Bernat de Gualbes, *conseller* de Barcelona y aliado de Benedicto XIII, votó por Fernando de Antequera; Pere Sagarriga, que había sido nombrado arzobispo de Tarragona por el papa cismático, y Pere Bertran, un jurista que también pertenecía al consejo asesor del papa, tuvieron el suficiente valor como para votar a favor de Jaime de Urgell.

El nombramiento de un Trastámara al trono de la Corona de Aragón ponía fin a la línea dinástica de la Casa de Barcelona. Bajo el reinado de sus condes y de sus condes reyes, la ciudad había crecido mucho y se había convertido en una de las más poderosas del Mediterráneo. Era la sede de dos instituciones poco comunes en Europa: un consejo municipal formado por hombres de muy diversa condición, muy representativo de la población de Barcelona, y un organismo nuevo, la Diputació del General, que, aunque recaudador y gestor de impuestos en un primer momento, se estaba afirmando en el gobierno del país. Además, la inteligencia y el ingenio que habían mostrado los barceloneses todavía permitían esperar grandes cosas de la ciudad, que, recordémoslo, acababa de estrenar unas murallas que garantizaban su seguridad en los años venideros.

Pero la llegada de unos nuevos reyes extranjeros que no conocían ni las costumbres ni el idioma del país hacía temer por la tranquilidad de la población. Por desgracia, estos temores se convertirían en certezas al cabo de pocos años.

CAPÍTULO 8

LA CRISIS DEL CRECIMIENTO



Panorámica de Barcelona en 1536. Obra del flamenco Anton van Wyngaerde.

Las disposiciones del Consell de Cent

Tras el compromiso de Caspe, en 1412, una nueva dinastía, la de los Trastámara, pasa a regir la Corona de Aragón. Esta nueva dinastía llega al poder sin el apoyo explícito de la burguesía de Barcelona, que hasta el momento constituye el grupo más poderoso en todos los territorios administrados por el rey, a parte de las diferentes facciones de la nobleza y de la Iglesia. En los últimos decenios del siglo XIV, la peste y los ataques a los judíos habían repercutido en la ciudad, aumentando las tensiones internas.

Con todo, la segunda mitad del siglo no había resultado, en conjunto, tan mala como podría deducirse en vista de los alborotos y el aumento de la conflictividad. Esta es una característica de Barcelona que ha pervivido a lo largo de su historia. En las épocas más duras, cuando todo parece indicar que la ciudad decaerá para siempre o, como mínimo, durante mucho tiempo, Barcelona mantiene un pulso ciudadano que la hace renacer. Es como un ave fénix y seguirá siéndolo, o, por poner un ejemplo más cercano, es como un alcornoque, un árbol que, después de que un incendio haya quemado su corcho, renace porque el corazón del tronco sobrevive. Un ejemplo claro de esta vitalidad se encuentra en los registros de las disposiciones oficiales, básicamente las del Consell de Cent.

Las autoridades barcelonesas pronto mostraron su celo, en ocasiones exagerado, por regular todos los aspectos de la vida cotidiana. Este espíritu normativo era, y sigue siendo, un rasgo muy marcado de la personalidad barcelonesa. Los barceloneses, como los catalanes en general, no pierden ocasión de mostrar cierta pasión por el cumplimiento de las normas, sobre todo las de corto alcance. Desde que en 1715 se perdieron las instituciones propias, la normativa de alcance general, de gran importancia —las grandes

leyes, los grandes decretos, la Constitución, por ejemplo, cuando la ha habido, pues no ha sido siempre así—, quedó mentalmente lejos de los barceloneses. En cambio, se mostraron fervorosamente interesados en la letra pequeña y en las disposiciones que regulan la vida cotidiana. En el Estado español, los barceloneses tienen fama de ser medio alemanes o, como se suele decir simplificando, más europeos que los españoles. Uno de los motivos es precisamente su pasión por las normas. Pongamos un ejemplo: el carril preferente para los autobuses se instaló en Barcelona y en Madrid al mismo tiempo. Desde el principio, sin necesidad de multar a nadie, los barceloneses respetaron el carril preferente de taxis y autobuses, mientras que en Madrid sigue siendo un territorio amenazado. La mayoría de los habitantes de la ciudad se enorgullecen de esta autodisciplina, aunque no falta una minoría bastante significativa que reniega de esta mezcla de prusianismo y anarquismo.

El Consell de Cent se lanzó con entusiasmo a esta labor de regular la vida cotidiana, concibiendo todo tipo de disposiciones. Algunas, como las relacionadas con el uso de las fuentes públicas o la venta de alimentos en la calle, parecen absolutamente lógicas hoy en día, pero otras, como la vestimenta de las mujeres, parecen desconcertantes y sorprendentes. En 1346, por ejemplo, se dictó la siguiente disposición:

> Que ningún sastre, ni modista, ni persona de la condición que sea, ose llevar o poner, o coser o hacer coser o poner bordados de hombre o de mujer de Barcelona de ningún estamento o condición, ni poner, ni coser imagen alguna u otros adornos a ninguna vestidura. Quien lo haga, pagará cada vez cien sueldos. Y quien no pueda pagarlos pasará cien días en el Castell.
>
> Que ninguna mujer de cualquier condición o estamento, sea o no de Barcelona, ose llevar un manto o una capa, ni gonelas, ni briales, ni otras vestiduras, tanto en casa como fuera de casa, o en el interior de la ciudad o por sus calles, con perlas, oro, plata o armiño, ni aderezos de perlas, oro o plata, ni capas, ni vestidos bordados con oro o de seda. Pueden, sin embargo, llevar capas sujetas con cadenas de plata, pero que no osen llevar ni perlas ni piedras vistosas. También pueden sujetar las capas con cordones de seda sin perlas ni hojas de oro o de plata. Y que no osen llevar puntadas de oro ni de plata ni de seda, pero que no se crea por eso que las mujeres no pueden

llevar briales o túnicas de seda o con oro, siempre y cuando no lleven ninguna guarnición de las mencionadas, que están prohibidas. También pueden llevar en las mangas de las gonelas o de los briales botones de plata planos o dorados. Y también vestiduras de camelote de lana.

Quien lo haga, pagará por cada prenda, cada vez, doscientos sueldos. Y si no puede pagar, pasará doscientos días en el Castell.

Al parecer, la exigencia de cierta austeridad en el vestir de las mujeres no tuvo mucho éxito porque este tipo de disposiciones siguen apareciendo de vez en cuando a lo largo de los años siguientes, señal de que la gente no hacía demasiado caso.

Imponer que las mujeres se vistieran con modestia no era propio del ambiente que se vivía en Barcelona por aquel entonces. Hay que imaginar una ciudad muy poblada, muy variopinta y ruidosa, y, según los estándares actuales, muy sucia, a pesar de que la gran limpieza de la ciudad era una de las cosas que mencionaban los viajeros. Aunque el modo de vestir de los barceloneses que vivieron entre los siglos XIV y XV no difería sustancialmente del de sus abuelos —de hecho, en más de un caso y de dos seguramente era la misma—, lo cierto es que la variedad de colores llamaba mucho más la atención que en el siglo XXI, lo cual puede sorprendernos. Estamos en una *época* terrible, en que la muerte, a menudo horrible y dolorosa, está muy presente. Quizá por eso, los barceloneses y sus coetáneos europeos viven intensamente la vida. Bailes, fiestas, pasiones...

Cuando se vuelve la vista al pasado, se tiene la sensación de que hay épocas mucho más divertidas —los años veinte del siglo XX, por ejemplo— que la Edad Media o el principio de la Edad Moderna. Pero, al fin y al cabo, es muy relativo. Es un momento intenso en el que las imágenes, los dibujos y las reproducciones de la vida cotidiana empiezan a ser mucho más comunes que antes; en que las iglesias empiezan a buscar la luz y la alegría en lugar de las tinieblas; en que se abren tiendas de colores vivos para exhibir la mercancía.

Es una ciudad ruidosa, especialmente cuando sale el sol. A nosotros, habitantes de las megaciudades del siglo XXI, nos cuesta imaginar el cambio de actividad tan radical que se producía en las ciudades medievales cerradas entre el día y la noche. Al anochecer, cuando la campana de la prisión —llamada *el seny del lladre*, «el juicio, la sensatez del ladrón»— repicaba, las puertas de las murallas se cerraban y la ciudad se apagaba. No había alumbrado en las calles estrechas y, por tanto, las actividades nocturnas rara vez se realizaban en la vía pública, sino que se restringían a la intimidad de las casas y los palacios. Por eso, cuando salía el sol y las puertas de la ciudad volvían a abrirse, el movimiento y el ruido estallaban de golpe. Una de las actividades más habituales en aquella *época* era cantar. La gente cantaba en voz alta, a menudo acompañados por tres instrumentos: el flautín, el tamboril y la cornamusa. Esta última, una especie de gaita, era uno de los instrumentos musicales más populares del momento. Actualmente la gaita se identifica con la cultura celta, pero hace unos cuantos siglos era un instrumento muy popular en muchos lugares de Europa, como Cataluña.

En 1403, el heraldo, pregonero o trompeta —se lo llamaba de estas tres maneras— de la ciudad de Barcelona era Bernat Cadireta. Él fue el encargado de leer este bando del Consell de Cent sobre el ruido:

> ¡Ahora, escuchad todos! Por orden y mandato del veguer, los consejeros y los prohombres de la ciudad de Barcelona, y para evitar escándalos y peligros, de ahora en adelante que nadie ose gritar, cantar o hacer gritar ni acompañar a quienes lo hacen dentro de la ciudad, en la puerta o cerca de la puerta de la vivienda o posada de alguna mujer [y dicen] palabras difamatorias, injuriosas o vituperios. Gente de paso, habitantes de la ciudad, bajo multa, cada vez que lo hagan, de cincuenta sueldos y de estar presos en el Castell del veguer con grilletes en las piernas por veinte días seguidos, de cuya pena no puede hacerse gracia ni remisión alguna.

Aunque oír algo de follón es bastante habitual en las noches de Barcelona —y si no que se lo pregunten a los vecinos de Gràcia o de la Barceloneta—, la costumbre de las rondas ha desaparecido hace muchos años. Pero en el siglo xv, grupos de hombres, a menudo jóvenes, aprovechaban alguna fiesta pública para presentarse en casa de alguien y cantarle canciones o increparlo a gritos. Las rondas habían acabado mal más de una vez, porque a menudo se trataba de desafíos encubiertos o de insultos a la honradez de la gente de la casa. Otras veces, cuando eran amables o, como mucho, sarcásticas, la gente las aceptaba de buen grado.

Las disposiciones del Consell de Cent abarcaban toda clase de asuntos:

> Que nadie ose, ni de día ni de noche, ni hacer fuegos griegos [fuegos artificiales] ni lanzar huevos u otras cosas que puedan provocar malos olores o suciedad o manchar las vestiduras, ni en ninguna plaza ni ventanas ni en otros lugares de la ciudad. Que nadie ose arrancar anillas, pestillos u otros cerramientos de las puertas, ni acarrear daños a casas, naves o edificios públicos o privados de la ciudad. Que nadie ose circular de noche por la ciudad disfrazado, ni con ropa que disimule su identidad o de una forma no acostumbrada.

Y así para otras muchas cosas...

También regulaban el negocio de compraventa, por ejemplo, de esclavos. El 5 de mayo de 1433, nuestro amigo el heraldo, Bernat Cadireta, pregonó por las calles y las plazas de Barcelona una disposición acerca de esta cuestión: no se podía vender a un esclavo en mal estado, o sea, muy enfermo. Si tenías un esclavo enfermo, era obligatorio esperar a que sanase antes de ponerlo en el mercado, cosa muy comprensible. Con todo, había enfermedades que no impedían la venta, siempre y cuando se advirtiese al comprador. Cuando el esclavo vendido mostraba síntomas de algún mal concreto antes de que hubiera pasado un año de la venta, el comprador podía devolverlo:

> El vendedor de esclavo o esclava está obligado a informar al comprador de las siguientes enfermedades o dolencias: en las dolencias la de cabeza, manías o demencia, epilepsia o mal caduco; en las de pecho, expectoración con sangre o asma; en las del corazón, temblor de corazón; en las de los riñones o de vejiga, mal de piedra, orinar sangre, hemorroides, orinar en la cama; en las de las articulaciones, ciática, artritis, hinchazón en las articulaciones de las manos y otros dolores en las articulaciones de otros miembros.

A principios del siglo xv, en Barcelona había unos dos mil hombres esclavos. Las mujeres y los niños no se contaban, pero muy probablemente entre todos sumaban unas cinco mil personas. La ciudad debía de tener unos treinta mil habitantes, lo que significa que un sexto de la población barcelonesa era esclava. La esclavitud no era tan severa como en la época romana o visigoda, pero eso no quiere decir que no fuera profundamente injusta. La mayoría de los esclavos eran eslavos o griegos, pero también había muchos sarracenos, como era habitual en los siglos anteriores. Fuera de la ciudad, los esclavos se dedicaban a trabajar en el campo, mientras que dentro de Barcelona acostumbraban a encargarse de los quehaceres domésticos y, por tanto, su vida podía ser más o menos llevadera en función de las costumbres de la familia propietaria y de las obligaciones que les hubieran asignado. En el siglo xv ya no había, como era muy normal en la época romana, esclavos dedicados a la enseñanza, oficio que se había reservado al ambiente eclesiástico. A lo máximo que podía aspirar un esclavo barcelonés era a ser criado o doncella personal de alguien de la aristocracia o de la alta burguesía. En este sentido, era más común que las mujeres recurrieran al servicio de una esclava, mientras que los hombres solían contratar a hombres libres.

Pero, claro está, no todo era idílico. En una época en que el castigo físico, las mutilaciones y la pena de muerte eran el pan de cada día, también era normal que los esclavos, el estamento más bajo de la sociedad, fueran los más castigados. A mediados de siglo, un grupo de propietarios de esclavos de la ciudad hicieron llegar un escrito a las autoridades municipales instándolos a poner en marcha

una legislación más dura contra los esclavos, a quienes consideraban fuente de delincuencia, suciedad y relajación moral. Los mismos que conducían a aquellas personas a Barcelona contra su voluntad, que los obligaban a vivir en condiciones precarias y que los maltrataban tanto como querían, se quejaban de los males que esto provocaba... Como ven, la doble moral no es un invento contemporáneo. Un ejemplo evidente de doble moral con los esclavos era el ejercicio de la prostitución por parte de muchas esclavas. Ya fuera para pagarse la manumisión, es decir, la redención de la condición de esclavas comprando su libertad al amo, ya fuera porque el amo las obligaba a ganar dinero para él prostituyéndolas, lo cierto es que buena parte de las prostitutas de Barcelona eran esclavas. Era un comercio ilícito, pero, al parecer, las autoridades no lo perseguían con mucha convicción, sino más bien lo contrario. En una ordenanza del 7 de julio de 1414, el Consell de Cent castigaba con cien sueldos de multa o cien días de prisión a los amos de esclavas que ejercieran la prostitución. El castigo para las mujeres era de treinta sueldos o treinta días de prisión, pero si eran reincidentes, se añadía el detalle de ser azotadas en la vía pública.

La prostitución tenía un estatus parecido al que tenía en media Europa hace unos decenios: en apariencia era perseguida y formalmente menospreciada, pero estaba presente en la sociedad, tanto entre los hombres casados como entre los solteros. Con todo, las prostitutas medievales eran más visibles que las actuales en una gran urbe como Barcelona, donde durante los últimos años, y en concreto desde principios del siglo XXI, las prostitutas prácticamente han desaparecido de la vía *pública* para trasladarse a pisos situados en todos los barrios de la ciudad, como puede apreciarse en las páginas de anuncios de los periódicos.

A principios del siglo XV, la mentalidad era diferente. Uno de los autores más leídos en aquel momento —en una *época, todo sea dicho*, en la que muy poca gente sabía leer— era el franciscano gerundense Francesc Eiximenis. Su obra fue muy prolija, pero murió antes de haber completado su obra principal, *Lo crestià —El cristiano*

—, de la que solo pudo escribir cuatro de los trece volúmenes que debía tener. En ellos Eiximenis reflexiona sobre muchos temas, y por eso su obra es muy útil para entender la mentalidad de sus coetáneos. En uno de sus libros más populares, el *Llibre de les dones —El libro de las mujeres—*, reflexiona sobre temas morales con la finalidad de educar a las mujeres en la sumisión a los hombres y al pensamiento de la Iglesia. Es decir, que de progresista, nada. En este libro también habla de las prostitutas y, a pesar de que condena la lujuria, afirma que su existencia es necesaria y que «si la señoría presente castiga este pecado, se corre el peligro de que los hombres cometan otros peores como el adulterio o el pecado contra natura, los cuales son dañosos de la cosa pública, por lo que la señoría disimula este pecado de fornicación y lo permite». Es decir, mejor que los hombres vayan con prostitutas a que lo hagan con mujeres casadas o con otros hombres. Como ven, Eiximenis tenía clara la prelación de los pecados sexuales.

La mentalidad expresada por el moralista franciscano era compartida en la sociedad barcelonesa de la época. En algunos días señalados, por ejemplo, los ciudadanos de Barcelona hacían una colecta pública para los presos de la ciudad, pero no se trataba de pagarles ninguna clase de fianza o de ofrecerles alimentos más apetecibles, no. La colecta servía para pagar el servicio de unas prostitutas encargadas de aligerar la pena de estar prisioneros o quizá de estar esperando para ser ejecutados. El vis a vis de las prisiones actuales, pero con la lógica medieval.

En teoría, la prostitución solo podía ser ejercida dentro de un espacio determinado: el burdel. En Barcelona había dos muy importantes, situados a ambos lados de las Ramblas. El más antiguo era el de Viladecols, que estaba entre las actuales calles de les Heures, Tres Llits, Rauric y Vidre, entre la plaza Reial y la de Sant Miquel. El otro, que apareció después de la ampliación de la muralla en el Raval, era mucho más grande y moderno y estaba ubicado en lo que llamaban la Volta d'en Torre, entre las calles del Carme y Tallers. En estos dos lugares, donde se concentraba la prostitución

en Barcelona, las mujeres no solo ejercían el oficio, sino que también vivían, tenían a sus familias y, cuando se terciaba, compartían su espacio con alcahuetas, guardas y criados.

El Consell de Cent, y también las instituciones reales, emitieron una serie de disposiciones sobre la prostitución, señal de que era un tema polémico, motivo de controversia constante en la ciudad. Era obligatorio que en todos los burdeles hubiera un hombre, nombrado oficialmente por el Consell de Cent, que controlara la situación. El *cap de guaita* o *pare* —vigilante jefe o padre—, como se lo conocía, era tan responsable de las entradas y de los gastos como de que no se produjeran altercados. Cada servicio costaba catorce dineros, una suma muy asequible. Una parte de ese importe se abonaba en concepto de impuestos, que iban a parar a las arcas de la hacienda de la Corona. Estos debían de ser como los que actualmente derivan del tabaco, los cuales resultan imprescindibles para la administración, a pesar de que formalmente se procure evitar su consumo. Lo que quedaba después de haber satisfecho los impuestos, se repartía entre el burdel y la prostituta, aunque no sabemos en qué proporción. A pesar de estar formalmente prohibida, la prostitución también se ejercía en casas particulares. Era costumbre que en las casas donde había una prostituta se pusiera una vela encendida en el antepecho de la ventana y se dejara la puerta entornada, señales de que allí vivían una o varias mujeres que se dedicaban a ese oficio.

Según la normativa municipal, las prostitutas tenían que tener entre doce y veinte años. Horroriza pensar que unas chiquillas se dedicaran —mejor dicho, fueran obligadas a dedicarse— a ejercer el oficio, pero hay que tener en cuenta que en aquella época no existía el concepto de mayoría de edad, y que entre las familias modestas era costumbre que los hijos y las hijas de once o doce años se fueran de casa y se espabilaran por su cuenta. Las mujeres solteras pobres eran las más desamparadas y, por lo tanto, necesitaban valerse por ellas mismas, cayendo a menudo en la prostitución. Las prostitutas debían de vestirse de un modo que indicara claramente

su condición. En algunos reglamentos se indica que debían ir de blanco con un cinturón azul; en otros, que no podían llevar ropa de abrigo o que no les estaba permitido ponerse vestidos con bordados. Todo ello estaba pensado para que nunca pudieran ser confundidas con una mujer «honrada».

La normativa puede ser tan prolija como se quiera, pero, a la hora de la verdad, la gente aplica lo que le resulta más cómodo o lo que interpreta la sociedad. En el caso de la prostitución, pasó lo mismo. Están documentados muchos casos de mujeres que ejercían el oficio fuera de los burdeles, en su casa o al aire libre, que no vestían según lo indicado o que eran mayores de lo permitido. Las prostitutas, como mujeres pobres que eran, siempre eran tratadas con dureza y sin miramientos, azotadas y menospreciadas. Durante la Semana Santa, por ejemplo, se las encerraba en algún convento para que expiaran sus pecados y no podían salir a la calle. Algunos conventos, como el que había en la calle Magdalenes o el de la calle Egipcíaques, cerca del Hospital de la Santa Creu, se especializaron, por así decirlo, en acoger prostitutas que querían dejar el oficio. De hecho, este último convento tomó el testigo de una casa con el mismo nombre que acogía prostitutas que querían dejar el oficio sin entrar en un convento. Por aquel entonces, el término *egipcíaca* era sinónimo de prostituta arrepentida. María Egipcíaca era una santa —probablemente legendaria— del siglo IV, el gran siglo de la fabricación de santos. La Iglesia contaba que había nacido en algún lugar de Egipto y que, cuando era muy joven, impulsada por un irresistible deseo sexual, se fue a la gran ciudad de Alejandría, donde hizo todo lo que quiso y más. En realidad no era una prostituta, sino una mujer con una gran libertad sexual, o quizás una persona obsesionada con el sexo. En cualquier caso, mal vista por la sociedad biempensante. Tras unos años viviendo en Egipto, se fue a Jerusalén, donde siguió con su lujurioso estilo de vida. Un día, quiso entrar en una iglesia y una fuerza invisible se lo impidió. Entonces se dio cuenta de que era debido a su pésima conducta y decidió cambiar, transformándose en una mujer piadosa. Se retiró al

desierto, donde llevó una vida de eremita y vivió sola hasta su muerte. Una vida ejemplar, sin duda, aunque muchos se plantearían cuál de las dos etapas de su vida fue más ejemplar: si la juventud carnal o la madurez espiritual.

Las prostitutas de Barcelona no solían haber nacido en la ciudad. Muchas eran castellanas, pero también las había aragonesas, valencianas, gasconas y, naturalmente, catalanas. Las mujeres preferían ejercer el oficio lejos de su ciudad, donde nadie las conocía. Entre las esclavas, las eslavas tenían fama de guapas, aunque también las había sarracenas y, menos frecuentemente, judías.

Los clientes de las prostitutas no eran solo barceloneses. La transformación de la ciudad, que se había ejemplificado con la ampliación de las murallas durante el siglo XIV, había convertido Barcelona en un centro comercial de primer orden que atraía a mucha gente de fuera y generaba un volumen ingente de transporte de mercancías. Mantener en marcha una urbe así ya no era posible, como pasa hoy en día prácticamente en todas las ciudades, con los recursos que se generaban en el territorio más cercano. En este sentido, el comercio de la carne es especialmente significativo. La carne, al igual que en la actualidad, era una parte muy importante de la dieta de los barceloneses. Los cereales eran la base de la alimentación porque eran más baratos, más fáciles de transportar y de almacenar, y además contenían muchas calorías. El vino, que entonces era considerado más un alimento que una bebida —por eso se lo daban generosamente a los niños—, también formaba parte de la dieta barcelonesa, así como el pescado que suministraban los pescadores de la ciudad. Las hortalizas y los tubérculos —a excepción de la patata, obviamente, que todavía no había llegado a Europa— también eran un ingrediente destacado en la dieta de las mesas de la ciudad. Pero lo más apreciado era un buen trozo de carne, aunque fuera de baja calidad, llena de grasa y de cartílago, la única que los pobres podían permitirse.

Los animales para el consumo llegaban vivos a Barcelona procedentes de muchos lugares. La mayor parte de los bueyes, por ejemplo, se transportaba en barco desde Menorca, pero también llegaban de varios lugares de Francia, a través de los Pirineos, y Aragón. Los corderos venían básicamente de Aragón o de Valencia, aunque parte de los aragoneses procedían a su vez de Castilla. El transporte de los rebaños vivos era un problema porque Cataluña, como todos los demás países europeos hasta bien entrado el siglo XIX, estaba llena de fronteras interiores. Los señores de los lugares por donde tenían que pasar querían cobrar en dinero o en especie, lo cual no era bien visto ni por los pastores ni por el Consell de Cent, que a menudo enviaba hombres armados para evitarlo o, cuando las cosas no llegaban a tanto, negociaba con los señores propietarios del camino para conseguir el paso franco.

Esta actitud de defensa de los ganaderos y de los carniceros que abastecían la ciudad no era la misma cuando se trataba de preparar o distribuir la carne dentro de la ciudad. Los rebaños no eran sacrificados en cuanto llegaban a la ciudad. En el llano de Barcelona pastaban habitualmente bueyes, ovejas, cabras y cerdos, mientras esperaban que los carniceros tuvieran necesidad de carne para vender. Pero entonces, el llano de Barcelona, lo que vagamente se denominaba el territorio de Barcelona, ya estaba en manos privadas: las de los prohombres y los ciudadanos honrados de la ciudad que, además, controlaban el Consell de Cent. Así pues, los intereses de los carniceros y de los *consellers* se enfrentaban cuando el ganado llegaba a las afueras de la ciudad y no antes. Los *consellers* llegaron a buscar pastos en lugares más alejados, pero, claro está, eran propiedad de algunos aristócratas o de *consellers* de otros municipios, lo cual causaba conflictos con terceros implicados y todo se complicaba aún más.

Además, también estaba la cuestión de la venta de la carne. La carne de los animales grandes se troceaba, mientras que los animales más pequeños se vendían vivos y los clientes se encargaban de matarlos. En la actualidad, la carne que compramos

en las carnicerías parece no tener sangre, y no digamos la que compramos envasada en los supermercados. Pero en una época en la que todavía no se usaba hielo para conservar los alimentos, la putrefacción de la carne era evidente para los sentidos. Por eso el gobierno de la ciudad procuraba que la carne que se vendía estuviera limpia y en buen estado. Hacia finales del siglo xv, si la carne olía mal, se tenía que retirar de la venta aunque no estuviera podrida, porque las teorías médicas habían cambiado y se creía que la contaminación no solo llegaba al cuerpo humano por ingestión, sino también por respirar aires malsanos. En algunos lugares, la venta de carnes y de aves de corral complicaba mucho el trabajo de las autoridades. En la plaza de l'Oli, por ejemplo, había puestos de carne, de queso, de embutidos, de aves vivas y de pan. Los *consellers* dictaron una serie de normas para impedir que los vendedores de ocas y gallinas pusieran las jaulas sobre las mesas del pan, y también prohibieron que los vendedores de pan se pusieran de pie encima de las mesas donde se vendía la carne, aunque podían hacerlo en las suyas. Como vemos, las normas probablemente no defendían la higiene, sino que se trataba más bien de una cuestión de propiedad privada: solo el panadero podía pisar la mesa del pan, independientemente de lo limpias que llevara las suelas de los zapatos.

Las Cortes de 1413: la consolidación del pactismo

Barcelona era una ciudad vivaz, pero la situación de la Corona, de la que, de hecho, era capital, estaba empeorando. Los historiadores llevan años discutiendo si la llegada de la dinastía castellana fue la causa o la consecuencia del declive que sufrió Cataluña en el siglo xv. Es posible que ambas cosas. Consecuencia, porque los males de la Corona y de su monarquía se habían incubado desde el reinado del rey Pedro III, cuando se alcanzó la máxima expansión territorial a costa de exprimir el territorio y sus recursos materiales, financieros

y humanos. Y causa, porque la política emprendida por la nueva casa real empeoró todavía más una situación que, como acabamos de ver, ya era muy grave.

El desenlace del Compromiso de Caspe dejó insatisfechos a muchos súbditos, entre ellos a buena parte de los prohombres y los ciudadanos honrados de Barcelona. Temían que el nuevo rey de la dinastía de los Trastámara, Fernando I, se saltara la tradición de la Corona —especialmente viva en el Principado de Cataluña— de negociar y pactar con los estamentos para alcanzar acuerdos de gobernabilidad. El modo de proceder castellano era mucho más autoritario; la estructura social, diferente; la propiedad de la tierra hundía sus raíces en una lógica extraña para la realidad catalana; el desarrollo del comercio al que los castellanos estaban acostumbrados no tenía nada que ver con el de los catalanes, etcétera, etcétera. Aunque el poder del rey estaba tradicionalmente más limitado en la Corona de Aragón que en Castilla, lo ocurrido en las *últimas* décadas en toda Europa hacía que el modelo castellano fuese considerado más moderno y práctico. Los catalanes, hijos de una sociedad profundamente feudal y, al mismo tiempo, comercial y marítima, estaban acostumbrados a una cierta repartición del poder. Fernando I era un gran hombre de su época, tan hábil como lo sería su nieto, que reinaría bajo el nombre de Fernando II el Católico. Fernando era el segundo hijo del rey de Castilla, Juan I, y hermano del rey Enrique III. A Enrique lo apodaron «el Doliente», lo que ya dice mucho acerca de cómo fue su reinado. Fernando, que era el fuerte de la familia, recibió de su padre muchísimas tierras, las más ricas de la Corona castellana. Su hermano, que murió a los veintisiete años, solo tuvo tiempo de engendrar un heredero, el futuro Juan II de Castilla, mientras que del gobierno se encargó prácticamente siempre Fernando. Era una situación algo extraña, con un rey enfermo, un heredero muy pequeño y un hermano poderoso. Fernando hubiera podido apoderarse del trono, pero fue lo suficientemente leal como para no hacerlo, aunque no soltó las riendas de la regencia con facilidad. Mientras su sobrino crecía, la

situación en Castilla podía convertirse *fácilmente* en explosiva y degenerar en una guerra civil como la que ya había sufrido el reino hacía un tiempo. Pero a Fernando se le presentó una salida inesperada: la posibilidad, primero remota y después concreta, de quedarse con la Corona de Aragón.

Una vez reconocido en Caspe, Fernando se dirigió a Zaragoza acompañado por su hijo y heredero Alfonso, donde las Cortes los reconocieron. De allí salieron hacia Cataluña, el territorio más valioso de la Corona, pero también el más reticente a su elección. En ese corto espacio de tiempo se hizo rápidamente con el poder, apoyado, todo sea dicho, por el numeroso ejército castellano que lo seguía. Repartió cargos, privilegios reales y regalos, amortiguando la posibilidad, muy remota, de ser expulsado del poder nada más llegar.

Jaime de Urgell, el candidato derrotado que contaba con el apoyo de parte de los estamentos del Principado, fue coherente y cometió los mismos errores que habían caracterizado su vida hasta ese momento. Influido por su madre y por el noble aragonés Antón de Luna, pariente y enemigo al mismo tiempo del papa Benedicto XIII, juró fidelidad al nuevo rey y, acto seguido, cuando todavía estaban reunidas las Cortes en el convento de Santa Caterina, ubicado donde ahora está el mercado del mismo nombre, se sublevó contra él con la ayuda de mercenarios gascones y bretones y de unos cuantos nobles aragoneses. Fue del todo inoportuno, porque las Cortes de Cataluña no tuvieron más remedio que ponerse en su contra y apoyar al nuevo rey. Haciendo gala de una absoluta falta de juicio, Jaime se atrincheró con sus tropas en la ciudad de Balaguer, que fue inmediatamente asediada por Fernando I y los suyos. Jaime, llamado el Desdichado, tuvo que rendirse y fue apresado. Murió años más tarde sin haber recuperado nunca la libertad.

Esta victoria endulzó el recuerdo que Fernando de Antequera —otro de los nombres por los que era conocido— debía de tener de las Cortes de 1413 en Barcelona. En Castilla, él estaba acostumbrado a otra cosa y, para su sorpresa, se encontró con unos representantes

de los tres estamentos —nobleza, clero y burguesía— muy poco dispuestos a acatar sus órdenes sin discutir. Hasta los que habían votado a su favor en el Compromiso de Caspe exigían ahora acuerdos y que el poder fuera compartido. ¡Intolerable! El rey, que además era un cabezota, no entendía nada. Los principales obispos de Cataluña, los abades, las grandes casas aristocráticas, los escuderos y los hombres de armas, los ciudadanos honrados de Barcelona..., todos con intereses contrapuestos, peleando entre sí. Solo estaban de acuerdo en el hecho de que Fernando tenía que ceder y en que, a pesar de que el rey era el rey, no tenía un poder divino, sino que eran ellos quienes le conferían esta potestad. Fernando empezó a darse cuenta de que quizá no había hecho tan buen negocio quedándose con la Corona de Aragón, especialmente con el Principado de Cataluña, habitado por gente orgullosa, negociante y poco respetuosa del poder establecido.

Las Cortes de 1413 consolidaron lo que se conoce como «pactismo». El pactismo, la relación siempre variable, el tira y afloja, caracterizada por el *quid pro quo*, ha sido una de las constantes catalanas desde entonces. Así llevamos más de seis siglos... Sin embargo, uno de los errores que se cometen habitualmente es creer que el pactismo ha sido la única característica de las relaciones entre Cataluña y el poder, ya fuera castellano, español o simplemente oligárquico. El pactismo es una manera de concebir el mundo y, por extensión, la política que parte de la base de que los catalanes tienen que aprovechar siempre las oportunidades que las circunstancias conceden a los débiles para recoger las migajas de los poderosos. No es suficiente con ser inteligente y culto —cosa que la mayoría de los catalanes creen ser por el simple hecho de haber nacido donde han nacido—, sino que también hay que ser listo y espabilado. El centésimo vigésimo sexto presidente de la Generalitat, Jordi Pujol, hablaba metafóricamente, tal y como a él le gustaba, de la política del *peix al cove*, es decir, de pájaro en mano. Esa expresión es mucho más antigua que el presidente Pujol y, originalmente, significaba obtener algo de forma sencilla y con

determinación. Pero Pujol transformó la expresión popular y le dio otro sentido para explicar lo que el pactismo ha representado a menudo en la política catalana: cuando negocias con alguien más poderoso que tú, consigue todo lo que puedas y asegúrate de apoderarte efectivamente de todo lo que el otro te concede, por poco que sea. Lo justo sería que la contraparte aceptase todo lo que le proponen, pero como eso no puede ser, porque la posición catalana es débil por definición, hay que arañar y quedarse con lo que se ofrece. Pues bien, esta visión del pactismo transformado en una política mísera ha sido, como decíamos, uno de los pilares de la política catalana de los últimos siglos. Pero hay que tener en cuenta que junto con este pactismo, muy utilizado por los estamentos más cercanos al poder central —fuera catalán o de otro sitio—, la inmensa mayoría de los catalanes, y los barceloneses en especial, han tenido actitudes mucho más orgullosas y valientes ante los poderosos. Las Cortes, la Generalitat y el Consell de Cent, en general, fueron pactistas, pero en los momentos más dramáticos de la historia también supieron ser valientes y determinados.

Finalmente, las Cortes de 1413 consiguieron un buen número de cosas. En primer lugar, a partir de ese momento, las leyes que regían Cataluña, tanto las de carácter más público —las Constitucions— como las de carácter privado —los Usatges—, se conservarían por escrito. Esto reforzaba la seguridad jurídica y disminuía la posibilidad de que las normas fueran interpretadas solamente a gusto de la monarquía. Pero además de eso, que ya era mucho, se reformó profundamente la Diputació del General, la Generalitat, que se convirtió en un organismo más fuerte y más autónomo, donde el rey no podía inmiscuirse en ningún caso, un hecho insólito en el panorama mundial. Por primera vez, una institución relativamente popular —y, como veremos, en este caso, la palabra *relativamente* cuenta más que la palabra *popular*— administraba una buena parte del erario público, tomaba decisiones de gobierno y elegía a sus miembros sin que el monarca pudiera opinar.

En el siglo XXI, esta asunción del poder por parte de los estamentos más cercanos al pueblo suena muy bien, pero, no nos engañemos, el siglo XV era duro, muy duro. Las Cortes catalanas solo representaban, siendo generosos, a un veinte por ciento de la población, y eso teniendo en cuenta que las mujeres de clase alta estaban representadas, que ya es decir. No es de extrañar que otra de las concesiones que los diputados nobles y eclesiásticos consiguieron del rey Fernando fuera el refuerzo del control de los payeses de remensa, que a partir de entonces deberían estar aún más ligados a la tierra que trabajaban por cuenta del amo.

Este hecho fue una de las causas directas de la guerra civil que estallaría treinta años después. Durante los últimos cincuenta años, los propietarios de las tierras habían visto con horror que por culpa de las pestes, en primer lugar, pero también a causa de los desastres económicos provocados por los últimos reyes de la Casa de Barcelona, muchos payeses habían, literalmente, desaparecido. La Cataluña rural se había llenado de casas de labor abandonadas, conocidas como *masos rònecs*, simplemente porque sus habitantes, en la mayoría de los casos, habían muerto. Este hecho habría podido ser una oportunidad para reconvertir la explotación de la tierra, pero desgraciadamente no fue así. Los nobles y los eclesiásticos, viendo que podían obtener menos rentas del campo porque había menos mano de obra para labrarlo, decidieron obviar el problema y seguir ganando lo mismo a pesar de que las imposiciones tuvieran que ser repartidas entre menos payeses. Las extorsiones al campesinado se multiplicaron en lugar de suavizarse, como habría sido más civilizado. No hay que escandalizarse mucho. En nuestra época ha pasado exactamente lo mismo con la gestión de la crisis económica de los primeros años del siglo XXI: los ricos ahora son más ricos y los pobres, más pobres que cuando la crisis empezó, como en el siglo XV.

Una vez superadas las Cortes y derrotado Jaime de Urgell, Fernando debió de pensar que todavía quedaba tiempo para rectificar su nueva relación con los catalanes. Pero en realidad no

quedaba, tal y como pronto le demostraron algunos súbditos. Cuando parte de su corte de origen castellano se instaló en el Palau Reial de Barcelona, se comportó como siempre había hecho en Castilla, negándose a pagar impuestos porque en el reino vecino el soberano y sus protegidos no lo hacían. Pero en Cataluña, y en concreto en Barcelona, las cosas no funcionaban así.

En 1416, Fernando estaba en la ciudad y el Consell de Cent estaba muy molesto con su señor. Una de las *últimas cosas* que Martín el Humano había hecho en su vida era reformar algunos impuestos. Por ejemplo, el *vectigal*, que se remontaba a la época romana y gravaba con un denario por libra de peso —poca cosa— la venta de cualquier mercancía, aunque generalmente se aplicaba a la carne.

Pues bien, los cortesanos castellanos de Fernando se negaban a pagar esa tasa, más por orgullo que por otra cosa, y su señor los apoyaba. Por este motivo, el Consell de Cent envió a su segundo *conseller*, Joan Fiveller, a reclamar el pago del impuesto. La elección de Fiveller no era casual, porque había sido durante dos décadas uno de los principales prohombres de la ciudad, había gozado de buenas relaciones con el rey Martín I e incluso había asesorado a Fernando para sofocar la sublevación de Jaime de Urgell. Es decir, no era sospechoso de estar en contra del monarca Trastámara ni de ser la oveja negra de la oligarquía catalana. Encabezando una delegación, Fiveller fue a visitar al monarca y le recordó que, según la tradición catalana, era rey por voluntad de sus súbditos y que, como todos, estaba supeditado a la ley. El rey se enfadó mucho y al día siguiente, cuando salía para Zaragoza, ignoró públicamente a la delegación del Consell de Cent que fue a despedirle. Según una crónica escrita unos veinte años después, Fernando se giró al llegar a la puerta de la ciudad y dijo en voz alta que Barcelona recordaría su ofensa. Pero Fernando, que no se encontraba bien, murió de camino a Zaragoza. Para los barceloneses fue una prueba clara de que nadie, ni rey ni vasallo, podía enfrentarse a la ciudad sin pagar las consecuencias.

Este episodio fue cantado y recordado durante generaciones. Un gran historiador, Antoni Rovira i Virgili, dijo en 1931 que era el único hecho de la historia de Cataluña que todo el mundo conocía. Para conmemorar el acto de valentía y de reivindicación de las libertades por parte de Fiveller, se colocó incluso una estatua suya, que todavía existe, en la fachada del Ajuntament y se le dedicó la calle —hoy llamada Ferran— que va desde la plaza de Sant Jaume hasta la Rambla, aunque la dictadura franquista restableció durante unos años su nombre original, el de uno de los peores reyes de la historia de España: Fernando VII.

El orgullo por Fiveller y su gesto conllevó que se investigara a fondo el episodio y, como era de esperar, encontraron muchas lagunas en el relato. Las actas del Consell de aquella época se han perdido y solo queda un documento, probablemente un borrador, que menciona el hecho, pero que no se refiere a un impuesto sobre la carne, sino sobre el pescado. Además, el documento, escrito al día siguiente de la visita de Fiveller, no da mucha importancia a lo que había pasado, entre otras cosas porque seguramente hubo bastantes encontronazos entre los *consellers* y el rey, y no solamente por temas fiscales. El incidente está explicado en documentos posteriores, lo que hace pensar que algo pasó y que quizá lo más trascendente no fue la queja del Consell, sino que enviasen para resolverlo a una figura tan destacada como Fiveller. En cualquier caso, los primeros cuatro años de reinado de la nueva dinastía inauguraron lo que se convertiría en una constante hasta 1714: la mala relación entre el rey y las instituciones catalanas; una mala relación mutua, a pesar de que, desde la perspectiva actual, durante ese periodo de trescientos años hubo momentos mejores y peores.

ALFONSO, UN REY RENACENTISTA

Tras la muerte prematura de Fernando, subió al trono su primogénito, Alfonso. El reinado de Fernando, si bien fue corto, estuvo teñido de claroscuros. Si el enfrentamiento con la nobleza catalana y la burguesía barcelonesa había ido en aumento, lo cierto es que las políticas fiscales y de asuntos exteriores que había emprendido empezaban a invertir la situación sin salida en la que se encontraba el reino. Fernando había visto muy claro que el comercio mediterráneo era el remedio para todos los males que sufría el país. En Valencia ya lo habían entendido, y el desarrollo de la ciudad contrastaba con la atonía que sufría Barcelona desde el reinado de Juan I.

Estamos en pleno Renacimiento y, por primera vez en muchos siglos, las cuestiones estéticas, las discusiones mundanas, la poesía, el arte, la decoración, etcétera, adquieren importancia. A Dios, piensan los humanistas, no se llega solamente mediante la introspección, sino que hay que alabar la obra divina mediante la obra humana. Podría parecer una idea insignificante, pero si nos detenemos un momento a reflexionar, nos damos cuenta de que describe una sociedad totalmente diferente a la de aquella época. Como todos los cambios sociales profundos, esta entrada en la modernidad será lenta e irá produciéndose a lo largo del siglo xv.

Los historiadores decimonónicos dividieron la historia de la humanidad en una serie de periodos poco precisos, si bien con unas fechas fijadas en función de los acontecimientos considerados fundamentales. De este modo, se pasaba de la Edad Antigua a la Media el día de la caída de Roma bajo las tribus bárbaras, en el año 476. La Edad Moderna se determinaba en función de la caída de Constantinopla en manos otomanas, que tuvo lugar en 1453. Y, siguiendo este canon, la Edad Contemporánea empezó con la Revolución francesa en 1789. Aunque estas divisiones se consideran obsoletas desde hace años, muchos departamentos universitarios siguen estando organizados teniéndolas en cuenta, y además, a la hora de explicar un periodo, resultan relativamente cómodas. Para Barcelona y, más en general, para el Principado de Cataluña, la caída

de Constantinopla no marcó la diferencia entre la Edad Media y la Moderna. El cambio fue, como en todas partes, gradual, si bien se aceleró durante el siglo xv. La irrupción de la nueva dinastía castellana sacudió las estructuras del Principado y de su gran ciudad: Barcelona. Hasta entonces, los monarcas catalanes, con más o menos acierto e intensidad, siempre habían tenido los ojos puestos primero en Barcelona, después en Cataluña y, por último, en la Corona. En cambio, los Trastámara, en cambio, nunca olvidaron de dónde venían y, aunque velaron por los intereses de la Corona, siempre tuvieron los ojos puestos en el reino de Castilla, que consideraron un plato más suculento que el aragonés.

Alfonso, como ya se había convertido en tradición para los reyes con soberanía en Cataluña, entró con mal pie. Cuando su padre murió en 1416, el primer gran acto público que presidió fue una reunión del Consell de Cent. Alfonso IV, sin ningún reparo, se dirigió a los presentes en castellano, lo cual sorprendió y decepcionó a los asistentes, pues la mayoría no se enteró de nada. Su padre tampoco hablaba catalán, pero hizo esfuerzos por utilizarlo y se ayudaba con intérpretes. Sin embargo, Alfonso decidió que, si el monarca hablaba un idioma, eran los súbditos quienes tenían que cambiarlo, no él. Esto se añadía a lo que ya había sido repetidamente objeto de queja respecto a la corte de su padre: todos los funcionarios que lo ayudaban eran castellanos y no entendían ni querían entender el catalán. A su padre, recién llegado de Castilla y con un reinado tan corto, se le podía perdonar, pero a él no.

Alfonso era un chaval ambicioso. Durante el poco tiempo en que fue rey, su padre había conseguido solucionar, gracias a sus buenos contactos con la Serenísima República de Génova, la situación en Cerdeña y en Sicilia, que tantos dolores de cabeza había provocado a los últimos reyes de la Casa de Barcelona. Los genoveses ya no apoyaban a los sardos, lo que facilitaba el trabajo de los catalanes. Por otra parte, el rey Fernando había casado a su segundo hijo, Juan —no pierdan de vista a este chico, tendrá un gran protagonismo en esta historia—, con Blanca de Navarra —viuda de Martín el Joven,

rey de Sicilia e hijo mayor de Martín I y María de Luna—, y había enviado a la pareja a Sicilia en calidad de virreyes. Además, firmó tratados con Egipto y con Fez para disminuir los ataques a los barcos catalanes. Por primera vez, y aunque fuera un arreglo, el Mediterráneo que controlaba la Corona era relativamente pacífico.

Así pues, Alfonso heredó una buena base en el ámbito internacional y un ambiente enrarecido en el interior. Justo antes de la muerte de su padre, había conseguido que la Corona de Aragón, la última que reconocía a Benedicto XIII —lo cual la debilitaba a los ojos del mundo—, retirase su apoyo a ese Papa, el gran artífice del Compromiso de Caspe, que fue enviado a la fortaleza de Peñíscola, donde pasó sus últimos años. En el exterior, Alfonso encontró las satisfacciones y los éxitos que le fueron negados durante todo su reinado en el interior, y muy especialmente en Cataluña. Quizá porque su mirada se posó enseguida en el Mediterráneo, abandonó el deseo expreso de su padre, la política intervencionista en Castilla. Como se ha dicho, Castilla era más poderosa y rica que Aragón, sin olvidar que los Trastámara también dominaban la casa real castellana. Fernando había gobernado la Corona con el apoyo castellano, y Alfonso, que se sentía castellano antes que nada, parecía predestinado a actuar de la misma manera. Incluso su mujer, María, su prima, era hermana del rey castellano. Pero Alfonso tenía otras aspiraciones, probablemente personales, que lo alejaban, en primer lugar, de Castilla y de su parentela, incluida su mujer, y, en segundo, de los conflictos de la Corona, especialmente de los de Cataluña, que solo le traían disgustos y le daban pocas satisfacciones. Alfonso tenía otras ambiciones, aunque al principio de su reinado parecía no saberlo.

La Biga y la Busca: dos partidos políticos

Los representantes de las clases altas catalanas, que se sentían cada vez más desamparados por el monarca, pensaban que se debía en buena medida al hecho de que la corte que lo rodeaba era extranjera, ajena a la mentalidad del país. En realidad, también se sentían huérfanos porque ellos mismos se alejaban —si es que en algún momento estuvieron cercanos— de las clases más bajas, que estaban cambiando, lo cual sí era un síntoma del paso de la Edad Media a la Moderna. En las zonas rurales, que constituían la mayor parte del país, los payeses, por primera vez en la historia, se organizaban para luchar contra los abusos de los señores. Y en las ciudades, las clases medias y bajas estaban hartas de la oligarquía. En Barcelona, este hecho cristalizó en lo que hoy llamaríamos partidos políticos.

Por una parte, estaba la Biga, el más antiguo. La Biga representaba a los prohombres y a los ciudadanos honrados, los que tenían intereses en el comercio y la gobernación de la ciudad, o dicho con otras palabras, a los que verdaderamente controlaban Barcelona. Eran quienes acaparaban las instituciones, especialmente el Consell de Cent, pero también la Generalitat. Confundían sus intereses personales con los de todos, y estaban en conflicto permanente con el rey y los grandes nobles eclesiásticos, porque ostentaban derechos que no venían de nacimiento, y con las clases más bajas, que reclamaban mejores condiciones de vida y más libertades. Se veían a sí mismos como los sustentadores de la sociedad catalana y, *más concretamente*, de la barcelonesa. Por eso decían que eran como una *biga* —viga— que mantenía en pie el edificio de la ciudad. Los grandes apellidos de siempre, los Fiveller o los Gualbes, fueron quienes dominaron este grupo, que a menudo se refería a estas dinastías como la facción de la Biga, es decir, el núcleo duro de hombres del partido de las clases dominantes.

Los que más se oponían a la Biga en Barcelona eran los ciudadanos honrados, de economía más modesta, mercaderes y algunos menestrales y artistas. En aquel momento aún se reconocían como artísticos algunos oficios que hoy llamamos

profesiones liberales, como la de notario. Aunque nunca acabó por constituirse en facción, y con los años se formó y se disgregó, este partido se llamaba la Busca. *Busca* significa «astilla», de ahí la ironía del nombre: mientras que los poderosos se consideraban la viga que sostenía la sociedad, los más modestos solo eran una astilla de la viga. Está claro que se reían del bombo y de la ufanía de quienes mandaban en Barcelona. Los miembros de la Busca, los *buscaires*, solían decir además que muchas astillas juntas podían dañar la viga.

En circunstancias normales, los *buscaires* habrían podido hacer bien poco. La Biga tenía el poder de la ciudad. Pero las circunstancias no eran normales. En primer lugar, Alfonso IV, que procedía de una tradición casi absolutista *y se había encontrado en Cataluña con un poder limitado*, tenía que pactar prácticamente todo. Además, la gran crisis demográfica de los *últimos decenios había debilitado la Corona, especialmente el Principado de Cataluña y la ciudad de Barcelona*, que lo dominaba. Por otra parte, se había producido una cierta toma de conciencia por parte de las clases populares, dominadas desde hacía tres siglos por el sistema feudal más duro de Europa, y los payeses de remensa y las clases bajas estaban muy hartas de los malos tratos de los poderosos. Y, por último, la clase media —como la concebimos hoy— se había fortalecido con el comercio y con el ejercicio de profesiones especializadas, más propias de los nuevos tiempos que de una sociedad medieval que empezaba tímidamente a desaparecer.

Para acabarlo de arreglar, Alfonso —a quien los aduladores profesionales llamaban ya en vida el Magnánimo, nombre con el que se le conoció a pesar de su falta de consistencia— necesitaba, como todos los reyes, mucho dinero. Tenía que contentar a los oligarcas de la Biga, porque eran quienes más tenían, pero sus exigencias y su tendencia a aliarse con la nobleza catalana los convertía en gente desagradable a los ojos del rey. Por eso, Alfonso quiso ocuparse de los de la Busca, porque enojaban a los de la Biga y a menudo coincidían con el monarca en la necesidad de establecer medidas contra los oligarcas. En cualquier caso, al rey le aburría esta política

de poca monta. Había empezado a huir de los territorios de la península ibérica, que lo asqueaban, y dirigía a distancia la política a través de su esposa, María de Castilla —una mujer abnegada y sacrificada—, y del noble al que nombró gobernador de Cataluña, Galceran de Requesens.

Galceran de Requesens fue un personaje muy interesante; fundador, de hecho, del linaje de los Requesens, una de las familias nobles que, después de varias generaciones, fue absorbida por una gran casa aristocrática de la Monarquía Hispánica: los Medina Sidonia. Pues bien, Galceran se distinguió por ser uno de los altos funcionarios del rey, como en menor medida ya había sido su padre con el anterior monarca. Siempre antepuso los intereses del monarca por encima de todo, y Alfonso lo recompensó con muchos cargos, títulos y privilegios. En 1432 fue nombrado *batlle general* de Cataluña —alcalde general, primer administrador del territorio—, un cargo importante hasta cierto punto, en cuyo ejercicio se distinguió, pues enseguida se puso en contra de los oligarcas de Barcelona y rápidamente localizó a sus aliados: los menestrales y los mercaderes barceloneses. El choque fue tan fuerte que en 1435 los ciudadanos honrados lo apresaron, aunque lo liberaron inmediatamente con la condición de que abandonara la ciudad. Tras unos años en Menorca, volvió a Barcelona con ganas de bronca, trabajó al lado del gobernador y siguió tejiendo alianzas entre la menestralía y los artistas —notarios, cirujanos, apotecarios, cereros, etcétera—, siempre contra los oligarcas que controlaban el Consell de Cent.

En 1449, tras una serie de reuniones entre el caballero Requesens y dos amigos suyos, los Destorrent —padre e hijo, mercaderes de Barcelona—, se llegó a una conclusión: la única manera de acabar con el poder despótico que ejercía la facción de la Biga en el Consell de Cent era organizándose, aunando fuerzas y con el apoyo, aunque fuera indirecto, de la monarquía. Durante tres años, la idea no prosperó. Ni el mismo rey veía claro eso de dar alas a una gente que no procedía de la élite, aunque fuera para intentar frenar el poder de sus enemigos. Pero las reticencias que

constantemente mostraba el municipio de Barcelona a la hora de entregar subsidios a la Hacienda de la monarquía y el clamor creciente de la corrupción del Consell de Cent ablandaron la voluntad de Alfonso. En 1452 se constituyó el *Sindicat dels Tres Estaments i poble de Barcelona* —Sindicato de los Tres Estamentos y Pueblo de Barcelona—, la base de la Busca. El sindicato, paralelo al sindicato de los remensas que habían formado los payeses, estaba integrado por unos cien mercaderes, artistas y menestrales, que representaban al mayor número posible de oficios de Barcelona con la intención de que la *mà mitjana* y buena parte de la *mà menuda* sintieran esta asociación como propia. Si la Barcelona del siglo xv hubiera gozado de un sistema democrático, el sindicato, la Busca, sin duda, habría ganado las elecciones. Pero la democracia estaba olvidada desde hacía siglos y todavía faltaban otros tantos para que se descubriese de nuevo. Para que la Biga cayese había que tomar decisiones duras y autoritarias. En primer lugar, Galceran de Requesens fue nombrado lugarteniente después de una durísima oposición de la oligarquía de Barcelona, que sabía que era su enemigo. El cargo de lugarteniente era muy importante, se trataba de una especie de virrey con un gran poder, pues el rey Alfonso siempre estaba ausente y, como mucho, intervenía para suavizar las decisiones que su lugarteniente había tomado unos meses antes. Llegar a lugarteniente dejaba por fin el paso libre al caballero Requesens para eliminar los obstáculos que permitirían a sus aliados apoderarse del Consell. En las primeras elecciones que se celebraron —como siempre, manipuladas— para renovar a los cinco *consellers* principales, el verdadero gobierno de la ciudad, Requesens intervino y concedió arbitrariamente el poder municipal a sus protegidos. Los de la Biga lo interpretaron como un golpe de Estado, y quizá llevaban algo de razón. La gente de la Busca, con el poder municipal en las manos, se lanzó a una serie de cambios rápidos y muy revolucionarios: a partir de entonces, los miembros del Consell de Cent se elegirían de forma paritaria entre los cuatro estamentos y no básicamente entre los prohombres y los ciudadanos honrados.

También decidieron, y fueron refrendados por un privilegio real de 1455, que la *conselleria* —consejería—, el *órgano* rector del municipio, debía tener una composición más o menos paritaria: dos ciudadanos honrados, un mercader, un artista y un menestral.

Pero los *buscaires* debieron de calcular mal sus fuerzas. Emborrachados por el éxito, se lanzaron a una política que iba más allá de Barcelona, una política muy moderna, pero también muy osada y audaz, demasiado. La Busca impuso una devaluación monetaria y aumentó el proteccionismo para frenar la entrada de las tropas de Flandes, más baratos y de mejor calidad que los catalanes, lo cual implicó que otros territorios de la Corona, los principales afectados, se quejaran ante el rey. La devaluación fue inicialmente muy popular, sobre todo entre las clases más humildes de Barcelona, pues los pobres y la gente modesta se encontraron con que, de la noche a la mañana, por cada *croat* —cruzado, una moneda relativamente valiosa— les daban de quince a dieciocho dineros. Al principio todos pensaron que eran más ricos, hasta que los precios se dispararon y se dieron cuenta de que aquel cambio los había convertido en todavía más pobres.

Estas dos líneas políticas fueron criticadas por los partidarios de la Biga, los *bigataires*, ahora refugiados en la Generalitat. Este será el primer episodio de enfrentamiento entre la Generalitat y la Casa de la Ciutat, un clásico en la historia de Cataluña. Pero aunque Barcelona es el motor y el alma de Cataluña, no es toda Cataluña. La Casa de la Ciutat defiende los intereses más particulares, pero con la convicción de que lo que es bueno para Barcelona es bueno para el país. La Generalitat, en cambio, tiene tendencia a ver las cosas desde un punto de vista más global y piensa que lo que es bueno para Cataluña es bueno para la capital. Además, al cabo de un tiempo, los *buscaires* fueron abandonados por la gente de los oficios, que se daba cuenta de que las reformas emprendidas solo beneficiaban a los mercaderes. El enfrentamiento entre la Busca y la

Biga acabó muy mal, pero los acontecimientos se desencadenaron en medio de un conflicto dinástico. Veamos qué ocurrió y luego volveremos a la lucha entre *buscaires* y *bigataires*.

UN CONFLICTO DINÁSTICO

Alfonso estaba en Nápoles, que había quedado bajo el dominio de la Corona de Aragón. Nápoles era una ciudad magnífica, la más importante del Mediterráneo y probablemente de Europa en aquel momento, con permiso de París. Mientras que Barcelona tenía unos treinta y cinco mil habitantes, Nápoles rondaba los ciento cincuenta mil. En pleno Renacimiento, la corte del rey Alfonso atrajo a los mejores artistas y humanistas, los más refinados. Para acabar de arreglarlo, un día, Alfonso estaba paseando por las calles de la gran ciudad y vio pasar a una doncella bellísima, Lucrezia d'Alagno, una chica de dieciocho años y facciones botticellianas. Lucrezia era hija de la nobleza menor napolitana, y el rey, que entonces ya tenía treinta y dos años, se enamoró inmediatamente de ella. La invitó al palacio y, por lo que parece, su enamoramiento era sincero porque no intentó seducirla, sino que eso ocurrió con el paso del tiempo. En cualquier caso, entre Lucrezia, otras amantes, la vida cortesana de Nápoles, la sensación de que allí, y no en Barcelona, estaba el ombligo del mundo internacional y las historias desagradables y poco tentadoras que le llegaban de Cataluña, el rey decidió no volver nunca más. Como no había tenido hijos con María de Castilla, y dada la distancia que los separaba era poco probable que los engendrasen, pronto los ojos de la Corona se pusieron en el hermano menor de Alfonso, Juan, que parecía destinado a ser el heredero de todas las tierras del reino. Cuando Alfonso murió en 1458, los súbditos lanzaron un suspiro de alivio. Estaban hartos de aquel rey distante, despilfarrador y que tan poco se ocupaba de ellos. El notario de la Generalitat dijo que el infierno era el lugar más adecuado para el rey difunto y su esposa.

Si Alfonso fue un poco zascandil pero encantador, Juan era, en cambio, un personaje turbio, ambicioso, cruel, chapucero y violento. Una joya. Juan fue el principal mandatario de cuatro reinos y consiguió que en los cuatro estallara una guerra civil: Sicilia, en que fue virrey; Castilla, de la que fue regente; Navarra, donde fue rey consorte; y Aragón, donde provocó la guerra civil catalana. Juan habría deseado ser rey de Castilla, pero su actuación despótica provocó la formación de un partido encabezado por sus hermanos menores, que lo expulsaron. Como estaba casado con la reina de Navarra, Blanca, quiso regir aquel reino. Blanca dejó en su testamento que sería rey el hijo de ambos, Carlos de Viana, y que su marido Juan ostentaría la regencia, pero Castilla, que quería quedarse con Navarra, intervino. Carlos se alió con los castellanos para hacer prevaler sus derechos, y Juan, en cambio, buscó alianzas dentro del reino. Carlos fue derrotado y se refugió en Sicilia, pero sus partidarios fueron perseguidos sin piedad por su padre y la animadversión entre ambos ya no desapareció nunca.

Como Alfonso estuvo ausente en los últimos años de reinado, encargó el virreinato a Juan, que mientras tanto se había casado con la noble castellana Juana Enríquez. El hijo de ambos será el futuro Fernando el Católico.

Ya durante los años de su virreinato, Juan consiguió hacerse odiar por buena parte del país, sobre todo por la oligarquía barcelonesa. En las primeras cortes que presidió como rey en 1460, en Lleida, convocó a su primogénito, Carlos, para reconciliarse con él públicamente. Pero las cosas se torcieron y Juan decidió apresar a su hijo, lo que provocó un escándalo mayúsculo. El acto se consideró contrario a los Usatges y a las Constitucions, y las Cortes en pleno se rebelaron. Juan II disolvió la reunión, y las Cortes tomaron entonces una decisión sin precedentes y delegaron todo su poder en la Generalitat, que debería ser asistida por la Casa de la Ciutat de Barcelona. La Busca, en el gobierno municipal, no tuvo plena conciencia de que este hecho significaba que acababan de traspasar todo el poder de las Cortes, que teóricamente era incluso superior al

del rey, a sus enemigos de la Biga. Solamente se centraron en presionar a Juan II para que pusiera en libertad al príncipe de Viana, muy querido por las clases populares, pues lo veían muy diferente de su padre y de su difunto tío.

Juan II se asustó, liberó a su hijo y se avino a negociar cambios políticos. El príncipe Carlos y su séquito viajaron a Barcelona, donde fueron recibidos con gran alegría por la multitud. La Generalitat obligó entonces a Juan II a firmar un acuerdo en virtud del cual no podía entrar en el país sin su permiso y que establecía que, desde aquel momento, el príncipe tenía todo el poder en Cataluña. Los de la Busca también empezaron a preocuparse; aquel juego político que tan alegremente habían emprendido se volvía ahora en su contra, pues todo el poder real pasaba a manos de la oligarquía barcelonesa, la Biga, grandes defensores del poder del príncipe; y, mientras tanto, las clases humildes barcelonesas, deslumbradas por Carlos de Viana, se habían convertido en aliadas de los prohombres y los ciudadanos honrados. Pero tres meses después, el príncipe murió inesperadamente en Barcelona. Entre la gente del pueblo empezó a correr el rumor de que era un santo y de que Dios lo había llamado a su lado, por lo que le dieron el apelativo de *«Sant Karles de Catalunya»*, es decir, san Carlos de Cataluña. Al parecer, la muerte de su primogénito no provocó ni una sola lágrima a Juan II, que de repente vio el camino despejado. En cumplimiento de los acuerdos, envió a su segundo hijo, Fernando, que entonces solo tenía nueve años, en calidad de nuevo virrey bajo la supervisión de su madre, Juana Enríquez. La reina, que era una persona dura, intentó ganarse las simpatías de la Busca, que mandaba en la Casa de la Ciudad, para acabar con la Biga, que mandaba en la Generalitat. El día de San Matías, el 24 de febrero de 1462, el sindicato de los *Tres Estaments i poble de Barcelona*, de acuerdo con la reina, exigió la ruptura del compromiso con la Generalitat para que Juan II pudiera volver a Barcelona a ejercer su poder y Juana, quien había anunciado su marcha a Girona con el príncipe heredero a causa del mal ambiente en la ciudad, se quedase en ella.

La toma de posición de la Busca causó una indignación que fue aprovechada por la Biga para expulsar a los *buscaires* de todas las instituciones y, al cabo de poco, detener a sus principales dirigentes mientras la reina y su hijo huían a Girona.

La represión fue brutal: los soldados de la Generalitat detuvieron a los principales dirigentes *buscaires* en sus casas y los condujeron a la prisión de l'*Àngel*, en la plaza del mismo nombre, donde ahora se ubica el Hotel Suizo. Allí los torturaron, y los dos representantes principales, Pere Destorrent y Francesc Pallarès, fueron ahorcados. Sus cadáveres fueron abandonados en el suelo de la plaza del Rei para que todos pudieran verlos y quedara claro quién mandaba en Barcelona. Los demás miembros de la Busca fueron colgados sin tantas ceremonias después de ser torturados.

Este hecho y el levantamiento de los remensas, que se produjo al mismo tiempo, hicieron estallar la guerra civil en Cataluña, un conflicto a dos bandas con alianzas muy extrañas que, de hecho, se rompieron hacia el final de la guerra. Por una parte, el rey, algunos nobles y funcionarios, los *buscaires*, los mercaderes menores de Barcelona y los payeses de remensa. Por otra, la mayor parte de la nobleza catalana, la oligarquía de Barcelona y el *poble menut* —pueblo llano— de las ciudades. La guerra duró dos años y Barcelona fue asediada sin éxito un par de veces. En cualquier caso, la oligarquía catalana perdió terreno, entre otras cosas por la poca habilidad que mostró al elegir a sus aliados. Primero ofreció el trono de Cataluña a Enrique IV de Castilla, quien, al cabo de poco, vio claro que aquello no conducía a ninguna parte y renunció. Entonces se lo ofrecieron al francés Renato de Anjou, otro gran error, porque el pueblo vio que la oligarquía se aliaba con los dos reinos que más veces habían intervenido militarmente en el país. En 1472 se firmó la Capitulación de Pedralbes en ese monasterio, que todavía se puede visitar. La capitulación ponía fin a la guerra de una manera paradójica: si bien reconocía la victoria de Juan II, las condiciones del acuerdo mostraban que, en realidad, el rey había pactado con la oligarquía marginando a sus aliados populares.

Barcelona, como todo el país, quedó muy deteriorada tras la guerra. El comercio se hundió y Valencia tomó el relevo de sus rutas internacionales. Solo el proteccionismo comercial que impuso el nuevo rey, Fernando, permitió volver a poner en pie la economía barcelonesa.

El mundo caballeresco en el Born

A pesar de la guerra civil, la vida continuaba, al igual que durante los años convulsos del conflicto. En el siglo xv empiezan a utilizarse las armas de fuego, en forma de morteros y cañones de poca potencia y precisión. También es el siglo del gran auge de las justas y los torneos, precisamente cuando el mundo caballeresco está llegando a su fin, y con él toda una visión del mundo. Barcelona no permanece ajena e incluso dedica una plaza, una de las más importantes de la ciudad —la plaza del Born—, a este tipo de competiciones. En catalán antiguo *bornejar* es sinónimo de *tornejar*, es decir, tornear o participar en un torneo. La plaza del Born está precisamente concebida para eso, de ahí su forma tan característica, a medio camino entre una rambla —cosa que no es, porque no hace pendiente— y una plaza convencional. Aunque ya hacía tiempo que se celebraban torneos, en 1455 tuvo lugar uno de los más célebres de toda la historia de la caballería.

El yerno de Juan, a la sazón rey consorte de Navarra y, por tanto, cuñado del príncipe de Viana, era Gastón II de Castellbò, IV de Foix y IX de Bearne, es decir, un aristócrata de los pies a la cabeza. Estaba casado con Leonor y era un hombre joven y, según las crónicas, un gran caballero. El 10 de noviembre de aquel año entró en Barcelona y se reunió con su familia política. Dos días después, hizo plantar en medio de la plaza del Born un *árbol* cargado de manzanas, aunque estas tenían una característica muy especial: eran de oro. Ese mismo día, en Barcelona, los heraldos proclamaron el desafío del conde de Foix: «Un caballero aventurero

llamado el Caballero del Pino de las Manzanas de Oro, servidor de la Dama del Bosque Secreto, por amor a su dama desafía a mantener el paso de armas rompiendo todas las lanzas, y a quien esto le suceda deberá presentarse anche dicha dama y decirle que ha sido hecho prisionero por este caballero». El desafío, aunque florido, era mucho más prosaico. De hecho, consistía en jugarse las manzanas de oro del árbol, a ver quién ganaba el torneo. Como es evidente, no fue una sorpresa ni para los caballeros que se reunieron en Barcelona ni para los barceloneses, que ya sabían desde hacía tiempo lo que se preparaba. La plaza tenía entonces la misma forma que en la actualidad, con la diferencia de que la parte abierta, la opuesta a Santa Maria del Mar y que da a la plaza Comercial, entonces estaba cerrada por varios edificios. También hay que tener en cuenta que en aquella época no había balcones en Barcelona, las aperturas de las casas eran ventanas o, como mucho, ventanales, por lo que la sensación de cierre de la plaza del Born debía de ser mucho mayor que en la actualidad. Montaron catafalcos a los lados de la plaza y el principal fue ocupado por Juan de Aragón; su esposa, Blanca, reina de Navarra; su hija Leonor, esposa de Gastón de Foix, y muchos caballeros y doncellas vestidos de gala para la ocasión. Las ventanas y los tejados rebosaban de gente excitada por el acontecimiento. A las nueve en punto apareció el retador vestido con la armadura más impresionante del momento, la llamada armadura blanca, el más alto nivel de sofisticación en armaduras que se ha alcanzado. Su caballo también iba engalanado con unas gual-drapas de terciopelo blanco y dorado, salpicado de pequeñas manzanas de oro que tintineaban cuando el animal se movía. Además, el caballo llevaba en la testa un penacho de rica orfebrería. Tras él caminaban seis pajes vestidos de damasco blanco y doce caballeros y escuderos con una lanza cada uno. Delante del caballero, abriendo el paso, había heraldos, trompeteros y dos moros vestidos a la morisca. Para el acontecimiento, Gastón se había hecho pintar en su escudo un pino con manzanas de oro.

Naturalmente, el conde de Foix abrió el torneo. Su oponente era un caballero navarro procedente con toda probabilidad de la Navarra situada al norte de los Pirineos, Espurgue. El navarro consiguió romper la lanza contra el escudo de Gastón, pero el conde fue lo suficientemente hábil como para desarmar el guardabrazo de su oponente. Victoria, pues, para Foix. Durante los tres días que duró el torneo, el conde tuvo que enfrentarse con los caballeros Guerau Desplà, Menaut de Guerri, Martí Benet de Torrelles —señor de la Roca—, Bernat de Cabrera —conde de Modica—, Guerau d'Espés y Joan de Castre. El conde de Foix, organizador del torneo, se llevó toda la victoria y el honor. No conocemos las dotes de sus oponentes y, por tanto, si el torneo fue simplemente un montaje para gloria de Gastón, pero no sería lo lógico. En aquella época, un torneo o una liza eran asuntos muy serios en que se ponía en juego el honor de los contendientes, y lo más importante no era perder o ganar, sino hacerlo respetando las normas de la caballería. Un torneo trucado habría puesto en peligro la reputación de Foix y de su familia. En todo caso, habría sido humano y comprensible porque Gastón de Foix se jugaba mucho, buena parte de su fortuna. La organización del acontecimiento, que el conde costeó íntegramente, ascendió a treinta mil florines, una fortuna descomunal. Para que se hagan una idea: un retablo de los buenos, de esos que cubrían completamente la pared de una gran iglesia, costaba unos dos mil florines. La cantidad fue tan exorbitante que Gastón sufrió lo que ahora llamaríamos «problemas de liquidez» para cubrir los gastos. En un primer momento tuvo la intención de empeñar las rentas del vizcondado de Foix, pero no lo consiguió y acabó vendiendo la joya más preciada de su familia: una cruz de oro y piedras preciosas que, con el tiempo, fue a parar al monasterio de Montserrat.

El Hospital de la Santa Creu

Todo este lujo, toda esta ostentación, debía de contrastar mucho con la gran cantidad de pobres y marginados que circulaban por las calles de Barcelona. En las crónicas de las justas y en los libros de caballerías, los pobres no aparecen o, si lo hacen, es prácticamente como si formaran parte del paisaje. En el siglo xv, los pobres y los marginados eran muy numerosos. En *épocas de crisis*, y sabemos que Barcelona vivió una no muchos años después del torneo del Pino de las Manzanas de Oro, los marginados y los pobres constituían un ochenta por ciento de la población.

Había dos tipos de pobres. Unos, los pobres de Cristo, eran simplemente mendigos reconocidos con permiso para pedir limosna en las calles o en las puertas de las iglesias, malmirados por el resto de la población, que los consideraba casi delincuentes, una actitud que también ahora es fácil de reconocer. Vivían en determinadas calles de la ciudad o, directamente, bajo alguna puerta. Otros, los vergonzantes, eran pobres sobrevenidos y acostumbraban a tener todavía una vivienda. Muchos de estos pobres vergonzantes tenían una familia a su cargo, lo que implicaba que la situación de pobreza se extendía a varias personas, niños y ancianos. Muchos de los pobres vergonzantes eran viudas que se quedaban sin recursos tras la muerte de su marido, personas con pocos recursos que caían enfermas o que sufrían alguna discapacidad que les impedía seguir trabajando. También caían en la pobreza vergonzante los viejos sin familia o abandonados por sus hijos. Estas situaciones tan tristes solían ser conocidas por las cofradías a las que podían pertenecer los vergonzantes. Si así era, la cofradía y la parroquia ayudaban a la persona en dificultades con las contribuciones de los cofrades y las limosnas.

Otra manera de llegar a la marginación eran la enfermedad y la discapacitación. En la Europa del siglo xv, el concepto de enfermedad era muy diferente del que tenemos ahora. Lo que nosotros consideramos un aspecto poco saludable, no era percibido necesariamente así en aquella época, y viceversa. El caso de los leprosos es especialmente significativo. La lepra es una enfermedad

muy temida desde la Antigüedad, mucho menos contagiosa de lo que se creía en el pasado. En cualquier caso, sus efectos en el cuerpo de la persona que la padece en un estadio avanzado son devastadores y muy visibles. Los leprosos, antes de la construcción de la segunda y la tercera muralla, estaban confinados en los suburbios que crecieron alrededor de la ciudad, pero, al ampliarse las murallas, fueron incorporados por ellas. Aunque la convicción de que su enfermedad se contagiaba con facilidad hacía que fueran especialmente marginados, sufrían unas circunstancias parecidas a las de otros discapacitados, como los ciegos, los cojos o los amputados. En el siglo XIV, por ejemplo, cortar una mano o las dos al reo era una pena muy habitual. Esto, además del drama que suponía la pérdida traumática de las extremidades, condenaba al desgraciado a la pobreza. En la mayoría de los casos, la *única* salida que les quedaba era pedir limosna, aunque algunos de estos discapacitados formaron cofradías, sociedades de mutuo socorro que los ayudaban a sobrevivir. Los ciegos fundaron una cofradía muy poderosa cuyos miembros tenían prácticamente el monopolio de las limosnas del Portal de l'*Àngel*, que era conocido popularmente como el *Portal dels Orbs*, la Puerta de los Ciegos.

Durante muchos años, como todavía sucede en numerosas ciudades del mundo, los enfermos superaban la enfermedad o morían en la calle. Desde de la época romana, existían unas casas, los hospitales, donde se refugiaban las personas con ciertas enfermedades. La palabra «hospital» procede del latín *hospes*, la misma raíz de la que deriva el término «hotel». No es casual porque, durante siglos, los dos conceptos se confundían. Un hospital medieval también era una casa de acogida temporal para quienes no tenían un lugar donde alojarse. Enfermos y huéspedes se mezclaban, y ambos acostumbraban a tener la pobreza como característica común. De hecho, la función de los hospitales de entonces era más acoger a los enfermos que curarlos, cosa que a menudo no estaba en sus manos. Los hospitales hacían esencialmente caridad, repartían ropa y comida y dejaban pasar

alguna noche bajo su techo a quien lo necesitaba. A menudo, el mero hecho de que se tratara bien a la persona acogida, se la alimentara, se la lavara y se le diera un lugar caliente donde dormir ya suponía una mejoría, y muchos se curaban de su presunta enfermedad. Aunque los hospitales eran para gente pobre, en ocasiones también podían acoger a mercaderes de paso que enfermaban o, en caso de epidemia, convertirse en centros de acogida, lo que, involuntariamente, facilitaba el contagio a causa de la promiscuidad de los enfermos.

En Barcelona nació en aquella época una institución que todavía existe y que se ha convertido en un referente mundial: el Hospital de la Santa Creu —de la Santa Cruz—, hoy con el añadido de «i Sant Pau» —y San Pablo—. Durante el siglo XIV se habían consolidado seis pequeños hospitales tanto dentro como fuera de las murallas. Eran hospitales que vivían de la caridad o de las donaciones de algunas familias ricas, pero que tenían una capacidad muy limitada.

En 1401 tomaron una decisión inteligente: juntarlos, construir un edificio importante y establecer un sistema de ayuda mucho más moderno y eficaz. En los terrenos de uno de estos hospitales, se construyó un edificio imponente que tardaron casi cincuenta años en acabar. Hoy en día, este edificio ya no es un hospital, pero puede visitarse y está parcialmente ocupado por la Biblioteca de Catalunya, una pequeña biblioteca de barrio y una escuela artística. En un anexo construido mucho más tarde se aloja el Institut d'Estudis Catalans y en otro, que sirvió para las disecciones anatómicas del hospital, la Reial Acadèmia de Medicina de Catalunya. El edificio, gótico, es magnífico y se edificó gracias a las donaciones, entre otros, del rey, que regaló la piedra sobrante de la construcción de la Drassana Reial —Reales Atarazanas—. De hecho, basta con observar ambos edificios, que son contemporáneos, para advertir que participan de la misma filosofía, pues tienen unas naves inmensas que albergan un gran espacio, útil para construir barcos o para acoger a los enfermos.

El Hospital de la Santa Creu empezó a redactar unos registros de las personas que ingresaban en él. En estos, que se guardan en la Biblioteca de Catalunya y en el archivo del hospital actual, se anotaban el nombre, el oficio, la dirección y las condiciones familiares del enfermo, el motivo del ingreso, la ropa que llevaba, las pertenencias que tenía tanto dentro como fuera del hospital y el día de salida o de defunción. Es un registro muy completo que atrae a muchos historiadores porque abre las puertas a un mundo desconocido, el de la gente común, normalmente poco presente en los documentos oficiales. Los datos sobre la ropa, por ejemplo, han permitido hacerse una idea de cómo vestían los barceloneses modestos durante siglos, o cuáles fueron las bajas durante las guerras que sufrió la ciudad o qué regimientos se encontraban en Barcelona en un momento determinado.

Cuando una persona ingresaba en el hospital, no tenía que pagar nada, pues todo le era dado por caridad. Pero si fallecía, el hospital se quedaba con su ropa para costear los gastos ocasionados. La ropa en aquella época no era un bien habitual, sobre todo entre los pobres, y a menudo ocurría a la inversa: el hospital tenía que suministrar ropa nueva al enfermo que se había curado, pues la que traía consigo en el momento del ingreso había sido quemada por higiene o, simplemente, se había hecho jirones. La nueva ropa, como pueden imaginarse, era la de los enfermos que habían fallecido, convenientemente hervida. Los enfermos eran alimentados con caldo caliente, que se consideraba curativo.

Una de las labores más logradas del hospital fue la acogida de niños abandonados, un fenómeno muy común en aquella época. Familias sin recursos, madres abandonadas, monjas... eran muchas las causas por las cuales se abandonaba a los recién nacidos. El hospital acogía y trataba por igual, sin ninguna clase de discriminación, a todos los niños y niñas que, por un motivo u otro, habían perdido a su familia, ya fueran hijos de esclavos, se supiera o no algo de sus padres, y fueran o no de Barcelona. Primero los tenían durante un tiempo en el hospital; después los mandaban

fuera, a menudo lejos de Barcelona, donde eran alimentados por nodrizas que cobraban por amamantar y cuidar de los niños, y a menudo pasaban inspecciones de funcionarios del hospital que velaban por el cumplimiento de los tratos. En los registros se da a entender indirectamente que algunas de ellas les cogieron mucho cariño a los recién nacidos que tenían a su cargo, aunque los hubieran aceptado para sacarse algún dinero. Un niño que se llamaba Rafel, por ejemplo, fue amamantado por la esclava del monedero de Barcelona, Bartomeu Cervera, y tratado «como si fuera hijo del rey», según el informe oficial del hospital. Por desgracia, en octubre de 1413, el niño murió en casa del monedero. Si la nodriza, en cambio, no trataba bien al niño a su cargo, le retiraban la custodia y no se le pagaban sus servicios.

Con los años, cuando los niños crecían, se intentaba colocarlos en alguna casa de la ciudad para que aprendiesen un oficio, en el caso de los niños, o trabajasen como criadas, en el caso de las niñas. También se intentaba dar una dote a las chicas para facilitar que se casaran. Esto, que puede parecer reaccionario, era muy avanzado para la época. No había ninguna institución en Europa ni probablemente en el mundo comparable en eficacia a la hora de ayudar a los niños y niñas desvalidos. Esto no significa que la tasa de mortalidad no fuera elevada. En el mejor de los casos, solo la mitad sobrevivía al primer año de vida, a pesar de que, en general, estaban bien cuidados. La muerte, aunque más habitual y cercana, no dejaba a nadie indiferente. El 17 de mayo de 1436, una niña de cinco meses, Isabel, fue abandonada en la puerta del hospital vestida muy pobremente. Fue entregada a Eufrasina Ginestar, de Matadepera, donde murió al poco tiempo. El rector de la parroquia escribió al hospital explicando las circunstancias de su muerte. Por lo que parece, la niña estaba bien cuidada. La noche del 13 de junio la dejaron en su cama para que durmiese. Unas horas después, Eufrasina despertó a toda la familia gritando y llorando porque la niña había muerto. La desolación que dejó en la casa fue enorme, según contaba el capellán.

Los niños morían, pero, cuanto más lejos se estaba de Barcelona, era peor. Cuando se dejaba expósito a un niño en las puertas del hospital, había una organización, mientras que si era abandonado lejos de Barcelona, el traslado a la ciudad podía conllevar su muerte. El sistema habitual era que si, por ejemplo, lo dejaban en la puerta de la iglesia de alguna población del interior de Cataluña, el rector intentaba averiguar si alguien tenía previsto ir a Barcelona. De no ser así, entregaba al niño a alguien que iba en aquella dirección con el encargo de dejarlo en manos del siguiente rector, que a su vez hacía lo mismo hasta que la cadena de entregas culminaba con la acogida en el hospital.

Muchos niños y niñas eran abandonados sin ninguna indicación, pero tampoco era raro que el recién nacido llevara algún escrito que a menudo indicaba su nombre, si estaba bautizado y, en ciertos casos, las circunstancias que habían inducido al abandono. Todavía es más entrañable el hecho de que muchos de estos niños aparecían con algún objeto que pudiera facilitar en el futuro su recuperación. Por ejemplo, una medallita partida por la mitad o una cinta de colores o algún escapulario. No era lo común, pero en algunas ocasiones, con el tiempo, reaparecían sus padres o algún pariente que, con la prueba del objeto, podía reclamarlos. Si lo demostraba, el hospital le pedía que devolviera el dinero invertido hasta aquel momento en el niño, lo cual, sin duda, frenaba estos intentos de recuperación.

Fernando II, el rey católico

Esta institución caritativa, como tantas otras cosas del siglo xv, contrasta con la realidad política y económica que vivía Barcelona. Como hemos visto, la ciudad acababa de salir de una guerra civil, del enfrentamiento —brutal, con violencia y numerosos muertos— entre los diferentes estamentos, con el comercio internacional comprometido, pero, a pesar de todo, la vida ciudadana continuaba.

Después de la guerra, en 1479, el joven Fernando II, posteriormente llamado el Católico, llegó al poder. Hacía diez años que estaba casado con Isabel de Castilla, que se había convertido en reina, otra de las obsesiones de su padre, Juan II. Que Fernando llegara a ser rey consorte de Castilla no podía ser bueno para Aragón, teniendo en cuenta la diferencia de potencial entre ambos reinos. Castilla tenía mayor peso demográfico, producía más lana y más carne, tenía bosques y buenos contactos comerciales con el norte de Europa. A pesar de que había tenido un siglo convulso, la guerra civil —durante la cual la habilidad de Fernando había conseguido el trono para Isabel— no fue tan devastadora para el territorio como la guerra civil catalana.

Además, la política matrimonial del reino había coincidido con la aragonesa, simplemente porque estamos hablando de la misma familia, con la particularidad de que la rama Trastámara aragonesa, para entendernos, había sido más propensa a apoyar a la otra que a la inversa. Si había un territorio que no estaba interesado en una unión dinástica, este era, sin duda, Aragón, y más concretamente el Principado de Cataluña, en primer lugar, y, en otro sentido, el reino de Valencia. Pero Juan II, su esposa doña Juana Enríquez y el nuevo rey, Fernando II, no lo veían así. Y en cierta medida es comprensible.

La llegada de Fernando al poder fue vista con esperanza, porque prácticamente cualquier sustituto del nefasto Juan II habría sido bienvenido. Fernando es uno de los reyes con más claroscuros de la historia de Cataluña. Junto a grandes aciertos y mejoras evidentes, hubo errores imperdonables que hicieron mucho daño al país y cuyas consecuencias, en cierta medida, todavía se arrastran. Fernando, hombre inteligente y ambicioso, hizo muchos enemigos porque su voluntad era tan determinada, tan dirigida, que quien no compartía sus objetivos o sus métodos se convertía inevitablemente en su adversario. El hecho de ser rey consorte de Castilla le dio un gran poder, sobre todo en una época en que las mujeres, por poderosas que fueran, sufrían muchas presiones y albergaban

prejuicios que favorecían su sumisión a los hombres. En este sentido, Isabel de Castilla no fue una excepción. A pesar de no ser, ni mucho menos, una persona débil, que su marido fuera decidido e inteligente y su condición de mujer la indujeron a dejar en manos de Fernando parte de la política de su reino, especialmente la exterior. La pareja, a la que posteriormente se conocería como los Reyes Católicos, tenía entre sus objetivos una cierta unificación de sus reinos, sin duda, pero no como se entiende actualmente, ni tampoco como a menudo se ha querido interpretar. Querían crear —y lo consiguieron— una unión dinástica, es decir, que un solo monarca de su familia dominara todos los reinos y posesiones que tenían, aunque cada uno de ellos dispusiera de sus propias leyes y costumbres. Esto no significa que no crearan algunas estructuras comunes que les sirvieron a ellos y a sus sucesores para coordinar todos los reinos. De hecho, el alcance y el poder de estas estructuras de coordinación constituyó siempre el punto de fricción de todos los reinos. Ese fue el caso de Aragón y, más en concreto, el del Principado de Cataluña y sus Constitucions, que fueron la piedra en el zapato de la construcción de la llamada Monarquía Hispánica.

La Monarquía Hispánica de los Reyes Católicos se percibirá internacionalmente como un ente compuesto en que la política propia de cada reino tiene las espaldas cubiertas por una alianza con los otros reinos bajo el dominio de Fernando e Isabel, y que se entiende muy sólida e indefinida en el tiempo. Si se ataca a Aragón, solo se ataca a Aragón y no a Castilla, pero se sabe que Aragón responderá con la ayuda de Castilla y viceversa. Esto, por ejemplo, resultará nefasto para el reino de Francia, que hasta ese momento siempre había jugado en contra de la Corona de Aragón sin preocuparse de Castilla. Con el matrimonio de Fernando e Isabel, no se crea, por tanto, un Estado español; eso llegará a principios del siglo XVIII, cuando, después de la guerra de Sucesión, quedan abolidos los estados propios de Cataluña, Aragón, Valencia y de las

Islas. Pero lo cierto es que a partir de ese momento, con todos los matices que se quiera, en el *ámbito internacional* la Monarquía Hispánica actúa como un todo inseparable.

En este sentido, las acciones del joven Fernando II son muy claras. Por gusto o por obligación, es el monarca Trastámara más acostumbrado a la política del pactismo, genuinamente catalana. En 1480, justo después de haber empezado a reinar, se convocan las Cortes en Barcelona. Son las Cortes llamadas a cerrar las heridas de la guerra civil, aunque en realidad lo hacen bastante mal. Los partidarios de la monarquía han ganado, pero la victoria ha dejado tras de sí a muchos aliados de uno y otro bando. De hecho, ha sido una victoria menor desde el punto de vista del rey y de algunos de sus aliados —entre ellos, una parte de los caudillos de remensa—, y una derrota dulce para la oligarquía, mientras que los verdaderos derrotados han sido la facción más beligerante de la Generalitat y la mayoría de los payeses de remensa.

Una victoria por un margen tan exiguo tiene contrapartidas y en Cataluña, desde hace un siglo y medio, las compensaciones son siempre más poder para las instituciones que para la monarquía. En 1480 se aprobó en las Cortes la llamada *Constitució de l'Observança* —Constitución de la Observancia—, en virtud de la cual todas las instituciones —incluida la monarquía, y aquí está la clave— se proclaman sometidas a la ley y, por tanto, a las Constitucions y libertades de Cataluña. Esta Constitución empezaba con unas palabras célebres: «De poco valdría que nosotros y nuestros oficiales hiciéramos leyes si, después, no tuviéramos que cumplirlas». De hecho, el trasfondo de esta norma era todavía más relevante, porque dejaba a dos instituciones catalanas, la Generalitat y la Reial Audiència, la última palabra sobre la aplicación de las leyes. Incluso los soberanos estaban subordinados a ella, lo cual era increíble en una época en que las monarquías absolutas estaban empezando a dominar Europa.

La remensa: un intento fallido de regicidio

Las Cortes de 1480 no pusieron punto final al problema de la remensa. Los malos usos, o sea las normas medievales más abusivas contra los payeses, no habían sido completamente abolidos, sino que, como máximo, algunos se habían suavizado y otros habían caído en desuso. El malestar había ido en aumento y durante unos años se reavivó la guerra civil, pero esta vez circunscrita al conflicto de los remensas. En 1486 se llegó a un nuevo acuerdo a través de la conocida como Sentencia Arbitral de Guadalupe. Los payeses de remensa podían redimir sus obligaciones hacia los señores si pagaban sesenta sueldos por *mas* o casa de labor. En general, esta sentencia solucionó el problema y abrió una vía de libertad a los payeses como no se había visto hasta entonces en toda Europa, pero sesenta sueldos era una suma muy elevada y muchos no pudieron pagarla.

El 7 de diciembre de 1492, el resentimiento causado por esta sentencia estuvo a punto de llevarse por delante al rey Fernando. Fernando e Isabel estaban en Barcelona, donde el rey había recibido a Cristóbal Colón —ya hablaremos de eso más adelante—. El monarca aprovechó su estancia para presidir una reunión de la Reial Audiència. A la una menos cuarto del mediodía, Fernando clausuró la reunión, que se celebraba en el Saló del Tinell, y bajó las escaleras que dominan la plaza del Rei. Un payés de remensa, resentido con el soberano, había pasado la mañana oculto en la capilla de Santa Maria. Cuando vio bajar a Fernando, salió de su escondite, sacó un cuchillo y se lo clavó en el cuello. La herida, por lógica, debería de haber sido mortal, pero Fernando tuvo mucha suerte porque llevaba colgado al cuello el Toisón de oro, una gran condecoración con una cadena de oro de dimensiones considerables. La cadena desvió la cuchillada y el arma se clavó en el hombro del rey, un sitio mucho más inocuo que el cuello. Fernando, ensangrentado, fue conducido al interior del palacio, donde en un primer momento se creyó que la

herida era grave y que podía resultar mortal, pero no fue así. El rey lo contó en una carta, fechada ese mismo día, dirigida al gobernador de Aragón:

> Hoy viernes, VII de diciembre, saliendo de tener audiencia real en esta ciudad y viniendo hablando con nós uno de aquí, un hombre que dicen que es enemigo de aquel que con nós hablaba, vino por las espaldas y no se sabe si conoció a nós, y tiró una cuchillada que nos alcanzó en el pescuezo un poco. A Dios sean dadas muchas gracias y a su gloriosa Madre, ello es muy poca cosa y nos hallamos bueno y esperamos en Dios que muy prestos seremos sano del todo. Toda esta ciudad ha mostrado tanto sentimiento sobre esto que bien se ha conocido su lealtad, amor y afección que tiene a nós. El hombre está preso para hacer de él la justicia que merece.

Así pues, según el rey, el atentado fue fruto de un malentendido. En cualquier caso, el que no lo entendió fue él, porque Joan de Canyamars, como se llamaba el fracasado payés regicida, sí quería matar realmente al rey.

Lo que resulta horripilante es cómo se aplicó la justicia y se dio muerte al pobre Canyamars, en venganza por su gesto. Pere Miquel Carbonell, un cronista posterior aunque contemporáneo a los hechos, describió así su suplicio:

> Pusieron a ese loco insensato, desnudo, sobre un castillo de madera que habían construido tirado por un carro, fuertemente atado a un mástil o palo como si fueran a crucificarlo. Y el castillo con el descerebrado, arrastrado por el carro, recorrió los siguientes lugares y calles: primero, la plaza del Rei, donde había sucedido el hecho, y allí, en vivo, para hacer sufrir mucho, le quitaron un puño y un trozo de brazo; después, arrastrándolo por las calles de la procesión de Corpus. Pararon el carro en una calle y le quitaron un ojo, y en otra calle, el otro ojo y el otro puño; y yendo de calle en calle, le fueron quitando el otro brazo y así lo fueron desmembrando, quitándole ahora una extremidad, ahora otra, hasta que le quitaron el cerebro: así lo hicieron morir, sufriendo que daba piedad. Él no se movió ni una vez ni dijo nada, no se quejaba, como si fuera una piedra. Y con gran tumulto de mocerío y jóvenes que revoloteaban a su alrededor, lo sacaron de la ciudad por el Portal Nou y, ya fuera, lo lapidaron y prendieron fuego al castillo, el cual, con los trozos del condenado, pronto se convirtió en cenizas.

Aunque el castigo de Canyamars fue más cruel que de costumbre, tampoco era muy diferente de los que se aplicaban en Barcelona. Este sistema de ir cortando en trozos al reo hasta que solo quedaran unos cuantos pedazos era común en la ciudad; un estilo propio que era reconocido como la manera de ejecutar barcelonesa. El recorrido que hizo Canyamars también era el habitual, y era denominado como «el de las cien esquinas»; un recorrido en carro o sobre una mula, en el cual el reo recibía el castigo en las esquinas por donde pasaba. Lo más normal era que se tratara de latigazos, que no necesariamente provocaban la muerte, pero también era costumbre que el condenado recibiese unos cuantos latigazos y golpes antes de ser colgado en una de las puertas de la ciudad. La gente participaba con una cierta alegría, y las crónicas raramente expresan horror o simplemente pena por la víctima del suplicio, sino más bien lo contrario. Por lo visto, la actitud empática no era lo común, y la identificación con los que sufren no era una costumbre arraigada.

La Inquisición

En cualquier caso, parece que el suplicio y la muerte de Canyamars fueron bien recibidos por los barceloneses. La conflictividad de los remensas ya había pasado, el recuerdo de la guerra civil, aunque amargo, se estaba desvaneciendo y el monarca había tomado una serie de medidas, llamadas de *redreç* —de recuperación—, con las que el comercio de la ciudad estaba muy satisfecho. Fernando había dictaminado que el comercio con Sicilia y Cerdeña sería exclusivo de las naves catalanas y, además, había impuesto una serie de aranceles a la importación de paños del extranjero. Estas medidas proteccionistas volvieron a dar un respiro a los mercaderes, hundidos tras décadas de conflictos y crisis económicas.

Para muchos sectores, Fernando era un rey popular, aunque no siempre querido a causa de varias medidas que no gustaron nada a los barceloneses ni a los demás catalanes. La más antigua y de gran trascendencia fue la implantación de la Inquisición castellana, una institución antigua de la Iglesia que estaba arraigada en toda la cristiandad y tenía como función perseguir las desviaciones de la doctrina. No imponía las penas directamente, sino que lo hacía la autoridad. En Cataluña y en toda la Corona de Aragón, la dureza de la institución dependía del inquisidor local y, en general, no era muy fuerte. Pero en Castilla las cosas eran muy diferentes. Los reyes habían reformado la institución y la habían convertido en un instrumento original y terrible, la Inquisición castellana, que utilizaba sistemáticamente la tortura en los interrogatorios y, además, tenía una estructura jerárquica y centralizada. La comunión de intereses entre la Inquisición y la monarquía era total, y pronto la represión religiosa y la política se confundieron. Para Fernando era una buena manera de saltarse las consecuencias del pactismo, ya que siempre podía alegar que la Inquisición no era una institución de la monarquía, sino de la Iglesia, y que poco podía hacer para frenarla. La Inquisición castellana se transformó en el órgano de poder más efectivo y terrorífico de la dinastía hasta finales del siglo XVII, cuando aparecieron los Borbones. Además del control político y religioso, la Inquisición castellana era una fuente constante de problemas de competencias y jurisdicciones con las instituciones autóctonas catalanas. Los inquisidores se saltaban las normas, especialmente las de carácter económico y fiscal, y eran unánimemente odiados por todo el mundo.

Una de las políticas que llevó a cabo la Inquisición fue la persecución de los conversos, los judíos que habían abandonado su fe para abrazar el cristianismo. Eran vistos con recelo en todas partes, y el problema se arrastraba de generación en generación, pues si un antepasado había sido judío, sus descendientes estaban marcados para siempre. Desde los pogromos de 1391, quedaban relativamente pocos judíos en Cataluña, pero sí había bastantes

conversos que se habían convertido en el pilar de la economía, sobre todo en Barcelona. Muchos de ellos se dedicaban al comercio y a las finanzas, y estaban completamente integrados en las instituciones de la ciudad. Pero en 1492, al poco de la conquista de Granada, los Reyes Católicos dictaron el decreto de expulsión de los judíos, tanto en Castilla como en Aragón. Unos ciento cincuenta mil que no quisieron convertirse se marcharon sin sus bienes, y a menudo maltratados. Los pocos judíos catalanes que quedaban, y otros muchos de Aragón y Valencia, salieron del puerto de Barcelona con destino a Nápoles —de donde también fueron expulsados en 1530—, Venecia y el Imperio otomano. En Turquía fue donde echaron más raíces.

Las consecuencias del descubrimiento de América

Otro hecho destacado del reinado de Fernando, cuyas consecuencias afectaron de manera muy negativa al futuro de Barcelona, fue el descubrimiento de América. Como es sabido, en octubre de 1492, tres naves fletadas por Castilla bajo la iniciativa del rey Fernando, pero financiadas por los conversos catalanes, llegaron a América mientras buscaban una ruta más corta para alcanzar las especias de Oriente. El almirante Cristóbal Colón capitaneaba las naves con una tripulación compuesta por marineros del Mediterráneo y del Atlántico. Cuando las naves regresaron y evaluaron el potencial del descubrimiento, empezaron a establecer el mecanismo de explotación de las nuevas tierras. El rey Fernando, y no la reina Isabel, fue quien tomó la decisión de que aquel nuevo mercado sería explotado por el reino de Castilla, mientras que el comercio mediterráneo quedaba en manos de la Corona de Aragón. Si tenemos en cuenta que el descubrimiento de América marca el principio de la decadencia de la importancia del Mediterráneo en el mundo y su sustitución por la hegemonía de las rutas atlánticas, podremos entender el alcance que tuvo esa decisión.

En estos últimos años, se ha especulado mucho sobre las consecuencias de esta decisión tan nefasta para los intereses catalanes, que se ha querido interpretar a la luz de oscuras conspiraciones. Estas especulaciones se basan en algunos hechos incontestables relacionados con el origen de Cristóbal Colón. Durante muchos años se afirmó, y él mismo lo alimentó, que Colón era genovés, lo que parece haber sido completamente descartado. Colón fue muy receloso respecto a sus orígenes, lo que hace pensar que era judío o bien converso y que, además, procedía de algún lugar de habla catalana, ya que en sus escritos hay muchos catalanismos y referencias culturales catalanas. Hay pocos datos, sin duda, pero que un converso quisiera ocultar sus orígenes parece del todo lógico en aquella época de represión. En cualquier caso, el hecho de que Colón fuera catalán no explicaría la exclusión de la Corona de Aragón del negocio americano. Probablemente, la justificación es otra. En la visión de conjunto de Fernando, la repartición de quehaceres entre sus reinos era algo natural. Además, cuando Colón llegó a aquellas tierras, el fabuloso tesoro americano no era tan evidente, mientras que el comercio mediterráneo estaba consolidado. La medida que tomó Fernando parece concebida con la intención de proteger a Castilla y no de discriminar a Cataluña y a Valencia, que resultaron las más perjudicadas por la decisión. Y podemos añadir un dato más: a partir de la muerte de Isabel, la posición de Fernando se vuelve muy difícil respecto a Castilla, lo que conllevó que no pudiera plantearse revocar ninguna decisión que su esposa hubiese tomado en vida.

La insaculación

Una reforma fundamental y positiva para el gobierno de Barcelona fue el cambio del sistema de elección de los cargos. Hasta entonces, tanto en la Generalitat como en el Consell de Cent, la elección de los cargos se había hecho por cooptación, una manera académica de

denominar el nombramiento a dedo entre amigos. Es decir, cuando había que sustituir a un *conseller*, los demás —y quizá también el sustituido— decidían quién ocuparía el cargo. Es evidente que el nepotismo y el amiguismo eran partes consustanciales del sistema. Fernando II adoptó uno nuevo: la insaculación, una palabra extraña que, según el diccionario, significa: «Procedimiento de elección mediante el cual el nombre de las personas idóneas para los cargos era colocado en bolitas, en unas bolsas correspondientes a los varios cargos u oficios de la corporación y resultaban elegidos los primeros extraídos por una mano inocente». Este procedimiento no era tan arriesgado como parece, porque el rey y sus oficiales controlaban a las personas elegibles. Además, en el caso del Consell de Cent, había sacos diferentes según los estamentos, por lo que era imposible que el gobierno del municipio cayera por azar en manos de un solo estamento. El procedimiento puede parecer ridículo para elegir cargos tan importantes, pero lo cierto es que, en general, funcionó y acabó con el monopolio que algunos grupos de la oligarquía habían conseguido dentro de la Casa de la Ciutat. No se trataba de ningún tipo de revolución, porque básicamente la oligarquía barcelonesa seguía controlando la institución, pero ya no eran siempre los mismos individuos ni las mismas familias quienes dirigían el municipio.

El procedimiento funcionaba de la siguiente manera: primero el rey enviaba la matrícula, una lista de las personas elegibles. Cada nombre se escribía en una tira de pergamino que se colocaba dentro de una bolita de cera. Acto seguido, se colocaban las bolitas dentro de un saco y la mano inocente, normalmente un menor de siete años, las extraía. Es obvio que lo que contaba era tener influencia en la casa real, porque lo importante era que la matrícula contuviera los nombres que interesaban al grupo de presión. Como en la mayoría de las ocasiones quien elegía los nombres de la matrícula no era directamente el rey, sino alguno de sus hombres de la corte, su influencia aumentó y la política cortesana adquirió mucha más relevancia que antes.

La habilidad de Fernando II para el poder lo hizo merecedor de ser uno de los inspiradores de su coetáneo Niccolò Machiavelli —Maquiavelo—, autor de *El príncipe*, uno de los libros más famosos de la historia. Maquiavelo empezó a escribirlo en 1513, cuando a Fernando ya no le quedaba mucho por vivir, pero refleja el comportamiento, y probablemente el pensamiento, del rey católico y de otro ilustre político y militar de su tiempo, Cèsar Borja —César Borgia—, cuya familia, por cierto, era conocida por los italianos como *I catalani* —los catalanes—. *El príncipe* fue publicado en 1532, de modo que Fernando no llegó a verlo, pero su lectura, muy recomendable, puede darnos una idea de cómo actuaba el rey católico.

Fernando II no acertó en todo, ni mucho menos. Cuando Isabel de Castilla falleció, el rey se quedó arrinconado. La nueva reina era la hija de ambos, Juana, una joven que había destacado desde pequeña por su belleza y su inteligencia. Siguiendo la política dinástica tradicional, Juana se había casado con el flamenco Felipe de Augsburgo con vistas a poner un pie en el reino de Francia, un poder cada vez más hostil a la Monarquía Hispánica dentro de Europa. Lo que nadie supo predecir fue que Juana se enamoraría profundamente de Felipe, llamado el Hermoso, que la correspondió hasta que se cansó de ella. Con todo, la futura reina tuvo un hijo de él: Carlos. Pero Juana, que sufría cada vez más a causa de las infidelidades de su esposo —lo cual, siendo reina, no habría tenido que preocuparle mucho porque era el pan de cada día en las monarquías—, volvió a Castilla, donde se hizo evidente que había perdido la chaveta. Su esposo fue tras ella y, al mismo tiempo, murió la reina Isabel. Estaba claro que la reina debía ser Juana, pero, teniendo en cuenta su estado mental, acordaron una corregencia entre Juana, Felipe y el rey Fernando. Pero Felipe, con la ayuda de la alta nobleza castellana, maniobró y estuvo a punto de iniciar una guerra civil contra los partidarios de Fernando. Fernando, que no vio

claro el resultado del posible conflicto, decidió retirarse a Aragón, mientras que los partidarios de Felipe afirmaban que se habían quitado de en medio al «viejo catalanote».

Ya en Aragón, Fernando II decidió que no quería dejar su reino al desagradecido de su yerno y buscó una esposa. La encontró en el condado de Foix, una joven llamada Germana, que podía ser una madre adecuada para los futuros herederos de Aragón. Mientras tanto, Felipe el Hermoso murió inesperadamente. La anécdota legendaria cuenta que bebió un vaso de agua fría después de jugar un partido de palas, pero, si eso fuera posible, en los grandes torneos mundiales de tenis habrían prohibido las bebidas frescas hace años. En aquella *época* corrió el rumor de que Felipe el Hermoso fue envenenado, probablemente por los partidarios de Fernando. Lo cierto es que la muerte del rey consorte volvió completamente loca a Juana, que se negó a enterrar a su marido y tuvo consigo su cadáver, al que besaba, durante meses. También se negaba a cambiarse de ropa y a lavarse, puede que para hacer compañía al hedor de su difunto marido. En cualquier caso, Fernando se encargó de la regencia y encerró a Juana en un monasterio mientras esperaba que su nieto Carlos creciera. Fernando tuvo un hijo con Germana, Juan de Aragón, futuro heredero de la Corona, pero el niño solo vivió un día. Si hubiera sobrevivido, la historia de la Monarquía Hispánica habría sido, sin duda, muy diferente.

Carlos y la entrada en Barcelona

Fernando renunció a la regencia en 1511 y nombró regente de Castilla al cardenal Cisneros. Aunque se sentía viejo, seguía intentando tener un heredero para Aragón con Germana de Foix, señal de que no debía de convencerle mucho la posibilidad de que su nieto, medio alemán y con aquel nombre tan poco común como era Karl, llegara a heredar las dos Coronas: la de Castilla y la de

Aragón. Fernando consultó a varios médicos para encontrar alguna medicina o remedio que solucionara el problema que, a su entender, le impedía engendrar hijos. Fernando sufría de lo que ahora todos los occidentales y medio mundo han descubierto que se llama «disfunción eréctil», un problema que junto con la calvicie —a pesar de ser esta una cuestión objetivamente de menor importancia— ha preocupado desde siempre a la mitad masculina de la humanidad. Los remedios mágicos, físicos o químicos, destinados a solucionar la falta de alegría del aparato que afecta a los hombres de una cierta edad, han sido una constante, a pesar de que sus resultados han dejado mucho que desear. Con todo, a principios del siglo XVI se seguía utilizando un remedio inventado en la Grecia clásica: la cantárida, extracto seco de un insecto que en Castilla llamaban la mosca española, a pesar de que no se parecía en nada a una mosca. La cantárida posee un efecto vasodilatador, como el actual sildenafil, pero, a diferencia del medicamento, tiene también unos terribles efectos secundarios: abrasión, ampollas y un elevado riesgo de derrame cerebral. Probablemente, eso fue lo que le sucedió al Rey Católico cuando en enero de 1516 se hallaba en Extremadura.

El testamento dejaba a Carlos de Gante o de Habsburgo la Corona de Aragón, además de la de Castilla, de la que ya era regente. La dinastía cambiaba de nombre y ya no sería Trastámara, sino que se la conocería como Austria, porque Carlos estaba a punto de heredar medio mundo. Por una parte, la herencia de su abuelo Fernando: Cataluña, Aragón, Valencia, Mallorca, Sicilia, Cerdeña, Nápoles, Djerba y Malta. Por parte de su abuela Isabel: Castilla, Navarra y, sobre todo, las posesiones americanas. De sus abuelos paternos, los Países Bajos, Austria, Borgoña, Flandes, Luxemburgo, Artois y el Franco Condado. Y, casi seguramente, alguna posesión más que nos hemos dejado en el tintero. Era todo un imperio y, de hecho, con los años consiguió que le fuera reconocido el título honorífico de emperador. Carlos tuvo que acostumbrarse a gobernar muchos territorios alejados entre sí y a menudo con leyes y costumbres muy diferentes. Para alguien nacido en Gante y educado

por una abuela joven que era todo un personaje, María de Borgoña, esto no era necesariamente negativo. De hecho, Carlos estuvo rodeado durante buena parte de su vida, especialmente cuando era joven, de consejeros borgoñeses, austriacos y flamencos que entendían perfectamente esta complejidad y que, además, sabían sacar ventajas de las diferencias. Pero el joven Carlos vivía en una corte acostumbrada a una visión del mundo muy diferente que no había llevado bien la unión dinástica con Aragón, un reino con leyes propias y tradiciones muy contrapuestas al autoritarismo que se vivía en Toledo, y con una estructura social muy diferente en la que uno de los territorios, el Principado de Cataluña, estaba guiado por la ciudad de Barcelona, una villa de mercaderes y comerciantes muy diferentes de los que vivían en las ciudades castellanas. En ese momento, la entronización de Carlos, o de Karl, como le gustaba que lo llamaran, hacía aún más evidente el problema, porque Castilla no solo tenía que soportar el modo de actuar de Aragón, sino que también llegaban a la monarquía un montón de territorios desperdigados y, por lo que parecía, poco dispuestos a uniformarse.

El gobierno de estos territorios no era sencillo, y la posición con la que Carlos había heredado estos reinos tampoco estaba clara. Juana, su madre, aunque afectada por una enfermedad mental, seguía viva. Cuando Carlos recibió la herencia de Fernando —por cierto, para disgusto del rey de Aragón, que inicialmente quería otro nieto en el trono—, se encontró con que tenía que hallar una solución legal a la herencia de Castilla. Se recurrió a la ficción legal de la corresponsabilidad de Juana y de su hijo en el reinado, a pesar de que el único que ejercía como rey era Carlos. Tres años después de su nombramiento, Carlos se dirigió a la Corona de Aragón para jurar sus cargos. En Zaragoza no tuvo problemas, pero después se dirigió a Barcelona para jurar ante las Cortes catalanas.

La preparación de la entrada del nuevo monarca en la ciudad generó muchos nervios, pues tenía que ser, necesariamente, algo especial. Era la primera vez, desde los tiempos de Jaime I, que un rey propio entraba en la ciudad para ser proclamado sin haberla

visitado nunca. Se trataba, por tanto, de un hecho insólito. Por otra parte, el nuevo rey generaba mucha expectación: era un hombre joven, con fama —no necesariamente cierta— de bien plantado, que provenía de unas tierras remotas, que no hablaba ni una palabra de catalán y poco castellano; el primer rey que lo era de los dos reinos a la vez... Muchas cosas juntas. El Consell de Cent lo expresó con mucha claridad unos meses antes de su llegada:

> Si en esta ciudad ha sido y es costumbre hacer lo debido por todos los reyes, mucho más es debido hacer a la perfecta majestad y príncipe nuestro señor, pues es el mayor señor y de mayor imperio y señoría que ha ostentado nunca un rey de Aragón.

El rey y su séquito llegaron a la ciudad por el camino de Zaragoza, pero no entraron directamente en Barcelona, como hubiera sido lo normal. Se quedaron a unos kilómetros de la ciudad, en el palacio de Requesens de Molins de Rei, donde unos años antes se habían alojado los Reyes Católicos y, más tarde, Cristóbal Colón. El palacio debió de gustarle al joven monarca, pues se instaló en él un año entero. En la casa vivían los Requesens, descendientes del lugarteniente de Alfonso el Magnánimo, Galceran de Requesens. Entre estos familiares estaba Estefania de Requesens, una chica de la que se dice que era muy pelirroja, de ojos azules y mejillas sonrosadas. Además, Estefania era una chica culta, de buena conversación. No se sabe si al joven rey le gustaba, pero a quien sí le gustaba con seguridad era a un ayudante castellano algo mayor que él, Juan de Zúñiga, un gran amigo del emperador que llegó a tener un gran poder en la corte. Los Requesens habían ayudado y apoyado a los Trastámara en el trono catalán, y la idea de emparentar al gran consejero de Carlos con la familia que mejor había servido a la Corona en Cataluña se consideró, sin duda, excelente. A Zúñiga, que en aquel momento ya tenía el imponente cargo de comendador de Membrilla de la Orden de Santiago, no debió de parecerle nada mal el matrimonio que se forjó durante aquella estancia en el palacio a orillas del río Llobregat.

En cualquier caso, Carlos y su séquito tuvieron que quedarse en Molins del Rei más días de lo que habían previsto, porque a pesar de que el rey había convocado a las Cortes, existía un problema jurídico, un aspecto que siempre apasiona a los retorcidos miembros de las Cortes catalanas. Juana no había sido declarada incapaz en las Cortes y, por tanto, para poder acoger el juramento de Carlos, Juana tenía que hacerlo primero. Pero Juana estaba en el quinto pino, en Castilla, sufriendo por su enfermedad. Las discusiones entre los representantes del rey, del Consell de Cent y de la Generalitat se prolongaron durante una semana, hasta que por fin se llegó al acuerdo de utilizar la ficción jurídica en virtud de la cual la reina Juana había concedido el correinado a su hijo.

El día 14 de febrero de 1519 tuvo lugar la entrada en Barcelona. Las autoridades de la ciudad fueron a recibir al rey por el camino para rendirle honores en orden jerárquico. Primero, los *consellers* de la ciudad y, después, los representantes de los estamentos. A Carlos le debió de chocar que, gracias a un antiguo privilegio, los *consellers* no se bajaran del caballo para saludarlo, sino que era suficiente con que inclinaran el cuerpo hacia el cuello del caballo. Acto seguido, el rey y su séquito se dirigieron a las puertas de la muralla, a la de Sant Antoni en concreto, donde ahora se encuentra el mercado que lleva el mismo nombre. Allí estaba ubicada una de las *creus cobertes* —cruces cubiertas— de la ciudad, es decir, uno de los lugares donde se exponían los restos de los ejecutados para advertencia de los visitantes de la ciudad. No consta que hubiera nadie colgado mientras el rey entraba en Barcelona.

Desde allí, ya dentro de la muralla, se dirigió al monasterio de Valldonzella, donde había fallecido hacía más de un siglo Martín el Humano, en la zona del Raval. En el momento en que el rey entraba a la ciudad, los cañones de Barcelona dispararon, cosa que repitieron cuando llegó al monasterio. Esa noche tuvieron lugar muchas fiestas populares en la ciudad para celebrar la entrada del rey. También encendieron hogueras en señal de fiesta y se organizaron bailes de manera espontánea. El rey salió del

monasterio para pasear por calles y plazas. Al día siguiente, de buena mañana, todas las autoridades barcelonesas, bien vestidas para la ocasión, se congregaron en la Casa de la Ciutat junto a los representantes de todos los gremios ciudadanos y una gran cantidad de barceloneses de toda clase y condición. En todo momento los acompañaban trompetas, timbales y flautines catalanes, que debían causar una gran impresión. A mediodía empezaron a desfilar en procesión, precedidos por juglares y músicos, hasta el portal de Sant Antoni, donde tenían que encontrarse con el rey y su séquito. Carlos se lo tomó con calma y no se presentó hasta las tres de la tarde, «acompañado por muchos nobles, tanto flamencos como españoles». Entonces empezó una ceremonia realmente espectacular. Primero se abrían las puertas de la muralla y habitualmente se entregaban las llaves de la ciudad. El *Llibre de solemnitats —Libro de solemnidades*— de Barcelona explica que después se representó una alegoría del cielo, con doce músicos que tocaban instrumentos de cuerda. Seis de ellos vestían con camisas blancas y los otros seis con camisas y dalmáticas rojas con el escudo de Barcelona. El libro también narra que todos llevaban «las caras y las alas de los *ángeles*». Cuando Carlos cruzó la puerta, una caja decorada como el cielo con cuatro cantantes también vestidos de ángeles, empezó a descender de la puerta. Finalmente, uno de los *ángeles* cantantes hizo un discurso en latín en que comparaba al rey con el sol. *¡Vaya recibimiento!*

Una vez acabada la ceremonia, empezó el desfile. El rey iba precedido por uno de sus ayudantes flamencos, que portaba la espada real; lo seguía el monarca a caballo bajo un palio y, tras él, los demás ayudantes y las autoridades. El pueblo, próximo a la comitiva, atestaba las calles, y la recibió con aplausos y gritos de alegría. En la plaza de Framenors, muy cerca de las Drassanes, Carlos hizo el juramento de los privilegios de la ciudad de Barcelona y asistió al desfile de todos los gremios en este orden: cribadores, marineros, barqueros, revendedores, manteros, toneleros de madera delgada, colchoneros, hosteleros, cardadores, corredores,

espaderos, labradores, matriceros, carpinteros, carpinteros de ribera, tejedores de lana, algodoneros, merceros, zapateros, curtidores, tejedores de lino, maestros de casas, toneleros de madera gruesa, alfareros, panaderos y horneros, herreros, peleteros, freneros, plateros y, cerrando la comitiva, los sastres. Todos llevaban los estandartes de su gremio y muchos iban acompañados por bandas musicales o representaciones de sus trabajos; los herreros se animaron incluso a sacar una reproducción de una especie de dragón que sacaba fuego por los colmillos.

Una vez acabado el desfile, el séquito recorrió la ciudad y se trasladó a la prisión del veguer. Allí, explica el *Llibre de solemnitats*: «Cuando el señor estaba con la corte, los prisioneros, al oír que lo llamaban *rey*, empezaron a gritar: "Señor, misericordia", muchas veces. Y el rey quiso que todos los presos que no tenían instancia de parte, fueran liberados; y así se hizo». Es decir, el rey los indultó. Finalmente, fueron todos juntos al Palau Episcopal, donde el rey besó la *Vera Creu* —la Vera Cruz—, rezó y se retiró a las estancias donde se alojaba.

Y aquí acabó la impresionante bienvenida, a pesar de que durante el año de permanencia del rey en Molins para asistir a las Cortes catalanas se celebraron en la ciudad otras manifestaciones con motivo de su presencia. Mientras estaba en Barcelona, Carlos recibió la noticia de la muerte de su abuelo austriaco, Maximiliano, lo que lo convertía en emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Esta larga estancia, el hecho de que se produjeran tantos acontecimientos felices y un cierto abandono en la segunda mitad de su vida indujeron a pensar a los historiadores durante mucho tiempo que Carlos quiso a Cataluña por encima de los demás territorios del imperio. A Carlos se le atribuye una frase que llena de alegría a los catalanes, pero que suena a invento propagandístico del entorno del monarca: «Prefiero ser conde de Barcelona que emperador de los romanos». Esta tesis no está sostenida solo por historiadores catalanes, sino también por estudiosos británicos y españoles. Por suerte o por desgracia, en los últimos años ha sido

hallada documentación suficiente como para descartarla. Carlos no renegó de Barcelona ni de Cataluña, pero tampoco la prefería a otras tierras. El celo que mostró toda la vida por conservar con dignidad el título y la gran cantidad de dinero que gastó para mantenerlo contrastan con su disposición habitual hacia las Cortes catalanas para conseguir dinero y subsidios. Si el amor es así, quizá sea mejor que no te quieran tanto...

El monarca volvió dos veces más a Cataluña, aunque nunca se quedó tanto tiempo como la primera vez, en 1519. Como se fue viendo, Cataluña le interesaba principalmente porque era un lugar estratégico, pues en aquella época significaba un freno y un ariete contra el reino de Francia, y, por otra parte, como base para luchar contra la gran amenaza mediterránea: los piratas, los corsarios y, en general, toda la armada turca.

La piratería

El siglo XVI y buena parte del XVII serán los tiempos de la piratería en el Mediterráneo. Aunque la distinción entre pirata y corsario en teoría estaba clara, a la hora de la verdad eran difíciles de distinguir. Un pirata es quien tripula o capitanea un barco cuyo negocio principal es el robo por la fuerza de lo que otros barcos transportan, incluidos los marineros. Un corsario es lo mismo, pero con un matiz importante: no asalta indiscriminadamente a todo el mundo, sino solamente a los barcos de una potencia que está en guerra con su país. Por tanto, los corsarios son soldados privados, mientras que los piratas son simplemente bandoleros en barco. Cualquier nave que surcaba el Mediterráneo podía pertenecer a una de las dos categorías y convertirse en víctima después. Esto, sin duda, es aplicable a los barcos barceloneses, pero los que se llevaban la palma eran los musulmanes, tanto los otomanos, que venían de Anatolia, como los que zarpaban de los puertos de Berbería, en el norte de África. Desde la caída de Constantinopla en 1453, y de la

isla de Rodas en 1522, las excelentes naves otomanas disponían de dos grandes puertos seguros que servían de base para atacar los intereses de los cristianos del Mediterráneo oriental. Pero la influencia otomana, aunque más amortiguada, llegaba hasta las costas de Marruecos, lo cual significaba que las fustas y las galeras de los turcos tenían bases de abastecimiento a dos o tres días de viaje como máximo de las costas catalanas.

La actividad de los corsarios berberiscos y otomanos aumentó a medida que avanzaba el siglo. Hasta el emperador Carlos tuvo ocasión de contemplar la actuación de los piratas ante las costas de Barcelona durante su estancia de 1519. Un cronista castellano, Alonso de Santa Cruz, explica que «aparecieron en la playa de ella doce fustas de moros que traían por capitán a un turco llamado Halimecén, del que Su Alteza recibió mucho enojo y no pequeña afrenta en ver que no hubiese en la dicha playa ningunas fustas ni galeras para salir contra los moros». La reacción contra los ataques de los piratas siempre era difícil. Los corsarios, que a menudo actuaban con pocas naves, se establecían discretamente en varios puntos de la costa, desde donde salían en un momento dado para atacar con crueldad y rapidez las naves o entrar en las poblaciones para saquearlas y capturar prisioneros. Uno de sus lugares habituales era la desembocadura del Besòs, hoy en día frontera entre los municipios de Barcelona y Sant Adrià del Besòs. Se ocultaban allí para capturar a los pescadores o asaltar las naves mercantes que salían de Barcelona o, como hacían en algunas ocasiones, para atacar Badalona, Montgat o Mataró. Barcelona no fue la ciudad más afectada por estas incursiones, entre otras cosas porque tenía unas buenas murallas y artillería que la defendían. Otras poblaciones, como Roses, Palamós o Cadaqués, fueron devastadas al paso de los piratas. Ciutadella de Menorca llegó a perder a todos sus habitantes, que murieron o fueron esclavizados después de un asalto otomano.

El Consell de Cent sabía que la piratería era una amenaza importante, y como Carlos se había mostrado tan bien dispuesto cuando había estado en la ciudad, al año siguiente, en 1520, le escribieron proponiéndole un plan. Los barceloneses querían que el emperador pusiera en marcha una gran expedición naval para reconquistar Constantinopla y unificar el antiguo Imperio romano, ahora bajo el poder de Carlos I. Ah, por cierto, ofrecían el puerto de Barcelona como punto de encuentro de la inmensa escuadra de naves que debería emprender la aventura. ¡Se ve que la búsqueda de grandes acontecimientos para dar impulso a la ciudad no es un invento del siglo XX! Por lo que parece, el emperador no se tomó muy en serio la propuesta de los barceloneses, pero lo cierto es que el puerto se utilizó en varias ocasiones para acoger barcos y celebrar acontecimientos relacionados con la política exterior imperial. En 1525, por ejemplo, el rey de Francia, Francisco I, fue hecho prisionero en Barcelona tras perder la batalla de Pavía. Solo permaneció tres días en la ciudad, pero los barceloneses los vivieron intensamente porque tener a un rey prisionero, y encima el de Francia, no ocurría todos los días. Unos años después, en 1532, Carlos volvió a la ciudad para encabezar una escuadra de naves de guerra que capitanearía el almirante genovés Andrea Doria, recién contratado después de haber estado a las órdenes del rey de Francia. Prudencio de Sandoval contó en una crónica muy detallada varios aspectos de la expedición, entre los cuales se hace referencia a la estancia en Barcelona:

> Con gran cuidado acudía el Emperador, el tiempo que estuvo en Barcelona, a todas las provisiones que para la Armada se había de hacer, como si fuera un particular capitán, o no los tuviera tantos y tales que cualquiera pudiera fiar toda la armada [...]. Eran tanta la gente noble y común que no cabían en la ciudad, ni se podía andar por las calles: unos que venían a ver aquella hermosa Armada, otros que querían ir en ella. [...]. Domingo 16 de mayo entró el Emperador en la galera capitana de Andrea Doria, acompañado de muchos grandes y caballeros de la Corte. Tratose en Consejo de Guerra que no se consintiesen en la armada mujeres, ni muchachos, ni otra gente inútil, más de aquellos solos que eran para pelear: pero no bastó ese rigor que si las

> sacaban de un navío, las recogían en otro: y así se hallaron en Túnez más de cuatro mil mujeres enamoradas que habían pasado, que no hay rigor que venza y pueda más que la malicia.

A pesar de que la crónica aclara que muchas de estas mujeres seguían al ejército desde Málaga, seguro que muchas otras se apuntaron a la aventura en Barcelona, donde, durante unas cuantas semanas, llegaron a reunirse más de treinta mil soldados y marineros.

Los jesuitas

El imperio de Carlos y sus aventuras bélicas tuvieron dos consecuencias diferentes en la ciudad. Por una parte, impulsaron el comercio con Castilla y con los demás territorios de la monarquía. Por otra, el permanente estado de guerra contra Francia y contra los turcos no favorecía los negocios en el Mediterráneo. Además, el descubrimiento de América estaba empezando a dar unos frutos sorprendentes: América no era una parte de Asia, como se había creído al principio, sino que era un continente —o dos—. Aunque al principio las mercancías y los productos que llegaban de tierras americanas eran más bien escasos y parecían compensar el poco esfuerzo que costaba conseguirlos, durante el reinado de Carlos las cosas fueron cambiando y la plata y otros muchos productos de valor empezaron a fluir. Castilla se dio cuenta de que era más rica de lo que hubiera podido imaginar, mientras que la Corona de Aragón, a pesar de la prosperidad que surgía de la posición dominante de Carlos en Europa, se quedaba atrás. Y dentro de esa Corona, Cataluña era como siempre la más afectada, tanto para bien como para mal. Y decir Cataluña significaba, en definitiva, decir Barcelona.

Los últimos veinte años de reinado de Carlos son, por decirlo de alguna manera, más tristes. Es el momento en que su hijo Felipe se está formando y a él, que nunca había sido muy familiar, este hijo le sobraba. Felipe es un chico reconcentrado, obsesionado con los

aspectos más tétricos y oscuros de la religión. Así como Carlos es un hombre renacentista, Felipe es un hombre del barroco. Durante estos años, Carlos se va cerrando poco a poco en sí mismo. La política internacional, en un momento en que estos dos términos hacen referencia habitualmente a la guerra entre dos Estados, no acaba de solucionarse nunca. Además, el luteranismo, o, como se lo llamará posteriormente, el protestantismo, ha empezado a ser un factor clave en la política internacional, especialmente en los territorios alemanes, con los que Carlos y la Monarquía Hispánica están tan vinculados. Los pocos que intentan encontrar una solución religiosa, como Erasmo de Rotterdam, fracasan. El círculo de erasmistas del que se rodea inicialmente el emperador acabará en manos de la Inquisición. Además, cuando Erasmo es invitado a integrarse en la corte española de Carlos, rechaza la oferta con una demoledora frase en latín: *«Non placet Hispania»*, es decir, «no me gusta España». La Monarquía Hispánica empieza a no gustar en ninguna parte. Es demasiado fuerte, demasiado ostentosa, demasiado unida a la Iglesia más represiva y menos espiritual, precisamente la que Lutero, Calvino y otros están denunciando.

La Iglesia católica y su principal valedor, el emperador Carlos, buscarán una salida a los problemas políticos que prevea exclusivamente el dominio de las armas, siempre incierto. Esta salida se concreta en las resoluciones que se toman en el larguísimo Concilio de Trento, donde se llevará a cabo una contrarreforma que obligará a reformar la Iglesia de pies a cabeza. Aunque no se puede considerar fruto directo de Trento, la aparición de la Compañía de Jesús, una orden religiosa muy diferente de las órdenes existentes en ese momento, marcará el rumbo de los nuevos tiempos. Los jesuitas se considerarán soldados y monjes, pero unos soldados que nada tienen que ver con lo que habían sido los templarios o los hospitalarios. Los jesuitas son soldados del intelecto. Solo los capellanes más preparados son admitidos en la Compañía, y aunque el principio jurídico aparezca algo más tarde, los jesuitas son firmes partidarios del *cuius regio, eius religio*, es decir, la religión del

príncipe es la religión de la región. Este principio, que tendrá consecuencias nefastas y provocará, en parte, la guerra de los Treinta Años, es sostenido ciegamente por los jesuitas, que ya no se dirigen al pueblo, sino que buscan siempre la connivencia de las élites.

El fundador de esta peculiar y fascinante orden fue Iñigo o Ignacio de Loyola, un vasco que primero fue soldado y, tras caer herido, entró en un profundo proceso de reflexión y descubrimiento espiritual. Durante este periodo de reflexión, Ignacio va a Manresa y después a Barcelona, ciudad por la que siente cariño y donde instala una de las primeras casas de la orden. Los jesuitas habían hecho un voto extra de obediencia al Papa y actuaban con una seguridad y una fuerza extraordinarias, con la convicción de que sus acciones siempre estarían amparadas por la jerarquía de la Iglesia.

En Barcelona, este modo de actuar les trae problemas inmediatamente. La primera iglesia y casa de la orden, que construyeron en el año 1552, estaba en la Rambla, en la esquina con la actual calle del Pintor Fortuny, justo donde ahora se levanta un hotel de lujo. El lugar habría sido lo de menos si no fuera porque por aquel entonces la Iglesia tenía unas normas muy claras sobre la distancia a la que se podían construir nuevos templos. Y la iglesia más cercana a la nueva sede de los jesuitas era la más poderosa de Barcelona después de la catedral, Santa Maria del Pi.

El Pi siempre ha sido el ombligo de la ciudad. Aunque entonces tenía que competir con Santa Maria del Mar y la dels Sants Just i Pastor, además de con la catedral, el Pi tenía bajo su jurisdicción una de las zonas más densas de la Barcelona amurallada, además de contar con el Hospital de la Santa Creu. Gracias a esta combinación, las rentas que obtenía la congregación le permitían mantener a una buena cantidad de capellanes que vivían de los servicios religiosos que la iglesia prestaba. Eso por no mencionar que el Pi tenía la ventaja, muy poco común en la Barcelona recién salida de la Edad Media, de disponer de mucho espacio a su alrededor, pues era la parroquia más cercana a los *calls* judíos de la ciudad, desaparecidos

a finales del siglo XIV. Los pogromos habían permitido mantener estos espacios, vitales por las rentas que se obtenían con los entierros. Probablemente, aparte de los cementerios actuales, el lugar de la ciudad donde hay más cadáveres enterrados está en las inmediaciones de la iglesia del Pi.

Al ver que estaban construyendo una nueva iglesia al otro lado de la Rambla, la congregación del Pi puso el grito en el cielo. Midieron la distancia y comprobaron que, efectivamente, las obras estaban a menos de ciento cuarenta cañas del Pi —una caña equivale a un generoso metro y medio—. Es decir, una distancia ilegal. Los jesuitas parlamentaron con la congregación parroquial, que no cedió porque consideraba la distancia demasiado corta y no admitía que allí se pudiera construir. Fue entonces cuando los jesuitas acudieron al obispo y le mostraron los permisos concedidos directamente por el Papa para actuar según les pareciera más conveniente. El obispo les dio la razón y dejó a los del Pi con un palmo de narices. La historia habría acabado aquí si no fuera porque la Iglesia es una institución con una vida muy larga y con una memoria aparentemente selectiva para sus asuntos, pero, en realidad, de elefante.

A finales del siglo XVI, es decir, más de un siglo después de la construcción de la primera iglesia jesuita de Barcelona, la Compañía quiso ampliar el templo. De hecho, quiso construir uno nuevo, mucho más grande, la iglesia de Betlem, cuya fachada sigue intacta desde entonces en la Rambla, haciendo esquina con la calle del Carme, justo un poco más abajo de donde se ubicaba la primera iglesia. Los jesuitas ni se preocuparon por el viejo pleito que habían tenido con la iglesia del Pi. Pero en la primavera de 1680, ciento veintiocho años después del primer pleito, la congregación del Pi volvió a la carga. Si la distancia de la primera iglesia de Betlem no era la correcta, ¿cómo podía serlo la de la segunda, que todavía estaba más cerca? Además, el permiso papal se limitaba al primer templo, no se refería al segundo. Sin entrar en consideraciones

jurídicas, quizá los del Pi tenían razón, pero lo cierto es que, a aquellas alturas, tanto la congregación como la Compañía de Jesús iban a por todas.

Los del Pi maniobraron en el ambiente del Consell de Cent y prácticamente convencieron a los cinco *consellers* de que prohibieran la construcción de la nueva iglesia. Querían detener las obras y desanimar a los jesuitas, que tendrían que enfrentarse a un pleito de muchos años sin poder construir nada. Pero no sabían con quién se las gastaban. Ese mismo día, antes de recibir el interdicto judicial —que debía llegarles al día siguiente—, los jesuitas decidieron ocupar las casas que tenían que ser derruidas para la construcción de la nueva iglesia. Dicho y hecho. Llamaron a un notario para que certificase que aquellas casas estaban ocupadas por ellos y que, por tanto, pertenecían a la Compañía. Pero el rector del Pi se enteró enseguida porque tres mujeres que vivían en una de las casas fueron a contarle que los jesuitas las habían echado a la calle de mala manera. El rector, buena parte de los clérigos de la congregación y un grupo de feligreses decidieron que a esas alturas la violencia era legítima y que había que sacar de allí a los jesuitas como fuese. Uno de los clérigos convenció a los demás de que lo mejor era seguir la vía legal. Con la intervención del Consell de Cent, aquella misma noche obligaron a los jesuitas a abrir la puerta a aquellas mujeres para que pudieran volver a sus casas. Pero los jesuitas, que eran muy espabilados, las habían indemnizado antes de la llegada del alguacil, por lo que ya no podían devolverles la casa, la cual quedó en poder de la Compañía de Jesús. Al día siguiente por la tarde, el hecho ya era de dominio público y un grupo de exaltados se reunió en la iglesia del Pi, decididos a atacar a los jesuitas o a entregarlos a la Inquisición para que los quemaran como herejes.

Estos tira y afloja no llegaron nunca a concretarse y la violencia no pasó de ser verbal. Durante muchos meses, la ciudad se dividió entre dos bandos, según a quién se le diera la razón. Pero como dice el sabio refrán catalán, *«pagant, sant Pere canta»* —pagando, san

Pedro canta—, y en este caso fue exactamente así. Todo se solucionó con un pago que los jesuitas hicieron a la parroquia del Pi. Ahora sí que había llegado el momento de construir la nueva iglesia, una joya del barroco catalán que, desgraciadamente, como otras muchas, fue quemada a mediados de julio del 1936, cuando estalló la Guerra Civil española.

La amenaza turca y la batalla de Lepanto

El pleito de la iglesia de Betlem es significativo de cómo se vivían los asuntos eclesiales en aquella sociedad. En 1571, el poder de la religión, la situación internacional y las habilidades diplomáticas del papa Pío V propiciaron que una serie de Estados mediterráneos, que además habían luchado entre sí, se aliasen para promover una gran batalla naval contra el Imperio otomano, que acababa de conquistar Chipre y otras posesiones venecianas del Mediterráneo oriental. Las victorias otomanas no eran peligrosas en sí mismas, excepto, obviamente, para los venecianos y para los caballeros de la Orden de Malta. Pero si una escuadra turca conseguía una base permanente en Famagusta, estaba claro que el paso siguiente sería Sicilia, Mallorca o la península ibérica. Demasiado peligroso para mucha gente.

El 7 de octubre de 1571, cerca de la población griega de Návpaktos, Lepanto, se encontraron las dos escuadras enemigas. Nunca hubo y nunca habrá una batalla de galeras como aquella. Más de doscientos mil hombres lucharon durante horas en medio del mar. Para que se hagan una idea de lo que fue aquella batalla, se puede visitar la réplica de la galera real de Juan de Austria, construida en Barcelona, en la nave central de las Drassanes, en el Museu Marítim de la ciudad. Las bajas fueron numerosas: unos ocho mil cristianos por varias decenas de miles de otomanos. La cifra de muertos otomanos es difícil de precisar, porque, además de los que

murieron en el mar, hubo una gran matanza de soldados y marineros en las costas griegas y venecianas por parte de los habitantes de la zona.

La armada otomana fue completamente destruida y parecía que la amenaza turca había desaparecido para siempre, o al menos por mucho tiempo. En Cataluña, la noticia se recibió con gran alegría, quizá la alegría más grande que los catalanes tuvieron en aquel siglo tan convulso. El 31 de octubre, cuando la noticia llegó a la ciudad, todas las campanas sonaron para celebrar el acontecimiento. Los quehaceres ciudadanos se detuvieron y todo el mundo salió a la calle para dar gracias a Dios, bailar, beber y disfrutar de la victoria, que se creía definitiva. El Consell de Cent organizó tres días de celebraciones y muchos actos religiosos, tedeums en acción de gracias en todas las iglesias de la ciudad, banderolas colgadas, etcétera.

La alegría de la victoria de Lepanto perduró, sobre todo en las manifestaciones religiosas, prácticamente hasta mediados del siglo pasado. En una de las capillas de la catedral hay un Cristo crucificado de grandes dimensiones en una postura extraña, pues tiene el cuerpo doblado hacia un lado. La tradición popular sostiene que este Cristo era el que llevaba la nave capitana de los cristianos, la galera real que fue reconstruida en las atarazanas en 1571. La postura de la figura puede tener dos explicaciones: que el Cristo hizo el milagro de apartarse cuando una bomba de los sarracenos se disponía a acertarle o bien, con su cuerpo, cubrió milagrosamente un orificio en el casco de la bodega —adonde lo habían bajado al empezar la batalla— por el que entraba el agua. Ambas versiones coinciden en que el color negro de la madera del crucifijo y del Cristo se debe al humo de la batalla. Naturalmente, nada de eso es verdad. Ni siquiera se sabe con certeza de dónde procede este Cristo, pero se cree que su autor fue un maestro madrileño de aquella época y que fue instalado en la catedral a finales del siglo XVI.

El Cristo estuvo escondido durante mucho tiempo en la capilla, pero, en los años veinte del siglo pasado, la dictadura de Primo de Rivera y la del general Franco lo utilizaron de un modo muy peculiar. Sacaban al Cristo a menudo y lo exponían en la plaza de la Catedral para su adoración con motivo de victorias épicas que ambas dictaduras atribuían a los ejércitos. Con ocasión del Viernes Santo, todavía es posible ver cómo muchas personas, esencialmente mujeres, se acercan al Cristo y le pasan unas cuerdas con nudos por la espalda, pues la superstición sostiene que este gesto acompañado con una retahíla de oraciones concede los deseos. También se le atribuía el poder de favorecer la potencia sexual en los hombres; por esa razón, algunas mujeres se le acercaban y ponían la mano en los genitales del Cristo, lo que causó la pérdida de color en la zona en cuestión.

424 CALLES DENTRO DE LAS MURALLAS: LA CALLE AMPLE

La celebración de Lepanto, los desfiles de los gremios, las reuniones de los barcos de guerra... Todo nos devuelve la imagen de una ciudad viva e intensa. Sin embargo, para un habitante del siglo XXI la Barcelona de finales del siglo XVI y principios del XVII sería espantosa, como debían de serlo todas las ciudades europeas de entonces. Pero los visitantes de aquella época no la encontraban fea, sucia ni pequeña. Todo lo contrario, para ellos era espléndida y hermosa, una especie de perla luminosa al lado del mar. ¿Y qué podemos decir de los barceloneses? Como han hecho a lo largo de toda su historia, y seguirán haciendo sin avergonzarse lo más mínimo, los habitantes de la ciudad la consideraban una maravilla de la naturaleza.

En 1589, el catedrático de Derecho de la Universitat, Dionís Jeroni Jorba, escribió una historia de la ciudad. No se molestó demasiado, porque se limitó a reescribir, sin cambiar demasiado las páginas que más le gustaron, una obra de Jeroni Pau, *Barcino*, redactada un siglo antes aproximadamente. No se puede criticar del

todo al catedrático Jorba, porque reutilizar textos antiguos —y no tan antiguos...— era habitual en el pasado y nadie se ruborizaba por eso. Todo el mundo lo consideraba, de una manera muy pragmática, de lo más natural. Pues bien, Jorba se dio cuenta de que la obra en la que se había «inspirado», por decirlo de alguna manera, ya no reflejaba plenamente la Barcelona donde él vivía. A finales del siglo XVI, Barcelona tenía 424 calles, las que cabían dentro de la muralla. La más famosa, la de más renombre, no era la Rambla, como se podría creer, o el Born, no. Era la calle Ample, el lugar donde se concentraban los palacios de los principales aristócratas de la ciudad.

En la actualidad, la calle Ample causa estupor. ¿Cómo puede llamarse «Ancha» una calle tan estrecha? Para que podamos considerar realmente ancha esta calle, tenemos que imaginar lo angostas que eran las que la rodeaban. De hecho, y a pesar de que la fiebre de rehabilitación de los diferentes gobernadores y alcaldes de la ciudad haya transformado el entorno de la calle Ample, todavía hoy se puede imaginar un cierto esplendor y la sensación de alivio que debían de sentir los barceloneses de finales del siglo XVI cuando, después de pasar por calles estrechas, angostas, oscuras y ondulantes, desembocaban en esa calle principal. No es de extrañar que las personas más importantes de la ciudad, huyendo de la cloaca a cielo abierto que era la Rambla, se instalaran en esa calle donde salir al balcón —a algunos de los primeros balcones que se construyeron en la ciudad— debía de ser una delicia. A diferencia de los vecinos de las demás calles, el jubiloso habitante de la calle Ample debía de ver hasta los adoquines de la calle solo con mirar y, si no levantaba mucho la vista, podía ignorar la vida cotidiana de los habitantes de la casa de delante.

Durante el siglo XVI, la calle Ample se convirtió en la arteria aristocrática por excelencia. En el suelo se habían colocado adoquines nuevos que, según nuestro cronista, el catedrático Jorba, «cuanto más llueve, más limpios están». En 1582 se habían quitado las losas que cubrían el suelo porque, al tratarse de una calle

relativamente ancha, habían empezado a usarla para hacer carreras de caballos. Así que no es de extrañar que ante espectáculos de tanta categoría, en la época de Jorba tuvieran allí su casa el duque de Cardona, el infante Enrique de Aragón o el duque de Soma. Unos años antes también había residido en ella Pere Folc de Cardona, que llegó a ser presidente de la Generalitat y arzobispo de Tarragona. En el palacio de los Cardona, ubicado en el *número 28, s*e alojaron dos monarcas: el emperador Carlos I y el rey Francisco I de Francia. Actualmente, el palacio ya no tiene nada de medieval. A finales del siglo XVIII, dos siglos después de la publicación de libro de Jorba, el virrey de Cataluña, que era duque de Sessa, hizo demoler el palacio medieval y construyó uno nuevo de estilo neoclásico, con una fachada aburrida, que todavía sigue en pie.

A finales del siglo XVI, la calle había ganado en estilo. Cuando Carlos I se alojó allí, encontró a faltar el tramo de muralla que daba al mar. Un hombre de naturaleza tan guerrera, nacido en una tierra llena de fortificaciones, debía sentirse medio desnudo en un tramo de calle que no contaba con una protección seria. Así que ordenó que se construyera un tramo de muralla en la zona que daba al mar. La muralla del mar se convirtió enseguida en la zona de paseo por excelencia de Barcelona, fuera de la Rambla siempre maloliente y a falta de un paseo de verdad que, todo sea dicho, tampoco se estilaba en las demás ciudades europeas. Era un buen lugar para observar el mar y, sobre todo, los barcos que se acercaban o fondeaban. La actividad principal de Barcelona seguía siendo, como en la época medieval, el comercio marítimo. La vista privilegiada sobre el mar, el hecho de saber antes que nadie o, cuanto menos, no después que los demás, qué mercancías llegaban, era determinante para los negocios de los almacenadores y de los fletadores que proliferaban en aquellos barrios, junto al mar.

La Junta del Morbo

En el periodo final del siglo XVI, Barcelona y buena parte del Principado de Cataluña veían con ambivalencia el hecho de que el rey hubiera dejado de ser exclusivamente monarca de la Corona de Aragón para serlo también de un ente enorme, la Monarquía Hispánica, que agrupaba muchos reinos y entre los cuales Castilla era el más importante. La aristocracia catalana, la que tenía palacios en la calle Ample, se confundía cada vez más con la castellana. El proceso de emparentar entre sí a los nobles de los diferentes reinos de la monarquía tenía como consecuencia que, después de un siglo de la unión dinástica, los títulos aragoneses, y por extensión los catalanes, fueran a parar a nobles de raíces castellanas. Además, los nuevos tiempos que corrían en toda Europa favorecían que las Cortes, antes itinerantes, tendiesen a establecerse en una ciudad donde la creciente maquinaria estatal podía relacionarse con más facilidad. Este fenómeno tenía varias caras: por una parte, comportaba que los más poderosos de la monarquía se ausentaran cada vez más del Principado y fuesen menos conscientes de las necesidades del país. La mentalidad de esta aristocracia se estaba transformando y adoptaba progresivamente la actitud y las inquietudes de la corte castellana. Pero, por otra parte, el auge económico de la Corona de Castilla había favorecido el comercio de Barcelona con los castellanos y eso se traducía en el hecho de que un mercado considerado difícil se había convertido en atractivo. Los comerciantes catalanes tenían un nuevo mercado muy cerca, un mercado influido y repentinamente enriquecido por las riquezas que provenían del Nuevo Continente. Cataluña, por no decir directamente Barcelona, tenía prohibido comerciar con América, pero esta prohibición no era muy eficaz. Los barcos cargados de mercancías americanas llegaban a menudo directamente al puerto de Barcelona desde el otro lado del mundo. Y de América llegaban también mercancías transportadas por naves portuguesas o andaluzas que antes habían hecho una parada en aquellos lugares, facilitando así el contrabando con la Corona de Aragón.

La relativa buena salud del comercio favoreció el crecimiento de Barcelona, cuyas calles se llenaban día tras día. Según Borja, en la Barcelona de finales del siglo XVI vivían diez mil vecinos. No tenemos que entender esta cifra de manera literal. Por «vecino» se entiende una familia, y las familias de entonces estaban compuestas por una media de cuatro miembros y medio, es decir, que en Barcelona debían de vivir en aquella época unas cuarenta y cinco mil personas. No está mal. No es ni remotamente comparable con la gran ciudad mediterránea de entonces, Nápoles, que probablemente superaba los ciento cincuenta mil habitantes, pero es una cifra respetable para aquella época.

Pero esta frágil prosperidad se ponía a menudo a prueba. Para un barcelonés de finales del siglo XVI, la vida era un regalo que se perdía. En 1589, por ejemplo, hubo un episodio de peste bubónica. Durante nueve meses, desde junio de ese año hasta febrero del siguiente, la peste golpeó de nuevo a Barcelona. El obispo de la ciudad y los *consellers* hicieron un balance al final del desastre. A ciencia cierta, habían muerto 10.723 barceloneses, y como durante los tres primeros meses de epidemia no se había llevado una cuenta escrupulosa, la cifra podía ser superior y afectar a unas dos o tres mil personas más. Es decir, más de un cuarto de la población murió a resultas de la epidemia. En la iglesia del Pi no daban abasto con los entierros. Las plazas que rodeaban la iglesia se llenaron de cuerpos que se enterraban con poca ceremonia. Con todo, la congregación del Pi estaba muy orgullosa y se sentía amparada por Dios, porque de su media docena larga de capellanes ninguno fue castigado con la peste. Llegaron a cantar un tedeum para celebrar que la peste se había llevado a miembros de las congregaciones de todas las parroquias barcelonesas menos de la suya. Los cronistas cuentan algunos episodios especialmente terroríficos, como el hallazgo de cadáveres de recién nacidos muertos de hambre y sed al lado de sus madres fallecidas a causa de la peste. O la huida en

masa de miles de barceloneses, aterrados por la epidemia. O la pobreza que sobrevino después de seis meses de lucha contra la enfermedad.

En 1589 fue la peste, pero los mismos barceloneses eran plenamente conscientes de que la ciudad era propensa a matar a sus habitantes a causa de la insalubridad que se respiraba. Barcelona era conocida por el hedor que emanaba, que, de hecho, no desaparecerá hasta mediados del siglo XIX, cuando se derriben las murallas. La gente vivía comprimida entre los muros de la ciudad, y la prohibición de construir en el perímetro exterior de la muralla no era una excusa: dentro de la ciudad sobraba sitio, especialmente en el barrio del Raval, gracias a la ampliación que se había realizado durante el siglo XIII. Quizás este hacinamiento sea atribuible al especial carácter de la ciudad, tan llena de sí misma. En aquella época, no había prácticamente ninguna letrina pública, y si alguien sentía necesidad mientras iba por la calle, era costumbre encontrar algún rincón más o menos apartado para soltar lo que había que soltar. La red de cloacas era poco extensa y la mayoría de las aguas fecales iba a parar a unos pozos negros que había en las casas. Cuando los pozos se llenaban, el contenido acababa en la calle y se concentraba en los surcos que formaban los adoquines, haciendo la función, por decirlo de algún modo, de materia orgánica adhesiva. Además, Barcelona ya era una ciudad desbordada por el tráfico de carruajes y caballos. Cuando la situación era insoportable, los vecinos acumulaban los detritos en un rincón y esperaban a que algún fematero, el hombre que recogía los excrementos para abonar el campo, se los llevara. A todo esto hay que añadir la sangre y los despojos procedentes de la desolladura de animales, que siempre se hacía dentro de la ciudad, y los restos preindustriales que se producían en los talleres. Se solía decir que el lugar más insano de Barcelona era la parte más cercana al mar de la Riera de Sant Joan, donde el agua se mezclaba con la salida de la cloaca, los animales muertos del mercado de aves que había al lado y otros residuos. Si tenían que tirar algún trasto de mayores dimensiones, los

barceloneses solían llevarlo a cualquier cementerio parroquial, el espacio que ahora ocupan las plazas que hay delante de las iglesias más antiguas de la ciudad. Si los vivos no aprovechaban los trastos, puede que lo hicieran los muertos...

Toda la ciudad era un estercolero. Desde mediados del siglo xv se había formado, a imitación de muchas otras ciudades mediterráneas, especialmente italianas, la llamada Junta del Morbo, una especie de comisión de hombres notables que estudiaban medidas para luchar contra las pestes, que recibían genéricamente el nombre de «morbo». La Junta decidía tanto dónde había que enterrar a las víctimas de las epidemias como si había que detener a los forasteros que quizá fueran el origen de la infección. Con el tiempo, la Junta se convirtió en una especie de departamento de sanidad de Barcelona y, cuanto menos teóricamente, imponía una serie de normas higiénicas para prevenir las enfermedades. Después de la peste de 1553, la Junta adquirió más poder. El Consell de Cent estaba harto de que Barcelona sufriera constantemente pestes y decidió ponerse manos a la obra. Los miembros de la Junta —también denominada la Vuitena, la Octava, porque estaba formada por ocho hombres— se constituyeron en un poder dentro del poder, un avance de lo que pasaría doscientos años después en Francia, cuando el Comité de Salud *Pública* encabezado por Robespierre haría rodar las cabezas de los enemigos de la Revolución. Una de las medidas que tomaron fue impedir que los pobres entrasen en la ciudad, sobre todo si eran franceses. En aquellos tiempos, muchos franceses, especialmente gascones, llegaban al Principado huyendo de la pobreza y de las guerras de religión. Era fácil atribuirles el origen de todos los males, y la peste no fue una excepción. Además, los pobres iban sucios y andrajosos, lo cual era para los miembros de la Junta un símbolo evidente de que eran los peores portadores de enfermedades.

La Junta gozaba de mucho poder, y no solo porque su función era prevenir las terribles enfermedades que aterrorizaban a los barceloneses, sino también porque permitía a algunos de sus

miembros lucrarse con la corrupción. Tras la epidemia de 1564, dos miembros de la *Vuitena*, Jaume Ros, mercader de paños, y Joan Crespí, sastre, convencieron a los otros seis miembros de la Junta de que no quemaran las ropas de los muertos. Habían sido guardadas en el convento de los Àngels Vells, fuera de las murallas de la ciudad, y consideraban que airearlas un poco sería suficiente para eliminar los restos de la infección. Teóricamente, el dinero obtenido con su venta iría a parar a las arcas de la ciudad, pero, como era de esperar, se lo quedaron los dos presuntos higienistas. Lo que no sabemos es si los pobres desgraciados que compraron la ropa usada contrajeron o no la enfermedad...

BARCELONA: BELLA CIUDAD DEL MUNDO

A pesar de estar rodeados de tanta miseria, la vida también podía tener su encanto para los barceloneses y los visitantes de la ciudad. La ciudad era conocida en todas partes como un lugar espléndido, y no es de extrañar si nos fijamos en los testimonios que dejaron algunos de sus habitantes o visitantes ilustres. Uno de ellos fue Miguel de Cervantes Saavedra, que menciona Barcelona en varias novelas y escritos. En una de las *Novelas ejemplares*, *Las dos doncellas*, los protagonistas llegan a la ciudad y Cervantes dice por boca de sus personajes:

> Admiroles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo.

Bella ciudad del mundo, regalo y delicia de sus moradores, acogedora, elegante... En toda su obra Cervantes no alaba tanto ninguna otra ciudad del mundo. Pero esto no es todo. En la segunda

parte del *Quijote*, su héroe, acompañado por el escudero Sancho Panza, visita Barcelona y dice de la ciudad:

> Archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única.

Con todo, no existen pruebas directas de la presencia de Cervantes en Barcelona, aunque sí muchas indirectas. Por lo que parece, Cervantes estuvo en la ciudad en dos ocasiones. La primera vez fue probablemente en 1569, cuando el escritor tenía veintidós años. Cervantes vivía en Madrid y fue condenado por haber herido a un hombre llamado Antonio de Sigura. La pena preveía la amputación de la mano derecha y el destierro de Castilla durante dos años. Con buen criterio, el joven Cervantes no esperó a que se cumpliera la sentencia y se marchó a Italia. No se sabe el itinerario que siguió, pero los castellanos que emprendían este viaje solían ir de Madrid a Zaragoza y de allí a Barcelona para embarcarse; el mismo recorrido que ahora cubren el tren de alta velocidad o las autopistas. El único problema para sostener esta hipótesis es que se sabe que la primera etapa de la huida del joven Cervantes lo condujo a Sevilla, que no está precisamente al lado de Barcelona. En cualquier caso, en las obras anteriores al *Quijote* se encuentran numerosas referencias a la realidad catalana, buena parte de las cuales difícilmente podían saberse sin haberlas visto en persona.

Parece más claro que Miguel de Cervantes visitó Barcelona una segunda vez, y que esa estancia fue la que lo impulsó a incluir la ciudad en el itinerario del *Quijote*, en la segunda parte de las aventuras del caballero de la Mancha. En junio de 1610, cuando contaba con sesenta y dos años, una edad avanzada para la época, Cervantes estuvo en Barcelona un mes como mínimo, pero también habría podido pasar todo el verano en la ciudad. Hay que tener en cuenta que el escritor no estaba en plena forma, en parte debido a la vida que había llevado. El 7 de octubre de 1571, mientras participaba en la batalla de Lepanto como soldado en la galera

Marquesa, un disparo de arcabuz le seccionó un nervio del brazo izquierdo, que le quedó inservible. Además, según una descripción que hace de sí mismo, a aquellas alturas ya casi no le quedaban dientes y tenía problemas de visión. Sin duda, había conocido tiempos mejores. Por otra parte, el viaje a Barcelona, acompañado de su mujer y de su hija, no le fue muy bien. Cervantes constataba con una cierta desesperación que el éxito que había obtenido con la primera parte del *Quijote* y todo lo que había escrito hasta el momento no era suficiente para asegurar su subsistencia. Como ya había estado en Italia y guardaba un recuerdo placentero de aquellos años, al enterarse de que el conde de Lemos había sido nombrado virrey de Nápoles, quiso añadirse a la expedición. Si conseguía formar parte de la corte del virrey como escribano o literato —o lo que fuera—, su vida y la de su familia estarían aseguradas.

Las expediciones hacia Nápoles solían salir del puerto de Barcelona. Cataluña y el reino de Nápoles formaban parte de la Corona de Aragón y tenían unas relaciones muy antiguas. Un antepasado del rey Felipe III, Alfonso V de Aragón, había viajado a Nápoles hacía un siglo y medio con intenciones guerreras, pero le gustó tanto que se quedó dieciséis años y no volvió a pisar Cataluña hasta su muerte. Los lazos entre Nápoles y Barcelona eran, pues, importantes. En el puerto de la ciudad se congregaban los barcos, tanto de guerra como mercantes, que transportaban a los virreyes y a sus nutridas cortes. Durante las semanas que precedían a la partida de un virrey, la ciudad se transformaba tanto por las fiestas y conmemoraciones que celebraban los aristócratas de paso como por las numerosas ventas que hacían los mercaderes; y —cosa no insignificante— por las trifulcas, los conflictos y el uso de las casas de prostitución que hacían los marineros y la tropa. En el caso del duque de Lemos, se reunieron en Barcelona seis galeras de la escuadra de Génova, dos de la de Florencia y cuatro de la de Nápoles, en total doce naves de guerra y un número indeterminado de barcos civiles que las acompañaban.

Cervantes quería participar, pero antes tenía que superar el primer obstáculo, cuyo nombre era muy barroco: el secretario del duque de Lemos, que se llamaba Lupercio Leonardo de Argensola, había sido cronista del reino de Aragón y, con su hermano Bartolomé Leonardo, ejercía una tiranía literaria al amparo del virrey. Lupercio era famoso por su envidia. No soportaba ni a Góngora, por cuestiones presuntamente literarias, ni a Lope de Vega, que había sido el anterior secretario del duque. No consta que Cervantes tuviera ningún problema con él anterior a la cita de Barcelona, pero lo que sí estaba claro es que los Lupercios, como el autor del *Quijote* llamaba a los hermanos, no deseaban tener a su lado a nadie que pudiera hacerles sombra, ni literaria ni personal. Así pues, era imposible que Cervantes consiguiera el billete para Nápoles a través del secretario y de su clan familiar. La otra posibilidad era pedir directamente a Lemos un cargo en su corte. Pero, de nuevo, los acontecimientos le resultaron adversos. El duque se trasladó a Barcelona en el último momento, del 5 al 10 de junio de 1610, y durante esos días estuvo muy atareado. El dietario de Jeroni Pujades cuenta las fiestas y solemnidades de las que disfrutó —o que soportó, quién sabe— el duque a lo largo de aquellos cinco días. Cervantes ni siquiera debía de poder acercarse a él.

¿Por qué Cervantes se quedó unos días más en Barcelona si el duque ya se había marchado? Pues tampoco lo sabemos, pero es muy probable que lo hiciera, porque tanto en el *Quijote* como en *Las dos doncellas* relata algunos episodios que debían de estar inspirados en lo que vio en la ciudad a finales de aquel mes. Por ejemplo, don Quijote y su escudero llegan a Barcelona en la noche de San Juan. El dietario de Pujades narra que era tradición que esa noche se dispararan salvas desde los baluartes de las murallas que daban al mar, a las que respondían los barcos que había en el puerto; lo mismo que describe Cervantes en el *Quijote*. Además, a finales de julio de ese año, hubo en el puerto una trifulca de marineros, hecho que también describe Cervantes en las *Novelas ejemplares*. Incluso existe la posibilidad de que permaneciera en la

ciudad hasta mediados de septiembre, cuando las cuatro galeras de la Generalitat de Cataluña capturaron unos barcos turcos delante de la ciudad, pues don Quijote asiste a ese episodio desde la galera capitana. Es decir, que Cervantes no solo vivió en Barcelona, sino que también la describió de buen grado. ¿Dónde residió durante su estancia? La tradición barcelonesa dice que ocupó un piso en la tercera planta del número 2 del actual paseo de Colom. Como era de esperar, no tenemos ninguna prueba de que así fuera, pero la tradición tiene su lógica: el edificio fue construido a mediados del siglo XVI, unos cincuenta o sesenta años antes de la llegada de Cervantes. En la fachada existe la imagen de un hombre que podría ser el escritor, pero se comprobó que no podía ser cierto porque el medallón con la imagen se colocó cuando ya no podía quedar con vida nadie que hubiera visto a Cervantes. Pero el hecho de que no exista documentación no significa que no viviera allí. De hecho, desde la ventana del tercer piso habría gozado de una atalaya perfecta para contemplar los acontecimientos que describió en el *Quijote* y en las *Novelas ejemplares*, lo cual es verosímil. Las guías turísticas se detienen delante del edificio, que en la actualidad tiene un supermercado en los bajos, y explican la vida de Cervantes. Hoy en día, la tercera planta goza de una vista magnífica sobre el puerto deportivo. Por aquel entonces, la muralla debía de tapar un poco el mar, pero eso no quita que entonces como ahora, cuatrocientos años después, desde esa ventana se siga respirando el alma de Barcelona.

CAPÍTULO 9

DE CARA AL DESASTRE

Panorámica de Barcelona desde el mar, a mediados del siglo XVII, de Sébastien de Pontault, Chevalier de Beaulien.

El virreinato de Cataluña

Durante todo el siglo XVI, las instituciones barcelonesas, y por extensión las catalanas, no cambiaron sustancialmente sobre el papel. Se trataba de las mismas instituciones con un funcionamiento parecido. Solo se añadió un nuevo cargo a todo el tejido institucional, el de virrey, que tuvo una gran incidencia en la vida ciudadana y del país. Ya habían existido en épocas anteriores instituciones con las mismas funciones aunque con nombres diferentes, como los lugartenientes, por ejemplo. Pero el virrey, un alto cargo que ejercía de rey cuando el monarca estaba ausente físicamente, tiene sentido cuando el territorio que está bajo un monarca es tan extenso y variado que no queda otro remedio que administrarlo de forma delegada.

Con Carlos I y la transformación de la dinastía de Trastámara en Habsburgo (o Austria), el sistema de virreinato será profusamente utilizado. El virreinato de Cataluña, con sede en Barcelona, al lado de la plaza del Rei, cerca de la catedral y el Tribunal de la Inquisición, perderá prestigio y será considerado un destino poco deseable para los virreyes, que prefieren optar por territorios donde pueden mantener un gran poder, un alto nivel de autonomía y la posibilidad de enriquecerse fácilmente. En Cataluña esto no es posible porque está demasiado cerca de Castilla, del monasterio palacio del Escorial, donde se ha establecido la corte desde el reinado de Felipe II —aparte de contar con otros palacios más cómodos— y la tierra no es lo suficientemente rica para permitir que se desvíe mucho dinero del erario público. Además, la manía de los catalanes —y aún más de los barceloneses— de ser tan enrevesados en la interpretación de sus derechos, constituciones y privilegios no es fácil de gobernar. Así que no es de extrañar que, en contra de lo habitual en la maquinaria de nombramiento de los virreyes, a

menudo los designados para Cataluña sean gente del país, muy implicada, eso sí, en la estructura de la corte, personas para las que ser el representante del monarca en el territorio supone tejer y fortalecer relaciones clientelares que probablemente ya tenían antes de asumir el cargo.

Hasta la llegada al poder del emperador Carlos, el Principat era el territorio más poderoso y hegemónico de la Corona de Aragón, a pesar de la decadencia que había sufrido en el siglo XIV a causa de las pestes, los conflictos políticos y sociales y las guerras. Había superado como había podido aquel mal momento, pero ahora Cataluña y la ciudad de Barcelona habían entrado a formar parte de un organismo mucho más grande, casi monstruoso. Continuaba siendo —con permiso de Nápoles— el territorio hegemónico de la Corona de Aragón, pero ahora la Corona era tan solo un territorio más de una monarquía compuesta que tenía intereses que iban desde la actual Holanda hasta Austria, pasando por buena parte de Italia, las islas mediterráneas, el norte de África, toda la península ibérica, las islas atlánticas, la mayor parte del continente americano, las islas Filipinas y algunas posesiones más en Asia y África, sobre todo durante los años en que Portugal también se integró en la Monarquía Hispánica. Por más importante que fuera Barcelona, por especial que fuera Cataluña, por determinante que fuera la Corona de Aragón, su peso en este conglomerado era relativo. Y eso se notaba en muchas cosas.

Aunque durante el siglo XVII Barcelona está considerada una de las urbes y uno de los puertos más importantes del Mediterráneo, y a pesar de las descripciones elogiosas que le dedican los viajeros, examinando los datos económicos y demográficos es fácil deducir que la ciudad no iba por buen camino.

El comercio internacional había sufrido y había disminuido mucho por varios motivos: el peligro otomano, ahora aliado de Francia, también enemiga, seguía estando presente; el hecho de formar parte de la Monarquía Hispánica no había favorecido la presencia de las mercancías catalanas en el exterior. Además, como

Castilla dominaba en buena medida la estrategia internacional, favorecía sus alianzas tradicionales, y uno de los principales aliados mediterráneos era Génova. Esta ciudad se había convertido desde el siglo XIV en la principal competidora de Barcelona. La hostilidad que reinaba entre genoveses y barceloneses se reflejaba en todas partes, y no es de extrañar. Con la tolerancia del emperador, Génova estaba inundando los puertos donde tradicionalmente mercadeaban los catalanes con productos más baratos o, peor aún, de calidad superior. Para acabar de arreglarlo, los virreyes de Cataluña, en su mayoría castellanos y siempre a favor de los intereses del monarca, concedían con generosidad a los mercaderes genoveses las llamadas «habilitaciones», unos permisos para mercadear en territorio catalán y en la misma ciudad de Barcelona, a menudo sin pagar el cincuenta por ciento de los derechos que normalmente se exigían a los extranjeros.

Por otra parte, a finales del siglo XVI, justo después de la batalla de Lepanto, ya se habían levantado protestas por la falta de protección de la costa catalana. La Monarquía de Felipe II no dudaba en mostrarse generosa cuando iba a defender Chipre, en manos venecianas, o a atacar Túnez, y en cambio no tenía galeras para defender las islas Baleares o Barcelona. En 1570 llega incluso a proyectar abandonar Menorca y trasladar a todos sus habitantes cerca de Barcelona. Los síndicos menorquines, junto con los *consellers* barceloneses y los diputados catalanes, protestarán contra la propuesta, porque creen con razón que, si la idea se lleva a cabo, representará una catástrofe para la economía de la ciudad y de toda Cataluña. El caso de Menorca es significativo. Los mercaderes catalanes ven cómo sus posiciones en el Mediterráneo, consolidadas en muchos casos desde el siglo XIII, pierden auge o directamente desaparecen. Algunos de estos consulados caen a causa del contexto de enfrentamiento religioso entre cristianos y musulmanes que arrasa el Mediterráneo, pero, en la mayoría de los casos, su debilitamiento se debe al triunfo comercial de los genoveses, de los marselleses y de los pisanos, entre otros.

La inmigración francesa

El país está conmocionado. Durante muchos decenios del siglo XVI han ido llegando miles y miles de personas procedentes del norte, gascones y foixanos —occitanos— y franceses. La mayoría busca mejores condiciones de vida y huye de la guerra civil intermitente que está destruyendo Francia y Occitania. Francia está viviendo un preludio de lo que se convertirá, un año después, en la guerra de los Treinta Años, donde se mezclan los enfrentamientos entre clanes y territorios con los enfrentamientos religiosos entre católicos y protestantes. Las persecuciones y la necesidad económica producen un incremento de franceses, básicamente hombres, que se instalan en Cataluña y se esfuerzan por integrarse tan deprisa como pueden en el país, entre otras cosas porque se juegan el bienestar económico y, a menudo, la vida. Sí, la vida, porque los inmigrantes son el chivo expiatorio. Siempre es más fácil echar la culpa al extranjero que al nacional. A finales del siglo XVI un veinte por ciento de los habitantes de Barcelona eran inmigrantes franceses, lo que inquieta a los *consellers* de la ciudad.

Tras las pestes que sufrió Barcelona entre 1588 y 1592, se buscaron remedios. Una de las medidas más evidentes fue la contratación de médicos. El problema era que había más demanda que oferta, lo cual, además de encarecer la contratación de profesionales para ejercer la profesión en un lugar determinado, generaba un fenómeno de intrusismo e incluso de estafa. Muchos, con pocos o nulos conocimientos de medicina, afirmaban ser médicos reconocidos. En 1589 el Consell de Cent contrató a un médico francés, llamado Bernat Rigaldia, que según afirmaba él mismo estaba especializado en la curación de apestados. Rigaldia iba acompañado de tres ayudantes: dos catalanes, Joan Despasell y Joan de Satpey, y el gascón Bartomeu Foixà. Entre los cuatro empezaron a utilizar sortilegios y artes malignas para curar a los enfermos que, lógicamente, no solo no se curaron, sino que algunos murieron, según el Consell de Cent, a causa de las prácticas mágicas

sufridas. Bernat fue condenado a muerte «por cuatro cuartos», es decir, por descuartizamiento. Al día siguiente de la sentencia, sufrió el tormento de recorrer las cien esquinas sobre una carreta. En la calle de la Ciutat, delante de la Casa de la Ciutat, le cortaron una mano y la quemaron; después siguieron hasta las puertas del hospital —se supone que el de la Santa Creu—, donde le cortaron la otra mano, que también quemaron. Por último, al final de la Rambla, lo decapitaron. Colocaron su cabeza dentro de una jaula que se colgó en la pared de la Casa de la Ciutat para que todo el mundo tuviera muy claro que no se podía practicar brujería en Barcelona. Sus ayudantes se acogieron a la jurisdicción eclesiástica para librarse de la pena de muerte, pero solo consiguieron aplazar unos días la ejecución.

Bernat Rigaldia y sus desgraciados ayudantes fueron ejecutados por malas prácticas, pero la sentencia, tan dura y rigurosa, contrasta con la que se dictó contemporáneamente contra el apotecario barcelonés Tomàs Ferrer, culpable de haber adulterado las sustancias que se usaban para confeccionar la llamada *triaca magna* —un remedio que desde la época de los romanos se utilizaba para multitud de cosas— y otros medicamentos. No existía una única fórmula de elaboración, cada apotecario tenía la suya, por lo que difícilmente se podía hablar de adulteración de una medicina que no tenía una composición clara. Ferrer fue condenado a la inhabilitación a perpetuidad para el ejercicio de la profesión y a la expulsión de la ciudad. Teniendo en cuenta que a los acusados de falso testimonio se les cortaba la lengua, es fácil darse cuenta de que la pena del apotecario no fue muy severa. En cualquier caso, el apotecario barcelonés Ferrer no fue tratado con la misma dureza que el francés Rigaldia, y esto es solo un ejemplo entre muchos.

Normalmente, los inmigrantes franceses querían casarse y fundar una familia, pero les resultaba muy difícil conseguirlo. Sabemos por los registros parroquiales que solían casarse con las mujeres más pobres o con viudas sin dote relativamente mayores. A menudo, el matrimonio los ayudaba a transformar su apellido en

otro que sonara más catalán. Los Bayle, por ejemplo, pasaron a llamarse Batlle; los Puech, Puig; los Faure, Fort, etcétera. Hoy en día, existe un buen número de apellidos catalanes acabados en -*au*, como Colau o Pascau, o en -*ac*, como Marsillac, Rexac o Albiac, que provienen del occitano. En algunas villas, como Mataró, a principios del siglo XVII más de la mitad de los habitantes era de origen francés u occitano. No hubo problemas lingüísticos porque los occitanos que llegaban hablaban «*quaix català*», casi catalán, como decía Desclot en su crónica. El occitano o gascón y el catalán están profundamente emparentados y eso facilitó que los inmigrantes adoptaran rápidamente el idioma.

No era, por tanto, la lengua lo que preocupaba a las autoridades respecto a aquella inmigración tan numerosa y continuada —desde mediados del siglo XVI hasta finales del XVII—. Lo que las inquietaba era que aquellos recién llegados introdujeran en el país ideas subversivas y, sobre todo, el protestantismo, ya que muchos de los que huyeron de la guerra eran católicos, pero también había protestantes, y el protestantismo era muy temido. Carlos I fue el primer rey que se enfrentó al fenómeno, y su hijo Felipe II, un católico fanático amante de las reliquias, se apuntó. Además, el antiprotestantismo dio a la mayoría de los reinos de la Monarquía Hispánica un carácter tenebroso, ajeno a lo que el arte barroco quería representar para la Iglesia católica surgida del Concilio de Trento.

Es curioso ver cómo el barroquismo se manifiesta en las iglesias de todo el Estado español como un conjunto de formas recargadas, mientras que en otros lugares, especialmente en los países centroeuropeos cercanos a otros protestantes, es luminoso, dorado y alegre, como en el caso de Bohemia. La Monarquía Hispánica no quiso encantar y recuperar a los protestantes con una política religiosa más abierta y brillante, sino destruir de raíz el protestantismo y, sobre todo, a quienes lo practicaban. El brazo armado de la lucha contra el protestantismo fue el mismo que ya había combatido y derrotado a los judíos y estaba acabando con los

moriscos: la Inquisición. En Barcelona, el Tribunal de la Inquisición estaba ubicado donde se encuentra el actual Museu Marès, en la plaza Sant Iu, enfrente de la catedral y del Palau del Virrei. A pesar de su fama de perspicaces y sagaces, los inquisidores acostumbraban a ser gente chapucera y poco sensata, profundamente obcecada y nada dúctil. Todo el mundo los odiaba y este *todo el mundo* no es exagerado porque sus maniobras internas para arrebatarse los cargos eran sonadas.

No es de extrañar que, ante la llegada de tantos franceses, los detuvieran a la mínima bajo la acusación de herejes. Esta manía persecutoria, además de nociva para la economía, llegó a ser tan ridícula que en 1560 el Consell de Cent tuvo que recordar al Santo Oficio que perseguir a todos los franceses por herejes no tenía ningún sentido, pues la mayoría de ellos eran católicos. Dos años después exigieron a todos los franceses que llevaran encima una nota en la que se indicara cuáles habían sido las circunstancias que los habían empujado a ir a trabajar. La Iglesia, a instancia del rey Felipe II, tenía que investigar si los franceses eran buenos cristianos, si cumplían con los sacramentos, si se confesaban, si rezaban, etcétera. En 1570, en virtud de estas normas, el Tribunal de la Inquisición de Barcelona estaba constantemente deteniendo, interrogando, juzgando y condenando franceses, hasta el punto de que el embajador de ese reino —que, como recordaremos, era el gran enemigo de la Monarquía Hispánica— se quejó ante el rey por el maltrato que sufrían los inmigrados en Cataluña.

Los inquisidores chocaron a menudo con los *consellers* y no tuvieron reparos en excomulgarlos, aunque estos hacían caso omiso. A su vez, el Consell de Cent procesaba a la más mínima a los familiares de la Inquisición —los subordinados del inquisidor principal — por violar las normas de la ciudad. Los dos poderes se enfrentaban constantemente, en especial por el tema de los franceses, porque los inmigrantes eran una pieza clave de la economía del país, concretamente del puerto de Barcelona. El puerto necesitaba mano de obra para cargar y descargar las mercancías y

trabajar en los talleres y almacenes. Muchos de estos trabajadores eran inmigrantes y, cuando la Inquisición rondaba por el puerto, todos se escondían, lo que provocaba un bajón en el trabajo. Además, muchos marineros de los barcos que llegaban a Barcelona eran protestantes, judíos conversos o moriscos y, fuera como fuese, la Inquisición quería capturarlos, a lo cual se oponían los mercaderes porque, sin duda, esto frenaba la llegaba de barcos mercantes extranjeros.

Pero los inquisidores no estaban completamente solos. Los virreyes, en calidad de altos funcionarios de la Monarquía, solían apoyarlos. En 1563, el virrey García Álvarez de Toledo y Pimentel-Osorio —un nombre impresionante—, marqués de Villafranca del Bierzo, promulgó una orden sobre los inmigrados franceses en la línea de la Inquisición:

> Los gascones y otras gentes de nacionalidad francesa, entrados recientemente en este Principat y Condados, tienen que ser considerados gente perversa y malvada, sospechosos de luteranismo y hugonotes, enemigos de nuestra santa fe católica y de la religión cristiana.

¡Toma ya! Por suerte la mayoría de las autoridades no le hicieron ni caso.

Como ocurre en cualquier proceso migratorio —como ahora en toda Europa—, entre la gente honrada, que es la mayoría, también hay malhechores, algunos empujados por las penurias que pasan en los lugares adonde emigran. En el siglo XVI, muchos franceses se convirtieron en bandoleros, hecho que empeoró la situación de sus compatriotas. En 1614, fra Josep Serrano escribía a su amigo, el virrey Francisco Hurtado de Mendoza y Cárdenas, marqués de Almazán, acerca de los bandoleros franceses:

> Pues es cosa cierta, y grande prueba de esta verdad, que estando en frontera de infieles y en comunicación de gentes extrañas, no se sabe que hombre natural desta nación haya apostatado de la fe y religión cristiana.

> Pero se cometen cada día delitos que son víspera de muy mala fiesta, y preñez de un muy doloroso parto. Porque en las cuadrillas de los bandoleros hay algunos que no sin grande sospecha se pueden juzgar por herejes.

Es decir, según el fraile, el bandolerismo era culpa de la herejía.

UNA SOCIEDAD VIOLENTA: EL BANDOLERISMO

Había herejes y franceses entre los bandoleros, pero el problema del bandolerismo en el país no dependía de los inmigrados, en todo caso algunos de ellos se habían apuntado. Sin duda, Cataluña era uno de los territorios más peligrosos de Europa. Por sus caminos pululaban bandoleros que no acostumbraban a tener muchos escrúpulos a la hora de disparar sus armas. Y el país estaba lleno de ellas.

En aquella época, muchas industrias se dedicaban a la fabricación de una especie de pistolas llamadas pedreñales, un invento genial aunque mortífero. La producción de acero se disparó gracias al perfeccionamiento en las comarcas del Pirineo de un tipo de forja, denominada forja catalana. El hierro que se obtenía de estas forjas era mucho más barato que el que se traía de fuera, y fue la base para crear una pequeña industria metalúrgica que se especializó en la fabricación de armas, cuyo producto estrella fue el pedreñal. Se trataba de un arma corta, parecida al arcabuz, pero mucho más cercana a las actuales pistolas, aunque con un cañón más largo. La importancia de este artefacto era el sistema de ignición de la pólvora mediante una llave de rueda que rascaba un pedernal. Al rascar la piedra, se producía la chispa que inflamaba la pólvora y disparaba el arma. Para que nos hagamos una idea, tenía el mismo sistema que los mecheros de hoy en día. El pedreñal era mucho más fiable y letal que la mecha, que debía ser encendida previamente y no facilitaba el disparo rápido. Además, como los trabucos, se cargaba con cualquier cosa, aunque lo más fiable y

común era introducir una bala esférica de metal o de piedra en el cañón. No era un arma precisa, pero era temible a corta distancia y todo el mundo lo sabía perfectamente.

El bajo coste de los pedreñales contribuyó a aumentar la violencia que se desencadenó en aquellos años en toda Cataluña. Pero también dio pie a un fenómeno extraño producido por la ausencia del rey en el país. Estamos en un momento en que las monarquías absolutas se imponen por doquier. Los monarcas europeos, que hasta ese momento disponían de palacios repartidos por todo el país, adquieren la costumbre de permanecer en un determinado lugar, a menudo una ciudad, y convertirla en el centro administrativo que gobierna el territorio. La burocracia empieza a crecer y el funcionariado cobra una importancia superior a la que había tenido hasta entonces. Pero todo pasa por el monarca y, por tanto, si se quiere disponer de algún poder, hay que conseguir el favor del soberano, y este únicamente se consigue si se está cerca de él.

El lugar elegido por el rey para situar su capital adquiere una importancia extraordinaria entre los nobles que rodean al monarca y a sus funcionarios —cuyo poder aumenta día tras día—, en busca de migajas de poder y privilegios. Es más, los territorios y ciudades que no acogen al monarca, a su corte y a sus funcionarios pierden influencia gradualmente. Esto fue lo que sucedió, con una intensidad insólita en Europa, con la Monarquía Hispánica. Madrid, una pequeña ciudad cercana a El Escorial, vio cómo florecían los negocios alrededor de la corte y recibió a los funcionarios que se instalaban en ella para servir al Estado.

Barcelona y toda Cataluña, por su parte, vieron cómo la aristocracia se marchaba a Madrid y el rey aparecía bien poco. El dinero que movía la clase alta de nacimiento no llegaba al territorio; los impuestos, los tributos, las rentas, todo iba a parar a los aristócratas catalanes que estaban fuera del país y que, además, se habían emparentado con otras familias nobles de Castilla, lo que provocó que durante dos o tres generaciones el rendimiento de las

tierras de Cataluña no volviera al país. Para Barcelona tampoco fue fácil, pues el negocio que generaba el virrey no se podía comparar con el que podía producir una corte permanente en la ciudad. Pero Barcelona, por suerte, era la capital de un país que llevaba cuatrocientos años peleándose con su monarca, y que, unas veces para bien y otras para mal, le había parado los pies y había aprendido a no esperar mucho de él.

Además, si las tierras que poseía un noble no eran rentables, las oportunidades de obtener rentas supletorias en Catalunya eran muy escasas. En la Iglesia, por ejemplo, la mayoría de los altos cargos siempre estaban ocupados por aristócratas, pero en Cataluña los obispados se entregaban sistemáticamente a castellanos, y las abadías eran más complicadas de conseguir y generalmente estaban peor remuneradas. La Diputació del General proveía pocos cargos y mal retribuidos. Es cierto que las posibilidades de obtener beneficios privados —es decir, negocios corruptos— eran buenas, pero, en cualquier caso, acceder a ellos era difícil. Dentro de la administración del virreinato solo había veinticinco cargos: trece mandos de castillos y doce cargos internos, los letrados, que debían ser ocupados por hombres conocedores de las leyes.

En definitiva, la pequeña y mediana nobleza catalana lo tenía muy difícil en Cataluña. En Castilla, cerca del rey, también era muy complicado situarse porque la nobleza castellana se ocupaba de que los cargos buenos fueran a parar a los suyos. Los catalanes no eran los únicos que tenían este problema, a otros reinos de la Corona de Aragón también les ocurría lo mismo. Al reino de Portugal, durante el periodo en que perteneció a la Monarquía Hispánica, a Nápoles, al Franco Condado, Flandes... Todos tenían que doblegarse a la nobleza castellana, y si su territorio no era lo suficientemente rico, resignarse a pasar penurias y problemas económicos inesperados. Los catalanes, como los portugueses, los milaneses, la gente del Franco Condado o los valencianos, estaban hartos de los castellanos y de su manera de hacer las cosas. Cristòfol Despuig, autor de *Los*

col·loquis de la insigne ciutat de Tortosa —Los coloquios de la insigne ciudad de Tortosa—, de mediados del siglo XVI, escribió refiriéndose a los castellanos:

> Lo peor que tienen es que quieren ser tan absolutos y tienen tanta consideración por lo propio y tan poca por lo de los demás que parece que son los únicos venidos del cielo y que el resto de los hombres han salido de la tierra.

Armas de calidad baratas y abundantes, gran aristocracia ausente y, al mismo tiempo, una aristocracia menor que no tenía más remedio que aferrarse a un territorio que no era muy productivo. Este panorama se complicó aún más con la aparición de dos bandos que pronto se extendieron por el territorio: los *nyerros* y los *cadells*. En origen, los nombres provenían de un enfrentamiento que se remontaba al siglo XIII entre el señor de Nyer, Tomàs de Banyuls, y la familia Cadell, señores de Àrseguel, en los Pirineos. Un conflicto señorial, uno de tantos que, además, se había ido complicando a lo largo de los años con venganzas y represalias que no acababan nunca. En el siglo XVI y principios del XVII, en el país todo el mundo tenía relación con unos o con otros, sin que existiera ningún tipo de profundidad ideológica o de intereses de clase o de cualquier otro tipo que justificara estas afinidades. Si un señor y un pueblo, por la razón que fuese, se declaraban *nyerros*, el señor y el pueblo adversario de al lado se declaraban, sin duda, *cadells*.

Pero más allá de estas rivalidades, los nuevos tiempos habían transformado los estamentos. La sociedad medieval había muerto y los payeses habían cambiado. Ahora los propietarios del campo ya no eran los nobles. Eran los *pagesos grassos*, payeses que disponían de la propiedad de la tierra y que contrataban a otros payeses para labrar y realizar las tareas del campo. Eran el equivalente labriego de los mercaderes y los menestrales de las ciudades —como siempre, Barcelona a la cabeza— que, con su presencia y sus costumbres, estaban creando una especie de proletariado payés; payeses libres

pero pobres que se contrataban como jornaleros y que vivían precariamente. Entre ellos encontraremos a la mayor parte de los bandoleros que aparecen en aquel tiempo.

He aquí las causas del bandolerismo, aunque tampoco se debe olvidar el espíritu del país. Tirso de Molina, uno de los grandes literatos castellanos de aquella época, decía de los catalanes:

> En las demás provincias la estimación de la honra (puesto que siempre prohijada del valor) es extranjera, es advenediza: solo Cataluña la blasona natural; allí nace y nunca muere; desde la cuna hasta el sepulcro acompaña a sus vecinos quedando después ejemplo de sus sucesores: carácter permanece una injuria en los pechos catalanes, sin que la borren menos que mortales satisfacciones. Ninguna nación más conservadora de las amistades; ninguna más difícil de soldar sus quiebras; allí nació la venganza, y de allí se desterró la reconciliación, iguales en esta parte nobles y plebeyos, rústicos y cortesanos.

Y el portugués Francisco Manuel de Melo escribió:

> Son los catalanes (por la mayor parte) hombres de durísimo natural, sus palabras pocas, a que parece les inclina también su propio lenguaje, cuyas cláusulas y dicciones son brevísimas: en las injurias muestran gran sentimiento, y por eso son inclinados a venganza. Estiman mucho su honor y su palabra; no menos su exención, por lo que entre las más naciones de España, son amantes de su libertad. La tierra, abundante de asperezas, ayuda y dispone su ánimo vengativo a terribles efectos con pequeña ocasión: el quejoso o agraviado deja los pueblos y se entra a vivir en los bosques, donde en continuos asaltos fatigan los caminos: otros sin más ocasión que su propia insolencia, siguen a estotros: estos y aquellos se mantienen por la industria de sus insultos. Llaman comúnmente andar en trabajo aquel espacio de tiempo que gastan en este modo de vivir, como en señal de que le conocen por desconcierto: no es acción entre ellos reputada por afrentosa, antes al ofendido ayudan siempre sus deudos y amigos. Algunos han tenido por cosa política fomentar sus parcialidades por hallarse poderosos en los acontecimientos civiles: con este motivo han conservado siempre entre sí los dos famosos bandos de *nyerros* y *cadells*, no menos celebrados y dañosos a su patria que los güelfos y gibelinos de Milán.

Como se puede comprobar, el ánimo del catalán de entonces era orgulloso, altivo, rencoroso y violento. Es normal, por tanto, que el bandolerismo floreciese en su doble acepción. Por una parte, como delincuencia, grupos normalmente de hombres que esperaban agazapados a los bordes de los caminos para asaltar a los viandantes, o bien atacaban masías o pueblos donde podían encontrar dinero, utensilios y comida. Por otra, bandoleros que pertenecían a bandos diferentes que se hacían la guerra de forma privada, en unas ocasiones gracias a la tolerancia del poder público y, en otras, a causa de su impotencia. El fenómeno del bandolerismo era un fenómeno rural, pero omnipresente al mismo tiempo porque afectaba a toda la sociedad. Los nobles se aprovechaban y los pobres convivían con él o se veían obligados a hacerlo. Era habitual que los nobles tuvieran alguna residencia en Barcelona, por lo cual había calles en las que convivían, más mal que bien, aristócratas *nyerros* y aristócratas *cadells*.

Las Cortes de 1626

Era una sociedad violenta, pero muy consciente de sus derechos. Uno de los Usatges, de las libertades reconocidas a los catalanes, se convirtió en la clave de aquel periodo. El Usatge 68 era conocido por todos como *Princeps namque*, pues esas eran las dos primeras palabras de la norma, que rezaba exactamente:

> *Princeps namque si quolibet casu obsessus fuerit, uel ipse idem suos inimicos obsessos tenuerit, uel audierit quemlibet regem uel principem*.

Teóricamente, pues, el principio obligaba a los catalanes a socorrer a su príncipe —el monarca— cuando este era atacado, pero —y este es el punto fundamental— solo si se trataba de una guerra defensiva del territorio. De ahí se desprendía que los catalanes no tenían que ir como soldados a una guerra fuera de Cataluña y, además, tenían derecho a ir siempre armados porque no se sabía

cuándo se podía producir el ataque enemigo. El *Princeps namque*, que los catalanes sabían de memoria y citaban cada dos por tres, exasperaba a las autoridades virreinales y al mismísimo rey, porque ponía en tela de juicio la autoridad de la Monarquía. Ningún catalán estaba obligado a ir a la guerra si no era en unas circunstancias muy especiales y, por otro lado, difícilmente se podía obligar un pueblo a hacerlo si el súbdito más insignificante tenía derecho a llevar uno o dos pedreñales en el cinto.

En 1626 se convocaron las Cortes en Barcelona. A pesar de que las Cortes eran el mecanismo de relación entre el monarca y la sociedad estamental, cada vez se celebraban menos en Cataluña para desesperación de nobles, eclesiásticos y burgueses que se encontraban sin interlocutor y con la certeza de que las normas y la manera de gobernar de los virreyes recortaban los derechos día tras día. Hacía veintisiete años que no se celebraban y el monarca, Felipe III de Aragón y IV de Castilla, ni siquiera se dignó a visitar Cataluña para jurar su cargo cuando, cinco años antes, fue proclamado rey.

La lista de quejas de los estamentos era interminable, y los ánimos estaban encendidos a causa de las políticas que venían de la corte madrileña. El rey gobernaba a través de una especie de primer ministro, Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares, un reformador muy consciente de que el entramado que sostenía la Monarquía empezaba a resquebrajarse. La presión que recibía el mundo hispánico, con posesiones —literalmente— en medio mundo, enemigos poderosos, intereses cruzados y conflictos religiosos, era excesiva. Francisco de Quevedo, contemporáneo de Olivares, explicó los problemas económicos de la Monarquía con mucha ironía:

> Nace en las Indias honrado,
> donde el mundo le acompaña;
> viene a morir en España,
> y es en Génova enterrado.
> Y pues quien le trae al lado
> es hermoso, aunque sea fiero,
> poderoso caballero
> es don Dinero.

Las inmensas riquezas que venían de América —las Indias, en el poema—, básicamente la plata, acaban en Castilla. A la Monarquía no le quedaba otro remedio que dedicar aquella corriente de metal precioso que parecía inagotable a pagar las deudas que había contraído con los banqueros genoveses y con los bávaros de Habsburgo; era un río de dinero del cual se alimentaba, pero del que no obtenía provecho. Pocas veces la literatura ha documentado con tanto realismo las diferencias brutales que había entonces en Castilla entre ricos y pobres.

Pero, además de estas diferencias abismales entre lo que ahora llamaríamos «clases sociales», la literatura del Siglo de Oro muestra también un rasgo de aquella sociedad, clave para comprender los acontecimientos futuros que afectarán a Barcelona y a Cataluña. Hay una palabra castellana muy peculiar, *pícaro*, que define un género literario que florece en Castilla en aquellos años: la picaresca. La picaresca cuenta cómo sobreviven —o malviven— las personas que solo a base de engaños, algún trabajo duro y delitos menores ocasionales pueden aspirar a un plato de comida caliente. Otra palabra castellana que aparece a menudo en este género es *medrar*, es decir, aprovechar las pequeñas oportunidades que ofrece la proximidad al poder para salir adelante, sobrevivir y, a veces, progresar sin hacer nada especialmente útil.

La sociedad castellana de principios del siglo XVII está enfermando; está llena de nobles menores que viven en la pobreza, pero que no trabajan por orgullo; de gente que no puede hacer nada productivo y tiene que vivir de su ingenio y de las migajas del sistema; y de personajes que se acercan a la administración y a las cortes, tanto del rey como de los grandes nobles, para mantener un estatus y unos ingresos. Esta visión de Castilla era compartida por amplias capas de la sociedad castellana, que veían con preocupación cómo se descomponía aquel imperio universal. De ahí la maravillosa literatura de la época, escrita por personas inteligentes que, con un espíritu más o menos crítico de lo que pasaba, mostraban la realidad a través de novelas, obras de teatro y versos de primer orden.

Entre los altos funcionarios, este tipo de análisis no era tan frecuente, entre otras cosas porque solían ser los principales beneficiarios de la situación. Con todo, la mala salud de la Monarquía Hispánica no pasaba desapercibida ni siquiera para quienes deseaban que el sistema perdurara, como el conde duque de Olivares. Él tenía muy claro que la Monarquía Hispánica podía hundirse en poco tiempo.

Olivares formaba parte del clan de los Medina Sidonia, que estaba enfrentado a otros dos clanes, el de los Lerma y el de los de Uceda. Las relaciones clientelares y la formación de clanes era el sistema habitual de funcionamiento político en el siglo XVII en todas las monarquías absolutas. No eran partidos políticos ni tampoco familias enfrentadas en sentido estricto, sino más bien grupos vagamente emparentados que se defendían mutuamente de manera corporativa de otros clanes parecidos. Los Austria solían jugar con estos intereses enfrentados y otorgaban y retiraban poder evitando que uno de los clanes predominase en exceso. Pero Felipe IV no era precisamente un hombre inteligente, por eso se puso en manos de Olivares a partir de 1622. Cincuenta años después de la muerte del conde duque, fue hallado un memorial secreto que había dirigido al rey en 1625. En la actualidad todavía se discute si el memorial en cuestión es falso o si realmente fue redactado de puño y letra de Olivares. En cualquier caso, todos los historiadores coinciden en que el documento refleja de manera fidedigna el pensamiento del ministro. Olivares le decía al rey Felipe:

> Tenga Vuestra Majestad por el negocio más importante de su Monarquía, el hacerse Rey de España: quiero decir, Señor, que no se contente Vuestra Majestad con ser Rey de Portugal, de Aragón, de Valencia, Conde de Barcelona, sino que trabaje y piense, con consejo mudado y secreto, por reducir estos reinos de que se compone España al estilo y leyes de Castilla, sin ninguna diferencia, que si Vuestra Majestad lo alcanza será el Príncipe más poderoso del mundo.

Olivares no le proponía reformar la administración y afrontar de manera diferente las relaciones exteriores, sino que atribuía los males que sufría la Monarquía Hispánica al hecho de que los territorios no castellanos de su reino tenían leyes propias, en todos los casos más liberales y democráticas —con la debida distancia histórica para ambos términos—, que Castilla. Más centralización, más sometimiento, más control. Esta era la fórmula del memorial secreto que resultó ser un desastre.

Un punto clave de la nueva política de Olivares era lo que denominaba la Unión de Armas, así, en mayúscula. El Estado hispánico —como los demás Estados absolutistas de la época— gastaba básicamente en dos grandes partidas: la misma institución monárquica, con su nivel de vida desenfrenado y todos los que chupaban de ella, y el ejército, sobre todo en la guerra, que era consustancial a aquella visión del mundo de los monarcas europeos. Los ejércitos eran dinásticos o estaban enlazados a los aristócratas. Las razones de Estado, que existían, no eran las del Estado-nación del siglo XIX, sino que se concebían como defensa del entresijo de intereses que se movía alrededor de la Corona. Esto explica que la mayoría de las guerras se emprendieran sin ningún entusiasmo hacia el hecho bélico por parte de la población, entre otras cosas porque la opinión pública, tal y como la concebimos ahora, no existía, aunque empezaba a formarse muy tímidamente. Las guerras consumían muchos recursos que solo beneficiaban a los grandes señores que participaban en ellas, eso si las cosas iban bien. Si, por el contrario, la guerra se perdía, también se perdían los recursos. Y a veces, aunque se ganara, los costes de haber mantenido al ejército hacían que la operación en su conjunto hubiera resultado un mal negocio.

Las guerras hispanas de por aquel entonces no iban muy bien. Acababa de empezar la guerra de los Treinta Años, y aunque las hostilidades con Francia todavía no habían estallado, las rebeliones y los problemas en las fronteras exteriores de la Monarquía Hispánica eran una constante. En Flandes, el clima bélico era terrible y, para hacernos una idea, se estaba librando la guerra que acabaría

denominándose de los Ochenta Años. Las tropas hispanas se nutrían básicamente de soldados castellanos, italianos y, en menor medida, alemanes. Había soldados catalanes y portugueses en los tercios, pero no habían sido reclutados, sino que se habían alistado como mercenarios movidos por decisiones personales. Aunque hay que tener presente que las tropas de la época estaban formadas casi exclusivamente por mercenarios. Durante la contienda que se libraba en tierras alemanas, por ejemplo, era frecuente que un regimiento cambiara de bando varias veces en función de quién pagaba más, o simplemente pagaba. Para la Monarquía Hispánica sostener un ejército de estas características era engorroso, y más cuando los territorios de la Corona de Aragón, amparándose en sus leyes, se inhibían de la política imperial que, por otra parte, no les aportaba ningún beneficio. Olivares pensó que lo mejor era imponer que los reinos de la Corona de Aragón —y también los demás territorios hispanos— aseguraran cada año una cantidad mínima de soldados destinados a combatir en las guerras de la Monarquía.

En 1625, el rey Felipe IV, acompañado por Olivares, se dignó finalmente a visitar la Corona de Aragón con la intención de obtener de las Cortes la aprobación de la Unión de Armas y una gran cantidad de dinero para sostener los gastos. Tanto en Zaragoza como en Valencia rechazaron su propuesta, pero Felipe IV pensaba que Barcelona era el enclave decisivo. Si conseguía doblegar a las Cortes catalanas, lo demás vendría por sí solo.

Para empezar, y a pesar de las reticencias del Consell de Cent y de la Generalitat, que inundaron de cartas de protesta la corte de Felipe, decidieron que las Cortes se celebraran fuera de Barcelona, en Lleida, un lugar incómodo para los barceloneses y en contra de lo que era habitual. Los *consellers* de Barcelona recordaron que tenían varias deudas impagadas de Lleida, y que si los leridanos insistían en ofrecer la ciudad, Barcelona les exigiría el pago. Al final, Olivares cedió. En Barcelona estalló un entusiasmo histérico, la gente salió a la calle a celebrarlo, se oficiaron misas de acción de gracias en la catedral, se reconoció la intercesión de la Virgen María y de santa

Eulalia en el cambio de opinión del rey e incluso se decidió disparar salvas desde todos los cañones de la ciudad para manifestar la alegría que sentían los barceloneses por volver a tener Cortes. Quizá no era para tanto...

Cuando finalmente las sesiones empezaron, la metodología de las Cortes exasperó a los cortesanos. Aunque existía lo que hoy llamaríamos «orden del día», si un diputado de cualquiera de los tres brazos consideraba que tenía algo que objetar acerca de un tema, se levantaba y lo hacía saber. Si los demás miembros de su brazo lo apoyaban, tenían que comunicarlo inmediatamente a los otros dos que, si también estaban de acuerdo, paralizaban la decisión hasta que se hubiera aclarado el disenso.

Este procedimiento garantizaba que los problemas menores fueran tratados en las Cortes, y al mismo tiempo obligaba a tomar amplios acuerdos y a realizar transacciones de todo tipo para llegar al consenso. Esto acostumbraba a hacerse a través de las concesiones del rey que, si quería que la discusión fuera adelante, tenía que dirimir sobre el conflicto. Después de veintisiete años sin Cortes, no es difícil imaginar la avalancha de disensos que había. Además, el procedimiento preveía que estos se discutieran primero, y que después se escucharan las cuestiones del rey, entre las cuales se encontraba la Unión de Armas y los impuestos extraordinarios que Felipe quería imponer.

Tras un mes sin avanzar, Olivares ya no pudo más y quiso cerrar la discusión. El rey leyó un discurso sorprendente donde comunicaba a los miembros de las Cortes que tenían una semana para concluir, pues su salud estaba a punto de sufrir las consecuencias de tanta charla inútil. Todos se pusieron muy nerviosos: los brazos porque, si las Cortes se clausuraban de golpe, quedarían muchas normas y decisiones de gobierno pendientes de solución, quizá durante décadas; el rey y Olivares porque no conseguirían ni los soldados ni el dinero que habían venido a buscar.

El tira y afloja se alargó un poco más de una semana, pero no hubo nada que hacer. Olivares y sus hombres amenazaron, imploraron, intentaron sobornar, nombraron y destituyeron cargos... No sirvió de nada. Los catalanes sostenían que, si no se discutían con tranquilidad todos los disensos, no se entraría en el tema de la Unión de Armas. Además, ya habían comprendido que lo que el rey pedía no tenía ningún sentido, porque el país no disponía del suficiente número de jóvenes para suministrar dieciséis mil soldados cada año ni para pagar aquellos tributos. De ninguna manera.

El rey se fue de Cataluña con las manos vacías. En Castilla, Olivares comunicó que encontrarían una solución a pesar de todo y que Aragón y Valencia habían pagado, pero Cataluña no. Las élites castellanas empezaron a ver a Cataluña como un enemigo y a los catalanes como unos avaros que no querían contribuir al esfuerzo de la Monarquía. A este propósito, es significativo que unos años después, cuando la sublevación catalana ya había empezado, Quevedo escribiese *La rebelión de Barcelona ni es por el güevo ni es por el fuero*, un panfleto contra la sublevación de 1640:

> Son los catalanes aborto monstruoso de la política. Libres con señor; por esto el Conde de Barcelona no es dignidad, sino vocablo y voz desnuda. Tienen príncipe como el cuerpo alma para vivir; y como este alega contra la razón apetitos y vicios, aquellos contra la razón de su señor.

Quevedo lo escribió en la prisión, viejo y enfermo, cuando ya había perdido la amistad de Olivares y el favor del rey. Es posible que no estuviera personalmente convencido de ello, pero que lo escribiera para congraciarse de nuevo con los poderosos era señal de que creía que estas palabras reflejaban el pensamiento del rey y de su primer ministro.

La suspensión de las Cortes de 1626 representó el punto de partida del deterioro de las relaciones entre Cataluña —y Barcelona— y la Monarquía, que además tuvo que enfrentarse a una declaración de quiebra en 1627. En 1632 se reanudaron las Cortes, esta vez presididas por el hermano del rey, que actuaba en su

nombre. Otro fracaso que no condujo a ninguna parte, pues volvieron a suspenderse sin haber resuelto nada. En 1640, en Montblanc, hubo un intento más de cerrar aquellas Cortes inacabables, pero el estallido de la guerra de Cataluña las hizo inviables.

La guerra en Cataluña

La peste castigaba al país. En 1629 hubo un brote muy fuerte y la epidemia duró como mínimo hasta 1631. También hubo una sequía, que provocó que entre 1630 y 1631 hubiera poco trigo en Barcelona, por lo que este se vendió a precios astronómicos, lo cual hundió en el hambre a las clases populares. Mientras el país sufre, la Monarquía prohíbe el comercio catalán con Francia e Italia, hecho que irrita mucho a Barcelona, la principal perjudicada por la decisión. En 1635 estalla con virulencia la guerra entre la Monarquía Hispánica y Francia, o, como decían en aquella época, entre el Rey Católico y el Rey Cristianísimo, a pesar de que la guerra que estalla no tiene nada que ver con religiones comunes.

La Monarquía Hispánica ya había estado implicada en la gran guerra europea de los Treinta Años, pero siempre de manera indirecta, participando con el envío de dinero y mercenarios para luchar al lado de las potencias católicas. Francia se sentía rodeada por las posesiones hispanas, y en la guerra entre protestantes y católicos había apoyado a los protestantes, a los suecos entre otros, porque sus principales enemigos eran los Habsburgo austriacos e hispanos. Después de la gran derrota sueca y de que en la misma Francia el ejército hubiera acabado con los protestantes, los franceses se lanzaron a la guerra. Su principal interés residía en los territorios del norte, Flandes y el Franco Condado, pero los ejércitos hispanos opusieron fuerte resistencia en esos lugares.

En el sur, en cambio, la situación era más favorable a los intereses franceses y ofrecía muchas posibilidades de atacar enclaves estratégicos y retirarse si era necesario. Había dos lugares perfectos para iniciar los ataques: en el lado atlántico, la desembocadura del río Bidasoa permitía asaltar la fortaleza de Hondarribia con cierta facilidad. Hondarribia formaba parte del señorío de Bizkaia, muy unido a Castilla. En el lado mediterráneo, estaba el castillo de Salses, en el Rosellón, pero había sido modernizado y mejorado un siglo antes y era muy difícil derrotarlo. Estaba protegido por tropas castellanas e italianas y, cosa aún más relevante, era la punta de lanza de un sistema defensivo que alcanzaba a buena parte del territorio.

Salses y Hondarribia eran las dos fortalezas principales de la Monarquía Hispánica fronterizas con el reino de Francia, pero había algunas diferencias importantes entre ellas. Mientras que Hondarribia abría el paso a Castilla, el corazón de la Monarquía, Salses protegía el norte del Principat catalán, difícil de conquistar; después había que cruzar Aragón y solo entonces se llegaba a Castilla. Así que desde el punto de vista de una Monarquía Hispánica que ya entonces se identificaba totalmente con Castilla, Hondarribia era la última fortaleza y Salses la primera de una serie de fortificaciones que no permitirían el paso hasta Castilla. Así pues, Hondarribia era la más importante.

En 1639, los hispanos esperaban un ataque en Hondarribia, como había pasado el año anterior, pero los franceses fueron más listos y atacaron y capturaron Salses. El virrey de Cataluña, Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, estaba en una situación difícil. Como tenía pocas tropas castellanas, los tercios, a su disposición, invocó el *Princeps namque* para emplear a jóvenes catalanes en la recuperación de Salses. Tenía razón, era una guerra defensiva, y la gente respondió, pero de mala gana. El motivo no era que tenían que ir a la guerra, cosa que raramente puede apetecer, sino que en

el Principat se tenía la sensación de que los soldados españoles eran tan enemigos como los franceses. No era una cuestión de nacionalismo, sino la constatación de la realidad.

Desde 1626, la presencia de tropas castellanas en el Principat se había incrementado. En aquella época no había cuarteles y los soldados se alojaban obligatoriamente en las casas de la población, que además los tenía que mantener. Pero las costumbres y las leyes castellanas diferían mucho de las catalanas. Las tropas se comportaban como si no estuvieran en un territorio aliado, sino ocupado. Los incidentes, que se multiplicaban, revestían cada vez más gravedad. Los payeses disponían de pocos víveres y sufrían el saqueo de sus casas; los niños y los viejos eran maltratados y las mujeres violadas. En algunas poblaciones, hasta las iglesias fueron saqueadas. Los soldados castellanos y napolitanos cortaban los olivos y los árboles frutales para hacer leña y utilizaban a los payeses como sus esclavos. A principios de mayo de 1640, las tropas napolitanas destruyeron Riudarenes, en el Empordà, mataron a muchos de sus habitantes y quemaron la iglesia. Los oficiales españoles, en lugar de castigar a los culpables, dijeron que todo era una invención y que habían sido los mismos vecinos los que habían causado aquellos daños. Este tipo de episodios encendieron los ánimos de la población.

Además, la recuperación de la fortaleza de Salses había causado muchas bajas entre los soldados catalanes, cuyas filas también habían sido diezmadas por las epidemias. Muchos jóvenes se habían lanzado al ataque de manera casi suicida y hubo un gran derramamiento de sangre antes de poder recuperarla. Muchas familias del Principat se vieron afectadas, y cuando los oficiales españoles de los tercios informaron que los catalanes habían sido unos cobardes y que todo el mérito se debía a las tropas profesionales, las autoridades catalanas se indignaron.

En aquellos momentos, la clase dirigente catalana se encontraba en un dilema. La relación con la Monarquía se había deteriorado de una manera extraordinaria desde hacía décadas.

Tantos años de ausencia del rey habían consolidado una clase dirigente muy homogénea, compuesta por la pequeña y mediana nobleza que no se había trasladado a Madrid y un grupo amplio compuesto por lo que hoy llamaríamos profesionales liberales, abogados, médicos, comerciantes... Estas personas, a menudo emparentadas, gobernaban realmente el país y se sucedían en los cargos decisorios. Pero ahora se encontraban en un callejón sin salida.

Como ha ocurrido muchas veces en la historia de Cataluña, las clases dirigentes navegaban entre un conservadurismo profundo y la convicción de que los altos poderes, en este caso la corte de Madrid, mantenía políticas lesivas para el país. Muchos miembros de la Diputació del General, del Consell de Cent o de las diferentes Universitats —similares a los actuales Ayuntamientos— de las ciudades de Cataluña vivían de las relaciones que les procuraba el poder. Una actitud muy crítica o mostrarse muy decididos a cambiar las cosas ponía en peligro lo que habían conseguido. Pero la situación era tan precaria y el pueblo estaba tan harto de los abusos que, en cualquier caso, podían perderlo todo de un momento a otro.

Pau Claris, presidente de la Generalitat

Peste, hambre, maltrato por parte de las autoridades, guerra, abusos en manos de las tropas... Era un cóctel explosivo que podía estallar en muchos frentes. Como suele ocurrir, el detonante tuvo un poco de todo.

En 1638, habían sido elegidos por insaculación los tres diputados de la Generalitat. Por el brazo eclesiástico fue elegido el canónigo de Urgell, Pau Claris, que, como era habitual, también fue nombrado presidente de la Generalitat. Claris era un hombre extraordinariamente bien preparado e inteligente, sin duda, el mejor del país para ese cargo. El azar decidió que fuera el elegido. Del saco de aquel año, como del sombrero mágico de Hogwarts, salieron

otros dos diputados de primer orden. El cargo de diputado real, el que provenía de las ciudades y villas de Cataluña, correspondió a Josep Miquel Quintana, un hombre con una gran capacidad de gestión y organización que tendría un papel decisivo en la guerra que estaba a punto de estallar. Para el cargo de diputado militar, salió del saco Francesc de Tamarit, barcelonés y antiguo miembro del Consell de Cent. Tamarit era un hombre valiente, de vocación militar, muy enérgico y un líder nato. La gente lo adoraba por su firmeza ante las autoridades y ante el virrey, el conde de Santa Coloma. En 1639 marchó a la cabeza de los soldados catalanes en la conquista de Salses y su actuación fue decisiva. El día de Reyes de 1640, la fortaleza cayó y Tamarit volvió a Barcelona ese mismo enero. La llegada a la ciudad fue espectacular. Hubo una gran fiesta en las calles para celebrar la victoria y, sobre todo, el liderazgo militar del diputado. Pero Tamarit regresaba de Salses indignado por la actuación displicente de los oficiales castellanos. Cuando se reunió con el conde de Santa Coloma y se enteró de que los funcionarios de la corte de Madrid tachaban de cobardes a los soldados catalanes y que los militares castellanos se atribuían todo el mérito del asalto, discutió con el virrey.

Aquel invierno fue muy duro, y la actuación de las tropas hispánicas, deplorable. El país era un hervidero y Barcelona se hacía eco de ello. La tensión subió aún más de nivel cuando el virrey anunció que pronto los barceloneses también tendrían que acoger a las tropas. Había reyertas por doquier, los soldados asesinaban a la gente, la gente los mataba... Todavía no existía un movimiento organizado, pero las clases dirigentes catalanas estaban inquietas y empezaban a dividirse. Unos eran partidarios de encabezar una sublevación para acabar con los abusos, mientras que otros querían apaciguar al pueblo para detener el aumento de la conflictividad. El 18 de marzo por la tarde, el virrey de Santa Coloma ordenó a uno de los hombres más odiados del momento, el aguacil real Joan Miquel de Montredon, que detuviera al diputado militar Francesc de Tamarit y a dos miembros del Consell de Cent por haberse negado

públicamente a alojar a diez mil soldados en Barcelona. El Consell de Cent y la Generalitat protestaron inmediatamente porque, según las Constitucions catalanas, el virrey no podía detener ni al diputado ni a los demás dirigentes. El virrey pretendía llevárselos presos a Perpiñán, donde serían juzgados, pero la situación era tan tensa que no se atrevió a sacarlos de la prisión real, algo que pensaba hacer cuando las cosas se calmaran. Pero no lo hicieron.

En el interior, las tropas profesionales estaban perdiendo la batalla contra los payeses, que se habían organizado en somatenes armados. Los soldados emprendieron la retirada hacia Barcelona, destruyendo casas y pueblos enteros a su paso. El 21 de mayo, unos mil doscientos soldados acamparon al lado del Besòs, y durante esa noche los somatenes los atacaron, matando a muchos de ellos. Presas del pánico, los soldados rompieron la formación y, sin municiones y agotados, huyeron en dirección al muelle donde se encontraban los barcos reales. Algunos pudieron escapar, pero una buena parte de ellos fueron capturados y asesinados por los payeses.

Ante esta situación, el virrey ordenó que saliera una tropa para rescatar a los soldados, pero el somatén hizo huir a la guarnición y entró en la ciudad con una gran figura de Cristo crucificado por delante. Al llegar a la prisión, mataron a los guardias y liberaron al diputado militar y a los miembros del Consell de Cent. Santa Coloma, junto con todos los jueces y buena parte de los funcionarios reales, huyó y se refugió en las Drassanes, donde resistían. Mientras tanto, los diputados y *consellers* recorrieron la ciudad para calmar a los payeses, que finalmente se tranquilizaron y dejaron Barcelona.

Por su parte, el virrey consiguió reorganizar a todas las tropas de que disponía en Cataluña. Convocó a unos cinco mil hombres de infantería y a unos quinientos de caballería que, con la ayuda de varias galeras de transporte, empezaron a subir por la costa en dirección a Roses en una expedición de castigo que aplicó una durísima represalia.

Oficialmente, el país todavía no estaba en guerra. Las autoridades catalanas seguían respetando la autoridad del virrey, pero los acontecimientos se les escapaban de las manos. Y nadie se engañaba. Cuando la noticia del asalto de Barcelona llegó a la corte, el conde duque de Olivares puso en marcha la maquinaria militar para reprimir lo que consideró una sublevación en toda regla. Al mismo tiempo, el presidente de la Generalitat, Pau Claris, envió un embajador a Francia para entrevistarse con el cardenal Richelieu, con vistas a alcanzar un acuerdo para defender a los catalanes. Los dos bandos empezaron los preparativos militares. Olivares organizó un ejército de treinta mil hombres, una fuerza militar muy grande para la época. Estaba convencido de que para los militares sería un paseo, porque todas las plazas fuertes estaban en manos de los soldados españoles y los catalanes no tenían artillería ni caballería entrenada. Por eso a Pau Claris se le había ocurrido pedir a los franceses armas y soldados. Con todo, la guerra todavía podía evitarse.

La guerra dels Segadors

El 7 de junio era la festividad del Corpus en Barcelona. Aparte de las fiestas religiosas, tradicionalmente acostumbraban a reunirse cientos de jornaleros que eran contratados en Barcelona para ir a segar cereales por todo el país. Había tensión en el ambiente. En Barcelona entraron unos quinientos segadores y temporeros sin que nadie se opusiera. Tanto el virrey como los *consellers* habían decidido dejar abiertas las puertas de las murallas para no despertar la ira de los payeses, pero no evitaron el despliegue de tropas castellanas dentro de la ciudad, lo que se revelaría como un gran error. En la calle Ample, un grupo de soldados castellanos y unos segadores tuvieron una riña en la que uno de los segadores acabó herido —o muerto según otras fuentes—. Fue la chispa que encendió los ánimos.

La noticia se propagó inmediatamente, y los segadores y los barceloneses atacaron a los soldados castellanos, causando una matanza. El conde de Santa Coloma y sus seguidores huyeron de nuevo para refugiarse en las Drassanes, pero esta vez los amotinados no consiguieron entrar en el recinto. Santa Coloma y unos cuantos pudieron huir y echaron a correr montaña de Montjuïc arriba. En lo alto no existía el actual castillo, pero sí algunas fortificaciones donde esperaban encontrar refugio. Pero los sublevados lograron alcanzarlos y los mataron a todos. Los catalanes habían asesinado al virrey, y ahora ya no había marcha atrás. La sublevación no acabaría con el perdón real y la sangre iba a correr. Hasta ese momento, se había producido una sublevación, pero ahora se había convertido en una revolución. Matar al virrey a sabiendas de que en Madrid estaban preparando un ejército descomunal no habría valido la pena si no iban a por todas. La mayor parte de la clase dirigente catalana estaba asustada, se había llegado demasiado lejos y se había encendido una hoguera donde podían arder todos.

El país empezó a organizarse bajo la dirección de Pau Claris. Pero antes intentaron una jugada maestra que no salió bien: la mayoría del Consell de Cent conservaba la esperanza de poder llegar a un arreglo satisfactorio con la Corona. La solución pasaba por alejar del poder al conde duque de Olivares, logrando que alguno de sus enemigos ascendiera en el círculo íntimo del rey Felipe IV, alguno de los partidarios de mantener el *statu quo* contra el que atentaba la actitud de Olivares. Los *consellers* sabían que muchas familias del poder central eran partidarias de que Olivares abandonara su posición preeminente, pues su política no había hecho más que crear enemigos, tanto en el interior como en el exterior. Aunque era difícil de conseguir, existía una posibilidad real de que la sublevación catalana se convirtiera en la tumba política del privado y que comportara un cambio del equilibrio de poderes en el

seno de la corte. Cambio que comportaría el perdón de Felipe IV y la consolidación del respeto al *statu quo* entre el Principat y las instituciones monárquicas.

Pero ¿y si esta línea no era suficiente y había que dar otro paso o apostar por una solución más audaz y radical? O incluso yendo más allá, ¿y si el acercamiento al otro gran poder europeo, Francia, trajera consigo una mejora de la situación de las clases dirigentes catalanas? Esta era la opción que defendían Pau Claris y Tamarit, y tampoco se podía descartar. Comportaba problemas diferentes, porque los catalanes, que habían luchado en la década anterior contra los franceses, sabían que las fechorías de sus vecinos del norte no tenían nada que envidiar a las de los soldados hispánicos, pero, erróneamente o no, tenían la sensación de que el Rey Cristianísimo podía tratar bien a unos súbditos que lo ayudaban con su cambio dinástico a debilitar a su enemigo común, Felipe IV.

En definitiva, las dos líneas de actuación consistían en conseguir que cayera el conde duque de Olivares, para facilitar la subida al poder de alguna familia que no estuviera interesada en unificar la legislación de la Monarquía, o bien en acercarse a Francia, a cambio del respeto de las leyes y Constitucions catalanas.

En los meses de junio y julio de 1640, las instituciones catalanas y los órganos de la Monarquía se intercambian correspondencia en la que los primeros piden la retirada de las tropas y los segundos el restablecimiento del orden público. Algunas de estas cartas circulan públicamente con la intención de obtener el apoyo popular y favorecer la propia argumentación. Esta intensa actividad diplomática va acompañada de una actividad frenética en las imprentas. Las calles se llenan de panfletos que explican lo que está ocurriendo de un modo bastante neutral. A pesar del bajo índice de alfabetización, una buena parte de los hombres y una fracción considerable aunque más minoritaria de mujeres ya saben leer y escribir. Además, una hoja impresa cuesta poco porque hace años que Barcelona en estos momentos ya tiene una larga tradición editorial.

Pau Claris decide redactar un escrito en el que se expongan con sutileza las razones de los catalanes. Se lo encarga a Gaspar Sala, un fraile agustino, famoso por su retórica, que ya se había encargado un año antes de redactar un discurso oficial para el Palau de la Generalitat titulado *Panegírico aniversario de los héroes catalanes difuntos, inmortales en sus hazañas*. Era un título muy barroco, y el sermón le hacía justicia. Hoy en día resulta pesado de leer, pero mantenía una tesis que agradó mucho a los diputados: según la Biblia, los que primero se convirtieron al cristianismo fueron los soldados romanos que crucificaron a Jesucristo. Pues bien, estos soldados habían sido reclutados en la provincia de la Tarraconense, por lo cual se podía afirmar, según Sala, que los primeros cristianos de la historia, aparte de los apóstoles, claro está, eran catalanes. De ahí deducía que Cataluña era el pueblo escogido por Dios. Este argumento, que hoy en día puede parecernos ridículo y divertido, hizo su efecto en aquella época. De hecho, los embajadores españoles ante el Papa utilizarían el mismo argumento, pero al revés: los soldados que mataron a Cristo eran catalanes, lo cual probaba la maldad intrínseca de Cataluña. Ridículo o no, el discurso había gustado mucho a los diputados y a los políticos, y por eso, aquel verano cargado de malos presagios, el Consell de Cent encargó a Gaspar Sala que escribiera un mensaje al rey Felipe.

En septiembre se imprimió el panfleto, que se titulaba *Proclamación católica a la magestad piadosa de don Felipe el Grande, rey de las Españas y emperador de las Indias, Nuestro Señor*. Era un discurso muy hábil. Decía que los catalanes querían a su rey y que deseaban recordarle la larga historia catalana, la geografía física y humana, las virtudes y la fidelidad a la Corona; fidelidad que estaba siendo puesta a dura prueba por las manipulaciones y las maniobras de Olivares. Estaba, por tanto, en las manos del monarca restablecer la felicidad en Cataluña y en toda la Monarquía; sería suficiente con que obligara al conde duque a abandonar la política emprendida. El panfleto también recordaba con sutileza otro detalle: Cataluña había sido fundada por Carlomagno,

antecesor de Luis XIII, por lo que Francia estaba indirectamente legitimada para considerar a Cataluña un territorio que podía pertenecer a su Corona. También se recordaba que la soberanía de cualquier monarca sobre Cataluña se basaba en un contrato con el pueblo, un contrato en virtud del cual el rey se comprometía a acatar las Constitucions. Si no lo hacía, el pueblo catalán quedaba libre del pacto con el monarca y podía elegir la forma de gobierno que considerase más oportuna. Por tanto, la *Proclamación católica* afirmaba algunas cosas que debían resultar muy desagradables para los oídos del monarca hispano y, en cambio, muy atrayentes para el rey francés.

En medio de toda aquella retórica barroca, a Felipe se le decía entre líneas que si no daba un paso atrás, se deshacía de Olivares y dejaba de atacar el territorio catalán, las autoridades catalanas se separarían de la Monarquía Hispánica y después ya verían lo que hacían; quizá ponerse bajo la soberanía francesa. Para que el mensaje fuera claro, el Consell de Cent hizo un esfuerzo titánico y puso a trabajar de lo lindo a las imprentas de Barcelona. Si normalmente se imprimían unos mil ejemplares de cada libro, hicieron imprimir ocho mil, una cifra que en aquella época solo había superado la Biblia. Se tradujo al francés, al holandés y al italiano, mientras que no se imprimió en catalán porque era un libro de propaganda para el exterior. Su objetivo era convencer a los poderes europeos de la legitimidad de los argumentos catalanes. La idea fue muy buena, pero los acontecimientos fueron tan precipitados que el esfuerzo propagandístico acabó siendo inútil.

La entrada del ejército español

En el otoño de 1640, el ejército español entraba por el sur de Cataluña. Aprovechando que Tortosa seguía en manos de la guarnición hispana, un ejército enorme, formado por veintitrés mil soldados de infantería, tres mil jinetes y veinticuatro cañones, un

despliegue de fuerza imponente, se encaminaba hacia Barcelona. Estaba dirigido por un militar veterano, Pedro Fajardo de Zúñiga y Requesens, marqués de Los Vélez. Aunque no todo el ejército era veterano, contaba con muchas unidades con experiencia en la guerra y disponía de tropas mercenarias irlandesas, valonas, italianas y portuguesas, además de los soldados castellanos. El plan de Los Vélez era sencillo: ir subiendo por la antigua Vía Augusta hasta Barcelona y derrotar la poca resistencia que esperaban encontrar. Mientras tanto, ante la precariedad y la inexperiencia de las fuerzas catalanas, la Generalitat había llegado a un pacto con los franceses para que participasen como aliados en la guerra que estaba a punto de empezar.

La marcha hacia el norte de los castellanos fue brutal. Los catalanes, solos al principio porque los franceses todavía no habían llegado, opusieron más resistencia de la esperada. La respuesta española fue arrasar a sangre y fuego todo lo que encontraron a su paso. El ejemplo más salvaje fue Cambrils, donde, después de una resistencia heroica, los seiscientos defensores catalanes pactaron la rendición. Cuando ya estaban desarmados, los españoles los asesinaron a todos. Colgaron a las autoridades, violaron a las mujeres y quemaron las casas. Con los franceses no se comportaban así porque los consideraban enemigos convencionales, mientras que a los catalanes los torturaban y los asesinaban por traidores. Con todo, la expedición no estaba resultando un paseo militar para el ejército español. La política de tierra quemada alentó a la resistencia catalana. Envenenaban los pozos de agua y los soldados que se rendían morían a manos de los somatenes; los españoles nunca encontraban nada de comer en las casas, los campos habían sido quemados y los animales, sacrificados.

La Generalitat, que ahora ya contaba con la ayuda de los franceses, decidió plantar cara al enemigo en Martorell, un lugar estratégico para entrar en Barcelona que a lo largo de la historia había sido testigo de batallas y enfrentamientos. Martorell se asienta en un cañón del río Llobregat, en la falda de la montaña de

Montserrat, un lugar con buenas defensas naturales. Los francocatalanes dispusieron a sus mejores hombres, unos ocho mil, para su defensa. Pero Los Vélez, que ya tenía muy cerca su objetivo, Barcelona, no se detuvo. Aunque a costa de numerosas pérdidas, consiguió que los francocatalanes huyeran.

De cómo un loco gana una batalla y otros azares de la guerra

La situación era desesperada. La Generalitat y el Consell de Cent habían proclamado solemnemente que abandonaban la Monarquía Hispánica y se convertían en República independiente. Pero si querían que Francia, la única que podía realmente ayudar, se implicara más, tenían que ofrecer algo a cambio a los vecinos del norte. La Generalitat decidió someterse a la soberanía francesa a cambio de que se respetaran las libertades y las Constitucions, y de que los cargos del Principat estuvieran solamente en manos catalanas. Al aceptar la soberanía francesa, Luis XIII de Francia pasaba a ser Luis I de Cataluña. Cuestiones dinásticas aparte, en aquellos momentos lo urgente era no perder el país. El ejército español, con unos treinta mil hombres, se acercaba a Barcelona. Entre catalanes y franceses sumaban unos seis mil defensores. El objetivo catalán era resistir para dar tiempo a llegar a las tropas francesas, que se esperaban al cabo de pocos días. Y el objetivo español era lógicamente capturar Barcelona lo antes posible y consolidar sus posiciones antes de que llegaran los franceses. Por eso el marqués de Los Vélez planeó un asalto frontal rápido a las dos posiciones que defendían la ciudad: la montaña de Montjuïc, donde había una fortificación muy precaria, y las murallas de la ciudad. Un asalto inmediato podía acabar con la resistencia catalana, que había demostrado valentía, pero también una gran inexperiencia militar.

El mando español tenía razón, pero no contaba con dos hechos que lo cambiaban todo. Por una parte, la implicación francesa que, aunque limitada, podía ser decisiva. Los pocos oficiales franceses que había eran gente curtida y muy profesional, y el pequeño destacamento de caballería francés, muy eficaz y bien entrenado. Además de las fuerzas francesas, la actitud de los catalanes era determinante. A pesar de la inexperiencia general, en Barcelona se habían reunido los voluntarios que ya habían participado en otros combates. La motivación de los barceloneses era extraordinaria: la batalla era a todo o nada. Tenían muchas municiones que habían acumulado a lo largo de los meses, y aunque no disponían de mucha artillería, no era algo determinante si se tiene en cuenta la calidad de los cañones de la época. Los defensores habían tenido además la previsión de cavar una trinchera protegida que unía la ciudad con la fortificación de Montjuïc, gracias a la cual los dos grupos defensivos podían enviarse refuerzos con bastante facilidad.

El 26 de enero de 1641 por la mañana, los españoles emprendieron un ataque simultáneo a Montjuïc y al Portal de Sant Antoni. Primero dispararon contra la muralla, mientras dos unidades hispanas subían la montaña a escondidas para sorprender a los defensores. Al llegar a la fortificación, con un pequeño foso, muros de tierra irregulares y esquinas algo más reforzadas, los atacantes sorprendieron a los primeros defensores y los hicieron huir. Pero los voluntarios del gremio de *estevaners*, los metalúrgicos, asistidos por la buena suerte, aceptaron el reto y frieron a tiros a los asaltantes. Los dos oficiales hispanos y muchos hombres cayeron muertos. En vista de la resistencia, los españoles enviaron a otras dos unidades que obligaron a los voluntarios a retirarse dentro de la fortificación. Tuvieron suerte de nuevo porque, mientras se retiraban, dispararon unos cuantos tiros que acabaron con la vida de otros dos comandantes españoles. Con todo, las tropas españolas lograron rodear la fortificación catalana y se lanzaron al asalto. El

comandante francés Aubigny había hecho subir en secreto algunas piezas de artillería desde la muralla hasta Montjuïc, y estos cañones abatieron y detuvieron de nuevo el asalto.

En Barcelona las cosas tampoco iban muy bien para los españoles. El hijo del general, duque de San Jorge, dirigía un numeroso escuadrón de caballería cuya misión era impedir la comunicación entre el fortín y la ciudad. Un pequeño grupo de caballería francesa, junto con algunos catalanes, salió del recinto para enfrentarse a la caballería enemiga, aunque la diferencia de fuerzas hacía imposible obligarla a huir. El de San Jorge reclamó refuerzos, y sin haber recibido la orden de hacerlo, cargó con unos ochocientos caballos contra los francocatalanes. Los catalanes se retiraron a las líneas fortificadas, mientras que el grueso de la caballería francesa salía de Barcelona y atacaba a los españoles. San Jorge se vio rodeado. Pero como tenía más soldados que el enemigo, decidió abrirse paso a lo loco a través de la línea fortificada catalana. Los catalanes, que si algo sabían hacer era disparar, fusilaron a los jinetes y mataron a San Jorge delante de su padre, el marqués de Los Vélez, horrorizado por lo que estaba sucediendo. En ese momento, el general se hundió.

En Montjuïc, los españoles continuaban con los asaltos y los catalanes rechazándolos, pero aquella situación no se podía alargar mucho más porque las municiones y el agua se estaban acabando. Desde Barcelona decidieron enviar dos mil soldados a Montjuïc, junto con agua, municiones y víveres cargados por mujeres. Al ver que la línea de comunicación entre Barcelona y Montjuïc no se había cortado, los españoles decidieron emprender un asalto muy poderoso, pero una vez más la suerte estuvo de parte de los catalanes. Bajo el mando del capitán Cabanyes, unos cuantos voluntarios habían salido del fortín y se habían escondido en la montaña. Cuando los soldados hispanos salieron al asalto, los voluntarios dispararon a los oficiales y mataron a dos sobrinos del marqués y a un hijo del comandante que dirigía el asalto a Montjuïc. Al recibir la noticia, los mandos españoles se desmoralizaron. Eran

las cuatro de la tarde, y aunque las cosas les habían ido muy mal, su superioridad seguía siendo abrumadora. Pero la sensación de derrota contra un enemigo más débil era aún más difícil de soportar.

Durante uno de los tiroteos, un voluntario barcelonés, Joan Tapioles, gritó que los españoles huían, cosa que no era verdad. Un sargento francés llamado Verges lo repitió. Unos cuarenta voluntarios catalanes, armados de espadas y cuchillos, salieron de la trinchera y echaron a correr hacia las posiciones españolas. Los asaltantes españoles, aterrorizados, dieron media vuelta y empezaron a gritar que se salvara quien pudiese. Los catalanes y los franceses que defendían Montjuïc salieron en persecución de los españoles, y en pocos minutos todo el ejército español huía a la desbandada perseguido por un grupo de hombres que no dejaban a nadie vivo tras de sí.

La victoria de Montjuïc fue abrumadora y sorprendente, una de las humillaciones más grandes que haya sufrido nunca el ejército español. Quizá por ese motivo en el año 1939, cuando la Guerra Civil española tocaba a su fin, los ejércitos fascistas ralentizaron la marcha hacia Barcelona, para hacer coincidir su entrada en la ciudad con el 26 de enero, día del aniversario de la derrota de 1641. No fue una casualidad, como después recordaron a menudo los altos comandantes de la milicia española. La derrota de 1641 fue terrible y el deseo de venganza, inmenso. De hecho, el presidente de la Generalitat, Pau Claris, iba a sufrirlo en su propia piel.

La muerte por envenenamiento de Pau Claris

Un mes después de la victoria de Montjuïc, Pau Claris enfermaba. Durante una semana sufrió de unos terribles dolores musculares y tenía una sensación de cansancio extremo, incluso se le paralizaban algunas extremidades de vez en cuando. Murió de forma dolorosa el 27 de febrero. Según una carta de la duquesa de Cardona —viuda del virrey que había sustituido a Santa Coloma y que murió poco

después por causas naturales— al marqués de Los Vélez, Pau Claris perdió el habla durante las últimas horas y tuvo que ratificar su testamento con gestos. Su entorno enseguida sospechó que el presidente de la Generalitat había sido envenenado. Su secretario había tenido los mismos síntomas unos días antes y también había muerto. Demasiada casualidad para ser casualidad.

El día 3 de marzo, cuatro días después de la muerte de Claris, el general francés Roger de Bossost, barón d'Espenan, escribió a su colega Bernard du Plessis-Besançon, sobrino del cardenal Richelieu —que había negociado el acuerdo inicial entre los franceses y los catalanes—, para comunicarle la muerte del presidente de la Generalitat y decirle que todo indicaba que había sido envenenado. Por los síntomas descritos, lo más probable es que la muerte fuera causada por el *acqua tofana* o *acqua di Napoli*, una mezcla de arsénico y hierbas. Este veneno transparente, insípido e inodoro solía administrarse con algún alimento de sabor intenso, como el chocolate o el café. Cinco o seis gotas eran suficientes para matar a la víctima. Además, en aquellos tiempos no existía ningún método para detectar si una persona había sido envenenada con ese brebaje. No hay que ser muy malpensado, considerando las evidencias, para entender que la desaparición de Claris era muy conveniente para los intereses de sus enemigos. Por otra parte, introducir a un asesino en el entorno del presidente de la Generalitat no debía de ser muy complicado. Este sistema de eliminar enemigos no era ajeno a la época, y fue utilizado por los castellanos para atacar a los dirigentes de Portugal cuando se sublevaron contra la Monarquía Hispánica.

Nombrar a Portugal viene a cuento porque a principios de diciembre de 1640, al ver la situación catalana, los portugueses se levantaron contra la dominación española con dinero procedente de Francia. Olivares, que ya había enviado al ejército contra Cataluña, estuvo a punto de detenerlo y ordenar que diera la vuelta, pero pensó que la sublevación catalana sería aplastada fácilmente y después ya habría tiempo para desviar parte del ejército y atacar

Portugal. La derrota de Montjuïc hizo cambiar de planes al conde duque. Portugal tardaría en sacarse de encima el dominio castellano, pero muy probablemente no lo habría conseguido nunca si la guerra en Cataluña no hubiera durado muchos años, porque eso fue exactamente lo que pasó.

La guerra se alargó y alargó, no se acababa nunca. Los españoles sufrieron muchas derrotas, pero siempre tenían la capacidad de levantar un nuevo ejército y enviarlo al campo de batalla, mientras que los catalanes eran cada vez más débiles y caían en manos de quien había sido su aliado y ahora era claramente el nuevo amo, Francia. Los franceses, poco a poco, fueron pareciéndose cada vez más a los castellanos, y se saltaron cada vez que les convino las Constitucions y los pactos que habían hecho con la Generalitat. Llegaron incluso a ser más odiados que los castellanos, que ya es decir.

A pesar de todo, la guerra empezó siendo muy popular, porque tanto las clases dirigentes como el pueblo vieron una oportunidad para transformar positivamente la sociedad catalana, lo que no significa que todos coincidieran en qué cambios había que realizar. Para el Consell de Cent barcelonés, por ejemplo, la posibilitad de deshacerse del control torpe y arbitrario del virrey abría grandes posibilidades para la ciudad. Otro hecho de gran importancia en el que todos coincidían era en acabar con la Inquisición castellana, una institución absurda, corrupta y siempre favorable a Madrid. Esto no significa que el Consell de Cent, o la clase alta en general, fuera muy liberal en el sentido actual del término. De hecho, en cuanto se sacaron de encima a los inquisidores castellanos, reinstauraron una nueva Inquisición con unas premisas nuevas, menos intrusivas, e inquisidores catalanes. La Iglesia catalana también proporcionó su apoyo a la revolución, pero no necesariamente para cambiar sus estructuras hacia la apertura. En Europa, la Iglesia catalana se distinguía por ser la única que procuraba cumplir escrupulosamente las normas que habían emanado del Concilio de Trento. Esta observancia estricta sirvió a los eclesiásticos catalanes para tener

una voz propia ante el Papa en algunos momentos de la guerra, para gran indignación de la Iglesia española, que lo consideró una traición.

Entre las clases más modestas, la guerra también fue popular al principio. En la puerta del Hospital de la Santa Creu que da a la calle del Carme, puede leerse una inscripción grabada en una de las piedras que dice «fueresse luego Oliveros», que fue hecha en fechas cercanas al Corpus de Sang. Anécdotas aparte, lo cierto es que los payeses, los arrieros y los obreros, pero también la clase media sin poder, vieron en la guerra una oportunidad de ampliar las libertades y los derechos que les otorgaban las Constitucions catalanas. La tradición pactista de las clases dirigentes también estaba enraizada en los que tenían poca o ninguna representación en las instituciones catalanas, y su participación en la guerra era claramente una palanca para conseguir más concesiones de cara al futuro.

Pero la guerra, como todas las guerras en un grado más o menos elevado, fue muy amarga. Sin duda, los franceses se implicaron militarmente, pero las penas las sufrieron los catalanes, al tener lugar la guerra en su territorio. En 1642 las tropas francesas ocuparon Perpiñán, la segunda ciudad del país, y hoy en día todavía se nota la presencia francesa. A medida que la guerra fue avanzando, un número mayor de catalanes, y concretamente una buena parte de los dirigentes barceloneses, adoptaron acríticamente la política francesa. Cuando, al final de la guerra, Francia se anexionó el Rosellón y la Cerdanya, los principales encargados de que el territorio catalán se convirtiera en francés y de reprimir a los patriotas que lo quisieran impedir fueron estos barceloneses que, al no poder volver a casa, se hicieron un lugar entre los opresores. El mismo Gaspar Sala se unió a la política francesa y consiguió llegar a ser abad de Sant Cugat del Vallès, un cargo muy bien remunerado, aunque acabó muriendo en Perpiñán trabajando para la nueva administración francesa.

El año de la miseria

La guerra acabó en 1652, cuando Barcelona cayó de nuevo en manos de los castellanos. La ciudad estaba pasando uno de los peores momentos de su historia. Los años de la guerra habían devastado el territorio y era difícil distribuir los pocos alimentos que había. Además, en 1650 hubo una gran sequía que todavía complicó más las cosas. El Consell de Cent en pleno salió en procesión «por la gran necesidad que había de agua a causa de que hacía mucho tiempo que no llovía, por lo que la añada del trigo se había perdido y ya no se podía sembrar de nuevo». Los payeses decían que era «el año de la miseria» y los barceloneses se morían literalmente de hambre por las calles. Un payés, Joan Guàrdia, decía en su dietario:

> El hambre que hemos pasado no se puede ni imaginar; vendían el pan a dos reales por libra y aun así no se encontraba porque lo acaparaban; no podíamos sacar el trigo fuera sin correr gran peligro porque se vendía a veintidós libras la cuartera. No se puede imaginar el pan de bellota que hemos comido, y de segundo hierbas malas. Todo el mundo iba muerto de hambre y descolorido.

Esta situación, los abusos y las tropas francesas hicieron que muchos foráneos se dirigieran a Barcelona para encontrar cobijo, hecho que todavía agravó más el hambre. El Consell de Cent estaba preocupado por la gran cantidad de gente que vivía en las calles, y el Hospital de la Santa Creu estaba desbordado. No es de extrañar que en diciembre de 1650 estallase un brote de peste que mostró toda su virulencia durante el año siguiente. Las malas condiciones de vida de los barceloneses contribuyeron a que la mortalidad fuera muy elevada. Se ha calculado que murió entre un quince y un veinticinco por ciento de sus habitantes, aunque es difícil saber cuánta gente acogían las murallas de Barcelona después de todos aquellos movimientos de población que la guerra había causado. Un funcionario escribió:

> De muchos días a esta parte iban por Barcelona ocho o diez carretas para cargar con los cadáveres que había en las casas; a veces los tiraban a la calle por las ventanas para colocarlos en estas carretas que eran conducidas por diferentes sepultureros. Estos se acompañaban de guitarras y tamborines y otros instrumentos para borrar de la memoria las grandes aflicciones que por sí solas eran suficientes para acabar con aquella vida desdichada que parecía que no tuviera ningún valor. Estos sepultureros se ponían en alguna esquina de las calles de la ciudad y detenían las carretas que llevaban para gritar a los vecinos si tenían muertos en las casas para enterrar. Y sacando dos de una casa, cuatro de otra y seis de otra más la llenaban y la llevaban a Jesús en el lugar donde enterraban los muertos, que era un campo cerca de dicha iglesia.

La estampa del carro de cadáveres y los músicos tocando a su alrededor es, sin duda, muy siniestra.

Los barceloneses morían en sus casas, y los que estaban de paso morían en el Hospital o en la calle. En 1633 se había fundado la Casa de la Misericòrdia, anexa al Hospital de la Santa Creu. Allí se recibía a los enfermos cuya principal enfermedad era la pobreza, una pobreza que conducía a la depauperación. Como es lógico, las cifras de mortalidad de estos dos centros se dispararon hasta triplicarse respecto a las normales a causa de este episodio de peste, que además iba acompañado del asedio de las tropas castellanas contra la ciudad y, de vez en cuando, de un bloqueo naval.

En medio de tanta desgracia, siempre había un momento para la diversión. En enero de 1651, el Consell de Cent ordenó la detención de un estudiante que «para burlarse y atemorizar a la gente fingió estar enfermo diciendo a gritos que estaba *encontrat* —apestado— y que se quemaba y que ya había hecho testamento, lo cual conmovió a la ciudad, y cuando lo supieron llamaron a un aguacil y le encargaron que capturase al estudiante con mucha diligencia».

Pero las bromas de los estudiantes no podían ocultar lo mucho que sufría la ciudad. La mayoría de los médicos huyó, y el Consell de Cent tuvo que ofrecer mucho dinero a los de fuera para que vinieran a trabajar a Barcelona. Buena parte de los frailes, capellanes y monjas de la ciudad se comportaron dignamente y ayudaron a los

enfermos, lo que explica la altísima mortalidad entre este colectivo. No todos actuaron en este modo, y hubo quejas acerca del comportamiento egoísta de algunas parroquias y conventos. Lo que se desprende de las crónicas del momento es bien una crítica desenfrenada, bien una defensa constante de las clases dirigentes frente a la epidemia. Como suele pasar, cuanto más dinero y privilegios se tenían, más posibilidades de superar el episodio de peste había. Los ricos podían aislarse con más facilidad, sus cuerpos estaban más fuertes, las condiciones higiénicas de su cuerpo, de su ropa y de sus casas eran muy superiores a las de los pobres, y todo eso contribuía tanto a que la peste los afectara menos como a que fuesen señalados con el dedo por los desfavorecidos.

La guerra dejó una gran amargura en la sociedad catalana. En el Tratado de los Pirineos, que cerró oficialmente el episodio bélico, quedaron reflejados dos ganadores y un perdedor. Los ganadores fueron la Monarquía Hispánica, que recuperó Cataluña, y Francia, que se quedó con los territorios del Rosellón, el Conflent y buena parte de la Cerdanya. El perdedor fue Cataluña y sus instituciones, más recortadas y controladas que nunca, con miles de muertos y un territorio devastado y mermado.

La derrota en la llamada popularmente guerra dels Segadors, que los historiadores catalanes llaman «de Separación» y los españoles, significativamente, «de Recuperación», hizo meditar a Felipe IV. La guerra se había llevado por delante a Olivares, definitivamente caído en desgracia por sus continuos fracasos tanto en la política interior como en la exterior. Aunque fuera difícil de creer, el reinado de Felipe IV fue el primer ejemplo claro de que la Monarquía Hispánica entraba en declive. Un declive que resultaría imparable en las décadas siguientes.

La guerra también dejó amargura entre los dirigentes españoles. La separación de Cataluña del conjunto de la Monarquía durante una década había activado un sentimiento muy diferente

respecto a los catalanes del que habían tenido y tendrían los castellanos respecto a otros territorios que formaban parte del Imperio español y que acabarían perdiendo.

Dentro de la Corona de Aragón, el reino de Aragón estaba sufriendo un proceso muy intenso y profundo de asimilación a Castilla. En cambio, en el resto de los territorios de la Corona, no era así, lo cual se atribuía con cierta razón a una actitud orgullosa y poco dispuesta a la culturización de los catalanes. Además, Castilla había triunfado en el mundo precisamente porque no pactaba con quienes se resistían. Cataluña, en cambio, nunca había tenido este papel clave en el mundo, a pesar de que hubo un momento en que fue el país más importante del Mediterráneo. Para la mentalidad castellana era, por tanto, incomprensible que los catalanes, que no eran lo bastante fuertes como para derrotar a Castilla, no estuvieran dispuestos a doblegarse a ella. No era práctico, sencillamente.

A pesar de haber ganado formalmente la guerra, el ejército español tuvo claro desde el primer momento que la situación era precaria. Durante las negociaciones para la rendición de Barcelona, el Consejo de Aragón —una especie de ministerio para los asuntos de la Corona de Aragón ubicado, naturalmente, en Madrid y ocupado por nobles castellanos— mostró la debilidad de la victoria que estaban a punto de conseguir, entre otras cosas porque no se fiaban de los barceloneses, quienes se mostraban con «la superioridad y propia estimación de sí mismos que ha sido en el dictamen del Consejo el origen de tantas desdichas. Es menester con ellos mucha atención y que la confianza no pierda de vista el peligro».

Con la llegada de los castellanos, durante los últimos días del asedio a Barcelona se fue extendiendo el miedo a perder lo que se había ganado en aquellos años: muchos habían ocupado las casas buenas deshabitadas a causa de la peste o habían conseguido casas o tesoros de manos de los franceses. Los más francófilos hasta aquel momento empezaron a mostrar abiertamente simpatía por España, y a muchos les funcionó. Otros no fueron tan afortunados, como Jaume Clavaria, el secretario de Josep d'Ardena —un militar de los

más francófilos—, pues se descubrió que durante los últimos días pasaba información a los españoles que obtenía en las reuniones a las que asistía su jefe. Clavaria fue ejecutado en el garrote vil para escarmiento de los espías.

El hambre, la deserción por parte de los franceses, las discusiones entre los catalanes, todo contribuyó a que finalmente el Consell de Cent ofreciese la capitulación y a que el hijo bastardo del rey, Juan José de Austria, nombrado lugarteniente por su padre, aceptara no la capitulación, sino una rendición incondicional que al final resultó más generosa de lo habitual. Se mantenían de manera restrictiva las Constituciones, pero a partir de entonces sería el rey quien decidiría los nombres de quienes podían ser elegidos por insaculación, y además, por si acaso, se reservaba el veto de la elección *a posteriori*. Con este control, la Monarquía pretendía que las clases dirigentes catalanas se mostraran dóciles a los dictados de Madrid. Se estudió la construcción de una ciudadela militar pegada a la ciudad, prácticamente en el lugar donde se construiría unas décadas más tarde, pero finalmente el enorme gasto necesario y el hecho de que los barceloneses estaban demasiado derrotados como para dar miedo a la Monarquía hicieron que el proyecto se desestimara.

Muchos nobles castellanos no quedaron satisfechos con cómo se había desarrollado el final de la guerra. A pesar de que la partición de Cataluña no se consolidaría hasta 1659, les pareció que era demasiado poco el hecho de que el país perdiera una cuarta parte del territorio, que a partir de entonces el control de las instituciones fuera férreo, que los catalanes tuvieran que pagar el alojamiento de la tropa y que media Cataluña hubiera quedado despoblada y devastada. Por eso el Consejo de Aragón atribuyó la culpa del conflicto a los catalanes y, en concreto, a los barceloneses: «Que ha sido Barcelona la que ha hecho cabeza de todas las desdichas de la Monarquía y la que ha puesto en último estreno de perderse todo».

Durante los años siguientes se producen fenómenos que pueden parecer contradictorios. Por una parte, los conflictos con Francia y con los soldados españoles continúan. La represión francesa en la Cataluña anexionada será despiadada y causará indignación. Indignación y vergüenza ante la constatación de que buena parte de los ejecutores de la represión no son franceses, sino catalanes asimilados, barceloneses en su mayoría. Las penurias económicas se prolongan y la actitud de los españoles —como ahora los llama todo el mundo— es incluso más prepotente que antes. Sin embargo, junto con estos hechos negativos, se produce un reavivamiento de las ciudades y del espíritu comercial, como siempre con Barcelona a la cabeza.

La Barcelona del Born

Conocemos muy bien la Barcelona de finales del siglo XVII y principios del XVIII gracias a la labor de un historiador, Albert Garcia Espuche, que dedicó toda su vida a estudiarla. Dejando aparte sus méritos innegables, supo aprovechar una oportunidad poco común: la aparición de los restos inéditos de una parte de la antigua ciudad. Actualmente, en Barcelona se puede visitar un hermoso edificio, una estructura de cristal y metal que desde el siglo XIX y hasta bien entrado el XX fue el mercado central de la ciudad, el mercado del Born. Cuando dejó de tener sentido que un mercado de estas características estuviera ubicado en medio de un barrio residencial del centro de Barcelona, se edificó uno nuevo, moderno y cercano al puerto y al aeropuerto. El Born permaneció abandonado como mercado durante años, y durante ese tiempo le dieron vueltas al uso que debía tener el edificio. A principios de los años ochenta del siglo pasado, aquella estructura vacía se había convertido en un refugio para palomas y golondrinas. De vez en cuando servía para acoger alguna actuación musical de poca categoría y poco más. En los años noventa, el Estado decidió que sería la sede de la biblioteca

provincial. La provincia de Barcelona era —y es— la única del Estado que no dispone de este servicio porque la administración central nunca ha hecho el esfuerzo de dotar económicamente este equipamiento. Así que era una buena noticia.

Pero algunos arqueólogos e historiadores advirtieron de que probablemente en cuanto empezaran las obras se encontrarían restos de la antigua ciudad del 1700. Nadie les hizo caso. Unos años antes se había construido un aparcamiento subterráneo justo debajo del mercado y, aunque los historiadores contaban historias tristísimas de obreros picando restos arqueológicos y cubriéndolos de cemento para hacerlos desaparecer, no había habido ningún alboroto popular para salvar aquellas cuatro piedras. Esta vez no tenía por qué ser diferente. Pero pasaron cosas inesperadas. Cuando empezaron a vaciar el suelo del edificio, aparecieron edificaciones y calles, objetos de uso cotidiano e incluso balas de cañón de la época del asedio de Barcelona en 1713-1714. Toda la zona, la más próspera y vital de Barcelona, había sido derruida por orden militar para construir la Ciutadella. Pero los edificios del Born se habían conservado gracias a dos casualidades: en primer lugar, estaban situados en una zona sin construir que los militares habían ideado como espacio de tiro en caso de que se produjera un ataque desde la ciudad; en segundo, el terreno se encontraba en una ligera depresión respecto al resto, y por ese motivo las casas no se habían derrumbado del todo y simplemente las habían cubierto de tierra. Por estas razones, las casas y las calles, reaparecieron cerca de tres siglos después del derribo.

Pero no fueron solamente las piedras las que hicieron revivir la ciudad del 1700. Garcia Espuche y unos cuantos compañeros pasaron días y días con las narices metidas en el Arxiu de Protocols de Barcelona. Como ya hemos explicado, este archivo en el que los notarios de Barcelona guardan sus documentos es uno de los más ricos del mundo. Hasta hace relativamente poco, los notarios han sido uno de los ejes de la sociedad barcelonesa. Ir al notario o que el notario viniera a casa era una de las cosas más normales para

todas las clases sociales que tenían la más mínima propiedad. Los notarios barceloneses —más tarde veremos algún ejemplo— lo anotaban todo, y gracias a eso conocemos hasta el último detalle lo que contenían las casas de Barcelona en todos los periodos. Sabemos cuántas sillas había en una casa, y además sabemos cómo eran, si había algunas rotas o reparadas, si algunas estaban muy deterioradas o si en cambio se notaba que no las usaban mucho. Y quien dice sillas, dice cualquier mueble, utensilio de cocina, baldosa, ropa, joyas o cuadros, lo que sea... En algún inventario post mórtem, los notarios registran incluso los alimentos que se han encontrado en la casa y el estado en el que se encontraban. «Medio queso roído», por ejemplo. Así que toda esta documentación fue de gran utilidad a los historiadores para comprender con todo lujo de detalles qué eran aquellas casas que se habían descubierto bajo el mercado del Born.

La foto fija de la Barcelona de aquellos años, que ahora conocemos tan bien, nos muestra una ciudad exultante, con una vida social intensa y ruidosa, perfectamente equiparable a cualquiera de las principales ciudades europeas de la época. A principios del siglo XVIII, Barcelona tenía unos cuarenta mil habitantes libres y un número indefinido de esclavos. Los esclavos no eran tan numerosos como lo habían sido en otros momentos, pero eran comunes. Había muchos, por ejemplo, en los conventos y en los monasterios, donde se dedicaban a las tareas más pesadas que los hombres y las mujeres de Dios no podían realizar porque estaban ocupados en la oración. Muchos eran moriscos o de piel oscura y también había gitanos, a quienes raramente se les consideraba como habitantes de Barcelona.

Uno de los trabajos principales de los barceloneses y, para ser más precisos, de las barcelonesas, era hacer de criada. Tras la toma de la ciudad en 1714, se censaron dos mil criadas y unos cuatrocientos criados, cifra considerable teniendo en cuenta los habitantes que quedaron en la ciudad después del asalto borbónico. Se sabe que más de mil quinientas casas barcelonesas disponían de

servicio, prácticamente una quinta parte de la ciudad, lo que nos da una idea de la gente acomodada que había. Pero por los censos y por los notarios, sabemos que en muchas casas de clase media también había servicio doméstico. Las criadas solían ser chicas muy jóvenes, casi niñas, o viudas mayores que se habían quedado sin nada tras la muerte del marido y trabajaban en una de las pocas cosas que podían hacer como mujeres. Por el contrario, los criados trabajaban en las casas más ricas, y era habitual que en la misma casa hubiera un elevado número de hombres de servicio.

Con el tiempo, la ciudad se había ido cuarteando y dividiendo en barrios mucho más pequeños que los actuales, pero tan o más diferentes entre ellos que los de ahora. El centro ocupaba más o menos el espacio que antes protegía la antigua muralla romana. Era un centro básicamente administrativo y religioso, y vivía poca gente. Hacia abajo y hasta el mar estaba el barrio comercial, muy unido a las actividades portuarias e industriales que cada vez más alimentaban el Rec Comtal, que hacía las funciones de río interior de la ciudad. Esta área era el centro de la vida ciudadana, la que tenía mayor densidad: en un quince por ciento de la ciudad se concentraba el cuarenta por ciento de la población. Es aquí donde se abrían las tiendas y donde vivían los mercaderes de todo tipo. En los bajos de las casas, las más estrechas y altas de la ciudad, había tiendas, como sucede ahora en buena parte de Barcelona. Las calles adoptaban el nombre —que a menudo hoy en día conservan— de la principal actividad que se realizaba en ellas: Argenteria (platería), Vidrieria (cristalería), Dagueria (cuchillería), Mirallers (espejería), Corders (soguería), Espaseria (espadería), Flassaders (mantería), etcétera.

La otra zona importante de la ciudad era la que quedaba dentro de la primera ampliación de la muralla: la zona del Raval. El gran edificio del Hospital de la Santa Creu era el centro del barrio. Albergaba almacenes, huertos, balsas y edificios que a menudo tenían funciones poco reconocidas, como burdeles o fabricantes de ataúdes.

En aquel momento, la ciudad mantenía una relación muy intensa con el territorio que quedaba inmediatamente fuera de las murallas, donde había muchas casas destinadas a lo que ahora sería una segunda residencia y que la gente utilizaba para pasar el verano. Se las llamaba «torres de recreo» y, con la típica mentalidad práctica del país, raramente servían de forma exclusiva para el ocio de sus propietarios. Siempre tenían un huerto, algún corral o algún obrador. La familia Salvador, los apotecarios más importantes de la época, tenía un jardín botánico en Sant Joan Despí. Los Salvador, unos científicos de fama mundial, tenían una farmacia en la calle Ample, la más señorial de Barcelona, haciendo esquina con la calle Fusteria, justo delante de donde se ubica el actual edificio de Correos y detrás de la casa donde presuntamente se alojó Miguel de Cervantes. Esta farmacia era mucho más que una tienda donde se distribuían recetas, pues disponía de un almacén donde se acumulaban objetos de lo que entonces se conocía como Historia Natural y que ahora podemos contemplar en el Institut Botànic de Barcelona, en Montjuïc. Además del almacén y de la tienda, la casa tenía un huerto de recreo, es decir, una versión en miniatura del jardín botánico que poseían en Sant Joan Despí. Los Salvador mantenían correspondencia científica, entre otros con Hans Sloane, el futuro fundador del British Museum, y con James Petiver, uno de los botánicos más famosos de la historia. También se escribían —y mucho, por cierto— con botánicos franceses, italianos y alemanes.

Lo que ahora es el paseo del Born se conocía entonces como la plaza del Born porque no estaba abierto, como en la actualidad, por el lado norte, el que da justo al mercado del Born. Aquella zona estaba cerrada por casas que fueron derruidas después de 1714. La plaza del Born era la principal de la ciudad, y popularmente se la conocía como plaza Major. No estaba empedrada, de modo que en verano era una polvareda y cuando llovía, un barrizal, pero era lo que había. Hacia el atardecer, la gente solía ir a pasear, a conversar, a mirar y a dejarse ver. Allí se celebraban las fiestas religiosas y el carnaval. También en la plaza Major estaba el mercado más

importante, que se montaba y desmontaba, donde iba a comprar la gente rica. Era también donde solían hacerse los actos institucionales públicos, un espacio más adecuado que el tramo de calle de enfrente de la Diputació del General o de la Casa de la Ciutat, pues entonces se levantaba en medio la iglesia de Sant Jaume, que no dejaba mucho espacio libre.

A pesar de la gran densidad de población que había en el barrio del Born, Barcelona estaba llena de huertos y jardines. Se plantaban muchas hortalizas y verduras para consumo de los propietarios del terreno, pero también para venderlas en la plaza. Estos espacios de esparcimiento, llamados «*horts de recreu*» o «*de regalu*», eran una mezcla de huerto y jardín. La flor que más se plantaba en Barcelona era el tulipán, una flor muy holandesa que en 1637 había provocado la primera crisis financiera de la historia, cuando el precio de sus bulbos se incrementó hasta lo insostenible para caer en picado después, llevándose por delante la fortuna de muchos holandeses. Puede que por la relación con Holanda, o simplemente porque son bonitos, fáciles de cultivar y de colores muy variados, había muchos tulipanes en Barcelona. Se cultivaban muchas variedades, con nombres tan sugestivos como la *hermosa lletja* —la hermosa fea—, la *Belle Brusellas*, la *francesca gallarda*, la *preciosa*, la *escuraximeneas* —la deshollinadora— o la *Luissa Nabuco*.

Pero no todo era orden y estética en aquella ciudad. A los barceloneses también les gustaba mucho la jarana. Había muchas tabernas donde se podían degustar variedades de vinos y aguardientes, que a menudo hacían las funciones de prostíbulos clandestinos o de lugares donde se conocían prostitutas. Tenían nombres tan curiosos como la *Taverna de l'Infern* —la Taberna del Infierno—, situada junto a la catedral, lugar donde, en teoría, los barceloneses se preparaban para su viaje a los cielos. Durante los últimos años del siglo XVII se abrieron tantas que el Consell de Cent quiso regularlas porque, para la mentalidad biempensante, las tabernas eran lugares de vicio y de mala vida. Por ejemplo, aunque en aquellos establecimientos se podía comprar vino para llevar a

cualquier hora, se limitó el horario en que se podía servir y consumir dentro o en la calle, justo delante del local, lo cual era muy habitual. Las tabernas solían disponer de una segunda puerta, más discreta que la principal, por donde entraban y salían algunos clientes. Esta segunda puerta no podía abrirse a determinadas horas, en un intento de restringir la clientela de los locales. Lógicamente, la segunda puerta, la discreta, era perfecta no solo para los bebedores, sino también para todos aquellos que hacían servir la taberna para actividades diferentes, como el juego o la prostitución. En las tabernas tampoco se permitía servir platos calientes, terreno exclusivo de las fondas. En cambio, se podían comer cosas frías, como en muchos bares actuales. Por lo que parece, esta norma no se cumplía a rajatabla, porque en las tabernas solían comerse sardinas y cerdo. Las tabernas eran muy populares y, por lo general, grandes negocios. El sistema de explotación habitual consistía en que un propietario o un grupo de socios buscaban a alguien que llevara el negocio. Un dato curioso es que buena parte de los taberneros barceloneses procedían de Milán. En 1718, para ser exactos, había veintiocho milaneses al frente de tabernas barcelonesas.

Además de las tabernas, un lugar habitual para jugarse el dinero, también había establecimientos específicos, denominados *triquets* —timbas—, para jugar. Los había por todas partes, pero la mayoría se concentraba en los alrededores de la calle Escudellers y detrás de la muralla de la Rambla. Otra zona de concentración de casas de juego era del Rec Comtal al mar. En los *triquets* no se jugaba a todo. Algunos estaban especializados en juegos de pelota —entre tenis y pádel—, otros en juegos de argolla —una especie de críquet—, otros en alguna variedad de billar y prácticamente todos en juegos de mesa. Para algunos de estos últimos se necesitaban cartas y naipes, cosa que en Barcelona se encontraba fácilmente, pues había muchos talleres donde se fabricaban naipes y artículos para el juego. Cuatro familias dominaron la fabricación de naipes durante el siglo XVII, y algunas de ellas también durante el XVIII: los

Bertran, los Grosset, los Rotxotxo y los Carmini, aunque estos últimos solo duraron en el negocio dos generaciones. Los naipes, a pesar de estar muy extendidos y ser muy populares, también tenían restricciones de venta. Solo se podían vender en tiendas especializadas y con permiso del gobierno municipal, entre otras cosas porque las cartas de juego estaban gravadas con impuestos específicos. Esto en teoría, porque a la hora de la verdad, las cartas de juego se vendían en muchos lugares, aunque fuera de manera semiclandestina.

El *triquet* más importante era la Casa de la Lleona, situado en la calle del mismo nombre, entre la plaza Sant Miquel y la actual plaza Reial, junto a uno de los burdeles más importantes de la ciudad, el de la calle Tres Llits. En el contrato de alquiler de 1666 se daba permiso al señor Gabriel Cavaller a vivir en la casa y a proveer a los «caballeros y demás personas que acudirán [a] entretenerse, cartas, velas, mesas, sillas y todo lo que sea menester para esa actividad». Además, se le permitía «cobrar de dichos caballeros y demás personas todo lo que resultará de ganancia en razón de dicho servicio y los juegos que se tendrán en estas casas». El establecimiento estuvo abierto muchos años y habilitó espacios para varios juegos, básicamente billar, cartas y dados. La Lleona, que contaba con un patio de naranjos, fue el local preferido de la gente adinerada para jugar y encontrar prostitutas de primera categoría. Durante el asedio de 1713-1714, lo destruyó una bomba, como a tantos otros edificios, pero unos años después fue reconstruido, aunque sufrió constantes cierres por parte de las autoridades borbónicas, que recordaban que La Lleona había sido lugar de reunión de los partidarios de la casa de Austria.

No es de extrañar que una ciudad a la que le gustaban tanto las tabernas y el juego celebrase unas grandes fiestas públicas famosas en toda Europa. Cuando llegaba un monarca, había una victoria militar, alguna celebración religiosa o acababa una peste, entre otras muchas cosas, los barceloneses se echaban a la calle con la complacencia de las autoridades. Hasta tal punto que había años en

que la mitad de los días era fiesta. Una de las cosas que no podía faltar en una fiesta pública era la iluminación nocturna, las luminarias, que transformaban la ciudad por unas horas. El Consell de Cent recomendaba a los ciudadanos que participasen poniendo velas en las ventanas, y se sabe que esto se hacía en toda la ciudad. Debía de ser impresionante, y todos los cronistas de la época, tanto catalanes como extranjeros, lo contaban admirados. Se hablaba de la «ciudad encendida» por la luminaria, que transformaba, según una visión que después nos sonará a tópico, la noche en día. Un poeta anónimo escribió a propósito de las fiestas que se celebraron en 1677 en honor de Juan de Austria:

Mas no faltaren les llums
Ni es conegué en res la nit
Ans d'esplendor se vestiren
Cel, i terra competint
La multitud de les atxes
I dels farols lo individis
D'astros pròpia primavera
Lo gener feren abril
Tot era un pasmo de foc
Tot un incendi (ben vist)
Tot una troja abrasada
Del palàcio del desig
I no obstant aquest estruendo
Anaren sempre seguint
Los carrers, places i patis
Hòmens, dones grans i xics.[1]

A estas luces se sumaban el lanzamiento de petardos y de cohetes, y a veces incluso las salvas de artillería, que eran muy apreciadas por los ciudadanos. Estos artículos se vendían en las droguerías, uno de los lugares mágicos de la ciudad, porque no solo vendían toda clase de drogas y fuegos artificiales, sino también tabaco, especias y dulces. Volveremos a hablar de estos establecimientos.

Luces, petardos, fuegos artificiales y música. Los barceloneses eran amantes de la música. No se concebía una actividad pública sin música, por lo que abundaban las formaciones musicales de todo tipo, de las más sencillas, que acompañaban el tintineo de las tazas —no se utilizaban vasos— en las tabernas, a las más sofisticadas, que acompañaban a las autoridades en los actos solemnes. Muchos músicos profesionales eran ciegos. El instrumento más popular era la guitarra; se fabricaban muchas en la ciudad, tantas que la mayoría se exportaban. En 1685, un platero, Pere Pau Desundeig, compró unas setenta y seis guitarras como mínimo al carpintero y guitarrero Francesc Istrell. Desundeig no las compró de una sola vez, lo que indica que las revendía, probablemente fuera de Barcelona.

Junto con la fabricación de guitarras, estaban los fabricantes de cuerdas, una de las industrias en las que los artesanos barceloneses gozaban de más prestigio. Las cuerdas eran fabricadas por los llamados *corders de viola*, que a menudo se agrupaban en los alrededores de la calle Corders, una de las que pueden contemplarse en el mercado del Born. Las cuerdas de Barcelona se exportaban a toda Europa y América a través de Cádiz y alcanzaron fama mundial. El éxito internacional también les trajo algunos problemas, porque no podían cubrir la demanda. El problema no era la falta de capacidad industrial, sino que faltaba la materia prima, es decir, las tripas de cordero, porque los algodoneros, un gremio más grande y más antiguo, también las necesitaba para gran alegría de los matarifes que, gracias a la demanda, podían subir los precios. Los talleres de la calle Corders eran, en cualquier caso, pequeños, pues solo se dedicaban a la parte final del proceso. La parte principal del proceso de transformación de las tripas en cuerdas se realizaba en un espacio común a los varios artesanos que intervenían, la *Casa dels Budells* —la Casa de las Tripas—, que estaba en el Pla d'en Llull, al lado del Rec Comtal. En este edificio se realizaban los trabajos más sucios y malolientes porque, al estar cerca de las murallas y haber pocos vecinos, las molestias afectaban a poca gente. La Casa dels Budells supuso un gran avance que disparó la producción y la

estandarización de la calidad de las cuerdas, y fue concebida por el gobierno municipal, no por los fabricantes de cuerdas. Tanto la calle Corders como la Casa dels Budells quedaron destruidas cuando, tras la derrota de 1714, los españoles destruyeron el barrio para construir la Ciutadella. Esto representó un golpe muy duro para los fabricantes de cuerdas, que nunca llegaron a recuperar el nivel de exportación que habían tenido.

En Barcelona había guitarras a patadas. En los inventarios post mórtem, los que se hacen después de la muerte de alguien para determinar en qué consiste su herencia, se constata que en la mayoría de las casas barcelonesas, incluso en las modestas, había una guitarra. Los tres modelos típicos de guitarras barcelonesas eran el *guitarró* —una guitarra pequeña, a pesar de su nombre—, la normal —como la actual, pero más estrecha— y la *grossa* —la de mayor tamaño—. Las guitarras eran un instrumento popular que se solía identificar con los *fadrins*, los hombres jóvenes solteros, que acostumbraban a ser los protagonistas de los jolgorios. La guitarra acompañaba siempre los cantos festivos, las celebraciones, y por ese motivo nunca fue apreciada por la Iglesia, que la asociaba con la inmoralidad en las costumbres y con la irreverencia.

La Iglesia apuntaba el dedo contra las guitarras, pero la verdad es que bastante trabajo tenía con la sociedad barcelonesa. Durante todo este periodo, los obispos de Barcelona dictan varias disposiciones y ofician homilías para condenar el comportamiento de sus conciudadanos, que consideran absolutamente indecente. Puede que en algún caso no les faltara razón, como cuando en 1673 las constituciones sinodales de Barcelona ordenan que «en las iglesias, procesiones y estaciones los hombres no estén con las mujeres y no conversen ni hablen con ellas de cosas profanas, ni hagan señales ni cualquier otro acto indecente». En el año 1681, el obispado prohibía «almorzar, comer, merendar, beber, tomar chocolate y cualquier otro refresco o tentempié en las iglesias, capillas, ermitas, oratorios y otros lugares sagrados tanto públicos como privados». Unos años antes ya se había prohibido que los hombres tocaran, hablaran,

miraran, hicieran señales o cortejaran a las doncellas y a las mujeres casadas dentro de las iglesias, o que merendaran en los templos aprovechando la celebración de un bautismo o de una fiesta litúrgica, o que se formaran grupos de personas charlando o que la gente se quedara dando vueltas por el templo hasta que tuvieran que echarla. Llegaron incluso a prohibir que los barceloneses fueran a misa con las tazas de chocolate en la mano para merendar mientras entraban en comunión con Dios.

La Iglesia tampoco estaba de acuerdo con algunos pasatiempos de estudiantes que, en su origen, podían haber sido inocentes, pero que con el tiempo se habían convertido en algo más salvaje. Desde 1558, la Universitat dels Estudis Generals de Barcelona se había instalado en un edificio nuevo en la parte alta de la Rambla, donde ahora está el Palau Moja, justo delante de la iglesia jesuita de Betlem. Los universitarios siempre han sido —quizás un poco menos en los últimos años— una fuente de jolgorio y de agitación. Viene a cuento recordar las palabras de Philippous de Grevia, canciller de la Universidad de París a principios del siglo XIII:

> En otros tiempos, cuando cualquier maestro enseñaba de manera independiente, había muchas más lecciones y discusiones e interés en las cosas del saber. En cambio ahora, cuando hay reuniones en una universidad, las discusiones son cada vez menos frecuentes. Todo se hace de manera precipitada, se aprende poco y el tiempo necesario para el estudio se dedica a reuniones y discusiones entre profesores y estudiantes. Mientras que los más mayores dedican sus reuniones a debatir y a redactar nuevos estatutos, los jóvenes organizan complots y planifican ataques nocturnos.

Si la tradición de reuniones inacabables para los profesores y fiesta improductiva para los jóvenes se mantiene en el siglo XXI, es lógico pensar que entre los siglos XVII y XVIII también era así.

Los universitarios barceloneses tenían una costumbre en la que participaban los ciudadanos que no tenían nada que ver con los estudios. Se reunían en la Rambla, entre otros lugares, en dos bandos muy numerosos e iniciaban una guerra de naranjas. Con el paso del tiempo, la guerra de naranjas cambió, y a menudo

acababan golpeando las cabezas de los responsables de la Universitat y del gobierno municipal o eclesiástico en lugar de las de los estudiantes. Pero un día podían ser naranjas y otro, cualquier tipo de basura. El lanzamiento de excrementos empezó a ser molesto, sobre todo porque fue un entretenimiento que se hizo popular entre los barceloneses que no participaban en él, pero que iban a verlo. Con el tiempo, la cosa degeneró y la basura se convirtió en piedras. Las pedradas entre bandos de estudiantes delante de los Estudis Generals —en el tramo de la Rambla que actualmente se llama Rambla dels Estudis— se convirtieron en algo muy popular y los ciudadanos hacían apuestas acerca de quién ganaría. Las guerras de piedras eran mucho más peligrosas que las de naranjas y costaron la vida a algunos participantes. El obispo dictó la excomunión para quienes participaran en ellas, y las autoridades universitarias promovieron la expulsión de los estudiantes más implicados, pero las batallas de piedras no disminuyeron. De hecho, no se acabarían hasta la llegada de la guerra a Barcelona, cuando los impulsos agresivos de los jóvenes estudiantes se canalizaron a la fuerza hacia otros asuntos.

Otra de las cosas que sorprendían a los habitantes de Barcelona, sobre todo a los que venían de Castilla, era la indumentaria. A principios del siglo XVI, bajo el reinado de Carlos I, se había introducido el color negro en las cortes. Como la Monarquía Hispánica era entonces el poder hegemónico en Europa, el vestuario severo se puso de moda. Pero, como hemos visto, el siglo XVII representó la caída de aquella corte y empezó a generalizarse otro tipo de vestuario. Cuando algún visitante volvía de la corte madrileña, siempre había algún comentario relativo al vestuario, que se veía del todo anticuado. Algunos se reían y lo tildaban de ridículo; otros consideraban entrañable que la gente todavía vistiera como un siglo antes. Obviamente no todos vestían igual, y no era lo mismo ser un miembro de la corte que alguien del pueblo, pero lo cierto es que el vestuario madrileño de la época era estrafalario para los tiempos que corrían.

En Barcelona, en cambio, el trato comercial con el extranjero y las influencias italianas y francesas habían transformado el modo de vestir. Como la actividad textil era muy importante, los fabricantes de telas tenían que estar al tanto de lo que estaba de moda en los lugares donde se vendía el género, y adaptaron sus productos a los gustos europeos. Los barceloneses que veían aquellas piezas coloridas, se las ponían si podían, aunque pertenecieran a las clases dirigentes. Este cambio se produjo a lo largo del siglo, y no hay que quitar importancia al hecho de que durante los años de la guerra dels Segadors el modo de vestir se transformara, como parece que sucedió, teniendo en cuenta las indicaciones que anotaban en el registro cuando un enfermo ingresaba en el Hospital de la Santa Creu.

El lavado de la ropa también siguió las tendencias europeas. Para los estándares actuales, los europeos de entonces no es que fueran muy limpios. La gente no se lavaba ni una décima parte de lo que lo hacemos hoy en día, pero lo cierto es que, al menos en lo que a la ropa se refiere, durante el siglo XVII hubo un cambio significativo en la higiene. Muchos tratados del siglo XVI rechazan el agua en la higiene personal porque elimina las presuntas defensas del cuerpo. Tener tierra en las uñas o una buena capa de bacterias en los dientes era síntoma, según estos tratados, de estar bien protegidos contra las agresiones de estos microrganismos. Por suerte, este punto de vista había cambiado, pero en lo que respecta la ropa, al menos en Castilla, no tanto. No es que los castellanos fueran más sucios que los europeos, pero el hecho de llevar ropa oscura disimulaba la suciedad y, por lo tanto, la incomodidad de verse con ropa inadecuada. La aparición de ropa de colores más claros, según la moda francesa o italiana, tenía el inconveniente de que las manchas se veían más, y eso significaba que había que lavarla más a menudo. La ropa exterior, más gruesa, se lavaba con menos frecuencia y, cuando se podía, se aireaba y se perfumaba. En cambio, y en contra del tópico, la ropa interior sí que se lavaba a

menudo, no tanto como ahora, pero sí habitualmente. Pensemos que los restos de excrementos se limpiaban con agua o paja y a menudo no era suficiente.

La primera guerra mundial de la historia: la guerra de Sucesión

Barcelona, esta ciudad tan rica, tan cosmopolita, tan fascinante, estaba a punto de recibir un terrible castigo inmerecido que la hundiría durante décadas. Estaba a punto de estallar la guerra de Sucesión. Hacía años que se sabía que la Monarquía Hispánica pasaría por un periodo muy problemático. Carlos II reinaba desde 1665, cuando todavía no tenía cuatro años. Los súbditos pronto empezaron a llamarlo el Hechizado porque su actitud era distraída y ajena al mundo y a la realidad. De hecho, el rey parecía sufrir, entre otras enfermedades, de retraso mental, y además era incapaz de tener descendencia. El nuncio del Papa, el italiano Galeazzo Marescotti, escribió al Vaticano y describió a Carlos II de la siguiente manera:

> El rey es más bien bajo que alto, no mal formado, feo de rostro; tiene el cuello largo, la cara larga y como encorvada hacia arriba; el labio inferior típico de los Austria; ojos no muy grandes, de color azul turquesa y cutis fino y delicado. El cabello es rubio y largo, y lo lleva peinado para atrás, de modo que las orejas quedan al descubierto. No puede enderezar su cuerpo sino cuando camina, a menos de arrimarse a una pared, una mesa u otra cosa. Su cuerpo es tan débil como su mente. De vez en cuando da señales de inteligencia, de memoria y de cierta vivacidad, pero no ahora; por lo común tiene un aspecto lento e indiferente, torpe e indolente, pareciendo estupefacto. Se puede hacer con él lo que se desee, pues carece de voluntad propia.

Intentaron de todas las maneras que tuviera descendencia, pero fue inútil. Algunas facciones de la corte se plantearon si buscar a alguien que dejara embarazada a la reina y hacer pasar al bastardo por hijo de Carlos II, pero había familias cortesanas que tenían otros planes. Quizás había llegado el momento del cambio, de insuflar

nueva sangre a la monarquía de un imperio en decadencia. Estudiaron el árbol genealógico de los príncipes de entonces y encontraron varios candidatos que en pocos años podrían suceder a Carlos II. Los dos más destacados eran su sobrino nieto Felipe de Anjou, nieto del rey Luis XIV de Francia, y el archiduque Carlos, segundo hijo del emperador Leopoldo I de Austria. Ambos estaban emparentados con los dos grandes centros de poder europeos del momento, aparte de la Monarquía Hispánica. Fuera quien fuese el heredero, habría guerra. En un primer momento, se pensó en una figura neutral, un heredero del reino de Baviera al que nadie temiese. Pero José Fernando, como se llamaba el bávaro, murió antes de tiempo, y mientras tanto la salud de Carlos II empeoraba.

A pesar de que el testamento del padre de Carlos II prohibía expresamente que cualquier Borbón —como lo era Felipe de Anjou— pudiera llegar a heredar la corona hispánica, lo cierto es que la facción dominante de la corte de Madrid conspiró para conseguir que Carlos II, que no debía de entender nada de lo que estaba pasando, proclamara heredero a Felipe el francés. El hecho de que Felipe fuera el elegido no gustó a todo el mundo. No le gustó a Austria, lógicamente, pero tampoco a Inglaterra, que de repente veía como su enemigo continental, Francia, crecía desmesuradamente. Tampoco le gustó a Holanda, en guerra con Francia, ni a Portugal, ni a Baviera, ni a muchos otros. Además, aunque la Monarquía Hispánica ya había perdido su hegemonía en Europa y, por extensión, en el mundo, continuaba disponiendo de muchos territorios, de los más ricos del continente, entre los cuales se encontraba una parte de Flandes, Milán y Nápoles. Y, sobre todo, mantenía prácticamente intacto el dominio sobre América, algo que la convertía en la primera potencia colonial y en la primera productora de metales preciosos.

Aquel imperio tan inmenso era, al mismo tiempo, muy débil. Insostenible desde un punto de vista económico e indefendible desde un punto de vista militar. Tanto es así, que ya en vida de Carlos II se habían firmado varios tratados entre las potencias

europeas, especialmente entre Inglaterra y Francia, para repartirse en el futuro los territorios de la Monarquía Hispánica, tanto en Europa como en el resto del mundo. Cuando el testamento de Carlos II, que nombraba heredero a Felipe, se hizo público, todo este entresijo para apoderarse de los restos del antiguo imperio se fue a la porra. Para los franceses, era una oportunidad demasiado jugosa como para dejarla escapar. Si conseguían que Francia y los territorios de la Monarquía Hispánica tuvieran una alianza dinástica, el poder de los Borbones se acercaría a un concepto sobre el que los tratadistas políticos del siglo XVII habían teorizado a menudo: la monarquía universal, el poder real sobre el mundo entero. Como es natural, para los restantes países importantes, y muy concretamente para Austria e Inglaterra, era una pesadilla que por nada del mundo debían permitir que se cumpliera. Felipe de Anjou no podía convertirse de ninguna manera en rey de la Monarquía Hispánica.

En Cataluña, el nombramiento de un rey francés no gustó nada. Desde 1635, para ser generosos, en Cataluña se mantenía una situación de conflicto con los franceses y con los españoles. Muchos catalanes habían luchado en ambos bandos en un momento u otro y, excepto casos individuales, generalmente habían perdido. La guerra había hecho mucho daño al territorio, y el comportamiento de los dos ejércitos había sido deplorable. Aparte del auge de Barcelona y de algunas otras ciudades comerciales, como Mataró, Cambrils o Palamós, la suerte de Cataluña había sido terrible. Hacía como mínimo tres generaciones que los catalanes vivían en guerra. Eso significaba que los abuelos habían tenido que soportar la guerra, que los padres habían luchado en ella y que los coetáneos la estaban sufriendo. Se trataba, por tanto, de una sociedad mucho más acostumbrada a los usos militares que la generación que había tenido que luchar en la guerra dels Segadors. Un rey francés en el trono español no era, por los motivos expuestos, una buena idea. Para acabarlo de arreglar, también había importantes razones económicas.

Tras el descenso experimentado en el siglo XVI, y ahora con dos países emergentes como Inglaterra y Holanda, el comercio internacional se había recuperado. Estos dos países poseían unas características que gustaban especialmente a los catalanes: sus leyes eran muy favorables al comercio y a la iniciativa individual y, además, disponían de unos sistemas políticos basados en el pacto y en la concesión entre clases. ¿Les resulta familiar? Este sistema constitucionalista —que no democrático, no confundamos las cosas — era muy parecido al que los catalanes mantenían, y sobre todo defendían, desde hacía años. De hecho, la sociedad catalana era probablemente la sociedad más representativa del mundo. Cualquier hombre libre tenía en Barcelona posibilidades reales de llegar a ser uno de los *consellers* de la ciudad, con el mismo poder que el hombre más poderoso de la ciudad. Esto, que constituía un hecho insólito, no gustaba a quienes creían en sistemas autoritarios y unidireccionales, pues no consideraban digno ni conveniente que alguien sin una gota de sangre azul en las venas tuviera tanto poder. Un monarca de origen francés que procedía del gran enemigo continental de los holandeses y de los ingleses no facilitaría el comercio ni el contacto con estos dos países, que eran los que más se parecían a la Cataluña del 1700. Además, la visión del mundo del reino de Francia era completamente diferente al concepto de monarquía compuesta que, aunque con muchos problemas, conformaba la Monarquía Hispánica.

El nuevo rey, Felipe IV de Aragón y V de Castilla —desde el principio prefirió la numeración castellana—, sabía que su situación era precaria, tanto en el frente internacional europeo como en los reinos hispánicos. Su abuelo, el rey francés Luis XIV, era un hombre con una gran experiencia de gobierno, que rodeó a su nieto de asesores juiciosos que le recomendaron que tuviera un cuidado especial con los catalanes, pues podían causarle muchos problemas. Por eso Felipe V empezó su reinado intentando que estuvieran contentos, y juró los derechos y las libertades de Cataluña, cosa que en principio era una buena señal. También permitió la creación de

una especie de tribunal constitucional para Cataluña que, en teoría, permitiría gobernar el Principat con más justicia. Y la guinda del pastel: por primera vez, los catalanes podrían comerciar directamente con América. Grandes pasos adelante que no sirvieron de nada.

La actitud de los funcionarios del nuevo rey llegados de Castilla y, en especial, la tensa situación internacional determinaron que todo acabara saltando por los aires. Uno de los enemigos de los Borbones, Inglaterra, viendo la oportunidad de acabar con Felipe y de paso golpear a Francia, firmó un tratado internacional en Génova por el que se comprometía a ayudar a Cataluña a mantener sus derechos si apoyaba al pretendiente austriaco, Carlos, que había tomado el nombre de Carlos III.

La guerra de Sucesión estalló tanto en la península ibérica como en otras partes del mundo. De hecho, se puede afirmar que se trata verdaderamente de la primera guerra mundial de la historia, porque se luchó en todos los continentes: batallas en Canadá, en el Caribe, en la India, en medio del Atlántico, del Pacífico, del Mediterráneo, en el corazón de Europa, en el norte, en el sur... En España, la mayoría de los castellanos se pusieron a favor de Felipe V, mientras que la mayoría de los súbditos de la Corona de Aragón, y especialmente los catalanes, se decantaron por Carlos III.

En realidad, fue un poco más complicado que todo eso. En toda la Monarquía Hispánica hubo una gran división de opiniones. Para muchos castellanos, tragarse a un rey francés no era sencillo, por mucho que las ideas de la familia Borbón fueran aún más radicales de lo que lo habían sido las de los últimos Austrias. A pesar de ello, la fidelidad a los Habsburgo, todavía muy presente, hacía sentir insatisfechos a un buen grupo de castellanos. Pero cuestiones dinásticas aparte, había mucho más detrás de la elección de uno u otro. Para muchos castellanos, el declive del Imperio español era un hecho incuestionable. Unirse al Imperio francés podía representar un nuevo vigor que ayudase a mantener a distancia el incipiente poder inglés y holandés en América. Escoger como rey a Carlos, el hijo del

emperador Maximiliano de Austria, no añadiría el más mínimo poder y seguridad a las posesiones españolas de América, las joyas de la Corona. Quizá daría más peso a la alianza dentro de Europa, pero dejaría en manos de Inglaterra y Holanda la posibilidad de seguir atacando América, pero España —de hecho, Castilla— tendría que defenderse sola. La alianza con el enemigo secular, Francia, era más conveniente que seguir con el mismo aliado de los últimos siglos.

En Cataluña, este dilema se planteaba de una manera diferente. Los sectores del país que tenían una relación directa con las instituciones de la Monarquía eran partidarios de Felipe, simplemente porque era la opción elegida por la corte. También había sectores que pensaban que un Estado más centralizado abriría las puertas al comercio americano y, en ocasiones, se trataba simplemente de una enemistad o rivalidad con los sectores partidarios del archiduque Carlos de Austria. De hecho, durante la guerra que tendrá lugar, la posición de algunas poblaciones solo puede entenderse a la luz de la rivalidad con la villa de al lado. Lo mismo pasará en las guerras carlistas del siglo XIX.

Felipe V no empezó con buen pie la relación con las instituciones catalanas. Fue proclamado rey en Versalles, y en enero de 1701 entró por Irún en el territorio de la Monarquía Hispánica. En cuanto llegó, empezó a hacer nombramientos. Uno de los primeros fue el del nuevo virrey de Cataluña, el cardenal Luis Manuel Fernández de Portocarrero-Bocanegra y Moscoso-Osorio, nombramiento que no fue del gusto del cardenal —que se veía alejado de la corte para ir a parar a un destino difícil—, ni de los catalanes, que veían en él a un alto cargo de Madrid sin ninguna conexión con los usos de Cataluña. Cuando una embajada catalana, formada por un *conseller* y un diputado, llegó a Madrid para discutir el asunto, ni siquiera dejaron que se acercara al rey. Al poco, el rey Felipe V escribió una carta ordenando que se aceptara al virrey y afirmando que esperaba que Barcelona, para ejemplo de Cataluña, acatara sus órdenes. La carta concluía diciendo: «Y así espero, que sin otra réplica (que no se admitirá sobre esto) recibiréis al conde (si

ya no lo hubierais hecho) al ejercicio de sus cargos, que así es mi voluntad». Felipe, que acababa de cumplir diecisiete años, ya mostraba el talante que sería tristemente célebre entre los catalanes.

Los embajadores volvieron con el rabo entre las piernas a Barcelona, donde se respiraba mal ambiente. Felipe lo atribuyó en parte a las maniobras del anterior virrey, nombrado por Carlos, el alemán Georg von Hessen-Darmstadt, conocido en Cataluña como Jordi de Darmstadt o, simplemente, como el príncipe Jordi, muy querido por los catalanes. Había llegado al país con una larga experiencia militar a las espaldas y había luchado contra los franceses en el norte de Cataluña. Después fue nombrado virrey, hasta que fue destituido por Felipe. Jordi hablaba catalán y era amigo íntimo de muchos de los prohombres más destacados de Barcelona y de fuera de la ciudad. Todos ellos tendrían papeles protagonistas en los episodios que estaban a punto de suceder.

Las Cortes de Barcelona

Una vez destituido, el príncipe Jordi se erigió en el principal dirigente secreto de lo que empezaba a ser conocido como bando austracista, opuesto al bando borbónico o felipista. El verano de 1701 estalló la guerra continental, pero no en Cataluña. Al ver que la situación se ponía tan tensa, Felipe, asesorado por los consejeros de su abuelo, decidió hacer algún gesto a favor de los catalanes con tal de asegurarse un territorio que estaba a punto de inflamarse. Anunció la convocatoria de las Cortes y que se casaría en territorio catalán, concretamente en Figueres, en la iglesia que se ubica frente al actual Museo Dalí. Eran dos gestos simbólicos y positivos, que quedaban contrarrestados en buena medida por las disposiciones que iba tomando contra las Constitucions y los Usatges; por ejemplo, nombrar catedráticos castellanos en la Universitat.

Del 12 de octubre al 14 de enero del año siguiente, Felipe V presidió las Cortes de Barcelona en el convento de Framenors, ubicado donde ahora se encuentra el Gobierno Militar, junto a la estatua de Colón. Las Cortes, como era de esperar, fueron conflictivas. Mientras los brazos se reunían con el monarca, la tensión aumentaba en las calles. Los comerciantes franceses, con la protección de las tropas del rey, empezaban a entrar mercancías en Cataluña sin pagar a la Generalitat. Los funcionarios catalanes se dedicaban a inspeccionar y a sancionar a los barcos franceses y genoveses que se encontraban en el puerto de Barcelona, justo enfrente del lugar donde se celebraban las Cortes, amparados por Felipe V. Ambas partes se provocaban constantemente.

Este era uno de los conflictos, pero no el único. La actuación del rey y de sus funcionarios era abusiva y esto se hacía evidente cada vez que pasaban por alto la legalidad. La Generalitat enviaba constantemente requerimientos a la Corte, una parte de la cual estaba instalada en Barcelona, haciéndole saber que se estaba violando la Constitució de l'Observança, que empezaba diciendo: «De poco valdría que nosotros y nuestros oficiales hiciéramos leyes que después no tuviéramos que cumplir». Esta norma, que recordaba al rey que no estaba por encima de la ley o, lo que es lo mismo, por encima de lo pactado con las Cortes, hacía enfadar muchísimo a Felipe V porque iba contra lo que había aprendido en la corte de Versalles, tanto de su abuelo, Luis XIV, como de su padre. Finalmente, el rey y los *braços* llegaron a un acuerdo precario y Felipe firmó las Constitucions que años después se obstinaría en anular.

Durante los años siguientes, la situación no mejoró, sino todo lo contrario. Obedeciendo las órdenes del rey, el virrey eludía la ley catalana cada dos por tres. Los catalanes, a su vez, siguiendo el sentir de las instituciones, protestaban, maniobraban, exigían y hacían lo imposible para demostrar que quienes mandaban de verdad en el Principat eran ellos. La situación internacional tampoco facilitaba las cosas porque el conflicto militar, que había empezado

de manera relativamente suave, ahora había estallado en toda su intensidad y en la totalidad del continente. En el mar, los barcos se buscaban para destruirse. En América, españoles y franceses no lograban contrarrestar el poder naval de ingleses, holandeses y portugueses. Se combatía en medio mundo, y todo por el asunto de la sucesión a la Corona española. Pero ambos bandos eran poderosos, y a aquellas alturas los dos tenían la fuerza suficiente como para sospechar que difícilmente se conseguiría una victoria rápida.

Fue entonces cuando Jordi de Darmstadt reavivó la posibilidad de un levantamiento catalán contra el Borbón. Darmstadt había mantenido contactos secretos con gente de Cataluña, gente que había luchado a su lado contra los franceses durante los últimos años del siglo XVII, con experiencia en la guerra, con dinero e irritados por el comportamiento del rey y de sus oficiales.

Para acabar de arreglarlo, Felipe nombró a un nuevo virrey, Francisco Antonio Fernández de Velasco y Tovar, conde de Melgar. Como suele pasar en la historia, el virrey Velasco fue la gota que colmó el vaso y que convenció a los catalanes de que tenían que sublevarse contra Felipe V. Era un tipo grosero e intransigente que hizo todo lo que estaba en sus manos para dejar claro a los catalanes que era él quien mandaba. Detenciones arbitrarias, actitudes despóticas y soberbias, multas, controles, malos tratos... Velasco se hizo tan odioso que muchos barceloneses que no querían involucrarse en disputas políticas se sintieron llamados a oponerse a él y a sus malcarados servidores castellanos y catalanes. A estos últimos empezaron a llamarlos *botiflers*, una palabra curiosa, nacida de la pronunciación equivocada de dos palabras francesas, *beauté fleur*, otro modo de llamar a la flor de lis, la flor tradicional del escudo de los Borbones. Desde entonces, la palabra *botifler* forma parte de la escena política catalana, y se utiliza cuando alguien —un político, un industrial, un deportista— muestra simpatía con la línea

política del Estado, algo que, en opinión de quien lo pronuncia, va en contra del propio país. *Botifler* es un insulto de primera categoría y equivale a un grado superlativo de traición.

La mala política de Velasco facilitó los planes del príncipe Jordi y de sus aliados catalanes. El virrey hizo cosas francamente estúpidas, como clausurar la Acadèmia dels Desconfiats, una asociación de aristócratas y prohombres que se reunían cada quince días en el palacio de Pau Ignasi de Dalmases, en la calle Montcada número 20, donde ahora hay un bar y un local de flamenco para turistas. La Acadèmia se reunía para hablar —en castellano, pues consideraban que era un idioma más culto que el catalán— de literatura, arte, filosofía y, claro está, política. Los académicos hablaban a través de un pañuelo translúcido que se ponían en la cara para sentirse más libres en sus comentarios.

La Acadèmia consiguió congregar a la oposición a Felipe V. De los treinta miembros del grupo, dieciséis fueron perseguidos por austracistas. Pues bien, en 1703 el virrey decidió cerrarla mediante un acto represivo dirigido a las clases altas catalanas que fue clave para desencadenar la oposición a los felipistas.

En la primavera de 1704, con la guerra retumbando por toda Europa, Jordi de Darmstadt reunió una pequeña escuadra de barcos para intentar tomar Barcelona. Aunque se presentó por sorpresa, no consiguió nada porque su plan no tenía consistencia: disponía de sesenta soldados que desembarcarían con él, eso provocaría el levantamiento de la ciudad contra Velasco, pues la inmensa mayoría de los barceloneses estaban contra el virrey, sus soldados castellanos y los *botiflers*. Además, durante unos días podría contar con mil seiscientos marineros de la escuadra que lo acompañaba. No estaban entrenados para la lucha en tierra, pero se trataba de un grupo numeroso de hombres armados, y pensaba que con eso sería suficiente. Aunque al ver la bandera del príncipe Jordi los barceloneses se agitaron, no fue ni remotamente suficiente. Velasco solo tuvo que sacar la guarnición de los cuarteles para que los catalanes se calmaran. Y como medida de precaución, metió en la

cárcel a unos cuantos, mientras unos destacados austracistas huían para situarse al lado del príncipe. Al final se marcharon todos juntos en los barcos, y los ciudadanos que se quedaron en Barcelona tuvieron que sufrir las arbitrariedades del virrey.

Curiosamente, estos barceloneses que huyeron con Darmstadt participaron en la toma de Gibraltar el 4 de agosto. Trescientos cincuenta catalanes desembarcaron en una caleta de la parte oriental del peñón, justo en el lado opuesto donde se encuentra la ciudad de Gibraltar. Los soldados catalanes tuvieron un papel decisivo en la conquista del peñón, capitaneados por el príncipe y por el general Basset, quizás el mejor general catalán, junto con Villarroel, de la guerra de Sucesión. Los catalanes fueron muy audaces y atacaron directamente los destacamentos de los soldados españoles. Su actuación fue tan destacada que la caleta donde desembarcaron fue bautizada con el nombre de Catalan Bay, y la colonia catalana en Gibraltar fue muy importante durante años. Muchos de ellos participaron varias veces en la defensa del peñón, aunque después de la guerra se asentaron en él sobre todo comerciantes y mercaderes.

El rey Carlos entra en Barcelona

En Barcelona, la locura de Velasco aumentaba. Detenciones, incautaciones —por no decir robos—, torturas e incluso alguna que otra ejecución. El virrey sometió la ciudad a un régimen de terror. La situación era insostenible en todo el Principat, aunque todavía más en Barcelona porque allí se asentaba la principal guarnición española. En este contexto, los aliados contra los Borbones pensaron que sería conveniente abrir un frente en un lugar más cercano al núcleo central de Felipe, Castilla. Ya disponían de una base en Portugal, pero no conseguían romper las defensas españolas. La lógica les dictaba que un segundo frente en la Corona de Aragón sería como una cuña en territorio enemigo y les haría ganar la

guerra. Los ingleses, que tenían buenos contactos con los catalanes porque las relaciones entre comerciantes de los dos países habían sido muy fluidas durante años, llamaron a uno de los representantes de las clases dirigentes catalanas. Se reunieron en Génova con Mitford Crowe, un verdadero jefe de espías. Y allí, en la primavera de 1705, pactaron que los catalanes se comprometerían a ayudar a los aliados contra Felipe, y a favor del archiduque Carlos —entonces ya Carlos III—, desde su territorio, a cambio de que el rey jurase las Constitucions e Inglaterra se comprometiera a garantizar la supervivencia del Estado catalán, con Carlos o sin él, si la guerra iba mal.

Un mes después, en julio de 1705, Carlos y una inmensa flota zarpaban de Lisboa y desembarcaban en Basset, en el reino de Valencia, donde debía empezar la sublevación. Después prosiguieron hacia Barcelona, a donde llegaron a finales de agosto. A pesar de que los felipistas tenían siete mil soldados en la ciudad, su situación era precaria. La sublevación estalló en varios lugares de Cataluña al mismo tiempo, y la población de Barcelona se mostró más hostil que nunca, con decenas de voluntarios catalanes armados para el asalto a las murallas. Pero el primer paso era reducir la fortificación de Montjuïc. El 14 de septiembre los aliados atacaron y, por desgracia, Jordi de Darmstadt resultó herido y falleció. El general catalán Bac de Roda consiguió capturar todas las defensas avanzadas el mismo día y, finalmente, el día 17 los aliados conquistaron la fortaleza. Acto seguido, orientaron la artillería hacia las murallas y empezaron a disparar. Velasco decidió que era inútil resistir y, para salvar la vida, capituló a principios de octubre con la condición de que dejaran marchar a la guarnición desarmada. Y así se hizo.

Narcís Feliu de la Penya, un personaje muy interesante que había sido apresado durante quince meses por el virrey Velasco, describió aquellos momentos y la entrada del rey austriaco en Barcelona:

> Llegó el día 7 de Noviembre, día de la solemnísima, y deseada entrada del Rey en Barcelona: el universal júbilo de sus fieles vasallos, no cabe en mi corta ponderación: Juró su Magestad como es costumbre, en el Llano de San Francisco por las Islas, esto es la unión, é inseparabilidad de las Islas, y condados de Ruisellon, y Cerdaña, del Condado de Barcelona, y Reynos, y algunos Privilegios de Barcelona, y en la Cathedral por la Iglesia.

Al día siguiente hubo procesiones tanto religiosas como laicas y aquella noche empezaron

> las festivas demostraciones en tres días de Luminarias y artificiales fuegos, fiesta en la Diputación con asistencia del Rey, que correspondió obligado con fiesta Real, y música en Palacio, concurriendo toda la Nobleza de entrambos sexos.

Aunque en ese momento nadie fue capaz de verlo, aquellos primeros días de fiesta marcaron la presencia del rey Carlos en Barcelona. Los barceloneses estaban felices de volver a tener a un rey y a su corte en la ciudad. Carlos, además, era un hombre tímido y educado, que hablaba bajito y se tomaba todo muy en serio. Se dice que hablar tan bajo era una estrategia que utilizaba para no comprometerse cuando respondía a las muchas peticiones que recibía, y que este sistema de hablar de manera que no se le oyera muy bien era el que históricamente utilizaban los reyes de la Casa de Austria. Carlos pasó los mejores años de su vida en Barcelona. Era joven, era rey —cuando en principio no le tocaba— y la guerra, en términos generales, se desarrollaba a su favor... Su futura esposa, a quien no conocía, también llegó a Barcelona, y Carlos se enamoró de ella. Isabel Cristina de Brunswick-Wolfenbüttel, la nueva condesa de Barcelona, llegó a Mataró el 25 de julio de 1708 y allí se alojó hasta que todo estuvo listo en la ciudad, donde se celebraría la boda. Parece ser que el rey la visitó en secreto y durmió con ella. Isabel Cristina era muy hermosa, y el rey, que solo la había visto en pintura, la encontró maravillosa. Además de la belleza que poseía,

era una mujer inteligente y culta. Se casaron en Santa Maria del Mar el día 1 de agosto y la fiesta fue espectacular, con música, procesiones laicas y luminarias y fuegos artificiales por la noche.

Giovanni Gemelli: la Barcelona de 1708, ópera en la ciudad

En torno a los reyes se reunió una corte de gente muy diversa. Uno de ellos era un italiano muy especial: Giovanni Francesco Gemelli Careri, el primer hombre conocido que dio la vuelta al mundo utilizando los medios de transporte que encontró por el camino. Recogió las experiencias de su insólito viaje en una serie de libros que llevan por título *Giro intorno al Mondo*, en los que explicaba cosas tan extraordinarias que muchos pensaban que eran mentira. Es posible que de vez en cuando se le fuera la mano, pero en general su relato es absolutamente verídico. Pues bien, Gemelli llegó a Barcelona dispuesto a hacerse un hueco en la naciente corte de Carlos III. Su único mérito consistía en tener unas dotes extraordinarias para conversar. Sabía de todo y había estado en todas partes. Además, de joven había sido un conquistador, aunque cuando hizo el viaje a Barcelona ya estaba un poco mayor. Gemelli tardó más de un año en conseguir un cargo sin sentido, pero que, dicho sea de paso, le proporcionaba dinero para vivir. Mientras tanto, se dedicó a escribir sobre lo que veía, como había hecho toda su vida. Hizo una descripción muy interesante de la Barcelona de 1708:

> La figura de la ciudad es irregular, en forma de pentágono con cinco ángulos diferentes. Las murallas no son muy altas, pero todo su perímetro se apoya en un terraplén y se necesita tiempo para abrir brechas en ellas. Sin embargo, su mayor fortaleza reside en la unión y la constancia de los autóctonos, cuyo pecho ha sido siempre una barrera de resistencia a los ataques de los ejércitos enemigos.

No podía imaginarse lo acertada que era su descripción, sobre todo teniendo en cuenta los sucesos que estaban a punto de ocurrir.

Gemelli también fue testigo de un suceso que los melómanos de Barcelona siempre recuerdan: la primera representación de una ópera en la ciudad. Las óperas eran un invento relativamente reciente. Como regalo de bodas, el Consell de Cent obsequió a los jóvenes reyes con una representación moderna, y encargó el montaje de una ópera llamada *Il più bel nome*, del compositor Antonio Caldara. Tenía un solo acto que duraba dos horas, una típica ópera barroca, y se representó en el Teatre Reial, junto al Palau, que estaba ubicado donde ahora está la Llotja. Los reyes asistieron a la representación sentados en dos butacas, mientras que la nobleza se sentó en unos bancos. El respetuoso silencio que, cuanto menos en apariencia, se guarda en la actualidad en la representaciones operísticas no existía entonces, y muy probablemente los nobles y los aristócratas debieron de levantarse de vez en cuando para estirar las piernas y aliviar la molestia que les debía de causar estar sentados en una banqueta durante tanto tiempo. En su libro, Gemelli se deshace en elogios a los reyes; no le quedaba más remedio, pues de ellos dependían sus ingresos. Explica la vida de la corte, con salidas fuera de Barcelona a grandes casas, segundas residencias, donde los nobles van a cazar y comen abundantemente. El viajero italiano no habla muy bien de los barceloneses, a los que encuentra poco refinados y, efectivamente, nunca aparecen personalizados en la crónica.

EL FIN DE LA GUERRA

Bastante trabajo tenían los barceloneses con todo lo que estaba pasando. La gente empezaba a pasarlo mal, y las noticias que llegaban de la guerra eran cada vez más oscuras y tristes. No solo eran los muertos y los heridos, sino también los azares de la guerra y lo que representaba. El 25 de abril de 1707 se libró la batalla de Almansa, en el sur del reino de Valencia. Fue una batalla importante, en la cual los aliados fueron derrotados por las tropas

francoespañolas capitaneadas por el duque de Brunswick, y que supuso la pérdida en poco tiempo de los reinos de Valencia y Aragón. Y no fue solo eso. Las tropas borbónicas entraron a sangre y fuego en los territorios, especialmente en Valencia. Quemaban las ciudades, ahorcaban a los hombres, violaban a las mujeres. Felipe V tenía claro lo que había que hacer con la Corona de Aragón: promovió un decreto para cada reino, llamado de Nueva Planta, en virtud del cual se abolían todas las leyes y fueros del reino, que pasaban a ser sustituidos por los de Castilla. Eso era lo que le esperaba al Principat de Cataluña si era derrotado. No iba a ser una derrota más, sino que suponía la puesta en práctica de la misma política genocida que los borbónicos estaban practicando en Valencia. El idioma, prohibido; las instituciones, desparecidas; los archivos, quemados... A los valencianos, y en menor grado a los aragoneses, se les impuso un régimen militar en virtud del cual la más mínima falta o, simplemente cualquier arbitrariedad, podía ser castigada con la prisión, la tortura y la horca. Según se sabía por soldados que habían sido capturados, este era el comportamiento que el rey ordenaba a sus hombres. Como los franceses no estaban directamente bajo el mando de Felipe V, en general tuvieron un comportamiento más digno que el de las tropas españolas, que se convirtieron en saqueadores sanguinarios animados por el alto mando.

La guerra fue avanzando de manera paradójica: en la península ibérica, el ejército de las Dos Coronas —Francia y España— se imponía sobre las tropas aliadas, mientras que fuera sucedía lo contrario. En 1708-1709, en el territorio peninsular solo quedaban en poder de los aliados la mayor parte del Principat, Gibraltar y Portugal. El resto ya había caído en manos de los borbónicos. La guerra se estaba haciendo insoportable para los dos bandos. Francia estaba completamente implicada y tenía que luchar en tres frentes: en el norte, en Italia y en España. El Estado no podía más. Para acabar de arreglarlo, la sequía, las heladas y las plagas destrozaron

durante años los campos franceses. Y el rey Luis XIV, que siempre había sido un hombre enérgico, tenía más de setenta años y las fuerzas mermadas.

En España, Felipe V, que era joven, mostraba algunos síntomas de las enfermedades que habían afectado a sus padres. Según los testimonios de la época, el rey tenía un carácter melancólico. De hecho, esta melancolía era lo que hoy llamaríamos un trastorno maniaco depresivo, que a veces lo empujaba a ir a la cabeza de sus tropas en la guerra —por eso lo llamaban el Animoso—, o a cerrarse durante días en su habitación sin hablar con nadie. Además de la enfermedad, tenía una personalidad complicada, por decirlo de una manera delicada. Su primera mujer, María Luisa de Saboya, le dio cuatro hijos. Pero como Felipe de Anjou era obsesivamente católico, en contra de lo que era habitual entre las familias aristocráticas, y se supone que entre los plebeyos, no tuvo relaciones sexuales hasta que no se casó. Desde ese momento, según las memorias de varios miembros de la corte, y hasta la muerte de la reina en febrero de 1714, lo hizo cada día. El médico francés Honoré Michelet, que lo atendió durante años, dijo que «el sexo lo anulaba todo en él. Fue el marido más asiduo, más marido que se haya visto nunca, implacable de exigencia amorosa». Otro médico francés, Rémy Jacoby, afirmó que «su primera esposa, enferma de muerte, perdida de humores fríos, empapada de sudor y cubierta de llagas, no tuvo ni un día de tregua. No pudo dormir sola ni estando enferma». María Luisa padecía una tuberculosis que le provocaba la aparición de escrófulas, unas llagas purulentas muy desagradables y dolorosas. A pesar de esto, Felipe mantenía cada día relaciones sexuales con ella, quisiera ella o no, y llegó incluso a hacerlo el día antes de su muerte. Con todo, Felipe V fue muy popular y querido en Madrid.

Carlos III era un hombre muy diferente, y fue muy querido en Barcelona que, de hecho, fue su capital. A pesar de no ser el hombre más afable ni más expresivo del mundo, mostraba valor cuando la situación lo requería, como en el primer asedio borbónico de la ciudad en 1706, cuando las tropas felipistas intentaron durante

dos meses capturar la capital catalana. Barcelona estaba defendida exclusivamente por la Coronela, la milicia ciudadana de los gremios, pero cuando la flota inglesa hizo su aparición, lograron resistir. Carlos III no abandonó la ciudad, algo que hubiera sido de lo más normal según las costumbres de la época. Esto lo convirtió, como ya hemos dicho, en un rey extremamente popular y querido. Con todo, era un rey tradicional y, a pesar del asedio, en palacio seguían organizándose bailes y fiestas, aunque saltara a la vista que el pueblo sufría o hubieran llegado malas noticias acerca de la derrota en alguna batalla o de una matanza perpetrada de la mano de los francoespañoles. Pero en 1711 ocurrió un hecho inesperado. Su hermano, José, que entonces era emperador de Austria, murió repentinamente a los treinta y dos años. Carlos era el heredero, un rey cuestionado por la Monarquía Hispánica. Tan cuestionado que el mundo soportaba ya nueve de años de guerra y decenas de miles de muertos. Carlos luchaba para mantener con mucho esfuerzo los derechos sobre un reino en decadencia, cuando podía conseguir fácilmente un imperio bastante sólido en el centro de Europa. Además, Carlos era austriaco, y el hecho de poder volver a un entorno más familiar también debió de pesar en la decisión de aceptar el trono del Imperio austriaco, en detrimento de la corona de la Monarquía Hispánica. Pero no era la única razón.

Hacía años que los dos bandos en guerra mantenían conversaciones para concluir el conflicto sin llegar a un acuerdo. Los aliados exigían el todo o nada a la Monarquía Hispánica, convencidos de poder conseguir a la larga la victoria militar. En cambio, Luis XIV consideraba que alargar la guerra era una buena política porque dejaba tiempo para que ocurriesen acontecimientos inesperados que dieran la vuelta a la situación. Y tenía razón, porque sucedieron dos cosas: en primer lugar, la muerte del emperador austriaco; en segundo, y no tan inesperada, la llegada al poder en Inglaterra de los conservadores, los *tories*, que representaban los intereses comerciales ingleses con Francia.

Esta doble circunstancia dio lugar a la apertura de una nueva ronda de negociaciones, absolutamente secretas, que condujo al Tratado de Utrecht —de hecho, eran varios tratados—, que teóricamente ponía punto final a la guerra. El pacto supuso un gran alivio para los contendientes. Inglaterra conseguía Menorca y Gibraltar, entre otros territorios, además de dos derechos decisivos para acabar con el monopolio español de América: la posibilidad de comerciar con las colonias españolas con un barco al año, cosa que desembocó en un contrabando descarado y el *asiento de negros*, que era parecido, pero en este caso con esclavos africanos. Las demás potencias aliadas conseguían básicamente territorios, mientras que Francia obtenía la paz y Felipe V, el trono. Carlos III, ahora Carlos VI de Austria, fue el más contrario al tratado, porque sentía que estaba traicionando a los catalanes. A pesar de que el pacto exigía que Felipe mantuviera las instituciones y las Constitucions catalanas, también estipulaba que las tropas aliadas tenían que abandonar Cataluña. El Principat, y con él la ciudad de Barcelona, se quedaban solos ante un enemigo implacable y sin ninguna garantía de que el territorio y el país no serían arrasados.

Cuando Carlos dejó la ciudad, los barceloneses, aunque preocupados, mantuvieron una cierta tranquilidad porque la reina se quedó. Isabel Cristina era más lista y más culta que su marido, y los barceloneses la apreciaban a pesar de ser mujer. Cuando en 1713 abandona definitivamente la ciudad, escribe una carta personal en la que afirma: «Nunca podré querer a otra Nación como quiero a los catalanes, y los querré toda la vida». Isabel Cristina murió en Viena en 1750 y fue enterrada en un sepulcro barroco que ella misma había ordenado construir en la iglesia de los Capuchinos. En el frontal del sepulcro, el lugar más visible, hay una imagen esculpida en bronce de la ciudad de Barcelona, a la que ella tanto quiso y que la quiso tanto.

Cuando la reina se fue, en marzo de 1713, los aliados aceleraron la evacuación. Su partida fue una crueldad para los catalanes. De la noche a la mañana, ingleses, holandeses,

portugueses y austriacos salían de las ciudades o de las plazas fuertes y entregaban las llaves al ejército borbónico, que ya estaba fuera, esperando. Cuando entraba en las poblaciones, el ejército borbónico hizo lo que siempre había hecho: robar, violar y matar. La gente entonaba canciones muy amargas, como: «Los ingleses han faltado, los portugueses han firmado, los holandeses firmarán y a nosotros nos colgarán».

La Junta de Braços, reunida en Barcelona, recibió una carta del rey Carlos en la que decía que lamentaba mucho lo que estaba ocurriendo, pero que no podía hacer nada y que estaba seguro de que el tratado garantizaría la seguridad y las instituciones de los catalanes. Una embajada catalana acompañó a unos mandatarios ingleses ante el general que dirigía las tropas francoespañolas, el duque de Pópoli, para presentar dos peticiones. En primer lugar, pedían que antes de empezar el armisticio, los españoles garantizaran que respetarían las instituciones de Cataluña, Mallorca e Ibiza; en segundo, que los bienes de los refugiados castellanos, aragoneses y valencianos les serían devueltos al regreso a sus países de origen. Un subordinado de Pópoli respondió a los ingleses: «Este cuidado será de nosotros», es decir, que no metieran las narices, y refiriéndose a los catalanes, «que se desengañasen, que no obtendrían nada por nuestra interposición y, si en esto persistían, sería peor para ellos».

Como era evidente para todos, y especialmente para los aliados, el Tratado de Utrecht era papel mojado en lo relativo a las disposiciones que se referían a Cataluña. Aquel día, en Barcelona se inauguró una costumbre que se mantuvo hasta la caída de la ciudad: una procesión diaria que salía del Born, pasaba por la plaza Nova y la Rambla y acababa en el Portal de la Boqueria, donde se rezaba el rosario y se invocaba la protección de la Virgen. Muy mal debían de ver las cosas si tan pronto empezaban a invocar al cielo.

La guerra de los Catalanes

Tras la marcha de la reina, el mariscal austriaco y lugarteniente Guido von Starhemberg intentó por todos los medios que los catalanes aceptaran la rendición, mientras negociaba su entrega con los felipistas. El 22 de junio, aliados y borbónicos firmaron un acuerdo secreto en Hospitalet de Llobregat que organizaba el cambio de poder. La Junta de Braços —las Cortes catalanas sin el rey —, sospechando lo que sucedía, decidieron reunirse a partir del 30 de ese mes en el Saló de Sant Jordi de la Generalitat. De hecho, esta convocatoria era una especie de proclamación de la República Catalana, porque decidirían qué harían con la nación sin tener en cuenta los deseos reales, pues sabían perfectamente que ya no tenían poder alguno. Los representantes catalanes debatieron y debatieron, mientras veían cómo los soldados aliados se iban del país y eran sustituidos por los enemigos. El mismo mariscal Starhemberg huyó en secreto el 9 de julio. En las calles también se discutía, y cuando los representantes salían de la Generalitat, la gente los rodeaba e intentaba obtener noticias. Los tres brazos llegaron, inicialmente, a conclusiones diferentes. El brazo eclesiástico decidió que se adaptaría a lo que dijeran los otros dos brazos. El brazo militar, la nobleza, votó si Cataluña debía rendirse o resistir: ganó la opción de rendirse por dos o tres votos a favor, pero la diferencia era tan mínima que decidieron continuar la discusión y volver a votar más adelante. Mientras tanto, el brazo popular también estaba metido de lleno en las discusiones. Los representantes de Barcelona eran los más partidarios de resistir, pero la situación no fue clara hasta que se votó. Setenta y ocho votos a favor de continuar la guerra y cuarenta y cinco a favor de la rendición. El resultado del brazo popular inclinó el resultado de los otros dos brazos hacia la resistencia. Hay que decir en honor de todos que las minorías no desertaron, sino que dedicaron todos sus esfuerzos a asegurar la continuidad de una guerra contra la que habían votado. Comenzó así la llamada guerra de los Catalanes o guerra de Cataluña.

Con frecuencia se han querido interpretar estas votaciones como si unos cuantos fanáticos hubieran convencido a un grupo de débiles de que había que hacer la guerra para que solo una minoría mantuviera los privilegios. Es una solemne estupidez, porque el pueblo de Barcelona, a quien la situación no favorecía económicamente en absoluto, era el más partidario de continuar la guerra. Los catalanes no estaban locos, aunque quizá pecaban un poco de ingenuidad. Tenían la esperanza de que los austriacos, enemigos declarados de los franceses y bajo el reinado de Carlos, cambiaran de idea. Y esperaban también que un día u otro los ingleses también cambiaran de opinión. La reina Ana, que había propiciado la llegada de los *tories* al poder, gozaba de poca salud, y tarde o temprano su primo Jorge de Hannover subiría al poder. Jorge era más liberal, amigo de los catalanes y enemigo de los franceses, y su ascenso al trono podía provocar un cambio drástico en el desarrollo de los acontecimientos. Los catalanes, en especial los barceloneses, tenían la esperanza de que quizá no habría que resistir mucho tiempo.

Pero ya desde el primer momento, los barceloneses se prepararon para resistir al asedio. El 25 de julio vieron llegar a las primeras tropas borbónicas, que venían de Martorell. Durante los días siguientes se produjeron algunos choques entre soldados catalanes y el ejército enemigo, que hora tras hora era más numeroso. El 27 de julio llegó un mensaje del duque de Pópoli: los barceloneses debían capitular inmediatamente y «si no se rinden en el término de dos horas, se los pasará a todos a cuchillo». No se rindieron, por supuesto, sino que constituyeron un gobierno formado por treinta y seis miembros, y liderado *de facto* por el *conseller en cap* —consejero jefe— de Barcelona: Rafael Casanova. Teóricamente, no era la persona adecuada, pues en el proceso de insaculación de su nombramiento Casanova no salió elegido hasta que dos miembros anteriores a él renunciaron al cargo por miedo a represalias. Él era un abogado acostumbrado a los litigios, pero no a la guerra. En contra de lo que se llegó a decir más tarde, su

comportamiento fue digno en todo momento, aunque fuera una persona moderada y con menos liderazgo que el general que defendería Barcelona: Antonio de Villarroel.

Villarroel era un caso curioso. Había nacido en Barcelona por casualidad cincuenta y seis años antes porque su padre era militar y estaba destinado en la ciudad. De hecho, era más gallego que otra cosa. Había luchado en el bando borbónico, donde había destacado en el campo de batalla. Acusado de haber participado en un complot para derrocar a Felipe V, fue apartado del mando y tuvo que exiliarse. Cuando el Borbón estaba en su peor momento, Villarroel consideró su deber volver del exilio y ofrecerle sus servicios. Aparentemente, Felipe aceptó, pero en realidad quería pillar desprevenido a Villarroel, y probablemente ejecutarlo. Cuando el general se enteró, decidió pasarse al bando austracista. Quizá por ese pasado conspiratorio, Villarroel mostró una fidelidad extrema a Carlos III. Si se quedó en Barcelona fue porque tenía órdenes de hacerlo por parte del emperador austriaco y no por ningún sentimiento de obligación moral hacia los catalanes.

Las hostilidades entre defensores y soldados enemigos se producían con frecuencia. Pópoli decidió que no seguiría la táctica tradicional para entrar en la fortificación enemiga, es decir, derrumbar a golpes de cañón alguna zona de la muralla para abrir una brecha. Cuando la fuerza de gravedad los echaba abajo, los muros formaban una especie de pendiente natural que facilitaba el acceso al interior de la fortaleza enemiga. Si, por la razón que fuese, no se podía derrocar un trozo de muralla a cañonazos, se intentaba excavar bajo el muro para colocar explosivos. Una vez que se había conseguido hacer caer la muralla, se lanzaban tropas de asalto por la brecha hasta que se controlaba la entrada regular de soldados dentro de la fortificación. A partir de aquí, capturar la ciudad o el castillo era relativamente sencillo. Esta era la teoría, pero en la práctica la técnica no era tan sencilla para los atacantes.

En primer lugar, a lo largo de los años los muros de las murallas habían sido reforzados y habían cambiado de grosor y de forma. Ya no eran los trozos de pared rectos y relativamente delgados de la época medieval, sino muros muy gruesos y con una cierta inclinación. Las fortalezas minimizaban así el fuego del enemigo, porque las balas de cañón hacían poco daño a los muros que habían sido construidos según estos criterios. Además, los defensores también tenían muchas posibilidades: podían reforzar cada día los muros, vigilar la colocación de posibles minas y preparar obstáculos mortíferos que frenaran a los enemigos en caso de que lograsen abrir una brecha. Por otra parte, las fortalezas más modernas contaban con unos diseños que dificultaban todavía más la toma de la plaza. Había una especie de castillos exteriores que impedían el acceso directo a la muralla. Entre esos pequeños castillos y la muralla, se abrían unos espacios sin protección, donde los soldados no podían protegerse de los disparos procedentes de la muralla. Entre paño y paño de pared se construían unos baluartes más adelantados que facilitaban el disparo a los asaltantes desde tres o cuatro ángulos diferentes.

Pues bien, la muralla de Barcelona se había quedado atrasada y no contaba con la mayoría de estos avances arquitectónicos. Tras los asedios del siglo anterior, el Consell de Cent la había reparado, pero no la había transformado. Casi todo su perímetro estaba terraplenado, lo cual era positivo, pero le faltaban baluartes y los que había eran poco sofisticados. Y los muros tampoco eran tan sólidos como habría sido deseable. Tenía algunas ventajas, como el hecho de que parte de la muralla daba al mar, cosa que facilitaba la posibilidad de romper el asedio de vez en cuando, gracias a los barcos mallorquines que acudían con víveres y municiones; también que había algunas zonas de la ciudad donde era muy difícil llevar a cabo un asalto. Pero el balance de las ventajas y los inconvenientes era muy desfavorable para Barcelona. Era realista prever que cuatro o cinco meses de asedio, como máximo, serían más que suficientes para conquistar la ciudad.

Barcelona aguantó casi catorce meses, 222 días para ser exactos. Fue una resistencia insólita que sorprendió a toda Europa. Además, fue un asedio muy duro. Pópoli, en la línea de Felipe V, no se dedicó a disparar contra las murallas de manera sistemática, sino que decidió bombardear la ciudad. Quería hacer daño, quería provocar el terror, castigar a la población y que esta se sublevara y pidiera de rodillas la rendición. Disparó unas treinta mil bombas —algunas fuentes afirman que fueron cincuenta mil—, una por cada barcelonés, que dejaron gran parte de la ciudad en ruinas. Los barceloneses, que ya habían experimentado las bombas en asedios anteriores, se fueron moviendo por la ciudad en función de las casas, e incluso de los barrios, que habían sido destruidos o que quedaban en pie. Los que tenían alguna cosa de valor se acostumbraron a repartir sus pertinencias por varios lugares de la ciudad para salvar algo y no arruinarse por completo en el caso de que su casa fuera destruida. Han quedado documentados varios casos, entre ellos el de la viuda Maria Llatuga, que vivía de alquiler en una casa del cirujano Joan Martras ubicada en la calle de Bonaire, en la actualidad bajo la cubierta del mercado del Born. La viuda Llatuga dejó tres cajas con ropa en la basílica de Santa Maria del Mar; un capazo con más ropa en la iglesia de Sant Francesc y el resto de sus pertenencias en casa de amigos que vivían en zonas teóricamente más seguras de la ciudad. La señora Llatuga fue una mujer juiciosa y acertó repartiendo sus pertenencias para protegerlas, porque donde vivía fue la zona más castigada por las bombas, proyectiles incendiarios y balas de la artillería enemiga.

Las casas cayeron a centenares, y muchas más sufrieron serios daños en una ciudad que tenía unas cinco mil casas en total. Los edificios públicos también fueron muy castigados. Los testimonios de la época refieren que Santa Maria del Mar estaba «muy arruinada». La parroquia del Pi era una ruina, así como los conventos de Santa Caterina, Sant Pere de les Puelles y Sant Agustí.

Los defensores, bajo las órdenes del general Villarroel, eran básicamente los miembros de la Coronela, la milicia urbana de Barcelona. La mayoría de los regimientos se agrupaban según los gremios. Codo con codo, lucharon y murieron juntos los tenderos, los estudiantes de Derecho, los plateros, los alfareros... Pero alrededor de los barceloneses se juntaron soldados de todo el mundo que quisieron luchar por la libertad: soldados de Aragón, de Valencia, de Alemania, de Castilla, de Andalucía, de Irlanda, de Nápoles, de Milán, de Portugal, de Galicia, de Francia, de Mallorca, de Flandes, de Hungría, de Asturias, de Inglaterra, de Murcia, de Rosellón, de Extremadura, de Navarra, de los Estados del Papa, de Vizcaya-Navarra, de Bohemia, de Polonia, de Luxemburgo, de Córcega, de Holanda, de Austria, de Chequia, de Menorca, de Sajonia, de Bruselas, de las Canarias, de Lorena, de Viena, de Suecia, de Baviera, de Trento, de Viella, de Logroño, de Cerdeña, de Andorra... Este listado se hizo en el Hospital de la Santa Creu, donde registraban a los heridos, y gracias a eso podemos saber muchas cosas de los defensores de Barcelona. Era un ejército catalán, muy barcelonés, con aportaciones de toda Europa. El grito que animaba a los soldados era «*Lliures o morts! Viurem lliures o morirem!*» —«¡Libres o muertos! ¡Viviremos libres o moriremos!»—, grito que compartían todos los que luchaban, más allá de su nacionalidad. Aunque al principio todos defendían a Carlos como legítimo rey, lo que en realidad se jugaban tenía muy poco que ver con la lucha dinástica. Hacía muchos años que la guerra había dejado de combatirse —si alguna vez se había hecho— para establecer qué familia de sangre azul se quedaba con el poder de la Monarquía Hispánica. Ahora se había transformado en una batalla por la supervivencia de un estilo de vida, en especial en Cataluña y los demás territorios de la Corona de Aragón, pero también en otros lugares, sin olvidar a Castilla. Por ese motivo, el asedio, que despertó la admiración del mundo y lo entristeció, duró tanto. Porque la resistencia de todo el pueblo de Barcelona y de los forasteros fue hasta el final una resistencia como pocas.

Quizá los barceloneses fueron unos héroes, pero fueron unos héroes muy especiales, ya que desde el primer día hasta el último del asedio intentaron mantener al máximo la apariencia de cotidianidad. Hubo matrimonios, bautizos, ventas de casas, denuncias por asuntos domésticos, contratos de compraventa de cualquier tipo de producto, quejas por entregas aplazadas de mercancías. Existe constancia de todo ello durante los 222 días del asedio. Las bombas caían sobre Barcelona, los hombres debían luchar a muerte durante unas horas o unos días en la muralla mientras las mujeres ayudaban llevando municiones o fabricándolas. Qué más daba, los barceloneses seguían llamando al notario para pedir un aval, devolver un préstamo o hacer un inventario post mórtem. Como si vivir bajo el peligro constante de morir reventado por una explosión, tiroteado por un mosquete o aplastado por una casa que se derrumbaba fuera la cosa más natural del mundo. Algunos ejemplos nos ayudarán a comprender esta manera tan peculiar de enfrentarse el peligro que tuvieron los barceloneses.

En agosto de 1713, los *botiflers* habían huido de la ciudad. Sus casas estaban vacías y se decidió hacer un inventario y decomisar sus bienes para financiar la guerra. Así se hizo. Se proveyó una legión de notarios que entraron en las casas abandonadas y detallaron todo lo que encontraron. Gracias a esos inventarios sabemos qué había en aquellas casas, quiénes fueron los partidarios de los Borbones y qué se hizo de sus bienes. En el caso de los metales preciosos, sabemos que se fundieron, con gran dolor de los notarios, que acusaron inmediatamente a los gobernantes de hacer disminuir el valor de las piezas. El 5 de octubre, dos negociantes de la ciudad, el cirujano Mateu Hereu i Vilalta y el candelero Antoni Mallachs, llegaron a un acuerdo ante el notario Francesc Ferran de la calle Cotoners para asociarse con el marinero Miquel Fuster, patrón del laúd Nostra Senyora de la Pietat, para armarlo en corso contra los barcos españoles y franceses. Hacer de corsario era muy arriesgado, porque un laúd no era enemigo de los barcos de guerra de las Dos Coronas, pero al mismo tiempo podía ser un gran

negocio. De hecho, Hereu y Mallachs repitieron la jugada con otro falucho cuyo nombre era interminable: «Santíssima Trinitat Beata Maria del Rosari i Sant Antoni de Pàdua». No sabemos qué consiguieron con su carrera de corsarios, pero seguramente aquellos dos comerciantes aprovecharon el asedio como una gran oportunidad de negocio. El 4 de noviembre de 1713, el colegio de drogueros y confiteros —hay que recordar que en las droguerías también se vendían dulces— se reunió en la capilla del Perdó del convento de Sant Francesc. Se trataron diversas cuestiones, pero hubo una que destacar. Resulta que los agremiados, como pasaba con el resto de los gremios, tenían que prestar servicio en las murallas de la ciudad en un momento u otro, es decir, hacer guardia. Pues bien, el gremio de drogueros, con sus fondos, había instalado una tienda de acampar para que sus agremiados de guardia pudieran cobijarse y dormir. La queja consistía en que «encontrándose los colegiados haciendo guardia bajo la tienda, experimentan que el frío de la tierra y la humedad les molesta, lo que podría ocasionarles muchas enfermedades, y que para alivio de todos sería de conveniencia hacerse las esteras necesarias que ocupasen todo el distrito y terreno que ocupa dicha tienda». Era una petición tan sensata que el gremio, prácticamente sin deliberación, decidió que se comprasen las esteras.

A veces se producían episodios de mala suerte. En octubre de 1713, la ciudad de Palma, que no estaba ocupada por los borbónicos, envió como representante al caballero Nicolau Cotoner con el encargo de facilitar toda la ayuda que fuera posible. Lógicamente, los barceloneses lo recibieron con los brazos abiertos y todas las familias ricas lo invitaban a que los visitara y a tomar chocolate. El 16 de noviembre visitó la casa de Jaume Circuns, un hombre adinerado. La mansión estaba en la calle de n'Oliver, esquina con Escudellers, y tenía tres portales y un balcón. Cotoner y Circuns salieron al balcón no se sabe por qué razón y, de repente, este se hundió. Cotoner murió en el acto y Circuns, al cabo de cinco días. Mala suerte.

Pero la vida seguía. El gremio de drogueros y algodoneros no detuvo su actividad rutinaria. Los gremios, entre otras cosas, se encargaban de examinar a quienes querían formar parte de ellos. El 22 de noviembre se reunieron en casa del cónsul jefe Jaume Lleopart, en la calle de Flassaders, para examinar a Salvador Miró i Angli, yerno de un colegiado que había muerto. Se le hicieron varias preguntas para ver si dominaba las especias, las drogas y los azúcares y sus justas combinaciones. Tras deliberar, el tribunal afirmó que Miró era «hábil, idóneo y suficiente» y se le colegió. Según la *Gaseta de Barcelona*, aquel día hubo un intercambio de cañonazos entre asaltados y asaltantes. Es decir, que durante el examen debían de llover bombas sobre algunos lugares de la ciudad.

En aquel mes de noviembre de 1713, el hambre comenzó a pesar en la ciudad. Por suerte, no faltaba nieve ni hielo, pero no en las calles, sino dentro de los pozos de hielo. Los barceloneses se relamían tomando la bebida fría y eso hacía que tener un pozo donde se guardara hielo traído del Montseny, o incluso de más lejos, fuera un buen negocio. Dentro del mercado del Born se puede ver uno que poseía el cónsul de Holanda en la ciudad.

La bebida fría gustaba mucho, y la bebida por excelencia no era el agua, sino el vino. A principios de noviembre, los frailes de las congregaciones ya no disponían de vino y eso era una desgracia que les entristecía más que no tener nada que comer. El fraile Manuel Soler apuntó en su dietario que para beber solo tenían agua y para comer

> una pitanza de bacalao y otra de buey salado, con cuyo caldo se hace la *escudella*, que siempre es arroz y, para cenar, bacalao, el pan bueno y en abundancia; la lechuga que comemos por la noche no vale ni para los gatos, de tan mala que es.

Josep Camañes, un soldado valenciano de Morella, llevaba un dietario donde explicaba cómo vivió aquellos meses de asedio. Camañes y sus amigos pasaron hambre, mucha hambre, mucha más que los frailes. Por ejemplo, la noche de Navidad anotó:

> Diciembre para cenar, día de Navidad de 1713, una cortadita de abadejo y un poquito de ensalada, sin más. Segunda fiesta, un poquito de abadejo y medio platico de *fideus*, y a la cena una sardina y ensalada. Tercera fiesta, a la una y cuarto, estando ayuno, me llamaron para comer y comí una sardina y un poquito de *fideus*. Fuerte miseria, y lo sufría, que era para enfermar del poco alimento.

A finales de febrero de 1714, la situación había empeorado. La guerra en el interior del territorio se limitaba prácticamente a las guerrillas, cosa que la mantenía viva, pero no facilitaba una victoria a corto plazo sobre el enemigo. Además, los embajadores catalanes que intentaban que los aliados volvieran a la guerra no conseguían avanzar en sus propósitos. Fue entonces cuando Villarroel concibió una salida por sorpresa de mil hombres que, aprovechando el desconcierto del enemigo, debían atacar algunos campamentos —o el francés o el español— y dar un fuerte golpe a los asaltantes. Villarroel, que se había formado en Castilla, todavía no entendía cómo funcionaban los mecanismos barceloneses. El *conseller en cap* Rafael Casanova pidió a los gremios que escogieran a los hombres que formarían parte de la expedición. Los gremios entraron en un largo proceso de discusión. Primero para saber si estaban de acuerdo, después para discutir sobre cómo había que hacerlo y, finalmente, para determinar cuántos y qué colegiados participarían en la expedición en representación del gremio. Al final, se hizo el 22 de abril, ocho semanas después de haber tomado la decisión. Tardaron tanto que dio tiempo de informar al rey Carlos III y de que este contestara desde Viena que más valía reservar fuerzas que enviar a una parte de los defensores de Barcelona a la muerte. La expedición de los mil quedó indefinidamente suspendida.

En marzo de 1714, Austria y Francia firmaron un nuevo tratado de paz, el de Rastatt. Este tratado, que era una ampliación del de Utrecht, permitió liberar a miles de soldados y trenes de artillería franceses, que ya no debían temer una reacción de los antiguos enemigos en el centro de Europa. Entonces, Luis XIV envió a su nieto un nuevo contingente de fuerzas para acabar con los

barceloneses. Las tropas fueron conspicuas, pero el hecho capital fue, sin duda, que el duque de Berwick volvió a la península. Berwick era un militar excelente, no era ni un angelito ni un asesino sanguinario, simplemente hacía su trabajo y, como ya se sabe, el trabajo de los militares es de naturaleza violenta. Su nombre era James Fritz-James Stuart y era el hijo bastardo del rey inglés derrocado Jaime II y de la aristócrata Arabella Churchill. Sus descendientes llegarían muy lejos, como Winston Churchill o los duques de Alba. En todo caso, de joven, el exilio lo llevó a ponerse al servicio del rey de Francia, donde llegó a ser uno de los hombres más importantes del reino y, sin duda, su mejor general. El hecho de que fuera designado para poner fin al sitio de Barcelona es indicativo de lo que había sucedido hasta entonces. El duque de Pópoli había seguido la estrategia del terror con resultados ínfimos. Su ejército, básicamente español, estaba cada vez más desmoralizado. No había manera de entrar en aquella maldita ciudad defendida por cuatro civiles mal armados. Además, las tropas regulares sufrían constantemente pequeños ataques de los *miquelets* —migueletes— y de los somatenes, que circulaban libres por el territorio. Los españoles, por su parte, aplicaban el terror y la represalia allí donde podían. Uno de los militares catalanes que les había causado más daños, Bac de Roda, había sido delatado por un amigo y ahorcado en Vic el verano anterior. Al pie de la horca proclamó su amor por la patria, y las palabras que dijo, convenientemente versificadas y mitificadas, pasaron a formar parte del cancionero popular:

> *No em maten per ser traïdor,*
> *ni tampoc per ser cap lladre,*
> *sinó perquè he volgut dir*
> *que visqués tota ma patria.*[2]

Contra este tipo de sentimientos, poco habituales en el panorama europeo de aquel momento, la estrategia del terror y de la fuerza bruta de Pópoli solo servía para nutrir la resistencia de los catalanes.

Berwick, en cambio, tenía un planteamiento diferente. No descartaba la represión ni el terror, pero no lo obsesionaban. Su intención era acabar de una vez por todas con aquel asedio que los estaba convirtiendo en la burla de Europa. La burla y el horror. Al igual que ahora nos impactan y emocionan las noticias acerca del sufrimiento de la población en los países en guerra, en aquella época Europa sintió eso por los barceloneses y los catalanes. El país que más lo sentía era Gran Bretaña —que había empezado a llamarse así poco antes—, entre otras cosas porque tenía una gran utilidad política en la confrontación entre *whigs* y *tories*, entre liberales y conservadores. En 1714 se publicaron dos panfletos que tuvieron gran eco: *The Deplorable History of the Catalans —La deplorable historia de los catalanes—* y *The Case of the Catalans Considered —Consideraciones sobre el caso de los catalanes—*. En ambos, se reprochaba y acusaba a la monarquía británica de haber usado a los catalanes, animándolos para que se levantaran contra Felipe V, y de haberlos abandonado después a traición. El segundo panfleto decía, por ejemplo:

> Es ridículo pensar que nuestros ministros sean unos guardianes tan ineptos del honor de nuestra nación; tuvimos en nuestras manos el poder de imponer cualquier condición que deseáramos. ¿Abandonaremos a un pueblo fiel, cuyo único crimen es haberse unido a nosotros? ¿No sería su sangre un monumento eterno a nuestra crueldad? Todo esto toca el corazón de cualquier ciudadano británico generoso cuando considera el caso de los catalanes. No se aplicarán a los británicos, con total justicia, las palabras del dramaturgo William Congreve: «Consigue tu objetivo y, a ellos, mándalos al diablo cuando no los necesites».

En el país donde la opinión pública tenía más peso en el mundo, Gran Bretaña, estos panfletos causaron una gran impresión. Era evidente que solo era cuestión de tiempo que el Reino Unido cambiara de política y decidiera intervenir, por lo menos, en Barcelona. Esta era la gran esperanza de los barceloneses sitiados. Si continuaban infligiendo tantas pérdidas en el enemigo como hasta ahora y los británicos intervenían, el gran ejército francoespañol

debería salir derrotado, con el rabo entre las piernas. Todo sería, por tanto, posible a partir de aquel momento. No era una ilusión, un espejismo, era una posibilidad real, pero debía pasar en las próximas semanas, porque los barceloneses ya estaban al límite de sus fuerzas.

Así pues, la designación de Berwick, el mejor jefe militar del bloque francoespañol, para terminar con la resistencia de los barceloneses tenía mucho sentido, porque corría prisa, mucha prisa. Además, Luis XIV hacía tiempo que tenía serias dudas sobre la estabilidad mental de su nieto y le daba miedo que su crueldad y su obsesión permanente por los catalanes —Felipe no cesaba de enviarle cartas a su abuelo hablándole de todo lo que les haría a los barceloneses cuando los tuviera bajo su poder— provocaran una reacción de los antiguos aliados capaz de hundir a Francia. El mismo Villarroel lo vio claro: con Pópoli, que era una mala bestia, había esperanza; con Berwick, la esperanza se desvanecía. Cuando Pópoli supo que estaba a punto de ser destituido, incrementó los bombardeos sin buscar otro objetivo que provocar la destrucción y la matanza entre la población civil. Los barceloneses tuvieron que abandonar los barrios situados al este de la Rambla, y quinientas personas murieron a causa de aquel bombardeo criminal.

El 7 de julio, cuando llegó, Berwick reordenó el asedio y detuvo los bombardeos indiscriminados. En primer lugar, hizo que el bloqueo naval fuera efectivo: dejaron de llegar los barcos mallorquines y catalanes que conseguían introducir víveres y armas en la ciudad por vía marítima. Esto suponía un duro golpe para la resistencia, porque era prácticamente la única vía de abastecimiento de la ciudad. El hambre se disparó en Barcelona, pero la gente, quizá resignada, no dejó de cumplir con sus rutinas y con sus obligaciones. Los notarios trabajaban, las imprentas funcionaban, los artesanos construían y reparaban, y todos, de vez en cuando, iban a las murallas a luchar o a ayudar a los que luchaban poniendo en peligro sus vidas.

Berwick empezó a aplicar un método, digamos científico, para tomar una ciudad. Francia contaba con los mejores ingenieros militares del momento. Durante todo el siglo anterior, un genio militar, Sébastien Le Preste de Vauban, había construido y diseñado numerosas fortificaciones que habían cambiado la manera de entender la guerra. Además, también había estudiado cómo acabar con sus propias fortificaciones y lo había dejado por escrito y enseñado a diversas generaciones de ingenieros militares franceses. Berwick no era ingeniero, pero respetaba mucho a Vauban y a sus discípulos, y por eso siguió sus métodos.

Para doblegar una ciudad, debían provocarse las circunstancias para que esta se diera cuenta de que no tenía más remedio que rendirse. Por lo tanto, las defensas debían hacerse añicos de tal manera que los defensores no pudieran impedir el paso de los enemigos dentro de la fortaleza. Para hacerlo, considerando la potencia de los cañones del momento, no tenía sentido disparar contra las murallas desde lejos, porque los daños que provocaban eran mínimos. Era necesario acercar los cañones para acertar en lugares precisos y con la potencia deseada. Pópoli también había disparado contra las murallas, pero desde muy lejos, desde donde la artillería catalana —dirigida por los mallorquines— no alcanzaba. Berwick era más práctico y sabía por experiencia que una ciudad llena de casas destruidas no era fácil de conquistar, porque los escombros servían de protección a los defensores cuando entraban los asaltantes. La solución era acercar los cañones a las murallas, pero hacerlo de tal manera que los defensores no pudieran disparar contra ellos. Esto se conseguía haciendo una suerte de trincheras casi paralelas a la muralla. Una vez se había terminado la primera avanzada hacia la muralla, se cavaba otra. Cuando ya se había superado esta segunda, se hacía otra nueva, hasta que se llegaba a la posición protegida que permitía disparar desde muy cerca y lanzar al ataque a las tropas de infantería sin que tuvieran que hacer un largo recorrido a la merced de los cañones y de los fusiles de los defensores.

Este es el sistema que Berwick comenzó a utilizar en Barcelona, y lo hizo por el norte de la ciudad. Aquella zona estaba defendida básicamente por tres baluartes: el de Sant Pere, más cercano al mar, el del Portal Nou y, separado por un largo tramo de muralla, el de Santa Clara, que era, sin duda, la estructura defensiva más importante de la muralla. Junto con el baluarte de Llevant, ya casi en la costa, era el punto donde se había reforzado más la defensa. Desde la guerra dels Segadors, ya se tenía claro que si llegaba un ataque sería por ese lugar, una zona crítica en la defensa de Barcelona a causa de la configuración del terreno, de la posibilidad de un bombardeo por mar y del acceso directo que se tenía desde allí al corazón de la ciudad.

Fue en este baluarte de Santa Clara donde el general francés dio orden de que se empezaran a construir las trincheras paralelas, y donde concentró el fuego artillero contra las murallas. En pocas semanas, estas medidas abrieron ocho brechas, seis grandes y dos menores, entre el Portal Nou y el baluarte de Llevant. Berwick estaba contento. Ahora ya lo tenía todo listo. Las trincheras paralelas le permitían concentrar tropas cerca de las murallas; los cañones estaban mejor situados y podían ayudar en el ataque; y la población, sin duda, debía de estar desmoralizada ante el giro que había tomado la situación militar. En las dos primeras cuestiones tenía toda la razón. Sin embargo, en la tercera, estaba totalmente equivocado. Probablemente, en ningún otro asedio a Barcelona hubo más determinación de resistir que justo antes del asalto del 12 de agosto que, en principio, debía ser el definitivo. Los barceloneses llevaban resistiendo el asedio desde hacía un año largo, muchos habían muerto, pero también habían visto fracasar los poderosos ataques del ejército que los rodeaba. Los cadáveres de los soldados franceses y españoles se apilaban delante de las murallas y, aunque parezca sorprendente, no cesaban de entrar a la ciudad desertores del otro bando, aunque también había deserciones en el bando catalán.

Los defensores de Barcelona empezaron a hacer salidas para desbaratar las obras, matar a los zapadores y meter el miedo en el cuerpo a los hombres que tarde o temprano tendrían que lanzarse al asalto. Eran unas expediciones audaces, y aunque normalmente tenían un balance positivo, lo cierto es que cuando perdían a un hombre no lo podían sustituir por otro, cosa que hacía que en el fondo estas pequeñas victorias no lo fueran tanto. Muchas de estas salidas partían del baluarte de Santa Clara, que debía su nombre al convento de monjas clarisas que tenía justo detrás. El convento, es fácil de imaginar, recibió el impacto de decenas y decenas de proyectiles durante el sitio que acabó destruyéndolo. El 23 de julio, el notario Francesc Bonaventura Torres, que vivía en la calle Montcada, fue llamado al convento por las seis monjas que vivían en él. Las mujeres y dos criadas que las atendían estaban a punto de tomar una decisión terrible. La abadesa, la priora y muchas monjas ya se habían llevado del monasterio todo lo que allí había de valor. Todo, salvo el cuerpo de las dos santas que allí reposaban: santa Inés y santa Clara, dos mujeres de Asís que habían llegado a Barcelona en barco en 1233 y habían fundado el convento. Las monjas extrajeron los cuerpos de los sarcófagos y los depositaron en unas cajas de madera ante testigos. En procesión y rodeadas por gente que había salido a la calle, las monjas llevaron las cajas hasta la iglesia de Santa Clara, donde la superiora las escondió.

La situación era desesperada. Las pérdidas de unos y otros se multiplicaban, y aunque Berwick no era Pópoli, su política respecto a la población y a los soldados catalanes seguía siendo extremadamente dura. No disparaba contra las casas tanto como Pópoli porque su objetivo era romper la resistencia, y ya se había demostrado que matar civiles no hacía más que animar a los supervivientes. Los catalanes sabían que el asalto estaba al caer. Como las defensas de las murallas estaban tan dañadas, se optó por una medida extrema. Se construyó un soportal, un parapeto tras la muralla donde los defensores que quedaran desbordados podrían retirarse y continuar resistiendo, aunque de manera mucho más

precaria. Para construir el parapeto tenían que derribarse algunos edificios, y como todos los hombres estaban involucrados de alguna manera en las acciones de guerra, las mujeres, los niños y los que ya no eran aptos para el servicio se encargaron de la demolición. El asedio estaba haciendo que la gente del pueblo tomara iniciativas. Muchos militares profesionales habían muerto o estaban malheridos. Las levas dentro de la ciudad ya solo se podían hacer entre la gente que no tenía experiencia en combate, que iban llenando la Coronela, la milicia de los gremios. Sobre esta gente, formada a base de la terrible experiencia que estaban viviendo, recaía ahora el peso de la defensa. Y sería así hasta el final.

Era lógico pensar que el asalto principal se produciría por la gran brecha que se había abierto en la muralla entre el baluarte del Portal Nou y el de Santa Clara. Por eso los defensores habían dispuesto allí unas defensas letales. Además del parapeto, el derrumbamiento de las casas había abierto un gran espacio que podía ser utilizado por los defensores de la muralla para abatir a los asaltantes mientras pasaban. Es decir, si las tropas francoespañolas entraban por la gran brecha, se encontrarían con tiros desde tres ángulos diferentes. Berwick sabía que la moral de su ejército no era muy alta y temía que una prueba de fuego así terminara en desastre. Por eso ideó un plan de ataque diferente. Comenzaría con un doble asalto a los baluartes del Portal Nou y de Santa Clara y, si era necesario o posible, después llevaría a cabo otro asalto por la gran brecha de la muralla.

La noche del 11 de agosto, los defensores del baluarte de Santa Clara percibieron señales claras de que aquel sería el punto donde se produciría el asalto que Berwick pretendía que fuera definitivo. Miles de hombres se acercaban a escondidas por las trincheras, y el tintinear de los metales de fusiles y espadas no se podía disimular. También se oían los golpes de los martillos preparando las gradas de asalto, unas piezas de madera que facilitarían la subida por los restos de la muralla destruida. Hacía un calor terrible y los defensores estaban desnutridos por la falta de alimento. No parecía

que fuese posible resistir lo que estaba por llegar. El baluarte estaba en muy malas condiciones. Quedaba de pie, aunque dañada, la torre de Sant Joan, que había servido para colocar artillería, si bien en esos momentos, tras recibir tal cantidad de impactos, los cañones ya se habían retirado. Como los atacantes sabían que era imposible disimular del todo los preparativos, durante toda la noche estuvieron dando falsas señales de que el ataque sería inminente para mantener nerviosos y agotados a los defensores.

Con la primera luz del alba del 12 de agosto, el asaltó empezó. Se sabe que se habían preparado unos dieciséis mil hombres, más de la tercera parte del ejército que asediaba Barcelona. Delante había, como mucho, mil doscientos defensores en muy malas condiciones. Por cada defensor había más de trece atacantes. Berwick y sus comandantes no tenían ninguna duda sobre el resultado del ataque.

En el Portal Nou, quince compañías de granaderos, los soldados más imponentes y fuertes del ejército, empezaron a subir por las ruinas. El baluarte estaba defendido por el gremio de los sastres y el de los alfareros, que recibieron a los granaderos con una lluvia de disparos y granadas de mano. Villarroel había ordenado que los únicos cuatro cañones de que disponían se cargaran de metralla y se dispararan uno tras otro —no al mismo tiempo— para mantener constantemente bajo fuego a los primeros soldados enemigos. Además, desde un baluarte más lejano, el de Sant Pere, se disparaba contra los soldados que escalaban por las murallas derrumbadas. El resultado final fue una carnicería. Los cadáveres de los granaderos imposibilitaban el paso de sus compañeros, que debían detenerse justo en el punto donde los disparos llegaban de todos lados. Cuando la situación de los granaderos fue desesperada, Villarroel en persona ordenó la salida a la bayoneta de un par de centenares de soldados catalanes, dirigidos entre otros por el coronel Paisà y el capitán Ninot, de la Coronela. Los uniformes azules con vueltas rojas de los barceloneses contrastaban con los uniformes blancos de los granaderos franceses —ya es casualidad

que el equipo del F. C. Barcelona vista de rojo y azul mientras que el Real Madrid lo hace de blanco—. La salida en tromba fue devastadora, y aunque algunos granaderos intentaron resistir —de hecho, allí mismo murieron Paisà i Ninot—, la mayoría fueron exterminados o huyeron.

En el baluarte de Santa Clara se produjo al mismo tiempo el asalto principal. Así como en el Portal Nou la mayoría de los soldados atacantes eran franceses, aquí las primeras oleadas eran españolas. La primera embestida fue rechazada, pero la segunda, que se lanzó inmediatamente después, consiguió entrar en el baluarte. Los asaltantes consolidaron su primera posición en toda la parte frontal de la fortificación, en un lugar, por si fuera poco, donde los catalanes casi no les podían disparar. Era un lugar magnífico desde donde hacer un nuevo asalto y romper las defensas de la ciudad. La mortalidad entre los soldados catalanes había sido muy alta, y los defensores del baluarte habían resultado muy malparados. Entre ellos, había muerto el teniente coronel Jordi de la Bastida, comandante del baluarte. Se trajeron refuerzos, pero la situación era muy precaria. Además, los españoles ya habían empezado a enviar refuerzos a los hombres que habían entrado en el baluarte. Si no hacían algo, Barcelona estaba perdida.

Entonces, de repente, como en una aparición, llegaron unos jovencísimos miembros del regimiento de estudiantes de Derecho que habían visto como su superior, el catedrático Marià Bassons, acababa de morir en la defensa del baluarte. Todos aquellos estudiantes, miembros muchos de ellos de las familias más acomodadas de Cataluña, cogieron los fusiles e hicieron una carga suicida contra el enemigo. Se toparon con un regimiento suizo y con los franceses del regimiento de la Reina, probablemente los soldados más experimentados y victoriosos de todos los que luchaban en aquella batalla. El combate fue feroz y provocó muchos muertos en el bando catalán, pero lo más increíble de todo es que la fuerza de los estudiantes catalanes terminó prácticamente con los dos regimientos enemigos. Al ver la acción de los estudiantes, los

soldados catalanes que todavía estaban en el baluarte saltaron de las trincheras provocando la huida del resto de los enemigos, aterrorizados por lo que acababan de presenciar. Los catalanes perdieron en aquellos ataques a setenta y ocho soldados, y ciento dieciocho resultaron heridos. Los borbónicos sufrieron más de novecientas bajas.

El ataque había fracasado definitivamente. Berwick estaba desolado. No podía entender cómo la Coronela de Barcelona —a la que él despectivamente llamaba «canalla»— había derrotado al mejor ejército del mundo. Doce compañías de granaderos, la élite, habían quedado del todo desbaratadas y ya no eran útiles para el combate. Los oficiales estaban especialmente afectados, habían muerto treinta y seis oficiales borbónicos, una cifra insólita. Pero Berwick sabía que los defensores habían sufrido mucho y que él tenía un ejército suficientemente numeroso para asumir aquella derrota. En pocas horas repetiría el asalto. Villarroel se lo esperaba, porque él hubiese hecho lo mismo y, a pesar del agotamiento de los hombres, reforzó las defensas. Las mujeres y los niños volvieron a tener un papel fundamental. Esta vez el general francés se quería concentrar en Santa Clara, donde el ataque había estado más cercano al triunfo. Las defensas del baluarte eran ínfimas: una pequeña porción restante del regimiento de la Diputació —soldados profesionales— y dos compañías de la Coronela, la de Fusters y la de Escudellers. En total, no más de ciento setenta hombres, la mayoría de formación civil.

El primer ataque empezó a las diez de la noche del día 13 de agosto. En esta ocasión no lo encabezaban los granaderos, sino piqueros con el pecho protegido contra los disparos por una armadura. Con las picas, atacarían a los defensores parapetados. Pero, tal y como había sucedido el día anterior, el primer ataque fue neutralizado por el fuego catalán. Los granaderos que venían justo detrás frenaron. Todos los que los seguían, sin poder avanzar, se acumularon al pie de los muros que se habían desprendido. Los catalanes lo aprovechaban para realizar pequeñas salidas y atacar

cuerpo a cuerpo a los asaltantes, en medio de la oscuridad de la noche solo iluminada por las explosiones y los tiros. Los borbónicos volvían a vivir una pesadilla en un escenario oscuro, donde de repente aparecían hombres mal vestidos y con aspecto infernal que los atacaban con bayonetas y desaparecían con presteza. Aun así, una hora y media más tarde, los Carpinteros habían sido exterminados. Su capitán, Masdeu, que en 1713 había votado en contra de la prosecución de la guerra, luchó durante todo el asedio con un valor y un coraje impresionantes. Murió en aquel ataque, arrinconado junto a otros carpinteros más.

Los borbónicos lanzaron otros tres ataques, pero a medianoche solo habían conseguido ocupar una de las barricadas, y a un coste demasiado alto. Los catalanes enviaron refuerzos —solo ciento cincuenta hombres— y se lanzaron al asalto. Es decir, ¡los defensores, cuatro gatos al fin y al cabo, lanzaron un asalto contra los mismos asaltantes, miles de soldados profesionales! Una vez más, el arrebato de los catalanes conseguía alejar a los borbónicos, aunque a un coste elevado. Hasta las cuatro de la madrugada se reprodujeron los ataques descabellados de los catalanes, normalmente con resultados desastrosos para ambos bandos. Fue entonces cuando, accidentalmente, parte de las reservas de munición catalanas explotaron provocando la muerte de setenta defensores. A pesar del desastre, se aguantó toda la noche.

Villarroel, Casanova y el general Bellver fueron a jugárselo todo. Era evidente que en los ataques frontales se perdían muchas vidas y normalmente eran poco efectivos. Por eso, las pocas tropas catalanas que quedaban salieron en silencio de las murallas y se colocaron en lugares poco visibles, prácticamente en medio de las tropas borbónicas. En un momento dado, los defensores atacaron, y cuando menos se lo esperaban, también salieron los emboscados, especialmente un grupo de valencianos. Los borbónicos, que habían traído ocho mil hombres de refresco, se encontraron en una terrible encerrona. Los atacaban por todos los lados, los enemigos aparecían de los lugares más impensables y solo oían gritar a los compañeros

situados detrás mientras ellos se defendían como podían y recibían a diestro y siniestro. Fue un desastre para los borbónicos, que, si podían, huían a pesar de que muchos, centenares, murieron en ese ataque.

La victoria del baluarte de Santa Clara fue impresionante, pero dejó muy dañadas a las fuerzas catalanas. Habían muerto ochocientos soldados y novecientos resultaron heridos. Los borbónicos habían perdido más de mil seiscientos hombres, pero ellos podían reponer las pérdidas; los catalanes, no. Ante esto, Villarroel se planteó qué posibilidades reales tenían de sobrevivir a los próximos ataques, y se percató de que con la victoria de Santa Clara, que había sido casi milagrosa, el ejército catalán había agotado sus fuerzas. El siguiente asalto sería, sin duda, el definitivo. Ya no quedaban hombres, todos, desde los que tenían catorce años hasta los ancianos que ya no podían ni con su alma, estaban de servicio en las murallas. Un tercio de la ciudad estaba destruido; otro tercio, dañado, y el tercio restante no podía acoger ni a los habitantes ni los servicios necesarios para los barceloneses. Los muertos por falta de alimento, por falta de higiene, por miseria, se multiplicaron. Las autoridades barcelonesas permitieron que los que no eran útiles para la lucha abandonaran la ciudad, pero Berwick amenazó que, si salían, los recibirían a cañonazos. Aun así, algunos de los soldados españoles y franceses, conmovidos, dieron parte de sus alimentos a aquellos niños y a aquellos viejos que intentaban traspasar las líneas.

El día 3 de septiembre, Berwick hizo llegar a los sitiados un escrito en el que se los conminaba a rendirse para evitar la matanza que se produciría en el siguiente asalto. La Junta de Guerra, presidida por Casanova, decidió dar largas para ganar tiempo, pero estaba determinada a no rendirse. Se pretendía que un convoy de alimentos y municiones que había salido de Mallorca consiguiera burlar el bloqueo y suministrara víveres a la ciudad para mantener más tiempo la defensa.

El día 5 de septiembre le fue comunicada a Villaroel la decisión de la Junta: no habría rendición. Villarroel estaba desolado. Él, como militar, no veía ninguna posibilidad de continuar manteniendo la defensa y, por lo tanto, era partidario de rendirse. Opinaba que el valor demostrado podía servir para llegar a algún tipo de acuerdo con Berwick y evitar que Barcelona fuera saqueada y destruida por los enemigos. Así que Villarroel presentó su dimisión. No quería ser cómplice de lo que él consideraba un suicidio inútil. De todas formas, mantendría el mando hasta que llegaran las fragatas de Mallorca que debían conducirlo a un lugar seguro.

Todo estaba a punto para el asalto final, pero el tiempo lluvioso hizo que Berwick decidiera esperar. Además, habían llegado refuerzos y ahora ya contaba con unos cuarenta y dos mil hombres contra los dos mil catalanes que quedaban de pie. Villarroel seguía en Barcelona, aunque los navíos mallorquines ya habían llegado y podía embarcarse y marcharse cuando gustara. Estaba nervioso porque la Junta dels Tres Comuns, el gobierno, había designado para su sustitución a un comandante muy especial que mostraba claramente cuál era el ánimo de los defensores en aquel momento. Su sustituto era la Virgen de la Mercè, patrona de la ciudad. Sin dudar del enorme valor de la Virgen en otros ámbitos, era lógico pensar que Villarroel no viera claro que la Madre de Dios pudiera conducir a los catalanes a una victoria militar.

Poco antes de las cinco de la madrugada del 11 de septiembre, todos los cañones borbónicos empezaron a disparar contra la ciudad. Inmediatamente después, unos diez mil hombres se lanzaron contra todas las brechas abiertas. Ante ellos solo había unos seiscientos defensores agotados, aunque rápidamente se incorporaron todos los efectivos disponibles. En la zona del convento de Santa Clara, que abarcaba el baluarte del mismo nombre, el de Levante y la zona de los molinos de viento cerca de la playa, había unos ochocientos defensores. El ataque cuerpo a cuerpo los derrotó y no sobrevivieron más de trescientos. Los enemigos penetraron en la ciudad, si bien al principio solo fueron capaces de avanzar por el lado de la muralla del

mar. Ocuparon un baluarte interior, el de mediodía, pero allí tuvieron que detenerse a causa de la feroz resistencia de los habitantes de la ciudad, de las mujeres, de los niños, de los viejos, que se habían lanzado unidos al ataque. El flanco central, donde estaba la gran brecha, y el flanco izquierdo también sufrían ataques similares con resultados parecidos: lucha feroz, muchas muertes en los dos bandos, penetración ligera en la ciudad y detención de las fuerzas atacantes ante la resistencia desmedida de los barceloneses. A las siete de la mañana cesaron los combates. Los borbónicos habían sufrido tantas bajas que tuvieron que esperar refuerzos.

Mientras tanto, Villarroel perdió la paciencia, salió de casa y se presentó ante Casanova: quería volver a luchar. Casanova le cedió el mando y reclamó que le trajeran el pendón de Santa Eulàlia. Este pendón es una bandera grande de fondo rojo en el que está representada la imagen de la santa flanqueada por los dos escudos de la ciudad, las cuatro barras y el escudo de Sant Jordi. Sacar el pendón era una medida desesperada, es el gran símbolo que veneran los barceloneses. Villarroel, un escéptico nato, siempre se había considerado lejano a las manifestaciones religiosas, pero en esta ocasión dio su consentimiento. Cualquier cosa que animara a los defensores podía ser útil en aquellos instantes. Casanova cogió la bandera y se fue a la zona del baluarte de las Jonqueres para dirigir un contraataque. En el centro, trescientos hombres que permanecían en el convento de Sant Agustí estaban dispuestos a salir para expulsar a los borbónicos. Y a la derecha, con los restos de la caballería, el mismo Villarroel estaba dispuesto a cargar desde la plaza del Born hasta el Rec Comtal, allí donde empezaban los restos que ahora están cubiertos por el mercado del Born. Todos clamaban «*vèncer o morir*». Sacaron las espadas y se unieron al último ataque. Tanto en la zona de Jonqueres como en el centro, el ataque fue un éxito y provocó grandes destrozos a un enemigo totalmente desconcertado. En el flanco derecho, las cosas no salieron tan bien. La caballería fue recibida con una lluvia de disparos que hirió a Villarroel y a uno de sus principales ayudantes, Martí Zubiria —que,

trescientos años después, sería el protagonista de la novela más conocida sobre estos hechos, *Victus*, de Albert Sánchez Piñol—. Muchos más hombres murieron en la última carga de la caballería catalana.

Casanova, que no era soldado, participó directamente en los combates de Jonqueres. El impulso moral que significaba luchar codo con codo con el *conseller en cap* y el pendón de Santa Eulàlia hizo que la furia de los defensores expulsara a los atacantes. Tanto que llegaron a salir de la muralla. Fuera se encontraron con muchos más borbónicos que venían a ofrecer refuerzos a sus compañeros derrotados. Durante el combate, Casanova resultó herido en una pierna, más o menos en el sitio donde ahora está su monumento, y fue evacuado hacia el Hospital de la Santa Creu. Los dos bandos estaban agotados y entre los soldados de uno y otro bando había, literalmente, montones de cadáveres que dificultaban la batalla. Entre los comandantes catalanes surgieron nuevas voces que sostenían que era un buen momento para llegar a un acuerdo de capitulación, pero no triunfaron. Seguía firme la voluntad de resistir.

De nuevo se produjeron grandes ataques borbónicos. Los catalanes, a causa de su debilidad, se vieron obligados a cambiar de táctica y se retiraron ordenadamente para evitar el cuerpo a cuerpo. Esta retirada permitía disparar constantemente a los borbónicos, que seguían sufriendo numerosas bajas. Incluso hubo momentos en los que, viendo que los felipistas adquieren confianza, los catalanes contraatacan y provocan muchas muertes enemigas. En el flanco izquierdo, entre el baluarte de Jonqueres y el del Portal Nou, catalanes y francoespañoles luchan por la posesión del de Sant Pere, que cambia once veces de manos. Finalmente, los catalanes se quedan con este baluarte y provocan la muerte de gran cantidad de borbónicos.

Diez horas y media después de que comenzara el asalto, los defensores todavía conservan más del noventa por ciento de la ciudad. Los comandantes borbónicos estaban desolados, pues habían perdido un quince por ciento del ejército y dudaban si seguir

o no con la lucha, porque no sabían si a los enemigos, a esos ciudadanos barceloneses tan desmedidos en bravura, les quedaban aún fuerzas para repetir una masacre similar. Pero la situación de los sitiados todavía era peor. La fosa común situada al lado de Santa Maria del Mar, el fosar de les Moreres, rebosaba de cuerpos de los patriotas que habían muerto defendiendo la ciudad. Este fosar llegaría a la categoría de mito, y de hecho ha sido el punto de reunión de los independentistas catalanes más firmes en sus convicciones. La popularidad del sitio se debe a unos versos del escritor decimonónico Serafí Pitarra, que recopiló una historia popular de un viejo y su nieto que en los días del sitio se encargaban de poner los cuerpos de los soldados fallecidos en el fosar. Un día, les llegó un cadáver especial: el hijo del abuelo, el padre del niño. El difunto había traicionado a su pueblo, era un *botifler*, y había muerto ayudando a los borbónicos. El abuelo y el nieto se negaron a enterrarlo en el fosar, al lado de los otros porque:

> *Al fossar de les moreres*
> *no s'hi enterra cap traïdor*;
> *fins perdent nostres banderes*
> *serà l'urna de l'honor*.[3]

El poema se hizo muy popular y, unos años después, se colocó una placa en el fosar para conmemorarlo. La popularidad del poema, especialmente de estos versos, muestra cómo el recuerdo de 1714 ha vagado por Barcelona hasta nuestros días, donde continúa estando presente.

Pero volvamos a la tarde del 11 de septiembre, justo cuando se ha conseguido frenar la embestida de los borbónicos. Los militares y políticos supervivientes se reunieron para decidir qué hacer. Villarroel no estaba presente; yacía en el Hospital de la Santa Creu, pero hizo llegar su opinión a través de un oficial menor. Según el general, había dos alternativas: o se hacía un último esfuerzo y se capturaban los baluartes de Portal Nou y de Llevant, lo que haría ganar unas horas para esperar que algo pasara, o bien se

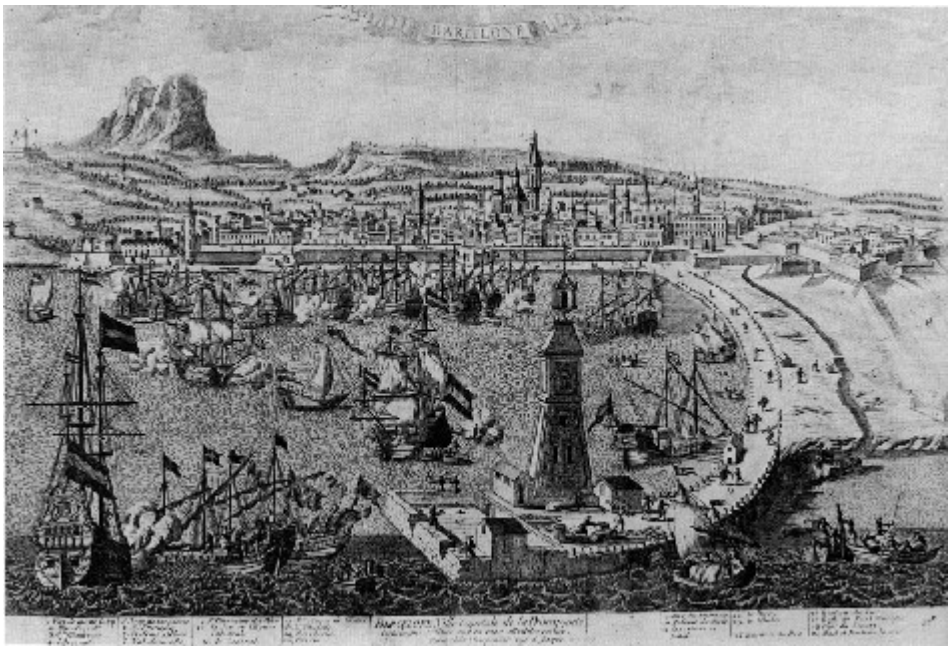
presentaba una propuesta de capitulación en ese mismo instante, justo cuando las fuerzas enemigas eran más débiles, con la esperanza de obtener un buen acuerdo que salvara las vidas y el patrimonio de los barceloneses y de preservar la ciudad de más destrucción. Villarroel también comunicó que él prefería la segunda opción, porque no creía que hubiera posibilidades reales de conseguir la victoria. Tras una larga y complicada deliberación, las autoridades locales se rindieron a la evidencia: había que capitular mientras estuvieran a tiempo.

Aun así, Berwick no quería ceder: o rendición incondicional o seguir con el ataque. Tras largas negociaciones entre el general francés y los emisarios catalanes, se llegó a un acuerdo: se haría un pacto de capitulación que respetara la vida, las propiedades y la ciudad, pero no lo firmaría Berwick, ya que Felipe V lo había prohibido taxativamente. Los catalanes aceptaron, pues consideraron suficiente la palabra del jefe del ejército y, por otro lado, no podían hacer mucho más. Tras esto, la ciudad fue ocupada y los soldados catalanes, desarmados.

El sitio de Barcelona había costado a los catalanes unos siete mil muertos, y más de catorce mil a los borbónicos. Y también causó la pérdida de las libertades, del autogobierno y de las instituciones catalanas. En el año 1905, el historiador Salvador Sanpere i Miquel publicó un libro sobre los acontecimientos de 1714 que tituló *Fin de la nación catalana*. Era un título muy triste, aunque después aclararía: «Lo que murió fue solo un Estado, una organización política, no un pueblo. Un pueblo vive mientras su lengua viva». El Estado catalán, de hecho, murió el 11 de septiembre de 1714, aunque formalmente duraría un poco más. Ni Barcelona ni Cataluña murieron entonces. Pero poco faltó...

CAPÍTULO 10

DE CARA A LOS NEGOCIOS



Grabado del siglo XVIII con panorámica de Barcelona desde el mar, publicado en *Barcelone, Ville capitale de la Principauté* (de) *Catalogne scitucé sur la mer Mediterranée*, París.

La noche del once de septiembre de 1714, Barcelona cayó en un abrumador silencio. Solo una pequeña parte de la ciudad había sido ocupada por los borbónicos, pero daba lo mismo porque los soldados catalanes ya estaban definitivamente derrotados. Muchos cadáveres de unos y otros seguían tirados en medio de las calles llenas de escombros y de fuegos provocados por los incendios que habían causado las bombas. Algunas personas circulaban por lo que quedaba de las calles para ver si encontraban a alguno de sus familiares desaparecidos. Miembros del Consell de la Ciutat o de la Diputació del General transmitían los últimos mensajes: al día siguiente todo el mundo tenía que acudir a sus puestos de trabajo, aunque no estuvieran en pie. Las tiendas, que no tenían nada para vender, también tenían que abrir, porque había que demostrar a los felipistas que Barcelona había sido derrotada, pero no vencida, sobreviviría y volvería a ser la que había sido antes de aquella maldita guerra. Según uno de los principales *botiflers* —epíteto que los catalanes daban a los partidarios de Felipe V—, Antoni d'Alós, que había participado en el sitio de Barcelona, los *consellers*

> dieron orden de que ningún paisano hablase de lo pasado; que los artesanos y las mujeres trabajasen en las puertas de sus casas, como antes de la guerra; y que entregasen todas las armas en las Atarazanas. [...] Cuando los oficiales de campo pasábamos por las calles, admirábamos la frescura con que toda la plebe de ambos sexos trabajaba en las labores de su oficio, como si nunca hubiesen tenido los marciales e intrépidos alientos con que en un año de bloqueo y más de cuarenta de sitio hubieran resistido a dos formidables Ejércitos. [...] Las plazas y calles estaban llenas de ruinas y los parajes, por donde se les atacó, llenos de cadáveres de ambas partes.

La represión: el decreto de Nueva Planta, el catastro, la Ciutadella

Los oficiales borbónicos precedían a cinco importantes *botiflers*, miembros del Consejo de Castilla y de la Cancillería de Valladolid, aristócratas que no solo habían participado en el sitio, sino también, en algunos casos, en la represión brutal de los catalanes austracistas. Estos *botiflers* formaban parte de una nueva Real Junta Superior de Justicia y Gobierno, presidida por un personaje clave, el superintendente José Patiño. Patiño encarnará durante los años siguientes todo el odio de los catalanes al nuevo sistema, inmediatamente después del odio que se siente por Felipe de Borbón. Patiño será uno de los redactores del decreto de Nueva Planta, junto con el *botifler* Francesc Ametller. Durante los primeros días de ocupación no se producen episodios de represión, a excepción de la fundamental: la presencia en todas partes de soldados borbónicos, básicamente franceses, que impiden que nadie se rebele. Pero el día 16, Patiño convoca a los *consellers*, a los diputados y a los jueces catalanes en la Casa de la Ciutat y les ordena que dejen allí mismo todos los símbolos de sus cargos. Una vez lo han hecho, les anuncia que se disuelven todas las instituciones. Manuel Mas, uno de los *consellers* presentes, catedrático de leyes de la Universitat de Barcelona, explicó estos hechos en un dietario, y al acabar la relación añade unas palabras verdaderamente tristes:

> ¡Este es el fin que tuvo el sitio y esta la lamentable tragedia de nuestra amada patria Barcelona, no tanto, aun siendo mucha, por la ruina de sus edificios destruida, como por quedar sin privilegio alguno en su peculiar régimen y gobierno, y de este modo deformada en todo. [...] Pero, si Barcelona era única entre las demás ciudades en la grandeza que le daba su mayor lustre y esplendor, no extrañe que, elevada al súmmum de la altura, insensiblemente declinado hacia el ocaso, acabase desgraciadamente cayendo, sepultando en sus sombras todo aquel antiguo esplendor!

En cualquier caso, la capitulación acordada con Berwick surtía efecto y, tal como se había dicho, se respetaron las vidas, las propiedades —las que estaban dentro de Barcelona; las de fuera de la ciudad fueron confiscadas— y la libre circulación de los

derrotados. Se respetó, sí, hasta que el día 19 de septiembre llegó el sucesor de Berwick, Juan Francisco de Bette, marqués de Lede. Lede había sido nombrado directamente por Felipe V y tenía órdenes del monarca de llevar a cabo una dura represión. Berwick no se oponía, pero quería preservar su reputación y no estaba dispuesto a ordenar él mismo las detenciones.

El 22 de septiembre se elaboró una primera lista de los catalanes que serían hechos prisioneros: todos los jefes militares y algún dirigente político. Los convocaron a todos en la residencia del marqués de Lede bajo el pretexto de que había que solucionar un trámite burocrático relacionado con sus permisos de salida de la ciudad. De los veinticinco que tenían que presentarse solo lo hicieron, o informaron de dónde se encontraban, diecinueve, ya que los otros seis, temiéndose lo peor, se escondieron. Los diecinueve fueron detenidos por la fuerza, incluso los que estaban heridos, como Antoni de Villarroel. Unos días más tarde, los sacaron de la ciudad cargados de cadenas y atados, públicamente y en presencia de una parte de la familia real, que lo celebró, y del resto del pueblo de Barcelona, que, imaginamos, se sintió triste y humillado. Algunos murieron y otros fueron liberados al cabo de muchos años, como en el caso de Villarroel, abandonado a las puertas de la prisión de La Coruña en 1726 para evitar que muriera dentro del recinto. Otros tuvieron un destino aún más cruel, como el general Josep Moragues, al que los borbónicos no le perdonaron que volviese a la lucha tras rendirse en 1713. Fue trasladado a Barcelona, y al intentar huir y no conseguirlo, fue ejecutado a garrote, descalzo y con traje de penitente para más humillación. El cuerpo fue descuartizado y la cabeza se colgó, en una jaula, en el Portal de Mar de Barcelona. Durante años, su viuda suplicó que se retirasen los despojos, pero las autoridades no lo permitieron hasta 1727. En la actualidad, en el lugar donde estuvo su cabeza se encuentra una placa conmemorativa y un gran mástil con la bandera de Cataluña.

El pacto de Berwick no se cumplió en ninguno de sus tres puntos —vida, propiedades y libertad— aunque durante los primeros días de ocupación sirvió para que no se diese el saqueo, la matanza o la violación. Esta fuerte represión inicial, iniciada por orden de Felipe V, no se detendría ya, aunque años después se suavizaría. Cataluña, en general, y la ciudad de Barcelona, en particular, fueron desde entonces mal vistas por el poder, un poder que había huido *manu militari* de la ciudad. Cuando el superintendente José Patiño empezó a pilotar la represión, más que un plan tenía un criterio: debía hacerse todo aquello que pudiese debilitar a los rebeldes catalanes.

Una de las primeras medidas que tomó fue cerrar la Universitat de Barcelona y las otras seis universidades de Cataluña. Al principio se pensó prohibir los estudios universitarios en todo el país, pero se encontró otra solución: se premiaría a una de las ciudades que se había mostrado más partidaria de Felipe V, Cervera, en la Segarra. Bueno, en realidad, recientemente se ha descubierto que Cervera no había sido felipista durante la guerra, sino austracista. No obstante, en 1713, con gran parte de Cataluña ocupada, los cerveranos enviaron dos representantes a la Corte de Madrid con el encargo de proclamar que Cervera desde el primer momento había sido partidaria de Felipe V, algo que era completamente falso. La jugada les salió bien y los borbónicos dejaron tranquila a la ciudad, e incluso se planteó premiarla con los derechos de algún puerto de mar, como el que tenía, por ejemplo, Barcelona respecto a Salou. Así pues, la única Universidad que habría en Cataluña fue a parar a Cervera, por un lado para premiar su supuesta fidelidad y, por otro, porque la localidad estaba lejos de todas partes y así era más fácil controlar a estudiantes y profesores, siempre rebeldes. En cualquier caso, la Universitat de Cervera resultó un desastre. En un primer momento, los catedráticos fueron designados por las nuevas autoridades entre gente fiel a la causa, y resultaron ser, como era de prever, unos ineptos. Los estudiantes odiaban la localidad, porque era muy pequeña y no había en ella nada interesante que hacer, a lo que se

sumaba que se les impusieron unas normas de disciplina muy rígidas. Para colmo de males, y a pesar de que la Universitat de Cervera disponía de los fondos de las siete universidades catalanas clausuradas, no tuvo edificio propio hasta 1740, año en que se pudieron impartir todas las disciplinas que tenía encomendadas. La producción científica de aquella Universidad durante el siglo que existió fue prácticamente nula, aunque, más por casualidad que por otra cosa, algunos científicos ilustres pasaron por ella.

Patiño quería romper la espina dorsal de los catalanes y emprendió la tarea de tres formas muy distintas: a través del decreto de Nueva Planta, de un nuevo impuesto llamado «catastro» y de la construcción de una fortaleza.

El decreto de Nueva Planta, una manera de referirse a una «nueva base» o «nueva estructura», era muy similar a los que se habían promulgado para los reinos de Valencia y de Aragón. Se trataba, en resumen, de abolir todas las instituciones propias y la parte sustancial de las leyes del país para sustituirlas por las instituciones y leyes de Castilla, que pasaban a ser, así, las de todo el Estado y no solo las de aquel reino. Es significativo que, a partir de entonces, se hablará claramente de reino de España y no de Monarquía Hispánica, al no tener ya nada que ver el uno con la otra. La supresión de instituciones y leyes comportaba un deseo de uniformidad en todos los aspectos, pero una uniformidad cómoda para el poder absoluto del rey. La nueva administración ya no es como la que tuvo Castilla con los Austrias: es mucho peor. Todo lo que se movía tenía que ser autorizado, todo debía ser controlado, no existía ningún aspecto de la vida que no mereciese la atención de las autoridades. Sin duda, el absolutismo del siglo XVIII y los Estados totalitarios del siglo XX tenían muchos puntos en común.

Quizá por lo mismo, las autoridades también se obsesionaron con la lengua catalana. En la Nueva Planta, el catalán era desterrado de todos los actos administrativos, si bien inicialmente no se pudo cumplir porque poca gente sabía hablar castellano y menos aún escribirlo. Los nuevos conquistadores querían que la lengua

desapareciese no solo de los actos administrativos, sino también de la vida cotidiana. Es significativa, en ese sentido, la instrucción secreta que el fiscal del Consejo de Castilla envió a los corregidores del Principat el 29 de enero de 1716:

> Pero como a cada nación parece que señaló la naturaleza su idioma particular, tiene en esto mucho que vencer el arte y se necesita de algún tiempo para lograrlo, y más cuando el genio de la Nación como el de los catalanes es tenaz, altivo, y amante de las cosas de su país, y para esto parece conveniente dar sobre esto instrucciones y providencias muy templadas y disimuladas, de manera que se consiga el efecto sin que se note el cuidado.

Esta última frase, brillante según cómo se mire, no siempre supieron aplicarla las nuevas autoridades y a menudo se veían claramente sus intenciones, como en la siguiente prohibición:

> Que en las escuelas no se permitan libros en lengua catalana, escribir ni hablar en ella dentro de las escuelas y que la doctrina cristiana sea y la aprendan en castellano.

Inicialmente, estas disposiciones no se cumplieron por falta de personal preparado. Por ejemplo, el catastro, un brutal instrumento de exacción económica, fue redactado inicialmente en catalán porque no se supo escribir en castellano.

El catastro es un impuesto sobre la propiedad inmobiliaria al que en la actualidad ya estamos acostumbrados. Algunos han querido ver en él una señal de la presunta modernidad que la nueva administración borbónica quería introducir en Cataluña. Pero no fue así, en absoluto, porque el catastro tuvo como consecuencia que los impuestos sobre los catalanes se multiplicaran en poco tiempo por siete, en un momento, además, en que todo el Principat, y especialmente la ciudad de Barcelona, estaba destrozado y sin ninguna posibilidad de recuperarse económicamente a corto plazo. A ello se añade, que no todos pagaban lo mismo, sino que a la hora de la recaudación se tuvo muy en cuenta quién se había mostrado

partidario de Felipe y quién de Carlos. Esto último se aprecia muy claramente en Barcelona, donde cuando se gravan desproporcionadamente las casas de algunas calles, como la de Jonqueres, habitadas sobre todo por viudas de soldados caídos durante el sitio, respecto a las casas de la calle Montcada, las mejores de Barcelona, que habían sido transferidas a los *botiflers* y a los altos funcionarios castellanos que habían llegado a la ciudad para ocupar los cargos importantes de la nueva administración. El catastro fue tan oneroso para la gente que, popularmente, se le llamó «el catástrofe». El castigo económico llegó también por otras vías. Desde el principio, se exigieron «donativos» obligatorios a los gremios y se gravaron las campanas de las iglesias como excusa para vengarse de las instituciones religiosas, que habían apoyado a los barceloneses durante la guerra.

Como consecuencia de todas estas imposiciones, así como por los estragos causados por la guerra, la pobreza se disparó en Barcelona a un nivel nunca visto. La miseria se alargó en el tiempo y provocó que muchos barceloneses abandonasen la ciudad con la esperanza de encontrar fuera de ella medios de subsistencia. Así mismo, y aunque pueda parecer paradójico, muchos jóvenes barceloneses que habían luchado en las filas catalanas se alistaron en el Ejército o en la Armada españoles, un camino muy común para sobrevivir a la miseria hasta bien entrado el siglo XIX. Otra vía para conseguir algo de dinero con que poder pagar el catastro y comer fue participar en las obras que las autoridades borbónicas llevaron a término en Barcelona.

El último elemento que se ideó para doblegar a Barcelona fue el más visible, el que impresionaría más a los visitantes de la ciudad durante las siguientes décadas, porque era un recordatorio imponente y siniestro del poder de los Borbones. El 9 de marzo de 1715, diez meses antes del decreto de Nueva Planta, Felipe emitió una orden real que dictaminaba que se había de construir una fortaleza, una ciudadela —*ciutadella*—, que tenía como fin controlar la ciudad. Habían pasado casi seis meses de la caída de Barcelona,

con la muerte de buena parte de los militares catalanes, el desarme de los barceloneses, la prisión y el exilio de muchos de los dirigentes derrotados. Aun así, los borbónicos continuaban inquietos, temerosos de que la población volviese a sublevarse. Por esa razón, los felipistas construyeron pequeñas fortalezas dentro de la ciudad —en el baluarte de Tallers y en las Drassanes— que llenaron de cañones y soldados. Sin embargo, no les pareció suficiente: querían una fortaleza definitiva. Felipe encargó el diseño de una gran ciudadela al mismo ingeniero que se había ocupado del sitio de Barcelona: el flamenco Joris Prosper van Verboom. Verboom puso manos a la obra y en diez años —un tiempo increíblemente rápido si se tiene en cuenta la envergadura de la construcción— se concluyó. La Ciutadella era un edificio de forma vagamente estrellada que hubiese ocupado, según el primer proyecto, prácticamente un tercio de la ciudad. Aquel proyecto era tan exagerado que, de haberse llevado a término, hubiese resultado inútil, porque Barcelona no habría podido sobrevivir y, por consiguiente, la Ciutadella se habría construido para vigilar la nada. Finalmente, se optó por una variante del primer proyecto, que hacía recular la edificación hacia el exterior de la ciudad, en el lado norte.

Aun así, una quinta parte de la ciudad, la más próspera y poblada, fue demolida. Para hacerse una idea, sería como si ahora se decidiese construir una fortaleza que abarcase desde la plaza Catalunya hasta la Diagonal y que ocupara u obligase a derruir los dos Eixamples. Todo esto es lo que significó aquella horrible fortificación para una ciudad que había sido derrotada y medio destruida por los mismos que habían ideado aquella arma tan poderosa que apuntaba directamente al corazón de la ciudad. Porque esta fue una de las funciones que, desde el primer momento, habría de ejercer la Ciutadella: tenía que erigirse en garantía de que los barceloneses no volverían a sublevarse contra los Borbones. Por esa razón, la mayoría de las defensas de la Ciutadella no apuntaban hacia el exterior, desde donde teóricamente podía darse un ataque, sino en dirección a Barcelona. Entre Montjuïc, al sur, y la Ciutadella,

que ocupaba el norte, Barcelona estaba encajonada entre dos grandes baterías de cañones, que la apuntaban, y de miles de soldados dispuestos a salir de sus fortalezas para intervenir en las calles.

La construcción de la Ciutadella supuso un hecho brutal, no solo porque el edificio pisoteaba y taponaba la ciudad en su zona más próspera y hacia la que tendía la futura expansión de su trazado urbano, sino también porque para levantarlo hubo que derribar ochocientas casas, todas las que había hasta la plaza del Born, que, de pronto, se convirtió en un paseo. Tal destrucción permitió que la construcción militar dispusiese de una gran explanada vacía de edificios que permitía disparar a los posibles atacantes, o sea, a los barceloneses. De hecho, en toda su historia, la Ciutadella solo fue útil como instrumento represivo de la población. A principios del siglo XIX, en la guerra de la Independencia, cayó ante los franceses sin disparar ni un solo tiro, señal de que los militares no estaban allí para defender Barcelona, sino para reprimirla.

Significativamente, el baluarte del Rei de la Ciutadella era el que apuntaba más directamente hacia el corazón de la ciudad. Dentro de los muros de la fortificación, centenares de barceloneses fueron ahorcados, ejecutados a garrote o fusilados, según la época y el capricho de los oficiales, y, naturalmente, fue el edificio más odiado de la historia de Barcelona. Durante buena parte del siglo XIX, las reivindicaciones populares reclamaban el derribo de la Ciutadella, no dejar piedra sobre piedra de aquel horror. Cuando se consiguió, hubo un estallido popular de alegría a pesar de que aún quedaron en pie algunos edificios. Uno de ellos, el arsenal, fue escogido años después para alojar la sede del Parlament de Catalunya. No se trataba de una cuestión práctica —de hecho, el edificio no ha sido nunca muy práctico, ni entonces ni ahora—, sino simbólica. Se quería dejar constancia de que Cataluña había renacido de sus cenizas y que lo hacía construyendo sobre el pasado, por horroroso que este hubiese sido.

El decreto de Nueva Planta, el catastro y la Ciutadella fueron los tres pilares de la dominación borbónica de Cataluña y de Barcelona, la ciudad abanderada y capital del Principat. Los años posteriores a 1714 se dieron diferentes levantamientos en el territorio, e incluso algunas partidas guerrilleras muy poderosas, como la de Carrasclet, en los alrededores de la ciudad de Valls. Pero entre la represión, la miseria y el cansancio de la guerra —hay que pensar que Cataluña llevaba asumiendo y protagonizando acciones bélicas desde hacía ochenta años, con muy pocos paréntesis—, la población estaba harta de todo, desanimada, y solo quería intentar sobrevivir, algo que, de por sí, ya requería una gran fuerza de espíritu.

Estos movimientos guerrilleros tuvieron escaso apoyo, y por otro lado los felipistas desplegaron una fuerza nueva, las «escuadras de paisanos» —así llamadas, en castellano, por supuesto—, que tuvieron una gran incidencia en Valls o en el Alt Camp y obtuvieron un gran resultado. En Valls las escuadras, el origen de los actuales *Mossos d'esquadra*, las encabezaba el alcalde *botifler* de la localidad, Pere Anton Veciana, que mostró un gran talento al convertir las escuadras y los *mossos* —mozos— que las formaban en una fuerza de choque temible, sin manías a la hora de reprimir a los que sospechaban que podrían haber ayudado a los guerrilleros o a la resistencia austracista. Lo hicieron tan bien, que la familia Veciana traspasó el mando de los *mossos d'esquadra* de padres a hijos desde 1717 hasta 1838 ininterrumpidamente. Sin duda, un récord mundial.

Los años oscuros

Hasta que no pasen algunos años, Barcelona quedará sumida en el desastre y la pena. Muchos hombres han muerto, otros han abandonado la ciudad, a menudo para siempre. Barcelona está llena de viudas con niños que malviven en unas condiciones económicas absolutamente precarias. Dos estamentos van adquiriendo protagonismo en estos años oscuros. Por un lado, teniendo en

cuenta que la ciudad se ha convertido poco menos que en un gran cuartel, adquiere protagonismo el principal jefe militar de Barcelona, el capitán general, una nueva figura. Los capitanes generales actuarán, de hecho, como alcaldes de Barcelona con mayor o menor acierto. A su vez, la figura del alcalde, importada de Castilla, sustituye a los vegueres y a los *consellers primers*. El Consell de Cent desaparece y se transforma en el Ajuntament, sede representativa de las diferentes clases sociales de barceloneses. Ni que decir tiene que los alcaldes solo mandan bajo las órdenes de los capitanes generales y de sus ayudantes militares, que son los que ejercen realmente el poder.

No debe extrañarnos, por tanto, que los primeros cambios que vive la ciudad después del sitio sean de carácter militar. Antes de construir la Ciutadella ya se había pensado en reformar el castillo de Montjuïc, que había resultado dañado durante los combates. En aquellos momentos, el castillo no era más que una fortificación totalmente anticuada y de poca utilidad. Los militares borbónicos previeron construir un castillo fortificado moderno, contando además con que los nueve cañones que ya habían comenzado a fabricar podrían disparar a la ciudad y acertar. Pero cuando se decidió construir la Ciutadella, desviaron el dinero previsto para construir el castillo con el fin de dedicarlo a la otra fortificación que debía controlar a los barceloneses. Se hicieron reformas, pero el castillo, aproximadamente como lo conocemos ahora, no se acabó hasta finales del siglo XVIII. Se puede afirmar que respondió perfectamente a la finalidad para la que había sido construido, que no era la defensa de la ciudad, sino la represión de los barceloneses, cosa que se cumplió sobradamente desde antes de ser creado hasta mucho después del final de la Guerra Civil de 1936. Unos doscientos años largos de servicio a la represión. Para demostrar su finalidad, cuando se empezó a construir, se prohibió que se levantasen casas de más de dos pisos de altura en el Poble Sec, el barrio extramuros que se extendía entre la montaña de Montjuïc y la ciudad, porque podían dificultar la trayectoria de las balas de cañón que se lanzaran desde

el castillo. La mayoría de los cañones no apuntaban hacia un hipotético enemigo que viniese del sur o por el mar, sino que apuntaban, como los de la Ciutadella, al centro de Barcelona.

Otra obra militar, la urbanización de la Rambla, es aún más sorprendente. Para nosotros, ciudadanos del siglo XXI, la Rambla es un paseo, un paseo muy especial, diferente de todos los de la ciudad y quizá de todos los del mundo. Pero la concepción de la Rambla como lugar de paso se la debemos a los militares borbónicos. Los militares querían un eje oesteeste que atravesase la ciudad y que fuese lo bastante amplio como para permitir cómodamente el paso de los escuadrones de caballería y de los armones de artillería, algo que consideraban necesario para mantener a raya a los barceloneses. Querían, por tanto, un paseo amplio y empedrado, sin el obstáculo ni la limitación que suponían los restos de las murallas medievales de Jaime I, que habían quedado dentro del perímetro de la ciudad cuando se llevó a término la ampliación que englobó al Raval dentro de la muralla. Hasta aquel momento, las inmundicias que se acumulaban en el arenal que entonces era la Rambla, a menudo mezclada con aguas limpias y sucias que bajaban por la calle, habían convertido aquella zona en una especie de frontera interior de Barcelona. A un lado, la ciudad acomodada, la ciudad de la política, las iglesias y los negocios; al otro, el Raval, con todos los huertos, los servicios —como el Hospital de la Santa Creu—, los lugares de prostitución y muchos talleres preindustriales.

A pesar de que el proyecto de enderezar la Rambla se esbozó relativamente pronto, no se llevaría a cabo hasta bien entrado el siglo, en 1767. La Rambla en aquel entonces ya tenía la forma que conocemos. En la parte del Raval se habían construido diversos edificios religiosos aprovechando el espacio vacío que había en él sin construir, en nada comparable al del otro lado del futuro paseo. En la parte de abajo, junto al puerto, la Rambla tenía una forma extraña, mucho más amplia que el resto, debido a que en el siglo XIII Pedro el Grande había querido construir un nuevo palacio real. Sin embargo, la obra se abandonó y se convirtió en un solar que sirvió,

naturalmente, para dar amplitud a la Rambla. El ingeniero militar más importante del momento, Pedro Martín Cermeño, encargado de acabar de construir el castillo de Sant Ferran de Figueres que había comenzado su padre, fue el designado para reformar la Rambla. El problema de fondo era que, haciendo honor a su nombre, la Rambla tendía a ser un lodazal. No se trataba solo de empedrar la calle, era necesario realizar también unos conductos que desaguasen la zona. Y tampoco eso era suficiente, había que alinear las fachadas para facilitar el paso. La primera idea era trazar una línea recta entre la zona alta y la baja, pero ello comportaba destrozar tantos edificios que incluso a los militares borbónicos les pareció excesivo. La solución fue hacer un nuevo alineamiento de los edificios, el actual, pero manteniendo la sinuosidad, lo cual le dio al paseo un estilo particular que todavía hoy, a pesar de la invasión turística, es muy apreciado por los barceloneses.

Por tanto, la Rambla fue en primera instancia una obra militar, pero las ganas de los barceloneses de convertir aquella vía en un paseo hicieron olvidar su función original. Los barceloneses no habían tenido ningún paseo hasta entonces. Cuando querían dar una vuelta, salían de la ciudad y caminaban por los campos del entorno. Por vez primera, se abría un espacio elegante y especial que, además, gozaba de la particularidad, actualmente perdida, de estar cerrado por los cuatro lados. Era, sin duda, el espacio ideal para mirar y para ser visto, y así lo entendieron los centenares de ciudadanos que muy pronto lo hicieron suyo.

La transformación de la ciudad

Una década después de la derrota, la ciudad comenzó a crecer. Al principio, tímidamente y, más tarde, de forma cada vez más acelerada. La clave era doble: la pujanza comercial que siempre había distinguido a Barcelona no había desaparecido del todo, pero además esta se complementó con la pujanza industrial, un

fenómeno totalmente nuevo que transformó la ciudad y, de hecho, todo el país. El primer efecto de este nuevo impulso fue que Barcelona necesitaba más viviendas en el espacio entre murallas. Esto se consiguió construyendo nuevas casas para sustituir a las derruidas o deterioradas durante la guerra, y también reformando las antiguas y haciéndolas más altas. A principios de siglo, solo una de cada diez casas superaba los dos pisos de altura por encima de la planta baja. A finales del mismo, siete de cada diez tenían cuatro plantas o más. Al mismo tiempo, el precio de la vivienda, que tras la guerra era muy bajo, comenzó a remontar, y el alquiler se convirtió en un sistema habitual.

Sin embargo, mucha gente, sobre todo inmediatamente después del sitio, tuvo que vivir en malas condiciones, en pocos metros cuadrados y en viviendas poco apropiadas, a causa tanto de las bombas que habían caído durante la guerra como de las pocas posibilidades que había de reparar los edificios. En 1718 se plantea encontrar alojamiento para todos aquellos que han perdido sus casas y, muy especialmente, para los afectados por los derribos ordenados para construir la Ciutadella. El proyecto no tendría éxito porque una buena parte de la gente ya había encontrado refugio en otros edificios de su propiedad o bien compartiendo casa con parientes. La mayoría de los antiguos residentes del barrio de la Ribera se trasladaron a determinadas zonas del barrio del Raval. Sin embargo, con el paso de los años la situación cambia. A mediados del siglo XVIII, Barcelona ha ido adaptándose, tan bien como ha podido, a las consecuencias de la derrota de 1714. Unas cuatro décadas después de la derrota, la ciudad ha cambiado de fisonomía. La Ciutadella determina su aspecto urbano, ya que la cierra por el extremo norte y lo hace después de haber engullido sus barrios más dinámicos. Para acabar de arreglarlo, la Ciutadella se ha construido en la zona de expansión de Barcelona y ejerce como un verdadero tapón del crecimiento ciudadano, aunque al principio, dadas las pérdidas humanas y el escaso empuje demográfico de los primeros años de la posguerra, que no permiten la menor expansión, no

supone un problema real. Pero poco a poco el comercio, altamente dependiente tanto de la llamada Cataluña interior como de las vías marítimas, se va recuperando. En este sentido, una buena parte de la actividad económica de la Barcelona de mediados del XVIII está centrada en el mar.

Barcelona no tiene puerto, en el sentido actual del término. Desde el siglo XIV se han levantado varias construcciones de madera que facilitan las tareas de carga y descarga de los barcos que se acercan a la ciudad, pero poca cosa más. Los pilones que se hunden en el agua, y la existencia de un pequeño islote, la isla de Maians, justo en el lugar donde ahora se encuentra la Facultat de Nàutica y una parte del Pla de Palau, dieron lugar a que la arena fuese acumulándose poco a poco y formara una península, la de la Barceloneta, ya completamente consolidada a finales del siglo XVII. En esta pequeña península es donde, de forma natural, se concentran las actividades pesqueras y se construyen barracones con el fin de usarlos como almacenes provisionales para el comercio marítimo y alojamientos precarios de los pescadores y estibadores.

Este lugar inhóspito, fuera de las murallas, no debía de ser un buen lugar para quedarse durante los sitios de la guerra de Sucesión. No hay indicaciones expresas en la prensa de la época sobre el papel explícito de aquel arenal durante la guerra. Los suministros consiguieron, en parte, entrar por dicho arenal, la futura Barceloneta. De hecho, durante el sitio, las tropas de las Dos Coronas no pudieron situar batería ni trinchera alguna en la zona, un hecho comprensible por la poca consistencia del terreno. Los defensores situaron una barricada hecha con barcas, que aprovechaba las curvas del Rec Comtal, la antigua acequia de riego que canalizaba el agua desde el río Besòs hasta el llano de Barcelona. El 11 de septiembre, la barricada solo era defendida por una treintena de soldados de caballería sin monturas y, prácticamente, no tuvo participación en los hechos, una señal clara de la poca importancia que defensores y agresores dieron al arenal.

La derrota, como ya hemos visto, dejó a muchos barceloneses y a otros tantos extranjeros sin ningún tipo de cobijo, y les obligó a buscar refugio en lugares hasta entonces impensables, como el citado arenal de la Barceloneta. De esta forma, los refugiados serán ocupantes provisionales y temporales de los terrenos, ya que el 3 de octubre de 1718, el capitán general de Barcelona, Francisco Pío de Saboya y Moura, marqués de Castel Rodrigo, decreta la creación del Barrio de la Playa, en virtud de los poderes que le otorga la Nueva Planta.

El proyecto se había iniciado tres años antes y había sido encargado al general Van Verboom, el mismo ingeniero militar responsable del sitio de la ciudad. No se conserva el plan del proyecto, pero, por la descripción de las parcelas y de las casas, se deduce que la planta debía de ser muy similar a la que cuatro décadas más tarde se implantaría. Ya en este primer proyecto se hablaba de construir un templo, en concreto, una capilla, pero no se indicaba dónde. Los solares serían cedidos en primera instancia a los antiguos habitantes del barrio de la Ribera que se dedicasen a actividades portuarias o fuesen marineros; en segundo lugar, a cualquier antiguo habitante de una casa demolida; y, en tercer lugar, y siempre que sobrase terreno, a cualquiera que quisiese construir una casa para alquilarla. Para la concesión de los solares era necesario presentar la petición a las autoridades y declarar la situación personal en un plazo de veinte días desde la proclamación del bando. Se entiende que la medida no fuese muy popular y se hiciesen pocas peticiones. Si además añadimos que la población de Barcelona había disminuido *manu militari* y que buena parte de la gente más acomodada de la Ribera había encontrado alojamiento en los alrededores de la calle Robadors, es totalmente comprensible el poco éxito de la previsión de Castel Rodrigo.

El desarrollo de las manufacturas de algodón, el incremento de la producción de aguardiente, la explotación intensiva del cereal en la comarca de l'Urgell y el auge del comercio exterior, tanto hacia el Reino Unido desde el final de la guerra de 1748 como hacia América,

propiciaron un incremento de la actividad económica en el Principat, que se reflejó, como era habitual, en la ciudad de Barcelona. Este hecho propició un crecimiento de la población de la capital, que dobló el número de habitantes. A pesar de que la situación no era tan insostenible como lo sería exactamente un siglo más tarde, era imprescindible habilitar más viviendas.

La *Gaceta de Barcelona* del 12 de mayo de 1753 explicaba las razones que hacían necesaria la urbanización de la Barceloneta

> para desahogo de la ciudad cuyo pueblo se aumenta visiblemente cada día. Para hermosura del puerto. Para conveniencia de su crecido número de habitadores. Para evitar inminentes riesgos a los que siempre estaban expuestos en barracas de madera y otras materias combustibles, y para contener los desórdenes que ocasionaba su confusión.

El hecho es que, en 1796, el capitán general Miguel Dávalos y Spínola, marqués de la Mina, puso en marcha la planificación del nuevo barrio. A pesar de que no hay constancia fehaciente, es evidente que buscó la inspiración en el proyecto de 1718, pues se pueden apreciar bastantes similitudes en la concepción del nuevo emplazamiento. El marqués le encargó al comandante general del Cuerpo de Ingenieros, Juan Martín Cemeño, que hiciese la primera planificación. A pesar de que existe cierta confusión sobre la autoría tanto de la urbanización del barrio como de la propia iglesia de Sant Miquel del Port, parece claro que Juan Martín sí participó, así como su primo, Pedro Cermeño, aunque probablemente la ejecución —y quizá todo el trabajo, aunque no podemos estar seguros— lo realizó un ingeniero de segunda clase, Francisco Paredes.

El barrio, inicialmente, tenía que ser cuadrado. Las manzanas debían ser rectangulares, divididas en parcelas iguales de 8,4 metros de lado, con casas de planta baja y primer piso que diesen a dos vías, excepto obviamente las de las esquinas, que darían a tres. Las casas no podían ser más altas, pues no se podía impedir la posible acción de las baterías de artillería de la Ciutadella contra un posible objetivo marítimo. Esta monotonía constructiva solo la alteraban tres

elementos: dos plazas, dos edificios singulares —la iglesia y el mercado— y los colores vivos de los edificios, pintados de rojo y azul. Con los años, el barrio se convirtió —entre otras razones, debido a la destrucción de otros ejemplos similares coetáneos— en el mejor exponente urbanístico del Barroco en el Mediterráneo y, probablemente, en toda Europa.

Desde la primera construcción del barrio hasta el final del franquismo, en la Barceloneta han convivido siempre, de una forma u otra, distintos usos, que la experiencia ha demostrado que a menudo no han sido, ni quizá son todavía hoy en día, demasiado compatibles. Por un lado, en la Barceloneta siempre ha vivido la gente que trabajaba en el barrio. Siempre, desde su fundación, ha sido el barrio de Barcelona en el que los residentes trabajan allí mismo. Hay poca movilidad de los vecinos hacia fuera del barrio. Por consiguiente, tanto a mediados del siglo XVII como hoy en día, los trabajadores de la zona probablemente viven también allí. Pero aparte de vivir allí, la Barceloneta siempre ha sido el barrio de los pescadores de la ciudad. Para que esto fuese así, hubo que desplazar el barrio de la Ribera. La fundación de la Barceloneta hizo que todos los pescadores y buena parte de los trabajadores del puerto se instalasen en el barrio. Además de la pesca y de las actividades portuarias, el barrio siempre ha acogido actividades industriales, quizás en los últimos años algo menos que antes, a causa del gran *boom* del turismo. También a partir de la segunda mitad del siglo XIX, la Barceloneta se convirtió en la playa de la ciudad, el lugar donde los barceloneses iban por primera vez en la historia a disfrutar del mar, que, por otra parte, siempre habían tenido al alcance de la mano.

Desde el primer momento, la construcción de la Barceloneta fue una obsesión del marqués de la Mina, el capitán general. Este incluso obligó a que, en el proyecto inicial, el lugar central del nuevo barrio estuviese ocupado por una plaza y por una iglesia, que se tendría que dedicar a san Miguel. No es casualidad que el capitán general se llamase Miguel, como el santo al que iba a consagrarse el

templo. Oficialmente, el nombre que se le puso fue el de «San Miguel, glorioso príncipe de los ángeles», aunque desde el principio se le llamó popularmente Sant Miquel del Port. La primera piedra se colocó el 8 de mayo de 1753, el mismo día en que, según la tradición, el arcángel San Miguel había aparecido en el monte Gargano. El día anterior, el reverendo doctor Josep Esteva, vicario perpetuo de Santa Maria del Mar, señaló el lugar exacto donde se tenía que construir el nuevo templo. El padre Esteva había salido en procesión desde Santa Maria del Mar acompañado por todos los obreros y presbíteros. La procesión llevaba una cruz con las armas de la parroquia. La primera piedra la puso el obispo de Barcelona, Emmanuel López, ataviado con las insignias pontificales y acompañado por la misma comunidad del día anterior. También participó la nobleza barcelonesa. En la base de la primera piedra se puso un cofrecillo de plomo con reliquias y monedas de oro y plata, además de un cilindro de cristal con inscripciones bíblicas en latín. Después se cantó un tedeum presidido por el obispo, en el que se alternaban la comunidad de presbíteros y la de obreros por un lado, y la capilla de música de Santa Maria del Mar, por el otro.

La iglesia no es muy alta, respetando los deseos de los militares de la Ciutadella que no querían que ningún edificio les impidiese controlar las naves que llegaban al puerto de Barcelona. Para compensar la falta de monumentalidad de la estructura, y bajo el impulso del marqués, la iglesia se revistió de una fachada imponente, muy del gusto de la época. Al marqués le gustó tanto la iglesia que decidió que quería ser enterrado en ella. En 1767 cuando murió, su cuerpo fue llevado a la iglesia de la Barceloneta y depositado en un gran mausoleo de mármol, donde permaneció hasta finales de julio de 1936, cuando tuvo el raro privilegio de ser el primer sepulcro destruido en Barcelona por los obreros sublevados en la defensa de la ciudad. De hecho, la iglesia entera se quemó, pero las llamas no dañaron su estructura. Incluso la campana del

templo fue arrastrada hasta el mar, a un centenar de metros en línea recta desde la puerta. En 1940, la campana fue rescatada sin muchos problemas y se volvió a situar en lo alto del templo.

La gran obra del marqués de la Mina fue, sin duda, el barrio de la Barceloneta. Pero hubo otras. A mediados del siglo XVIII, el despotismo ilustrado del absolutismo borbónico se impuso completamente. Reina un tipo extraño, Carlos III —tercero de Castilla, puesto que la cuenta de la Corona de Aragón ha quedado totalmente abolida, porque, de lo contrario, le hubiese tocado el número IV—, el tercer hijo de Felipe V, a pesar de que es un hijo especial, medio italiano por parte de madre, que se ha pasado la vida alejado de la Corte española. Dado que sus hermanos mayores murieron sin descendencia, se encontró con la corona en las manos. En España es recordado por ser el mejor alcalde de Madrid ya que dedicó buena parte de sus esfuerzos a reforzar la capitalidad de la ciudad. Durante su reinado comienza el carácter radial de la red de carreteras, una lacra que aún hoy continúa. A imitación de Francia, donde todos los caminos llevan a París, Carlos III quiso que todas las carreteras llevasen a Madrid y potenció las vías que llevaban a la capital, fuesen o no necesarias. Para esta tarea reformista y absolutista, se apoyó en varios ministros ilustrados.

El primero de ellos fue un italiano, el marqués de Esquilache. Este hombre, como era costumbre, empezó a tomar decisiones sin consultar a nadie y sin tener en cuenta otra cosa que no fuese el visto bueno del rey. En la Corte madrileña no le perdonaron, ya que consideraban que un extranjero, un no castellano, que para el caso era lo mismo, no podía ostentar tanto poder. Varias familias aristocráticas conspiraron para desembarazarse del ministro y lo consiguieron cuando se promulgó una normativa poco importante, pero muy vistosa, que afectaba al cambio de vestuario de los madrileños. Esquilache pretendía que en Madrid se vistiese de manera moderna, como se hacía en Europa, con capas más cortas y sombreros de tres picos. Esto enervó a la gente que,

convenientemente motivada, salió a la calle a protestar. El motín se reprimió, pero causó una hecatombe tan grande que hizo caer al ministro.

El motín de Esquilache en Madrid, en la primavera de 1767, tuvo repercusión en todas las tierras españolas, también en Barcelona. Unas semanas después, muchos barceloneses salieron a protestar por los precios excesivos del pan y, como en Madrid, fueron reprimidos duramente por las fuerzas del marqués de la Mina. Aquella represión arraigó al marqués en Barcelona donde, de hecho, ya había dejado huella cuando, siendo joven, participó como oficial en el sitio de 1714. El marqués, como puede verse, tuvo una relación de amor-odio con la ciudad. No dudó en introducir en ella algunas mejoras, como la iluminación nocturna, la pavimentación de muchas calles o la ampliación de las carreteras que desembocaban en las puertas de la ciudad. El capitán general, para bien o para mal, se ganó un lugar en la historia de Barcelona.

Giacomo Casanova en Barcelona

El sucesor del marqués de la Mina fue Ambrosio Funes de Villalpando y Abarca de Bolea, conde de Ricla, y futuro ministro de la Guerra de Carlos III. Villalpando no habría tenido gran importancia para la historia de Barcelona si no fuese porque, indirectamente, él fue la causa de que Giacomo Casanova, el famoso amante, viajero y hombre de letras veneciano, visitara la ciudad e hiciese en ella una estancia memorable. En 1768, Casanova ya era todo un personaje, que había viajado por media Europa y conocido a algunos de los hombres y mujeres más destacados del momento. A pesar de la mala fama que aún arrastra, Casanova era un hombre extraordinariamente moderno, nada machista, un espíritu libre que valoraba los convencionalismos cuando eran sinónimo de civilización, pero que los rechazaba cuando eran simplemente una forma de esconder la hipocresía. Nunca tuvo relaciones con mujeres que no lo

quisieran y nunca traicionó la confianza de nadie. Cuando se equivocaba, lo reconocía y pedía perdón, y del primero de quien se reía era de él mismo. Es normal, por tanto, que un hombre así, culto, educado y, para acabar de arreglarlo, bien plantado, llamase la atención por donde pasaba, a pesar de que a veces se crease grandes enemigos.

Casanova, después de pasar por Francia, se vio obligado a marcharse del país, y se le ocurrió ir a Madrid, a la Corte, donde pensaba que podría ganarse la vida con el juego, algo que era un oficio muy habitual entre caballeros en la Europa del siglo XVIII. La Corte madrileña le resultó poco provechosa. La vida cortesana era retorcida y cargada de conspiraciones —justo hacía un año que Esquilache había salido del gobierno después de las conspiraciones del conde de Aranda, que era el que mandaba en aquel momento— y moralina. Rápidamente se creó enemigos y el ambiente se le hizo pesado. El veneciano decidió entonces irse a Marsella para quizá después viajar a Estambul, algo que finalmente no hizo. En cualquier caso, como ya estaba en España y tenía que irse, decidió hacerlo por Barcelona, pasando antes por Zaragoza y Valencia. Esta última le pareció una ciudad dejada de la mano de Dios, mal organizada y sucia, a pesar de que la gente le pareció agradable. Cuando pensaba emprender el camino hacia Barcelona, decidió pasar una tarde con un amigo en los toros. Al otro lado de las gradas donde tenía su localidad, había una dama muy bella, vestida de una forma impresionante, según explica Casanova en sus memorias. La mujer, como no podía ser de otra forma, le llamó la atención, y más aún cuando, después de unos minutos, su criado se le acercó y le invitó a sentarse junto a su señora. Resultó que la mujer era veneciana como él. Se llamaba Nina Bergonzi. Era cantante y actriz de profesión y, según supo Casanova, había llegado a Valencia de una forma muy curiosa. Resulta que Bergonzi era la querida del capitán general de Cataluña, Villalpando, conde de Ricla, y prácticamente vivía con él. La situación era tan evidente que había provocado el escándalo de las fuerzas vivas de Barcelona, entre ellas la del obispo

de la ciudad, Josep Climent. Este se había quejado al nuncio, quien a su vez había hablado con el rey. Para tapar el escándalo, y serenar los ánimos, el capitán general envió a Nina Bergonzi a Valencia. Bergonzi, a pesar de que recibía cincuenta sueldos al día —¡una fortuna!— que le mandaba Villalpando, se aburría. Ella tenía veintidós años, había estado casada con un bailarín que le había dado el apellido y se moría por conocer a un hombre atractivo y de conversación interesante. Casanova apareció, por tanto, en el momento más oportuno. Bergonzi le invitó a cenar a su casa aquella misma noche, y, para disgusto de Casanova, le propuso compartir la cama con ella y con otro hombre. Casanova se negó, y ella insistió en que, como mínimo, se quedase a ver cómo se acostaba con aquel hombre. Lo hizo, pero el veneciano estaba escandalizado, no por la escena, sino por el hecho de que una mujer como la Bergonzi quisiese practicar sexo con un hombre tan estúpido como aquel que la acompañaba.

En cualquier caso, a la noche siguiente, ya solos, Bergonzi se acostó con Casanova y le dijo que lo hacía porque quería poner celoso al marqués de Ricla, Villalpando, su amante oficial, a quien ya había escrito pidiéndole volver a Barcelona con Casanova. El veneciano se quedó sorprendido por la maniobra de la mujer, y aún se sobresaltó más cuando, unos días más tarde, Bergonzi recibió una carta de Ricla que le decía que el obispo Climent ya había levantado el veto y que podía volver a Barcelona acompañada de su amigo.

Casanova, que no tiene ni un céntimo, se aviene entre otras cosas porque piensa que en Barcelona, si se mueve en los círculos del capitán general, quizá podrá jugar en alguna partida de cartas donde pueda ganar algún dinero y continuar su viaje. Llega a Barcelona probablemente el 10 de noviembre y se aloja en la fonda Santa Maria, que está en la calle Asses, justo detrás del Fossar de les Moreres y de Santa Maria del Mar. El acuerdo era que Nina pasaba el día con Ricla, y, por la noche, Casanova acudía a su residencia para estar con ella. Pero aquel acuerdo no podía funcionar, y menos en una ciudad como Barcelona, donde se sabría

en pocos días que la amante del capitán general lo era también de un veneciano recién llegado. Era imposible ser discreto en una ciudad tan relativamente pequeña y con las calles tan estrechas y vigiladas. Quizá por ello, una mañana, cuando Casanova salía de la casa de la Bergonzi, dos sicarios armados con espadas intentaron asesinarlo. Casanova, además de buen amante, hombre de letras, jugador, escritor, viajero y algunas cosas más, era también un buen espadachín y, en un periquete, dejó malheridos a los dos hombres, sin que él recibiese ninguna herida. A pesar de que nunca supo con seguridad quién había enviado a los asesinos, siempre dudó entre si había sido Ricla o la propia Nina, que quizá quería quitarse un problema de encima. En cualquier caso, a las pocas horas, los soldados fueron a buscar a Casanova a la fonda y se lo llevaron preso a la Ciutadella. Donde lo encerraron en el lugar más temible del recinto, la torre de Sant Joan.

La torre era el único fragmento del convento de Santa Clara que los borbónicos habían respetado en la construcción de la Ciutadella, y estaba en la ribera este del lago que hay en la actualidad. Así pues, Casanova se halló detenido sin ninguna acusación clara, y sospechó, con fundamento, que el de Ricla era quien le deseaba el mal, fuese o no él el responsable de haber enviado a los sicarios. Pero Casanova era un hombre de recursos, si no económicos, sí personales. Enseguida se hizo amigo de los carceleros y consiguió que le llevasen a la celda una cama, una mesa, una silla y los bártulos necesarios para escribir. Pasó allí poco más de un mes, aproximadamente, y aprovechó para terminar una monografía que hacía tiempo que le rondaba por la cabeza. Además, tuvo suerte porque, cuando los carceleros se enteraron de que era veneciano, le dijeron que un compañero, otro soldado, también lo era. Un día, el soldado veneciano en cuestión se presentó y dio la casualidad de que ya se conocían de la época en que había estado en Varsovia. El soldado no era cualquiera, sino un oculista llamado Tadini. Cuando habían coincidido en Varsovia, Tadini le había mostrado una técnica nueva para curar las cataratas, que consistía en introducir una lente

en el ojo, técnica que se utiliza aún en la actualidad. Tadini viajaba por Europa, como Casanova, buscando la forma de hacerse rico con su invento, hasta que fue a parar a Barcelona. En la ciudad no tuvo ningún éxito, se le acabó el dinero y se vio obligado a aceptar el primer trabajo que encontró, que resultó ser el de soldado. Así fue como un oculista brillante acabó en un quehacer muy oscuro.

Tadini ayudó a Casanova y le proporcionó una estancia en la cárcel bastante agradable. Finalmente, después de seis semanas, le anunció que pronto sería libre a cambio de que abandonara Cataluña en un plazo de una semana. Casanova no se lo pensó dos veces y se fue tan pronto como se lo permitieron. Nina Bergonzi continuó siendo la amante del conde de Ricla durante un tiempo, hasta que ella se marchó a Italia cargada de dinero de su amante. Muchos años más tarde, Casanova la volvería a encontrar viviendo opulentamente en Bolonia.

Probablemente movido en gran medida por la pasión que sentía por Bergonzi, el conde de Ricla intervino muy directamente en los asuntos del único gran teatro de la ciudad, el Teatre de la Santa Creu. Sí, el único, porque desde 1579 y hasta 1833 sería el único teatro permitido en Barcelona. Los beneficios que obtenía estaban destinados a financiar el Hospital de la Santa Creu, por eso llevaba su nombre. Cuando terminó el privilegio, empezaron a aparecer nuevos teatros, el primero y más destacado de los cuales fue el del Liceu, y por ello el de la Santa Creu cambió su nombre por el de Teatre Principal, que todavía sigue existiendo en su ubicación tradicional, al final de la Rambla.

Pues bien, cuando el conde de Ricla llegó a Barcelona, en la temporada anterior a que estallase el escándalo de su relación con la Bergonzi, empezó a implicarse en la administración del teatro. Sin embargo, una vez que conoció a Nina, la intervención del capitán general fue mucho más directa. Probablemente, aunque no hay pruebas, el conde de Ricla quería garantizar un buen lugar para Nina, su hermana y el marido de esta, todos con oficios relacionados con el teatro. Sin embargo, el conde quiso ir más lejos.

El teatro tenía el privilegio de poder escoger libremente su programación. En los tiempos que corrían, los administradores se mostraron muy sensatos y no programaban nada que no fuese, en principio, adecuado; sin embargo, tanta libertad de elección no le gustaba a alguien como el capitán general. Además, habitualmente, el Hospital alquilaba la explotación del teatro a un empresario y así se aseguraba obtener cierta cantidad de dinero cada año. Ricla quiso y consiguió que la cantidad que debía abonarse al Hospital fuese fija y que, a partir de ese momento, no se considerase que se abonaba por la explotación del derecho a tener la exclusiva de las representaciones teatrales en Barcelona, sino como si fuesen los intereses pagados por tener un gran edificio en la Rambla. Indirectamente, el edificio pasaba a ser controlado por la capitanía general, que a partir de aquel momento tenía el poder de hacer y deshacer tanto en lo que respecta a las representaciones como al dinero que debía invertirse en el teatro u obtenerse de él. Una nueva victoria absolutista.

Los inicios de la primera revolución industrial

Pero no todos los cambios que sufría la ciudad se debían a la intromisión de la autoridad militar. En el año 1736 se registró que, por primera vez, se fabricaban indianas en Barcelona, de la mano del industrial Jacint Esteve i Clariana. Las indianas suponían una gran novedad y eran la señal más clara de que se estaba produciendo lo que después se llamaría «primera revolución industrial». Las indianas eran piezas de algodón estampadas por un solo lado con unos colores muy intensos. Esta técnica se había empezado a producir —o el menos esa era la fama— en la India y de ahí provenía su nombre. Cataluña no era ni es productora de algodón, y por tanto es difícil de entender por qué sus tejidos se imprimían en Barcelona. Como tantas otras cosas, fue la concatenación de distintos hechos lo que dio lugar al florecimiento de la industria textil

en la ciudad. Por un lado, el único producto de cierta calidad que Cataluña podía exportar en cantidad después de la guerra era el aguardiente. Este alcohol, barato para los estándares internacionales, lo compraban los comerciantes ingleses y holandeses, que llegaban a las costas catalanas dispuestos a cargar sus barcos. Como era habitual, en la época no todo se pagaba con dinero, sino que a menudo se intercambiaban productos para que todo el mundo pudiese ganarse la vida. Los comerciantes extranjeros solían llevar dos productos para intercambiar: el bacalao seco —por ello la gastronomía catalana es, de todo el mundo, la que más recetas tiene con este pescado que no es propio del Mediterráneo— y los tejidos de indianas. Estas se hicieron enseguida muy populares en Cataluña, porque la estampación con aquellos colores y con aquellos motivos no se había visto nunca. Pero el impulso definitivo para empezar a fabricar vino de la presión que la industria de la seda de Lyon ejerció sobre su Gobierno. Los sederos franceses veían con preocupación que aquellos tejidos de algodón eran más baratos y a menudo de más calidad que los que ellos fabricaban. Por ello, presionaron para impedir que se fabricaran en Francia. Era una oportunidad de oro para los catalanes, que comprendieron que si disponían de algodón y aprendían la técnica de fabricación, no solo tendrían el mercado interior para vender sus productos, sino que también se les abría la posibilidad de exportar las indianas catalanas a Francia y quizás a otros muchos países.

Además de Jacint Esteve, otros futuros industriales barceloneses se pusieron manos a la obra. El problema de fondo era que las indianas catalanas no se podían comparar con las extranjeras, porque tanto la técnica de impresión como el tinte que se utilizaba no eran de calidad. Esteve Canals y su hijo Joan Pau se dedicaron a investigar, y finalmente encontraron tintes que no desteñían al lavarlos. Las nuevas indianas, como ya se intuía, fueron un éxito y, en pocos años, la ciudad vio como en buena parte de los solares se tendía la ropa impresa para que se secase. Aquellos solares con ropa al sol pronto fueron conocidos como «los prados de las indianas».

Sin embargo, con los solares del interior de la ciudad no hubo suficiente, y los industriales empezaron a tender la ropa fuera de las murallas, especialmente en el Raval. El Raval, que había sido la zona de huertos más abandonada de la ciudad, empezaba a transformarse en la zona industrial de Barcelona.

Este proceso, bastante rápido, empezó a enriquecer, y mucho, a algunas familias y fue el motor de la repoblación de la ciudad. A algunos de los nuevos ricos, como la familia Rull, los encontraremos de nuevo en la segunda revolución industrial, ya muy avanzado el siglo XIX, otros desaparecerán por el camino. La actividad industrial alrededor de las indianas se diversificó enseguida con nuevos tipos de tejidos. Uno de los que más contribuyó a esta expansión fue el industrial Erasme de Gònima, que fue el que más rico de todos y el que más influencia tuvo en la ciudad durante décadas.

Gònima era oriundo de Moià, pero su familia se trasladó a Barcelona en 1754 para que el padre trabajase como tejedor en una de las fábricas. Los Gònima se instalaron cerca de la iglesia del Pi, y tres años más tarde, cuando Erasme tenía trece años, ya empezó a trabajar en la fábrica de indianas de los Magarola, en la calle Tallers número 22, un edificio que aún existe. El chico era espabilado y enseguida destacó en la estampación de indianas; además, había aprendido a leer y a escribir sin ayuda de nadie y también aprendió a hablar francés con unos técnicos que trabajaban en la fábrica. Antes de cumplir los veintiún años, ya fue nombrado director técnico de la fábrica. En esta carrera hacia el estrellato de la industria textil, Erasme tomó aún más impulso cuando se casó con Isabel Coll, la hija de otro industrial del sector. En 1780, con el apoyo tanto de los Magarola como de su suegro, pasó el examen de la Junta de Comerç y se estableció por su cuenta como fabricante. Tres años después empezó a construir una gran fábrica en la calle del Carme, cerca de la Riera Alta, donde también levantó la casa familiar en que vivió el resto de su vida. La casa aún se conserva y tiene una fachada aburrida y un interior espléndido, tal como durante muchos años han hecho los catalanes ricos, poco dados a la exhibición. Erasme, de

todas formas, no se privó toda la vida de esconder el lujo con el que vivía, entre otras cosas porque era muy dado a hacer grandes obras de caridad y a enviar de vez en cuando a algunos de sus obreros a participar en las fiestas que organizaba en sus propiedades. Llegó a tener muchos obreros, hasta alcanzar los dos mil quinientos, una cifra enorme que nunca más volvió a lograr ninguna fábrica situada dentro de las murallas de Barcelona.

Gònima sería un pionero en muchas cosas: fue el más innovador en la manera de fabricar el tejido y aprovechó que hablaba bien el francés para viajar y aprender la técnica que se utilizaba en Francia, y, de paso, adquirir la maquinaria más moderna. También inventó técnicas comerciales nuevas dentro del sector, como, por ejemplo, la compra de un barco mercante para llevar sus productos a América, donde triunfaron. El barco, que oficialmente se llamaba *San Erasmo*, era conocido por todos como *La Barcelonesa*, y habitualmente hacía el trayecto entre Barcelona, Veracruz y La Habana. De ida, con indianas; de vuelta, con productos americanos que después Gònima revendía. Gònima se vio muy afectado por las guerras entre Inglaterra, primero, y con Francia, después, que sucedieron a caballo entre los siglos XVIII y el XIX. La actitud del magnate, además, fue bastante ambigua y contemporizadora con los franceses durante la ocupación en época de Napoleón. Por ello, cuando acabó la guerra, muchos esperaban que fuese detenido y encarcelado, pero Erasme de Gònima tenía demasiado dinero e influencia, y nunca le tocaron ni un pelo. Murió a los setenta y cinco años en un accidente laboral, cuando estalló una caldera de su fábrica, lo que demostró que Gònima estuvo hasta el último momento al pie del cañón.

La aparición de las grandes fábricas textiles dentro de Barcelona también cambió la mentalidad de los barceloneses respecto a la pobreza. Miseria había habido siempre en la ciudad, y, de hecho, recordemos que aligerarla fue una de las grandes preocupaciones del Hospital de la Santa Creu, una de las instituciones barcelonesas más esenciales. En el siglo XVIII, sin embargo, la Ilustración y la

Revolución industrial cambiaron la consideración de los pobres en toda Europa. La gente más desfavorecida tenía que clasificarse en dos tipos: los de «mendicidad desvalida» y los de «mendicidad ociosa». Los primeros eran los que no podían hacer otra cosa que ser pobres, probablemente porque eran gente enferma o minusválida o bien eran demasiado viejos o demasiado jóvenes para mantenerse. A estos se les tenía que ayudar de alguna forma. Los otros eran los pobres que, aun estando lo suficientemente sanos y siendo lo bastante fuertes como para trabajar, no lo hacían porque les resultaba más cómodo vivir de la caridad que hacerlo de su propio esfuerzo. A estos se les tenía que reeducar o, en última instancia, castigar.

Esta distinción obligó a la reconversión de las llamadas Cases de Misericòrdia, que en aquel momento tenían que servir para atender y cuidar de los desvalidos y reeducar y disciplinar a los ociosos, a los cuales, después, había que dirigir a la industria para trabajar en las nuevas fábricas. En Barcelona, esta mano de obra fue muy bienvenida por los industriales e incluso por los gremios, porque era una fuerza de trabajo barata —su sueldo era más bajo que el de los obreros convencionales y, además, no se les pagaba a ellos, sino directamente a la Casa de la Misericòrdia— y muy dócil, porque la posibilidad del castigo corporal o del abandono sin ningún tipo de manutención siempre estaba presente.

En 1772 se ordenó una redada de pobres en el Principat. Esta razia contra los indigentes acabó saturando la Casa de la Misericòrdia, donde se juntaron gentes de todo tipo en unas condiciones muy precarias. Las autoridades decidieron que era intolerable que los dos sexos compartiesen edificio y enviaron a los hombres al Seminari Tridentí, entre otras cosas porque eran muchos menos que las mujeres. A lo largo del siglo, la pobreza se había ensañado con el género femenino y había aumentado cada vez más. Un fenómeno que se había iniciado antes de la guerra y había dado como resultado mujeres abandonadas, viudas sin recursos, niñas que no eran queridas por sus padres, etcétera. En la actualidad, la

Casa de la Misericòrdia aloja las oficinas municipales del Districte, pero en la entrada, en el número 17 de la calle Ramalleres, aún se reconocen dos agujeros circulares tapados con madera que pertenecían a los tornos en los cuales se abandonaba a los bebés, y que estuvieron en funcionamiento hasta 1931. La institución se convirtió en un pequeño universo femenino dividido en secciones: el departamento de la Misericòrdia acogía a las chicas huérfanas, que se destinaban al servicio doméstico; el hospicio de mujeres albergaba a todo tipo de mujeres necesitadas. Había una enfermería y un espacio, «la sala de los divorcios», destinado a servir de lugar de reflexión para aquellas mujeres que habían pedido la nulidad de su matrimonio a las autoridades eclesiásticas Además, el edificio disponía de una tienda para las mujeres que vivían en él, donde podían comprar comida y vino, pero no licor ni aguardiente. Las mujeres no podían entrar en la tienda y tenían que comprar a través de una ventana, mientras que la parte que daba a la calle era de libre acceso para hombres y mujeres. Además había una cocina, dormitorios y varios talleres.

Las chicas que eran acogidas vivían en un régimen de semirreclusión. En ocasiones eran los propios padres o los maridos los que las internaban mientras estaban fuera de la ciudad por alguna razón, a menudo para servir como soldados o comerciar lejos de Barcelona. Las monjas trinitarias, que eran las encargadas de la Casa, preferían que las mujeres a su cargo fuesen jóvenes, porque resultaban más fáciles de controlar y de someter, y, por otro lado, eran las preferidas de la industria textil como trabajadoras. Durante mucho tiempo, las mujeres que habían cometido algún delito también fueron recluidas. Pero cuando en la década de 1790 hubo guerras con Inglaterra y la primera guerra con Francia, la llamada guerra del Rosellón, se dejó de admitir a mujeres delincuentes porque la pobreza había aumentado tanto que, sencillamente, no había espacio para tanta gente.

A diferencia de las mujeres, los hombres pobres trabajaban mucho más fuera de la institución que dentro de ella. Los que no podían valerse por sí mismos no salían prácticamente nunca, mientras que los que sí podían hacerlo eran destinados a las tareas que el Ajuntament les encargaba —siempre las más desagradables, como, por ejemplo, la limpieza de letrinas o el traslado de difuntos de un cementerio a otro— o bien alistados a la fuerza en la Armada o el Ejército. El trabajo de los hombres que se dedicaban a las exhumaciones se disparó a partir de 1787, cuando se ordenó que todos los cadáveres enterrados en los cementerios parroquiales —las plazas que se situaban delante o junto a las iglesias— fuesen trasladados a los nuevos cementerios que se construían fuera de las murallas. De hecho, desde 1775 existía ya el cementerio del Poble Nou, auspiciado por el obispo Climent —el mismo que había perseguido a la Bergonzi y al conde de Ricla— y que, durante más de un siglo, desempeñó la función de cementerio principal de Barcelona.

Además de pobres, había ricos, claro está. En 1773, Manuel Amat, el virrey del Perú —el cargo del Imperio español más importante aparte del monarca— encargó la construcción de un gran palacio en un solar que había comprado en la Rambla. Este hombre es recordado ahora en Barcelona por una calle y una estación de metro, la de Virrei Amat. El virrey era un personaje muy curioso. Fue el catalán que llegó más lejos en la estructura del reino de España en el siglo XVIII y, sin duda, se aprovechó de ello. El cargo de virrey era una sinecura, una oportunidad de oro para llenarse los bolsillos. El hacerse más o menos rico dependía del territorio del cual se era virrey. En la época borbónica, el gran virreinato era el de Perú, porque en su territorio se hallaban las minas de plata de Potosí, que representaban la gran fuente de financiación del Imperio español, un espacio inmenso, pero que en el siglo XVIII estaba ya en franca y evidente decadencia. Manuel Amat, que ya llevaba unos años en Chile, ocupó el cargo de virrey, y lo ejerció con energía. Forzó aún más la explotación de las minas de plata e intervino en la

explotación de las de mercurio. Este mineral era muy importante, porque servía para separar la plata de otros minerales y metales. Amat y sus ayudantes explotaron a conciencia los beneficios que se obtenían de la «plata viva», es decir, del mercurio. Los mineros de la plata tenían que comprarlo oficialmente con piezas de plata marcadas con el fin de cobrar un impuesto, pero a la hora de la verdad, si querían obtener el mercurio necesario para trabajar, tenían que pagarlo con plata pura que no hubiese pasado los controles oficiales, la llamada «plata piña». De aquí vino la enorme fortuna que obtuvo Amat, mucho mayor de lo que era habitual y tolerado entre los virreyes españoles.

En cualquier caso, Amat fue conocido en todo el mundo no por ser un corrupto, algo que a la larga le traería muchos problemas, sino por un asunto amoroso que, años más tarde, el compositor Jacques Offenbach popularizó con una ópera muy divertida que tituló *La Périchole*. Cuando estaba cerca de la sesentena, Amat fue el amante de una joven cantante peruana de unos veinte años, María Micaela Villegas, más conocida como Miquita Villegas y aún más como La Perricholi. Este asunto no tendría nada de extraordinario si no fuese que la relación del sexagenario virrey, gordo, feo y colérico, con la cantante caprichosa, joven y atractiva, fue pública, muy sonada y explosiva. Villegas no quería ser una mujer de segunda fila y llevaba de cabeza al virrey, que le consentía todas las excentricidades y caprichos, desde hacer que la siguiera de noche por las calles de Lima vestido solo con camisa de dormir hasta construir un teatro para sus actuaciones. Parte de las reformas urbanísticas que Amat llevó a cabo en Lima se debieron a las ganas de complacer a su amante. Todo esto en medio de una sociedad llena de lamecirios, que veía con horror cómo todo un virrey perdía la dignidad detrás de una actriz. Después de unos años y de varios hijos, Amat fue llamado de nuevo a España porque su reputación estaba por los suelos, y volvió a España dejando a su amante en Lima para siempre jamás. No se le acusó nunca de haber mantenido

una conducta desenfrenada, sino que sus enemigos hicieron que salieran a la luz pública los actos corruptos en los que había participado.

Amat, que se había hecho rico, tenía la ambición de construirse un palacio en Barcelona y una segunda residencia cerca de la ciudad. El dinero que sacaba de la corrupción lo enviaba a Barcelona donde, por encargo suyo, empezaron las obras de los dos palacios. El de las afueras de la ciudad estaba en Gràcia; el de Barcelona lo situó en un lugar considerado estrafalario en aquel momento: la Rambla. El paseo era un lugar extraño para vivir en él porque llevaba años en obras y el problema de las aguas sucias que bajaban descontroladas en cuanto llovía no se acababa de resolver, y no se lograría hasta 1798. Ninguno de los aristócratas barceloneses se había planteado nunca abandonar la calle Ample o la calle Montcada para ir a vivir a la Rambla, y en aquella época los únicos que lo hicieron fueron los March, que venían de Reus. Además, Amat se hizo construir un palacio fastuoso y, para acabar de remarcar la ostentación que tan poco se adecuaba con el carácter barcelonés, insistió en que su palacio no se alinease con los otros edificios, sino que debía conservar la alineación anterior a la reforma de la Rambla. El edificio se conoció como el Palau de la Virreina. Si se fijan, los dos palacios del virrey acabaron llamándose «de la Virreina». La explicación es sencilla. Cuando Amat volvió, los palacios no estaban terminados. Desde el primer momento, sus únicas preocupaciones fueron casarse con una novicia de la familia Fivaller y dedicarse todo el santo día a afrontar los juicios por corrupción en los que estaba implicado. Tanto esfuerzo a una edad tan avanzada le estaba pasando factura, y en 1782, cuando hacía poco que vivía en el palacio, murió. Su esposa se quedó y así dio el nombre a los dos edificios, los de la virreina.

Hasta la reforma de 1798, la Rambla era un espacio inhóspito, siempre lleno de barro y de aguas sucias, problema que no se solucionó hasta que se pavimentó el espacio central para convertirlo en un paseo. Al hacerlo, quedó más elevado, y los barceloneses

empezaron a llamarle «*el terrat*», el terrado. Esta denominación pasó incluso al cancionero popular con motivo de las procesiones de gigantes del día de Corpus. Los gigantes, subvencionados por el Ajuntament, paseaban por la zona de baldosas, mientras que los que salían de la iglesia del Pi lo hacían por la zona destinada a los carruajes, «*el camí*» —el camino—, como se llamaba en el argot de los ciudadanos. La canción, muy conocida en Barcelona y en toda Cataluña dice así:

> *El gegant del Pi,*
> *ara balla, ara balla.*
> *El gegant del Pi*
> *ara balla pel camí.*
> *El gegant de la ciutat*
> *ara balla, ara balla.*
> *El gegant de la ciutat*
> *ara balla pel terrat.*[1]

El paseo del terrado de la Rambla se hizo muy popular, y competía con el que se estaba construyendo en la muralla del mar. Además, el Ajuntament acabó instalando bancos de piedra y plantando árboles que, con más o menos fortuna, daban sombra. Los barceloneses, mostrando el carácter que les ha distinguido durante tantos años, hicieron de estas reformas urbanas un motivo constante de discusión y polémica. Desde siempre, el carácter de la ciudad ha hecho que cualquier cambio en la fisonomía de la ciudad haya levantado una gran polvareda. La urbanización de la Rambla es un ejemplo comparable a las críticas más recientes sobre la Pedrera, la urbanización de Les Glòries, las fachadas modernistas, el pavimento del Passeig de Gràcia o la reconstrucción del Estadi Olímpic. En la Rambla, primero se plantaron chopos, pero a los barceloneses del siglo XVIII no les gustaron, y después fueron sustituidos por fresnos, azaleas y acacias. La polémica duró casi sesenta años, hasta que en 1859 el Ajuntament se decidió por los plátanos, árbol que desde entonces ha sido el más común en las calles de la ciudad.

El virrey Amat fue muy popular, pero el personaje más interesante de Barcelona en los últimos años del siglo XVIII y principios del XIX fue su sobrino. Se llamaba Rafael d'Amat i de Cortada Este y era barón de Maldà. Miembro de la pequeña nobleza, extremadamente conservador y *bon vivant*, con veintitrés años tuvo la ocurrencia de llevar un dietario mundano donde dejó anotado todo lo que pasaba a su alrededor, y lo hizo hasta dos años antes de morir, en 1819, a los setenta y tres años. En total, setenta y un volúmenes que han resultado capitales para los historiadores de este periodo. El barón le dio un nombre muy adecuado a su espíritu travieso y tradicional a un tiempo, y lo tituló *Calaix de Sastre —Cajón de Sastre—*, un lugar donde se guardan infinidad de cosas sin demasiado orden y que, en general, son útiles pero tienen escaso valor. Maldà tuvo la suerte o la desgracia, según se mire, de vivir etapas muy tranquilas junto a momentos muy convulsos. Sus escritos no son íntimos, porque estaban pensados para ser leídos en público a las amistades que le visitaban prácticamente cada tarde en su palacio de la calle del Pi, donde nació y vivió toda su vida. Este palacio, que en aquel momento se llamaba Can Cortada, pasó a ser conocido como el palacio Maldà, donde hoy están situadas las galerías que llevan su nombre y que van de la plaza del Pi a la de Portaferrissa.

Maldà era un hombre reconocido en Barcelona, poseedor de una fortuna considerable, sin ser uno de los grandes magnates de la ciudad, entre otras cosas porque no fue capaz ni consideró conveniente invertir dinero en la incipiente industria textil. Sus negocios eran los tradicionales de la aristocracia, muy ligados a la tierra y a la producción de sus fincas. Todos aquellos industriales ricos sin pedigrí que se habían hecho tan importantes le desagradaban. Era un firme partidario de las autoridades, de la Iglesia —a pesar de que pensaba que la Inquisición se había vuelto muy permisiva con los años— y estaba totalmente en contra de los movimientos sociales, de las revueltas y del quebrantamiento del orden. Sus principios eran claros, pero la realidad es tozuda y Maldà

acabó justificando algunas actitudes de los menestrales y de la gente menuda de Barcelona cuando había malestar por las imposiciones de las autoridades. Sin embargo, no aguantaba a los franceses desde que, en julio de 1789, tomaron la Bastilla. ¡Y qué pensaría cuando le cortaron la cabeza a Luis XVI! Cuando llegó la guerra de la Independencia, Maldà se hallaba inmerso en una contradicción flagrante: por un lado, odiaba a los franceses, no por ser franceses, sino por ser ateos y liberales; pero cuando ve que muchas autoridades de Barcelona los apoyan porque así lo ha ordenado el rey, está totalmente desconcertado. Demasiado complicado para alguien con principios tan rígidos.

Además de explicar todo tipo de fiestas y celebraciones, de revelar cotilleos de los poderosos y de los no tan poderosos, de hablar mal de los burgueses, de los pobres, de los otros aristócratas y de todo el mundo que pasaba por delante de sus narices, el barón de Maldà detalló la intensa y profunda relación que tuvo con la comida, y en especial con el chocolate. El cacao lo volvía loco y, de hecho, sufría una verdadera adicción al producto. Se levantaba pronto justo antes de salir el sol, y pedía que le preparasen una jícara de chocolate que se tomaba acompañada de un vaso de agua fresca. Cuando ya llevaba un par de horas levantado y se había lavado y vestido, volvía a tomar chocolate y se ponía a escribir toda la mañana lo que había pasado el día anterior. Y una hora antes de cenar, otra jícara, una medida no demasiado precisa, que vendría a ser el equivalente a una taza de café expreso o a un vaso pequeño, es decir, unos 125 ml. Esta era su dieta normal de chocolate, pero a menudo saltaba por los aires por varios motivos. Por ejemplo, cuando reunía en casa a invitados para hacer tertulia, y esto lo hacía un par de veces por semana. Entonces, el chocolate circulaba de forma abundosa y se hace difícil decir cuántas jícaras tomaba el barón. También con motivo de cualquier celebración religiosa o mundana, el barón aumentaba la dosis de chocolate, siempre deshecho con agua o mojando en él pan, bizcochos de soletilla o sequillos. Si está escribiendo y le apetece, chocolate. Si se prepara

para ir a una boda o tiene que tomar el carruaje para salir, chocolate. Si tiene sed, mejor que nada, chocolate. Si sale de misa, chocolate. Si bosteza, chocolate. Si se aburre, chocolate...

No es de extrañar que el barón acabase con sobrepeso. Los últimos años de su vida, además, la dependencia del chocolate aún aumentó más porque se le cayó buena parte de la dentadura y solo podía comer alimentos triturados, que no le gustaban demasiado. El chocolate compensaba el poco sabor que tenían las comidas.

En su *Calaix de Sastre*, Maldà refleja sesgadamente los grandes acontecimientos que afectaron a Barcelona durante aquellos años. Explica, por ejemplo, el impacto de la Revolución francesa, que comportó la llegada a la ciudad de muchos sacerdotes franceses refractarios, religiosos que, a partir de 1790, se negaron a jurar la Constitución Civil del Clero, un texto que mostraba la sumisión del sacerdote a los principios de la Revolución. En un primer momento, los refractarios fueron recibidos con los brazos abiertos por una sociedad tan religiosa como la barcelonesa, pero enseguida causaron cierta decepción. Los religiosos franceses eran extremadamente orgullosos, se tomaban las atenciones que recibían como si fuesen una obligación de los anfitriones y todo les parecía poco. Una de las cosas que más indignaba a los catalanes era que los franceses no querían hablar otra cosa que francés y, como máximo, decían alguna frase en español, pero nunca en catalán. Cuando en 1793 estalló la guerra del Rosellón, o de la Convención, la actitud de estos religiosos fue especialmente desagradable con la gente que les acogía. La guerra tuvo lugar a ambos lados de los Pirineos, y los curas se quejaron de que los catalanes no hacían suficientes sacrificios. El barón de Maldà lo vivió mal, decepcionado como todo el mundo por la actitud de aquellos hombres de iglesia tan soberbios. Ya antes de estos sucesos no le gustaban los franceses, pero a partir de entonces experimentó un odio visceral contra ellos. Es de suponer que estos sentimientos eran ampliamente compartidos por buena parte de los catalanes y de los barceloneses.

Maldà era, ya ha quedado claro, profundamente conservador, pero eso no quita que no hallase profundamente groseros y vulgares a los militares castellanos que dominan la ciudad. Cuando en 1808 estalla la guerra de la Independencia, los militares españoles que están en Barcelona muestran, en general, un comportamiento que raya con la cobardía, claramente estúpido e incomprensible. Maldà lo consigna en el dietario que, a partir de aquel momento, pierde el tono burlón que lo había caracterizado y se vuelve progresivamente más amargo. La situación en Barcelona le resultaba tan penosa que pide permiso a las autoridades francesas y se marcha a sus posesiones en Vic, una ciudad que le desagrada porque está demasiado obsesionada con la religión, y eso a pesar de que él constantemente exclama y desea que vuelva la Santa Inquisición.

Los años anteriores a la guerra de la Independencia son muy movidos en Barcelona. Otro personaje capital de aquellos tiempos es Francesc Salvà i Campillo, que vivía cerca de Maldà, exactamente en la calle Petritxol, justo en el edificio donde ahora se encuentra una de las pocas chocolaterías que quedan en la ciudad. Campillo era un hombre brillante, un sabio, un científico conocido en todo el mundo y que, en cambio, ahora está casi olvidado. Fue el primero en hacer una previsión meteorológica en un periódico, el *Diari de Barcelona*, el diario europeo continental más antiguo de todos. Salvà era médico, pero también físico, químico, naturalista y escritor. Tuvo una vida muy prolífica y, por ejemplo, fue uno de los introductores de la vacuna contra la viruela en Cataluña. Lo que probablemente le dio más renombre fueron sus estudios sobre la comunicación a través de la electricidad. Hacía décadas que el estudio de la electricidad era el abanderado en el mundo científico europeo. No es casualidad que un poco más tarde naciese el mito romántico de Frankenstein, el monstruo que cobra la vida gracias al impulso eléctrico La electricidad era un misterio para muchos científicos, pero para los más pragmáticos se trataba de un fenómeno que podía tener aplicaciones my prácticas. Salvà i Campillo se dedicó a investigar cómo aplicar la electricidad a la comunicación.

En 1791 propuso un experimento de telegrafía que causó la admiración de la comunidad científica internacional. Salvà quería probar la conductividad del hilo de cobre y, si era posible, establecer un mecanismo para que los impulsos eléctricos transmitidos a través del cobre pudiesen servir para comunicar mensajes. Se inventó un sistema por el cual se tenían que extender cuarenta y cuatro hilos de cobre entre Barcelona y Mataró. En Mataró habría veintidós hombres, y cada uno de ellos debía atender dos hilos y tenía asignada una letra del abecedario. Cuando un hombre notaba que pasaba electricidad por su hilo, entonces debía anotarlo. Con este sistema, o sea, electrocutando a unos cuantos servidores, se podía llegar a enviar un mensaje inteligible. El sistema era ingenioso, aunque quizá poco práctico. Por ello, Salvà sofisticó el método y lo probó con otros objetos de su casa en la calle Petrixol. Salvà se dio cuenta de que cuando pasaba electricidad por las ancas de las ranas muertas, reaccionaban con una contracción. De este modo no era necesario poner a seres humanos que recibiesen la descarga eléctrica a través del hilo, bastaba con colocar ancas de rana a una cierta distancia con el fin de que el mensaje pudiese transmitirse. Cuando el anca de rana se contraía por efecto de la electricidad, quería decir que se había enviado una determinada letra del abecedario: Salvà incluso calculó cada cuánto había que cambiar las ancas de rana y llegó a la conclusión de que el gasto en batracios era muy pequeño y que el aparato resultaba muy económico.

Salvà adquirió gran fama. En 1798 fue llamado para hacer una demostración de su talento ante la familia real española. El hermano del rey Carlos IV, el infante Antonio, era muy aficionado a los cachivaches técnicos y llamaba regularmente a los científicos de más fama para que le hiciesen alguna demostración de sus inventos. Cuando después de un viaje agotador, Salvà llegó a Aranjuez, donde estaba la residencia de verano de los reyes, se encontró con la desagradable sorpresa de que otro científico, el canario Agustín de Bethencourt, ya había instalado una línea telegráfica eléctrica entre Madrid y Aranjuez. Salvà se quedó desconcertado porque no sabía

qué pintaba allí. Finalmente, se concentró en la línea ya instalada y la mejoró de tal forma que incluso pudo hacer una demostración ante toda la familia real. Al final, todo fue bastante inútil, pero el infante Antonio le compensó y le concedió el permiso real para fundar una academia de ciencias que sirviese para estudiar medicina en Barcelona, una disciplina, que como recordaremos, estaba desterrada en Cervera. Así pues, el viaje a Aranjuez no fue tan intrascendente ni inútil. Salvà aún tuvo tiempo de ser el primer catalán en viajar a bordo de un globo aerostático, en investigar la posibilidad de construir una nave submarina, en medir los meridianos, en inventar un horno eléctrico para cocinar o en construir barómetros de alta precisión. Su cuerpo está enterrado en el pasillo central de la iglesia del Pi, al lado de donde vivía e, inevitablemente, miles de barceloneses y también de turistas han pisado su lápida a lo largo de los años.

El «boom» de Barcelona

Tanto Salvà i Campillo como Maldà son hijos del *boom* de Barcelona. A finales de siglo, la ciudad ha triplicado la población anterior a la guerra de Sucesión. Dentro de las murallas viven unas cien mil personas, una cifra enorme para la relativamente escasa extensión del terreno ocupado. Las casas crecen, la industria algodonera también, y se han creado ya en Barcelona unas sesenta fábricas de hilados y de algodón. Todavía no hay grandes chimeneas industriales porque el maquinismo aún no ha llegado. Pero como en otras ciudades industriales europeas, en Barcelona existe un importante grupo de burgueses que se han enriquecido mucho junto a los aristócratas que han estado desde hace siglos en la cima de la pirámide social, y que ahora ven, tan aterrados como fascinados, la ascensión vertiginosa de esta nueva clase social. Como ocurre en otras zonas industriales europeas, muchos aristócratas comienzan a

adoptar los hábitos de la burguesía, al mismo tiempo que muchos burgueses adquieren títulos de nobleza. Una nueva oligarquía se prepara para sustituir a las viejas glorias del Antiguo Régimen.

Desde mediados de siglo, se ha conseguido, al principio de forma parcial y años más tarde por completo, que los catalanes puedan comerciar legalmente con las colonias americanas y, además, con barcos que zarpen de puertos propios, no necesariamente de Cádiz como hasta entonces ocurría. La pujanza comercial, ligada a la nueva eclosión industrial, provoca que muchas ciudades catalanas, la primera de ellas Barcelona, entren en una espiral de producción y comercio que acaba comportando que los productos catalanes lleguen a medio mundo. Esta prosperidad se ve truncada a consecuencia de la situación internacional que sacude a Europa y a sus colonias de todo el mundo.

La Revolución francesa se ha consolidado a base de mantener guerras durísimas con sus vecinos, incluso con algunos tan lejanos como Austria o Rusia. Esto supone un grave contratiempo para los Borbones españoles. La alianza española con Francia, que arranca de Felipe V, es la base de la política exterior del Imperio español, que en este momento se encuentra en un estado de debilidad extrema. Los barcos de guerra españoles, normalmente inmensos, son superados por los británicos y, como mínimo, igualados por los franceses. El adiestramiento de los marineros españoles es pobre, y se basa más en la disciplina que en las artes marineras. Como consecuencia de ello, los veleros españoles a menudo ejecutan sus maniobras de forma mucho menos diestra que los británicos y, por tanto, son derrotados con más facilidad en los combates navales. La situación del ejército no es mucho mejor, se fundamenta en los reglamentos prusianos, de extrema dureza con los soldados y muy anticuados respecto a tácticas y estrategias. Los franceses, incluso antes de la llegada de Napoleón al poder, han aprendido a superar a este tipo de ejércitos, a menudo con un coste humano impresionante. Además de ello, el sistema de elección de los

oficiales del ejército español es totalmente ineficiente, sobre todo en comparación con el francés, donde el mérito, y no la antigüedad o la nobleza de sangre, lo es todo.

A pesar de que al principio España se alía con el Reino Unido, con Austria y con otros países europeos para atacar a la nueva República francesa, los resultados de la guerra son agridulces. Aunque consiguen parar a la República, no logran ni mucho menos derrotarla. El coste para el ineficiente ejército español —un ejército dinástico— es muy alto y las deserciones se disparan. En Cataluña, los jóvenes se alistan con la ilusión de recuperar el Rosellón y la Cerdaña, pero muy pronto la actuación chapucera de los españoles acaba con las ilusiones.

Con el fin de la guerra, la política española vuelve a mirar a Francia. Oficialmente es Carlos IV el que lo hace, pero en realidad quien manda es una pareja atípica: la reina María Luisa de Parma y su amante, y primer ministro *de facto*, Manuel Godoy, un antiguo sargento de la Guardia Real que cautivó a la reina. María Luisa y Godoy toman decisiones que el débil carácter de Carlos IV no le permite tomar. A la larga, sin embargo, la pareja demuestra tener muy poca habilidad en las relaciones internacionales, sobre todo cuando se encuentran con que un pequeño general corso, Napoleón Bonaparte, ha tomado el poder en Francia. En 1800, pocos años después de la guerra del Rosellón, que les había enfrentado, España y Francia firmaron el Tratado de San Ildefonso, que los convertía de nuevo en aliados. En esencia, este tratado cede a Francia las posesiones españolas en América del Norte, a cambio de que en un nuevo reino, el de Etruria, al norte de los Estados pontificios, sea entronizado un sobrino de María Luisa. Un tratado posterior, firmado en Amiens, reafirma la alianza, pues permite recuperar Menorca para el reino de España, dejando cada vez más en manos de los franceses la política del Imperio español en decadencia.

Carlos y María Luisa no se han dado cuenta de que los tiempos han cambiado, y que las políticas dinásticas, con casamientos de príncipes y princesas, ya no aseguran ni las alianzas ni la continuidad

de los reinos. Desde la ejecución de Luis XVI, no hay ningún reino seguro, ni ningún gobernante que únicamente por la gracia de Dios pueda seguir en el trono. Con poca habilidad, María Luisa realiza maniobras para que sus hijos emparenten con los príncipes del reino de las Dos Sicilias. Se acuerda un doble casamiento y una gran celebración, a la que asiste también la familia real de Etruria. ¿Y el lugar para celebrarlo? Pues a mitad de camino de Madrid, Nápoles y Florencia: en la ciudad de Barcelona.

Una doble boda real en Barcelona

Barcelona es escogida en la primavera de 1802 para celebrar la doble boda real entre María Antonia de Borbón Dos Sicilias y Fernando VII, y Francisco I y la infanta María Isabel, pero nadie se lo comunica a las autoridades de la ciudad. Un miembro de la Junta de Comerç se entera porque, al parecer, era pariente de un servidor de la reina. Tan pronto como lo sabe se lo comunica a las autoridades, que quedan sorprendidas con la noticia. El capitán general, el alcalde, el obispo, todos preguntan a Madrid si aquella noticia es cierta o solo un rumor sin sentido. Cuando se les confirma que la llegada de la familia real está prevista el día 11 de septiembre —¡caramba, vaya fecha, por cierto!—, todo el mundo comienza a correr. La noticia es buena, tal como pasa en la actualidad cuando se produce un gran acontecimiento en la ciudad, a pesar de que haya que realizar una gran inversión y un esfuerzo personal enorme. A la larga, sin embargo, la ciudad gana dinero y prestigio. No todo el mundo, sin embargo, lo veía así. El barón de Maldà, en el *Calaix de Sastre*, escribe:

> Vuelve a resucitar la habladuría de si vienen nuestros católicos reyes a Barcelona, y si el motivo es el casamiento del serenísimo príncipe de Asturias y de la infanta de España, no sé si con el rey de Nápoles. Bienvenidos sean, si es así. Lo cierto es que ninguno estábamos para fiestas en el día, de tanta calamidad y guerra en la bolsa. En aquellos tiempos pacíficos, muchos nos hubiésemos alegrado. Mas no en estos turbulentos y de tan escasas pecunias

> y, las pocas, fuera del bolsillo, con tantos pechos a S. M. para aliviarlo en los ahogos con que se encuentra, de resultas de la guerra con Francia, y después con Inglaterra; de estar más presto de treguas o armisticios que no paces, no considerándolas duraderas que incluso se restableciese la monarquía en Francia con un rey legítimo, y que, si durase la república, siempre estaremos con recelos de que tornase otra vez la guerra.

Las autoridades barcelonesas enseguida se volcaron en el trabajo: realizaron redadas de maleantes, acondicionaron los caminos donde los carros sufrían accidentes, limpiaron las calles y las aguas del puerto; los mendigos fueron detenidos y los extranjeros expulsados; todo ello con el fin de causar una buena impresión. Las dos asociaciones que ahora llamaríamos empresariales también pusieron manos a la obra. La Junta de Comerç, donde se apuntaban los mercaderes y comerciantes, era bastante moderna, mientras que la Junta de Col·legis i Gremis tenía un carácter más conservador y agrupaba a aquellos barceloneses que mantenían el sistema gremial en funcionamiento. Un sistema, por cierto, que ya en aquellos momentos se consideraba herido de muerte y demasiado rígido y envarado para los tiempos que corrían. Como se puede imaginar, las dos asociaciones mantenían unas cordiales malas relaciones y la visita del monarca les ofreció una oportunidad para tratar de lucirse ante las autoridades y la familia real. Cada una actuaba por separado, y preparaban los festejos de la visita de forma discreta para que los otros no se enterasen de los detalles.

Finalmente, la familia real llegó a Barcelona, por vía marítima, la mañana del 11 de septiembre de 1802. La familia real de Etruria ya había llegado para participar en las fiestas; sin embargo, los reyes de las Dos Sicilias no se presentaron porque la situación internacional se había complicado, pues las tropas profrancesas amenazaban con invadir Nápoles y no era cuestión de que sus reyes se marchasen en un momento como aquel. Eso sí, enviaron a sus dos hijos, la princesa María Antonia de Nápoles, que había de casarse con el futuro rey Fernando VII, y el príncipe heredero

napolitano, Francisco de Nápoles, que se desposaría con María Isabel de Borbón. Todos eran primos, por lo que, una vez más, la sangre de los futuros Borbones no iba precisamente a mejorar. De hecho, cuando se conocieron, María Antonieta —quien, por cierto, era sobrina de la María Antonieta austriaca decapitada en París— se quedó horrorizada. Escribió una carta a su madre donde le explicaba el primer encuentro con Fernando de Borbón:

> Bajo de la carroza y veo al príncipe: creí que iba a desmayarme. Después del retrato que era más feo que bien plantado, pues bien, era un Adonis, estaba perturbado. He de recordaros que Santeodoro había escrito que era un muchacho agraciado, de espíritu noble y amable. Cuando uno está prevenido, encuentra el mal menor; pero yo creía eso, y me quedé totalmente espantada al ver todo lo contrario... Poco después, fuimos conducidos a nuestro alojamiento y rompí a llorar: lloré durante toda la noche, maldiciendo el día en que había consentido todo esto y a la persona que me había engañado; pero el mal ya estaba hecho y no había remedio alguno.

La reina de Nápoles, María Carolina, se quedó muy preocupada. En una carta posterior a uno de sus confidentes, la reina explicaba cómo era su yerno:

> El marido es feo de rostro, con una voz que espanta, y un completo estúpido.

La impresión que tuvo el príncipe de Nápoles, Francisco, al conocer a su futura esposa, la infanta María Isabel, también fue penosa. La princesa le pareció

> muy baja, gorda, riendo siempre sin motivo, hablando solo español, vacía por completo de ideas y de conocimientos.

Por su parte, María Antonia describió así a su futura cuñada:

> Subo y me encuentro con una bola que no me llega a la espalda, toda cuerpo y casi sin piernas, y con una cabeza de enano con ictericia. Imagínate el susto del pobre Francisco...

Lógicamente, todos estos comentarios no trascendió, aunque cabe imaginar que no pasase desapercibido para aquellos que asistieron a la reunión de los futuros esposos. En todo caso, el recibimiento del día 11 de septiembre fue espléndido. Después de bajar del barco, los reyes y su familia fueron trasladados en séquito por las calles de la ciudad. Entraron por el Portal de Sant Antoni, siguieron por la calle del Carme y llegaron a la Rambla. Toda Barcelona había salido a las calles para ver la comitiva y fue especialmente celebrado el arco de triunfo que la Junta de Comerç había construido al final de la Rambla. Cuando la comitiva llegó a la calle Ample, la gente de los gremios sacó a la luz su gran sorpresa. Habían construido un carro alegórico y espectacular. Según una crónica de la época:

> Construyóse pues a expensas de estos un carro de airosa delineación y exquisita escultura: todo dorado, y vestido de tela de plata: con almohadas de terciopelo carmesí en el pesebrón cubierto de tisú de oro. Sobre el juego delantero se representaba la fidelidad barcelonesa en un perro que, con una llave en la boca, y apoyándose sobre el escudo de Barcelona, la clava de Hércules, y la piel Nemea, volvía su cabeza hacia atrás mirando el León, que tenía entre sus garras dos globos y significaba el Monarca de España, Señor de dos mundos.

La familia real subió al carro, pero la sorpresa aún no había terminado. Todo el mundo esperaba que apareciesen los caballos que debían tirar del carro, pero no fue así. Los mismos miembros de los gremios, vestidos con los mejores trajes tradicionales que tenían, se colocaron delante y tiraron del carro como muestra de sumisión a los monarcas. La gente que lo veía no podía creerlo: era la muestra de sumisión más servil que se había visto en Barcelona desde hacía siglos, si es que alguna vez se había visto alguna similar. En todo caso, y como era de esperar, a los reyes les encantó el servilismo de aquellos barceloneses que les llevaron en carro hasta el Palau Reial.

Todos los monarcas, príncipes herederos, infantes y aristócratas de todo tipo se quedaron unas ocho semanas en Barcelona. Carlos IV era muy aficionado a la caza, y a menudo fue a cazar a Montjuïc

y a Pedralbes, pero no tuvo mucho éxito, tan solo algunas perdices y liebres. Por esa razón, cambió la caza por la pesca y, acompañado por el almirante Gravina, salió en una barca a ver qué picaba. Aparte de todo esto, se hicieron fiestas, misas, paseos, representaciones teatrales, toros, conciertos... La salida que tuvo más repercusión fue la que hicieron el 18 de octubre de 1802 a una finca del marqués de Lupià i Alcanàs, situada a las afueras de la ciudad. La finca en cuestión es hoy un parque público del barrio de Horta, y es inconfundible porque en sus jardines hay un laberinto vegetal. En la actualidad, aún se conserva una placa de mármol que recuerda la visita.

La guerra del Francés

La celebración no podía esconder la situación internacional que se vivía en Europa. Cuando se celebraron las bodas, Inglaterra ya había declarado la guerra a Francia. Unos meses después, la debilidad de la monarquía española hace que ceda por completo ante Napoleón, que está a punto de proclamarse emperador, y comienza una alianza desastrosa. Al año siguiente, los barcos ingleses, medio a escondidas, acechan constantemente a los mercantes españoles, hasta que los Borbones declaran la guerra a Inglaterra. En 1805 las Armadas francesa y española son derrotadas por la Armada británica cerca del cabo de Trafalgar, en Cádiz. La derrota naval en Trafalgar y las victorias terrestres francesas en Ulm y en Austerlitz determinan el rumbo de la guerra durante los años siguientes: los franceses dominarán el continente, mientras que los británicos serán los amos del mar. Esta situación es muy negativa para Barcelona, que vive en buena medida del comercio marítimo. El bloqueo de los ingleses, que han vuelto a quedarse con Menorca, debilita el comercio catalán. Los ingleses atacan mucho más a los barcos mercantes catalanes que a los buques españoles, que son muy pocos y apenas se atreven a salir de la base naval de Cartagena. Aun así, no se

genera en Barcelona una corriente de odio contra los ingleses, aliados durante muchos años de los comerciantes y mercaderes. Más bien se culpa a los franceses, por descreídos, inmorales, republicanos, prepotentes y, sobre todo, por el simple hecho de ser franceses, que era una condición odiosa para cualquier catalán en vista de cómo se habían comportado históricamente con el país.

Mientras tanto, la monarquía española se hundía por momentos. El dominio de Godoy sobre los reyes es censurado por todo el mundo. El rey cada día está más idiotizado, obsesionado en coleccionar y reparar relojes. Su hijo odia a sus padres y vive en un estado de irritación permanente, en parte, según se ha sabido posteriormente, porque sus apetitos sexuales no eran suficientemente bien satisfechos, según su opinión. Su primera mujer, María Antonia, había muerto de tuberculosis, y él se había casado de nuevo. Al parecer, Fernando poseía un pene enorme que producía heridas vaginales a las mujeres con las que compartía el lecho. Este hecho, unido a que padecía halitosis y una tendencia clara a ganar peso y volumen en lugares inadecuados, no lo hacía feliz. Después de un motín popular, Carlos IV abdicó en su hijo Fernando VII. Napoleón, que era muy listo, sabía de la desavenencia entre los reyes y su heredero, y realizó una maniobra que le salió, inicialmente, muy bien. Los convocó a todos en Bayona y convenció, en primer lugar a Carlos, de que si algún día recuperaba el trono lo tenía que ceder a un nuevo heredero, que sería el hermano de Napoleón, José. Después convocó a Fernando y lo amenazó; como el nuevo rey era un cobarde, se asustó y volvió a ceder el trono a su padre que, de inmediato, lo entregó a los Bonaparte. De este modo, la familia real abdicaba por partida doble y se disponía a pasar un exilio lujoso del que pensaban que nunca volverían.

Con la corona española en las manos, Napoleón intentó ocupar las principales plazas fuertes españolas. Con la excusa de una posible invasión en Portugal, aliado de Inglaterra, los franceses introdujeron tropas en la península. El 9 de febrero de 1808, con la connivencia de las autoridades españolas, entre doce y quince mil

infantes y unos mil quinientos soldados de caballería, pertenecientes al denominado Cuerpo de Observación de los Pirineos Orientales, atravesaron la frontera entre Francia y España por La Jonquera. Los soldados eran de calidad muy diversa: la mayoría eran italianos y franceses de leva reciente, mientras que buena parte de los oficiales eran veteranos. Aun así destacaban por su calidad el cuerpo de Vélites de la Guardia Real Italiana, los escuadrones de coraceros y la artillería a pie. El comandante de todos aquellos soldados era el general de división Guillaume Philibert Duhesme, veterano de las campañas del Rin y de la segunda campaña italiana, donde había participado en la batalla de Marengo.

Duhesme tenía órdenes de llegar hasta Barcelona y ocuparla bajo el pretexto de esperar el embarque de las tropas para dirigirse hacia Cádiz, donde, en teoría, sería destinado a la invasión de Portugal por el sur, o bien a un pretendido intento de tomar Gibraltar, en manos inglesas. El general francés llegó a Mataró el 12 de febrero y envió un emisario al capitán general español con sede en Barcelona para anunciarle su llegada, amparado en la condición de aliado de la Corona. El capitán general era José Ezpeleta, conde de Ezpeleta, que acababa de llegar a la ciudad para tomar posesión del cargo. Quizá por este hecho, o tal vez debido a que ya era un hombre mayor, o por cualquier otra razón, Ezpeleta no supo reaccionar adecuadamente al requerimiento de Duhesme, un hecho bastante habitual durante aquellas primeras semanas de entrada de las tropas napoleónicas en las diversas capitanías generales en las que estaba dividida la parte española de la península. Ezpeleta contestó a través de un emisario de una manera habitual entre funcionarios: no podía decidir nada sin permiso de sus superiores que, en el caso de un capitán general, solo podía querer decir de la Corte. Duhesme no hizo caso del mensaje, simplemente lo ignoró, puso en marcha las tropas y decidió entrar en Barcelona por la fuerza. Ezpeleta consintió *au fet accompli* y destinó los cuarteles de la guarnición de la ciudad para que se alojasen las tropas francesas.

Los dos principales bastiones de defensa y de control de Barcelona, el castillo de Montjuïc y la Ciutadella, se reservaron para alojar únicamente a tropas españolas.

Al día siguiente de la llegada a Mataró, el 13 de febrero, a primera hora de la mañana, las tropas imperiales emprendieron el camino de Barcelona y hacia las tres de la tarde entraban por el Portal Nou. Aquel día llegó a la ciudad tan solo una parte de la división francesa, encabezada por el general Duhesme y por su segundo, el general italiano Lechi. Los cinco mil cuatrocientos hombres y los mil ochocientos caballos que les acompañaban se alojaron en los cuarteles dels Estudis, de Sant Agustí y de la Barceloneta. Los oficiales fueron a parar a casas de particulares, mientras que Duhesme fue acogido por el regidor decano del Ajuntament de Barcelona, el marqués de Vilell, que vivía en la calle de Banys Nous.

¿Y cómo sabemos todo esto? Pues gracias, sobre todo, a Raimon Ferrer, un testigo magnífico, un hombre que resultará clave para el conocimiento de todos los acontecimientos que se van a producir durante la guerra de la Independencia en Cataluña y, muy especialmente, en la ciudad de Barcelona durante la ocupación, que se alargaría durante unos seis años. Raimon Ferrer era sacerdote del Oratori de Sant Felip Neri, cosa que le imprimía un especial carácter, ya que los oratorianos se constituían en pequeñas comunidades, autónomas unas de las otras, que seguían el ejemplo de la vida de san Felipe Neri y estaban profundamente arraigadas en el país. En una época en la que se buscaba forzar la desaparición de la lengua catalana en el culto religioso, los oratorianos se mantuvieron firmes en su uso. Por otro lado, los oratorianos, y en especial los barceloneses, buscaban un diálogo religioso permanente entre sacerdotes, laicos y frailes, a excepción de jesuitas y dominicos. Esto les había hecho especialmente proclives a rodearse de las corrientes de la sociedad, de los cambios que se producían entre los sectores católicos que participaban en los diálogos a través de las Escuelas de Cristo. Los diálogos eran limitados, ya que no existía la posibilidad,

ni tan siquiera la intención, de abrir la discusión a todo tipo de preguntas. Básicamente oraban juntos, hacían ejercicios de ascesis, confesiones públicas, etcétera. En Barcelona, estos ejercicios se complementaban con charlas que intentaban subrayar los lazos con la diócesis y su catalanidad.

En este ambiente intelectual y religioso, no es extraño que surgieran entre los miembros del Oratori algunos sacerdotes que destacaron en el cultivo de las letras y de la historia. El más importante de ellos fue Raimon Ferrer, el sacerdote que la tarde del 13 de febrero de 1808 vio con sus propios ojos la entrada de las tropas francesas por el Portal Nou. Ferrer sabía que los napoleónicos se habían presentado en Barcelona de forma inesperada, y que la Corte había dado permiso para una estancia de tres días, mientras llegaban los transportes. Cuando el desfile terminó, los franceses hicieron una cosa sorprendente:

> Ha hecho alto toda la Division en la Plaza de Palacio y muralla del mar, desde cuyos puntos han enviado guardias a todas las Puertas de la Ciudad, con más fuerza que las que allí tiene la Plaza: ejecutando lo propio con el cuerpo de guardia principal de la Ciudadela. Esta novedad no ha dejado de extrañarse muy mucho, por más que sepamos vienen de tránsito para Cádiz.

Los franceses venían para quedarse.

El testimonio de Ferrer está extraído de su obra *Barcelona cautiva, o sea diario exacto de lo ocurrido en la misma Ciudad mientras la oprimieron los franceses, esto es, desde el 13 de febrero de 1808, hasta el 28 de mayo de 1814*. Ferrer no oculta que su condición religiosa y, ya durante el conflicto, el hecho de haber sido nombrado vicario de la parroquia de la iglesia dels Sants Just i Pastor, con jurisdicción sobre las prisiones reales y las Drassanes, le permite gozar de una situación privilegiada para saber detalles de los hechos que suceden durante los años de ocupación. Ferrer mantiene esta perspectiva hasta pocos meses antes del final de la ocupación, cuando es expulsado por el gobernador francés por ser

sospechoso de desafección. El método de elaboración de los siete volúmenes de *Barcelona cautiva* nos permite confiar en la veracidad de sus afirmaciones. El mismo Ferrer explica en el prólogo:

> [...] a fin pues de no engañarme ni engañar a los demás en estas y demás noticias de mi Diario, observaba el método siguiente: apuntaba cada día en un papel volante cuanto ocurría digno de notarse, averiguaba y preguntaba sobre el particular en los dos o tres días siguientes, y al 4.º o 5.º lo extendía en mi Diario. No quiero por esto decir que no haya deslizado en algo, y no me hayan vendido alguna vez gato por liebre, y que yo haya hecho inocentemente lo mismo (en alguna ocasión)...

Este deseo de veracidad se prolongará durante los ciento diez últimos días de ocupación de Barcelona, mientras Ferrer está lejos de la ciudad y, cuando, a su regreso, tiene que rehacer la crónica de los acontecimientos con sus propias anotaciones e interrogando a distintos testigos oculares.

Ferrer vivía intensamente, en su doble condición de sacerdote y de cronista, la vida ciudadana bajo los napoleónicos. Gracias a él, y también a otros testigos, más parciales, podemos entender el terrible malestar que reinaba entre los ciudadanos barceloneses. El siglo XVIII había acentuado la sumisión del reino español a Francia. La alianza entre el reino de España y el Imperio francés, ratificada por el Tratado de Fontainebleau en 1807, no borraba el recuerdo que había quedado en Cataluña de los estragos que padeció el territorio durante la guerra del Rosellón. Francia y su Revolución no eran, sin duda, demasiado populares en Cataluña. La llegada de las tropas de Duhesme fue saludada con una inquietud general. El tráfico comercial se paró, los navíos abandonaron el puerto y las fábricas cerraron ante la incertidumbre de la situación. Los incidentes con los soldados napoleónicos se fueron sucediendo, especialmente en la Barceloneta, donde se habían situado los soldados provenientes de Nápoles, aficionados al robo.

El general Duhesme, que moriría a manos de los húsares prusianos al final de la batalla de Waterloo después de haber comandado la Joven Guardia, dejó unas memorias no muy extensas centradas en la campaña de Cataluña. Duhesme, que habla de sí mismo en tercera persona, como es bastante habitual en la época, da una visión de los acontecimientos muy distinta de la de Ferrer, plagada de inexactitudes en los detalles. El general francés no explica en ningún momento que la entrada en Barcelona se haga bajo la excusa de un futuro embarco hacia Andalucía. Según él, sus órdenes eran apoderarse de la ciudad y así lo hace, aunque sea con la sorprendente complicidad de Ezpeleta. De todos modos, el hecho de que el capitán general aloje a los soldados napoleónicos fuera de las dos principales fortificaciones, Montjuïc y la Ciutadella, no le satisface:

> El general Duhesme, previendo de lejos los acontecimientos que pudiesen afectar a la seguridad de sus tropas, habría deseado que los hubiesen alojado en la Ciutadella, o en Montjuïc, pero el capitán general hizo entrar allí a la mayor parte de su guarnición, y dejó los cuarteles de la ciudad para alojar a tropas francesas. Estas tropas, repartidas entre diversos cuarteles, no tenían otro lugar tan seguro como el pequeño fuerte de las Drassanes, donde se alojaron cuatro batallones.

Durante las dos semanas siguientes, las relaciones entre barceloneses y soldados españoles, por un lado, y los soldados napoleónicos, por otro, serán muy tensas. Duhesme comenta que «nuestros soldados no podían pasear por la ciudad sin peligro». Un tambor mayor del regimiento de las tropas imperiales es fusilado públicamente por el general francés por haber traspasado con su sable a dos tenderos.

Los franceses, según Ferrer, solo tenían permiso para una estancia de tres días, pero las tropas no mostraban ninguna intención de irse. El lunes de Carnaval, el 29 de febrero, la situación daría un vuelco.

Duhesme explica que, ante la tensión de la situación, escribió a París para pedir permiso para ocupar militarmente la ciudad y tomar el control. El día 28, Duhesme se reúne con su segundo, el general Lechi, para preparar la toma de las dos fortalezas. Es entonces cuando recibe la respuesta que estaba esperando, un comunicado del ministro de Guerra francés, el duque de Feltre, que le transmite unos comentarios inquietantes de Napoleón: el emperador da por supuesto que las tropas francesas ya controlan Barcelona, cosa que no es cierta.

El comandante francés decide actuar aquel mismo día. Aprovechando que celebra una parada militar con un regimiento de granaderos —los soldados de asalto— en la Esplanada, el paseo situado delante de la puerta de la fortaleza de la Ciutadella, entra por sorpresa en el recinto a toque de tambor con todos sus hombres, como si continuasen haciendo el desfile ceremonial. En unos instantes, se apodera del cuartel y de las fortificaciones, con gran sorpresa de los militares españoles, que no se esperaban el engaño. A partir de este momento, y aunque formalmente los franceses no controlen la ciudad, pues continúa bajo administración española, Duhesme domina la situación.

El control de los franceses no se puede basar exclusivamente ni en los soldados imperiales ni en los funcionarios civiles que les acompañan. La voluntad de Napoleón era permanecer en la península, con un monarca de la dinastía, su hermano José, y con la anexión del Principat al Imperio. Por esta razón, desde los primeros instantes, el general Duhesme y el comandante de la plaza, el general Giuseppe Lechi, pusieron a su servicio a diversos habitantes de Barcelona y a todos aquellos funcionarios que no se resistían. El más destacado es Ramon Casanova, que el 15 de abril de 1808 es nombrado jefe de policía.

Casanova era un abogado barcelonés de cincuenta y dos años de edad, suegro del nuevo regente colaboracionista, que trabajaba como agente de negocios cuando se produjo la invasión napoleónica. Cuando llegaron las tropas francesas a la ciudad,

Casanova se puso inmediatamente a las órdenes de los invasores, posiblemente para mantener su elevado tren de vida, motivado entre otras cosas por los numerosos gastos que le ocasionaban las relaciones que mantenía con una mujer de la alta sociedad. Cuando el general Duhesme fuerza a Ezpeleta a crear una junta de policía destinada a prevenir y reprimir los actos subversivos contra los franceses, Casanova es nombrado comisario general el 30 de julio de 1808. El nuevo comisario se revela como un hábil depredador del dinero de los barceloneses; controla la expedición de pasaportes, impone multas por razones diversas, otorga permisos para actividades poco toleradas como el juego, etcétera. De todas estas actividades sacará provecho, y especialmente de los saqueos de las casas de los opositores al Imperio. Estas extorsiones le permiten fijarse un sueldo astronómico de ochocientas pesetas al mes, y repartir generosamente dinero entre los oficiales franceses, especialmente a los generales Duhesme y Lechi. Este último será su socio en muchas de las actividades de represión y saqueo que emprenda durante su mandato.

La policía comandada por Casanova, aunque torpe en muchos sentidos, tiene un papel clave en la represión de los opositores. A partir del mes de mayo, cuando las relaciones ya difíciles entre las autoridades españolas, los militares franceses y el pueblo estallen, Casanova y sus hombres se convertirán en la mano civil que persiga y reprima a los barceloneses. A finales de aquel mes, después de las noticias llegadas de Madrid y de la represión, la situación de Barcelona se convierte en explosiva. El día 23, los carteles colgados en las calles que anuncian las abdicaciones de Bayona son destrozados. El 31 de mayo, ante el conflicto creciente en las calles de la ciudad, el general Duhesme ordena apoderarse de las estructuras militares de Barcelona que aún no estaban bajo su control; en concreto el arsenal, los polvorines y las baterías de la costa. Ezpeleta, colaborador de los franceses, organiza rondas con los pocos soldados que le quedan para mantener el orden dentro de las murallas.

Por si alguno no lo tenía claro, ahora ya es evidente. Pocas semanas después de la entrada de las tropas napoleónicas en la capital de Cataluña, estas han pasado a tomar el control de la ciudad y a imponer su ley a los barceloneses. En poco tiempo, esta situación se repite en todas las ciudades principales del Estado, con más o menos oposición y malestar por parte de las autoridades y de la población. Durante los meses de mayo y junio de 1808, las revueltas estallan y se pasa a una situación de guerra real. Muchos barceloneses se fueron de la ciudad, huyendo de las extorsiones y de la violencia de los soldados napoleónicos y de sus ayudantes.

La autoorganización de los civiles en todo el Estado, con la creación de las Juntas con el fin de establecer una administración precaria basada en los restos del Antiguo Régimen y con el impulso de aquellos que se levantaron contra los invasores, generó una situación, especialmente en Cataluña, realmente complicada de entender por parte de los dos bandos: en el lado napoleónico, porque la resistencia que encuentran por parte de un ejército que habían considerado, con razón, poco eficaz y de una población desarmada es muy superior a la que esperaban. Por el bando patriótico, porque la divergencia de intereses, anhelos y motivaciones de sus integrantes dan lugar a una cierta desorganización y a reticencias y desconfianzas entre sus componentes.

Entre los meses de junio y julio se producen enfrentamientos armados por todo el Estado con malos resultados para los franceses, que sufren distintas derrotas simbólicas, como la del Bruc, y, sobre todo, una realmente importante, la de Bailén, el 19 de julio de 1809, la primera vez que un Cuerpo de Ejército francés es derrotado en el campo de batalla. El impacto de esta derrota, más la insurrección generalizada en toda la península, lleva a los franceses a retroceder. Incluso el rey José, ante la inseguridad creciente, abandona Madrid.

En este momento de retroceso francés generalizado, se nombra en Cataluña un nuevo capitán general, Joan Miquel de Vives. Vives se revela como un militar poco resolutivo. Emprende un torpe sitio

de Barcelona. A pesar de que las fuerzas francesas dentro de la ciudad nunca fueron muy numerosas, no era factible plantearse un sitio que acabase con el asalto y la toma de la ciudad, entre otras razones porque había demasiados soldados franceses fuera de la murallas que podían desbaratar los esfuerzos de los atacantes con facilidad. Por ello, desde un primer momento estaba claro que, si los barceloneses y los patriotas querían recuperar la capital de Cataluña, tenían que plantearse una acción conjunta entre los habitantes de la ciudad y las fuerzas exteriores. Las tres conspiraciones principales que intentaron apoderarse de Barcelona siguieron, a grandes rasgos, esta estrategia. El padre Ferrer describe un buen número de actos de resistencia entre los barceloneses, hartos de la sangría constante de dinero, el maltrato y el despotismo de las autoridades francesas y de sus subordinados locales. Durante el mes de agosto se organizan reuniones de comerciantes y próceres barceloneses, donde se estudian alternativas para acabar con el dominio napoleónico. Estas primeras conspiraciones no cuajan, en buena medida porque la situación de las fuerzas patrióticas fuera de las murallas no invita a confiar en su ayuda. Además, tal como relata Ferrer:

> Es mucha la gente de rango (tanto seculares como eclesiásticos) que se marcha para evitar una tropelía, lo que si bien entristece, pero es para reír los trajes que muchos han tomado para huirse. Quien arreando un borrico, quien con un barrilón al hombro en ademán de ir por vino, quien hecho una miseria remedando un pordiosero, quien en traje de pescador, quien ensuciado con las basuras de los estercoleros. No ha faltado comerciante que lo ha verificado dentro de un tonel. Tal es el concepto, en que todos tienen a nuestros húespedes, y cuán poco se fían de ellos, pero no todos consiguen su intento en la fuga.

Muchos de los que se van son, también, los que más inquietos y más exaltados se han mostrado respecto a la posibilidad de sublevarse contra los franceses.

Esta debilidad de la primera conspiración, apenas sospechada por las autoridades francesas, explica que, a pesar de que en los asuntos militares las cosas no estén yendo bien para los franceses,

con el primer fracaso ante Girona y el giro contrario de los acontecimientos militares en la península, Barcelona no consiga quitarse de encima el dominio ajeno. El retroceso será general. Y ello provocará que el mismo Napoleón intervenga personalmente con su *Grande Armée*. Al frente de cuarenta y cinco mil soldados de élite, consiguen restablecer en Madrid la corte de José I, su hermano, después de la batalla de Somosierra (30 de noviembre). En Cataluña la *Grande Armée* no lo intenta. Sin embargo, la importancia que Napoleón da a la situación catalana se evidencia en que envía todo un Cuerpo de Ejército, el Séptimo, bajo las órdenes de un general de división, Gouvion de Saint-Cyr —años más tarde nombrado mariscal—, con fama de eficaz en su profesión y de poco disciplinado con sus superiores. Saint-Cyr se muestra mucho más efectivo, en términos militares, que Duhesme y derrota a las unidades del Ejército español, combinadas con los migueletes —*miquelets*, los soldados catalanes— en distintas ocasiones, especialmente en Cardedeu y en Molins de Rei, y refuerza la posición de los imperiales dentro de la ciudad de Barcelona. La aparición de Saint-Cyr en Barcelona pone en cuestión la manera despótica de ejercer el poder de Duhesme y de Lechi en la ciudad, pero pronto el futuro mariscal se desentiende y, en la mayoría de las ocasiones, les deja hacer. Para los barceloneses la llegada de este nuevo mando militar imperial no supone, por tanto, cambios sustanciales.

Saint-Cyr había llegado a Barcelona en pleno sitio de Vives y justo en el momento en que la policía había conseguido desbaratar los primeros intentos de llevar a cabo una conspiración que permitiese el paso de las tropas españolas que cercaban la ciudad. El 26 de noviembre, los españoles hicieron una tentativa de asalto que, una vez más, no tuvo éxito. Al día siguiente, algunos ciudadanos huyeron, temerosos de ser detenidos como conspiradores, pero los franceses arrestaron a algunos de ellos. En casa del impresor Riera, uno de los detenidos, los soldados encontraron armas, cartuchos y escarapelas con el nombre de Fernando VII. Todo fue requisado y, además, se vació la casa de

libros, herramientas y muebles. Duhesme estaba convencido de que dos de los huidos eran los inspiradores del ataque español; por ello, mandó derruir la casa del abogado Albert. Finalmente, el 17 de septiembre, Saint-Cyr entra en la ciudad. El futuro mariscal veía Barcelona desde un punto de vista exclusivamente militar. Las medidas que tomó se enmarcan dentro de esta visión. Las intervenciones policiales o administrativas continuarían, primordialmente, en manos de Duhesme y de su segundo, Giuseppe Lechi.

Durante los primeros meses de 1809, y todavía con la presencia durante las dos primeras semanas de enero del emperador Napoleón en España, la situación militar vuelve a sonreír, en general, a los franceses. La intervención de Bonaparte ha conseguido romper la columna vertebral de los ya de por sí poco vertebrados ejércitos españoles. Por otro lado, la expedición británica es repelida y se ve obligada a huir por el puerto de La Coruña. Aun así, las partidas de guerrilleros operan en distintos lugares de España.

En Cataluña, la aparición de Saint-Cyr y el apoyo a uno de los generales ya presentes, Joseph Chabran, permiten a los napoleónicos controlar el territorio, aunque con verdaderas dificultades ya que la actividad de las partidas de somatenes es muy intensa y, además, la flota inglesa obstaculiza el paso de los soldados imperiales cerca de la costa. Todo ello comporta que en la práctica los franceses solo sean amos del terreno que pisan. Controlar, por tanto, las plazas que ya ocupan se convierte en un objetivo fundamental. En este sentido, el control sobre la ciudad de Barcelona se hará aún más férreo, ya que son muy conscientes de su importancia, como así mismo lo son los patriotas. A pesar de las derrotas, el capitán general Vives consigue aproximar la guerra progresivamente a las cercanías de Barcelona, especialmente durante las últimas semanas de febrero y las primeras de marzo. En este contexto, algunos barceloneses idean un plan para intentar que las tropas patrióticas entren por sorpresa en la ciudad.

El 3 de marzo, Ferrer explica:

> Se ha introducido hoy, por las puertas de esta ciudad, una notable cantidad de pólvora para el día de la redención, que no está lejos. La que se tenía y guardaba desde el diciembre último, se había humedecido. Van igualmente alistándose, con tanto sigilo como riesgo, varios jóvenes barceloneses para la santa conspiración que va a reventar en breve. No se continúan los nombres en lista por no comprometer a nadie caso que se descubriese algo. Por ahora, gracias a Dios, nada se ha traslucido.

Al día siguiente, Ferrer explica cómo se están introduciendo desde fuera de la ciudad armas que se almacenan en el Hospital de la Santa Creu, en el interior de los ataúdes, así como en las literas que se usan para trasladar a los enfermos. Estas armas las utilizarán los soldados convalecientes en el Hospital cuando estalle la conspiración.

Ferrer no concreta, antes de hora, en qué consistirá la conspiración. Solo cuando está a punto de estallar, el lunes 6 de marzo, ofrece algunos detalles. El cronista relata cómo los habitantes de las casas más cercanas al mar se van al atardecer, ya que esperan que los navíos de guerra ingleses, que están muy cerca de Barcelona, disparen contra la Ciutadella, el fortín de Sant Carles, la Llanterna y las Drassanes. Los conspiradores consiguen que la guardia de alguna de las puertas se comprometa. Se introducen armas y pólvora utilizando medios de lo más estrafalario; aprovechando, por ejemplo, el traslado de una mujer a punto de dar a luz. Se planifica cómo tenían que distribuirse las tropas españolas en torno a la ciudad, qué puertas deberían ser atacadas desde dentro y por el exterior, el papel de la flota inglesa, etcétera. A las tres de la madrugada tenía que prenderse una gran hoguera en Malgrat, que serviría como primera señal para la flota inglesa de bloqueo, que en ese momento dispararía sus cañones. Esta sería la señal definitiva de que se iniciaba la toma de la ciudad.

Pero la hoguera no llegó a encenderse nunca. Una tempestad inesperada disuadió del ataque a los mandos del ejército, ya que la lluvia y el viento dificultaban la concentración de tropas e

imposibilitaba el apoyo efectivo de la flota inglesa. Ferrer lo narra así:

> La tan deseada acción de anoche no ha podido efectuarse por haberse movido inesperadamente un recio viento al Este, que ha obligado a las fragatas inglesas a alargarse a la mar, y por no haber podido llegar de Mataró, y vadear el río Besòs por causa de la lluvia, los migueletes y somatenes que debían verificarlo por aquella parte. Cuán sensible haya sido este accidente a los verdaderos conspiradores, que hechos todo ojos, no cesaban de mirar la señal convenida, no es fácil columbrarlo, sino al que conozca a fondo la barbarie de las tropas que oprimen a Barcelona, cuyos jefes nada más anhelan que dar un día que sirva de escarmiento.

La conspiración, por tanto, acabó siendo un fiasco. De hecho, la culpa del fracaso no fue de la tempestad, sino de la descoordinación. Hasta tal punto fue así que los soldados del coronel Joan Clarós, desconocedores de que no se había dado la señal, atacaron el Portal de l'Àngel con un resultado desastroso. Este pequeño ataque movilizó a las tropas francesas dentro de la ciudad. Los centenares de conspiradores sufrieron, al no saber qué era lo que había sucedido, ni si el complot había sido descubierto. Muchos de los que en él participaron huyeron de la ciudad en las horas siguientes, y otros tantos se encerraron en sus casas.

Aun así, no se produjeron detenciones significativas. Los franceses, a pesar de que muy probablemente dedujeron que se había producido algún tipo de complot, no alcanzaron a comprender la importancia de la conspiración, ni tampoco la torpeza con la que los conspiradores la habían llevado a cabo. Durante los días siguientes, la policía de Ramon Casanova detiene y lleva ante el general Duhesme a muchos barceloneses, muchos de ellos sacerdotes o monjes de la ciudad. Desde el primer momento, Duhesme muestra un ánimo anticlerical que, como es lógico, sobrecoge al padre Ferrer.

De hecho, las detenciones y sospechas de las autoridades no se concretan en nada realmente serio, pero sirven de alerta de que muchos barceloneses desean expulsar a los franceses de la ciudad.

Prueba del nerviosismo que sufren las autoridades es que, entre otras medidas, se prohíbe volar cometas desde las azoteas:

> Bando por el cual se prohíbe el soltar desde los terrados cometas vulgo gruas, porque con ellas no se hagan señas a los ingleses: En todos tiempos se ha prohibido que en los terrados de las casas de esta ciudad se soltasen cometas, vulgo gruas, por los peligros que de ello se había experimentado. En la actualidad se hace más necesaria dicha prohibición; porque la osadía de algunos se ha valido de este medio para hacer señas a los enemigos de afuera, y particularmente a los ingleses, pintando ciertas figuras en las cometas, que aunque de nada sirven, se ve la mala intención de muchos de estos vecinos.

No sabemos en qué momento los conspiradores quisieron repetir, de manera más apropiada, el intento fallido. En marzo, el error había sido la descoordinación entre las fuerzas del interior de Barcelona y las del ejército externo. Parecería lógico, por tanto, que fuese precisamente en este aspecto donde los nuevos conspiradores pusiesen toda su atención. Sin embargo, como veremos, no fue así. A pesar de lo relatado en la crónica de Ferrer, es probable que los errores de los conspiradores fuesen más allá de esa falta de comunicación entre las dos fuerzas, aunque no tenemos noticias de las discusiones previas al intento del mes de mayo de 1809. Probablemente, la falta de coordinación entre las fuerzas exteriores e interiores de la ciudad de Barcelona se podría apuntar, de nuevo, como la causa del fracaso. Como consecuencia de la enfermedad del general Reding, que acabaría provocándole la muerte, la Junta Superior deja provisionalmente el mando en manos del general Coupigny, a pesar de que a quien desean tener al frente es al general Blake, que, sin embargo, no se puede incorporar hasta más tarde. Ante la desconfianza de la Junta, Coupigny apenas atiende a las órdenes que le llegan de los responsables políticos, lo cual podría haber provocado el fracaso de la conspiración.

A finales de marzo, muchas familias que habían huido a consecuencia de las conspiraciones de otoño y de principios de aquel mes comenzaron a regresar. Las autoridades francesas no las

importunaron, probablemente porque desconocían el alcance, o incluso la existencia de dichas conspiraciones. La *única precaución que tomaron los imp*eriales fue minar el Portal de l'Àngel, donde se había producido el ataque fallido del general Copons. Las obras se llevaron en secreto, pero, casualmente, participó en ellas uno de los conspiradores, con lo que tuvieron muy claro que el siguiente ataque no podría planificarse por aquella zona.

Gouvion Saint-Cyr tenía más interés en las operaciones estrictamente militares que en el gobierno de la ciudad de Barcelona. Su objetivo primordial era conquistar Girona, la villa que le impedía tener una línea de suministros, directa y sin peligros, hasta Francia. Girona se le había resistido anteriormente al mismo Duhesme, razón de más para que Saint-Cyr la quisiese conquistar cuanto antes mejor. Saint-Cyr tenía la intención de dirigirse a Vic, establecerse allí unas semanas y preparar todo el tren de artillería, así como los suministros necesarios para afrontar el sitio, que se preveía complicado. Sin embargo, antes de dejar Barcelona quiso imponer su sello: ordenó que las autoridades españolas de la ciudad jurasen lealtad al rey José. Las autoridades que tenían que jurar ostentaban unas cuotas de poder muy estrechas, y querían mantener cierta apariencia de normalidad, pero la carga simbólica del juramento al monarca era grande y, a ojos de los barceloneses, llevaba a aquellas viejas figuras del régimen borbónico a asimilarlas con los colaboracionistas de los franceses

El 7 de abril, los miembros de la Audiencia y los del consistorio fueron avisados de que el día 9, a las ocho de la mañana, tenían que presentarse en el edificio de la Real Audiencia —el actual *Palau de la Generalitat*— a jurar fidelidad a José I. Duhesme les avisó de que quien no se presentase perdería su cargo. Uno de los conminados a jurar, José Joaquín Ortiz y Gálvez, escribió un relato muy vivo de los hechos. Los funcionarios borbónicos que aún quedaban en Barcelona, acostumbrados no solo a obedecer al poder, sino también a representarlo ante el pueblo y los distintos estamentos, se encontraban con que su rey —o, según como se mire, sus dos reyes,

Carlos IV y Fernando VII— habían cedido el poder a una nueva dinastía y a un nuevo monarca, José I. Además, si había que hacer caso de las noticias que llegaban de Bayona, la cesión de la Corona parecía legítima, a pesar de que el pueblo pensaba que los franceses habían puesto una trampa a los Borbones o bien, directamente, mentían. Hasta aquel momento, en que Saint-Cyr había decidido forzar la situación, aquellos viejos funcionarios habían podido ir tirando; pero ahora el juramento expreso y público los abocaba a posicionarse y mostrarse partidarios o no de una nueva dinastía, en medio de una guerra abierta donde no había duda sobre cuáles eran las simpatías de la mayoría de los ciudadanos. Aun así, en la primavera de 1809, y a pesar de los problemas militares de los franceses, era más fácil pensar que la balanza se inclinaría finalmente del lado de los napoleónicos y no lo contrario. Al mismo tiempo, en abril de 1809, la mano férrea de Duhesme y la corrupción represiva ordenada por Lechi y el comisario Casanova habían provocado la sensación de ser gobernados por una fuerza de ocupación provisional, y era evidente que cuando esta se fuese, y eso, sin duda, ocurriría tarde o temprano, la administración de los suyos no podría mantenerse por mucho tiempo.

Todos estos factores, a los que se sumaban los personales, más difíciles de evaluar, debían pesar en el ánimo de las autoridades la mañana del 9 de abril. La mayoría quiso jurar, y el general Duhesme, que presidía el acto, les dijo en francés:

> Ustedes se irán a sus casas destituidos de sus empleos, y quedarán bajo la vigilancia de la Policía como personas sospechosas. [...] Tampoco podrán ustedes salir de sus casas y serán responsables de la tranquilidad de su pueblo.

Antes de dejar que se retiraran a su arresto domiciliario, Duhesme envió aviso de sus resoluciones a Saint-Cyr. Poco después, Saint-Cyr contestó, a través de un emisario, imponiendo una sanción

mucho más dura: todos los que se habían negado a jurar, veintitrés autoridades en total, tenían que ser apresados y conducidos al castillo de Montjuïc.

El arresto de los próceres causó una gran conmoción, según Ferrer, en los barceloneses. Aquellas autoridades que habían quedado proscritas por los franceses y que, además, hasta aquel momento se habían comportado de forma más bien tibia, de repente se veían revestidas de un halo de dignidad. Duhesme, con razón, criticó indirectamente la orden dada de Saint-Cyr de encarcelar a los funcionarios en Montjuïc:

> [...] eso les valdrá, para todos los catalanes, la reputación de mártires y de héroes de la patria.

El encarcelamiento de aquellos hombres aceleró y popularizó la preparación del siguiente intento de expulsar a los franceses.

Ninguno de los detenidos había participado en los intentos anteriores de deshacerse de la guarnición napoleónica. No eran, por tanto, objetivamente, un ejemplo a seguir; sin embargo, los arrestos aumentaron las filas de los conspiradores, que llegarían a ser más de seis mil, según Ferrer, o, menos probablemente, más de veinticuatro mil, según otras fuentes, de una población que en aquellos momentos debía de rondar los ciento veinte mil habitantes.

El 17 de marzo, Saint-Cyr se dirigió con el grueso de sus tropas hacia Vic. La disminución de la presencia militar francesa en la ciudad, y el hecho de que los que se habían quedado en ella, principalmente Duhesme, Lechi y Casanova, habían mostrado poca destreza en descubrir la conspiración del mes de marzo, tuvieron como consecuencia que los preparativos para la nueva conspiración se acelerasen. En este golpe no se busca solo una acción de fuerza para obtener el control de algunas de las puertas de la ciudad y permitir así el paso de los migueletes y de las tropas regulares españolas. Además, se busca la traición de dos oficiales que faciliten el paso franco de algunos pelotones a dos de las grandes fortalezas de la ciudad: el castillo de Montjuïc y las Drassanes. Los oficiales

eran dos italianos: el capitán del 5.º de Línea, Giuseppe Provana —en las Drassanes— y el también capitán Giuseppe Dottori, en Montjuïc. Provana había sido destinado a cobrar los impuestos de los pueblos de los alrededores de la ciudad, y tenía fama, según Saint-Cyr, de ser un provocador. Quizá la fama le venía de un incidente que había protagonizado el 9 de abril de 1808 cuando se negó, junto con sus hombres, unos vélites napolitanos, a saludar al capitán general Ezpeleta en presencia del general Duhesme. Sobornar a estos dos oficiales podía resultar provechoso.

Seis hombres se encargan de planear la conspiración. Ninguno de los seis es acusado después por los franceses. Los seis hombres son: Josep Francesc Mornau, comisario de guerra, honorario; Anastasi Jover, funcionario de la Lotería; Bru Petrus, procurador; Antoni Bonet i Requesens, funcionario de la Intendencia, despedido por los franceses; Pau Mora, carpintero, y Josep Foixar. El sacerdote de la capilla castrense de la Ciutadella, Joaquim Pou, es también uno de los principales dirigentes de la conspiración. Mornau y Jover redactan y hacen firmar una especie de contrato al capitán Dottori para que les entregue el castillo de Montjüic a cambio de setenta mil duros, veinticuatro horas más tarde de haber conquistado el castillo. El caso de las Drassanes es distinto. Dos protegidos de Pou, el joven de veintidós años Joan Massana, oficial de la consolidación de Vals Reials, y Salvador Aulet, corredor de cambio, se encargan de la búsqueda de un oficial corrupto. Pou habla con los dos jóvenes en compañía de uno de sus amigos, el sacerdote teatino Joan Gallifa. La búsqueda de Massana y Aulet les llevó hasta el capitán Provana, conocido en media ciudad por ser un pendenciero sin escrúpulos. La relación entre los tres fue lo suficientemente estrecha como para que se vieran prácticamente cada día. En el informe posterior a los hechos redactado por el comisario Ramon Casanova, se describe cómo fueron estas reuniones. Según Casanova, en cuanto se pusieron en contacto con Provana, este lo explicó a su superior, el general Chabran, que le obligó a que fuera a informar a Casanova. En la primera reunión le habían hecho una propuesta genérica sin

entrar en detalles. En la segunda, que se celebró en el alojamiento de Provana, había un agente de policía escondido que escuchaba la conversación. Él, según Casanova, reconoció a Massana y a Aulet. Los dos jóvenes le dieron más detalles a Provana: le ofrecían setenta mil duros y la posibilidad de ser nombrado coronel dentro del ejército español o de trasladarse a Inglaterra.

Mientras, Pou y Gallifa continúan la tarea de proselitismo para conseguir ampliar la conspiración. Esta vez se pretende que miles de hombres salgan a la calle cuando estalle la revuelta. Massana, movido por el entusiasmo romántico, no tiene suficiente con las negociaciones con el capitán Provana y permite que en la buhardilla de su casa, situada encima del Forn de Sant Jaume, se almacenen armas y municiones.

Ferrer da bastantes nombres de personas implicadas en el complot, entre los que se encuentran el del carpintero Ramon Mas, que posteriormente tendrá un papel destacado en los hechos. Incluso se atreve a afirmar que, exactamente, son 6.602 los implicados en la conspiración, a pesar de que no justifica de dónde saca esa cifra. Esta vez la insurrección busca la entrada de las tropas de las cercanías a través del Portal de Sant Antoni, ya que, como hemos comentado, se sabe que el Portal de l'Àngel ha sido minado por los franceses. También se destina gente a ocupar la torre de la catedral y a tocar las campanas. Como se espera que esto provoque una reacción inmediata de los franceses, los conspiradores urden un artificio: provocarán una espesa humareda con un producto compuesto por Josep Bonaventura, un payés barcelonés. Cuando prueban el producto dentro de una casa, tres conspiradores están a punto de morir asfixiados.

No todo son preparativos estrictamente bélicos, también se pone en marcha lo que ahora llamaríamos el aparato de propaganda. Artistas e impresores barceloneses colaboran para elaborar miles de escarapelas con la efigie de Fernando VII y con alguna de estas inscripciones:

Mi vida fallecerá o Fernando reinará.
Por la religión, el rey y la patria.
Vencer o morir por Fernando VII.
Viva Fernando VII.
Viva Fernando, la patria y la religión y muera Napoleón.

Los preparativos continúan, pero Ferrer no vuelve a dar noticias hasta el 6 de mayo, cuando relata el intento de detención de uno de los conspiradores, el abogado Joan Ferrer, que solo gracias al azar elude a la policía. Tiene razón Casanova cuando piensa que Ferrer está implicado en algún tipo de complot, pero en aquellos momentos el abogado ha salido de Barcelona, en dirección a Vilafranca, con el fin de entrevistarse con los representantes de las Juntas, en vista a coordinar el ataque. La huida de Ferrer no detiene los planes: se señalan los lugares donde se tienen que concentrar los sublevados. El más importante es el Hospital de la Santa Creu, donde se les proporcionarían armas a los soldados convalecientes de heridas de guerra, con la complicidad de los hermanos de la Caridad; otro sería el Col·legi dels Agustins; una casa junto al Portal de Sant Antoni, donde se concentrarían marineros y calafates con la misión de asesinar a los soldados napoleónicos que estuviesen en aquella puerta y, después, abrirla cuando fuese necesario; la casa de Josep Foixà; el Hospital de Sant Llàtzer, donde habría quinientos hombres, armados con fusiles y sables, y dos tambores; el almacén de Josep Mas Rubí, en la calle Riera Alta, uno de los lugares principales donde se hallan, entre otros, el padre Gallifa y Salvador Aulet; en casa del hortelano Buenaventura; en la calle Hospital; en el convento de Sant Francesc, desde donde se intentará secuestrar al general Duhesme: en el convento de la Mercè, donde el subteniente del Regimiento de Soria, José Navarro, dirigirá a los heridos; la casa de Josep Francesc Mornau, contigua a la residencia del general Lechi; los alrededores de la Esplanada, para disparar con ventaja sobre los soldados que salieran de la Ciutadella; y junto a todos los portales, con el fin de

retener con disparos a los soldados. Uno de los puntos clave también tiene que ser el campanario de la catedral, donde habrá apostado un centenar de hombres armados.

La conspiración, tal como la tienen pensada sus jefes, se hará efectiva a las doce de la noche del 1 de mayo, la fiesta de la Ascensión. Lo primero será que Dottori facilite el paso a Montjuïc de un grupo de *miquelets*. Una vez dentro, matarán a todos los franceses y, en principio, respetarán la vida de todos los italianos. Ya tomado el castillo, harán una señal en dirección a la ciudad. Cuando esta señal sea vista desde la torre de la catedral, sonarán las campanas, que activarán las acciones de los sublevados. Además, las fragatas inglesas dispararán sus cañones para intentar anular las principales defensas de la ciudad, especialmente las de la Ciudatella. Capturado el Portal de Sant Antoni, las fuerzas del Llobregat entrarán en Barcelona y la liberarán.

Además, los conspiradores cuentan con una ayuda inesperada. El religioso fray Baldiri de Sant Boi, guardián del convento de los capuchinos de Tarragona, ha participado en la conspiración indirectamente. Su trabajo habitual es entrar y salir de Barcelona para introducir armas y víveres en la ciudad. En una de las salidas, es capturado y es llevado a la cárcel de Montjuïc, de donde se escapa el 21 de abril. Según él, «dejando antes contratada la venta del castillo de Montjuic», lo que contradice las versiones de Ferrer, Casanova y la de los propios Massana y Aulet durante su juicio. Fray Baldiri, según explica él mismo, se presentó ante el capitán general Antoine Malet, marqués de Coupigny, para instarlo a que atacase Barcelona. Coupigny se deshace del fraile con cierta brusquedad. El 28 de abril, cerca de la ciudad, consigue que los coroneles Joan Clarós, Agustí d'Arnauda y Juan Talón se comprometan a atacar Montjuïc cuando reciban señales desde Barcelona. El 8 de mayo llega al campamento Pau Vigil, que avisa de que el complot ha estallado a las doce de la noche del día 11. Entonces, el fraile reclama setecientos soldados para asaltar el castillo, pero Coupigny solo le da doscientos cincuenta, de los cuales solo cincuenta son

expertos. Esta tropa, acompañada de miembros del *sometent* —el somatén, un cuerpo de gente armada organizado por veguerías para perseguir a los criminales o defenderse del enemigo—, avanza lentamente por culpa del coronel Arnauda, que no se da ninguna prisa. Como es lógico, llega tarde a la cita y acaba huyendo a media mañana, perseguido por unos quinientos soldados imperiales. En el mismo informe que hace fray Baldiri sobre el fracaso de la acción, los conspiradores barceloneses —que no estaban dentro de la ciudad — Ignasi Regès, Ramon Alguer y Bru Petrus culpan del desastre a la desidia de Coupigny. Solo salvan la acción de las divisiones de Joan Clarós y de Jaume Fatjó, básicamente de migueletes y somatenes, que llegarán a tiempo a sus puestos convenidos. Arnauda, según ellos, sería el otro gran culpable del fracaso. La versión de Coupigny, como es de esperar, es bien distinta. Para él, la conspiración solo tiene el sentido de distraer a los franceses de los intentos de salvar Girona, en aquellos momentos asediada. Las tropas que él envía a Montjuïc se encuentran con que tanto los carros de transporte como las escaleras para asaltar el castillo no están allí, tal como había prometido fray Baldiri, que, además, no se presenta. El fraile no volverá hasta el 17 de mayo, con tal mala fortuna que finalmente Coupigny ordenará que el religioso sea detenido y enviado al convento de Tortosa.

Fuera por la razón que fuere, lo cierto es que, cuando llegan las doce de la noche del 11 de mayo de 1809, no ocurre nada. Todo el mundo en la ciudad está preparado y en su puesto, pero no se ve ninguna señal procedente del castillo de Montjuïc. Al cabo de un rato, hacia las tres de la madrugada, la mayoría de los conspiradores comprenden que algo ha impedido el ataque, y deciden abandonar sus puestos y volver a casa. De buena mañana cuando abren las puertas de la ciudad, la mayoría de los responsables del complot fracasado huyen de Barcelona. Como no saben la razón del fracaso, temen una traición o, simplemente, que los hayan descubierto por alguna indiscreción.

Los franceses continúan sin estar seguros de qué ha pasado. Si, tal como explica en el juicio posterior el comisario Casanova, ya estaban enterados de la conspiración, no se comprende la actitud de las fuerzas napoleónicas al día siguiente del fracaso: en lugar de ir a buscar los principales jefes de la conspiración y de hacer una gran batida en Barcelona para descubrir los probables depósitos de armas, los franceses simplemente patrullan y detienen por la calle a aquellos que les parecen sospechosos. Hacen algunos registros, aunque sin orden ni concierto. Por ejemplo, deciden entrar en la catedral —uno de los puntos neurálgicos de la conspiración, recordémoslo— y no ven que las armas están dentro de unas sepulturas abiertas. En la iglesia del Pi, en cambio, sí que encuentran muchos víveres y, lo que más les irrita, es que la campana tenga el badajo, o sea, que esté preparada para tocar.

Todos los movimientos y detenciones tienen como consecuencia que muchos barceloneses conspiradores que se han quedado en la ciudad decidan aquella noche no dormir en casa. Massana y Aulet, probablemente incitados por Pou, volvieron a contactar con Provana. Para ellos, el fracaso de los planes no los invalida. Si se consiguen las fortalezas, Barcelona será liberada. Se reúnen con Provana, pero no se avanza nada. Massana y Aulet son detenidos el día 14, lo cual hace sospechar que quizás el informe que hizo Casanova y que revelaba que prácticamente conocía la existencia del complot desde el primer día es falso. Era más probable que Casanova no supiese nada hasta la última reunión de Massana y Aulet con Provana. Más lógico es pensar que Provana, asustado por el fracaso de la conspiración, reveló en el último momento los tratos con los dos jóvenes, simulando que en todo momento él había estado al lado del Imperio.

En cualquier caso, las detenciones arbitrarias y los registros al azar dan paso a partir del día 14 a unas detenciones y a unos registros muchos más dirigidos. Ferrer considera que esto se debe a Provana, pero lo cierto es que el capitán italiano no sabía los detalles de la conspiración. Massana y Aulet, en cambio, sí debían de ser los

que, muy probablemente, bajo coacción o tortura, explicaron bastantes detalles del complot a la policía de Casanova. Desde la detención de ambos, la caída de muchos conspiradores y el descubrimiento de varios escondites de armas y de víveres fueron constantes. La prueba de la ineptitud de la policía —y, de paso, de las fuerzas españolas— es que, a pesar de que posteriormente se supo que el capitán Dottori había cumplido su parte del trato, haciendo la señal convenida y abriéndoles la poterna de acceso, nunca fue molestado. La policía, de todas formas, no solo detiene a algunos de los conspiradores, también se dedica a visitar iglesias y congregaciones religiosas y raramente sale sin uno o varios detenidos. Estas detenciones masivas, a menudo arbitrarias, llenan de miedo a los barceloneses. El día 17 son convocados todos los superiores eclesiásticos en la casa del general Duhesme, donde son reprendidos por el militar. Duhesme ordena que tres de ellos sean trasladados a la cárcel de Montjuïc.

El día 24 ya son veintiuno los detenidos. En los días siguientes, la actividad de registro se incrementa y, a menudo, se centra precisamente en algunos de los lugares de concentración de los que se tenían que sublevar. Esto indica claramente que, en los interrogatorios, los soldados han conseguido enterarse de muchos detalles de la conspiración que había estado preparándose. Registrarán la catedral, la iglesia del Pi, el Hospital de la Santa Creu y otros lugares. Duhesme en particular está convencido de que detrás de todo el complot está la Iglesia y ordena una serie de medidas represivas de la actividad religiosa: todas las congregaciones tendrán asignado un oficial que velará para que los curas y los monjes solo mantengan actividades directamente ligadas al culto. Por otra parte, el general ordena que todas las iglesias cierren a las seis de la tarde.

El 30 de abril se avisa a una serie de abogados y hombres destacados de Barcelona que tendrán que hacer de padrinos, es decir, de defensores, en el juicio que se celebrará contra los encausados por conspiración. Al final serán dieciocho los procesados

en el juicio, cuyo inicio se anuncia para el día 2 de junio en la Ciutadella. Entre los padrinos designados y, en general, entre los barceloneses, se es muy consciente de que se ejecutarán algunas penas capitales. Los franceses no pueden pasar por alto una conspiración que les podría haber expulsado de Barcelona, además de causar numerosas bajas en sus filas. Este convencimiento, y el hecho de que muchas de las armas que se habían reunido la noche del 11 de mayo no hayan sido aún descubiertas, hace que algunos conspiradores que continúan libres se planteen una acción de fuerza, quizá durante el mismo juicio, para liberar a los prisioneros. El día 1 se envía un aviso a las tropas exteriores de Arnauda y de Clarós con el fin de que estén preparados si los barceloneses inician un ataque.

A las siete de la mañana del día 2, empieza el juicio, que no es público. A pesar de ello, a la gente que está en la Esplanada le llegan retazos de lo que está pasando. Hacia las cuatro de la tarde salen obreros y carpinteros de la Ciutadella y construyen un entarimado, clara señal de que habrá una o varias condenas a muerte. Cuando empiezan los trabajos, la caballería francesa obliga a los espectadores a irse. En la madrugada del día 3, los barceloneses ya pueden ver las obras terminadas. Los carpinteros han construido dos patíbulos distintos, uno con silla, para el garrote vil, y otro más largo, preparado para sostener distintas horcas. Esto quiere decir que alguno o algunos de los condenados a muerte son sacerdotes, ya que a ellos se les reserva la pena del garrote, considerada más humanitaria. El padre Raimon Ferrer sabe que, en su calidad de vicario de la iglesia dels Sants Just i Pastor, le tocará atender a algunos de los condenados a muerte. Y así sucede. A las ocho y media le avisan para que vaya a la Ciutadella a dar consuelo a los condenados, que son cinco, según la descripción que él mismo hace:

1. Doctor don Joaquín Pou, cura párroco que era de la Ciudadela, natural de Vic, de sesenta y un años de edad.
2. Padre don Juan Gallifa, clérigo regular de San Cayetano, natural de Sant Boi del Lluçanés, de treinta y seis años de edad.

3. Don José Navarro, sargento del Regimiento de Infantería de Soria, natural de Novelda, en el reino de Valencia, de treinta y ocho a cuarenta años de edad.
4. Don Juan Massana, natural de Barcelona, oficial de Consolidación de Vales en la misma ciudad, de edad veinte y dos a veinte y tres años.
5. Don Salvador Aulet, corredor de cambios, natural de Barcelona, de veinte y siete años.

El padre Ferrer fue conducido al tercer piso de la torre de Sant Joan de la Ciutadella, donde estaban los condenados. Los encontró serenos. Al cabo de pocos minutos llegó otro sacerdote, el padre Francesc Colell, de la iglesia de Sant Jaume. Massana, de quien era muy amigo, le había hecho llamar. A las once de la mañana, Ferrer fue hasta Santa Maria del Mar para recoger el viático. Después de comulgar, el padre Gallifa, uno de los condenados, empezó a cantar un tedeum. Todos se arrodillaron en semicírculo y escucharon el sermón del padre Colell. Después de un rato que pasaron hablando, se presentó en la celda el comisario Bernat de las Casas y dijo que, como solo había dos curas para los cinco condenados, ordenaría que viniesen más. Entonces el padre Gallifa pidió que uno de ellos fuese el prepósito de la congregación teatina.

Cuando el policía se fue, les dieron un caldo. El único que pudo probarlo fue Gallifa, el resto ni lo cató. Después, se confesaron. El tiempo pasaba lentamente y, en el rato que quedaba, cada uno de los reos se dedicó a hacer lo que su conciencia le pedía. Massana escribió una carta a su hermano Jacint. Aulet escribió a sus padres y a su hermana. El sargento Navarro simplemente anotó en un papel, que entregó a Ferrer: «Si he muerto, ha sido por defender la religión, a Fernando VII y a la patria». Después, todos los presentes se pusieron a rezar.

Hacia las cuatro, un gran número de soldados subió a buscar a los reos. Les acompañaban dos verdugos. Estos eran Antonio Aznar y Antonio Sánchez, que no eran profesionales, sino delincuentes comunes a quien se les había ofrecido el indulto a cambio de que llevasen a cabo aquella tarea. Este hecho condicionaría el

sufrimiento de los condenados. Primero subió al patíbulo el padre Pou. La aplicación del garrote fue muy poco profesional y el sufrimiento muy intenso y largo. Posteriormente, con el cuerpo de Pou a sus pies, fue ajusticiado el padre Gallifa. Él mismo indicó al verdugo cómo tenía que proceder. Luego, fueron colgados los otros tres reos. En el caso de Massana, no calcularon correctamente el grosor de la cuerda y no murió inmediatamente. El verdugo se lanzó encima de él para acabar más rápidamente con su vida.

Mientras se producían las ejecuciones, tocaron las campanas de la catedral. No sonaban muy fuerte, porque no tenían badajo, ya que este había sido retirado por los franceses. El sonido se producía porque eran golpeadas con un martillo, y a pesar de todo se oyeron en todas partes. Al oír la campana, muchos jóvenes se lanzaron a la calle, descoordinadamente, para luchar contra los franceses. Parece que mataron a algunos de ellos. Las tropas francesas rodearon la catedral para atrapar a los provocadores. Eran cuatro jóvenes que no tuvieron otra salida. El sacristán de la catedral, Josep Coll, los escondió en los tubos del órgano. Pero uno de ellos no cabía y ya habían empezado a entrar los franceses. Sorprendentemente, aprovechó ese momento para salir por la puerta y no fue detenido. Los napoleónicos registraron todo el edificio, pero no pudieron localizarles. Después de revolver todo el templo, dejaron algunos soldados de guardia y la catedral cerrada. De vez en cuando daban voces diciendo que no les pasaría nada si se entregaban a los soldados. Al cabo de tres días, no pudieron aguantar más y salieron de su escondite A pesar de las promesas, los tres jóvenes, Ramon Mas, Julià Portet y Pere Lastotres, los tres artesanos, fueron detenidos y llevados a la Ciutadella.

El día 11 se supo que los dos verdugos que habían actuado en la ejecución de los cinco conspiradores habían huido de Barcelona. Ambos fueron capturados por las tropas españolas cerca de Tarragona, donde fueron juzgados y condenados a muerte. Los ahorcaron, los decapitaron y les cortaron las manos como muestra de deshonor. El lunes 26, se celebró el juicio de los tres jóvenes

artesanos detenidos en la catedral. Y el 27 dictaron sentencia de muerte para todos. Esa vez quien suministró el viático a los jóvenes fue el rector de Santa Maria del Mar, de modo que Ferrer únicamente sería un testigo lejano de los hechos. A las seis de la mañana los llevan al patíbulo, el mismo en el que se habían hecho las ejecuciones anteriores. Esta vez, sin embargo, no se quiso que hubiera testigos. Las autoridades francesas prefieren evitar el mal ambiente que ha generado la exposición de los tres cadáveres durante horas en el patíbulo. De nuevo, los verdugos no son profesionales, son presos comunes de la Ciutadella. Y también de nuevo, la ejecución es especialmente angustiosa. Los cadáveres quedaron colgados todo el día y, al anochecer, fueron desnudados y enterrados en el arenal de la Barceloneta, junto a los otros cinco reos ejecutados unas semanas antes.

En 1815, una vez terminada la guerra, los cuerpos son desenterrados y llevados a la catedral, donde se les dedica un sepulcro específico en una capilla del claustro donde continúan en la actualidad. Se adopta la expresión popular de «héroes de 1809» y, a menudo, se reivindica su memoria. En 1884 se hizo una suscripción popular para construir un monumento en su honor, pero la iniciativa no prosperó. En 1909, en la conmemoración del primer centenario de los hechos, se vuelve a hablar del tema y en esta ocasión, con dinero del Ajuntament, se rehace la sepultura y se transforma en un panteón, aún ubicado en el mismo lugar. Durante la dictadura del general Primo de Rivera hay un intento nada disimulado por parte del Régimen de reivindicar la guerra de la Independencia en Cataluña como prueba clara de la españolidad del país. Se construye, por ejemplo, una especie de celda completamente falsa en el castillo de Sant Ferran en Figueres para rememorar el pretendido suplicio del general Álvarez de Castro por parte de los franceses. En esta línea, los héroes de 1809 son, una vez más, resucitados. Un regidor del Ajuntament, Andreu Garriga i Bachs, compra un edificio situado frente a la puerta del claustro de la catedral, lo hace derruir y regala la placita que resulta del solar a la

ciudad. En esta plaza se ubica un monumento encargado a Josep Llimona. En 1929 se inaugura la plaza sin el monumento, que todavía no está terminado. De hecho, no se instaló hasta 1941, cuando el franquismo entroncó con la concepción estética y simbólica de la dictadura de Primo de Rivera.

Tanta represión dejó un regusto amargo en los barceloneses. No se conocen más conspiraciones después de este último fracaso, conocido como el Complot de la Ascensión, por el día en que tenía que estallar la revuelta. El ánimo de los ciudadanos decae ante la inutilidad de los esfuerzos, la ineficacia de las posibles ayudas externas y la corrupción y brutalidad de los dominadores. La situación en Barcelona llega a ser tan preocupante que llama la atención del propio Napoleón. De hecho, todo el conflicto en Cataluña va mal para los intereses franceses, no porque pierdan, sino porque no consiguen derrotar al enemigo, que es algo muy distinto. El general Saint-Cyr no es el hombre adecuado y el emperador lo sustituye por el mariscal Pierre Augereau, un primera espada, veterano de primera hora y famoso por la crueldad que muestra en la represión de la población civil. La fama era esta, pero, en Cataluña, Augereau intentó una política conciliadora con los catalanes. No está clara la razón de este cambio de política de los franceses. Algunos historiadores piensan que quizá fue una decisión personal del mariscal; otros, en cambio, dicen que fue por razones de puro pragmatismo para intentar eliminar a un enemigo interior de una forma muy sencilla; y, finalmente, otro grupo de historiadores cree que Augereau pretendía preparar el terreno para una futura anexión de Cataluña al Imperio que llegaría a ser Francia en un par de años. En cualquier caso, Augereau recibió más poderes que su antecesor, y prácticamente obtuvo un dominio independiente de José I, solo sometido a la voluntad lejana de Napoleón. Augereau hizo limpieza entre los funcionarios franceses y los afrancesados más corruptos que, en buena parte, se concentraban en Barcelona. Después, hizo cooficial la lengua catalana y permitió que el *Diari de Barcelona* —que rebautizó como *Diari del Govern de Catalunya i*

Barcelona— se publicase en catalán. También puso la bandera de las cuatro barras al lado de la francesa en los lugares oficiales. Esto era un poco sorprendente, porque los catalanes no reconocían la *senyera* como símbolo patriótico hasta aquel momento, ya que la veían como el símbolo de la monarquía catalana. La bandera habitual de los catalanes era la blanca atravesada por una cruz de San Jorge, exactamente la misma que la de Inglaterra y que forma parte de dos cuartos del escudo de Barcelona. Pero se debe a Augereau la popularización de la cuatribarrada como bandera de Cataluña. Augereau, de todas formas, duró poco más de tres meses en el cargo porque Napoleón, influido por los informes de Saint-Cyr y de Duhesme, pensaba que tanta coalición con el enemigo no era una buena idea.

Le sustituyó el general McDonald, mucho más preocupado por la guerra que no por tener contentos o calmados a los catalanes Con McDonald, Duhesme y Ramon Casanova volvieron a ser dueños y señores de Barcelona, entre otras razones porque McDonald estaba muy ocupado atacando Tarragona y Tortosa. A principios de 1812, se decidió, en contra de la opinión del rey José, que Cataluña pasase a formar parte del Imperio francés. Lo primero que hicieron los franceses fue acabar con la división por corregimientos y crearon cuatro departamentos, delimitados en función de algunas características geográficas: el del Ter, con capital en Girona; el del Segre, con capital en Puigcerdà; el de las Boques de l'Ebre, con capital en Lleida; y el de Montserrat, con capital en Barcelona. El Vall d'Aran quedaba separado del Principat, mientras que se le añadía la Franja de Ponent y Andorra. Pero la situación de dominación de los franceses era muy precaria, no solo por la resistencia que hallaban en el territorio, sino también porque las muchas guerras del Imperio drenaban constantemente de soldados el territorio de Cataluña. Esto hizo que la integración en el Imperio tan solo se notase, y levemente, en el departamento del Ter. El año y medio siguiente será desastroso para el Imperio. La expedición a Rusia lleva a la muerte a medio millón de soldados franceses y aliados, y debilita

definitivamente a Napoleón. En 1813, es derrotado en Leipzig, lo que abre la caja de los truenos. En abril del año siguiente, Napoleón abdica y, aunque un año después tendrá un resurgimiento, la derrota de Waterloo lo aparta definitivamente del poder.

La guerra de Independencia deja un sabor amargo en Barcelona. Es la última ciudad importante donde ondea la bandera tricolor, una vez ya ha sido derrotado Napoleón, porque los acuerdos de paz prácticamente se olvidan de ella. Los barceloneses verán con sorpresa, decepción e incomprensión como el rey Fernando VII, que popularmente es llamado el Deseado, pasa de largo ante las murallas de la ciudad sin detenerse. El rey tiene prisa por llegar a Valencia, donde le están esperando los militares que contribuirán a que el régimen ligeramente liberal que ahora gobierna se tome demasiadas libertades. De hecho, muchos de los héroes de la guerra son encarcelados y ejecutados por los seguidores de Fernando. Si hay un consenso general en el territorio español de cuál ha sido el peor y más malvado rey de la historia de España, sin duda, el elegido sería Fernando VII el Felón. Con él, el despotismo alcanza unas cotas muy altas que en Cataluña ya se conocían, pero no en Castilla. Su reinado será la semilla del desastre que representará en muchos sentidos el siglo XIX, que había empezado justo unos años antes.

CAPÍTULO 11

UN DESPERTAR CONVULSO

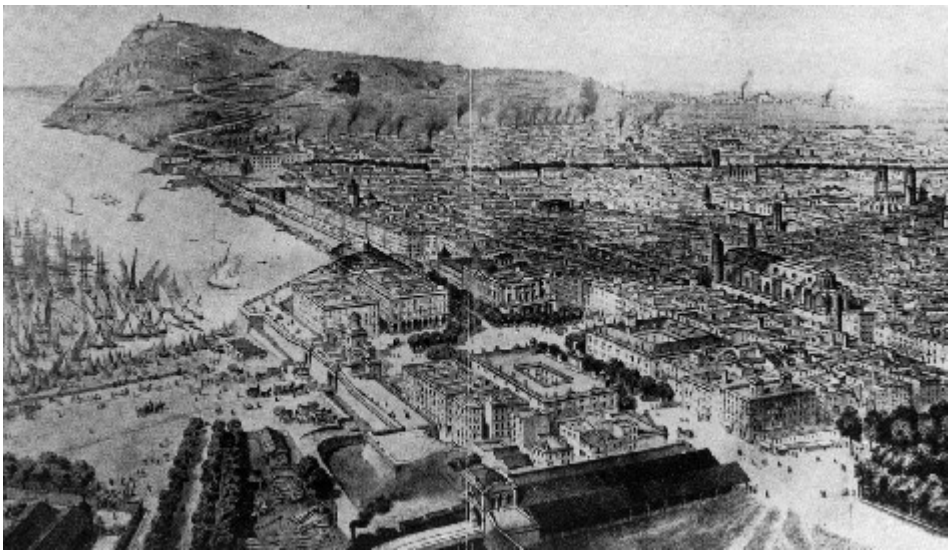


Lámina con una vista general de Barcelona en el siglo XIX publicada en *L'Illustration*, París, en 1892.

BARCELONA DESPIERTA

La guerra de la Independencia, conocida en Cataluña como «*guerra del Francès*», terminó en 1814 y, a pesar de que hubiese sido natural esperar que un país y una ciudad que la habían sufrido tan intensamente vivieran, a partir de aquel momento, una época larga de paz, no fue así. En los siguientes cuarenta años, Cataluña sufrirá cuatro guerras civiles y una cantidad ingente de actos violentos de todo tipo, la mayoría de ellos de origen político. La primera mitad del siglo XIX es un momento muy convulso, y la segunda no será muy distinta. La invasión napoleónica habrá sacudido de tal forma todas las estructuras de la sociedad, que, sin duda, habrá un antes y un después de la guerra de la Independencia. En 1812, se proclama en Cádiz una Constitución, que, de hecho, no llega a tener nunca ningún tipo de vigencia. En su redacción participan enviados catalanes que, en general, tienen una incidencia prácticamente nula en los preceptos que se redactan. La Constitución es bastante liberal, pero muy centralista, y, a pesar de que reniega de la Francia napoleónica, bebe claramente de las fuentes jacobinas del país vecino. Sin embargo, la situación de guerra y de descomposición de las instituciones que tiene lugar en España bajo la dominación francesa hará que la aplicación de la primera Constitución española no sea más que una anécdota.

El rey Fernando VII cruza la frontera a finales de marzo de 1814. El pueblo lo llama «el Deseado», porque en él se concretan los deseos de acabar con la brutal tiranía de los invasores. Pero en este caso se trata de huir del fuego para caer en las brasas: Fernando es un déspota cruel, no demasiado inteligente, totalmente centrado en hallar a posibles opositores para ordenar simplemente que sean ejecutados. No hay matices con Fernando: quien está en contra de él es un enemigo, y los enemigos no merecen vivir ni un

minuto más. A pesar de que ha tenido un comportamiento cobarde e indigno, y ha pasado la guerra en una mansión, cazando, comiendo y divirtiéndose, cuando vuelve no se abstiene de reprochar a los súbditos que en su ausencia hayan intentado gobernarse a sí mismos y se hayan impuesto unas normas de conducta a través de las leyes. Muchos de los que pasaron grandes penurias luchando contra los franceses acabarán colgados o ejecutados a garrote vil, víctimas de la furia del rey, que abole la Constitución de Cádiz, exceptuando los artículos que más le favorecen. Formalmente, por tanto, es más absolutista que cualquier otro Borbón, más incluso que Felipe V. Sin embargo, los tiempos han cambiado demasiado para que pueda hacer lo que se le antoje.

Barcelona, que después del desastre de 1714 ha pasado un siglo aplastada por el poder, ha despertado. La ciudad había perdido durante la ocupación francesa la mitad de sus habitantes, pero poco a poco los irá recuperando. El día que los franceses dejaron Barcelona, el 28 de mayo de 1814, la ciudad estalló de alegría. El principal jefe de las tropas irregulares catalanas, Josep Manso, que estaba cerca de la capital catalana, entró con sus hombres por el Portal Nou, y recorrieron el Passeig de Sant Joan hasta la Ciutadella, entre la aclamación popular. Después entraron tropas regulares, que ocuparon los principales cuarteles. Según dicen las crónicas, era un día extraño, con un viento huracanado que lo removía todo, y se creó una atmósfera que las crónicas de la época remarcan como señal clara de que aquel era un día extraordinario. Los colaboracionistas de los franceses que aún no se habían ido intentaron huir. Los que lo hicieron en barco, se encontraron con la desagradable sorpresa de que el viento los hacía volver a puerto, donde eran capturados, y algunos de ellos murieron apedreados. Otros, como los canónigos de la catedral que habían sido nombrados por los franceses, fueron detenidos, junto con algunos sacerdotes y frailes, oficiales de policía, funcionarios o aristócratas ligados a la administración de los ocupantes.

Dos días después se organizó una procesión cívica, religiosa y militar para celebrar oficialmente el acontecimiento. Sobre una carroza, se paseó el retrato —es de esperar poco fidedigno, para no turbar el entusiasmo de los barceloneses— del rey restituido, con un perro echado a sus pies como símbolo de la fidelidad de los catalanes. En la comitiva le seguía una matrona vestida de gala para simbolizar que la ciudad de Barcelona había entregado su corazón a Fernando VII.

Todo era muy alegórico, muy simbólico, pero poco realista. Es cierto, sin embargo, que buena parte de los barceloneses se alegraron de la vuelta de Fernando y del fin de la ocupación, que tan cruel y empobrecedora había resultado. Pero esta alegría duraría muy poco, porque la población ya no estaba dispuesta a dar marcha atrás en la libertad que, paradójicamente, había probado mientras estaba bajo el yugo francés. Los barceloneses, moralmente, no habían reconocido como legítima la administración ocupante, y esto hizo que se sintiesen completamente alejados de las decisiones que Duhesme, Lechi, Casanova y los otros tomaban. Esta situación había durado seis años, en los cuales los barceloneses habían aprendido que el hecho de que alguien ostente un cargo no quiere decir que sea merecedor de respeto. En aquel momento, cuando Barcelona iba a tener nuevas autoridades, los barceloneses, que ya se sentían ciudadanos y no súbditos, querían que la administración de la ciudad fuera completamente distinta a como había sido antes de la ocupación. Tal y como habían hecho durante siglos, la gente de la ciudad quería participar en su gobierno, y estaba dispuesta a luchar para conseguirlo. Además, a pesar de que la Constitución de Cádiz no ha sido aplicada y que en muchos sentidos no da respuesta a las aspiraciones de los catalanes, lo cierto es que se trata de un texto liberal que resulta adecuado para los intereses de una burguesía ascendente. Y el lugar del Estado donde hay más burgueses por metro cuadrado es, sin duda, la ciudad de Barcelona. La Constitución ha abierto simbólicamente las puertas para romper los obstáculos que durante todo el siglo XVIII ha habido para que los comerciantes

barceloneses vendan sus productos a Castilla, trabas que procedían tanto de disposiciones injustas como de caminos mal construidos o prejuicios demasiado arraigados. La burguesía barcelonesa, el sector más activo e inquieto de Cataluña, está dispuesta a pasar página como nunca antes había hecho desde la derrota de 1714. Ahora, el camino ha de ser cambiar aquello que no funciona en España y hacerse un sitio en un nuevo Estado más abierto y liberal, más próximo a la mentalidad que tienen aquellos mercaderes e industriales barceloneses. Este intento de transformar España será una constante que estará presente durante aproximadamente dos siglos.

Sin embargo, al lado de los burgueses y los comerciantes, de los obreros y los empleados, hay otro tipo de ciudadanos que están empezando a sentirse muy preocupados por los cambios que se vislumbran. Este colectivo es más diverso que los otros, porque entre ellos hay gente aparentemente muy distinta. La mayoría de ellos son nobles, propietarios rurales, sacerdotes, payeses, gente que añora un pasado que quizá nunca existió o que no existió para todos de la misma forma. Pero eso no importa, de todas formas parece mejor que el presente, y, sin duda, mucho mejor que el futuro que, ante sus ojos, el otro grupo quiere construir. La invasión francesa también los ha afectado duramente, pero en lugar de hacerles desear cambios, lo que quieren es que con la retirada de los franceses se vaya también todo aquello que desde su punto de vista los distinguía: el ateísmo, la burocracia, el poder jerárquico civil, la reglamentación detallada, el centralismo...

Estos dos grupos, en general poco cohesionados, irán evolucionando a lo largo del siglo XIX y serán el combustible de los grandes conflictos militares y sociales del periodo. En Barcelona, la hegemonía clara pertenece al primero: industriales, comerciantes, asalariados y obreros. En el seno de este grupo, entre los distintos sectores, es donde se producirán los choques más violentos y duros, a pesar de que como grupo comparten el carácter urbano y el de protagonista de la nueva sociedad que se está formando. Las clases

altas urbanas, sin embargo, no tendrán manías a la hora de aliarse, cuando lo necesiten, con sus presuntos adversarios de la nobleza y de la *pagesia*, con tal de derrotar a las clases bajas asalariadas. Las alianzas entre obreros, religiosos y payeses serán menos usuales, pero en algunos momentos puntuales también se darán para defenderse de unos presuntos liberales que solo hablan de progreso y de libertad cuando se refieren a sí mismos.

A todos estos conflictos sociales se tiene que añadir un componente que en Cataluña tendrá un efecto extraño y distorsionador. En toda Europa, la distinción entre liberales y conservadores tendrá más o menos sentido; sin embargo, en el Principat, el conflicto nacional —o, dicho de otra forma, la concepción distinta y enfrentada entre lo que se piensa y se quiere en Madrid y lo que se desea y se necesita en Barcelona y en el resto del territorio catalán— se añadirá a todos los conflictos del siglo e influirá en ellos de manera progresiva. El conflicto de fondo entre las imposiciones de un Estado lejano y el conflicto social serán, muy a menudo, inseparables.

«Marchemos francamente, yo el primero...»

En agosto de 1814 ya está muy claro que el absolutismo de Fernando se ha impuesto en Cataluña. El nuevo capitán general es el marqués de Campo Sagrado, quien tiene bajo sus órdenes a una junta militar, una de cuyas primeras acciones es la restauración de la Inquisición. El obispo de la diócesis de Barcelona es entonces Pau de Sitjar, que ya había ocupado este cargo durante la ocupación francesa e intentaba convivir con el nuevo régimen liberal. Participó en las discusiones de la Constitución de Cádiz y formó parte del grupo de obispos y sacerdotes diputados que se opusieron a las normas más liberales y pidieron el restablecimiento inmediato de la Inquisición. Sitjar, como se ve, tenía las ideas claras. En 1824, tras varios años de exilio para evitar las represalias liberales, Sitjar

regresó a Barcelona, contento porque la situación le parecía apropiada para el triunfo de la tradición, pero se encontró con una sorpresa desagradable: las cosas no eran como él esperaba (un hecho, por otra parte, muy habitual en la vida). «Las costumbres se hallan corrompidas y la buena moral del Evangelio se considera por muchos como proscrita», comentaba aterrado nada más llegar a la ciudad. El obispo Sitjar se encontró con unos ciudadanos que ya no estaban dispuestos a tragarse la charlatanería de las autoridades que tanto dolor y decepción les había causado. A pesar de que la Barcelona de aquel momento no es una sociedad laica, lo cierto es que el respeto a los estamentos religiosos y a los funcionarios designados desde lejos ha caído en picado. En otra ocasión, el obispo tiene razón —a pesar de que él lo ve solo desde su punto de vista— cuando dice que «una funesta experiencia acredita que los enemigos del trono lo son igualmente del altar». Y la solución más sencilla para Sitjar es pensar que las ovejas volverán al redil: «El pueblo, entre la vigilancia de sus pastores y el temor de sus magistrados, irá corrigiendo sus costumbres».

A menudo, la subversión estaba más en la mirada de las autoridades absolutistas que en los propios actos de los barceloneses. Antes de la invasión francesa, los comerciantes catalanes ya se habían quejado de todos los obstáculos que comportaban los derechos señoriales, los peajes para atravesar puentes o carreteras, las fronteras interiores que comportaban el pago de impuestos según por dónde se pasaba, los diezmos de la Iglesia y los privilegios irracionales y absurdos que dificultaban la producción y posterior distribución de mercancías. En Barcelona, la única ciudad industrial del Estado, todo esto suponía un gran problema, y la llegada del absolutismo después de 1814 aún lo acentuó más. Muchas de las fábricas habían tenido que detener completamente la producción; otras, a menudo gracias a los sobornos a los franceses y a sus lacayos, habían logrado seguir funcionando.

Pero en aquel momento la situación era distinta. Toda Europa —aún faltaba el susto final de Waterloo, pero eso nadie lo esperaba, y, de hecho, duraría muy poco— se preparaba para recuperarse de veinticinco años de guerra totalmente devastadora. Las principales potencias, incluso la Francia de nuevo borbónica, se citaban en Viena para diseñar la nueva Europa surgida de las guerras de la Revolución, primero, y de las napoleónicas, después. Esta nueva Europa se quería reaccionaria y conservadora en las costumbres, pero cada vez más abierta respecto al comercio. La Gran Bretaña había salido de las guerras en una posición mejor que cualquier otra potencia mundial, y con una flota de guerra y mercante que duplicaba la de todas las demás flotas del mundo juntas. Y a la nueva superpotencia le interesaba enfocar las relaciones comerciales de una forma muy distinta de como se había hecho hasta entonces. Puesto que tenía la industria y la distribución comercial más importantes del mundo, lo que el Reino Unido buscaba era que se acabasen los aranceles que frenaban las exportaciones. Libertad de comercio, sobre todo para aquellos que podían hacerlo con grandes ventajas.

Los industriales y los burgueses barceloneses sienten una gran simpatía por los aires que soplan en Gran Bretaña, al mismo tiempo que tienen miedo. Miedo porque los esfuerzos por crear una industria propia que pueda exportar con garantías al extranjero no acostumbran a generar grandes frutos. Las autoridades no ven con buenos ojos aquel desarrollo industrial que pide contactos constantes con el extranjero y una libertad de movimientos siempre sospechosa. Para la burguesía catalana, la solución pasa por conseguir crear un mercado nuevo, protegido, el mercado español, que hasta entonces ha sido minúsculo. Creen que el proteccionismo será la política inspiradora del Estado que facilitará el despegue de la industria catalana. Ya llegará, tarde o temprano, el momento de ser librecambistas. Pero estos planteamientos son completamente ridículos, porque el Estado absolutista tiene otras preocupaciones.

En Barcelona, el capitán general vigila a los ciudadanos. Desde 1814 hasta 1820, en que un levantamiento militar liberal acabará imponiéndose, los oficiales del ejército y las autoridades eclesiásticas vigilan a un pueblo que parece, por naturaleza, sospechoso. Hay un buen número de disposiciones que prohíben cualquier expresión de los barceloneses, claramente por miedo a que sean el germen de la revuelta. En la primavera de 1817, un antiguo capitán general de la época de la guerra de la Independencia, Luis Roberto de Lacy, inicia un levantamiento que quiere restablecer la Constitución de 1812 con la ayuda del general Francesc Milans del Bosch. La conspiración nace en Caldes d'Estrac y la idea es sublevar a las tropas del Maresme y avanzar hacia Barcelona, donde la guarnición está descontenta porque hace tiempo que no cobra la paga. Pero cuando avanzan hacia Barcelona, el obispo Sitjar adelanta el dinero a la guarnición. Al mismo tiempo, en la ciudad, los cafés se llenan de gente que discute y que se prepara para ayudar a Lacy. Algunos oficiales también parece que le apoyan. En las fábricas de la calle Sant Pere, se reúnen obreros y administrativos preparados para salir a la calle y tomar Barcelona en cuanto Lacy aparezca por el camino de Mataró. Pero Lacy tiene noticias muy distintas: los militares que debían darle apoyo en la ciudad lo han traicionado, muchos soldados no se atreven a desobedecer las órdenes y la conspiración fracasa. Lacy, solo, acaba entregándose y es encarcelado en la Ciutadella. Los gremios de la ciudad y los obreros y pequeños comerciantes firman una petición al capitán general para que tenga clemencia. Incluso unos cuantos militares conspiran para liberarlo. Pero las autoridades, a través de unos delatores, se enteran de la conspiración y organizan rápidamente un consejo de guerra sin ninguna garantía y Lacy es condenado a muerte. Para calmar los ánimos, se anuncia que el capitán general ha sido condenado a reclusión en el castillo de Bellver, en Mallorca. Todo el mundo cree esta versión, también Lacy, y por ello nadie hace nada cuando es trasladado a la isla. Sin embargo, al cabo de pocos días, es fusilado en el foso del castillo.

La noticia de la muerte de Lacy fue recibida con dolor y rabia por los sectores populares, y con alegría disimulada por las clases acomodadas, incluso por muchos industriales, que no veían con buenos ojos ningún levantamiento del pueblo, aunque fuera por alguna causa que resultase más o menos beneficiosa para sus intereses. Marià Brufau, de Santa Coloma de Queralt, escribía en abril de 1817 a su hermano y socio Josep, de Barcelona:

> Nos alegra mucho la noticia que nos dieras de que habían detenido a Lacy y a algunos otros. ¡Que Dios nos guarde en estas ocasiones de bullas, que todos estos pobretones rabian, y no querrían otra cosa, amigo!

A la *pobresalla* —a la gente pobre—, como dicen los hermanos Brufau, ahora se le acumulan los problemas. Caen las cosechas, los productos industriales no tienen salida, y Barcelona se llena de pobres. Ante las iglesias se acumulan mujeres que piden, y que los burgueses y aristócratas tienen que apartar constantemente para poder entrar y cumplir con sus obligaciones religiosas. Además, en América las colonias españolas están revolucionadas y los barcos barceloneses no pueden llevar allí los productos catalanes ni tampoco importar mercancías americanas. Muchas fábricas empiezan a realizar grandes despidos, lo que incrementará aún más la miseria en la ciudad.

Esta situación no es exclusiva de la ciudad condal. En muchos lugares de España, la desastrosa política económica y la actitud brutal de los absolutistas han creado un gran descontento. El 1 de enero de 1820 se produce otro pronunciamiento, el enésimo. El general Rafael Riego levanta a los soldados que ha de conducir a América para luchar contra los independentistas y proclama, de nuevo, la Constitución de Cádiz. Su intento se va deshinchando y sus hombres, que empiezan a recorrer Andalucía con entusiasmo, van desertando. En marzo, a Riego le quedan solo cincuenta hombres y su levantamiento ha resultado esperpéntico. Lo que no sabe es que la expedición que ha emprendido sirve a muchos de inspiración, y, espontáneamente se producen levantamientos de militares en todas

partes. En Barcelona, los comerciantes sobornan a la guarnición del ejército para que se pase a las filas liberales. Riego, deprimido, decide abandonar, pero lo que no sabe es que el levantamiento es tan general que, cuatro días antes de que se rinda, el rey Fernando VII se ha visto forzado a jurar la Constitución, y lo hace con una frase que ha pasado a la historia del cinismo: «Marchemos francamente, yo el primero, por la senda constitucional».

La noticia de la sumisión del rey fue acogida con gran alegría en las calles de Barcelona y con un intenso terror en algunas casas de la ciudad, entre las cuales estaba el Palau Reial, donde residía el capitán general. Todo el mundo se reunió en el Pla de Palau en actitud reivindicativa. Incluso el obispo Sitjar, que fue sorprendido en la calle, tuvo que contemporizar con la gente. Finalmente, el general Castaños salió al balcón con un libro en la mano, simulando que era la Constitución y empezó a dar vivas al texto. Esto le salvó la vida, pero no el cargo. El único acto violento del día fue el asalto a la sede de la Inquisición, que ocupaba el actual Museo Marès, delante de la catedral. La multitud entró en el edificio y liberó a los dos únicos presos que había, y se destruyeron muchos papeles del archivo, pero la cosa no fue más allá.

El nuevo régimen duraría solo tres años, conocidos como el Trienio Liberal. En Barcelona y en Reus, las dos grandes ciudades catalanas, será muy popular y mucho menos, en cambio, en el resto del territorio. Ante la situación caótica y casi agónica de las finanzas estatales, los liberales ponen en marcha un programa de reformas económicas que dejará algo perplejos a los burgueses de Barcelona, en principio partidarios de los liberales. Una de las primeras medidas, y de las que más impacto tendrán, será la prohibición de importar grano extranjero para facilitar que se consuman más el castellano y el aragonés. La medida, que afectaba relativamente poco a Cataluña, fue acogida en Barcelona con alegría porque se creía que sería, simplemente, la primera de muchas medidas que crearían un mercado interior que facilitaría que los industriales catalanes vendiesen con ventaja sus productos al resto del Estado.

Pero no fue así. Una cosa eran los granos y los cereales castellanos, y otra muy distinta los hilados o la maquinaria catalanes. En 1822, unos representantes de los industriales catalanes se quejan a la Diputació Provincial de Barcelona y preguntan, retóricamente: «¿No es razón que comamos los granos de nuestros hermanos para que ellos nos retribuyan con el consumo de nuestros frutos y nuestra industria?».

El nuevo Gobierno también otorga una reivindicación clásica del liberalismo: la libertad de imprenta, la posibilidad de publicar cualquier cosa sin tener en cuenta las listas —el *Índice*— de libros prohibidos por la Iglesia y por las autoridades. Barcelona, que ya es la primera potencia editorial de los reinos de la península desde la llegada de la imprenta, verá ahora como la producción y venta de libros se dispara. Naturalmente, serán las autoridades eclesiásticas las que se opondrán a esta nueva libertad. El obispo de Barcelona, Pau Sitjar, mostrará una vez más una gran habilidad para situarse siempre con el viento a favor. En una carta pastoral del 15 de marzo de 1820, analiza la Constitución y la considera totalmente armoniosa con la religión católica: «Tranquilizaos, por tanto, amados hijos, vivid seguros que la Constitución no amenaza a nuestra Santa Religión ni a las buenas costumbres, y que lejos de esto, impone a cada español un nuevo precepto que le obliga a ser un buen cristiano». Sitjar, un año después, decidió que tanta contemporización no podía ser buena, y huyó de Barcelona una noche de abril para refugiarse en una casa solitaria de montaña, a hora y media de Barcelona, probablemente en Collserola o en la sierra del Maresme. Las emociones le pasaron factura y renunció entonces al obispado de Barcelona porque, según alegó, sufría mareos y fuertes dolores de cabeza. Los liberales quisieron que el nuncio nombrase entonces a un obispo implicado sinceramente en la causa constitucionalista, como, por ejemplo, Fèlix Torres Amat, pero el Vaticano se opuso radicalmente. Entonces, el nuncio presionó a Sitjar para que

reconsiderara la dimisión, y este aceptó... siempre que no tuviese que volver a pisar Barcelona. De hecho, no lo haría hasta 1824, cuando el absolutismo estaba de nuevo bien consolidado.

En los años del Trienio ya se perciben algunos de los elementos que serán totalmente decisivos durante el carlismo: mientras que los sacerdotes de base de Barcelona son liberales o, como mínimo, no se oponen al liberalismo, los frailes y los sacerdotes rurales son profundamente integristas. Y lo mismo pasa entre obreros y oficinistas que, en general, son liberales, a diferencia de los payeses, que suelen ser mucho más conservadores. Esta división social que empieza a intuirse en el Trienio Liberal estallará de forma muy violenta unos años más tarde: en las ciudades, los obreros serán liberales o bien republicanos federalistas, mientras que en el campo buena parte de la *pagesia* será carlista, a la que se unen algunos liberales ilustres. ¿Y los burgueses? Es evidente que, ideológicamente, la incipiente burguesía catalana será liberal, pero la alianza con la aristocracia centralista y con el alto funcionariado a menudo la colocará mucho más cerca del bando reaccionario que del bando abierto al cambio. Sin embargo, esta alianza entre burguesía y alto funcionariado estatal será mucho más frágil, y, a menudo, algunos segmentos de esta misma burguesía tendrán unas actitudes mucho más liberales.

En 1821 llovió sobre mojado, porque se declaró en la ciudad una epidemia de fiebre amarilla. Esta enfermedad vírica se transmite a través de la picadura de una variedad de mosquito, y tiene una mortalidad del cincuenta por ciento, lo que la hace muy peligrosa. Estos datos los sabemos ahora, pero a principios del siglo XIX el proceso de la enfermedad no era conocido, solo se sabía que era muy grave y que podía confundirse con el paludismo. Además, este mal era relativamente nuevo en Europa, no había aparecido hasta principios de aquel siglo, y esto aún lo hacía más desconcertante. Los médicos se dividieron entre los «contagionistas», que pensaban que era una enfermedad exótica y que se transmitía por contagio entre humanos, y los «anticontagionistas», que, en cambio,

pensaban que la dolencia no se transmitía entre seres humanos, sino que venía de algún microbio procedente de aguas fétidas. Los primeros pensaban que con las medidas habituales adoptadas para otras dolencias infecciosas —cuarentena, higiene de los enfermos, destrucción de cadáveres, etcétera— era suficiente para detenerla. Las instituciones médicas de Barcelona se pronunciaron a favor de las tesis contagionistas. Según se decía, un barco que venía de La Habana había traído a unos marineros enfermos que habían contagiado a los barceloneses. Con las medidas habituales habría suficiente para, al cabo de un tiempo, erradicar la enfermedad de la ciudad. Los anticontagionistas eran muchos menos, pero insistieron en que aquello no era cierto: no había pruebas de que en el barco cubano hubiesen llegado enfermos, a lo cual se sumaba que la epidemia de fiebre amarilla en La Habana se había desencadenado después de la salida del barco. Además, la mayoría de los enfermos vivía o trabajaba cerca de la parte final del Rec Comtal y del Merdançar o bien al lado del puerto. Estos médicos señalaban que las causas de la epidemia eran puramente locales: hacía mucho tiempo que no se limpiaban las alcantarillas, por el Rec Comtal pasaba poca agua y se habían ido acumulando muchos residuos del matadero y de las fábricas textiles, y el punto donde desembocaba esta acequia estaba obturado, de modo que las aguas negras revertían otra vez en la ciudad. Para acabar de arreglarlo, se estaban haciendo obras en el puerto, y estas habían provocado el estancamiento de buena parte de las aguas, que también habían contribuido al desarrollo de la enfermedad. Las autoridades no estuvieron en absoluto de acuerdo con esta tesis y se decantaron por la clausura de las puertas de la muralla, con lo que la mortalidad se disparó aún más, porque los barceloneses no se podían alejar del foco de la infección. Transcurridas unas semanas, se permitió de nuevo salir del recinto amurallado y, como era de esperar, la enfermedad remitió. La epidemia de fiebre amarilla en Barcelona causó una gran impresión en todas partes, porque era la ciudad más grande que hasta aquel momento había sufrido una enfermedad

como aquella, por otra parte tan desconocida en Europa. Un posible rebrote de la epidemia fue la excusa que las autoridades francesas utilizaron para concentrar las tropas junto a la frontera catalana.

En toda Cataluña las cosas se estaban descontrolando. En el verano de 1822 hubo un gran levantamiento campesino ultrarrealista (así la llamaban los reaccionarios), que duró hasta la primavera de 1823 y causó numerosos muertos. Las milicias ciudadanas barcelonesas, liberales, no tuvieron reparos a la hora de reprimir a los sacerdotes y religiosos más reaccionarios y, oficialmente, mataron —aunque la cifra es dudosa— a setenta y cuatro. En el resto de España, esta misma represión, solo sumó diez muertos. Era evidente que se avanzaba hacia una confrontación civil.

Al mismo tiempo, las potencias europeas habían constituido una especie de internacional reaccionaria. Después del Congreso de Viena, los grandes reinos de Europa habían constituido la llamada Santa Alianza y se había conjurado para intervenir en aquellos territorios que pudieran acabar en las garras de un gobierno liberal o, ¡Dios no lo quisiera!, incluso democrático. La disposición no era fácil de aplicar, porque una cosa es proclamar que enviarás un ejército a la otra punta del mundo y otra, muy distinta, estar dispuesto a hacerlo con todo el coste económico y de vidas humanas que eso supone. El primer caso serio que los monarcas europeos se encontraron fue el pronunciamiento de Riego y la jura de la Constitución de Cádiz por parte del rey español. Era evidente que Fernando VII había tenido que ceder ante los liberales, pero también lo era que en aquel momento nadie parecía interesado en reforzar la monarquía española. En América había estallado la guerra por todas partes entre independentistas criollos y realistas, a menudo criollos también. Era evidente que, pasara lo que pasase, las otras grandes potencias podrían aprovecharse de la situación, tanto si ganaban los independentistas, que tendrían las manos libres para pactar acuerdos comerciales con quien quisieran, como si recuperaban el

poder los españoles, que quedarían completamente debilitados y, en consecuencia, proclives a ceder espacios comerciales o territorios. Por tanto, una intervención en España no corría prisa.

Para los franceses, estos cálculos no eran suficientes. Luis XVIII, hermano de Luis XVI y monarca de Francia después de Napoleón, vivía con el alma en vilo. Había visto cómo la Revolución se llevaba familia, amigos y gente de orden. En aquellos momentos, solo la derrota de Napoleón y la alianza con antiguos subordinados del emperador corso que se habían pasado a las filas borbónicas le permitían mantener el trono de Francia. Incluso así, el llamado Terror Blanco impresionaba al país, sobre todo al sur. El Terror Blanco era el de los ultrarrealistas —los «ultras»—, que querían venganza por lo que habían sufrido desde 1789 hasta la Restauración borbónica. Se hacían ejecuciones sumarias, se organizaban partidas violentas, se atacaba a pueblos con fama de bonapartistas... Era muy parecido a lo que estaba pasando en aquellos momentos en el sur de los Pirineos.

Luis XVIII y su Estado Mayor, básicamente todos mariscales y generales que habían luchado junto a Napoleón, decidieron que era necesario distraer un poco a los ultras, darles confianza, y, de paso, eliminar a un Gobierno que podía llegar a ser hostil en un futuro cercano. Francia entonces organizó un ejército profesional lleno de desertores españoles y de absolutistas de todo tipo que entraron en el Principat y se ampararon en el castillo de Sant Ferran en Figueres, y que después tuvo que combatir sin mucho ímpetu contra los soldados del general Espoz y Mina. Fue prácticamente la única resistencia seria que encontraron. Los franceses avanzaron lentamente y ocuparon la península, mientras que los generales españoles se pasaban a su bando sin resistirse. Fernando VII, en cuanto pudo desembarazarse de los defensores de la Constitución con la promesa de que esta se mantendría vigente, volvió a proclamar el absolutismo más radical. Una vez el rey dejó de estar ligado a los liberales, los ultrarrealistas se desbocaron. En toda España empezó una orgía de sangre y de represión contra los

constitucionalistas que fueron cazados como conejos. Riego fue colgado en una plaza de Madrid, y muchos otros fueron fusilados o pasados a garrote. Incluso hubo generales que proclamaron que si en España, después de la matanza, solo quedaba un millón de personas —probablemente en aquellos momentos había aproximadamente nueve—, no pasaría nada si los que quedaban respetaban al rey y a la Santa Tradición.

Los ultras

Los ultrarrealistas, o ultras, como les gustaba que les llamasen, se convirtieron en un poder bastante organizado, alimentado por distintas fuentes. Por un lado, una gran masa de campesinos adoctrinados por los curas rurales, que veían a los liberales como aquellos que les podían arrebatar las posesiones y los privilegios, que, por cierto, eran muy escasos. Luego, además de los curas rurales, una buena parte del resto de la Iglesia: muchos frailes y la mayor parte de los obispos y abades. Y, finalmente, una enorme masa de oficiales veteranos del ejército, los cuales, después de las guerras napoleónicas, se habían quedado sin trabajo y no habían tenido el reconocimiento oficial que deseaban. Este colectivo, además, acostumbraba a estar dirigido por una parte importante de la nobleza de todos los niveles, desde la más alta y rancia hasta la más pequeña y, a veces, pobre. Obviamente había, en todos estos estamentos, muchas excepciones, como payeses, sacerdotes, oficiales y aristócratas liberales que no se habían significado en ninguno de los dos bandos.

Esta configuración del bando ultra o realista chocaba con la composición social de las ciudades. Mejor dicho, de todas las ciudades, no. Barcelona era, sin duda, la ciudad más opuesta a todo este movimiento, y lo podía ser porque, por suerte, estaba ocupada por los militares franceses que habían venido con los Cien Mil Hijos de San Luis, el contingente que combatía, apoyado por voluntarios

españoles, para defender el Antiguo Régimen. Los franceses impidieron, a menudo con muchas dificultades, que los realistas controlasen Barcelona y la transformasen en un cementerio. Barcelona se convirtió en una ciudad-refugio para los liberales de todo el territorio. No era ningún tipo de paraíso, porque se organizaron una especie de tribunales militares que juzgaban a los sospechosos sin ningún tipo de prueba y les imponían penas arbitrarias, incluida la de muerte. El brigadier Chaperó, que ejercía su autoridad en Madrid, dijo que «con el terror y más terror habían de salvar la nación». En Barcelona, la actuación de los franceses impedía que se llegase tan lejos, a pesar de que las autoridades absolutistas españolas se resistieran a ello. El capitán general Joan Caro i Sureda, mallorquín de origen, intentó convencer a los franceses de que a pesar de que Fernando VII había proclamado la amnistía para los liberales, cediendo a las presiones de la Santa Alianza, esta no regía en Barcelona, porque la ciudad no se había rendido hasta el mes de noviembre de 1823, cuando ya hacía un mes que Fernando VII había restablecido su poder absoluto. Así pues, se podía juzgar y condenar a cualquier pena a todos los barceloneses, debido a aquel mes durante el cual habían continuado siendo liberales. Por suerte, los franceses no cedieron.

Otro personaje que estaba indignado por el hecho de que Barcelona viviese resguardada del absolutismo era el canónigo Pere Joan Avellà, un reaccionario ya de la época de la guerra de Independencia y que curiosamente había vuelto a Barcelona de la mano de los franceses que en aquel momento la ocupaban. Avellà se dedicó a perseguir a todos los clérigos barceloneses que se habían mostrado más o menos favorables al Régimen durante el Trienio Liberal, y no dudó nunca en aplicar la tortura a sus compañeros eclesiásticos. Avellà, sin embargo, no estaba nada contento con la situación que se vivía en la ciudad:

> Todo está montado aún a lo constitucional, y por el aspecto que presenta esta ciudad en la administración pública, civil y de hacienda, cualquiera debería creer que nuestro soberano gime aún en la esclavitud o bien que

> Barcelona no pertenece a la España.

Avellà mantenía una correspondencia fluida con varios ministros de Madrid, a quienes informaba de los barceloneses que consideraba desafectos al absolutismo. En una de estas cartas dirigida a uno de los principales ministros reales, Francisco Tadeo Calomarde, Avellà escribió lo siguiente sobre el pueblo de Barcelona:

> [...] está corrompido y apestado por una porción de libertarios, por un considerable número de forasteros de otros pueblos de la provincia y de fuera de ella, más perversos aún que los primeros, y por otra porción no corta de oficiales y soldados licenciados. Y, mientras estos elementos tan perjudiciales se hallen reunidos en este foco de la rebelión, es una quimera esperar que la tranquilidad pública se afiance y solide, que las costumbres se corrijan, que la religión se respete y que el rey N. S. sea reverenciado.

Avellà no tuvo que esperar mucho, ya que a finales de 1827 los franceses volvieron a su país y dejaron a los barceloneses en manos de los absolutistas. De todas formas, las cosas habían cambiado en aquel tiempo.

El rey no había tenido más remedio que aceptar algunas medidas, que sin ser ni de lejos liberales, no eran tan ultrarreaccionarias como algunos hubiesen querido. Por ejemplo, ya no estableció la Inquisición, que murió sin pena ni gloria. Además, a pesar de que la persecución de los liberales no se detenía, los estamentos oficiales se mostraron cada vez más preocupados por los excesos que constantemente cometían los ultras que por el hecho de que aún quedasen algunos liberales en libertad. Se llegó a tal punto que, presionadas por la Santa Alianza, la cual veía con preocupación en lo que se había convertido su intervención en España, las autoridades intentaron frenar y detener a los ultras más exaltados.

En Cataluña, esta acción se encontró con partidas de ultras armados que vagaban por el territorio y se sentían cada vez más disgustados con lo que estaba pasando. De esta situación proviene el nombre que se dio al conflicto: *la guerra dels Malcontents*, de los descontentos. Entre los ultras se había llegado al convencimiento de

que Fernando VII había cedido al impulso liberal, y esto era muy preocupante porque, además, el rey no tenía descendencia en aquel momento. Si moría, su heredero sería su hermano pequeño, Carlos María Isidro de Borbón. Las partidas de agraviados empezaron a proclamar que el rey tenía que ser Carlos y no Fernando, porque lo veían más firme en la defensa de lo que llamaban Tradición, así, en mayúsculas. Los agraviados gritaban, según explica el cónsul de Francia en Barcelona, «¡Viva el rey Carlos V! ¡Viva la Santa Inquisición! ¡Fuera los franceses!». No es de extrañar que a estos grupos violentos que recorrían el territorio catalán, y que no tenían problemas a la hora de matar a aquellos que les parecían liberales, se les empezase a conocer como carlistas, seguidores, por tanto, de Carlos. A pesar de ello, aquellos realistas estaban a favor de Carlos porque consideraban que Fernando estaba siendo secuestrado por un grupo de ministros liberales, algo totalmente falso porque no había ni uno solo.

La situación fue a más y acabó convirtiéndose en una guerra entre los agraviados y los leales al gobierno de Fernando VII, mientras que los liberales se escondían bajo las piedras, a la espera de ver cómo terminaba todo. Durante los primeros meses, las acciones bélicas estuvieron centradas en ataques a poblaciones y represalias posteriores. No se llegó, en ningún momento, al nivel de conflicto que había habido durante la guerra de la Independencia, pero todo el comercio interior se paró porque los caminos se volvieron inseguros. Y esto, sin duda, afectó a la ciudad.

Barcelona vivía la revuelta con preocupación, pero de forma más o menos distante. Los barceloneses tomaron conciencia plena de lo que estaba pasando a partir de mediados de septiembre de aquel año, cuando llegó el nuevo capitán general, un personaje estrafalario y al cual, sin duda, en la actualidad se le diagnosticaría una psicopatía. Este hombre era un francés que había huido de su país durante la Revolución, había luchado contra sus compatriotas y había terminado naturalizándose español. Se trataba de Charles d'Espagnac, llamado por todos conde de España. Cuando este conde

fue nombrado capitán general de Cataluña, Fernando viajó rápidamente de Madrid a Cataluña, entró en Tarragona y se hizo trasladar a Manresa. Los realistas, desconcertados al ver que el rey no estaba secuestrado por liberal alguno, empezaron a deponer las armas. Además, Fernando insinuó que concedería el perdón a todos, con lo que la insurrección se terminó.

El propósito del rey, sin embargo, era otro: había dado instrucciones al conde de España de que, cuando él se hubiera marchado, detuviese a todos los que se habían sublevado y los ejecutase. El conde de España así lo hizo, con su peculiar método: primero fueron fusilados los reos, y después sus cadáveres fueron colgados para que todo el mundo pudiese verlos y sirvieran de advertencia.

Este comportamiento solo fue un primer aviso de cómo era el personaje. Se le conoció pronto con el apodo de «el Tigre de Barcelona», por su ferocidad. Feroz no solo con los enemigos, sino con cualquiera que estuviese a su lado. Era un enfermo mental, estrafalario, siempre airado, siempre dispuesto a aplicar las penas más duras a aquellos a los que él consideraba sus enemigos. Durante el tiempo en que fue capitán general, hasta 1832, mantuvo aterrorizada a la ciudad, que había vivido relativamente bien durante los años anteriores. El conde de España tenía varias costumbres horribles: le gustaba ver personalmente las ejecuciones vestido de gala y reírse de las muestras de miedo de los que iban a morir. Si hacía colgar a varios condenados, solía bailar y cantar después entre las piernas de los hombres que aún se convulsionaban ante la inminencia de la muerte. Bebía constantemente una mezcla de ron y aguardiente que le hacía más irascible e imprevisible si cabe. Mostraba una religiosidad extrema, exagerada incluso para los cánones de la época. Cuando iba a misa, se colgaba escapularios y llevaba en las manos estampas de santos, que besaba de vez en cuando. Toda la misa la pasaba de rodillas, con los brazos en cruz y, a menudo, con los ojos en blanco. Incluso a veces tenía convulsiones causadas por el éxtasis religioso.

Además de todo esto, emitió muchas órdenes sobre cuestiones que, simplemente, le molestaban: hizo cortar las trenzas a las mujeres, prohibió las barretinas a los payeses, ordenó que los hombres se afeitasen el bigote, obligó a los obreros a que llevasen un rosario y lo rezasen en las fábricas, hizo alistar a unos niños que le molestaban porque hacían ruido... Esta irracionalidad en las órdenes se combinó con la creación de una especie de tribunal que imponía grandes multas a todos los que eran detenidos, muy a menudo sin ninguna otra razón que la de haber pasado delante de sus narices. Además de multas, también imponía torturas, que servían para que las pobres víctimas denunciasen a otros ciudadanos, que a su vez eran detenidos, y así la rueda de torturas, detenciones y multas astronómicas continuaba sin parar. Muchos barceloneses fueron condenados a los penales de África, una cincuentena se suicidó en la cárcel y muchos se fueron de la ciudad. En resumen, un desastre.

Mientras, Fernando continuaba reinando y tolerando las burradas del conde de España. Había vuelto a enviudar, por tercera vez, y en esta ocasión se casó con su sobrina, María Cristina de Borbón y Dos Sicilias. El problema sucesorio se había agraviado ante la candidatura de Carlos María Isidro, que se sentía fuerte y dispuesto a enderezar —todavía más— el reino, del que consideraba que se había vuelto demasiado liberal. Pero, de forma sorprendente, Cristina se quedó embarazada y en 1830 dio a luz una niña, Isabel. Si se hubiese mantenido la ley sálica, que había promulgado Felipe V, Isabel no habría podido reinar por ser mujer. Pero cuando Cristina quedó embarazada, Fernando VII promulgó otra, la Pragmática Sanción, que permitía reinar a una mujer siempre que no tuviese un hermano varón. Como ya se veía venir, esta última ley hizo enfadar mucho al hermano de Fernando, Carlos María Isidro, porque le impedía acceder al trono y, además, lo hacía con una ley que rompía la tradición borbónica.

Fernando murió en septiembre de 1832, de un ataque fulminante, posiblemente un ictus. Al parecer, sus restos se deterioraron en pocas horas, algo que se consideró una señal de lo podrida que estaba su alma. Dejó una herencia tan infame como había sido su vida: durante su reinado se calcula que murieron en la península, a causa de la violencia, más de medio millón de personas; otro millón de muertos se produjo en las colonias americanas, que se perdieron casi todas, excepto Cuba y Puerto Rico; dejó la hacienda pública vacía, a la vez que abría una cuenta en Londres con quinientos millones de reales, una costumbre que algunos de sus sucesores continuaron; y dejó a España preparada para una guerra civil que duraría siete años. No es un balance menor, sin duda.

El estatuto real

Dado que Isabel era menor de edad —tenía tres años—, subió al trono su madre, Cristina, como regente. Su situación era muy débil, porque su cuñado, Carlos María Isidro, enseguida proclamó que la ley sálica seguía en vigor y, por tanto, él era el nuevo rey de España, Carlos V. Carlos consiguió que a su alrededor se reuniesen buena parte de las fuerzas que hasta aquel momento habían dado apoyo a su hermano, y Cristina se vio obligada a caer en brazos de los únicos que estaban dispuestos a mantener a la niña Isabel en el trono: los liberales. Pero los liberales que daban apoyo a la regente no tenían el mismo talante que los que habían redactado la Constitución de Cádiz, sino que eran mucho más moderados, o, si se quiere ver así, pragmáticos o contemporizadores. En cualquier caso, querían introducir reformas en un Estado que se estaba ahogando, que no iba a ningún sitio y que en pocos años se había convertido en uno de los lugares del mundo donde era más horrible vivir. Cristina nombra primero a un absolutista, Francisco Cea Bermúdez, como secretario de Estado con la intención de desactivar a los carlistas y

no asustar a los apoyos que de este bando le puedan llegar. Decreta una amnistía para los liberales, pero los obstáculos que el propio Bermúdez pone a la medida hacen que sea sustituido por Francisco Martínez de la Rosa, un liberal moderado hasta el límite. Lo que es más importante es que se promulga una especie de carta magna, el Estatuto Real, que quiere sustituir a la Constitución de 1812. El citado estatuto decreta la libertad de industria, un golpe mortal a uno de los grandes privilegios de los gremios y un puntal del Antiguo Régimen. A partir de aquel momento, los industriales podían autorregularse y no tenían que depender de cumplir las disposiciones excesivamente rígidas que les marcaban los gremios. Teniendo en cuenta que la industria como tal prácticamente solo existía en Cataluña, y que la mayor parte de ella estaba en Barcelona, es fácil entender con qué alegría fue acogida esta disposición en la ciudad.

La industria, después de los años de la guerra de Independencia y del cierre del mercado americano, se estaba recuperando a marchas forzadas. Los industriales catalanes habían emprendido una renovación tecnológica impresionante y habían buscado adaptarse a las nuevas tendencia del mercado. Poco a poco se estaban abandonando las indianas y las hiladuras poco mecanizadas y eran sustituidas por unos tejidos y unos estampados de algodón más modernos. Por ejemplo, la industria barcelonesa prácticamente funcionaba toda con *jennies*, unas máquinas de hilar muy sofisticadas que se movían por la fuerza de los hilanderos o, en versiones más modernas, gracias a la energía hidráulica. Estas máquinas todavía no incorporaban el vapor, pero estaban a punto de hacerlo. El salto al vapor revolucionaría toda la industria. En Inglaterra, en Francia, en el territorio que pronto sería la Bélgica independiente, las máquinas de vapor ya habían llegado y estaban transformando la productividad de las fábricas. En 1828, Josep Bonaplata y Joan Vilaregut habían montado en Sallent una fábrica textil totalmente mecanizada y movida por energía hidráulica. En plena revuelta dels Malcontents, Bonaplata y algún otro industrial,

como Joan Rull, no se sintieron seguros en Cataluña y viajaron a Inglaterra en busca de tranquilidad y para aprender cómo funcionaban aquellas máquinas de vapor de las que todo el mundo hablaba. El viaje fue muy fructífero y, al volver a Cataluña, fundan la empresa Bonaplata, Vilaregut, Rull y Cía., que se instaló en la parte más cercana a la muralla de la calle Tallers de Barcelona. Esta fábrica sería la primera que se movería con vapor en todo el Estado español. La empresa es un éxito, tanto fabrica máquinas de vapor como tejidos e hilados y da trabajo a unas setecientas personas, la mayoría familias enteras que viven en las calles cercanas a la fábrica en condiciones muy duras. La aparición de las máquinas de vapor provoca un gran malestar entre los obreros desocupados de Barcelona, que atribuyen al nuevo invento la falta de trabajo y las malas condiciones de trabajo. Además, las nuevas máquinas mueven sus engranajes con una velocidad y una fuerza como no se había visto nunca, y por esta razón provocan accidentes con mucha más frecuencia que las anteriores, movidas por la fuerza humana o por la del agua.

La nueva fábrica no se conocía por el nombre oficial de la compañía, sino que todo el mundo la llamará El Vapor. Por vez primera, las chimeneas se levantan en Barcelona y comienzan a llenar de humo el Raval, una imagen que a lo largo de aquel siglo se irá haciendo cada día más habitual. Los otros fabricantes tampoco están contentos; la mayoría aún tiene esperanzas de seguir colocando durante mucho tiempo las indianas o el tejido producido con las máquinas sin vapor, pero la aparición de la fábrica de la calle Tallers es un golpe duro. Las piezas que se producen son más numerosas y más baratas que las de las otras compañías.

ASÍ LO HE ENCONTRADO Y ASÍ LO DEJARÉ

Mientras tanto, estalla la guerra en España, pero el conflicto se centra principalmente en tres territorios: el País Vasco y Navarra, Cataluña y, finalmente, las tierras fronterizas entre el País Valenciano, Aragón y Cataluña. Es verdad que durante los siete años que dura el conflicto se producen combates o ataques en otros territorios del Estado, pero básicamente es en estas zonas donde los carlistas gozan de un gran arraigo y donde con más o menos acierto pueden plantar cara al ejército regular o cristinos. Los carlistas son reaccionarios, sin duda, pero no es, ni mucho menos, el único rasgo de una personalidad ciertamente compleja. Son, también, profundamente cristianos, con una espiritualidad muy intensa, que a menudo roza el fanatismo. Y son partidarios de lo que ellos denominan la Tradición, el conjunto de leyes y costumbres que vienen del pasado y que provienen, según ellos, del Derecho Natural, la legislación que «naturalmente» se han dado los pueblos a sí mismos a través del monarca e, indirectamente, de Dios. Esto provoca que, por vez primera desde los decretos de Nueva Planta, una importante facción borbónica se plantee seriamente restablecer buena parte de las leyes y Constitucions de Cataluña. No hay que pensar, porque sería totalmente falso, que los carlistas querían el restablecimiento de todas las instituciones catalanas y volver al régimen independiente, aunque bajo un solo monarca, anterior a 1715. Pero sí que creían que los pueblos con leyes —con fueros, como ellos decían— que venían del pasado tenían que volver a utilizarlas. El pasado era sólido, era bueno. Los cambios que ellos veían y que querían hacer los liberales eran injustos e inspirados por un pensamiento demoníaco. Uno de los preceptos carlistas fue: «Así lo he encontrado y así lo dejaré». El inmovilismo de los carlistas era, no obstante, profundamente revolucionario, algo que parece totalmente contradictorio, pero que a ojos de los seguidores de Carlos V era absolutamente coherente.

La guerra no fue, en el frente catalán, de grandes batallas, y sí, en cambio, de ataques repentinos y represalias terribles. El 19 de julio de 1835 una partida carlista mató de forma cruenta a cinco

componentes de la milicia urbana de Reus. Se dijo que entre los guerrilleros carlistas había uno o dos frailes y que estos habían crucificado y arrancado los ojos en plena agonía a uno de los pobres milicianos. Cuando la noticia llegó a Barcelona, estalló la ira.

La ira de los barceloneses, que, como veremos, fue mucha, no solo se desató como una reacción al asesinato de Reus. Los barceloneses, la gente más sencilla, eran los que estaban pagando con su propia piel el precio de la guerra. Los militares borbónicos a menudo se mostraban más violentos con los milicianos liberales que luchaban contra los carlistas que contra los mismos insurrectos. Además, los carlistas raramente hacían prisioneros, y actuaban con una crueldad extrema. Para acabar de arreglarlo, en Barcelona era sabido por todos que había agentes carlistas que trabajaban con la tolerancia de las autoridades. A estos agentes a menudo se los identificaba como frailes acogidos en alguno de los numerosos conventos que poseían casi la mitad del suelo de la ciudad. A lo que debe añadirse que la reindustrialización había conllevado un agravamiento de las condiciones de la clase obrera y de los asalariados, y, además, aquel verano hizo muchísimo calor, que se notaba de forma más intensa en las calles de una ciudad cerrada, donde no pasaba el aire y donde día a día se iban acumulando la basura, las aguas fétidas y las ratas. Cuando saltó la chispa, se declaró el incendio.

Y la chispa saltó poco después de saberse qué había pasado en Reus. El día de Sant Jaume, el 25 de julio, festividad de Santiago Apóstol, se celebraba una corrida de toros en la plaza del Torín, que se había construido a la entrada de la Barceloneta. Se matarían siete toros, pero ya desde el primero se pudo ver que el espectáculo no iba a ser del gusto de la gente que había pagado la entrada. Los toros eran animales mal alimentados, que no embestían y que se caían al suelo enfermos antes de que nadie les hubiera hecho nada. Tampoco los toreros eran buenos, sino unos personajes desmañados y torpes que acabaron por fastidiar al personal a medida que avanzaba la tarde. Cuando, después de cuatro toros deplorables,

llegó el quinto, el público no aguantó más: empezaron a arrancar las sillas y los bancos de la plaza y los lanzaron contra el pobre animal que, a base de golpes, acabó muriendo. La furia de los espectadores no acabó allí: ataron al toro y lo arrastraron hacia la Rambla por la muralla del mar. Los milicianos, armados, se sumaron a la procesión. A lo largo de esa muralla había muchas tabernas, que contribuyeron a que el ánimo de los exaltados se disparase aún más.

Finalmente, consiguieron llevar al toro a la Rambla y lo quemaron. Tanto fuego encendió los ánimos todavía más y, armados con teas encendidas, muchos sublevados fueron hacia los conventos más próximos con la intención de quemarlos también. Causaron grandes incendios en el convento de Sant Josep —donde ahora está el mercado de la Boqueria—, el de los carmelitas calzados de la calle del Carme, el de los dominicos de Santa Caterina, los agustinos de la calle Hospital y los trinitarios de la Rambla, donde años más tarde se levantaría el Liceu. Los disturbios, además, causaron la muerte de dieciséis personas y, días más tarde, se fueron extendiendo por Cataluña, y muchos conventos fueron quemados y saqueados, como el de Poblet, donde se abrieron y destruyeron las tumbas de muchos de los reyes catalanes. Los disturbios no causaron la más mínima reacción por parte de las autoridades, a las que al principio ya les iba bien que una muchedumbre de gente atacara los conventos y facilitase la desamortización de los bienes de la Iglesia. La revuelta fue rápidamente cantada por la gente y a nuestros días han llegado unos versos que se han hecho bastante célebres:

El dia de Sant Jaume
de l'any trenta-cinc
hi va haver gran broma
dintre del Torín;
van sortir set toros,
tots van ser dolents:
això va ser la causa
de cremar els convents.[1]

El capitán general, Manuel de Llauder, estaba fuera de Barcelona cuando pasaron los hechos. Volvió y publicó una proclama que fue totalmente contraproducente: en ella amenazaba con aplicar castigos terribles a los culpables y, además, se vanagloriaba de haber impedido que los sublevados quemaran las fábricas, incluso la de El Vapor. Esto era completamente falso, porque durante los disturbios del día 25 no apareció ni un solo militar y los milicianos que había se añadieron a la revuelta, pero al general Llauder este matiz no le importó mucho. Lo que quería el militar era acercar el Régimen a la burguesía barcelonesa, muy crítica con el comportamiento de los militares y a la vez siempre asustada por las revueltas obreras. La proclama consiguió justo el efecto contrario.

El día 5 de agosto, el pueblo de Barcelona empezó a concentrase cerca de la plaza de Sant Jaume. Se sabía que el segundo de Llauder, el general Bassa, estaba preparando las tropas con el fin de dar un escarmiento a los barceloneses, y estos, que no tenían precisamente el ánimo muy sereno, decidieron levantarse antes de que los aplastasen. Se dirigieron hacia la residencia del general, situada en la bajada de Viladecols. El general los recibió en su casa, pero la conversación no fue demasiado bien porque acabó siendo lanzado por la ventana. El general murió a causa de la caída. Los barceloneses, indignados, hicieron lo mismo que habían hecho unos días antes con el toro: ataron el cadáver y lo arrastraron hasta la Rambla, donde lo quemaron. Una vez en la Rambla, asaltaron una dependencia militar y la incendiaron. Los disturbios y el ambiente guerrero continuaron en los días siguientes. Los militares que había en la Ciutadella en aquel momento eran pocos, unos trescientos cincuenta, mientras que la milicia urbana que había participado en los disturbios sumaba unos cuatro mil, como mínimo. Por tanto, los militares no se movieron. Es más, ante la presión popular, fusilaron públicamente a todos los prisioneros carlistas que tenían en custodia, algo que parece que provocó gran alegría. Sin embargo, los ánimos continuaban excitados.

El día 12 de agosto, los debates seguían en la Rambla, donde, al parecer, algunos empezaron a gritar: *«¡Al Vapor, al Vapor!»*, y muchos, con las habituales teas encendidas, se dirigieron por la calle Tallers hacia la fábrica de Bonaplata, Rull y Vilaregut. Dentro de la factoría, inmensa, vieron venir lo que pasaba, y cerraron las puertas, pero la muchedumbre se acercó igualmente. Desde una ventana, los técnicos franceses que los empresarios de Barcelona tenían contratados sacaron los fusiles y dispararon contra los asaltantes. Aquellos disparos no asustaron lo suficiente a la gente, que, al final, consiguió entrar en la fábrica y mataron a golpes a los franceses y a todos los que se habían opuesto a ellos y quemaron toda la maquinaria, el almacén y el edificio entero. Así terminaba la primera fábrica con máquinas de vapor que hubo en el Estado.

En el contexto de aquellos días de locura, la destrucción del Vapor se podría considerar un hecho más, pero realmente fue sorprendente. Todos los ataques y actos vandálicos hasta entonces habían tenido como víctimas a los clérigos o a los militares, pero no se había atacado nunca una fábrica u otra industria hasta que se quemó el Vapor. Probablemente, la quema vino motivada por el odio que muchos obreros —y también algunos competidores, como ya hemos visto antes— tenían a aquellas máquinas. En cualquier caso, las autoridades se vengaron y, unos días más tarde, ahorcaron a unos cuantos obreros en el solar de la fábrica, donde ahora está la plaza Castella, esquina con Valldonzella, como presuntos responsables del ataque, algo que era, como mínimo, incierto.

Los disturbios de 1835 tuvieron una gran repercusión, y sobre todo la quema de la fábrica Bonaplata causó un gran impacto en la burguesía que empezaba a situarse al lado del poder. Desde aquel momento, y hasta bien entrado el siglo xx, una fracción importante de la burguesía se aliará con el poder central, tan nocivo en muchas cosas, pero, a los ojos de los ricos, el único que puede garantizar el orden y la conservación de sus privilegios. En honor a la verdad, también se tiene que decir que en todo el periodo habrá burgueses que entenderán el juego político de manera honesta, aunque por

desgracia, no serán los que predominen. Durante buena parte del siglo XIX, los barceloneses se sublevarán contra los abusos de poder —los disturbios barceloneses se llamarán «bullangas»—, siempre con un cariz liberal, progresista o republicano, en la línea de los levantamientos que en buena parte de Europa tenían lugar en aquellos años.

Es extraño constatar que, al mismo tiempo que se producían estos conflictos, la vida cotidiana continuaba en la ciudad. Por ejemplo, alrededor de 1835, en la ciudad había un cierto *boom* de los cafés. Uno de los más elegantes era el de Els Tres Reis, junto al Palau Reial, y bajo el puente que lo comunicaba, a través de la calle del Malpensat, con la basílica de Santa Maria del Mar. El más fino, sin embargo, era el que había junto al Teatre Principal, en la Rambla, llamado de los Guardies y que después cambiaría el nombre por el de Lion d'Or. En la acera de enfrente, en el otro lado de la Rambla, se hallaba el Cafè d'en Titó, que debía de ser el nombre de su propietario, llamado así por la clientela. En el Pla de Palau, estaba el Café de la Constància, punto de reunión habitual de las milicias ciudadanas y, por tanto, sede de los más exaltados. El más famoso de todos los cafés barceloneses del momento era el Cafè de la Nòvia o Cafè d'en Cebrià, que también tomaba el nombre de su propietario. Estaba situado en la esquina de la Rambla con el Arc del Teatre, y era el punto de reunión de los hombres más destacados de Barcelona, a la vez que era el lugar donde se celebraban las discusiones políticas más intensas y enfrentadas. Aunque es difícil constatarlo, también este café era un punto de reunión oficial de los masones de Barcelona y de otros miembros de las distintas sociedades secretas que trabajaban clandestinamente, en general con el fin de establecer un gobierno liberal o, las más atrevidas, una república federal.

Estas sociedades secretas nada podían hacer ante las maniobras de las autoridades y de los grandes industriales. Los industriales empezaron a organizarse, primero de forma no oficial, y después con el beneplácito de las autoridades, bajo el nombre de *Comissió*

de Fàbriques —Comisión de Fábricas—. Los industriales querían tanto una política más liberal, más favorable a la industria, como mucha mano dura con los obreros revolucionarios. Tenían mucho miedo y, a la vez, se creían casi tocados por la mano de Dios, una curiosa mezcla de quiero y no puedo. Sin los trabajadores, sus fábricas se pararían y morirían, pero para poder obtener beneficios que consideraban justos, no tenían otro remedio, pensaban, que explotar a aquellos obreros, los cuales, lógicamente, no se sentían cómodos y se revelaban contra el maltrato. El pueblo de Barcelona, que era como llamaban a las clases modestas y trabajadoras, se sentía maltratado por todo el mundo: por las autoridades, por los carlistas y por los empresarios. Por ello, de forma poco organizada, algunos obreros empezaron a hablar de abandonar aquel Estado corrupto y crear una sociedad nueva. Muchos de ellos hablaban de una Cataluña distinta, una república sin aquellos terribles lazos. La Comissió de Fàbriques difundió un panfleto que advertía a los obreros de que había agentes subversivos que les podían intentar convencer para crear una «República, de hacer de Cataluña independiente, separándola del Gobierno de S. M. la Reina; ellos os prometerán un bienestar dichoso, un aumento de salario por vuestros jornales, y aún cosas mayores». Según el panfleto, si Cataluña llegaba a ser independiente, acabaría en la miseria porque todos los empresarios huirían y no tendrían crédito en el extranjero. Un testigo de aquella época dijo que lo que temían los empresarios era que los catalanes diesen vivas a la república en lugar de darlos a la Constitución.

La campaña funcionó y, a principios de 1836, los elementos más moderados de la milicia ciudadana desarmaron a sus compañeros milicianos más exaltados. A partir de aquel momento, las «bullangas» que estallaron acabaron siempre en un baño de sangre de los sublevados, incluso con cargas de la caballería en la Rambla y con fusilamientos sumarios ante el Palau March, delante de la actual salida del metro de Drassanes.

Mientras la guerra aún estaba en marcha, los liberales impulsaron algunas reformas con más ánimo de supervivencia que de mejora. Los liberales, ya con la guerra avanzada, se habían ido haciendo sitio en la gobernación española y estaban sustituyendo a los absolutistas (muy a menudo llegando simplemente a un acuerdo entre ellos) que hasta entonces habían dominado la administración. La regente Cristina no tenía más remedio que situarse en la órbita liberal, entre otras cosas porque la precaria ayuda de las potencias extranjeras dependía en buena parte de este apoyo.

Los carlistas habían conseguido algún apoyo internacional de Austria, Rusia y de otras potencias menores, pero los cristianos contaban con la ayuda interesada de Gran Bretaña y de Francia. La medida más espectacular de todas la impulsó un ministro que duró muy poco en el cargo, Juan Álvarez Mendizábal. Mendizábal impulsó dos decretos en la primavera de 1836 que expropiaban —«desamortizaban», en lenguaje jurídico más preciso— las propiedades improductivas que estaban en manos de las órdenes religiosas y de la Iglesia. La idea no era nueva; desde la Revolución francesa, el liberalismo había señalado este tipo de propiedades eclesiásticas como un lastre para la economía, y como solución se había promovido la expropiación y la adjudicación por subasta, con lo cual se quería que la propiedad de la tierra pasase a manos de una clase productiva que generase riqueza y puestos de trabajo. La idea, conceptualmente, era totalmente correcta, pero en España se hizo de tal forma que la solución llevó a cambiar la naturaleza del problema sin solucionarlo. Los sucesores del efímero ministro Mendizábal fueron los que aplicaron los decretos y consiguieron que todo aquel suelo disponible no fuese parar a los sectores más dinámicos de la sociedad española, sino a los terratenientes y a los aristócratas que se habían puesto del lado del régimen de Cristina. La desamortización sirvió, por tanto, para reforzar a una clase dirigente reaccionaria, muy alejada de los postulados clásicos del liberalismo económico.

En Barcelona, la desamortización tuvo una importancia capital que transformó radicalmente la ciudad y le dio un aire que todavía hoy puede percibirse. Después de los incendios de 1835, habían quedado algunos solares llenos de escombros en lugares bastante céntricos. Entre aquel año y 1844 se derruyeron ocho conventos, algunos de los cuales tenían gran valor arquitectónico. La desamortización hizo que en buena parte de los solares que quedaron libres se construyesen equipamientos públicos —escuelas, cuarteles, incluso la Universitat Literària...— y viviendas o equipamientos privados. Los cambios más destacados, que hoy en día aún forman parte de la fisonomía de Barcelona, fueron la utilización del solar del convento de los trinitarios en la Rambla, que unos años más tarde se convertiría en el Liceu; el derribo de los conventos de Sant Josep y de los carmelitas descalzos, que dieron lugar al mercado de la Boqueria, y así dejó de ser ambulante; la reconversión del convento de Santa Madrona en la plaza Reial; la transformación del convento de Santa Caterina en el mercado del mismo nombre... A pesar de que en todos estos espacios no se construyeron edificios inmediatamente después de la desamortización, sí que se inició el proceso, y de hecho, con el impulso posterior del derribo de las murallas y del ensanchamiento de la ciudad, los conventos y los espacios religiosos continuaron cayendo y desapareciendo.

BARCELONA, LA MAYOR CIUDAD DEL ESTADO, PUNTA DE LANZA DE LOS CAMBIOS

A principios de enero de 1840, la guerra acaba con la derrota de los carlistas, que huyen por la frontera en dirección a Francia. El conde de España, que ha luchado a favor de los carlistas, ha tenido un comportamiento tan cruel, estrafalario y destructivo que acabará siendo ejecutado por sus propios correligionarios. Los años de guerra, además, han provocado mucho dolor, especialmente en las comarcas catalanas del interior. Esto, más el hecho de que

Barcelona, a pesar de las «bullangas» y los conflictos, ha vivido una guerra mucho más tranquila que el resto del territorio, favorece que se genere una fuerte inmigración del campo hacia la ciudad. Barcelona aumenta su población, que rápidamente encuentra trabajo en las fábricas que funcionan a toda máquina. Que haya pasado la guerra más tranquilamente no quiere decir que la ciudad haya vivido un periodo de paz.

Desde la represión de las «bullangas» y el desmantelamiento de la milicia, desde 1837 hasta el final de la guerra, Barcelona vive en una dictadura militar del capitán general, el barón De Meer. Esta situación de control casi sin límites por parte del capitán general se irá repitiendo en varias ocasiones durante todo el siglo, incluso después de aparecer la nueva figura del gobernador civil. Durante dos años y medio, los militares procurarán que nada se mueva dentro de la ciudad sin su consentimiento, o, como mínimo, sin su conocimiento. Pero esto no es nada fácil. Ya en aquellos momentos, Barcelona es la urbe más grande del Estado, con unas cincuenta mil personas, y esto implica que tenga una dinámica que ya no se parece en absoluto a la de una ciudad anclada en el Antiguo Régimen, como pasa con otras de España. La gran cantidad de industria, la influencia del comercio extranjero, el hecho de que los gobernantes actúen siempre como ocupantes, una burguesía miedosa y muy reaccionaria en las cuestiones sociales y bastante liberal en las económicas... Todo esto hará que Barcelona sea una ciudad en permanente estado de ebullición. Durante tres años, de 1840 a 1843, los acontecimientos clave del Estado tienen lugar en Barcelona, porque es la punta de lanza de los cambios que se están produciendo, y precisamente la única forma de detener, o, como mínimo, de reconducir, estos cambios, será golpeando.

El detonante fue la aprobación, recién terminada la guerra, de una nueva Ley de Ayuntamientos. Los Ayuntamientos eran la única institución donde los liberales progresistas podían aspirar a tener alguna representación. Como el alcalde y el teniente de alcalde eran elegidos por un número muy reducido de electores, la mayoría eran

liberales moderados, que tendríamos que llamar con propiedad «reaccionarios». Pero, de vez en cuando, algunos progresistas conseguían una pequeña representación. Pues bien, la Ley de Ayuntamientos servía para eliminar incluso esta grieta. A partir de aquel momento, los cargos municipales de las grandes ciudades serían designados por el rey o por el regente —o sea, por Cristina— y el de las ciudades pequeñas por el jefe político de la provincia, el antecesor del gobernador civil. Esta ley, una vez estaba claro que la guerra había terminado, pretendía reforzar el poder de los moderados. El jefe de los progresistas —después veremos cuán progresista era— era el general Baldomero Espartero. Espartero había dirigido la etapa final de la guerra y había derrotado a los carlistas mostrando una crueldad y una arrogancia brutales, tanto contra los enemigos como contra los soldados que no respetaban su concepto de disciplina. Espartero mandó fusilar mucho, y esto debería de haber servido de alerta a los progresistas. El general hizo una entrada triunfal en Barcelona el 14 de junio de 1840, aclamado por los barceloneses, los más liberales y progresistas de la península. En un poema, el barcelonés Antoni Ribot describe la entrada del general:

> En un corcel caballero,
> corcel hermoso y de brío,
> en Barcelona Espartero
> entra en medio de un gentío
> que le acoge placentero.
> Hace su entrada triunfal
> y la concurrencia es mucha,
> y un aplauso universal
> saluda al gran general
> que puso fin a la lucha.

Espartero, por tanto, fue recibido con alegría. La regente Cristina, acompañada por su hija, la reina Isabel II, decidió ir sin demora a Barcelona a entrevistarse con el general. La regente era totalmente consciente de que Espartero, con un prestigio enorme en

el ejército y con el apoyo de los industriales y del pueblo de Barcelona, estaba en posición de pedir lo que quisiese. Cristina decidió adelantársele y le ofreció, en cuanto llegó a la ciudad, que fuese el presidente del Gobierno. La regente quería contrarrestar a Espartero, y se hizo rodear de los industriales de la ciudad y de los fieles, mientras que los militares y pueblo se ponían al lado del general. En julio, las milicias salieron a la calle para dar apoyo a Espartero y este las tranquilizó. Pocos días después, los burgueses quisieron hacer una demostración de fuerza y también hicieron salir a la calle a sus partidarios, pero entonces *sí que* se produjeron disturbios. Ribot, el poeta periodista, lo explicaba así:

> No quedó cabeza sana
> hubo fracturas a escote,
> que arma fiera es el garrote
> y además muy catalana.
> Por fortuna, la refriega
> poco, muy poco, duró,
> que toda la gente huyó
> de súbito espanto ciega.
> Casacas de paño inglés
> quedaron hechas harapos.
> Y huyeron como gazapos,
> que alas da el miedo a los pies.

Estos disturbios siguieron y al día siguiente hubo intercambio de tiros y algún muerto en los dos bandos. Espartero decretó el estado de sitio y Cristina e Isabel huyeron lo más rápido que pudieron hacia Valencia. Los disturbios se extendieron por España, y en septiembre Cristina huyó a Francia con una fortuna desmesurada, conseguida gracias a la depredación de los fondos públicos durante siete años. Espartero fue nombrado regente, y los progresistas llegaron al poder. A pesar de ello, con gran decepción y sorpresa de los barceloneses, las cosas no cambiaron mucho: no se protegieron, tal como pedían los industriales y esperaban los obreros, los productos industriales españoles, o, lo que venía a ser lo mismo, los productos

catalanes, que eran prácticamente los únicos que se fabricaban en España. También causó una gran decepción ver el comportamiento de Espartero al frente de la regencia, ya que empezó a apartar a los políticos progresistas más fieles para sustituirlos por los militares que habían luchado con él. El amiguismo y el corporativismo habían tomado el Gobierno.

En Barcelona, sin embargo, aún se conservaba una cierta esperanza de que las cosas podían cambiar y, de forma muy catalana, se prescindió de las noticias que llegaban de Madrid para tomar decisiones como si estuviesen en sintonía con Espartero. El sistema del «como si» ha sido uno de los hechos específicos de la política catalana: sabemos que Madrid no entiende lo que sea, pero nosotros actuaremos «como si» lo entendiese perfectamente. Es fácil deducir que el «como si» no suele conducir a ningún sitio, más bien al contrario; desde el poder central se tiene la sensación de que los catalanes han traicionado la confianza al tomarse seriamente las promesas que se les habían hecho, algo que cualquier persona habituada a los usos de la Corte sabe que no se debe hacer.

El 31 de diciembre, el Ajuntament convocó un concurso para premiar a quien aportase los argumentos más válidos para derribar las murallas. El tema de las murallas era, desde hacía tiempo, muy polémico. Muchas ciudades europeas, las más pobladas, ya habían derribado las suyas o estaban a punto de hacerlo, ya que con los avances de la artillería se habían vuelto, en la mayoría de los casos, obsoletas. En todas partes, el derribo de las murallas, muchas de ellas medievales o romanas, había provocado cierta polémica por la pérdida de la personalidad de la ciudad que suponía. En Barcelona, el debate era muy distinto: derribar las murallas era el primer paso para derribar la Ciutadella, el edificio más odiado de la historia de la ciudad y del país. Las murallas, sin duda, eran un freno para la expansión y el desarrollo de la ciudad, pero el problema verdadero era que los militares no querían esta expansión de Barcelona. Aunque los cañones de la Ciutadella ya hacía tiempo que no se cuidaban como antes —con la mejora de la artillería, disparar desde

Montjuïc era mucho más práctico—, lo cierto era que los soldados que estaban en la fortaleza eran los carceleros de los barceloneses, tanto los que físicamente estaban detenidos dentro de sus muros, como los que se paseaban más o menos libremente por la ciudad.

Había, además, un tercer aspecto que preocupaba a los barceloneses: si Barcelona era la gran ciudad de España, tenía que ser una urbe monumental y, como París o Londres, debía disponer de grandes bulevares, plazas inmensas, jardines, grandes edificios con buena perspectiva... Todo esto era imposible en el recinto cerrado que, con las murallas en pie, era Barcelona. Pero este punto, que a los militares no les importaba mucho, sí que despertaba grandes recelos por parte del Gobierno central, que no quería de ninguna manera que Barcelona tuviese aspecto de capital continental. Industrial, podía pasar, y porque no había más remedio, pero capital urbana, que era el primer paso para ser capital política, jamás.

El concurso lo ganó el médico y literato Pere Felip Monlau con un libro titulado de forma explícita *¡Abajo las murallas! Memoria sobre las ventajas que reportaría Barcelona, y especialmente su industria, de la demolición de las murallas que circuyen la ciudad*. Esta memoria decía cosas muy lógicas, y más para un médico higienista como era Monlau: las murallas ya no tenían valor militar, impedían vivir en condiciones salubres a los barceloneses, la industria necesitaba más espacio para expandirse... nada muy original, pero todo muy bien argumentado. Monlau mostró que no era un ingenuo cuando afirmaba en su memoria que probablemente el Gobierno se opondría, y proponía que si no dejaban derribar la muralla, los estamentos oficiales de la ciudad se quedasen dentro, entre sus paredes, y que se permitiese construir en el llano de Barcelona una nueva ciudad.

El posible derribo de las murallas comenzó con buen pie, porque en Madrid se produjo un intento de golpe de Estado de los moderados, cosa que dio fuerza a los progresistas barceloneses para seguir adelante con sus planes. De nuevo, Barcelona actuó «como

si» el hecho de que hubiesen ganado los progresistas en Madrid quisiese decir que se podrían aplicar medidas progresistas en Barcelona. Pero no fue así. Empezó el derribo de la Ciutadella en un acto solemne el 26 de octubre de 1841, aprovechando que en aquel momento el capitán general Antonio van Halen y la tropa estaban reprimiendo insurrectos en Navarra. Cuando volvió a Barcelona, y con el apoyo de Espartero, Van Halen ordenó la reconstrucción inmediata de lo que se había derribado hasta entonces, y aprovechó la ocasión para disolver el Ajuntament, la Diputació y las milicias ciudadanas, y para poner la ciudad en estado de sitio. No está nada mal, y todo por cuatro muros interiores derribados... La milicia emitió un comunicado público donde justificaba el derribo, y donde acababa diciendo que habían tomado la decisión de derruir la fortaleza «porque somos libres, somos catalanes».

La suspensión del derribo abrió los ojos a muchos barceloneses, que se sintieron traicionados por Espartero. Además, la esperanza de que la ciudad superaría sus límites había creado muchas expectativas que ahora se podían ver frustradas. En 1842 se inauguraron dentro de la ciudad veintitrés nuevas fábricas alimentadas por máquinas de vapor, y las chimeneas industriales iban despuntando constantemente en el Raval. No obstante, la prosperidad de Barcelona comenzaba a ser mal vista en otras zonas del Estado, que consideraban que favorecer la industria de la capital catalana solo se podía hacer perjudicando la incipiente industria de otros lugares. Los barceloneses, tanto el pueblo como los industriales, argumentaban que los impuestos que salían de la ciudad mantenían buena parte de los gastos de todo el reino, pero este argumento, que era incuestionable, no causaba ninguna impresión en los detractores de Barcelona. Para acabar de arreglarlo, la ciudad era muy diferente al resto de las del Estado. Las relaciones entre trabajadores y burgueses habían llevado a que unos y otros se organizasen, tal como sucedía en aquel mismo momento en otros países industriales europeos, en concreto en Inglaterra, Bélgica,

Francia y algunos estados alemanes. En Barcelona se funda, en 1840, la Societat de Teixidors, el primer sindicato de España, y lo hace con himno propio incluido:

> *Lo any mil vuit sens curanta*
> *la asosiasió has formá*,
> *perque pugues al pobre*
> *trevallan teni pá*.
> *Mes, a cuatra egoistas*
> *nols cumbenia aixó*,
> *y destruhi volian*
> *la nostra asosiasió*.
> *Mes homes sempre rectes*
> *y de bons sentimens*
> *impabits han fet frenta*
> *a tots los elemens*.
> *Ni presons ni desterros*
> *res de aixó als a fet pó*,
> *sempre han estat al frenta*
> *de nostra asosiasió*.
> *Los teixidos desitjan*
> *solament treballá*,
> *guanyan lo que just sia*
> *sense may composá*.[2]

Entre los obreros organizados y entre las clases medias de Barcelona empezó a arraigar una idea que hasta entonces solo era un concepto utópico y sin demasiado contenido: la República. Abdó Terrades fue el gran impulsor de la idea. Era un hombre soñador, un poco alocado, con un gran conocimiento de los sentimientos del pueblo. Con la ayuda de un joven periodista, Francesc de Paula Cuello, escribió unos versos que tituló *La Campana*, que fueron musicados por Josep Anselm Clavé y se convirtieron en un himno revolucionario. En los versos hace mención de una serie de impuestos y cargas que se obliga a pagar a los jornaleros y a los trabajadores; entre ellos, el derecho de portilla, que debía satisfacerse para introducir en las puertas de Barcelona alguna mercancía. Este impuesto era odiado porque no respondía a nada

racional, y solo conseguía encarecer el producto y empobrecer a la gente modesta. Pues bien, la negativa a pagar este derecho de portilla fue lo que encendió, otra vez, la llama de la revuelta en Barcelona.

El 13 de noviembre, unos obreros quisieron entrar en Barcelona con vino. La guardia se encaró con ellos con malos modos; los barceloneses que vieron lo que pasaba se abalanzaron contra los soldados, y uno de ellos acabó muerto. Enseguida llegaron más tropas, y detuvieron a algunos de los que estaban en la zona. Esto causó una enorme indignación, y la ira se desató cuando se supo que el general Martín Zurbano decía a sus oficiales: «Bien puede existir España sin Cataluña», algo que se interpretó en el sentido de que las tropas iban a arrasar la ciudad. La descripción de estos hechos nos llegó a través de una pluma ilustre, la de un francés que amó mucho Barcelona. Se trata del cónsul de Francia, Ferdinand de Lesseps, que muchos años después impulsaría el canal de Suez. Lesseps vivía justo al lado de la iglesia de Sant Miquel, en el barrio de la Barceloneta, es decir, fuera de las murallas, y gracias a esto, y sobre todo a que era una persona con empuje, salvaría a muchos barceloneses de una muerte más que probable ante los acontecimientos que estaban a punto de ocurrir.

Los barceloneses se sublevaron contra las tropas, y los militares, incluido el capitán general, tuvieron que huir de la ciudad. Los que dirigieron los combates fueron los republicanos, pero todas las facciones y los movimientos se añadieron, pues el sentimiento de agravio estaba muy extendido. Durante quince días, los barceloneses se hicieron dueños de su propia ciudad por primera vez desde septiembre de 1714 y, muy al estilo barcelonés, el orden fue respetado en todo momento. La Diputación de Madrid hizo colgar un bando en la capital española que decía que en Barcelona «han ocurrido lamentables escenas de horror y sangre», que los militares no se habían dado cuenta de que vivían entre gente malvada y entre industriales que sacaban su beneficio del tráfico de mercancías ilícitas. Finalmente, Espartero ordenó que desde Montjuïc se

bombardeara la ciudad para aplastar la revuelta. Van Halen, el 3 de diciembre, ordenó bombardear indiscriminadamente la ciudad, un rato por la mañana y otro por la tarde. En total se lanzaron mil cuarenta y dos proyectiles, se destruyeron cuatrocientos sesenta y dos edificios y hubo una treintena de muertos antes de la rendición de Barcelona. Y más hubiera habido si Lesseps no hubiese intervenido para suavizar el terrible castigo que quería imponer el general Van Halen. Por esta razón, la ciudad dedicó a Lesseps, en 1895, una de las plazas más grandes de Barcelona, que todavía lleva su nombre.

El bombardeo tuvo un efecto colateral: la caída de Espartero. La barbaridad de reprimir una ciudad a fuerza de cañonazos indiscriminados le pasó factura. En mayo de 1843, los generales Joan Prim y Llorenç Milans del Bosch se alzaron contra Espartero en Reus. El levantamiento era progresista, pero los disturbios y levantamientos que sucedieron en toda España hicieron caer a Espartero. El 6 de junio, en Barcelona se constituyó una Junta Revolucionaria, que actuó una vez más como si todos los levantamientos españoles se hubiesen hecho para dar la razón a los barceloneses, algo que obviamente no era así. Lo primero que ordenó la Junta fue que se preparase el derribo de todas las fortificaciones de la ciudad, incluyendo, esta vez, el castillo de Montjuïc, que tanto daño acababa de causar en Barcelona. Los barceloneses estaban convencidos de que esta vez iba en serio porque el pronunciamiento militar se había gestado en Barcelona, que había recibido con los brazos abiertos al general Prim, primero, y al general Serrano, después, y todos habían dado la bendición a la demolición.

Cuando ya se habían empezado las obras, llegó la orden de Madrid de que se parasen. La orden provocó una gran indignación y un enorme sentimiento de traición. Los barceloneses empezaron a salir a la calle y el gobernador militar de la ciudad se refugió en las Drassanes. Prim llegó a la ciudad para sustituirle, y pareció que las cosas se enderezarían, pero las exigencias del de Reus para que las

milicias entregaran las armas y cediesen provocó todavía más ira. Prim también tuvo que refugiarse en las Drassanes, mientras que las milicias urbanas empezaban a armarse. Esta revuelta fue conocida como «*la Jamància*», un nombre derivado de la lengua romaní y que se refería al hecho de que distintos batallones de voluntarios se apuntaron a la revuelta para jamar —para comer—, es decir, por la paga.

Durante quince días hubo combates, nuevamente reprimidos desde el castillo de Montjuïc y desde otras fortificaciones, y en aquella ocasión lanzaron unas doce mil bombas sobre la ciudad. La cifra de muertos no estuvo nunca clara, pero como mínimo varios centenares de barceloneses perdieron la vida en el bombardeo. La ciudad culpó a Joan Prim de este hecho y de la represión, a pesar de que el general reusense no estaba en Barcelona durante la fase más cruda del ataque de la artillería. En cualquier caso, aunque no fue el responsable militar último, los barceloneses reconocieron en el de Reus la responsabilidad política y siempre le atribuyeron —y no le perdonaron nunca— el ataque a la ciudad. Aunque no afirmara nunca que hubiese sido él quien dio la orden de bombardear, Prim intentó hacerse perdonar durante toda la vida por aquellos hechos. Tanto en sus intervenciones públicas, como en las conversaciones privadas, Prim se obsesionó por subrayar siempre que todo lo que hacía era por el bien de Cataluña y de Barcelona.

Los dos bombardeos consecutivos hicieron que los poderes centrales, que nunca se habían fiado mucho de Barcelona ni de los barceloneses, incrementasen sustancialmente el nivel de alerta. Desde enero de 1844 hasta agosto de 1854 se mantuvo el estado de excepción ininterrumpidamente en Cataluña, un hecho insólito. A Cataluña se destinaron desde entonces la mayoría de soldados y de armas de todo el Ejército español, que reconocía el país y la capital, Barcelona, como el principal foco de problemas de toda España. Los barceloneses respondieron con un cambio de actitud muy claro. Después de la guerra de Independencia, y a pesar de las décadas enteras de conflictos, levantamientos, guerras y represión, Barcelona

y Cataluña habían apostado por participar en el proyecto de un nuevo Estado español. Después de aquellos diez años de represión, conocidos como la Década Moderada, los catalanes ya no querrían participar, lo que querrán durante muchos años es cambiar y transformar las estructuras de un Estado que consideran atrasado, injusto e ineficaz y que desean moderno y avanzado. Un deseo que hasta muchos, muchísimos, años después no volverá a orientarse hacia otras perspectivas.

La Década Moderada representará diez años de transformación de la ciudad. Ante la imposibilidad de derribar las murallas, los barceloneses empezarán a construir hacia arriba y a aprovechar todos los pequeños espacios libres que quedan. En el Raval, las fábricas, con sus máquinas, ocupan cada vez más espacio y producen más humo, mal olor y detritus, mientras que las viviendas de los obreros se mezclan con los edificios industriales y los almacenes.

El aumento de la producción obligaba al constante incremento de la entrada de materias primas en la ciudad, básicamente carbón y algodón. El puerto requería una ampliación, y durante muchos años se irán haciendo obras que solo serán remiendos que mejorarán muy poco la situación, la cual no se solucionará definitivamente hasta el último cuarto de siglo. Las carreteras también se mejoraron, pero el transporte de muchas mercancías por carretera era demasiado lento y demasiado caro. Había un medio de transporte, que desde hacía ya una quincena de años existía en Europa, sobre el cual todo el mundo coincidía en que era el futuro: un transporte rápido, muy rápido, relativamente barato, que facilitaba tanto el traslado de mercancías como el de personas de forma eficiente y, además, era relativamente cómodo. Se trataba del tren, que desde 1825 era el sueño de muchos industriales europeos. Si en algún lugar de la península ibérica había que construir uno, debía ser, sin duda, en Cataluña, la única zona industrial. Que el tren tenía que pasar por Barcelona era obvio, porque era la gran ciudad que generaba el tráfico más importante de personas y mercancías, y por

tanto el ferrocarril podía ser rentable, siempre que enlazase. Sí, un tren que pasase por Barcelona, pero... ¿hacia dónde? La orografía catalana no permitía, en principio, grandes alegrías. La construcción de cualquier vía férrea traería, con toda seguridad, muchos quebraderos de cabeza y la construcción de muchos túneles encarecería todos los proyectos. Esta fue una de las razones que determinaron que la primera línea que se construyera fuese la Barcelona-Mataró, que atravesaba todo el llano litoral y evitaba tener que salvar desniveles, algo que para la tecnología de la época hubiese sido completamente imposible. Pero como en tantas otras cosas de la vida, el ingrediente humano fue determinante para que Mataró, a veinticinco kilómetros y medio de Barcelona, fuese el destino del primer ferrocarril: Miquel Biada, uno de los principales promotores del proyecto, y el más visible, era mataronino.

Biada había participado en el primer tren español que se había construido en Cuba, entonces una provincia más del reino. El mataronino quedó entusiasmado con la experiencia y vio claro que construir un ferrocarril entre su villa y Barcelona podía ser un gran negocio. Empezó a hacer estudios y a implicar a gente en el proyecto. La verdad era que sonaba muy bien: un tren que uniese estas dos poblaciones permitiría expandir la industria barcelonesa y asociarla más aún con la textil que también había tomado fuerza en la comarca del Maresme. Con un ferrocarril, la extensión de territorio industrial y residencial de Barcelona se extendía, de repente, veinticinco kilómetros. Hizo cálculos y pensó que una línea así tendría un coste que no llegaría a los cinco millones de pesetas —una gran fortuna— y que daría un beneficio aproximado del nueve por ciento anual. No erraría mucho el cálculo, porque aunque al final la línea costó mucho más, acabó dando un beneficio del 8,6 %, cifra que no estaba nada mal. Curiosamente, la línea obtuvo más beneficios del transporte de personas que de mercancías, porque todo el mundo estaba como loco por ir a Mataró en cincuenta minutos, que era lo que tardaba el tren en hacer el recorrido completo.

Tanto los ingenieros como las máquinas que se emplearon vinieron de Inglaterra, así como la mitad del capital necesario para construirla. La tarea fue mucho más pesada de lo que se esperaba por razones muy diversas: los ingenieros ingleses fueron muy arrogantes e hicieron los cálculos de solidez del trazado según los estándares de los costes ingleses del canal de la Mancha, que no tenían nada que ver con el régimen mediterráneo, algo que hizo que la vía se hundiese cada dos por tres por culpa de los golpes de mar; los propietarios de las ciento setenta parcelas por donde pasaba el trazado pusieron todos los obstáculos que pudieron; por las noches, grupos de vándalos destruían lo que se había construido durante el día; el Gobierno español cambió los términos de la concesión cuando la vía estaba a medio construir; los accionistas estuvieron a punto de retirarse del proyecto en dos ocasiones; etcétera, etcétera, etcétera. Fue una obra muy difícil y complicada que, de hecho, costó la vida a su gran promotor, Miquel Biada. Este, que ya era relativamente mayor, salía por las noches a vigilar las obras para evitar que su preciada vía fuese destruida por los bribones. Biada, que ya no era muy fuerte, pescó durante aquellos días un resfriado, que después se complicó y lo llevó a la tumba medio año antes de que el proyecto estuviese acabado.

El éxito del primer ferrocarril no escondió el grave problema de Barcelona con las nuevas infraestructuras que necesitaba la ciudad. La estación, que estaba situada fuera de la muralla, entre la Barceloneta y la Ciutadella, detrás de la estació de França, era una anomalía. Los militares no habían tenido más remedio que dejar construir un edificio tan singular como una estación de tren en medio de la teórica zona de tiro de los cañones de la Ciutadella. Era evidente que la fortaleza ya no servía para nada. Bien, no es cierto: servía como recordatorio a los barceloneses de quién mandaba realmente en la ciudad. Pero la gente de Barcelona, que siempre fue muy consciente de ello, de lo que representaba la maldita fortaleza, estaba perdiéndole el miedo al edificio, y los militares lo sabían. De hecho, la fuerza disuasoria de la Ciutadella no eran desde hacía

muchos años los cañones que apuntaban a la ciudad, sino los soldados que los manejaban. Y, en este sentido, ni siquiera los soldados asustaban mucho a los barceloneses, que hacía poco habían sufrido los bombardeos y aún continuaban alimentando una rabia latente.

Además, la situación se iba haciendo cada vez más explosiva por la falta de espacio. En 1846, el Gobierno municipal tuvo que prohibir que se construyesen más fábricas de vapor en la ciudad. Sencillamente no cabían. Los industriales, sin embargo, no se detuvieron y empezaron a construir vapores en zonas fuera de las murallas, especialmente en las poblaciones cercanas —hoy absorbidas por la metrópoli— como Sants, Sant Andreu y Sant Martí de Provençals. Eran lugares idóneos porque había suficiente espacio, mucha agua y, sobre todo, las autoridades no tenían un control tan intenso como el que mantenían en las fábricas del interior de las murallas. Por tanto, una gran parte de la actividad industrial se fue trasladando lentamente hacia las afueras, aunque siempre se mantuvo principalmente dentro de la ciudad de Barcelona.

Un tercio de la ciudad, es decir, un poco más de cincuenta mil habitantes, formaba parte de lo que entonces se llamaban «las clases jornaleras», que eran los obreros de las fábricas, los vendedores, los subalternos y todos los que vivían en precario, dependientes de un jornal que llegaba sin ningún tipo de continuidad. La situación era más o menos la misma que la de la clase trabajadora de todas las ciudades industriales europeas: Manchester, Londres, Milán, Bruselas, Lyon... La segunda Revolución Industrial había traído unas condiciones de vida muy precarias a toda aquella gente, con jornadas que iban de sol a sol, con un solo día de descanso semanal, sin posibilidades, además, de conseguir ningún dinero extra. Muchas veces toda la familia trabajaba en la misma fábrica. Los hombres adultos cobraban el jornal entero; las mujeres y los niños, la mitad. Además, era una vida sin satisfacciones; ni tan solo había comida suficiente. La mayoría se alimentaba de sopa o de despojos de animales, acompañados de un

poco de pan y de algunas verduras. El padre de familia, el que hacía el mayor gasto energético, era el único que habitualmente ingería proteínas de animales en una cierta cantidad, muy a menudo pescado en salazón.

Esta situación era insostenible y no solo por una cuestión de justicia, sino también por el hecho de que toda la gente desesperada estaba siempre dispuesta a jugarse el todo por el todo con tal de mejorar las condiciones de vida, y esto provocaba disturbios, protestas y revueltas sociales cuando los trabajadores iban más o menos a la par; o bien aumentaba el nivel de delincuencia y de violencia entre los propios trabajadores cuando alguno de ellos explotaba ante la miseria en que vivían. Muchas personas ricas, o simplemente ilustradas, se mostraron partidarias de adoptar medidas para poner fin a esta situación. Algunas de estas medidas se referían a la seguridad en el trabajo, que era casi inexistente en aquel momento; otros, a la mejora de las condiciones laborales; y muchas otras, a la transformación de las condiciones de vida de toda aquella gente. Una de estas personas que tendría estas preocupaciones años más tarde sería una figura capital para la historia de Barcelona: el ingeniero Ildefonso Cerdà.

LA RONDA DE TARRÉS O CUANDO SE IBA A LAS CHOCOLATERÍAS A MOJAR EL MELINDRO

La ciudad vive aplastada por el nuevo régimen, aparentemente liberal —tan solo lo era en cierta medida— pero profundamente reaccionario. Los moderados buscan, simplemente, sustituir a la clase dirigente procedente del Antiguo Régimen por una nueva oligarquía compuesta por grandes terratenientes —muy a menudo aristócratas— y nuevos hombres de negocios crecidos a la sombra de la nueva Corte. Isabel II, una reina muy joven, se beneficiaría directamente de esta maquinación y buena parte de las grandes concesiones administrativas de la época servirán para engordar su

tesoro particular. Los barceloneses reciben las consecuencias de todo ello a través de los órganos administrativos, que ya no son solo estrictamente militares.

Los militares forman también parte de esta más o menos nueva clase dirigente, y no tienen tantos escrúpulos como antes para delegar parte de sus funciones de control social sobre la población en unos cuantos civiles que les son completamente fieles. Además, se proponen suprimir y sustituir las instituciones que más les molestaban, como las milicias nacionales, que habían llevado el peso de las insurrecciones de 1842 y 1843. En 1844, por tanto, las suprimen, y crean una nueva estructura, más o menos profesionalizada, que tendrá funciones de vigilancia. El Cos de Vigilància será el antecedente de la Guàrdia Urbana de Barcelona. Durante varios años, los agentes del Cos harán de policía de barrio y también de policía política. No lo debían hacer demasiado bien, ya que en 1848, cuando ya habían contratado a ciento cincuenta agentes, el jefe del Gobierno, el general Ramón María Narváez, envió una circular secreta en la que pedía a las autoridades barcelonesas que reforzasen lo que él llamaba «la policía política», que debía infiltrarse en los círculos demócratas y republicanos con el fin de espiarlos y, en caso necesario, eliminarlos. Se funda en Barcelona la Comisaria de Vigilància, bajo la dirección de un comisario, Ramón Serra i Monclús. Serra i Monclús era un propietario barcelonés que había hecho fortuna siguiendo la estela de su padre, que ya había colaborado con los franceses durante la ocupación napoleónica y había aumentado su fortuna gracias a las propiedades de los barceloneses que habían huido. Pues bien, Serra i Monclús aprendió la técnica paterna, y en todas las crisis que vivió consiguió no solo mantenerse a flote, sino también incrementar el número de sus propiedades.

Este personaje tan hábil fue el encargado de la nueva policía. Serra i Monclús tuvo una idea que, durante mucho tiempo, consiguió mucho éxito. La cuestión era formar un grupo de policías que entendiesen perfectamente los bajos fondos barceloneses y que los

pudiesen controlar. Los únicos que respondían a este perfil eran precisamente los delincuentes, y entre ellos el alto funcionario buscó a los miembros de la nueva policía. Al frente puso a un ladrón, asesino y proxeneta que era especialmente listo, Jeroni Tarrés.

Tarrés ayudó a Serra a reclutar a una treintena de hombres, todos ellos en la frontera de la delincuencia o la exdelincuencia, que tenían que servir para instaurar el orden reaccionario en Barcelona. Los policías fueron pronto conocidos como la «ronda de Tarrés» y se encargaron de reventar reuniones políticas, dar palizas a los opositores, torturar a los detenidos y, a menudo, matar a aquellos que se oponían al Gobierno moderado. Iban de paisano, pero todo el mundo los conocía y los temía. A cambio de esos servicios, Tarrés y sus hombres se quedaron con algunos de los negocios más prósperos de Barcelona, como, por ejemplo, las chocolaterías.

En Barcelona abundaban este tipo de establecimientos, al igual que en toda Cataluña. A pesar de que el café empezaba a sustituir al chocolate como bebida no alcohólica, lo cierto es que en aquel momento continuaban siendo muy populares. Las chocolaterías estaban siempre situadas en espacios muy amplios y céntricos y, además, a menudo ocupaban una gran parte del local como almacén. Tenían no solo una parte abierta al público, sino también comedores más pequeños donde se organizaban meriendas, o incluso comidas. Las chocolaterías fueron ocupadas prácticamente por la fuerza, por la ronda de Tarrés, que las convirtió, sin cambiarlas el nombre, y a veces sin dejar de servir chocolate, en prostíbulos. Quizá venga de ahí la expresión catalana «*anar a sucar el melindro*», referida al acto sexual y que literalmente significa «mojar la soletilla». Y si se hacía en una chocolatería, sin duda, esta expresión resultaba ciertamente adecuada.

Las chocolaterías como prostíbulos tuvieron un éxito rotundo. Barcelona pasó a tener la mayor proporción de prostitutas que ha tenido nunca en su historia: como mínimo había unas doce mil, en una época en la que en Barcelona debían de vivir unas ciento noventa mil personas. Eran, por tanto, aproximadamente, el once

por ciento de la población. A las prostitutas hay que añadir, además, los proxenetas y todos aquellos que vivían de este negocio. Y si tenemos en cuenta la clientela, podemos llegar a la conclusión de que en aquella época la inmensa mayoría de los hombres sexualmente activos de la ciudad pasaban en un momento u otro por una chocolatería a *sucar el melindro*.

Tarrés controlaba también a la mayoría de las prostitutas y el comercio de buena parte del alcohol que se consumía en Barcelona. Además, muchos robos no se podían llevar a cabo sin su consentimiento, ni sin que él se llevase una parte del botín. En poco tiempo, la ronda de Tarrés y sus hombres se hicieron los amos de las noches y de buena parte de los días de Barcelona. La actuación de la ronda y la impunidad de la que gozaban les hizo ser muy conocidos, algo que no parece lo más adecuado para una policía que teóricamente era secreta. No se sabe con certeza, pero probablemente parte de las ganancias que se llevaban iba a parar al bolsillo de Serra i Monclús.

El imperio que había montado Tarrés en Barcelona comenzó a tambalearse la noche de la verbena de San Juan de 1851. Aquella tarde, Serra i Monclús recibió a Tarrés en el despacho que tenía en la sede del futuro Govern Civil, en la Rambla. Allí le encargó que aquella misma noche asesinase a Francesc de Paula Cuello, el periodista que ya conocíamos como uno de los líderes republicanos que había participado en las «bullangas» y en la Jamància de la década anterior. Cuello, que solo tenía veintisiete años, se había convertido en el líder de los republicanos porque Abdó Terrades había sido obligado a exiliarse. Curiosamente, para el movimiento republicano la salida forzosa de Terrades había sido una bendición, porque la dirección del veterano líder republicano era más voluntariosa que eficaz.

Cuello estaba hecho de otra pasta. Era un hombre sabio, razonador, buen orador y que estaba marcando con capacidad de liderazgo el rumbo que había de emprender el partido en las elecciones que estaban a punto de celebrarse. Bajo el mandato de

Cuello, las autoridades reaccionarias temían que el partido republicano se fortaleciera y ganase presencia. Por eso lo señalaron como objetivo, aunque no hay pruebas sobre quién dijo a Serra i Monclús que lanzase a sus matones a la caza del periodista. En todo caso, Serra exigió a Tarrés que todos los participantes en el asesinato que se había de cometer fuesen muy discretos, y que simulasen que había sido una pelea de borrachos, cosa muy habitual en la verbena de San Juan. Que Serra lo tenía planeado desde hacía tiempo lo prueba el hecho de que un mes antes llamó a Cuello a su despacho para advertirle de que la policía había descubierto que un grupo de republicanos descontentos con su liderazgo estaban planeando asesinarle. Era algo completamente delirante. Cuello no le hizo ningún caso, pero tampoco se dio cuenta de la maniobra de Serra, que quería lanzar pistas falsas sobre el futuro asesinato del periodista.

La noche de San Juan, Cuello y unos amigos se reunieron en un local de la Rambla, el Cafè dels Mirallets —el Café de los Espejitos—. Este era uno de los cafés preferidos de los republicanos porque gozaba de diversas ventajas: en primer lugar, todo el local, como su nombre indicaba, estaba lleno de espejos que permitían observar a los que se sentaban a todas las mesas y controlarlos. Además, tenía dos salidas que daban a dos calles diferentes, y eso facilitaba la entrada y salida discreta del local. El local estaba muy animado aquella noche, porque la noche de San Juan era muy especial. Los barceloneses se reunían para cenar en la calle, donde se bajaban mesas y se compartía la comida con los vecinos. Además, y aunque estaba prohibido, se hacían grandes hogueras, con los trastos viejos de las casas, en las esquinas más importantes, lo que daba a la noche más corta del año un aire muy singular. En el ambiente cargado de Barcelona, donde el aire nunca circulaba con demasiada intensidad, el olor de las hogueras y de las cenas al aire libre, y la juerga que naturalmente las acompañaba, tenía que dar un aspecto muy especial a aquella noche. Los ciudadanos que no querían o no

podían ir a una de estas cenas se acercaban al pozo de Sant Guim, en el foso de la Ciutadella, o bien al Passeig de Sant Joan, detrás del Portal Nou.

Allí siempre había pequeñas orquestas para bailar, gitanas que te leían la mano y te adivinaban el futuro, valencianos que ofrecían horchata —una rareza que no se haría con regularidad en la ciudad hasta años después—, vendedores de dulces... Muchas parejas, tal como pasa en la actualidad, dedicaban la breve oscuridad de aquella noche a hacerse el amor aprovechando la ofuscación general. Los barceloneses comían cocas de piñones o de fruta confitada, una costumbre que ha llegado a la actualidad, aunque, entonces, a menudo estas cocas se adornaban con huevos duros sin pelar, una reminiscencia de la mona de Pascua que no se ha conservado.

Cuello y sus amigos fueron seguidos por algunos miembros de la ronda de Tarrés, que por una vez en la vida lo hicieron de forma discreta. Tan discreta que los perdieron en medio de Barcelona, pues las mesas de los vecinos dificultaban mucho el paseo por las estrechas calles. Cerca del Portal Nou, los miembros de la ronda, que tenían la orden de pasar desapercibidos, se situaron para interceptar a Cuello. Pensaban que, para ir a cualquiera de los bailes populares, el camino más lógico del republicano pasaba por el Portal Nou. Pero, para desesperación de los policías, Cuello no aparecía. El político se había marchado con uno de sus amigos a comer coca a casa de otro, y tardó un buen rato en volver a salir a la calle, cuando ya los policías estaban a punto de irse. Cuello y sus amigos pasaron por las balsas de Sant Pere en dirección al Portal Nou. Las balsas, como su nombre indica, eran unos pilones de agua que las mujeres del barrio utilizaban para lavar. El suelo era resbaladizo, siempre lleno de restos del jabón que caía de las coladas que se hacían. Por la noche, en cambio, solía ser un lugar solitario. Fue allí donde le tendieron la emboscada a Cuello. Un grupo de hombres les impidieron el paso, insultando a uno de los acompañantes del periodista, tildándolo de homosexual, un insulto terrible en aquella época. Parece que Cuello impidió que su amigo cayese en la

provocación y comenzó a recular, pero otro grupo de hombres les cerró el paso. Comenzó entonces una ruidosa pelea en la que cuatro hombres resultaron heridos, el de mayor gravedad, Cuello, que recibió siete cuchilladas. Pocas horas después, el periodista moría en su casa de la calle Unió.

El asesinato causó una gran indignación, y ningún barcelonés creyó la versión oficial, según la cual una pelea entre borrachos había acabado mal. Todo el mundo, probablemente porque hubo bastantes testigos de los hechos, vio claramente que la ronda de Tarrés había cometido el crimen. El entierro de Cuello se convirtió en una manifestación política. Llevar el féretro desde la calle Unió hasta el cementerio de Poblenou costó un par de horas porque, según parece, la gente paraba la comitiva para lanzarle flores y protestar contra las autoridades.

En poco tiempo, la escasa habilidad de Tarrés para ejecutar el asesinato le hizo caer en desgracia. No hubo más remedio que juzgar por los hechos a algunos de sus hombres, aunque solo fueron castigados con penas de reclusión ridículas. A partir de aquel momento, los hombres de la ronda y sus familias empezaron a sentir las consecuencias de la ira popular. Las familias de los policías fueron constantemente marginadas y despreciadas. Los mismos policías se mostraron aún más brutales ante el rechazo y el desprecio que hacia ellos mostraban los barceloneses, pero no les sirvió de nada. Al cabo de un año, Serra i Monclús quiso librarse de Tarrés y logró que le condenasen por un asesinato que había cometido en Premià de Dalt, el de Francesc Tubert, llamado *el Ros d'Espolla* —el Rubio de Espolla, una localidad del Alt Empordà—. Tarrés y dos de sus colegas fueron enviados a cumplir la condena al penal de Ceuta, del que solo pudieron salir como soldados del regimiento de presos que luchó en la guerra de África, entre 1859 y 1860. Tarrés moriría en la batalla de Wad-Ras, el 23 de marzo de 1860, luchando con el Ejército español que se enfrentó con el grueso del Ejército marroquí.

De hecho, todos los miembros de la ronda acabarían mal. El 14 de julio de 1854, una revuelta popular en Barcelona contribuyó a que cayera el régimen de los moderados y permitió la entrada en el Gobierno de los progresistas y de los generales Leopoldo O'Donnell y Baldomero Espartero. Estos dos militares no eran, ni mucho menos, de izquierdas pero como mínimo tenían una visión algo más moderna del mundo. La revuelta tuvo como punto de mira los miembros de la ronda, que fueron linchados públicamente; y solo algunos lograron salvarse gracias a los soldados que intervinieron para rescatarlos.

La diversión de los barceloneses: toros, globos, teatro

Pero no todo fue trágico en esta época. Los barceloneses buscaban donde podían la diversión, y, en ese sentido, la plaza del Torín que, como se ha visto tuvo un papel capital en la quema de conventos de 1835, era uno de los lugares más apreciados. Era el mayor foro al aire libre de Barcelona y, sobre todo, en él tenían lugar las corridas de toros, uno de los grandes espectáculos del momento. Los toros en Cataluña —no en todo el país, pero sí en buena parte de él— habían sido tradicionales y habituales. Pero la apertura de la plaza de Barcelona incrementó mucho su popularidad y convirtió esta fiesta sangrienta en el espectáculo principal, y más popular, de aquellos tiempos. Solo los deportes de masas, que hicieron su aparición a finales de siglo, comenzarían a restar público y popularidad a las corridas de toros. Desde principios del siglo xx los toros iniciaron en Cataluña una muy lenta decadencia, que iría acompañada no solo del incremento de la popularidad del fútbol, sino también de la asociación, cada vez más intensa y buscada por las autoridades, de los toros con la españolidad. Esta ligazón sería una de las razones por las que amplios sectores de la población catalana y barcelonesa perdieron interés por la tauromaquia. En 2012 se prohibieron las corridas de toros en Cataluña, en medio de

las protestas de los sectores taurinos, y también de la aprobación muy mayoritaria de la medida tanto del Parlament de Cataluña como de las encuestas destinadas a conocer la opinión pública del país.

El Torín, en todo caso, sirvió para muchas otras cosas aparte de para los toros. En 1849, tuvo lugar allí un espectáculo que perduraría durante muchos años en la memoria de los barceloneses: la elevación de un globo aerostático. Pero si perduró durante años no fue porque se tratase de la primera vez que esto pasaba en Barcelona —que no lo fue—, sino por los acontecimientos que sucedieron.

El despegue de globos aerostáticos había sido uno de los grandes entretenimientos europeos desde que, el 4 de junio de 1783, los hermanos Montgolfier hicieron la primera demostración pública en Annonay, al este de Francia, poco antes de la Revolución. El despegue del globo Montgolfier causó sensación, y a caballo de los siglos XVIII y del XIX, se hicieron en toda Europa muchas exhibiciones. Era habitual que se reuniesen para verlas miles de personas y que los privilegiados que subían en globo fuesen considerados gente osada y admirable. El pintor británico J. M. Turner decía que su manera de pintar había cambiado desde que subió en globo, y es posible que fuese así. En cualquier caso, los globos no eran aparatos demasiado seguros y enseguida empezaron a causar accidentes. En algunos casos, el piloto y sus tripulantes caían, y, muy a menudo, morían al impactar contra el suelo. En otros, los accidentes de globos o el choque de estos con algún elemento vertical provocaban la muerte de algunos espectadores. Durante las guerras napoleónicas se hicieron algunos intentos para que los globos sirviesen como aparatos de observación, pero tuvieron un éxito limitado. Después de la guerra, las exhibiciones se volvieron más habituales y, poco a poco, se perdió el interés por ellas.

Barcelona no había tenido mucha suerte con los globos. Los pilotos se dieron cuenta muy pronto de que por culpa de la situación de la ciudad y de su orografía, los vientos eran muy poco

agradecidos con la nueva técnica. La mayoría de los aeronautas que llegaban a la ciudad no conseguían hacer volar los globos de manera lo suficientemente exitosa, porque el aparato tenía tendencia a irse hacia el mar o a chocar contra las montañas de Montjuïc y del Tibidabo. Además, Barcelona tenía y tiene vientos locales muy cambiantes que complican aún más la maniobrabilidad de los globos, ya de por sí muy dificultosa. Esta situación molestaba mucho a los barceloneses, que no podían dar crédito a que su maravillosa ciudad no fuese adecuada para la práctica de aquella técnica tan moderna. Por ello, cuando llegaba un nuevo piloto, la gente lo recibía con entusiasmo, convencida de que lo que había pasado hasta el momento era culpa de la poca pericia de sus predecesores. Cuando se producía un nuevo fracaso, la decepción era enorme. Pero parecía que con la llegada en 1847 del piloto François Arban, el más famoso y arriesgado del momento, todo iba a cambiar. A uno de los pioneros de la aviación, el francés Arban, se le conocía como *monsieur* Arban o, como escribían los diarios de la época, *missiu* Arban. Arban era conocido en todas partes como el mejor piloto del momento, el más arriesgado, el que subía más arriba con su globo. El 11 de septiembre de 1847 decidió hacer la primera ascensión desde la plaza del Torín. Un diario de la época lo explicaba así:

> A la ascensión han precedido cuatro pequeños globos, uno en su misma forma, otro en forma de barril, otro en forma de pez y otro en forma de cabeza humana. Tales correos han augurado un feliz viaje, y con tal confianza el aeronauta ha dado orden a los servidores que sujetaban el globo para que dieran dirección a este en torno de la plaza, durante cuya vuelta o pequeño paseo el viajero ha empezado a excitar el entusiasmo de los concurrentes, repartiéndoles versos en que expresaba su gratitud a Barcelona y dulces que con profusión esparció por todos los ámbitos de la plaza.

Realmente, Arban sabía cómo hacer espectáculo. El globo ascendió y no fue en dirección al mar, como esperaba el piloto francés, sino que giró hacia tierra. Arban había prometido una buena recompensa al barco que le recogiera, pero no contaba con que el globo fuese en dirección contraria. Después de una hora de vuelo, el

globo aterrizó de mala manera en un campo de trigo del Besòs. Cuando las gentes de la zona vieron que bajaba, fueron corriendo a ayudar al aparato porque pensaban que la recompensa también era válida si el globo aterrizaba en tierra. Sobre el globo se abalanzaron un montón de personas que reclamaban que afirmaban haber salvado el aparato, mientras que, en realidad, lo único que estaban consiguiendo era estropearlo. Un joven que hablaba francés, Eudald de Munné, empezó a separar a la multitud del pobre Arban y, hablándole, le tranquilizó. Arban quiso agradecerle la atención a Munné con dinero, pero este, hijo de una familia que se dedicaba al alquiler de carros y calesas, no necesitaba el dinero del piloto, tan solo quería que, en el siguiente vuelo, Arban le permitiese subir con él. El 17 de septiembre se cumplió el deseo, y Munné fue el primer barcelonés de la historia que se elevó en un globo sobre la ciudad y, probablemente, sobre cualquier lugar del mundo. El segundo vuelo fue todo un éxito, solo un poco empañado por el hecho de que había nubes bajas que impidieron, a partir de cierta altura, ver la trayectoria del aparato. Munné explicaría después que subieron hasta los tres mil metros, que volaron por encima de la masa de nubes, y que allí hacía un frío de mil demonios.

El éxito relativo de los dos vuelos hizo ascender a Arban a la categoría de héroe de Barcelona. El piloto se marchó entonces a Madrid para hacer la misma exhibición con la promesa de que volvería un día u otro. Y lo hizo pocos meses después de conseguir lo que sería el cenit de su carrera como piloto, cuando logró sobrevolar los Alpes y atravesarlos. Así pues, cuando llegó a Barcelona dos años más tarde se dispuso a hacer una nueva ascensión desde el Torín.

Esta vez quería hacer una ascensión aún más espectacular y añadir una parte del espectáculo que los barceloneses no conocían; dentro de la cesta del globo, Arban viajaría con su mujer, una persona elegante, de gran belleza y de movimientos exquisitos que cautivó al público. La idea era, como ya había hecho alguna vez en otros lugares, elevar el globo mientras la pareja saludaba a todo el

mundo y lanzaba flores a los espectadores. Pero esta vez las cosas no fueron como *missiu* Arban esperaba. La mezcla de gases que llenaba el globo no era de suficiente calidad, o bien este tenía alguna fuga. En cualquier caso, le costaba ascender con tanto peso, y por tres veces el globo subió un poco y chocó contra los espectadores que estaban en la plaza. Arban, nervioso, decidió suspender el espectáculo, pero los espectadores empezaron a silbar, a chillar y a mostrarse agresivos. Habían pagado y querían ver cómo el globo ascendía. La gente insultaba a Arban y a su mujer y les tachaba de cobardes y de estafadores. Entonces, el piloto se enfadó, hizo bajar a su mujer y decidió probarlo él solo, entre los sollozos de su esposa que no veía claro lo que su marido se disponía a hacer. Al principio, sin embargo, pareció que la decisión había sido acertada, pues el globo, aligerado, empezó a ascender sin problemas, tanto que parecía imposible. Pero de repente el viento giró y Arban y su aparato empezaron a volar a toda velocidad hacia él. Cuando ya estaba sobre él, el viento volvió a cambiar y el globo desapareció volando hacia el sur. Nunca más se le volvió a ver. *Madame* Arban quedó desolada. Gastó toda su fortuna siguiendo las pistas que decían que el globo había sido hallado en Cerdeña, o en Marsella, o entre Mallorca, y Menorca. La señora se quedó en Barcelona, el último lugar donde había visto a su amado, y poco a poco languideció. Perdió el dinero, la belleza y la cabeza, y tuvo que vivir en la calle y pedir limosna con la excusa de la venta de unas cataplasmas para las durezas de los pies. La señora Arban pasó a ser una especie de leyenda viva de Barcelona y a finales de siglo fue acogida en la Casa de la Caritat, donde murió.

El año en que Arban llegó por primera vez a Barcelona, se inauguró el edificio del Gran Teatre del Liceu, en la Rambla. El Liceu ocupaba y ocupa aún el solar que dejaron las ruinas del convento dels Trinitaris, y su aparición transformó la fisonomía del paseo y, en cierta medida, de Barcelona. La historia inicial del Liceu está muy ligada con los acontecimientos que vivió la ciudad durante aquellos años. En primer lugar, la sede inicial de la Societat Dramática

d'Afeccionats, predecesora del Liceu, fue el convento de Montsió, situado en el Portal de l'Àngel. Este convento había sido abandonado por las monjas dominicas durante los disturbios del verano de 1835. En 1837, aquella sociedad cultural se instaló en él con la intención de hacer representaciones teatrales y líricas para obtener fondos para la Milicia Nacional. Un año después, la Societat, ante el éxito de sus representaciones, decidió transformarse y crear un conservatorio —que aún existe— y cambiar de nombre: a partir de entonces se llamaría Liceu Filharmònic-Dramàtic Barcelonès.

La nueva asociación captó con éxito a los principales miembros de la burguesía de la ciudad, que empezaron a sentirse cómodos por tener un lugar donde encontrarse y convivir al amparo de las actuaciones musicales y teatrales que se ofrecían en el Portal de l'Àngel. Pero el local se les fue quedando pequeño, y en 1844 compraron los restos del convento dels Trinitaris con la intención de construir allí un gran teatro y un conservatorio. Para levantar el edificio, la asociación necesitaba dinero, mucho dinero, y por ello realizó una operación financiera muy particular. Con una mentalidad muy burguesa y muy catalana constituyó una sociedad que emitió acciones mercantiles. Esto implicaba que quien compraba estas acciones no tenía una parte de la propiedad, sino que era directamente propietario de algunos asientos o de unos palcos. Este sistema tan particular dio lugar, especialmente en los palcos, a que el Liceu se convirtiese con los años en una especie de club inglés, donde los señores burgueses podían organizar grandes partidas de cartas o pasar largas tardes con sus amistades mientras algún tenor vestido de duque de Mantua cantaba, por ejemplo, «*Bella figlia dell'amore*».

El Gran Teatre del Liceu, así se acabó llamando el edificio, no podría haber existido si unos años antes, en 1833, no hubiese acabado el monopolio de las representaciones teatrales que desde 1579 tenía el Teatre de la Santa Creu. Precisamente este teatro, en vista de la competencia que empezaba a tener, cambió el nombre por el de Teatre Principal, con el fin de marcar el terreno. El Liceu

nacía con la voluntad clara de competir con el Principal y la ciudad pronto se dividió entre los partidarios de uno y de otro. Durante muchos años fue una pugna incierta, pero poco a poco el Principal fue perdiendo fuerza. A finales del siglo ya no se representaban óperas en él, y unos años más tarde se convirtió en cine, mientras que el Liceu se convertía en el teatro de Barcelona.

A pesar de todo, hasta los años ochenta del siglo xx, el Liceu sería querido y odiado a partes iguales por los barceloneses. Muchos le reprochaban, con razón, un carácter burgués y ultraconservador, al mismo tiempo que muchos otros lo apreciaban porque en aquel teatro podían gozar de espectáculos que no podían representarse en ningún otro lugar de la ciudad. La división de clases era muy patente en el Liceu; tanto la platea como los palcos del primer piso eran territorio de los potentados, pero a medida que se subía hacia el quinto piso, las clases populares ocupaban el espacio. De hecho, la fama era —en ocasiones un tanto exagerada— que en el quinto piso, en las localidades sin visibilidad, se sentaban los más destacados melómanos de Barcelona, ya que no necesitaban para nada ver qué ocurría en el escenario mientras pudiesen oír bien la música de la orquesta. El instante en el que los asistentes a los estrenos de ópera abandonaban el Liceu se convirtió durante muchos años en un momento especial. Mucha gente modesta acudía para contemplar cómo vestían los poderosos, qué coches de caballos les iban a recoger y qué joyas lucían las damas. En otras ocasiones, normalmente ya en el siglo xx, esta salida se convirtió en un momento de escarnio y de pitidos hacia la clase dirigente, la cual no tenía más remedio que mostrarse en un territorio, la parte media de la Rambla, que con los años se fue haciendo foráneo para todos ellos.

El sueño de Barcelona: derruir las murallas

El nacimiento del Liceu y el esplendor de la burguesía contrastaban con los conflictos que aún se producían en el país. Había malestar, mucho malestar. Se vivía una crisis comercial, industrial, agraria, social... El Gobierno imponía el reclutamiento obligatorio, los impuestos sobre los alimentos y los víveres de subsistencia se incrementaron, los nuevos liberales eran más brutales y duros de lo que se podía aguantar. En Cataluña, el menosprecio por la lengua, por la forma de ser, la de trabajar y de vivir era continuo. Uno de los capitanes generales del momento, Manuel Pavía dijo: «solo con las tropas no puede devolverse la tranquilidad interior. Cataluña encierra infinitos elementos que, una vez puestos en acción, son peligrosísimos». Y no le faltaba razón. Entre finales de 1846 y 1847, se empezaron a levantar partidas carlistas en todo el país. Sin embargo, esta segunda guerra carlista sería distinta de la primera. Para empezar, solo tuvo lugar en Cataluña; por ello, muchos historiadores españoles niegan que la guerra como tal existiese, y califican los hechos de revuelta local. Pero la guerra también fue particular porque los contendientes no alcanzaron ni mucho menos el grado de crueldad al que habían llegado en la anterior. Y la última diferencia, esta absolutamente esencial, es que en la guerra, muchos progresistas y muchos republicanos se pusieron del lado de los carlistas. Parece increíble, pero tiene su lógica. La política del Gobierno moderado había sido tan chapucera, tan zafia, tan asesina que se convirtió en un enemigo demasiado evidente para que no se aliasen todos los que la sufrían. Aun así, la alianza entre carlistas tradicionalistas, progresistas monárquicos y republicanos revolucionarios no podía durar mucho porque no tenía ninguna solidez. La mayor parte de la guerra la sostuvieron los carlistas pero, eso sí, con la simpatía de toda la sociedad. El general Pavía dijo a menudo que aquella guerra se acabaría cuando quisiesen los catalanes, y que no dependería de los triunfos militares. De hecho, fue exactamente así: después de tres años de guerra, la alianza de

la sociedad hizo que el apoyo a las partidas rebeldes se apaciguase, con lo que los soldados carlistas optaron, una vez más, por abandonar la lucha y partir hacia el exilio.

La segunda carlistada no fue en balde, pues trajo, entre otras muchas cosas, la caída de los moderados, como ya se ha visto. Un poco antes de la caída efectiva de esta facción en el poder, el Ajuntament de Barcelona había decidido que el régimen ya estaba acabado y que tenía que actuar, otra vez, *como si* ya no existiese. Por ello, en 1853, se creó una comisión entre los miembros del consistorio, los diputados en Madrid, los directores de los periódicos y los presidentes de algunas instituciones de la ciudad para estudiar, de nuevo, el derribo de las murallas.

Esta cuestión se había convertido en la gran obsesión barcelonesa, todo pasaba por el derribo de las murallas y de la Ciutadella. La ciudad —las crónicas lo explican— olía mal y era muy insana. Cerca de doscientas mil personas vivían dentro del recinto amurallado, probablemente era la ciudad más densa de Europa en aquellos momentos Había calles donde costaba respirar porque el aire no se renovaba suficientemente. Desde muy lejos, se distinguía Barcelona por el humo que salía de sus fábricas y por el olor inconfundible. El foso que rodeaba las murallas estaba especialmente sucio, lleno de detritus y de animales muertos que se pudrían al sol. La Ciutadella estaba casi vacía, mal cuidada, y ahora con un aspecto de destacamento extraño, con algunos muros mal reconstruidos después del primer intento de derribarla. Por tanto, hacer caer aquella pesadilla era un sueño para la gente de Barcelona.

La comisión aprobó una memoria del secretario del Ajuntament, Manuel Duran i Bas, muy hábil, porque pedía la demolición de las murallas de tierra, y nunca hablaba de derribar la muralla de mar o la de la Ciutadella. Las autoridades barcelonesas habían decidido ir paso a paso y que la Ciutadella fuese el último de estos pasos destinados a la demolición total. En un primer momento no pasó nada, pero cuando el levantamiento progresista se generalizó, la

actitud de Barcelona fue decisiva para que triunfara. El 14 de julio, la ciudad se pronunció a favor de los progresistas, y pocos días después, como primer acto destinado a marcar un antes y un después, el Ajuntament instó a la Junta Provincial, presidida por el capitán general de Cataluña, Ramón de la Rocha, a autorizar la demolición. La Junta, naturalmente, dijo que antes se tenía que pedir permiso a Madrid, y el capitán general, que no se fiaba del pueblo de Barcelona, ordenó que se concentrasen en la ciudad unos doce mil quinientos soldados. Algunos obreros aprovecharon la tensión para asaltar sus propias fábricas y quemar los telares de vapor, los llamados selfactinas, denominación procedente del término inglés *self-acting*, «automatica». El general De la Rocha mandó fusilar inmediatamente a aquellos obreros, lo que provocó una huelga general en la ciudad. De la Rocha, entonces, cedió y prohibió el uso de las selfactinas, consiguiendo así que todos los burgueses de Barcelona también se pusieran en su contra. Un hombre hábil, sin duda, el general De la Rocha: en pocos días había logrado convertirse en enemigo de todas las clases sociales de Barcelona. Para acabar de arreglarlo, una epidemia de cólera empezó a extenderse por la ciudad. El ambiente era tan tenso, que el general De la Rocha fue destituido, hecho que las autoridades barcelonesas aprovecharon para hacer lo que desde hacía años deseaban. La mañana del 7 de agosto, los máximos dirigentes de la ciudad salieron del Ajuntament, llegaron hasta las torres de Canaletes, en la parte superior de la Rambla, y ellos mismos empezaron la demolición. Dos días después, el Ajuntament convocaba voluntarios para el derribo, que empezó enseguida. El Gobierno de Madrid, mientras, tenía tantos quebraderos de cabeza que, resignado, admitió que se continuase el derribo de las murallas en Barcelona.

Mientras se empezaba a trabajar a buen ritmo en la demolición, la epidemia de cólera se extendió por la ciudad. Unas seis mil personas murieron en las diez semanas que duró. También la fiebre inicial de derruir las murallas se serenó, no por el ritmo de las obras,

sino porque todo el mundo se dio cuenta de que aquellos muros no podían derribarse sin planificar cómo y de qué forma debía hacerse. Era necesario pensar en conservar todos los materiales artísticos, plantearse qué destino tendrían las piedras que se sacaran, decidir si se tenía que conservar algún fragmento de muralla o no, y, lo más importante, plantear una reforma urbanística que diera sentido a todo lo que se estaba haciendo. Era necesario ampliar la ciudad, era necesario un nuevo Ensanche. El 25 de octubre el Ajuntament pidió al arquitecto Antoni Rovira i Trias que preparase un proyecto. Rovira i Trias fue un personaje muy destacado, creó el Cos de Bombers de Barcelona y, como arquitecto, proyectó años después los mercados más bonitos de la ciudad, el Born y el de la Concepció, entre otros. Era brillante, pero quizá porque era lo bastante inteligente como para entender cuándo no sabía lo suficiente sobre algo, declinó el encargo del Ajuntament, porque pensaba que antes tenía que hacerse un buen plano de la planicie de Barcelona que posibilitase el ensanchamiento de la ciudad con garantías.

El Ajuntament, entonces, encargó a otro arquitecto, Miquel Garriga i Roca, que hiciese un plano de la ciudad y de la planicie, parcela a parcela. Mientras tanto, el Gobierno de Madrid encargó más o menos lo mismo al ingeniero Ildefons Cerdà. Y entretanto, otra vez los conflictos políticos y sociales volvieron a trastornar el proyecto. En julio de 1855, los obreros barceloneses se declararon en huelga, que de hecho fue una huelga general ante el comportamiento autoritario y violento de las autoridades progresistas, el cual, en realidad, no difería sustancialmente del que habían tenido siempre los moderados. Las cosas, pues, no habían cambiado, y la huelga general solo sirvió de palanca para que los moderados volviesen al poder. Lo primero que hicieron nada más regresar fue intentar detener el derribo de las murallas. Es más, el ejército se sacó de la manga un nuevo proyecto para construir una nueva muralla, más grande que la anterior, y empezó a aplicarlo. Los obreros que derribaban la muralla, fueron sustituidos por soldados que levantaban muros y fortificaciones, unas obras absurdas que

intentaban reconstruir unos muros que en los nuevos proyectos del ejército también habían acabado desapareciendo. Tan absurdas que finalmente cesaron y nunca más continuaron.

Durante años, la situación permaneció más o menos estancada. Una buena parte de las murallas había caído y la ciudad respiraba, pero tanto la Ciutadella como la muralla de mar seguían intactas. Barcelona tenía un aspecto extraño porque las casas habían sido construidas originalmente teniendo en cuenta la altura de las murallas, y al faltar estas parecía que muchos edificios estaban mal hechos, tenían un aspecto desequilibrado.

Además, aunque sin murallas la vista del llano era más impresionante que nunca, nada se movía porque no se sabía cómo tendría que ser esta nueva Barcelona, si es que alguna vez se construía, algo que los militares no parecían muy dispuestos a dejar hacer. Quizá esta vista insólita incentivó el gran debate que sostuvieron los barceloneses aquellos años. ¿Cómo tenía que ser la ciudad del futuro? ¿Qué ensanche debía construirse? ¿Qué había que derribar dentro de la ciudad antigua para llevarla hacia la modernidad? ¿Qué papel debía jugar el ferrocarril, el nuevo medio de transporte, que tanto parecía condicionar el crecimiento de la ciudad? Y así todo el tiempo. Las discusiones tenían lugar en los periódicos, en las reuniones de las instituciones públicas, en las tertulias de los cafés, en la calle... Hoy en día este tipo de discusiones continúan apasionando a los barceloneses. Cualquier reforma profunda de la ciudad mueve grandes controversias y discusiones apasiondas. En lo que llevamos de siglo XXI, los barceloneses han discutido sobre cómo tenía que ser el nuevo barrio del Fòrum, la posible ampliación de las Rondes, la transformación de la Diagonal, el renacimiento del tranvía, el carril bici, las aceras de la calle Aragó, y así *ad infinitum*. Es muy probable que haya otras urbes del planeta donde la preocupación sobre la propia ciudad despierte tanta pasión, pero seguro que no son muchas. No

obstante, está claro que no es una tendencia de los últimos años, sino que mirarse el ombligo de la ciudad es una afición muy propia de Barcelona.

Ensanchando Barcelona

En 1855, Ildefons Cerdà llegó a presentar un plano topográfico con un anteproyecto de lo que sería el Eixample. Tenía un aspecto en principio poco atractivo, una ciudad que crecía más hacia el norte que hacia el sur, llena de rectángulos iguales y con barrios delimitados y dedicados a actividades diferentes. Era una ciudad muy funcional, muy moderna, pero alejada de lo que quería el Ajuntament, que soñaba con una ciudad llena de bulevares, edificios singulares y grandes avenidas con árboles, que fuese una capital de Europa y no una ciudad un poco a la americana como planteaba Cerdà. En 1859 se presentaron dos proyectos muy profundos de cómo tenía que ser la gran Barcelona. En primer lugar, el de Cerdà, que complementaba el primer plano de cuatro años antes y dibujaba una ciudad con rectángulos sin esquinas —llamados chaflanes— que formaban unas pequeñas islas octogonales. Además, no preveía ningún tipo de bulevar, excepto el Passeig de Gràcia, que ya existía. Lo que sí dibujaba eran algunas calles principales que podían servir como vías rápidas, y una muy particular, una calle muy larga en diagonal que cruzaba de norte a sur la ciudad. Los cruces de estas calles principales configuraban algunas grandes plazas. En la ciudad antigua se preveía un plan de derribos que facilitasen el tráfico desde el Eixample a través de ella.

El otro proyecto fue hecho por Rovira i Trias y preveía un crecimiento radial de la ciudad a partir de la ciudad antigua. Barcelona formaría una especie de inmensa rueda, la parte exterior de la cual era una especie de bulevar de circunvalación al estilo del Ring vienés, del que partirían unos grandes bulevares que serían los radios de la rueda. Además, se creaba una gran plaza pública

delante de Canaletes y del Portal de l'Àngel. Este proyecto gustó mucho al Ajuntament, que lo aprobó y proclamó a todo el mundo que le quisiese escuchar que ya había un proyecto definitivo de ensanche. Ocho meses más tarde, llegaba una orden clara de Madrid: el proyecto que debía llevarse a cabo era el de Cerdà. ¿Qué había pasado? Pues muy fácil. Cerdà era ingeniero de formación, lo que en aquella época quería decir que había estudiado en la academia militar. Muchos de sus antiguos compañeros de estudios ocupaban cargos en las instituciones centrales. Además, el proyecto de Cerdà era cartesiano, buscaba la igualdad de la sociedad a través de cierta uniformidad. Incluso quería hacer recordar a las generaciones futuras que la modernidad había superado lo antiguo cuando renunciaba a conectar la ciudad vieja con la ciudad nueva, y en lo poco en que intervenía era para destruir gran parte de los edificios medievales y modernos con grandes avenidas que arrasaban los barrios viejos. El proyecto de Rovira, inspirado en el de Haussmann, mostraba una Barcelona diferente, una ciudad que quería recordar a París o al distrito de Westminster en Londres. Nada de una ciudad cartesiana, una ciudad monumental con barrios definidos y donde se marcasen bien las diferencias entre ricos y pobres, entre zonas residenciales, comerciales e industriales, donde la comunidad no fuese uniforme sino muy diversa.

La imposición de Madrid causó indignación, pero tuvo que ser soportada. La conciliación entre los sectores intelectuales de Barcelona y el barrio del Eixample no se produjo hasta bien entrado el siglo XX, y aún hacia mitad de siglo, pasada la Guerra Civil, de 1936 a 1939, había voces que criticaban la uniformidad y las pocas diferencias que había entre los barrios que se habían formado. Porque esta fue otra cuestión importante: Cerdà se planteó una ciudad donde el precio del suelo no fuese muy distinto entre una zona y otra, pues la mezcla de usos no lo permitía, de modo que no habría sectores mejores ni peores. Además, todas las islas de casas —que él bautizó como «*mansanes*» (manzanas)— serían prácticamente iguales y esto impediría que los habitantes difirieran

mucho unos de los otros. Pero ya desde el principio de la construcción de las islas empezó a haber grandes diferencias. En primer lugar, el Passeig de Gràcia se configuró como un gran eje donde las construcciones eran de mayor calidad. A la izquierda del paseo, por la calle que después se llamaría Balmes, se construyó la línea de ferrocarril que iba a Sarrià. Pues bien, las islas que quedaban a la derecha del ferrocarril enseguida empezaron a valer más que las de la izquierda, que tardaron más en construirse. Por otro lado, las islas que quedaban entre el Passeig de Gràcia y el Passeig de Sant Joan —la prolongación del que ya existía hacía años — también quedaron englobadas en este concepto difuso de «*la dreta de l'Eixample*» —la derecha del Ensanche—, de ahí que tuviesen mayor valor que las que había más allá del Passeig de Sant Joan. Es en esta zona de la derecha del Eixample donde se concentran las casas más interesantes de estas épocas, lo que se ha llamado posteriormente el *Quadrat d'Or* —el Cuadrado de Oro—.

Muchas otras cosas no salieron como quería Cerdà. Él había imaginado una ciudad totalmente cuadriculada, con una densidad igual en todas partes, con los mismos servicios de hospitales, escuelas y mercados a la misma distancia. Solo un tercio de cada isla podría tener edificios, el resto sería dedicado a jardines o a equipamiento. Pero pronto estas pretensiones no fueron tenidas en cuenta. En primer lugar, los propietarios pidieron ampliar la profundidad de las casas, con lo que el espacio central se redujo. Después, se permitió edificar en los cuatro lados de la isla. Más tarde, se privatizaron la mayoría de los patios que se habían formado. Las islas pensadas exclusivamente como jardines quedaron reducidas a la mínima expresión. Años más tarde, la presión demográfica y, lo que es más importante, la especulativa, llevaron a permitir que los edificios fuesen más altos de lo que estaba previsto. Y, finalmente, ya en los años sesenta del siglo XX, el alcalde Porcioles permitió aumentar el techo de edificabilidad de las islas, de manera que a menudo se construyeron dos o tres pisos más sobre los edificios del siglo XIX con un resultado estético desastroso. A estos

añadidos se les llama «boinas» porque realmente parece que a los edificios se les haya colocado un sombrero. El sueño de Cerdà, acertado o no, se fue por la alcantarilla, empujado por la avaricia constructora y depredadora de los maestros de obra, de los constructores y de los funcionarios municipales.

El 4 de octubre de 1860, la reina Isabel II puso la primera piedra del Eixample. Los cuatro primeros edificios fueron los de los chaflanes del cruce de las calles Roger de Llúria y Consell de Cent. Hoy en día, dos de estos edificios han desaparecido, otro se ha convertido en un hotel y conserva en cierto modo el aspecto original, y el último es el que más intacto ha quedado, el que está situado en la esquina de los lados mar y Llobregat. Por cierto, esta forma de designar las esquinas del Eixample es genuinamente barcelonesa. Las esquinas que dan al este son mar; las que dan al oeste, montaña; las que dan al norte, Besòs; y las del sur, Llobregat. Si quieren hacerse pasar por barceloneses, deben respetar esta denominación tan autóctona.

El Eixample creció a impulsos especulativos, sin ningún apoyo de las autoridades que, simplemente, dejaron hacer, a la espera de ingresar los impuestos correspondientes. Aun así, las islas del Eixample, especialmente las de la derecha, mantuvieron una cierta coherencia. La mayoría de los edificios, por ejemplo, se construyeron con una escalera central que conducía a los distintos pisos. Cuanto más arriba se subía, más bajos eran los techos y más pequeños los balcones. Normalmente, los edificios del Eixample tienen una entrada que conduce a una escalera que sube hasta el primer piso, llamado entresuelo y que estaba pensado para oficinas o para servicios de los propietarios del siguiente piso, el principal. Este pertenecía a los propietarios del edificio y era el más lujoso, el que podía tener en lugar de balcón una galería que diera a la calle. El piso más alto de todos era el de los porteros y tenía acceso al terrado. Por detrás, los edificios del Eixample tienen grandes ventanales que dan al patio interior. Estos ventanales, no siempre cubiertos con cristal, tapaban una especie de balcón interior llamado

galería que en uno de los extremos tenía un agujero llamado comuna que tenía utilidades higiénicas. No era el lugar más discreto ni el más cómodo del mundo, pero estaba situado allí porque las fosas sépticas de los edificios del siglo XIX estaban precisamente en aquel lado del edificio y tenían que vaciarse con unas bombas accionadas manualmente. Desde la calle, y al lado de la puerta, solía haber un par de entradas que bajaban hacia el semisótano. Actualmente estas entradas suelen ser tiendas, pero se diseñaron inicialmente como carboneras. Además, todos los edificios eran y están rematados con detalles ornamentales muy bien hechos, empezando por las barandas de los balcones y acabando por los detalles en yeso o en argamasa que rematan las casas. Los edificios más lujosos, obviamente, tenían otras prestaciones: entradas anchas donde podía pasar el carruaje; o cochera; escaleras diferenciadas para los amos y los subalternos, o los inquilinos; acabados tanto exteriores como interiores muy lujosos...

UNA HISTORIA PROPIA

Los nuevos aires liberales ayudaron a Barcelona a prosperar, a pesar del retraso terrible que el Estado español mostraba respecto a sus vecinos. En ese momento los militares eran claramente quienes dominaban el panorama, una señal evidente de la debilidad del Estado. En Francia o en la Gran Bretaña, los militares tenían un papel mucho más subordinado, y eso que ambos países que empezaban a acostumbrarse —especialmente el Reino Unido— a las guerras coloniales, por lo que en ellos, el estamento militar tenía mucho peso político. En España, la corrupción y la desidia imperaban en el panorama político. La red de ferrocarriles se estaba construyendo gracias a compañías extranjeras, la mayoría británicas, que sobornaban a diestro y siniestro, en primer lugar a la reina Isabel II, con tal de obtener concesiones muy ventajosas. Solo Cataluña estaba industrializada, a pesar de que el País Vasco

empezaba a destacar en la gran industria siderúrgica, gracias al puerto natural de Bilbao y a las explotaciones de carbón que poseía. Pero el resto del Estado estaba aún muy lejos de participar en este ritmo industrial. Madrid era una ciudad funcionarial, que vivía por y de la Corte. Otras grandes ciudades como Sevilla, Valencia o Málaga no habían desarrollado más que redes comerciales, pero no industriales, y esto afectaba gravemente a su crecimiento. Era un problema grave porque las necesidades de la industria catalana no ligaban en absoluto con las necesidades del resto del Estado. Esta situación, además, se mezclaba con muchos otros factores que afectaban a la relación de Cataluña con el Estado. La lengua, sin duda, era un elemento clave. Desde la capital no se entendía el proceder de los catalanes, dispuestos a mantener una lengua que estaba prácticamente erradicada de la enseñanza, que había sido expulsada de la literatura y del incipiente periodismo, y que los políticos no empleaban nunca en actos oficiales, donde solo se podía utilizar el español. A pesar de ello, la inmensa mayoría de los catalanes solo hablaba catalán y se expresaba con cierta dificultad en español. Aun así, el catalán cada vez se iba degradando más y más al no utilizarse en muchas actividades. Este hecho, unido a la actitud soberbia que solían mostrar los funcionarios venidos de fuera —básicamente militares y funcionarios policiales y administrativos—, hizo despertar lentamente un sentimiento que nunca había estado completamente dormido, al que entonces se empezó a llamar «catalanismo». Esta palabra tan extraña se refería más a un sentimiento que a una expresión política. Ser catalanista era querer usar el catalán con cierta normalidad, preocuparse por las cosas del país, velar por su economía y por la calidad de la enseñanza. El catalanismo incipiente era reactivo ante la actitud de la administración central, pero aún no sabía qué expresión política tendría o deseaba adoptar.

Estamos en los años en que el romanticismo, ya en su etapa final de existencia, ha perdido la virulencia que tuvo después de las guerras napoleónicas y se muestra más calmado. Pero, a pesar de

ello, el romanticismo es un movimiento que aún pesa y uno de los estímulos de los románticos es la admiración y la reconstrucción del pasado de una nación. Tener historia propia era tener presente como nación, y a esto es a lo que se dedicaron aquellos catalanistas incipientes, a rescatar de mejor o peor forma la historia de Cataluña. Como hicieron todos los pueblos, el rescate de esta historia propia a menudo fue más imaginativa que realista o científica, pero en ello los historiadores catalanes actuaron exactamente igual que sus colegas españoles, franceses o alemanes, y eso en un momento en que Alemania aún no existía como Estado... Los historiadores catalanes empiezan a recrear el nacimiento de la nación catalana con Guifrè el Pilós, las heroicidades de los almogávares en Bizancio, la conquista de Cerdeña o Sicilia...

Uno de estos historiadores catalanistas fue un hombre polifacético que ostentó muchos cargos políticos y académicos distintos a lo largo de su vida y que tuvo mucha importancia en la denominación de las calles de Barcelona, en concreto del Eixample. Este hombre se llamaba Víctor Balaguer. Balaguer era el cronista de la ciudad de Barcelona, un cargo curioso, sin remuneración pero con privilegios y que se le concedió como reconocimiento a su interés por la historia de Cataluña y de Barcelona. Balaguer era un romántico, al mismo tiempo que un pragmático, a pesar de que parezca una contradicción Escribió una obra, *Las calles de Barcelona*, que repasaba el nomenclátor de la ciudad y proponía nuevos nombres para las calles del Eixample.

Hasta entonces, las calles recién nacidas en el Eixample estaban destinadas a ser llamadas tal como había pensado Cerdà, empapado de su idea igualitaria y uniformadora. Las calles que iban de mar a montaña tenían que numerarse del 11 hasta el 60, mientras que las que iban del Besòs al Llobregat, de la F a la Z. El hecho de que las calles no empezasen por el número 1 o por la letra A se debía, según parece, al hecho de que estos se resevaban para las calles más importantes, que rompían la trama simétrica del Eixample. En cualquier caso, el concepto era, sin duda, un horror. El Ajuntament,

con una visión anticipatoria poco habitual, decidió que las calles que solo existían sobre el papel tenían que tener unos nombres más amables, alejados de aquella orgía reguladora que el ingeniero Cerdà quería. Además, después de que el Gobierno de Madrid hubiese impuesto el plan Cerdà había que mostrar al mundo que los barceloneses habían sido vencidos, pero que no estaban derrotados. Finalmente, Víctor Balaguer fue el encargado de proponer nombres para aquellas nuevas calles.

Balaguer hizo una propuesta atrevida pero muy atractiva. Era muy habitual que las calles se bautizasen con nombres de políticos ilustres, contemporáneos o muy recientes, y con los nombres de los miembros presentes y pasados de la familia real, además de alguna batalla significativa. Balaguer, como historiador en primera instancia, pero realmente como político, propuso un conjunto de nombres ligados a la historia de Cataluña que, además, y teniendo en cuenta la disposición regular de las vías del Eixample, permitiesen comprender en cierta manera el país siguiendo simplemente un plano de Barcelona. Desde una óptica actual, podría interpretarse que Balaguer era un independentista *avant la lettre*. ¡En absoluto! Su propuesta de nombres, que además es la que acabó triunfando, buscaba mostrar cómo Barcelona es la capital de Cataluña, que al mismo tiempo es el principal miembro de la Corona de Aragón, y que esta es la parte constituyente de una España que solo puede estar basada en las libertades. O sea, Barcelona, por su historia y por su peso, debe ser la principal ciudad, el faro de una nueva España, más abierta, más liberal. Balaguer sostuvo este proyecto político, que ahora veremos cómo se concretaba en el nomenclátor, apoyando al general Joan Prim o llegando a ser ministro del Gobierno.

Partiendo de la plaza de Catalunya —génesis de las otras calles a causa de su nombre—, encontramos primero la calle del Compromís de Casp —para los barceloneses, solo calle Casp—. Según Balaguer, al facilitar la monarquía catalana a una familia de Castilla, el Compromiso de Caspe abrió la puerta a la creación futura

de España. Después viene la Gran Via de les Corts Catalanes, el órgano supremo de la pseudodemocracia medieval. Por encima de la Gran Via, la calle de la Diputació (del General, es decir, la Generalitat) y la calle del Consell de Cent, las dos instituciones que desde Barcelona regían Cataluña. En dirección a la montaña, la siguiente calle es la de Aragó, el nombre de la Corona. Y siguiendo hacia arriba, los territorios que la conformaban: Valencia, Mallorca, Provença, Rosselló y Còrsega. Pasado el Passeig de Sant Joan —que conserva su nombre anterior al plan Cerdà—, encontramos tres territorios más: Nàpols, Sicília y Sardenya, y uno más, Calàbria, este último a la izquierda del Eixample. En definitiva, un recuerdo de los territorios históricos relacionados con Cataluña, desde Valencia, Mallorca, Provenza, Rosellón y Córcega a Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Calabria.

Además de estas calles dedicadas estrictamente a la Corona y a sus instituciones, encontramos las dedicadas a una serie de próceres del pasado de Cataluña, como el conde Borrell o Ausiàs March, y otros ligados a las guerras con Castilla, como Jaume d'Urgell, Pau Claris, Rafael Casanova, Antoni de Villarroel o Joan Pere Fontanella. Otras calles tenían el nombre de episodios ligados a la Companyia Catalana de l'Orient, como Almogàvers, Roger de Flor, Entença, Rocafort y Muntaner. Dos calles están dedicadas a los motores de la prosperidad económica de Barcelona: Indústria y Marina. También hay una serie de calles que conmemoran batallas importantes de la història de la Corona, y aquí Balaguer introduce nombres de batallas que van más allá del pasado de la Corona de Aragón y se fijan más bien en el pasado de la monarquía hispánica o del reino de España. Es el caso de las cinco calles dedicadas a la guerra de la Independencia: Bruc, Girona, Bailèn, Independència y Dos de Maig, que conmemora los hechos del 2 de mayo de 1808. O de las calles dedicadas a las batallas de la época moderna: Lepant, Cartagena y Sant Quintí. Y, finalmente, algunas calles dedicadas a catalanes desaparecidos pocos años antes de que Balaguer comenzase su labor: Aribau, Balmes y Alí Bei. En medio de estas calles está la de

Enric Granados, que ni siquiera había nacido cuando Víctor Balaguer hizo la propuesta de nombres. Esta calle inicialmente se llamaba de la Universitat, pero el impacto de la muerte del pianista movió al Ajuntament a cambiar el nombre de la vía.

Víctor Balaguer dejó, pues, una huella perdurable en la historia de Barcelona, pero no solo porque bautizara las calles del Eixample, sino también por la recuperación de los Jocs Florals. Los Jocs Florals se habían creado en Barcelona durante la Baja Edad Media y consistían en premiar los mejores poemas que presentaban los trovadores y los hombres cultos. En 1859, Balaguer, junto a Antoni de Bofarull, instauraron los juegos con un lema, *Patria, Fides, Amor*, que se correspondía con la temática de los poemas que debían presentarse a los premios. La Englantina d'Or —una reosa mosqueta de oro— se otorgaba al mejor poema patriótico; la Viola d'Or i Argent —una violeta de oro y plata—, al mejor poema religioso; y la Flor Natural, al mejor poema amoroso. Si alguien ganaba los tres premios, se llevaba el título de *Mestre en Gai Saber*, maestro en poesía. Los premios fueron mucho más allá de lo que suele ser común en los galardones literarios; se convirtieron durante varias décadas en la expresión más clara del cambio de mentalidad que se estaba produciendo respecto a la lengua catalana. Después de ciento cincuenta años de persecución, la lengua, aunque muy viva entre la gente, estaba sufriendo, sin duda, una regresión y eso se notaba muy especialmente en la lengua literaria. Desde el siglo XVIII, y durante el siglo XIX, buena parte de las lenguas occidentales habían sido revisadas y modernizadas por academias y estudiosos de sus respectivas gramáticas, y las habían pulido y unificado cuando había sido necesario. En el caso del catalán, esto no había sucedido, porque tanto en Francia como en España las autoridades habían hecho todo lo posible para erradicarlo como si fuese una enfermedad. La literatura en catalán, en el momento en que en toda Europa se había consolidado la novela como obra literaria, y el ensayo no versaba necesariamente sobre temas de religión, sencillamente no podía existir. Solo algunos literatos escribían en

catalán, y siempre con una falta absoluta de uniformidad en las normas ortográficas y gramaticales que podía, incluso, dificultar la lectura de la obra. Además, no había ninguna clase de variedad dialectal del catalán que sirviese de referencia a las otras, y la dispersión, tanto léxica como gramatical, no contribuía precisamente a la conservación de la lengua.

La situación del idioma era muy significativa, pero no era la única que hacía sufrir a los catalanes de mediados del XIX. El rechazo sostenido de las autoridades centrales a las dinámicas sociales y políticas que nacían de Cataluña era una constante. A pesar de que desde la guerra de la Independencia algunos pensadores y políticos catalanes habían mostrado su opinión sobre cómo tenían que ser Cataluña y el Estado, no habían tenido ningún tipo de éxito. Por eso no es extraño que, siguiendo al romanticismo alemán, se acabasen equiparando los conceptos de lengua y de patria. Si se conseguía volver a levantar la lengua, la patria triunfaría. Hasta que la lengua catalana no hubiese salido de su letargia y se hubiese convertido en una lengua moderna, los catalanes no podían plantearse con seriedad la resurrección de Cataluña de las cenizas que había dejado el incendio que había comenzado ciento cincuenta años atrás.

No es casualidad que fuese en un discurso pronunciado en unos Jocs Florals cuando se dio nombre a este concepto: la *Renaixença* —el Renacimiento—. La *Renaixença* era un movimiento tímido, en general conservador y a menudo se concretaba solo en las reivindicaciones folclóricas. Aunque pueda parecer poca cosa, su importancia radicaba en que permitía la expresión de la inquietud por la pérdida de identidad que toda la sociedad mostraba. Aunque los principales motores de la *Renaixença* serán burgueses o gente de clase media, su concreción fue a menudo muy popular.

La expresión más popular de la *Reinaxença* serán, sin duda, los Cors de Clavé. Cantar en grupo era una afición muy común, ligada frecuentemente a las tabernas y a los ratos de ocio de la clase

trabajadora. Pero la dimensión que Josep Anselm Clavé dio a estas corales fue mucho más allá de ese espíritu lúdico del canto en común.

Clavé provenía de una familia modesta. Como había perdido la visión de un ojo cuando era niño, fue destinado a trabajar y no pudo ir al colegio, pero su salud le obligó también a dejar el trabajo. Desde entonces, de forma autodidacta, aprendió música y, cuando se hubo recuperado, comenzó a ganarse la vida cantando en las tabernas y en las fiestas. Se hizo amigo de dos hombres muy importantes, Abdó Terrades, ya mencionado, y Narcís Monturiol, de quien se hablará más adelante. Juntos participaron en la Camància, y Clavé acabó encerrado en las celdas de la Ciutadella. Como Clavé acabó siendo un mito, muchos hechos de su pasado también se mitificaron, y uno de ellos fue sin duda esta estancia de unos meses en la prisión. Allí, según se decía, Clavé meditó y llegó a la conclusión de que la clase obrera necesitaba elevar su espíritu para creer en ella misma y transformar el mundo de manera más justa. De hecho, seguía las ideas de algunos pensadores franceses que decían que a través de la cultura la clase obrera se redimiría de su destino gris. En 1850, siete años después de su paso por la prisión, Clavé puso en marcha su primera coral bajo el nombre, muy significativo, de La Fraternitat. Los cantantes de La Fraternitat se caracterizaban por interpretar temas bailables, algo que les proporcionó cierta fama. En 1856 Clavé vuelve a ser detenido por republicano, y al salir de prisión refundó La Fraternitat y la convirtió en la Societat Coral Euterpe, que actuaba en los jardines del mismo nombre, situados en el Passeig de Gràcia. De hecho, hasta que no se edificó el Eixample, había en los alrededores de ese paseo una gran cantidad de jardines privados, pero abiertos al público, donde se hacían espectáculos y obras de teatro. Aún quedan vestigios, en forma de teatro —como el Tívoli o el Novedades—, o en el nombre de alguna calle pequeña, como el pasaje de los Camps Elisis, entre València y Mallorca, junto al paseo. Los Euterpe, que estaban entre València, Mallorca, Rambla de Catalunya y Passeig de Gràcia,

llegaron a estar regentados por el propio Clavé. Los barceloneses y los «graciencs», los vecinos de Gràcia, disfrutaban a menudo de estos jardines, y no es extraño que el coro Euterpe gozase de popularidad. En menos de tres años ya se habían fundado diversos coros del mismo estilo, y en 1860 se agruparon en la Federació Euterpense de Cors de Clavé. La mezcla entre la música, los temas reconocibles, el clima de cercanía y el ambiente campestre impulsó con fuerza los Cors de Clavé. Durante los años siguientes, se empezaron a celebrar encuentros multitudinarios de coros y cantantes, hasta el punto de que en 1864 se llegaron a reunir dos mil cantantes, cincuenta y siete corales y más de trescientos músicos en un solo concierto que duró tres días.

Los coros de Clavé causaban inquietud entre las autoridades, que al mismo tiempo que no se atrevían a reprimirlos. Ver tantos obreros juntos, organizándose perfectamente y haciéndose populares entre las masas asalariadas asustaba tanto al Gobierno Militar como al Gobierno Civil. Al mismo tiempo, los Cors de Clavé no eran revolucionarios, a pesar de todo, y además cumplían de una forma inquietante los preceptos de la Iglesia, que afirmaba que la formación de las masas analfabetas las acercaba a Dios. El problema era que, al parecer, la formación musical, si bien no acercaba a los obreros al diablo, tampoco los hacía más piadosos. Los encuentros que se organizaban, muchas veces siguiendo una larga tradición religiosa de ir en romería a una iglesia determinada el día del santo al que estaba consagrado el templo, reunían, más que nunca, a centenares de obreros y a sus familias, convocados por la actuación de algún coro de Clavé. Eran reuniones donde se llevaba comida y bebida, y donde mozos y mozas podían conocerse y hablar de una forma más o menos abierta. Las colinas que rodeaban Barcelona, la falda de Montjuïc y la sierra de Collserola se convirtieron en los objetivos de estos encuentros festivos de apariencia vagamente religiosa. Clavé, que no vivió muchos años, acabó dedicándose a la política, y eso provocó que se perdiera el impulso de los coros.

Cuando murió, en 1874, el movimiento recibió un golpe muy importante, y ya nunca volvió a ser tan fuerte e intenso como hasta entonces.

Clavé había sido muy amigo de otro revolucionario, Narcís Monturiol. Monturiol era de Figueres, como Abdó Terrades, y probablemente por eso la tramontana había influido su forma de ser, pues se dice que este viento provoca que los ampurdaneses tengan una vena excéntrica y genial que el resto de los catalanes no posee de nacimiento. Monturiol participó, como otros muchos, en los levantamientos de 1842 y 1843, acabó bastante escaldado y convencido de que se tenían que encontrar nuevas maneras de transformar la sociedad que no pasasen por la derrota militar de las autoridades españolas, algo que parecía totalmente imposible.

Era un hombre inquieto y acostumbrado a pasar un tiempo en Francia cuando las cosas se ponían difíciles en Cataluña. En uno de estos exilios temporales, Monturiol conoció la obra de Étienne Cabet, un filósofo a quien después se ha tildado de fundador del comunismo utópico. Cabet había escrito un libro, *Viaje a Icaria*, donde se describía una sociedad comunista utópica en la que no había propiedad individual y donde el maquinismo permitía que los hombres pudiesen dedicarse a las tareas más elevadas sin sufrir por su sustento. Monturiol quedó muy impresionado, como le había pasado a muchísima gente en Francia, por las ideas de Cabet, y entendió que una sociedad así solo sería posible si se rompían los lazos con el pasado. Comenzó a escribirse con Cabet e incluso tradujo al español y publicó el *Viaje a Icaria*. La tarea de Monturiol hizo que a finales de los años cuarenta se fundase una comunidad icariana, situada donde ahora está la Vila Olímpica, y que un tiempo después esta comunidad emprendiese un viaje hacia los Estados Unidos para unirse con otros cabetianos en la fundación de una ciudad utópica. La Nueva Icaria fue un desastre: se arrastró durante algunos años con más pena que gloria, llevó a la muerte a la mayoría de sus miembros e incluso provocó discusiones y enfrentamientos entre los icarianos, que acabaron expulsando a

Cabet y a sus seguidores de la comunidad. Cabet murió a causa de una embolia en 1856, en Saint Louis (Missouri), en los Estados Unidos, poco después de haber sido expulsado y acusado de liberticida.

Monturiol, que era listo, perdió la ilusión respecto a la utopía cabetiana y promovió, muy en la línea de Clavé, una serie de publicaciones que pretendían educar a las clases dominadas. Pero, naturalmente, esta actividad le trajo problemas con las autoridades, que cada dos por tres le encerraban o, en un castigo bastante habitual en aquel momento, le obligaban a residir durante un tiempo en algún lugar determinado.

Fue así como en 1855 se fue a vivir a Cadaqués. En aquella época no existía el turismo, un invento que todavía tardaría unas décadas en comenzar a mostrarse. Cadaqués, por tanto, era simplemente una villa remota donde solo vivían pescadores. Monturiol empezó a ganarse la vida como pintor, y allí observó cómo trabajaban los pescadores de coral, que tenían que sumergirse en condiciones muy difíciles durante largos periodos de tiempo. La tarea de estos pescadores era muy peligrosa y Monturiol, que tenía un gran interés por la ciencia, empezó a pensar que la solución sería algún tipo de aparato sumergible que permitiese extraer el coral sin peligro. Él ya había inventado algunos aparatos, al menos sobre el papel, como una máquina para enrollar automáticamente los cigarrillos o un sistema de impresión con papel continuo. Pueden parecer inventos menores, pero revelan el carácter práctico —a pesar de los sueños utópicos— de Monturiol.

En un par de años ya había creador una sociedad que debía poner en marcha el invento. A lo largo de la historia ya se habían probado unos cuantos barcos sumergibles, pero la idea de Monturiol era muy original ya que su futura nave estaría provista de motor, algo completamente nuevo. Como necesitaba hacer pruebas, quiso construir un primer modelo con propulsión manual. Aun así, la principal innovación del *Ictíneo*, que así se llamaría el barco, fue que disponía de un doble casco, un elemento esencial para soportar la

presión, y que también contaba con un sistema para purificar el aire que hacía factible largos períodos bajo el agua. Con gran ilusión, Monturiol y sus socios construyeron la nave, hicieron algunos ensayos y, finalmente, en septiembre de 1859, ante numerosos espectadores, realizaron una prueba en el puerto de Barcelona. Fue todo un éxito: el *Ictíneo*, un barco extrañísimo, pasó más de dos horas en el fondo de las aguas del puerto sin el menor tipo de problema. Tenía seis metros de largo, estaba cubierto de madera y tenía una forma similar a una pelota de rugby. Una réplica de este barco se puede ver hoy en día en el exterior del Museu Marítim de Barcelona.

A pesar del éxito —el *Ictíneo* llegó a realizar sesenta y nueve inmersiones sin ningún incidente—, las autoridades no quisieron ayudar a Narcís Monturiol a desarrollar un nuevo aparato, más grande y con mayor capacidad. Por esa razón, promovió una suscripción popular que llegó a cubrir la cifra de trescientas mil pesetas, una verdadera fortuna. Con este dinero, Monturiol construyó el *Ictíneo II*, una nave similar a la anterior, pero más grande y sofisticada, esta sí con motor de vapor. Se puede ver una réplica en el puerto de Barcelona. El motor era el punto determinante de aquella nave. Monturiol inventó un motor anaeróbico, es decir, que desprendía oxígeno, de modo que no solo servía para propulsar la nave sino también para que los tripulantes pudiesen respirar. Para hacernos una idea, el motor anaeróbico no se volvió a utilizar hasta 1940, a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, y estuvo en servicio durante décadas.

El *Ictíneo II* tenía una tripulación de dieciséis personas, podía sumergirse treinta metros y alcanzaba una velocidad cercana a los tres nudos. La primera prueba también se hizo en el puerto de Barcelona, el 2 de octubre de 1864, y tuvo un impacto popular aún más grande que la primera inmersión del *Ictíneo I*. El mismo Monturiol describió, de manera muy poética, las inmersiones con su artefacto:

> Las que acompaña las inmersiones, la ausencia gradual de luz solar, la gran masa de agua que la vista penetra con dificultad, el color lívido que la luz confiere a las fisonomías, la disminución de las oscilaciones en el *Ictíneo*, los pedes que pasan por delante de los cristales, todo contribuye a la excitación de las facultades imaginativas del hombre, y se recela en los tripulantes porque se les anudan la respiración y las frases en la garganta [...] Al llegar a cierta profundidad, y según el estado de las aguas, hay ocasiones en que, a favor de la luz natural no se distingue nada en el exterior; no se ve más que la oscuridad de las aguas profundas: cesa todo ruido, cesa todo movimiento; parece que la naturaleza ha muerto y que el *Ictíneo* es una tumba.

A pesar de las promesas de la Marina Española y del Gobierno, Monturiol no recibió nunca ningún tipo de ayuda. Desesperado, en 1886 ofreció su ingenio al Ministerio de la Guerra de los Estados Unidos, que lo rechazaron. Durante la guerra de Secesión norteamericana, los confederados habían probado un sumergible que resultó ser un desastre para su tripulación, y los norteamericanos estaban escaldados. Monturiol se había ofrecido a construir un submarino preparado para una tripulación de doscientos cincuenta marineros, un monstruo de la guerra, con la intención de que resultase un arma tan formidable que disuadiese a toda la Humanidad de participar en cualquier clase de conflicto bélico.

Finalmente, Narcís Monturiol abandonó en 1868 sus proyectos, vendió los barcos como chatarra y se dedicó a intentar hacer carrera política, sin demasiado éxito. Moriría en Sant Martí de Provençals en 1885, solo y arruinado. Cuando durante aquellos años el ingeniero Isaac Peral presentó su proyecto de submarino, nadie, excepto el propio Peral —que siempre se mostró honesto y deudor de Monturiol —, se acordó del utópico figuerense.

¡A África, muchachos!

Aquellos años, para variar, fueron muy convulsos políticamente. En 1856 la ciudad se levantó porque Espartero, a quien se consideraba de manera equivocada, garante de la libertad, dimitió. La revuelta

fue reprimida duramente por el general Zapatero, especialmente en la villa de Gràcia, que, recordémoslo, aún no formaba parte de Barcelona. En Gràcia fue capturado el coronel Ravell y seis oficiales más. Ravell había sido el presidente de un tribunal militar que el año anterior, de forma dura y despiadada, había mandado ejecutar a un líder obrero de la villa, Josep Barceló. Al reconocer a Ravell, los sublevados lo fusilaron, a él y a sus compañeros; después, le cortaron la cabeza y la pasearon por las calles hasta que acabaron quemándola. En venganza, diecisiete obreros originarios de Gràcia, que se habían rendido en Sallent con la promesa de que se les perdonaría la vida, fueron trasladados a la villa y fusilados en el mismo sitio donde habían matado a Ravell y a sus compañeros. Las ejecuciones fueron especialmente crueles, porque los condenados no tenían nada que ver con lo que había ocurrido, y fueron ejecutados ante sus familiares y amigos, que no pudieron hacer nada por evitarlo.

A partir de la revuelta, se volvió a una situación muy similar a la de la Década Moderada. Joan Mañé i Flaquer, redactor y después director del *Diari de Barcelona*, proponía un remedio para acabar con la disidencia y la revuelta constante que se vivía en Cataluña.

> Procúrese abreviar el plazo del día en que Barcelona y las principales poblaciones de Cataluña estén en comunicación con Madrid por medio del telégrafo eléctrico y los caminos de hierro. Estos son los grandes elementos de la unificación. El día que esto se realice, la dinastía de los capitanes generales habrá desaparecido de hecho, y Cataluña dejará de ser una colonia española.

Mañé será uno de los hombres más importantes de los nuevos tiempos, que, a menudo desde el periódico, hará propuestas que ni desde Madrid se atrevieron a poner en marcha. El periodista propondrá, por ejemplo, que se saque toda la industria de la ciudad de Barcelona y se disperse por el territorio, para evitar de este modo la concentración peligrosa de obreros y asalariados en el interior de la ciudad. Barcelona solo tiene que ser un almacén de las

mercancías que deben salir por el puerto. Las fábricas tienen que estar alejadas del núcleo de la ciudad, porque los obreros barceloneses son demasiado peligrosos, están contaminados de rabia contra los empresarios. La burguesía catalana intentará hacer lo que Mañé propone, y trasladar muchas fábricas, la mayoría textiles, a las orillas de los ríos catalanes que desembocan cerca de Barcelona, básicamente el Cardener y el Llobregat. Los obreros de las fábricas vivirán dentro del mismo recinto fabril, en las denominadas «colonias industriales» y, originariamente, han de ser payeses y gente del campo, que se supone más sana y más dócil que la de la ciudad. Las colonias industriales no conseguirán alcanzar totalmente este objetivo, porque las condiciones de trabajo serán las que determinarán la contestación obrera, y no el hecho de que los trabajadores sean, o no, de origen payés.

Mientras tanto, en Madrid se reorganiza el Gobierno: moderados y liberales progresistas se congregan en la nueva Unión Liberal, dominada por los militares, mientras que los pocos que no estaban de acuerdo con esta línea, y querían un liberalismo más cercano al republicanismo y al federalismo, fundan el Partido Demócrata. El presidente del Gobierno era el general Leopoldo O'Donnell. Como España estaba en una situación desastrosa y, además, las potencias europeas habían iniciado un camino desenfrenado hacia el colonialismo, O'Donnell creyó que lo mejor que podía hacer era tener una política exterior muy agresiva para de ese modo cubrir distintos flancos: entretener al pueblo con enemigos exteriores, distraer a los militares que podían hacerle sombra, e intentar hacerse un lugar entre las potencias coloniales. Apenas tuvo éxito en ninguno de los tres objetivos, ya que las tres guerras en las que hizo participar al Ejército español acabaron sin pena ni gloria. O'Donnell envió tropas a la Cochinchina, después al norte de Marruecos y, finalmente, a México. En el primer caso, todos los beneficios de la expedición se los llevó Francia; en México, la habilidad política del general Prim salvó a la expedición de empatanarse en una guerra

que no se podía ganar; y en el caso de Marruecos, aunque se ganó la guerra, no se consiguió ninguno de los resultados que pretendidamente se buscaban.

La guerra de Marruecos tuvo mucha importancia para Barcelona. La Diputació se había implicado mucho, porque los industriales catalanes tenían grandes esperanzas en que si se creaba una colonia en Marruecos, parte de los beneficios podía ser para ellos. Con lo que no contaba nadie era que el sultanato de Marruecos, un Estado débil y muy dividido, tendría el soporte directo de Gran Bretaña, la gran potencia del momento. Los británicos, que controlaban Gibraltar, no querían que el otro lado del Estrecho, y más concretamente la ciudad de Tánger, cayese en manos españolas, porque preferían tener allí a una potencia neutral y débil como era Marruecos. Por tanto, desde el primer momento los británicos advirtieron a los españoles que considerarían un *casus belli* la ocupación de Tánger, con lo cual la expedición militar española se encontró sin ningún tipo de rumbo fijo. Finalmente, se tomó la decisión de atacar Tetuán, una ciudad agrícola sin importancia, con tal de no caer en un gran ridículo.

La expedición colonial a Marruecos, encabezada por el propio O'Donnell, estaba pensada entre otras cosas, para apartar a Joan Prim del poder. Prim fue suficientemente hábil para solicitar a la reina un lugar en la expedición, aunque fuese de soldado, y, naturalmente, se le concedió. El suyo fue un cargo envenenado, porque tenía que dirigir el Cuerpo de Reserva, las peores tropas y las que, en principio, tenían un papel menos relevante. Pero el general reusense, junto con su amigo Víctor Balaguer, ideó una jugada: crearían con el apoyo de la Diputació de Barcelona un cuerpo de Voluntaris Catalans, vestidos de forma que se les distinguiese en las batallas que habían de venir: llevarían barretina, faja, pantalones de pana y alpargatas, es decir, irían vestidos como los payeses catalanes. Prim quería tener un regimiento propio, que todo el mundo tuviese claro que estaba a sus órdenes. Como la jugada era evidente, el Gobierno le puso tantas trabas como pudo. En primer

lugar, limitó el número de reclutas y solo permitió que fuesen unos cuatrocientos cincuenta. Después instó a los vascos a que hicieran lo mismo, con lo cual se quería diluir el efecto del reclutamiento catalán. Y, finalmente, pusieron todos los obstáculos posibles al regimiento mientras se entrenaba en la Ciutadella de Barcelona, con el fin de retardar su marcha a Marruecos y, con un poco de suerte, conseguir que cuando estuviesen preparados ya se hubiese acabado la guerra.

Aun así, los Voluntaris acabaron formándose. Una parte importante eran barceloneses, obreros que se habían quedado sin trabajo, a consecuencia de una de tantas crisis cíclicas que afectaban a las fábricas textiles, a la construcción del ferrocarril y a las obras del puerto, tres sectores que se habían parado temporalmente. Los Voluntaris se hicieron muy populares en la ciudad, porque se los veía circular por Barcelona y causaban sensación. La ciudad, además, acababa de estrenar la iluminación de gas en la Rambla, y también se acababan de abrir las primeras tiendas de moda con escaparates hacia la calle, dos grandes novedades que hacían que los barceloneses tuvieran la sensación de que vivían en una de las ciudades más adelantadas del mundo. Los Voluntaris, además, no eran como los soldados normales, sino que iban vestidos y se comportaban como civiles, entre otras cosa porque no sabía hacer nada más.

Durante aquellos días, las calles se llenaron de niños y jóvenes intentando vender folletos y periódicos que explicaban lo que pasaba en África. Ya había habido un par de batallas, y una en especial —denominada de «Los Castillejos», porque en el campo de batalla había dos fortalezas no demasiado impresionantes—, había tenido mucho eco por la participación destacada del general Prim. Lo curioso era que Prim, que como recordaremos fue uno de los responsables del bombardeo de Barcelona en 1843, no era precisamente el hombre más popular de la ciudad. Sin embargo, lo que estaba pasando era que Prim, sobre todo con la ayuda de Víctor Balaguer y de la Diputació, estaba haciendo una campaña de imagen

para aumentar su prestigio y, sin duda, lo estaba consiguiendo. De este modo, cuando finalmente el regimiento de Voluntaris fue llamado para embarcar, Barcelona se emocionó. El capellán de honor de la catedral, un gallego llamado Manuel Villaronga, organizó una recaudación entre los feligreses y las fuerzas vivas para dotar a los voluntarios de un hospital de campaña que les acompañaría en la expedición a Marruecos. El mismo Villaronga, ya de paso, convenció a una docena de monjas carmelitas de Vic para que dejasen la capital de Osona y se trasladaron a san Roque, junto a Algeciras, donde estaba previsto ofrecer doscientas camas para atender a los heridos de la campaña que fuesen evacuados de Marruecos. Finalmente, después de múltiples preparativos, recepciones, entrega de galardones y otras ceremonias que los Voluntaris tuvieron que sufrir, se fijó la partida para la tarde del 25 de enero de 1860. Se preparó una gran fiesta para la ocasión, y toda la ciudad llenaba el recorrido que los cerca de quinientos Voluntaris tenían que hacer, desde la Ciutadella hasta el puerto. Pero durante la tarde anterior el viento cambió y obligó a retrasar la salida, con gran frustración de la ciudad. Aun así no todos lo sintieron. A las oficinas del Liceu había llegado un joven letrista, Josep Antoni Ferrer, quien había propuesto que se representase una obra de su propia creación que había titulado *A l'Àfrica, minyons! —¡A África, muchachos!—*, con música del maestro Porcell. El argumento era terrible: el protagonista era un muchacho que vivía cerca de Montserrat y decidía dejarlo todo para apuntarse como voluntario para ir a Marruecos. Después del llanto de su madre y de su novia, el muchacho partía en medio de un coro que no se sabía muy bien de dónde salía y que cantaba las glorias que le esperaban en la guerra. La obra era corta; las letras de las canciones malas, y los cantantes desafinaron más de la cuenta, pero lo cierto es que la obra había funcionado bastante bien, aunque con la marcha de los Voluntaris se acabarían las representaciones.

El mismo día 24, por la mañana, la dirección le encargó a Ferrer que alargara la obra y que hiciese aparecer en ella a los Voluntaris, mientras enviaba una invitación a todos los miembros del cuerpo

para que fuesen aquella noche al Liceu. Ferrer perpetró en pocas horas una segunda parte que se tituló *Ja hi van, a l'Àfrica —Ya van a África—*, y que consistía en la llegada del protagonista a Barcelona, donde era recibido por los Voluntaris —el coro de la primera parte— y todos juntos interpretaban algunas canciones patrióticas tradicionales. Aquella noche, los verdaderos Voluntaris desfilaron por la Rambla hasta el Liceu, donde ocuparon la platea. La representación fue un éxito, en especial la primera parte, que estaba mucho más ensayada que la segunda. El fragmento más emotivo era cuando el coro, en la parte inicial, cantaba con fuerza:

> *A foch i sanch anemi!*
> *Al arma! Guerra! Guerra!*
> *Corram a matar moros!*
> *Al Àfrica, minyons!*[3]

Al día siguiente, el tiempo cambió, y los voluntarios pudieron dirigirse hacia el muelle para embarcar. La marcha entre la Ciutadella y el muelle fue caótica, por el gran entusiasmo que mostraron los barceloneses y, según dicen las crónicas, las barcelonesas que despedían afectuosamente a los voluntarios. La gente les regalaba todo lo que podían: cigarros, escapularios, bolsas de tabaco, golosinas, insignias patrióticas, devocionarios... Como el vapor que debía llevarles, el *San Francisco de Borja*, era demasiado grande, los soldados tuvieron que trasladarse en barquichuelas, de modo que el embarque se alargó durante tres horas. Una gran fiesta. De todos los que se fueron, solo volvieron la mitad. Fue el regimiento que, proporcionalmente, tuvo más bajas, porque el general Prim quiso, desde el primer instante, que estuviesen en primera línea y se luciesen, aunque ello comportara una gran mortandad. Lo cierto es que el general tuvo el éxito que buscaba. Los voluntarios llegaron a la playa de Tetuán el día 3 de febrero, y allí los recibió Prim y todo el Ejército español. El general se dirigió a ellos en catalán, en una alocución llena de concesiones a la opinión pública catalana, al mismo tiempo que a la española. Pues bien, en una época en la que

las comunicaciones eran tan difíciles, el discurso de Prim fue publicado en todos los periódicos de Barcelona y de Madrid tan solo dos días después. Realmente, tanto Prim como Víctor Balaguer sabían mucho marketing... El propio Balaguer bautizó algunas calles de Barcelona con alusiones a la guerra de África y sus protagonistas: Tetuán, Wad-Ras, Castillejos, Ros de Olano...

De la Barcelona del año 1862, tenemos una visión bastante especial: la dejó uno de los escritores de cuentos infantiles más famosos de la historia, el danés Hans Christian Andersen, que la visitó. Andersen, el autor del *El patito feo*, *Las zapatillas rojas* o *La sirenita*, había tenido toda la vida el deseo de visitar España desde que, cuando era niño, un soldado español que fue a Dinamarca con las tropas napoleónicas lo había abrazado y besado. Andersen siempre lo había recordado, y dijo que si le tocaba la lotería iría a España, de la que tenía una visión más o menos similar a la que describe la ópera *Carmen* de Bizet.

Cuando tenía cerca de sesenta años, su editor le pagó una gran cantidad de dinero por su obra de cuentos ilustrados. El danés no se lo pensó dos veces: le había tocado la lotería y decidió acompañar a un amigo en un viaje hacia el sur. El 6 de septiembre, Andersen llegó a Barcelona y la ciudad le fascinó. Se alojó en la Fonda d'Orient, un hotel que todavía hoy existe al final de la Rambla. El hotel y su cocina le gustaron mucho, como también el ambiente que se respiraba en la ciudad:

> Después de comer, salimos a la Rambla, que estaba llenísima de gente paseando en aquella bonita tarde. Los caballeros muy repeinados y elegantes iban a fumar cigarros; había alguno que llevaba monóculo y parecía como si lo hubiesen recortado de una revista francesa de modas. Las señoras, en general, vestían una favorecedora mantilla española: un largo velo negro de puntilla, sujetado al pelo por encima de una gran peineta, desde donde caía hacia más abajo de los hombros; las manos finas de las damas movían con gracia especial el abanico negro adornado con lentejuelas. Alguna señora iba a la moda francesa, con sombrero y chal.

Andersen pasó una docena de días en Barcelona. Llegó a tiempo de ver una riada que bajaba por la Rambla, algo extraordinario. Incluso así, la ciudad le encantó:

> Cuando el año pasado visité por primera vez Turín me di cuenta de que era el París italiano; aquí me doy cuenta de que Barcelona es el París de España. La ciudad tiene un aire francés. Cada una de sus calles estrechas están llenas de gente y de tiendas de todo tipo, con mercancías de toda clase —capas, mantillas, abanicos, pañuelos de colores— que llaman la atención de los ojos y atraen a los compradores.

De todas las calles de Barcelona la que más le gustó sin duda fue la Rambla, que ya entonces se había convertido en el centro comercial y vital de la ciudad. Además, en la Rambla se generaban unas relaciones sociales muy distintas de las que estaba acostumbrado a ver en las calles de Dinamarca:

> Las reuniones sociales habituales en casa de unos y de otros no son conocidas aquí. Las amistades se hacen en los paseos de la noche: la gente va a la Rambla y se sientan juntos y hablan unos con otros y se sienten satisfechos de relacionarse así, e incluso se ponen de acuerdo para verse al día siguiente. Aquí empiezan las confidencias: los jóvenes conciertan citas; pero hasta que sus noviazgos no son anunciados públicamente, no se visitan en casa. A lo largo de la Rambla los jóvenes se encuentran con las que serán sus futuras esposas.

Era un comportamiento extraño en la Europa de la época, pero, a los ojos del progresista Andersen, encantador.

AIRES DE CAMBIO

Los años siguientes, hasta 1868, la inquietud militar por repartirse el poder hará que muchos generales se pongan al frente de tentativas de golpe de Estado que normalmente serán abortadas antes de que empiecen. En Cataluña, la población está muy politizada, y algunas de estas tentativas provocarán inquietud, tanto positiva como

negativamente. Las crisis económicas se suceden: unas veces es la falta de algodón para la guerra de Secesión norteamericana; otras, las malas cosechas; ahora, la crisis financiera... Todas repercuten en las clases asalariadas y todas llevan a más sectores a la desesperación. En 1867, uno de los pronunciamientos, encabezado por Prim, movilizó a los catalanes más de lo que era habitual. Dos mil barceloneses se alistaron dispuestos a seguir a Prim y a cambiar el Gobierno. Pero Prim no lo vio claro y se desplazó hasta Perpiñán sin presentar batalla, mientras las fuerzas del Gobierno se encarnizaban con los que se habían sublevado. Un futuro dramaturgo, Joan Pin i Soler, testigo de los hechos, escribió en su dietario que Prim no quiso volver a Cataluña «porque demasiado veía que, triunfando el paisanaje, la revolución hubiese ido más lejos de lo que él deseaba. Para los militares se trataba de un pronunciamiento de grados; para los paisanos, de cambiar de forma de Gobierno».

Era evidente que el grado de corrupción del Estado había llegado a un nivel difícilmente sostenible. En los meses anteriores a septiembre de 1868, y por causas naturales, había muerto Leopoldo O'Donnell, uno de los principales protagonistas hasta entonces de la política española. La reina Isabel II era conocida por su implicación en los negocios más oscuros del Estado y también por su promiscuidad, escandalosa para una mujer, a pesar de que su comportamiento sexual era idéntico al de cualquiera de sus antecesores masculinos, y al de una buena parte de los hombres que, aparentemente, tanto se escandalizaban.

En medio de este mal ambiente, los progresistas y algunos sectores de la Unión Liberal se coordinaron, y en un mes, después de algunos episodios sangrientos, habían conseguido acabar con el reinado de Isabel II, que partió hacia un exilio dorado. Benito Pérez Galdós, uno de los principales novelistas españoles de finales del XIX, estuvo en Barcelona durante la segunda mitad de septiembre de aquel año y fue el testigo del ambiente de la ciudad.

Sorprendentemente, los barceloneses mostraban radicalidad en sus ideas, pero no estaban dispuestos a sacrificarse después de la mala experiencia del año anterior:

> Barcelona fue para mí un grato descubrimiento y un motivo de admiración, aun viniendo de París y Marsella. Me sorprendían y cautivaban la alegría de este pueblo, la confianza en sí mismo, y el ardor de las ideas liberales que entonces flameaban en todas las cabezas, aquel ingenuo sentimiento revolucionario, ensueños de vida progresiva y culta, tras de la cual corrían con igual afán los que conocían el camino y los que ignoraban por dónde debíamos ir para llegar a salvo.

Galdós encontró muy bonita la Rambla, observó cómo empezaba a crecer el Eixample y paseó por la muralla de mar, pero no se encontró, como esperaba, con ningún levantamiento ni ningún altercado, a pesar de que habló con mucha gente de los distintos disturbios que había habido en Barcelona en aquel siglo. Lo único que ocurrió fue la quema de las casetas de los *burots* —los consumeros—, encargadas de cobrar de los impuestos al consumo, y de algunos retratos de la reina. También fue significativo que el busto de Isabel II que presidía la escalera del Liceu fuese atado con unas cuerdas y arrastrado por toda la Rambla hasta lanzarlo al mar. Y también se dio otro fenómeno desconocido en todo el Estado: en Cataluña se quemaron los retratos que se hallaron de Felipe V, el más odiado de una dinastía que parecía que iba a acabarse.

Pero la escasa intensidad del conflicto no podía esconder que la sociedad catalana estaba en un punto próximo al no retorno. Tantos años de represión, tantos años de promesas incompletas, tantos años de sistema corrupto y engaños habían llevado a la sociedad catalana a desear un cambio mucho más profundo que, simplemente, la marcha de la reina y una regencia o, incluso, un cambio de dinastía, del que ya se hablaba. El antiguo Partido Democrático se transforma ahora, a la luz del día, en el Partido Republicano Democrático Federal, que va mucho más allá de los

planteamientos anteriores. Las clases populares catalanas querían una República y que, además, estuviese constituida por distintos Estados, uno de ellos Cataluña.

En enero de 1869, se celebraron elecciones a Cortes, y en Cataluña ganaron los republicanos federales. En Barcelona, los federalistas obtienen veintisiete mil votos; los monárquicos, ventiún mil, y los tradicionalistas carlistas, cuatro mil; y esto, con un censo limitado en función de los ingresos. A pesar de que la mayoría de los obreros no puede votar, el apoyo a los federales será muy alto, y a pesar de que algunos dirigentes republicanos empiezan a mostrar preocupación por un fenómeno creciente, al que ellos llaman «apoliticismo de la clase obrera». Este apoliticismo no quiere decir que los obreros se desentiendan de los asuntos políticos, sino que es el germen de un movimiento que en los próximos años cobrará una gran fuerza, el anarquismo, y que convertirá a Barcelona en la capital mundial de esta corriente. Los propios federales muy pronto se dividirán entre los llamados «benévolos» y los intransigentes. Estos últimos estaban encabezados por Valentí Almirall, quien más adelante pondría las bases del catalanismo.

Los intransigentes querían una cosa nueva hasta aquel momento, la independencia de Cataluña para poderse federar inmediatamente con los otros Estados españoles. Se habla abiertamente ya de un concepto que no abandonará nunca más a los barceloneses y a los catalanes, al menos hasta la actualidad: «Madrid». Madrid, en este sentido, no es la ciudad situada más o menos en el centro de la península, ni tan solo es la capital del reino. El Madrid al que se refieren los federales es un concepto que engloba una serie de intereses ligados a la oligarquía en el poder. En un editorial del diario barcelonés *El Estado Catalán* de 23 de marzo de 1870 se decía:

> Si Cataluña se rigiese por sus leyes propias, si estuviese gobernada por sus propios hijos, otra sería su situación, otra su grandeza. Los catalanes nos enorgullecemos de ser el enemigo capital de las farsas madrileñas pero ni a

> Cataluña conviene ser francesa, ni conviene a España. Cataluña puede ser española, pero nunca será francesa. Malo es Madrid, pero mil veces peor es París.

Otro federalista barcelonés, Antoni Feliu i Codina, decía, refiriéndose a Cataluña:

> El país no está cansado de España, porque no está cansado de sí mismo; el país está cansado de Madrid, de la centralización, y destruyendo ese centro que todo lo oprime y todo lo corroe quedará resuelto el problema hoy pendiente de solución.

Está claro, pues, que los conflictos que habían vivido tanto Barcelona como Cataluña durante el siglo, iban mucho más allá de los choques por cuestiones puramente económicas. La situación turbia que se vivía en España contribuía a hacer aflorar todos aquellos problemas.

En Cuba había estallado en 1868 una guerra de independencia que no se cerraría —mal, como se vio unos años más tarde— hasta 1878. El Estado necesitaba soldados y decidió continuar con el sistema de quintas para reclutarlos. Ser reclutado para servir como soldado en Cuba era la pesadilla de cualquier familia. La posibilidad de morir allí era muy alta, no solo por los peligros inherentes a cualquier guerra, sino porque las enfermedades tropicales causaban estragos entre los jóvenes reclutas europeos. Además, muchos de los que volvían sufrían enfermedades crónicas causadas por los parásitos, o eran mutilados de guerra. Y los soldados sabían cuándo se iban pero no cuándo volverían. Las autoridades militares podían alargar el periodo de servicio si lo consideraban conveniente. Una forma de librarse de él era pagar para que un sustituto hiciera el servicio en su lugar, pero esto era muy caro y no todas las familias podían permitírselo. En 1870, hubo otro levantamiento en Barcelona, el enésimo, contra el reclutamiento.

Para acabar de arreglarlo, el general Prim, el hombre fuerte de la situación, se inventó una salida: había que encontrar un nuevo rey. El elegido fue el italiano Amadeo de Saboya. Tres días antes de

que Amadeo desembarcase en Valencia para ser coronado, Prim sufrió un atentado a causa del cual murió el mismo día en que llegaba el nuevo rey. Este atentado, muy oscuro, probablemente fue inspirado por algunos de los que, junto con Prim, habían terminado con la monarquía borbónica.

En los primeros días de 1871, Amadeo se plantó en Madrid sin su principal valedor y apoyo, y esto llevó a que dos años más tarde abdicase. Mientras, un año antes había estallado la tercera guerra carlista, como siempre en Cataluña, y, como la primera, también en el País Vasco. A pesar de ello, relativamente pronto la lucha quedó circunscrita a Cataluña y el País Valenciano, entre otras cosas por la promesa del nuevo pretendiente carlista, Carlos VII, de restaurar las constituciones abolidas en el decreto de Nueva Planta de Felipe V.

Recapitulemos: en Barcelona se vive un ambiente continuado de revuelta: la mayoría del pueblo ha mostrado su inclinación republicana federal; los federales están divididos, aunque la mayoría, llamados intransigentes, apuestan por fórmulas de soberanía de Cataluña; las intrigas han llevado a la muerte de Joan Prim justo cuando llegaba el nuevo rey, Amadeo de Saboya; hay una guerra de independencia en marcha en Cuba; el nuevo rey tendrá que abdicar pronto; y, para terminar, por tercera vez en el siglo ha estallado una guerra carlista. Parece imposible que todo esto ocurra a la vez, ¿verdad? Pues aún falta un último elemento que todavía hará más explosiva la situación: la organización del mundo obrero. Barcelona ya no es la única ciudad del Estado fuertemente industrializada. Bilbao y Alcoy, fuera de Cataluña, también lo estaban, así como distintas ciudades de la ribera del Llobregat y del Cardener, como Terrassa, Manresa y Sabadell. En 1864, en Londres, se había fundado la Alianza Internacional de los Trabajadores, la AIT, o Primera Internacional. Formaban parte del movimiento importantes líderes del mundo obrero como Karl Marx, Friedrich Engels o Mijaíl Bakunin. Precisamente el enfrentamiento de este último —anarquista — con los otros dos —comunistas— conllevó unos años después el final de la AIT. El lugar del mundo en que más se vería reflejado este

enfrentamiento de carácter ideológico sería Barcelona, donde el conflicto entre comunistas y anarquistas culminaría durante la Guerra Civil de 1936 a 1939.

Dentro del movimiento obrero barcelonés y catalán, el peso principal lo tuvieron, desde el principio, los anarquistas. El anarquismo ligaba bien con la idiosincrasia de los barceloneses, totalmente decepcionados ante el poder. En Barcelona, desde hacía como mínimo cincuenta años, el poder había caído en manos de las oligarquías procedentes del Estado central, con una connivencia muy intensa de una parte importante de la burguesía barcelonesa. El poder y sus representantes, por tanto, no eran de fiar. Ocupar las instituciones, tan podridas y tan lejanas como las que se habían permitido en Cataluña, no parecían una buena opción para los anarquistas. Era mejor crear una nueva sociedad, alejada de los lazos con esas estructuras, que se veían totalmente caducas y decadentes. En cambio, el socialismo acabará arraigando más en Madrid, donde los funcionarios y los administrativos, que compondrán durante mucho tiempo la clase asalariada de la capital del Estado, entienden mejor los mecanismos de las instituciones existentes, unas instituciones que, bien llevadas, pueden mejorar sustancialmente las condiciones de vida de los trabajadores.

La fiebre de oro

Cuando Amadeo abdica, la única salida que queda es la proclamación de la República, la primera española. Pero la República tampoco tendrá un camino fácil. La caída de dos dinastías en tres años destapa la caja de los truenos y España entra en un periodo donde todos los grupos sociales que se sienten agravados piensan que ha llegado la oportunidad de empezar a solucionarlo.

En once meses se sucederán cuatro presidentes, los dos primeros catalanes y federales —Estanislau Figueras y Francesc Pi i Margall—, el tercero, también federal —Nicolás Salmerón—, y, el

cuarto, en cambio, republicano unitario —Emilio Castelar—. Aquellos once meses de 1873 serán caóticos, con revueltas a diestro y siniestro, y, con la guerra de Cuba en marcha y con la tercera guerra carlista estallando con fuerza. Durante este periodo, tanto la Diputación de Barcelona como el Ajuntament de la ciudad, con el apoyo de los ciudadanos, querían proclamar el Estado catalán, pero la certeza de que se quedarán solos en la proclamación y que los otros territorios españoles no los seguirán, hace que se frenen. Para federarse, es necesario encontrar con quien hacerlo, y en aquellos momentos, en España, los únicos que de verdad querían la república federal eran los catalanes.

A principios de 1873, el general Pavía entra a caballo en las Cortes y facilita que el general Serrano sea nombrado presidente de la República. Serrano, que es un mal político, pero muy aficionado a los complots, ejerce una especie de dictadura militar sin rumbo claro hasta que a finales de año, otro general, Arsenio Martínez-Campos, da otro golpe de Estado e impone el retorno de los borbones en la figura del hijo de Isabel II, Alfonso XII. El padre de Alfonso, teóricamente, era Francisco de Assís, el marido de Isabel, pero todo parece indicar que su verdadero padre era el entonces teniente Enrico Puigmoltó, valenciano de Ontinyent. Quizás la entrada de sangre nueva en la dinastía la mejoró, porque Alfonso mostró habilidad política desde el primer momento. Todo llegará en un momento dulce, porque estará a tiempo de colgarse la medalla del final de la guerra carlista; representará una pretendida estabilidad ante una opinión pública cansada de tantas guerras y tantos conflictos, y para los sectores más conservadores será una isla de estabilidad en un contexto europeo y mundial que busca rehacerse de unos tiempos complicados. Solo es necesario pensar que la Comuna de París, que ha acabado con miles de muertos, ha abierto el camino de una República marcadamente conservadora en Francia, que Alemania e Italia acaban de nacer y lo han hecho refrenando los deseos revolucionarios para constituirse en reinos liberales moderados; que los Estados Unidos se están recuperando de la

devastadora guerra civil y se están convirtiendo en una potencia hegemónica en América; y, finalmente, que el Imperio otomano está hundiéndose, ya nadie lo teme y ha dejado, simplemente, de existir como potencia en el Mediterráneo.

En la llamada Restauración, se instaurará un sistema bipartidista entre conservadores y liberales que pretende perpetuar los privilegios de una oligarquía, simplemente haciendo partícipe de los beneficios que se desprenden de ello a un grupo más numeroso de personas. El sistema nacerá corrupto, pero inicialmente no se percibía así, sino que era considerado una vía de estabilidad política después de las caóticas décadas anteriores. Los primeros años de la Restauración supondrán para una buena parte de la burguesía catalana una oportunidad para los grandes negocios rápidos y especulativos: es la llamada *Febre d'Or* —Fiebre del Oro—, un momento en el que fluye dinero en toda Europa y se invierte no tanto en economía productiva como en la financiera.

El sector vitivinícola vivirá un impulso extraordinario y será uno de los responsables de este *boom* económico. Hasta entonces, las exportaciones de productos alcohólicos en Cataluña habían sido relativamente pequeñas. Se producía un buen aguardiente que se había vendido mucho desde el siglo XVIII a los Países Bajos y a la Gran Bretaña, pero el vino catalán no acababa de cuajar fuera. La competencia internacional de los vinos franceses era demasiado fuerte. Francia no solo tenía vinos de primera calidad; además, los sabía vender. El prestigio del vino francés era tan grande que, de hecho, era el único que se exportaba masivamente a todo el mundo. Pero llegó la filoxera y acabó con todo el vino de Francia. La filoxera es un insecto de origen americano que vive de comer las raíces de las vides: *Filoxera*, para ser precisos, quiere decir «secahojas», pues este es el síntoma que produce la acción de ese insecto. La filoxera se instaló en las raíces de las vides y empezó a chupar la savia hasta atrofiar la parte subterránea de las cepas. Además, detener a este insecto es muy difícil. En solo siete meses, de un solo ejemplar pueden nacer diez millones.

Llegó a Europa a bordo de un barco americano que traía cepas a Francia. En 1863 se dio el primer caso en Pujaut, al norte de Aviñón, pero pareció que se había podido detener. Dos años más tarde, la filoxera volvía a aparecer muy cerca, en una finca al sur de Aviñón, y a partir de entonces fue imparable. La plaga se iba extendiendo veinticinco kilómetros cada año, y los agricultores franceses no sabían cómo detenerla.

La exportación de vino francés empezó a caer en picado y esto fue aprovechado por los payeses catalanes, muy contentos por lo que ocurría en el norte. Cataluña se llenó de bancales con vides e incluso se plantaron en Collserola, a la vista de Barcelona. Toda Cataluña se transformó en un inmenso viñedo ante la demanda mundial de vino que Francia, forzosamente, había tenido que desatender. Surgieron numerosas compañías que invertían en las viñas catalanas ante aquel buen momento que no se sabía cuánto tiempo podía durar. Lo que no preocupaba, al menos a la mayoría, era que la plaga de filoxera llegase a Cataluña. Los franceses que eran gente lista confiaban en que un día u otro aprenderían a detener al insecto. Y si no lo conseguían, estaba la barrera de los Pirineos, que lo impediría. Simplemente yendo con cuidado y no acercando una sola vid ni por casualidad a las montañas, no tenía por qué haber problemas. Naturalmente, el desastre solo era cuestión de tiempo; en 1879 el Empordà ya estaba invadido por la plaga y en pocos años toda Cataluña quedó afectada. La filoxera no tenía solución; de hecho, no la tiene aún hoy, pero lo que se hizo, después de años de probar remedios de todo tipo, desde los científicos a los más esotéricos, fue injertar cepa europea con raíces de vides americanas. Al insecto no le gustaba mucho la raíz americana, y por ello dejaba tranquila a la cepa. Cambiarlas todas por cepas americanas era un trabajo enorme, pero no había otra solución.

La plaga trajo consigo grandes problemas en todo el país. En primer lugar, problemas en las relaciones sociales en el campo, con el conflicto de los vendimiadores, los payeses que tenían derecho a

cultivar una tierra mientras la viña estuviese viva. La muerte de las cepas supuso la extinción del contrato y el conflicto social inmediato. Además de este problema, la destrucción de la viña conllevó un cambio en los cultivos con el fin de buscar la explotación de otros frutos y vegetales. También apareció el cava, entonces llamado «champán», ya que fue necesario especializarse y obtener un valor añadido de unas viñas que ya no daban tanto fruto como antes. Y, finalmente, lo que nos atañe es que la filoxera fue el aguijón que pinchó el globo de la especulación. En Barcelona, este fue el efecto que más se notó, aunque, como ocurre siempre, algunos salieron indemnes del estallido del *boom*.

Como ya parece una tradición en España, la especulación financiera estuvo también ligada a la especulación inmobiliaria. En los últimos veinticinco años del siglo XIX el Eixample creció espectacularmente, y en una operación que se parece mucho a la que se hizo pensando en los Juegos Olímpicos de 1992, se buscó también organizar un gran acontecimiento internacional para fomentar el crecimiento de un barrio y transformar Barcelona. Esta operación fue la Exposición Universal de 1888.

La exposición universal de 1888

La Ciutadella había sido derruida finalmente y quedaba mucho espacio. Después de la revolución de 1868, el mismo Joan Prim había autorizado a las Cortes para que diesen el permiso de derribo de la maldita fortaleza, mientras lo pagase el Ajuntament —como siempre— y se destinase buena parte del espacio a parque público. Se encargó al arquitecto Josep Fontseré que urbanizase la zona, y este realizó un proyecto que iba mucho más allá de la Ciutadella, ya que planificaba también la construcción de otros equipamientos, como el mercado del Born. Una vez derribada la Torre de Sant Joan, que era el edificio interior más odiado de todo el complejo de la Ciutadella, los obreros continuaron con la demolición, aunque se

dejaron en pie diversos edificios, como el arsenal, la capilla y otros. Y se decidió que la Exposición Universal se celebraría en los jardines del futuro parque de la Ciutadella, que aún se estaban construyendo.

La idea no fue del Ajuntament, sino de un personaje singular, Eugenio Serrano de Casanova, gallego, exmilitar carlista y gran viajero, que había visitado las grandes exposiciones de Viena y París y la Internacional de Amberes. De él fue la idea de que organizar una en Barcelona podría ser un buen negocio para la ciudad y para él mismo, y en 1886 creó una sociedad que debía encargarse de organizarla. Sin embargo, la magnitud de la empresa era tal que pidió ayuda al alcalde, Francesc de Paula Rius i Taulet. Rius i Taulet era un hombre enérgico, la idea le convenció y él se encargó de poner en marcha una junta con algunos de los hombres más importantes de Barcelona para que organizase, junto con el Ajuntament, el acontecimiento. Además, consiguió que Práxedes Mateo Sagasta, el presidente liberal del Gobierno, se comprometiese.

La opinión pública no se mostró inicialmente demasiado entusiasmada con la idea, ya que muy a menudo los grandes acontecimientos solo habían servido para que unos pocos se embolsasen mucho dinero. Además, durante los años anteriores Barcelona había organizado hasta catorce exposiciones y ferias internacionales diversas, y no parecía que esta exposición, por muy universal que se declarase, fuera a cambiar nada especial. Pero Rius i Taulet decidió que aquel acontecimiento era la oportunidad de transformar una Barcelona que ya estaba en pleno proceso de cambio. Aprovechó los capitales que se empezaron a mover para impulsar otros proyectos de mejora de la ciudad: el cubrimiento de la Rambla de Catalunya, hasta entonces abierta para que pasase la línea de ferrocarril de Martorell; la obertura del que sería llamado popularmente el Paral·lel; y la urbanización del paseo de Colom.

Con respecto a la exposición en sí, se hicieron muchos edificios, aunque no todos fueron diseñados para sobrevivir más allá del acontecimiento. Se construyeron, por ejemplo, el Palau de Justícia, en el paseo de Sant Joan; el Arc de Triomf; los palacios de la Indústria, de las Ciències, de la Agricultura y de las Belles Arts; el restaurante —que sigue en pie y que los barceloneses, por el aspecto del edificio bautizaron con el nombre de «Castell dels Tres Dragons»— Castillo de los Tres Dragones, inspirándose en una comedia del dramaturgo Serafí Pitarra—, y uno de los monumentos que se convertirá en uno de los grandes símbolos de Barcelona: el monumento a Colón, al final de la Rambla, junto al mar.

La Exposición duró de mayo a diciembre de 1888, y, aunque más bien fue deslucida respecto a otras exposiciones universales celebradas anteriormente en las grandes capitales europeas, dio un gran impulso a Barcelona. Por primera vez desde el sitio de 1714, Barcelona llamó la atención internacional y, además, por una buena causa. Los visitantes que atrajo el acontecimiento hicieron una gran propaganda de la ciudad, que les pareció muy especial en la mezcla entre la parte más antigua, que se había conservado —con disgusto de los barceloneses, por cierto—, y la muy moderna que se estaba levantando en el Eixample. Era una ciudad que estaba empezando a construir sus edificios con un estilo muy singular, el que se estaba poniendo de moda en Europa y en alguna ciudad americana, y que tenía distintos nombres: *Art Nouveau, Sezession, Jügendstil, Stile Liberty*..., y que en Cataluña más adelante se denominaría Modernisme. Cuando Rius i Taulet murió un año después, dejó una ciudad orientada hacia el futuro, y Barcelona le recordará como uno de los grandes alcaldes de toda su historia.

Barcelona, a ritmo frenético

El final de siglo será frenético. Parece que la inminente llegada del siglo XX haya acelerado la vida ciudadana. En diez o quince años, los últimos del siglo XIX, pasarán muchas cosas, muy intensas, entre otros motivos porque Barcelona se ha convertido ya en una gran ciudad de doscientos cincuenta mil habitantes, hacia 1885, y llegará a los quinientos cincuenta mil en 1900. Además, es una ciudad en plena actividad, en contraste con lo que pasa en otras ciudades españolas que vivirán el fin de siglo como un *shock* más que como una oportunidad.

Barcelona es en aquel momento una ciudad de fábricas y su conurbación, las poblaciones que están pegadas a la gran urbe, se convierten en apéndices del ritmo barcelonés. Muchas grandes fábricas salen de Barcelona para instalarse en otras localidades del llano de la ciudad o bien junto al Llobregat o el Besòs. Industria y comercio dan trabajo a una gran masa de gente que vive en condiciones difíciles, no tan precarias como medio siglo antes, pero muy diferentes de aquellas que disfruta la clase alta. También hay una clase media, formada por tenderos, pequeños y medianos comerciantes, y algunos profesionales liberales o especialistas en algún campo. La clase media barcelonesa formará un grupo cada vez más numeroso, muy preocupado por la cultura y la política, con una tradición asociativa muy poco habitual en otros lugares —con la que sustituyen unos servicios estatales inexistentes—, y, con el tiempo, con la vocación de ser la verdadera punta de lanza de muchos de los cambios que traerá el siglo XX.

Buena parte de la clase obrera abrazará el anarquismo. Dentro de este, como corresponde a un movimiento político tan diverso y a menudo tan refractario a organizarse, habrá tendencias muy diversas: desde anarquistas que, sin saberlo, estarán más cerca del budismo que de la lucha a favor de los desvalidos, hasta terroristas individuales que consideran que para construir una sociedad nueva hay que destruir de raíz la anterior. Entre estos dos polos, había toda la gama posible de maneras de concebir el anarquismo. Las autoridades vieron muy claro desde el primer momento que los

anarquistas eran peligrosos; pero no tan solo porque en algunos casos —pocos— podían ser violentos, sino porque todos, desde los más pacíficos hasta los terroristas, cuestionaban el orden establecido, y eso no lo podían tolerar. En aquel momento, el único instrumento que se plantearon para frenar el anarquismo fue la represión más dura; un sistema que llegaría a su culminación en la década de 1910. La excusa para la represión era siempre algún acto violento anterior, normalmente motivado porque un anarquista quería vengarse de alguna represión también anterior. Era un terrible círculo vicioso.

El 24 de septiembre de 1893, festividad de la Mercè, patrona de Barcelona, el anarquista Paulí Pallàs lanzó dos bombas Orsini —una especie de bola de hierro cargada de explosivo y llena de detonadores que le daban un aspecto de erizo metálico— contra el carruaje que transportaba al general Arsenio Martínez Campos por la Gran Via. Las bombas solo le causaron heridas leves, pero provocaron la muerte de un guardia civil. Pallàs no huyó, sino que alzó su sombrero y empezó a gritar vivas a la anarquía. El 6 de octubre era fusilado en el foso del castillo de Montjuïc. El atentado de Pallàs causó gran impresión y su muerte, también. Tanta, que otro anarquista, Santiago Salvador, decidió, como venganza, cometer otro atentado, y para hacerlo escogió un lugar donde tendría acceso a un grupo de gente de la alta sociedad. Este lugar era el Liceu, que desde su inauguración se había consolidado como un espacio de la burguesía catalana. Aun así, esta imagen estaba distorsionada, porque la burguesía, fuese melómana o no, disponía prácticamente en exclusiva de los salones principales, la platea, los palcos y el primer piso del teatro; pero todo el resto lo ocupaban los barceloneses que amaban la música y que no pertenecían en absoluto a la alta sociedad. Muchos anarquistas, sin embargo, no hacían estas distinciones, pues no eran excesivamente sutiles.

Gracias al hecho de que el Liceu acogía a gente tan diversa, el 7 de noviembre, Salvador pudo entrar sin problemas el día en que se estrenaba la temporada de invierno. Se representaba *Guillermo Tell*,

de Gioachino Rossini. El anarquista, con dos bombas Orsini escondidas entre la ropa, subió al quinto piso, que estaba abarrotado de gente que quería oír la ópera. Salvador se colocó en la galería y, cuando empezaba el segundo acto, a las once de la noche, lanzó las dos bombas contra la platea, cinco pisos más abajo. La primera topó con el respaldo del asiento 24 de la fila 13 y explotó. La segunda bomba cayó en el regazo de una de las mujeres que había muerto y eso evitó que estallase. En las siguientes horas, trece personas más morirían a causa de las heridas provocadas por la bomba. A partir de entonces, el Liceu retiró la fila 13 para siempre.

Santiago Salvador consiguió huir, pero fue detenido unas semanas más tarde. Se le condenó a muerte y fue ejecutado públicamente el 21 de noviembre de 1894 en el patio de la prisión de la Reina Amàlia, donde ahora se encuentra la plaza de Folch i Torres, en el Raval. El verdugo fue Nicomedes Méndez, el más famoso de los verdugos que ha tenido Barcelona.

Méndez era un hombre orgulloso de su oficio, e incluso quiso montar un museo de las ejecuciones en el Paral·lel con el nombre de Palau de les Execucions, después de retirarse. Consciente de que todas las miradas de la ciudad estarían puestas en él cuando ejecutase a Salvador, el verdugo Méndez introdujo una innovación técnica en el sistema de ejecución que estaba convencido de que marcaría época. Las ejecuciones civiles se hacían mediante el sistema del garrote vil, implantado desde la época de Fernando VII. El reo era obligado a sentarse en una silla recta, se le fijaba el cuello con una argolla y después accionaba un tornillo que, al girar, hacía salir una pieza que rompía el cuello del condenado. Pues bien, Méndez se inventó lo que llamó la «variante catalana», que consistía en añadir a la pieza que estrangulaba al reo un punzón que, según él, provocaría la ruptura instantánea del bulbo raquídeo y ahorraría sufrimiento al condenado. *La Vanguardia* explicaba así el momento de la ejecución:

> Salvador subió sin ayuda a las gradas del cadalso y al llegar a él gritó: «¡Viva la revolución social!». El reo tendió la mirada por los alrededores donde se agrupaba la gente, hasta el punto de hallarse atestados los balcones y galerías de las casas que dominan el patio de Cordeleros, gritando después: «¡Viva la anarquía! ¡Mueran todas las religiones!». Luego cantó la primera estrofa de un himno revolucionario y dirigiéndose al verdugo añadió: «No aprietes tanto, que me haces daño». Algunos segundos después dejó de existir.

Los atentados anarquistas continuaron y también la represión. De hecho, el siguiente gran atentado que se produjo, el de la procesión de Corpus del año 1896, en concreto el 7 de junio, fue especialmente oscuro. Aunque se atribuyó a los anarquistas, las circunstancias del atentado hicieron pensar que más bien fueron agentes provocadores de la policía los que lo planearon.

Ramon Casas, el pintor más famoso del momento, retrató la salida de la procesión de Corpus de la iglesia de Santa Maria del Mar, un poco antes de que se produjese el atentado. En el cuadro se ve a mucha gente del pueblo, pero principalmente aparecen autoridades, soldados y policías y miembros de las cofradías religiosas. Parecería el lugar perfecto para cometer el atentado, pero no fue allí, sino que cuando la procesión ya estaba volviendo, en la calle de los Canvis Nous, se lanzaron dos bombas que causaron doce muertos y unos sesenta heridos. Todos los muertos y heridos fueron viandantes, todos de clase obrera. Además, pocas horas después del atentado, se iniciaron unas detenciones masivas de anarquistas que culminaron con un gran juicio celebrado en el castillo de Montjuïc. Siete anarquistas fueron fusilados, y otros sesenta condenados a prisión. Por lo que se sabe, la mayoría no tenían nada que ver en absoluto con el atentado. Los procesos de Montjuïc causaron indignación porque se advirtió claramente que no se había buscado en ningún momento la verdad sino condenar a los anarquistas. Un año después, un anarquista italiano, en venganza por estos procesos, asesinó al presidente del Gobierno, el conservador Antonio Cánovas del Castillo.

El anarquismo de finales del XIX causó un gran impacto en la sociedad, sobre todo porque las autoridades quisieron retratar a todos los anarquistas como seres violentos y terroríficos, aunque la mayoría de los que se identificaban con la anarquía más bien rechazaban estos métodos. Cuando Antoni Gaudí construya el claustro del Roser de la Sagrada Família, decorará una ménsula con la figura de un ser maléfico que entrega una bomba Orsini a un anarquista.

NUEVOS ESTILOS MUY MODERNOS

Los anarquistas eran todo un mundo, un mundo a menudo cerrado en sí mismo y con un contacto con la vida muy especial. Una parte importante de los anarquistas venía de las clases más modestas, pero otra, en cambio, había tenido una infancia menos dura que la de sus compañeros. La infancia, sin embargo, era dura para todo el mundo en aquella época. Los índices de mortalidad, aunque inferiores a los de principios de siglo, continuaban siendo muy altos, y por eso, y porque se consideraba que tener hijos era un bien supremo, el cuidado de las mujeres embarazadas era muy grande, exagerado incluso si pensamos en los estándares actuales. Las mujeres que se lo podían permitir evitaban realizar ningún tipo de ejercicio físico durante el embarazo, y tampoco cruzaban las piernas o subían o bajaban rápido las escaleras, ya que todo ello se consideraba peligroso e instigador del aborto. A las mujeres acomodadas les era más sencillo cumplir con este tipo de comportamiento, pero la mujer trabajadora, tan cargada de supersticiones como la rica, no tenía posibilidades de hacerlo. Estos no eran los únicos hábitos que ahora nos resultan poco comunes.

A finales del siglo XIX las familias de la clase media y de la alta sociedad de Barcelona aún mantenían las formas de la sociedad campesina. No era nada inhabitual en Barcelona que conviviesen en un mismo domicilio abuelos, padres e hijos, además de alguna

criada, muy habitualmente proveniente de algún paraje rural del interior pobre de Cataluña. Los hijos casados, acompañados de la mujer y de los hijos, visitaban a menudo el domicilio de los padres por las tardes, incluso cada día, y no era raro que todos cenasen juntos. La cena, de todas formas, era a una hora muy europea, las seis o las siete de la tarde, si era verano. El gran entretenimiento de las familias era la conversación, y en ocasiones, la música, aunque los hombres también fumaban aparte y las mujeres cosían, siempre que hubiese suficiente servicio para realizar las tareas de la casa. El servicio era barato, porque se le pagaba muy poco, aunque las criadas dormían y comían en casa. Muchos otros servicios eran a domicilio; no había, por ejemplo, peluquerías o modistas: iban a casa del cliente a hacer su trabajo. Ya había librerías, mercerías y tiendas de ropa, pero tampoco era nada raro que los tenderos o sus empleados fuesen a ofrecer la mercancía a domicilio.

La mayoría de las casas se iluminaban con gas, aunque la luz eléctrica estaba empezando a llegar tímidamente a los hogares. Las compañías eléctricas ofrecían a los domicilios la instalación de la red, a veces gratuitamente, para animar a los futuros clientes. Muchas casas empezaron solo con una pequeña bombilla eléctrica en el recibidor, mientras que el resto de la vivienda continuaba durante años iluminado por gas.

También el agua corriente empezó a llegar a los nuevos pisos del Eixample, y con el agua, que ya no era necesario ir a buscar a una fuente, también llegaron los cuartos de baño. Antes del agua corriente, la gente se bañaba raramente, porque era muy fatigoso cargar tanta agua para un baño. La gente se lavaba cara y manos, de vez en cuando el cuerpo y poca cosa más. Pero cuando el agua empezó a salir por los grifos con generosidad, las cosas comenzaron a cambiar. Aun así, nadie pensaba que fuera necesario, ni siquiera conveniente, abusar de la limpieza. Cuando el cuerpo estaba sudado, por ejemplo, se consideraba un peligro cierto mojarlo.

Bañarse más de dos veces a la semana ya era una excentricidad, y algunos manuales decían que tanto el baño como el sexo no convenía practicarlos más de un par de veces al mes.

Barcelona estaba cambiando con todas estas nuevas costumbres y transformándose en una ciudad muy moderna. Los últimos veinte años del siglo, las líneas de tranvía atravesaron de punta a punta la ciudad. Con el tranvía se acababan las procesiones de obreros que atravesaban de madrugada la ciudad para ir a trabajar. Ahora la ciudad es tan grande y crece tan deprisa que muy a menudo estos desplazamientos, que se hacen en transporte público, ya no son de los obreros de las fábricas, que muchas veces viven relativamente cerca del lugar de trabajo, sino de los administrativos y contables, cada vez más numerosos y que, como clase media, viven en el Eixample.

También en aquel momento empiezan a crecer los negocios que no están directamente ligados a la producción, sino a los servicios. Bufetes de abogados, gestores administrativos, especialistas en fletamentos marítimos, delegados comerciales... Una estructura de trabajo diferente, marcadamente alejada de la de la primera mitad del siglo, más industrial y artesanal. Esta nueva sociedad que emerge, este incremento demográfico, necesita muchas casas y edificios nuevos para esta gente tan moderna. Estos edificios nuevos también tienen que ser modernos y acogedores y deben responder a una estética de la época, una belleza que los ponga en sintonía con lo que está pasando en las ciudades que son el espejo de Barcelona, París y Nueva York. Este estilo, esta estética, será el Modernisme.

El Modernisme será la expresión de una sociedad catalana que quiere equipararse a las sociedades europeas. Aunque no todo lo que se construirá en aquel fin de siglo será de estilo modernista, sí que es cierto que es muy raro el edificio que no pretenda seguir una ornamentación de este estilo. El Modernisme quería integrar todas las artes en una obra total. No importa que hablemos de arquitectura, de forjado de hierros, de murales o de cerámica, todo tiene que estar integrado y debe tener relación entre sí. Un edificio

no se puede entender, según los modernistas, como una caja vacía que tiene que llenarse posteriormente con elementos ajenos; un edificio es una obra total, que va del pararrayos hasta la conexión de las alcantarillas, de las ventanas a los pomos de las puertas, de los techos a los suelos hidráulicos. Esta concepción obligó a incluir en las obras modernistas no solo a arquitectos, sino también a numerosos artesanos que contribuyeron decisivamente al triunfo y consolidación del movimiento. Estos artesanos modernistas, prácticamente anónimos, fueron los grandes protagonistas del levantamiento del Eixample y su *Quadrat d'Or*.

Todo el Eixample está lleno de ejemplos modernistas, tanto del más fastuoso como del que se ha denominado «modernismo pobre». Este último hace un paseo por el distrito algo de lo más interesante. Cualquier casa construida entre 1880 y 1910, y son muchas, tiene alguna cosa interesante. Muy a menudo es simplemente el forjado de los balcones, magníficamente realizados, sólidos y con un aire clásico fascinante; otras, son las bóvedas de yeso o de argamasa que rematan las fachadas; las puertas inmensas de dos hojas que se pueden abrir y dejar un espacio amplísimo; las escaleras de mármol o las cenefas de las paredes interiores; las flores de colores de las baldosas hidráulicas de los suelos... Durante aquellas tres décadas estalló una especie de guerra, tanto entre los arquitectos como entre los promotores de viviendas, que querían que su edificio luciese mucho más que los colindantes. Esta competencia produjo la muestra probablemente más grande de arquitectura civil del siglo XIX de Europa e, incluso, del mundo. Esta competencia es fácil de apreciar en toda la derecha del Eixample, pero el lugar donde se escenifica mejor es la llamada Illa de la Discòrdia o, en el lenguaje de la época, *Mansana* de la Discòrdia.

A finales de siglo, un cambio de la normativa municipal facilitó que las casas individuales de familias ricas situadas en el Passeig de Gràcia, lado Llobregat —sur—, entre las calles Consell de Cent y Aragó, fuesen derruidas para construir edificios más grandes. De repente se abrió la posibilidad de edificar unas casas de lujo en el

que se había convertido en el lugar más *chic* de Barcelona. Se levantaron cinco edificios, tres declaradamente modernistas y dos de estilo más dudoso; todos ellos ornamentados por los arquitectos más importantes del momento, la mayoría profundos catalanistas. El que está situado más cerca de plaza Catalunya es la casa Lleó Morera, en la esquina con Consell de Cent. Los Lleó Morera eran una familia de médicos y encargaron la base del edificio a un arquitecto poco conocido, pero quisieron que la fachada la realizase Lluís Domènech i Montaner, el mejor arquitecto del momento, teniendo en cuenta que Antoni Gaudí jugaba en una liga aparte. Domènech i Montaner también se encargaría posteriormente del Palau de la Música Catalana y empezaría los pabellones modernistas del nuevo Hospital de la Santa Creu y —desde la donación que había hecho el acaudalado Pere Gil— Sant Pau, en el Guinardó. La ornamentación de la fachada que ideó Domènech se basaba en motivos florales, de modo que era una especie de bosque salvaje en medio del Eixample.

Las dos casas siguientes son, de las cinco, las menos interesantes, aunque sin duda tienen valor. La primera es la Casa Comas, cuya fachada realizó Enric Sagnier; la siguiente, la Casa Bonet, es de Marcel·lí Coquillat.

El cuarto edificio es la Casa Amatller. Antonio Amatller, el propietario, era toda una celebridad en su época porque fabricaba el chocolate más popular del momento, el que llevaba su nombre. Además de maestro chocolatero, Amatller fue gran amante del arte y un mecenas destacado. Encargó la casa a Josep Puig i Cadafalch, mejor arquitecto que político, aunque ejerció ambas funciones de forma exhaustiva. Es una casa muy bonita, claramente modernista, pero no tan recargada como la Casa Lleó Morera. La lástima es que queda desdibujada porque está, puerta con puerta, con la casa estrella de la manzana, la Casa Batlló, propiedad de una familia dedicada a la industria textil, a los automóviles, e indirectamente copropietaria del diario *La Vanguardia*.

Josep Batlló le encargó la reforma a un arquitecto que ya en aquellos momentos era polémico, un hombre que se había convertido en el arquitecto preferido de Eusebi Güell, uno de los magnates de la época. Este arquitecto era el reusense Antoni Gaudí. Gaudí era un hombre extraño, muy religioso, de trato complicado, pero sin duda el mejor arquitecto de la historia de Cataluña, y uno de los grandes artistas de la historia de la humanidad. Sus obras pueden gustar más o menos —poco después de su muerte, se alzaron voces para derribar varios de sus edificios—, pero las soluciones que implementó para construirlas fueron completamente originales y brillantes, y los resultados no dejan nunca indiferente. Los barceloneses actuales, en general, quieren a Gaudí, pero no aprecian de la misma forma todo lo que hizo. Quieren mucho al Gaudí de la Pedrera y del Park Güell, y un poco menos al de la Casa Batlló y al del Palau Güell, y mucho menos al de la Sagrada Família. La Casa Batlló está actualmente tan invadida de turistas que difícilmente es visitada por ningún barcelonés. Ocurre lo mismo con la Sagrada Família, pero no pasa con la Casa Milà, que ha tenido siempre un uso más o menos ciudadano, y con el Park Güell, que hasta la invasión turística era el lugar por excelencia para ir a jugar a la petanca o a hacer saltar el diábolo, dos entretenimientos muy habituales en aquellos jardines.

Es lo suficientemente conocido que la fachada de la Casa Batlló, que hace esquina con el chaflán de Passeig de Gràcia, es de lo más simbólico, inspirada en motivos marinos. El tejado recuerda el espinazo de un dragón, mientras que la parte central está llena de detalles y de fragmentos cerámicos que recuerdan el fondo del mar iluminado por la luz solar. También hay una pequeña torre que sobresale de la fachada y que algunos han querido ver como una especie de lanza clavada en el dragón, a pesar de que Gaudí nunca se refirió a ello. Los dos pisos principales tienen una galería de formas sinuosas que aportan una gran personalidad al conjunto. La

obra es extrañísima, estrafalaria, y, al mismo tiempo, maravillosa. Si tienen suerte y consiguen apartar a las decenas de turistas que tapan la entrada descubrirán un edificio emocionante y maravilloso.

Gaudí no se acaba ni mucho menos en la Casa Batlló, pero buena parte de su trabajo se hará en el siglo XX. Dos de los grandes hechos capitales del siglo siguiente tienen las raíces bien clavadas en el final del siglo XIX: el cine y el deporte de masas. La historia del cine empieza el 28 de diciembre de 1895 en el Salon Indien de París. En Barcelona, Anaïs y Fernando, la pareja que regentaba la casa de fotografía Napoleón en la Rambla de Santa Mònica número 18, compró enseguida un aparato a los Lumière, y empezó a hacer proyecciones de aquel invento menos de un año después, el 10 de diciembre de 1896. Barcelona fue de las primeras ciudades del mundo que contaron con un cinematógrafo, gracias al hecho de que los propios hermanos Lumière se habían desplazado hasta la ciudad, donde rodaron una de sus primeras películas, centrada en mostrar el puerto. Probablemente, el mismo aparato de filmación —que servía también para la proyección— fue el que adquirieron los Napoleón para sus exhibiciones. El cine gustó mucho, y muy pronto la ciudad empezó a contar con distintos lugares —llamarles salas es un poco exagerado— donde se proyectaban películas.

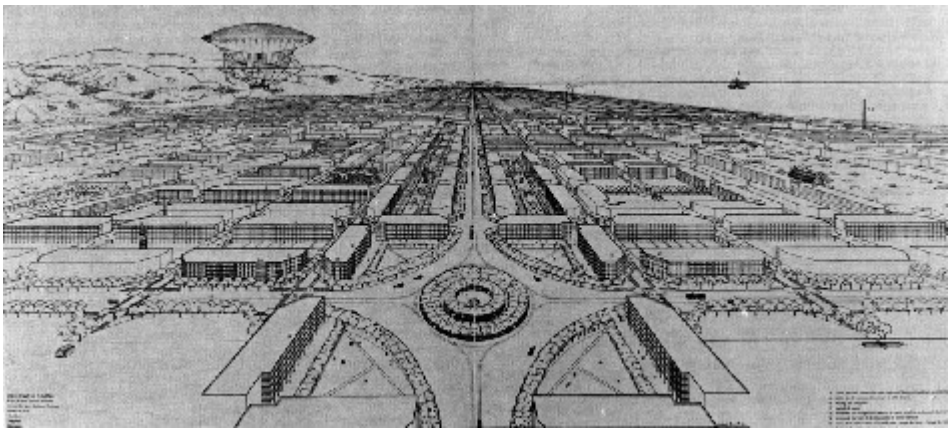
La otra pasión que resultaría decisiva en el siglo XX fue el deporte de masas. En la segunda mitad del siglo XIX se había disparado el higienismo, el convencimiento de que solo con un comportamiento sano y una dieta equilibrada se disfrutaba plenamente de un buen estado de salud física y mental. Este convencimiento había disparado la ocupación de los balnearios y había hecho aparecer el fenómeno del turismo, relacionado con las nuevas vías de ferrocarril, que posibilitaban llegar a lugares lejanos en un tiempo razonable. El deporte también fue uno de los favorecidos por el fenómeno. La práctica del ejercicio físico venía de la Antigüedad, pero en el siglo XIX determinados ejercicios se codifican y se transforman para que se pueda competir. O sea que deporte, como tal, no hubo hasta entonces. Uno de los deportes que

nace en aquel momento —aunque como tantas otras cosas con raíces muy antiguas— es el fútbol. Los ingleses fueron los inventores, y allí donde había una colonia de súbditos de Su Majestad Británica se practicaba este deporte. En Cataluña esto pasó inicialmente en Palamòs, pero bien pronto el nuevo invento llegó a Barcelona. En la ciudad ya funcionaban regularmente varios gimnasios, donde no solo se practicaba gimnasia sueca y con aparatos, sino que también se probaban las nuevas modas deportivas que llegaban. En uno de estos gimnasios, el Tolosa, se celebraron algunos partidos de fútbol. Un miembro de otro gran gimnasio, el Solé, pidió jugar alguno de estos partidos, para probar, pero no se lo permitieron porque era suizo. Enfadado, Hans Gamper, decidió fundar él un equipo de fútbol donde pudiesen jugar tanto extranjeros como catalanes. Este club, fundado en 1899, se llamó Futbol Club Barcelona, y adoptó los colores azul y grana, probablemente porque eran los de la ciudad de Basilea, donde había jugado anteriormente Gamper, aunque eso ha sido siempre un motivo de controversia entre historiadores y aficionados que aún no está claro. Al año siguiente se fundarían más clubes, el más importante fue el de la Societat Espanyola de Futbol, que posteriormente se convertiría en el Español. El club adoptó este nombre precisamente para distinguirse de los otros clubes, que estaban llenos de jugadores extranjeros, normalmente más experimentados que los catalanes. El club se prometió que sólo admitiría a españoles en sus filas. Con el tiempo, relativamente poco, el Barcelona y el Español se fueron convirtiendo en los rivales más enconados, entre otras cosas porque las aficiones de ambos clubes fueron mostrando un talante cada vez más político. Quien empezó esta rivalidad fue el Español que, a causa del nombre, empezó a captar, sin pretenderlo a aficionados que no deseaban un club que representara políticamente a aquellos que querían una Cataluña muy española. Los barcelonistas, en parte por contraposición a los españolistas, se fueron decantando por posiciones cada vez más catalanistas.

Barcelona cambió de siglo con esperanzas renovadas. Dos años antes, en 1898, España había perdido las últimas colonias: Cuba, Puerto Rico y las Filipinas, y el ejemplo había alentado a muchos catalanistas, que veían el desastre español como una oportunidad. Mientras que España vivió la pérdida como una tragedia inesperada, Cataluña se sentía lo suficientemente fuerte para afrontar un proyecto nuevo y estimulante, ya fuese dentro o fuera de España. Barcelona se había anexionado hacía tres años los municipios que también ocupaban el llano de la ciudad, Gràcia, Sarrià, les Corts, Sant Martí de Provençals, Sant Gervasi de Cassoles, Horta, Vallvidrera y Sant Andreu de Palomar. Había costado una treintena de años de arduas negociaciones con el Gobierno que, a instancias del Ayuntamiento de Madrid, quería impedir el crecimiento de Barcelona. Finalmente, en una España necesitada de dinero para pagar los gastos de la guerra de Cuba, Barcelona lo consiguió a cambio de aumentar los impuestos y ayudar a sufragar la guerra. Pagando, Barcelona crecía. Quizás era el momento de crecer un poco más, pero en un sentido más político e institucional.

CAPÍTULO 12

UNA CIUDAD NUEVA



Cómo habría sido la Barcelona del siglo xx de Cerdà. Dibujo de Antonio Armesto.

A TODA VELOCIDAD

Estamos en 1901 y empieza el siglo XX. En la taberna de Els Quatre Gats, los socios Pere Romeu y Ramon Casas descuelgan un cuadro que hasta entonces presidía el local. Se ve a dos hombres barbudos, vestidos de blanco, con los pantalones ajustados y levantados a media pierna, una faja tosca y unos sombreros blancos, conduciendo un tándem. Son ellos mismos: Romeu, un hombre particular, larguirucho, delgaducho, es quien regenta el local; Casas es el pintor más famoso del momento, el *enfant terrible* de la burguesía catalana, esnob, mujeriego, divertido... Una vez descolgado el cuadro, toman otro, también de dimensiones considerables, y se disponen a colgarlo en el lugar que ocupaba el anterior. En este nuevo cuadro vuelven a aparecer Romeu y Casas, pero ahora llevan unos abrigos de piel desmesurados y viajan en un flamante coche rojo de dos plazas. Delante de ellos, plantado en un cesto de mimbre situado justo entre el volante y el salpicadero del automóvil, está *Zim*, el terrier de pelo liso del pintor.

El cambio de cuadro que presidía Els Quatre Gats fue simbólico, como tantas otras cosas que hacían los pintores barceloneses del Modernisme. Ambos lienzos están ahora en el Museu Nacional d'Art de Catalunya, en Montjuïc, uno al lado del otro. Ramon Casas llamó *Fi del segle XIX* al cuadro del tándem, mientras que el otro lo tituló *Començament del segle XX*. Era muy significativo, porque realmente el siglo XX sería el siglo de la velocidad y el cambio de la bicicleta —un vehículo, por otra parte, también bastante moderno— por el automóvil era relevante. Ramon Casas había abierto aquella taberna con la ayuda de sus amigos del alma, Santiago Rusiñol y Miquel Utrillo, a partir de una idea de Pere Romeu, quien había trabajado en una taberna mítica de París, Le Chat Noir. La idea era abrir un local que fuese el punto de reunión natural de una serie de personas que

se movían en el entorno artístico barcelonés, pero no de cualquiera. Tenían que ser los más modernos, los que querían que Barcelona, cuando fuera mayor, se asemejase a París, los que vivían los problemas que sufría la sociedad como un problema que se resolvería con más bondad, más alegría y, quizás, aunque aún no lo llamaban así, con un poco más de surrealismo. Els Quatre Gats se abrió en los bajos de la Casa Martí, en la calle Montsió, un edificio construido por Puig i Cadafalch. Hoy en día sigue abierto porque, hace unos años, unos empresarios quisieron rescatar la taberna, con muy buen criterio, y esta, a pesar de que ya no se exponen las pinturas originales de Casas y de otros modernistas —que hoy valen millones—, ha rescatado con acierto el espíritu de principios de siglo.

En aquella taberna se reunieron a menudo algunos de los nombres más importantes del arte del momento. Los pintores Picasso, Nonell o Regoyos acudían a ella, al igual que los músicos Enrique Granados, Isaac Albéniz o Lluís Millet. Mantenían conversaciones artísticas y, teniendo en cuenta que algunos tenían vocación de eternos adolescentes, también conversaciones y fiestas muy mundanas. El núcleo duro —Casas, Rusiñol, Utrillo— procedía de familias adineradas y, aparte del innegable talento que poseían, no estaban demasiado preocupados por las condiciones sociales de la clase obrera ni, salvo Utrillo, por la conflictividad política. Vivían en una especie de burbuja centrada en la sensibilidad artística, el buen humor y la alegría de vivir. Esto no quiere decir que negasen la realidad, sino que, simplemente, su punto de vista era particular. Por ejemplo, Rusiñol, un personaje muy polifacético y con un finísimo sentido de la parodia y de la ironía, escribió en 1907 una novela, que después adaptaría al teatro, con la cual tuvo un éxito increíble, pues reflejaba a la perfección a un sector de la sociedad que difícilmente era materia literaria: el de los comerciantes. *L'auca del senyor Esteve* —un *auca* era un pliego de cordel o aleluya— narraba la historia del tendero Esteve, que comenzaba con su nacimiento y, después de recorrer toda su vida, acababa con la muerte anunciada de su tienda del barrio de la Ribera, La Puntual, un establecimiento de mercería

que hipotéticamente estaba en la calle de la Princesa, donde ahora hay una puerta con el mismo nombre que aquel establecimiento. La vida de Esteve, narrada con toda la ironía y el afecto del mundo por Rusiñol, recorre la historia cotidiana de la ciudad de Barcelona desde 1830 hasta finales de siglo, cuando el hijo de Esteve, Estevet, reniega de la tradición familiar porque no quiere seguir con el negocio y pretende dedicarse al arte. El entierro del abuelo Esteve, del mismo nombre, dejará una gran melancolía en el protagonista, porque la muerte del patriarca simboliza la muerte de la Barcelona donde La Puntual ha prosperado:

> Lo que había cambiado más en los años de Estevet a Esteve y de Esteve a señor Esteve había sido Barcelona. En aquel barrio de la Ribera había habido tal trastorno de reformas que ya no quedaba nada de lo que antes había. El Passeig de Sant Joan también se había muerto, como las abuelas. Habían arrancado los plátanos, habían espaciado los bancos, y el Hércules del surtidor y las tortugas, y hasta la cascada, los habían trasladado más lejos para que fuesen a criar moho en el destierro de los barrios nuevos. Los bojes y las estatuas del Jardí del General los habían tirado a la basura, y de aquellos paseos umbríos habían hecho casas con pórticos, iguales como una epidemia, y sufriendo una simetría que no tenía consuelo ni perdón. Del Born, habían arrancado los colores, la vida, la luz, los vendedores y la algarabía y los habían encerrado en un tinglado; y en cuanto a la Ciutadella, la habían derruido y habían hecho bien en hacerlo. Primero cayeron las murallas, después se allanaron los glacis, más tarde trazaron unas líneas y, por fin, plantaron flores; y a medida que las flores nacían, los soldados se iban marchando, y cuanta más sombra daban los árboles, más disminuían los cuarteles, hasta que solo quedaron dos y medio, disfrazados de palacios allí bajo las arboledas. [...] Con la prisa de transformar, aquellas gentes enriquecidas, que no habían tenido tiempo de ser artistas, habían hecho cosas extrañas: dos escaleras inmensas que no subían a ninguna parte, unas montañas de pesebre, un estanque cercado de piedra sin labrar; pero, en cambio, habían congregado a la gente de todo el mundo y de todo el comercio de la tierra, y lo que antes eran cuarteles con olor a pólvora y a rancho, ahora era un gran ramo extendido; lo que eran murallas, alfombras de hierba; lo que eran baluartes, parterres; y lo que era una torre maldita que había oído tantas agonías, un llano cubierto de sol y de niños jugando con la arena.

> Desde Pla de Palau hasta la calle de les Corts, al igual que en otros barrios, todo se estaba transformando. Había callejones tozudos cuyos edificios, por ser demasiado viejos y tener demasiadas arrugas para disimularlas, o bien por ser casas de nobles que querían conservar la pátina para poder conservar algo, no querían deshacerse de los achaques que arrastraban desde antiguo ni tampoco acicalarse, pero en casi todas las demás se levantaban pisos, se ponían cornisas, se cargaban de molduras los balcones, se blanqueaban las fachabas y se iban alineando para no estorbarse. Los albañiles no paraban de engastar adornos y flores de piedra y caligrafías de bulto dondequiera que hubiese una pared; los herreros forjaban por todas partes herrajes con dragones, con aguiluchos, con tarascas, con flores de lechuga simbolistas y hojas de brócoli estéticas, y allí donde veían una baranda ponían un adorno.

Sin duda la cita es larga, pero pocas veces se ha explicado tan bien cómo Barcelona se había transformado y había pasado de ser una ciudad donde un comerciante podía entender su entorno a convertirse en un monstruo que crecía y crecía fuera de las murallas y que estaba llegando a marchas forzadas a la modernidad.

El Cierre de Cajas

A pesar de todo, los problemas políticos planeaban constantemente sobre aquella ciudad en plena transformación. A principios de septiembre de 1899, muchos empresarios y comerciantes catalanes se negaron a pagar las contribuciones al Estado, hartos de que toda la presión fiscal de la administración, ansiosa de obtener dinero para pagar el desastre y el agujero que había dejado la pérdida de las colonias, recayera sobre ellos. Cataluña en aquel momento —y no era una situación nueva— era la región del Estado que más contribuía, tanto directa como proporcionalmente, a sostener los gastos públicos. Como los impuestos básicamente gravaban la industria y el comercio, y en cambio eran muy bajos o inexistentes cuando se referían a la propiedad de la tierra o a las propiedades inmobiliarias, los comerciantes catalanes eran los más perjudicados.

Además, las reivindicaciones económicas se añadían a las demandas políticas: a finales de julio, una flota militar francesa había visitado Barcelona. Los marineros franceses desfilaron por la Rambla y después quisieron ofrecer un concierto a la ciudad en el Palau de les Belles Arts, en la Ciutadella, el cual sería derruido después de la Guerra Civil debido a los graves daños que sufrió durante los bombardeos. Los franceses invitaron al Orfeó Català y a los Cors de Clavé al concierto. El alcalde de Barcelona, el doctor Bartomeu Robert, vio los temas que pensaban interpretar y, para adelantarse a los problemas, pidió al Orfeó que renunciase a cantar *Els segadors* y a los Cors de Clavé que no interpretasen *Gloria a España*, una cantata que el fundador de los coros había escrito en 1864. Todos, en principio, aceptaron.

Cuando empezó el concierto, la noche del 21 de julio, todo parecía que iría como la seda. Cuando la banda militar francesa interpretó *La marsellesa*, la gente la aclamó puesta en pie, pero silbó cuando se interpretó la *Marcha real*, el himno español. Viendo el ambiente que había, el Orfeó Català, dirigido por Lluís Millet, decidió saltarse el acuerdo e interpretó fuera de programa *Els segadors*. El público se entusiasmó, en una actitud que contrastaba muchísimo con la que había mantenido al oír el himno español. Las autoridades presentes se indignaron, y el gobernador civil ordenó que a la salida hiciese acto de presencia la policía, la cual, naturalmente, cargó contra los asistentes. La prensa madrileña se indignó, tal y como explicaba *Blanco y Negro*, el semanario vinculado al diario *ABC*:

> Algunos elementos perturbadores, desprovistos de sentido, ingratos con la patria, han dado la nota de mal gusto silbando nuestro himno nacional y dando vivas a una Cataluña independiente y a la Cataluña francesa. Los que tal piensan en momentos tan angustiosos y tan críticos para el país, discurriendo anexiones o independencias, son merecedores del más fuerte y enérgico correctivo, para evitar en lo sucesivo la repetición de actos de esa naturaleza, que tan triste impresión producen fuera de la frontera.

No es de extrañar, por tanto, que el ambiente fuese propicio para que, cuando los presupuestos del Estado aumentaron los impuestos al comercio y a la industria, estallara la indignación Se acordó que se haría una huelga de comerciantes y seis mil establecimientos de Barcelona —probablemente si hubiese existido, La Puntual también la habría secundado— cerraron sus puertas. La gente se negó a pagar los impuestos, en lo que se conoció como el *Tancament de Caixes* —el Cierre de Cajas—.

El 24 de octubre, el Gobierno decretó la suspensión de las garantías constitucionales en toda la provincia y, un mes más tarde, se declaró el estado de guerra en Barcelona. ¡Todo por una protesta de los comerciantes y los industriales que no querían pagar impuestos abusivos! Hubo muchas detenciones y multas, y los huelguistas desistieron finalmente a mediados de noviembre. El Tancament de Caixes había fracasado, pero la opinión pública tuvo la sensación de victoria porque habían plantado cara al Gobierno y, además, se había hecho una protesta transversal que llegó a todas las clases sociales.

En mayo de 1900, el ministro de la Gobernación, Eduardo Dato, decidió hacer una visita a Cataluña para intentar serenar los ánimos. La gente, espontáneamente, empezó con una costumbre que se ha mantenido hasta la actualidad: poner banderas catalanas en los balcones como muestra de protesta y de afirmación. Dato, que iba de pitada en pitada, de desaire en desaire, volvió antes de hora a Madrid, decepcionado con aquella visita que resultó tan fallida. Naturalmente, se volvió a declarar el estado de guerra en Barcelona...

«*Visca Catalunya*!» o «¡Muera España!»

Al cabo de un año y medio, se celebraron elecciones a Cortes. Tal como se planteaban los comicios en aquella época, los dos grandes partidos, el liberal y el conservador, se repartían prácticamente todos

los escaños gracias, a menudo, a las presiones que los caciques hacían en muchas circunscripciones. La cosa no era tan simple, porque muy a menudo alguno de los grandes partidos sufría una escisión, que normalmente duraba una sola legislatura y solía responder a intereses personales de algún grupo de diputados. Este sistema bipartidista era muy difícil de romper porque no solo existía la presión de los caciques, sino que, además, aquellos que podían votar —entonces, los hombres mayores de edad— tampoco se planteaban otras alternativas.

El catalanismo, que ya había superado la fase puramente literaria y folclórica, también quería tener representación. Pocas semanas antes de las elecciones, dos grupos catalanistas con vocación política, el Centre Nacional Català y la Unió Regionalista, se unieron y formaron un nuevo partido, la Lliga Regionalista, que se organizó como se estructuraban los partidos de la época en los países europeos más avanzados. De forma sorprendente, obtuvieron siete diputados en total, cinco en la provincia de Barcelona, uno en la de Girona y otro en la de Lleida, de treinta y cinco escaños en juego en Cataluña. Consiguieron un éxito impresionante y totalmente inesperado, que demostraba que en Cataluña no se podían manipular las urnas como se hacía en el resto del Estado. En la ciudad de Barcelona, el resultado aún fue más escandaloso porque había siete escaños en juego y la Lliga Regionalista obtuvo cuatro, todos a los que se presentaba; los republicanos, dos; y los conservadores, uno.

¿Quiénes eran estos republicanos? No eran los mismos que tanto habían luchado durante el siglo XIX, sino otros muy distintos. El partido se llamaba Unión Republicana y lo había impulsado el antiguo presidente de la República, Nicolás Salmerón. Salmerón estaba a favor de las reivindicaciones catalanas, siempre que fuesen compatibles con la estructura de la futura República que soñaba, pero su partido era muy anticuado, un grupo de amigos que giraban alrededor de su figura venerable. Por ello, para presentar el partido en Barcelona para las elecciones, se fijó en un hombre enérgico,

andaluz como él, que había llegado hacía pocos meses a la ciudad para ejercer de periodista. Este hombre se llamaba Alejandro Lerroux y era un personaje imponente. Excelente orador, sabía combinar el tremendismo con el humor con una voz de trueno que llegaba a todas partes. Lerroux mantuvo desde el primer momento un discurso con dos bases muy claras. Por un lado, unas sentencias radicales y chocantes, como cuando tres años después pidió que las monjas se elevasen a la categoría de madres. Por otro, un anticatalanismo férreo, con un discurso en el que se equiparaba cualquier expresión de catalanidad, la que fuese, incluso hablar el idioma en una conversación particular, a un intento de opresión contra la clase obrera, a hacer el juego a la burguesía. Este doble discurso lo convirtió en una figura muy popular entre los obreros recién llegados a Cataluña y sin conocimientos ni interés por lo que pasaba en el país, y también entre determinados sectores de la clase media, a menudo funcionarios que dependían de la administración.

Lerroux no era bobo y, aunque algunos de sus comportamientos pudiesen resultar descaradamente hipócritas y mentirosos, sabía cuándo y cómo tenía que moverse a favor o en contra de una idea. En cualquier caso, no era un hombre de principios. Lerroux se abonó frecuentemente a un argumento contundente: el catalanismo era lo mismo que el reaccionarismo de derechas, sin matices. Por tanto, defender a España contra los catalanistas equivalía a mantener una postura progresista. Lerroux llegó a decir: «En Barcelona, hoy en día, cuando se grita "Viva Cataluña", se quiere decir indudablemente "Muera España"».

En aquellos momentos y a pesar de los rumores, no se conocía con exactitud, pero hoy en día se sabe fehacientemente que Lerroux cobraba del Ministerio de Gobernación mil pesetas mensuales, una gran suma en aquella época. El Emperador del Paral·lel, como se le empezó a llamar, sabía, al menos durante los primeros años en que se dedicó a la política, cómo modular su discurso para no asustar a la clientela. Tanto cuando fue miembro de la Unión Republicana como cuando fundó su propia formación, el Partido Radical, Lerroux

dosificaba su discurso anticatalanista porque tenía claro que los simpatizantes y votantes del partido estaba más interesados en las propuestas sociales que en las políticas, y que la equiparación entre el catalanismo y los males de la clase obrera no tenía un recorrido demasiado largo.

A Lerroux, indirectamente, le ayudó que la Lliga Regionalista fuese, por talante, conservadora. No lo era en muchos aspectos, teniendo en cuenta las propuestas políticas que llegaban de Madrid, pero sí en el sentido de que la Lliga regionalista defendía básicamente los intereses de la burguesía catalana, tanto la urbana como la rural. El catalanismo de izquierdas existía, sin duda, pero quedaba oculto por el catalanismo de derechas de la Lliga Regionalista, que, al ser más moderno, resultaba más aceptable que las posturas políticas conservadoras, de derechas o de izquierdas, procedentes de Madrid.

En 1902 estalló una huelga general de tintes anarquistas, aunque fracasó. Uno de los protagonistas de esta huelga, Anselmo Lorenzo, escribió más tarde refiriéndose a este fracaso:

> Cayó el proletariado [...] empujado por la mixtificación y la desviación republicano-lerrouxista, la persecución política gubernamental y el boicoteo burgués del pacto del hambre, tres plagas que han hecho estragos entre el proletariado catalán.

En mayo de ese mismo año, la autoridad militar suspende los Jocs Florals de Barcelona porque se silba a la bandera española que el Gobierno Civil había obligado a colocar en el recinto. En noviembre, el Gobierno central ordena que el catecismo se enseñe únicamente en castellano, un hecho que provoca disturbios en la Universitat. La Lliga se acerca a la Iglesia catalana, lo cual conlleva que, dentro del partido, el ambiente con los sectores más laicos se enrarezca. Esto lo pagará caro, porque en las siguientes elecciones los republicanos serán los más votados en Barcelona, al contrario que la Lliga.

En medio de esta situación, se anuncia la visita de Alfonso XIII a Barcelona y en la Lliga se perfilan dos sectores claros: los partidarios de recibir al rey y exponerle los problemas de Cataluña y los que, por otra parte, piensan que no hay nada que hablar con él y que lo único que se debe hacer es boicotearlo. Un joven abogado, Francesc Cambó, decide impulsar la recepción al rey y esto provoca la fractura de la Lliga Regionalista en tres partes. A pesar de ello, los regionalistas mejorarán en número de votos, aunque no ganarán, en las elecciones de 1905. La Lliga, que se había sentido muy debilitada, decide celebrar la victoria relativa con un banquete.

El 18 de noviembre, los regionalistas se reunieron en una cena en el mejor frontón de la ciudad, el Frontó Condal, que estaba en la calle Balmes esquina con Rosselló, donde ahora se encuentran unas dependencias de la Universitat Pompeu Fabra. Asistieron dos mil quinientas personas, que acabaron bastante eufóricas. Al salir del local, algunos de los asistentes comenzaron a cantar *Els segadors* y recibieron pedradas de un grupo de lerrouxistas que estaban en la calle. Esto calentó los ánimos, y un numeroso grupo de regionalistas bajó por la calle Balmes hasta la ronda de la Universitat, donde se encontraba uno de los principales locales de los republicanos lerrouxistas, y comenzaron a abroncarles. Desde el local se dispararon unos tiros y la manifestación se disolvió.

Si las cosas hubiesen quedado aquí, solo habría sido uno de tantos incidentes de los que se sucedían en la época entre catalanistas y republicanos, pero el semanario satírico *¡CuCut!*, próximo a la Lliga Regionalista, publicó un chiste sobre él, uno de tantos, en sus páginas interiores. En el chiste se veía a un grupo de personas que entraban en el Frontó Condal y, frente a ellas, a dos hombres que hablaban, uno con indumentaria civil y el otro vestido de militar casi como para ir a la Ópera de Viena. El diálogo era el siguiente:

—¿Qué se celebra aquí? ¿Por qué hay tanta gente?
—El banquete de la victoria.
—¿De la victoria? ¡Ah, vaya, serán paisanos!

El chiste ahora es casi incomprensible, porque se reía de los desastres militares que el Ejército español había sufrido en las últimas décadas, tanto en Cuba como en las Filipinas y en Marruecos. Era un chiste más de los muchos que se hacían sobre esta cuestión y, además, no era de los más sangrantes. De hecho, ni tan solo habría tenido mucha repercusión, porque no pasó la censura y no salió en la edición definitiva de la revista. Pero, por supuesto, el chiste llegó al Gobierno Civil y, misteriosamente, los militares se enteraron en la mañana del día 25 de noviembre. Por la noche, un grupo numeroso de oficiales —ningún soldado— se dirigieron a las oficinas de la revista, que estaban en la calle d'Avinyó, y entraron a la fuerza, lanzaron papeles y archivos por la ventana y, ya que se ponían a ello, destruyeron también las oficinas del diario *La Veu de Catalunya*, que también estaban allí. Cuando la situación empezó a descontrolarse, unos oficiales superiores les dijeron que ya era suficiente. Los oficiales se marcharon y, por el camino, dieron una paliza a algunos ciudadanos sospechosos de ser demócratas.

Evidentemente, los diarios trataron la cuestión de forma muy diversa, pero en lo que coincidieron todos los periódicos madrileños fue en que los oficiales habían actuado correctamente, provocados de forma intolerable por los catalanistas. El diario *La Correspondencia Militar*, de Madrid, abría la edición con un editorial titulado, muy expresivamente, «¡Ya!», y con el subtítulo «Para los catalanistas», en el que se decían perlas como esta:

> ¡Chusma miserable!... ¡Canalla indigna! [...] Ya ha surgido la chispa, ya ha comenzado el principio de vuestro fin, ya nos han oído nuestros compañeros. El Ejército no podía resistir por más tiempo vuestro cobarde proceder; si los Gobiernos tuvieran la energía de que carecen, os echarían de España prohibiéndoos ser españoles, ya que no lo queréis ser.

Naturalmente no se arrestó a ningún oficial. Los capitanes generales de Barcelona, Madrid y Sevilla se solidarizaron con los asaltantes y el presidente del Gobierno, Eugenio Montero, que quería

destituirlos, fue obligado a dimitir. El nuevo presidente nombró ministro al capitán general de Sevilla y el propio Alfonso XIII anunció públicamente su apoyo a los militares que habían asaltado el *¡Cu-cut!*

La solución, por decirlo de alguna manera, pasó por promulgar una nueva norma, llamada Ley de Jurisdicciones, que ponía bajo el control de los tribunales militares cualquier hecho que considerasen que atentaba contra la unidad del Estado o contra el Ejército. De hecho, esta ley permitía que los militares pudiesen juzgar lo que les apeteciese y condenar con la pena que les pareciese mejor. Las pocas garantías que los tribunales españoles ofrecían en aquellos momentos se perdieron con esta ley. La norma provocó, como es normal, mucha contestación. Lo más preocupante era que el rey la había apoyado y esto aún animó más a los distintos sectores del Ejército que quisieron dominar la política española hasta el advenimiento de la República en 1931.

En Barcelona, los hechos causaron una gran impresión en todas las clases sociales. Los militares españoles siempre se habían comportado muy duramente, de forma despótica, pero el vandalismo desatado en el asalto había sobrepasado lo que, por desgracia, se podía considerar normal. No había ninguna garantía de nada, ni nadie se ponía a salvo de aquellos energúmenos uniformados. Lerroux fue de los pocos que apoyó a los militares:

> ¿Condenar a los oficiales? Sí, yo les condeno por prudentes, por disciplinados [...] Que me alegro mucho de lo sucedido. [...] Que antes de pactar con esa chusma envilecida por el amor al ochavo, que es la quintaesencia de su regionalismo separatista, estoy dispuesto a rebelarme contra todo el mundo, acompañado o solo.

Los partidos catalanistas, los republicanos que no son lerrouxistas, incluso los carlistas, decidieron unirse en una sola candidatura electoral, llamada Solidaridat Catalana, para luchar contra la Ley de Jurisdicciones y el ambiente de violencia que estaban desatando lerrouxistas y militares.

El 14 de octubre de 1906, tiene lugar un mitin en la plaza de toros de Les Arenes, en la plaza d'Espanya, al que el escritor Miguel de Unamuno es invitado a asistir. En mitad del acto comienzan a entrar lerrouxistas provocadores que consiguen ser expulsados. Entonces, la gente, espontáneamente, comenzó a ondear sus pañuelos blancos en silencio, en un espectáculo muy bonito. Unamuno, medio sorprendido, medio indignado, suelta una frase memorable: «Levantinos, os ahoga la estética». Con este epíteto, Unamuno se refería a los mediterráneos y realmente dio en el clavo. Aún hoy en día, las grandes manifestaciones que se organizan en Cataluña no pueden ser como las del resto del mundo, a las que la gente, como mucho, asiste con pancartas y banderas. No, en Cataluña los manifestantes se cogen de las manos, llevan cartulinas de colores recortadas o dibujan la bandera catalana vestidos con camisetas rojas y amarillas. Y en el campo del F. C. Barcelona, si no se construyen mosaicos humanos, la gente no es feliz. Y debe de ser de las pocas ciudades de la Tierra en las que su principal monumento, el icono de la ciudad, la Sagrada Família, ha sido motivo de diversas protestas y nunca ha llegado a ser muy popular, solo porque, al parecer, no se ha construido tal y como la imaginó Gaudí, o sea, no es completamente pura. Todo estética...

En cualquier caso, Solidaritat Catalana lo ganó todo en todas partes y consiguió casi el total de los diputados que se dirimían en las elecciones de 1907. Entre los nuevos diputados había un personaje carismático, extraño, un coronel del ejército que, después de los hechos del *¡Cu-cut!*, había decidido dejar la milicia. Era Francesc Macià, un muchacho delgaducho, larguirucho, mal orador pero muy entrañable, que con el tiempo sería conocido popularmente como *l'Avi* —el Abuelo— y se convertiría en el primer presidente de la Generalitat restaurada durante la Segunda República. En Madrid el triunfo de Solidaritat Catalana tuvo un gran impacto, que contribuyó a que Francesc Cambó empezase a brillar en la política.

Cambó era un personaje singular. Tenía en aquellos momentos treinta y un años, era un buen abogado, catalanista burgués y un orador excelente. Cambó causó sensación en el Congreso porque el *establishment* español supo reconocer en él a una figura que era necesario tener en cuenta. Además, creían que Cambó sabría reconducir la fuerza que le daba Solidaritat Catalana en beneficio de sus intereses. En cierto sentido, recordaba al general Prim, desaparecido hacía más de treinta años. La personalidad de Cambó terminó rompiendo el grupo de Solidaritat, compuesto por gentes de ideologías muy diversas.

Mientras Cambó triunfa en Madrid, en Barcelona Lerroux intenta rehacerse de sus heridas. Decide acentuar el anticlericalismo, muy popular entre las clases asalariadas, hartas de que la Iglesia siga el juego a los poderosos. A pesar de algunos intentos de capitalismo social impulsados tras la encíclica *Rerum Novarum* del papa León XIII, en general los obreros se sienten lejos de la Iglesia. Además de pronunciar discursos anticlericales, Lerroux anima a sus partidarios a frenar cualquier expresión de catalanidad, incluso las más inocentes: disuelven a bastonazos bailes de sardanas, protestan y se oponen a que se enseñe ni una sola palabra de catalán en las escuelas, hacen discursos cada vez más incendiarios sobre la cuestión: Lerroux vuelve a hacerse sitio. Y todo esto lo consigue sin pisar la ciudad, desde su exilio voluntario en América del Sur. Cuando regresa, funda el Partido Radical y sus hombres dejan caer sentencias tan contundentes, y que suenan tan conocidas, como esta: «Dejemos en paz a Cataluña, y preocupémonos más de los catalanes».

Todo este programa dibuja un malestar en la sociedad catalana que contrasta vivamente con el hecho de que, en aquellos momentos, se están construyendo los edificios más bellos que jamás se habían levantado en la ciudad y, al mismo tiempo, se está configurando —aunque con algunas meteduras de pata— la Barcelona que en gran medida conocemos hoy en día. En 1908 se termina el edificio del Palau de la Música Catalana, construido por Lluís Domènech i Montaner, por encargo del Orfeó Català. El Orfeó

se había convertido en poco tiempo en el paladín del catalanismo. Una actuación del orfeón de esta entidad se convertía, sin duda alguna, en una muestra de fervor patriótico catalán. A principios de siglo, un alud de personajes ilustres se había asociado a la entidad. Hacerse socio del Orfeó era una señal de identidad política y tenía la gran ventaja de que no adscribía necesariamente a ningún partido político, sino a un movimiento más amplio, aunque la mayor parte de los dirigentes del Orfeó pertenecían a la Lliga. En cierto modo, algo parecido a lo que ocurre con el Barça hoy en día.

El Orfeó necesitaba una sede que acogiese sus conciertos multitudinarios, aparte de los ensayos y las oficinas. Se halló un solar cerca de la nueva Via Laietana, pero, con la mentalidad típica barcelonesa, se consideró que era un espacio enorme. De hecho, por la magnitud de la obra que se quería hacer, se había elegido un espacio poco adecuado, encajonado entre edificios y sin ninguna posibilidad de que, una vez construida, la obra se pudiera contemplar con facilidad si no se derribaba previamente alguno de los edificios colindantes.

Domènech i Montaner prescindió de este hándicap, como si simplemente no existiese. Levantó un edificio impresionante y, en lugar de seguir la tradición barcelonesa de reservar todas las energías para el interior de la edificación, y más teniendo en cuenta la dificultad de ver la obra exterior, creó una fachada espectacular, la más modernista de todas, justo cuando este movimiento artístico ya empezaba a decaer. Pero en el interior no se reprimió, al contrario. Creó un auditorio espectacular, sobrecargado de imágenes, cerámicas de color, esculturas, bustos, cristaleras, lámparas... En general, los auditorios musicales del mundo son lugares impresionantes; entrar en un edificio enorme y franquear una puerta para encontrarse, súbitamente, en un inmenso espacio vacío, no deja indiferente a nadie. El Liceu tiene la desventaja de que la mayoría de las entradas son laterales y el acceso que conduce al pasillo central muestra un espacio inundado de información que no deja respirar al conjunto. El Palau, en cambio, quita el aliento se

entre por donde se entre. Si hay un buen momento para visitar el Palau es por la mañana, cuando la luz coloreada que entra por las cristaleras que rodean la sala baña el escenario y el espacio reservado al público. Domènech, probablemente consciente de la magia lumínica que quería conseguir, proyectó un techo extraño para esta clase de edificios, un lucernario de cristales que baja como una gota descomunal hacia la platea. El asombro que causa el Palau de la Música lo sintieron, en primer lugar, los constructores, porque desde el primer día el Orfeó tuvo problemas para pagarles. Todo el mundo tardó en cobrar, sobre todo el arquitecto. Esto hizo que los cuatro años que duraron las obras fuesen un constante quebradero de cabeza. Domènech acabó muy enfadado y se negó a asistir a la inauguración, el 9 de febrero de 1908. Fue el último gran edificio del Modernismo. A pesar de las críticas positivas unánimes, dos décadas más tarde se había convertido en uno de los edificios más rechazados de la ciudad.

La *Setmana Tràgica*

Junto al Palau de la Música, la miseria. En julio de 1909 estalló una guerra colonial en Melilla, en el norte de África. Los intereses en una concesión minera de diversos miembros de la oligarquía española, encabezados por el conde de Romanones, provocaron el conflicto, que causaría miles de muertos. Pues bien, el Gobierno decidió movilizar a los reservistas para que fuesen a luchar a Marruecos, y se dictó que la mayoría de ellos saldría de Cataluña. Los convocados eran antiguos soldados que habían acabado el servicio militar hacía bastantes años y muchos de ellos ya tenían familia, de modo que la marcha y la posible invalidez o muerte de un soldado a causa de la guerra podía suponer la pobreza para todos aquellos que dependían de él. La experiencia de unos años antes, con la guerra de Cuba, indicaba claramente que el destino de aquellos hombres era fatal. Además, la convocatoria no era universal pues algunos hombres

pudieron librarse pagando mil quinientas pesetas, una fortuna que no estaba al alcance de la mayoría. Estas injusticias fueron los elementos detonantes de la que se denominaría la *Setmana Tràgica* —la Semana Trágica—.

Desde primeros de julio, los reservistas embarcan en el muelle de Barcelona rumbo a Marruecos. El primer embarque tiene lugar el día 11 y es un drama. Se suceden escenas muy tristes: padres, madres e hijos pequeños llorando, desmayos, gritos de indignación, maltrato por parte de los oficiales profesionales... El día 18, el embarque aún se complica más cuando unas mujeres de la alta burguesía, entre las cuales está Camila, la esposa del conde de Romanones, van al embarcadero a despedir a los soldados y reparten escapularios porque, supuestamente, los protegían de todo mal. Muchos soldados se indignan y empiezan a tirar los escapularios al suelo y a escupirles. Las familias gritan, el ambiente se altera y, finalmente, las mujeres burguesas tienen que salir por piernas. El cinismo de las clases altas y del Gobierno ha encendido una mecha que estalla virulentamente unas semanas más tarde. El día 19, una gran manifestación contra la guerra y contra los reclutamientos llena la Rambla. El Gobierno decide dar una de cal y otra de arena: suspende los embarques, pero al mismo tiempo empieza a aislar Barcelona, corta el contacto telegráfico, controla las comunicaciones, desplaza tropas a la ciudad.

Finalmente, el 26 de julio, lunes, estalla la huelga general, teóricamente de veinticuatro horas, en la ciudad. Las calles son tomadas por la gente, especialmente por las clases asalariadas, mientras que la policía y el ejército intentan reprimir, sin éxito, la situación. El incidente más grave se produce en la calle Aribau, cerca de la Gran Via, cuando unos huelguistas toman un tranvía, como se ha hecho durante todo el día en la ciudad. El ejército dispara contra el tranvía y los huelguistas saltan del vehículo, que, sin control, se lleva por delante a varias personas, con el resultado de tres muertos y más de una decena de heridos graves.

A la mañana siguiente continúan los disturbios y la huelga se convierte en una revuelta sin un final programado. Los sublevados intentan que los soldados que los vigilan se pasen a sus filas, mientras que, en cambio, con la Guardia Civil lo único que se hace es luchar encarnizadamente. Comienzan a aparecer barricadas en la ciudad, levantadas con adoquines del suelo y con maderas y escombros traídos de todas partes. Empiezan los ataques a edificios religiosos. Los primeros que son pasto de las llamas son la iglesia de Sant Pau del Camp y el colegio de los Escolapis de la ronda de Sant Antoni, pero en los próximos días hasta sesenta y siete edificios religiosos serán quemados. Todo contribuye a que el odio se vuelva hacia la Iglesia: la identificación de la Iglesia con las clases altas, la llamada constante de los religiosos para que los obreros acaten las órdenes de sus amos, la enseñanza monopolizada por curas y monjas que se utiliza para difundir creencias muy alejadas de los planteamientos obreros... Los principales impulsores de los incendios serán los lerrouxistas del Partido Radical, entre otras cosas porque es evidente que es un objetivo fácil y relativamente poco comprometido, sobre todo en comparación con lo que hubiese significado atacar e intentar ocupar centros oficiales o cuarteles militares. A la mañana siguiente, la situación, que ya era bastante inestable, se descontrola por completo. Nadie da órdenes coherentes y, en cualquier caso, cada grupo que defiende una barricada toma sus propias decisiones sin coordinarse con los demás. Los rumores se adueñan de la calle y algunos sublevados empiezan a protagonizar algunos de los hechos que más fama dieron a la *Setmana Tràgica*. En algunas iglesias y conventos comienzan a desenterrarse cadáveres, la mayoría de monjas, con la creencia de que muchas de ellas habían muerto a causa de los maltratos de otras religiosas. Algunos cadáveres son amontonados delante de las barricadas situadas entre las calles del Carme y Roig. Mientras los arrastran, algunos de los profanadores bailan con las momias entre las carcajadas de la multitud. Es una escena macabra que hará mucho daño al movimiento, porque le dará una imagen de

salvajismo que posteriormente será muy bien aprovechada por los detractores de la revuelta. Al día siguiente, todo aquel desaguisado se paga. La Guardia Civil, ante la inhibición del ejército, ataca a los sublevados, que empiezan a sentir que la revuelta no tiene objetivos claros y que no conduce a ninguna parte. Aquel mismo jueves, la revuelta termina en el centro de la ciudad cuando se disparan algunos cañonazos, aunque la rebelión continúa un día más en los barrios más alejados del centro de la ciudad.

El viernes y el sábado, los fuegos se van apagando. Aún hay enfrentamientos y, sobre todo, muertos causados por francotiradores en el Eixample, un barrio donde no hay obreros y donde los vecinos sospechan que estos tiradores son, en realidad, policías, soldados o incluso curas vestidos de civil para provocar. Enseguida comienzan la represión y las detenciones. Se producen miles de arrestos y unas mil setecientas personas son juzgadas por tribunales militares. Una de las detenciones más sonadas y extrañas es la del pedagogo de fama internacional Francesc Ferrer i Guàrdia. Ferrer era odiado por los sectores conservadores desde hacía mucho tiempo porque había puesto en marcha una escuela laica, denominada Escola Moderna, en la que se prescindía de los conceptos religiosos y de orden que eran tan habituales en aquella época. Era una escuela declaradamente atea, donde todo se hacía en castellano, porque Ferrer consideraba que el catalán no era un idioma universal mientras que el castellano sí lo era. Además, la escuela lucía un gran dogmatismo respecto a lo que se enseñaba, prescindía completamente de las características de cada alumno y consideraba que la uniformización era la mejor enseñanza que se les podía impartir. Así pues, la escuela de Ferrer i Guàrdia podía tener el nombre de moderna, pero en definitiva se parecía mucho a la enseñanza que se impartía en Francia en aquella época, sin demasiados matices. A pesar de estas carencias evidentes, a Ferrer siempre se le habían querido crear problemas. Finalmente consiguieron cerrar la escuela, situada en la calle Bailèn, entre Diputació y Gran Via, porque el anarquista Mateu Morral, que había

sido bibliotecario en ella, fue el autor de un atentado contra el rey en Madrid, que causó veinticinco muertos. Ferrer fue acusado, sin ninguna prueba, de haber instigado el atentado y pasó un año en prisión.

Aunque sin duda Ferrer i Guàrdia estuvo de acuerdo con la rebelión de Barcelona, la verdad es que no tuvo nada que ver con ella, entre otras cosas porque la presunta dirección de aquellos hechos fue muy chapucera y, en todo caso, estaba más cerca del pensamiento de los lerrouxistas que de los anarquistas, aunque muchos de estos se sumaron a la fiesta. El procesamiento de Ferrer y la acusación de que había sido él quien había dirigido la *Setmana Tràgica* causaron un gran impacto. Los diarios más conservadores, como por ejemplo *La Vanguardia*, echaron leña al fuego en contra de Ferrer. Había un cierto consenso entre las clases dirigentes catalanas en que debía castigarse ejemplarmente al pedagogo y, por tanto, se dio todo el apoyo a los militares a la hora de juzgarlo, sin ni siquiera tener en cuenta detalles tan mínimos como averiguar si Ferrer había tenido algo que ver en los sucesos. Se falsificaron pruebas, se dieron argumentos extemporáneos; todo valía contra Ferrer. Se buscaba que el anarquista que había desafiado a la Iglesia con su escuela fuese ejecutado.

Era tan injusto, tan flagrantemente falso, que incluso la gente moderada y de orden se levantó contra lo que estaba pasando. Joan Maragall, uno de los poetas más prestigiosos, un hombre que escribía en *La Veu de Catalunya*, y cercano a la Lliga, publicó tres artículos que, por venir de quien venían, fueron muy comentados. En los tres pretendía evitar que se ejecutase a Ferrer, un hombre que parecía condenado desde el mismo momento en que había sido detenido, y se argumentaba que sin el perdón cristiano, fuera quien fuese el que tuviera la razón, no habría redención. Los artículos, especialmente el tercero, insinuaban que la Iglesia, en cierta medida, era responsable también de la situación creada y que no se podía desentender. Por primera vez, se relacionó a Maragall principalmente con obreros y asalariados y no con las clases

acomodadas. El deseo de sangre y escarmiento era demasiado grande y, a pesar de las protestas internacionales y de las campañas como la de Joan Maragall, el pedagogo fue fusilado en el foso del castillo de Montjuïc el 13 de octubre de 1909.

El nuevo Barri Gòtic

La *Setmana Tràgica* tuvo una repercusión ciudadana bien clara, el esponjamiento de las calles más estrechas de la ciudad y la transformación de la zona más antigua de Barcelona. Ya el Pla Cerdà de 1859 había contemplado la idea de romper la antigua ciudad amurallada con calles anchas, de norte a sur y de este a oeste. Esto comportaba la destrucción de una buena parte del entramado urbano, pero no fue esta la cuestión que hizo aplazar esta parte del plan, sino simplemente su elevado coste económico. Mientras que construir el Eixample era un buen negocio, porque al mismo tiempo que se urbanizaba se construían casas, destrozar los barrios antiguos obligaba a indemnizar a los propietarios y a realizar unas obras mucho más caras que las que era obligado hacer fuera de las murallas. Por eso se aplazó indefinidamente. Pero alguna de las actuaciones previstas sí se fueron llevando a cabo. Por ejemplo, la catedral se consideraba inacabada. Todo el interior era gótico, pero la fachada no se había acabado y las obras estaban detenidas desde 1417. Era una fachada de grandes sillares de piedra, muy lisa, con tres vidrieras altas y unas cuantas pequeñas, y una puerta muy sencilla enmarcada por un arco redondo. En el último tercio del siglo XIX se puso de moda el estilo neogótico y esto hizo que aumentase la sensación de que aquella fachada estaba inacabada.

El banquero Manuel Girona decidió impulsar la construcción de una fachada gótica, unos siglos después de que el gótico se hubiese acabado, pero nadie se animó a colaborar económicamente. El propio Girona fue quien acabó desembolsando el dinero, pero probablemente no tanto como para construir una fachada lo

bastante sólida. Por esta razón se optó por construir sobre los muros de la catedral una especie de recubrimiento gótico sujeto con unos ganchos de metal. El diseño que se utilizó también fue muy controvertido. Se presentaron diversos proyectos, e incluso el mismo Girona, que no era arquitecto, diseñó uno. El proyecto aprobado no fue el que la gente, por aclamación, escogió. Entre tiras y aflojas, se acabó haciendo una mezcla entre ambos que es la que se ve actualmente. La catedral se concluyó en 1913 con la finalización del cimborrio monumental.

Finalmente, la catedral tuvo un aspecto gótico exagerado en medio de un barrio con un aire muy diferente, que, como es natural, se había ido reformando con el tiempo y que a principios del siglo XIX tenía un aspecto sobrio, sin ventanas góticas ni almenas sobre las casas, ni entradas con arcos de medio punto. Se planteó reformar el barrio y, de paso, aplicar en parte el proyecto de Cerdà basado en la creación de vías rectas transversales.

Lluís Domènech i Montaner llegó a proyectar el derribo de todos los edificios que separaban la catedral de la plaza de Sant Jaume, para crear un gran espacio monumental donde solo quedarían en pie las tres columnas supervivientes del templo romano de Augusto. En medio de toda esta discusión, arrancaron las obras para abrir la Via Laietana, la única de las grandes calles proyectadas por Cerdà dentro de las antiguas murallas que se acabaría haciendo en su totalidad.

La Via Laietana se planteó no solo como un proyecto urbanístico de mejora y transformación de Barcelona en una ciudad moderna —algo francamente muy relativo—, sino también como un negocio especulativo de primer orden. Muchos de los burgueses de la ciudad se apuntaron con alegría. El 10 de marzo de 1908, el rey Alfonso XIII empezó el derribo por el número 71 de la calle Ample, donde estaba la casa del marqués de Monistrol. Se expropiaron doscientas setenta fincas y cerca de diez mil personas tuvieron que abandonar sus casas para siempre. Decenas de calles desaparecieron y muchas quedaron irreconocibles.

No todo el mundo estaba contento, ni mucho menos; sobre todo la clase media y buena parte de las personas sensibles al arte y a la historia protestaron en balde. El Ajuntament quiso calmar las protestas patrocinando una catalogación de todo lo que se destruía, con la oposición del Banco Hispano-Colonial, que era el encargado de las obras. Gracias a esta catalogación se llevó a cabo otra iniciativa que al principio del derribo no estaba prevista: había que salvar todo lo que se pudiese, no solo piezas arquitectónicas o artísticas individuales, sino, de ser posible, edificios enteros. La tarea fue frenética y se recogieron centenares de objetos y fragmentos de casas que fueron a parar a los almacenes municipales. Había tantos que estos almacenes quedaron desbordados, y por esta razón se pensó que aquel barrio que rodeaba la catedral y que tan poco satisfacía a los barceloneses podía transformarse gracias a la inserción de esos objetos e, incluso, de algunos edificios.

El barrio en cuestión empezó a llamarse Gòtic, porque este era el aspecto que las autoridades —hay que decir que con la complacencia general de los barceloneses— encontraron más adecuado. Además, el traslado de edificios enteros al interior de esta zona aún cambió más la fisonomía del área. El cambio más trascendental fue el de la Casa Padellàs, que estaba en la antigua calle de Mercaders, más o menos donde ahora está la sede de Foment del Treball Nacional. Se decidió que la casa fuese trasladada a la parte más baja de la plaza del Rei. Cuando comenzó el traslado y empezaron a ponerse los cimientos, se hallaron unos magníficos restos romanos que hoy en día se pueden visitar y que llegan hasta debajo del Saló del Tinell. De hecho, no solo se encontraron estos restos, sino también partes de la basílica paleocristiana de la Barchinona visigótica y de la Barcelona medieval del siglo XIII. Un hallazgo extraordinario que ahora permite realizar una visita muy evocadora al pasado.

Trasladar edificios piedra a piedra ya se había hecho antes en Barcelona. De hecho, la actual basílica de la Concepció, en la calle Aragó, es un *patchwork* entre el convento de Santa Maria de

Jonqueres, que se hallaba donde ahora está la calle del mismo nombre, y el campanario de la iglesia de Sant Miquel, ambos afectados por el derribo de la muralla. Así terminó una iglesia gótica auténtica en mitad de la derecha del Eixample.

El mito Gaudí

En aquellos años, la fiebre constructiva no terminaba con la nueva Via Laietana —un nombre, por cierto, posterior y probablemente adjudicado por Francesc Cambó—, sino que continuaba el impulso expansivo de la ciudad. Por un lado, Domènech i Montaner estaba construyendo los pabellones del nuevo Hospital de la Santa Creu i Sant Pau, situado muy lejos del centro de la ciudad, prácticamente en la montaña. El arquitecto, que estaba profundamente en desacuerdo con las directrices que le marcaba el Pla Cerdà, consiguió romper el esquema octogonal característico del Eixample, y, con la excusa de que, por la orientación de las corrientes de aire, el cambio sería beneficioso para la salud de los enfermos, «giró» cuarenta y cinco grados todo el hospital. Bueno, casi todo, porque el Ajuntament exigió que la fachada de entrada al edificio sí estuviera orientada correctamente. Entre el nuevo hospital modernista y una nueva obra que tenía que ser monumental, la Sagrada Família, nació una arteria en diagonal que no estaba prevista inicialmente y que, con los años, acabaría siendo la avenida de Gaudí.

Durante aquellos años, precisamente, Antoni Gaudí estaba levantando poco a poco la Sagrada Família. Gaudí había recibido el encargo muchos años antes, cuando el primer proyecto de la primera planta del templo, elaborado por Francesc de Paula Villar, no resultó satisfactorio para el promotor, el librero más piadoso de la ciudad, Josep Maria Bocabella, y para su asesor, el arquitecto Joan Martorell. Bocabella y Martorell querían una reproducción de la iglesia de la Santa Casa de Loreto, mientras que Villar quería un templo más convencional, que siguiese el estilo neogótico, de moda

en aquel tiempo. Cuando despidieron a Villar, ambos decidieron que el nuevo arquitecto sería un joven prometedor que ya había trabajado con Martorell, el reusense Antoni Gaudí.

Con este encargo empieza el mito de Gaudí, que inicialmente fue catalogado como modernista, pero del que enseguida se vio que era algo totalmente distinto, más allá de un estilo artístico particular. Gaudí solo era gaudiniano y, como no podía ser de otra forma, hijo de su tiempo. Las obras de Gaudí tienen una apariencia extrema, pero son fruto de una observación intensa de la naturaleza y de la comprensión de que todo, absolutamente todo, el mundo físico es fruto de las matemáticas. Gaudí proyecta un templo de la Sagrada Família muy extraño, estrafalario, y lo hará cada vez más desde un punto de vista místico, cercano a un cierto delirio religioso. Es curiosa la religiosidad de Gaudí, muy conocida, porque parece ser que en su juventud era más bien anticlerical. Así lo explica Josep Pla en su obra *Homenots*, cuando reproduce una anécdota de un libro de Feliu Elies:

> El cenáculo del Cafè Pelayo tenía un apéndice interesante. Era una pequeña tertúlia... la de los anticlericales, los cuales, según se decía, se reunían allí solamente para renegar en común, como un rito nocturno. Este cenáculo lo formaban el arquitecto Gaudí, otro arquitecto llamado Oliveres y un tal señor Fargas. Gaudí, entonces debutante en la arquitectura, estaba lleno de talento y de buenas iniciativas, colaborando en la construcción del parc de la Ciutadella, proyectando las bellas farolas de la plaça Reial, etc. Era tan apasionadamente anticatólico, que no vacilaba antes las más tempestuosas manifestaciones del anticlericalismo, deteniéndose, por ejemplo, frente a la puerta de las iglesias para increpar a los fieles (que entraban o que salían) al grito, entonces muy elocuente, de «borregos». ¡Nuestro Señor lo castigó bien!

A pesar de este pasado anticlerical, Gaudí fue un arquitecto en el sentido total de la palabra, que no dudó en irse a vivir a sus obras cuando estaban en construcción, como lo hizo en el Park Güell y posteriormente en la Sagrada Família.

Todo el templo de la Sagrada Família está lleno de simbolismo y tiene una lectura teológica y litúrgica que lo llena de significado. Quizás uno de los ejemplos más claros de este simbolismo es la altura proyectada para la gran torre central, una de las últimas cosas que se construyeron del templo. La altura llega a los 172,5 metros. En la época de Gaudí se pensaba que el solar donde se levantaba el templo estaba a treinta metros sobre el nivel del mar —de hecho, es algo más— y se sabía que el Tibidabo, la mayor altura levantada por la naturaleza en Barcelona, llega justo a los doscientos metros. La torre central, llamada de Jesús, se queda, por tanto, dos metros por debajo de la cima de la montaña. El hombre no supera la tarea de Dios. Todo esto no es más que un pequeño detalle del simbolismo que diseñó Gaudí.

Él ya sabía que no podría terminar la obra, que moriría mucho antes. Por eso dejó marcado el camino, sin plantearse determinadas soluciones constructivas para superar los problemas técnicos de su diseño. Estas soluciones se encontrarían con las técnicas que sin duda debían llegar en las décadas siguientes. Visto desde la perspectiva actual, hay que decir que acertó, a pesar de que buena parte de sus escritos —pocos—, de las maquetas y de las pruebas —muchas— que dejó desaparecieron en los turbulentos días de julio de 1936. El templo fue objeto del vandalismo de los grupos anarquistas, irritados por el carácter expiatorio de aquella iglesia. Barcelona es la única ciudad del mundo que tiene dos templos expiatorios, la Sagrada Família y el templo del Sagrat Cor, que también se construyó en aquellos años. Un templo expiatorio se erige con el fin de que una ciudad sea perdonada por los pecados que ha cometido contra Dios y, por tanto, se financia siempre con los donativos que los feligreses pagan para conseguir el perdón de Dios. De esta forma, como ya hemos visto, se podría considerar que Barcelona ha sido, oficialmente, la ciudad más pecaminosa del mundo y esto explica, sin duda, el auge turístico y que sea una ciudad tan apreciada por sus habitantes.

Mientras trabajaba en la Sagrada Família, Gaudí recibía otros encargos mejor remunerados. Uno de ellos le llegó por parte de dos miembros de la alta burguesía, Pere Milà y Roser Segimon, para construir una casa muy moderna en la calle Provença, esquina con el Passeig de Gràcia. Este edificio, conocido como la Casa Milà o La Pedrera, será una de las obras más importantes —para los barceloneses, quizá la más querida— de Gaudí. De hecho, si fuésemos rigurosos, el edificio no tendría que haberse llamado Casa Milà, sino Casa Guardiola.

Josep Guardiola —nada tiene que ver con el entrenador de fútbol, a pesar de que el nombre coincida— era un indiano que había emigrado a América, donde hizo una inmensa fortuna plantando café en Guatemala. Su café era especialmente bueno gracias al hecho de que había inventado una máquina —que todo el mundo llamó *guardiola*— para el secado automático de los granos de café, que los dejaba más secos y en mejores condiciones. Además, la máquina hacía este secado de una forma mucho más rápida que las técnicas tradicionales. Con esta máquina, Guardiola suministró el café de más calidad de su época y ganó muchísimo dinero. Además, hizo inversiones financieras acertadas que todavía multiplicaron más la fortuna que había obtenido. Cuando ya tenía cierta edad, Guardiola decidió volver a Cataluña y se hizo acompañar por una de las hijas que había tenido. De hecho, el cafetero podía escoger porque tenía varias hijas de distintas mujeres, aunque solo reconoció a un par de ellas. Esta hija, Lola, le presentó en Reus a una chica que había conocido, Roser, que con solo veintidós años le pareció a aquel indiano, de cincuenta y nueve, la mujer más maravillosa del mundo. Se casaron, fueron a vivir a París y, diez años más tarde, Guardiola murió y dejó una inmensa fortuna a su viuda, que a la sazón solo tenía treinta y dos años.

Roser Segimon pasó a ser una viuda deseada, aunque no ejerció en ningún momento de viuda alegre. Está bastante claro que siempre quiso sinceramente a Guardiola. Un año después de su muerte, fue a tomar las aguas al balneario Vichy y allí conoció a un

abogado barcelonés de buena familia, Pere Milà, más conocido como Perico. Este tenía cuatro años menos que Roser, era un seductor nato y tenía la mala costumbre de gastar más de lo que ingresaba. Era un hombre que vivía para sus pasiones, los coches y los toros. Fue, años más tarde, el constructor y empresario de la plaza Monumental y organizador de la primera carrera automovilística que se celebró en la ciudad, y tenía la fama de ser el hombre más elegante de Barcelona. Incluso, como muestra de su carácter, creó la sala de baile La Paloma, que durante años fue uno de los locales más emblemáticos de la ciudad. Simpático, con facilidad de palabra, apasionado, joven, elegante... Lo tenía todo y enamoró a la viuda, pero esta no terminaba de decidirse. Hacía muy poco que había muerto su marido, Perico era embaucador, quizá no era el momento... Milà jugó fuerte y mandó a la habitación de Roser dos rosas, una roja y otra blanca, con una nota donde le decía que si cuando saliera a cenar llevaba puesta la rosa roja, sabría que era aceptado. Roser fue al restaurante del balneario con la rosa roja en el pecho y allí empezó oficialmente el idilio. Se casaron y fueron a vivir a la Rambla dels Estudis.

Vivir en la Rambla había sido una moda entre la gente rica durante el siglo XIX, pero ahora la modernidad del XX pedía ir a vivir al Eixample. Un buen amigo de Perico, Pere Batlló, estaba reformando la casa que había adquirido en el Passeig de Gràcia con la calle Aragó, y Milà quedó fascinado con aquella casa. Quiso conocer al arquitecto que estaba haciendo aquella maravilla, y, una vez habló con Gaudí, decidió que un hombre de su categoría tenía que tener una casa propia en el Passeig de Gràcia, y además debía proyectarla aquel hombre huraño y malcarado que, indudablemente, era un genio de la modernidad.

Ahora, Milà tenía dinero para llevar adelante un proyecto de este tipo. En aquella época se decía que Perico se había casado dos veces, con la viuda de Guardiola y con la *guardiola* de la viuda, es decir, con su hucha. Encontró una casa unifamiliar en el chaflán de la calle Provença con el Passeig de Gràcia, la derribó y puso el solar a

disposición de Gaudí. Las relaciones entre los tres, la pareja Milà-Segimon y Gaudí fueron complicadas. Gaudí ya era famoso, Milà quería la casa más espectacular de Barcelona y Roser, que debía ver que todo aquello se hacía con su dinero, caído de Guatemala, quería opinar al respecto.

El arquitecto diseñó una casa extraña, sin líneas rectas, sin muros de carga interiores, totalmente sustentada por columnas y con unas formas nada convencionales. Además, se saltó las normas de Ajuntament sin manías. Por ejemplo, puso una columna exterior que sobresalía del solar para sustentar mejor el balcón. El consistorio exigió que se eliminase la columna, y Gaudí dijo que cortaría la columna y haría grabar una inscripción en la piedra que explicaría por qué estaba así. El consistorio cedió, al igual que con la buhardilla, que estaba sobredimensionada. El resultado final fue una casa extraordinaria, con el primer garaje de Barcelona, donde todo el edificio estaba relacionado, tanto con el exterior como con el interior. Técnicamente se puede decir que la casa quedó inacabada porque tenía que estar presidida por una imagen de la Virgen del Rosario, en honor a la propietaria, pero los Milà, después de la *Setmana Tràgica*, decidieron que era preferible no provocar.

Ya durante su construcción, los barceloneses se acercaban a ver aquella casa estrafalaria. El nombre de La Pedrera —que, en catalán, significa «cantera»— se debe a que parece que la casa realmente esté esculpida en la roca de una montaña. Cuando Gaudí murió, Roser Segimon quitó toda la decoración modernista de su piso, el principal, y también todo el mobiliario que había diseñado el arquitecto. Ella era de gustos más clásicos y las modernidades de Gaudí más bien le sobraban. Aun así, muchos años después, la decoración y los muebles se pudieron recuperar y son los que ahora se pueden ver cuando se visita la Casa Milà, que, por cierto, continúa siendo en parte un edificio de viviendas.

Alfonso XIII, productor y guionista

En Barcelona no todo era arquitectura. La ciudad se había convertido en la meca del cine en España. Una serie de directores y productores —en aquella época no se distinguía demasiado entre las dos figuras— rodaban cine en Barcelona desde que se habían hecho las primeras proyecciones. El más importante de todos fue, sin duda, Segundo de Chomón, un director de Teruel que se había instalado en la ciudad y que empezó a trabajar para la productora francesa Pathé. Chomón fue un gran innovador y en Barcelona, en su estudio, inventó lo que después se llamó *stop-motion*, o sea, la animación de objetos con la técnica de rodar fotograma a fotograma. Años después, cuando ya vivía en París, inventó las vías y los aparatos necesarios para hacer *travellings*, siendo la primera vez que se utilizó esta técnica de cámara en movimiento en cualquier lugar plano.

Otros cineastas del momento fueron Fructuós Gelabert, vecino del barrio de Sants, y los hermanos Ricard y Ramon Baños, que se convirtieron en los autores más importantes de cine mudo en todo el Estado. Precisamente estos hermanos hicieron por encargo tres películas muy singulares: *El confesor*, *Consultorio de señoras* y *El ministro*. Las tres, que hoy se conservan en la Filmoteca de Valencia —algunos de sus fragmentos pueden verse en Internet—, eran pornográficas. El productor —quien las pagó e imaginó— y guionista era el rey Alfonso XIII, y el productor ejecutivo, la persona que debía poner en marcha la producción y contratar a los principales actores, era el conde de Romanones, quien había causado indirectamente el estallido de la *Setmana Tràgica*. Alfonso XIII era un amante de la pornografía y la veía a menudo en compañía de sus amigos. Como buen Borbón, siempre mantuvo una intensa actividad sexual dentro y fuera de matrimonio, aunque a partir del momento en que supo que su mujer, la bella escocesa Victoria Eugenia de Battemberg, era portadora de la enfermedad de la hemofilia, se le acabó la pasión. Alfonso de Borbón era partidario de la confraternización con cualquier mujer, fuese aristócrata, rica, pobre o prostituta, le daba lo mismo. De hecho, se sabe que tuvo relaciones con todo tipo de mujeres durante toda su vida.

No se sabe quién tuvo la idea, pero lo cierto es que el rey encargó a Romanones que le gestionase la producción de tres películas cortas que había ideado. Romanones recurrió a los mejores cineastas que encontró, los hermanos Baños, que ganaron una fortuna con los tres filmes. Los Baños no se complicaron, simplemente contrataron como actores a prostitutas y proxenetas del Raval, que en aquella época era conocido como el Barrio Chino. Los argumentos, escritos por el propio rey, no eran demasiado imaginativos. Una mujer va a confesarse, y para redimir sus pecados, tiene que meterse en la cama con el cura. Unas mujeres van al médico y este se aprovecha de la situación. Una mujer va a pedir un favor a un ministro, y este se lo concede a cambio de practicar el sexo. Tanto los argumentos como los protagonistas no son nada sofisticados, como es tradición en el género pornográfico.

La Mancomunitat de Catalunya

Mientras tanto, la política continuaba turbulenta. La *Setmana Tràgica* había conmocionado a todos los partidos y los había sacudido de tal forma que el juego de alianzas anterior se había roto. Ahora, la Lliga, que controlaba la poderosa Diputació de Barcelona, había iniciado una estrategia posibilista. A cambio del apoyo al Gobierno de turno en Madrid, la Lliga quería conseguir la autonomía para Cataluña. Esto, políticamente, era un salto demasiado grande y los de la Lliga plantearon otra posibilidad: que el Estado permitiese que algunas Diputaciones se mancomunasen. O sea, que actuaran conjuntamente en algunos campos. No era una autonomía, pero se parecía. El Parlamento español transigió, siempre que el sistema fuese posible para toda España. Finalmente, solo las cuatro Diputaciones catalanas siguieron adelante con él.

El 6 de abril de 1914, en el Saló de Sant Jordi de la Diputació de Barcelona —o sea, en el Palau de la Generalitat— se constituyó la Mancomunitat de Catalunya, bajo la presidencia de Enric Prat de la

Riba, de la Lliga. A pesar de que esta formación llevó el mando de la institución, lo cierto es que todos los partidos, excepto el radical, contribuyeron en ella. La labor de la Mancomunitat, especialmente durante la presidencia de Prat de la Riba —que murió al frente de la institución en 1917—, fue muy importante. Fue mucho más allá de sus competencias. Prat de la Riba recordaba a menudo que era la primera vez, desde el decreto de Nueva Planta, que Cataluña tenía cierto autogobierno.

La modernización de las infraestructuras del país fue un punto clave. Se procuró, por ejemplo, que todos los municipios dispusiesen de teléfono, tuvieran acceso a una biblioteca y llegasen a ellos carreteras, electricidad y agua corriente. Pero, aparte de estas cuestiones primordiales para el desarrollo de Cataluña, la Mancomunitat hizo también una labor muy destacada en el campo de la enseñanza y de la cultura, y aquí la ciudad de Barcelona resultó directamente beneficiada. Una de las primeras cosas que Prat de la Riba hizo fue elevar la categoría de dos ideas que ya había puesto en marcha como presidente de la Diputació de Barcelona. La primera, potenciar el Institut d'Estudis Catalans (IEC), una academia de las ciencias de Cataluña, clave para el desarrollo de la lengua catalana. La segunda, consolidar la denominada Biblioteca de Catalunya, que, como un apéndice del Institut, había sido creada ante la falta de inversión de las autoridades centrales en bibliotecas en Cataluña. Ambas instituciones ocupaban unas grandes dependencias situadas en el segundo piso del palacio de la Diputació en la plaza de Sant Jaume. Actualmente, ocupan los antiguos espacios del Hospital de la Santa Creu, en el Raval, donde se trasladaron con la llegada de la República en 1931.

Una de las secciones del IEC, la filológica, estaba dirigida por el ingeniero Pompeu Fabra, un hombre recto y severo, aunque afable y educado. Él, como tantos otros intelectuales, estaba preocupado por la gran dispersión que sufría la lengua catalana, que, en su opinión, la condenaba a la marginación en pocas décadas. Se planteó, siguiendo una corriente filológica del momento, que era necesario

sistematizar el catalán, y en 1913 publicó, a través del IEC, unas *Normes ortogràfiques* que provocaron una gran polémica y opiniones contrapuestas tanto a favor como en contra. La Mancomunitat adoptó inmediatamente las nuevas reglas y esto significó un gran impulso para implantar el catalán normativo.

Otra de las grandes tareas que emprendió la Mancomunitat y que ayudó a transformar Barcelona fue la creación y consolidación de una serie de escuelas industriales que querían impulsar el conocimiento técnico de las nuevas generaciones. No se pretendía sustituir en absoluto a la universidad, sino crear un ámbito de aprendizaje intermedio entre la enseñanza secundaria y la superior. Muchas de estas escuelas se situarían en el recinto de la Escola Industrial, en la calle Urgell, donde estaba anteriormente la fábrica textil de Can Batlló. Estas escuelas supusieron para la izquierda del Eixample el principal motor de crecimiento y de urbanización, junto con el Hospital Clínic, fundado al lado de la Facultat de Medecina. Entre la Escola Industrial, el Hospital Clínic, la cárcel Model y, durante mucho tiempo, el primer campo del F. C. Barcelona, la izquierda del Eixample empezó a tener entidad propia dentro de Barcelona, en una zona donde los grandes equipamientos se mezclaban con las casas. Era una manera de crecer muy distinta de la que había seguido la derecha del Eixample.

Los ámbitos educativos en que intervino la Mancomunitat fueron muchos, y todos ellos contribuyeron a que la sociedad catalán diese un paso adelante en cuanto a su modernidad. En el campo de la promoción de la mujer fue especialmente eficaz. Creó la Escola Professional de la Dona y la Escola de Tall —donde se enseñaba corte y confección—, directamente dirigidas a las mujeres, pero además potenció tres estudios que, en aquellos momentos, se consideraban adecuados para el espíritu femenino: la Escola d'Infermeres, la Escola de Bibliotecàries y la Escola Normal de Magisteri. Hoy en día, pensar que una mujer debe limitarse a ciertos oficios, como enfermera, bibliotecaria o maestra, resulta reaccionario por muy dignos que estos sean, pero hay que ponerse en la

mentalidad de principios del siglo xx. Sin ser en absoluto revolucionarios, los hombres —porque básicamente eran hombres— de la Mancomunitat eran muy modernos y querían llevar al país a ser una punta de lanza tanto de la industria como de los hábitos sociales.

Los años de la Mancomunitat son los de la obsesión por la modernidad. Y no es casualidad que el modernismo languidezca hasta su extinción para ser sustituido por un nuevo movimiento, el noucentisme —el novecentismo—. El noucentisme mira hacia los clásicos, pero lo hace de la manera más moderna posible. La admiración por Francia se mantiene, pero ahora la nueva meca no es París, sino Nueva York. Los Estados Unidos, y posteriormente la Alemania de la República de Weimar, serán los paradigmas mentales de los noucentistes. Las nuevas técnicas agrícolas vendrán de California; la nueva arquitectura, de Alemania, igual que las formas literarias. Las revistas querrán parecerse a las que se editan en Chicago, Nueva York y Los Ángeles. El cine que interesa es el estadounidense, cuando en todas partes todavía está de moda el francés. El noucentisme reivindica la cordura por encima del arrebato, el orden por encima del desorden, el raciocinio frente a la pasión.

Era evidente que el noucentisme conectaba con una parte de la mentalidad catalana y barcelonesa, aunque dejaba de lado los aspectos más descarados y viscerales de los catalanes. Por ejemplo, los noucentistes intentaron borrar la imagen de revolucionarios y amantes de la violencia de los catalanes y subrayaron siempre el pactismo de las instituciones catalanas históricas, un pactismo, por otro lado, que poco tenía que ver, como ya se ha mencionado, con la noción de acuerdo entre iguales, sino que se refería más bien al concepto de que vale más un mal pacto que un acuerdo por la fuerza, una cosa sutilmente distinta.

La Gran Guerra: un periodo de prosperidad excepcional

En medio de todo esto llegó la Gran Guerra. Hacía ya años que muchos la veían venir, pero nadie terminaba de creer que un día u otro acabase estallando una guerra entre todas las potencias europeas. A partir del asesinato del archiduque austriaco en Sarajevo, los acontecimientos se fueron concatenando y, a principios de agosto de 1914, estalló un conflicto sin precedentes en la historia de la humanidad. Aunque en guerras anteriores ya se había constatado que las nuevas técnicas industriales habían afectado profundamente a la forma de combatir, en la Gran Guerra, como se llamó entonces, o la Primera Guerra Mundial, como se denominó posteriormente, esto se mostró en toda su crudeza. Ya no había batallas decisivas, donde la gran parte del ejército de un país o de una coalición derrotaba a otro ejército, lo que anulaba las posibilidades de victoria del derrotado. Esto ya no volvería a pasar, porque ahora los contendientes eran capaces de levantar nuevos ejércitos una y otra vez, todos ellos más mortíferos que el anterior. Además, la aparición de nuevas armas y, lo que era peor, la producción en masa de estas, hacían que la eficacia asesina de los nuevos ejércitos fuera terrible. Y la población europea que combatía procedía de varias generaciones fortalecidas por el incremento de los alimentos disponibles, una mejor sanidad y una mejor atención social. Como resultado, jamás en la historia había habido tantos hombres jóvenes y sanos.

Barcelona era una ciudad industrial que no se encontraba en un territorio cercano al frente. Como le ocurrió a Estocolmo y, en menor medida, a Zúrich y a Ginebra, la guerra mundial supuso para Barcelona una prosperidad inimaginable poco antes. Los cerebros logísticos de todos los ejércitos pedían a las fábricas catalanas que produjeran para ellos. Nunca como entonces se habían hecho tantos uniformes ni mantas en Cataluña. Pero eso no solo afectaba directamente a la industria. Para centenares de jóvenes de familias pudientes, muchas de ellas francesas, Barcelona era el lugar predilecto para huir de la guerra. Los jóvenes cachorros centroeuropeos que no querían correr el mismo peligro que sus

compatriotas acababan en Barcelona. La ciudad también acogió a espías de los dos bandos, entre ellos a la mítica Mata Hari. Incluso conoció la prostitución de lujo a un nivel nunca visto, y la drogadicción. Por primera vez, muchos visitantes y barceloneses empezaron a consumir cocaína de forma habitual. Y no es que la cocaína fuera desconocida; de hecho, hacía unas décadas que algunas farmacias anunciaban aquel producto que ayudaba a los niños a espabilarse y a los estudiantes a concentrarse en época de exámenes. Durante aquella época, la cocaína no era vista como una droga, sino como una medicina estimulante y, por tanto, no llamaba la atención.

En sus memorias, Francesc Cambó reflejó así la situación bélica:

> Nuestra actitud fue muy clara: España debía ser neutral... porque no podía ser otra cosa. Ni poseía un ejército suficiente, ni tenía un ideal internacional. Era necesario hacer lo posible por evitar los estragos políticos y económicos de la guerra... y aprovecharse de ellos, si era posible. Una guerra que por el número de potencias que tomaban parte en ella no tenía precedentes, provocó una honda emoción en Cataluña, y entonces todo el mundo temió los peores desastres. ¡Nadie hubiera pensado que había de llegar a España un periodo de excepcional prosperidad! Todos olvidaron el famoso adagio, nacido medio siglo antes: «Lluvia y sol y guerra en Sebastopol». Cosa que significa que España, por su situación geográfica, puede muy bien aprovecharse de los periodos en los que son otros los que se pelean; como, fatalmente, queda arrinconada cuando los grandes Estados viven en paz.

Drogas, prostitutas, dinero a destajo... En un año, desde el verano de 1914 hasta el verano de 1915, Barcelona se transformó. La avenida del Paral·lel, que ya era el lugar de recreo de la ciudad, se convirtió en un espacio abierto día y noche, lleno de cafés, teatros, prostíbulos, atracciones de feria y restaurantes. Era una locura, y en el Paral·lel y el Barrio Chino los negocios florecían, de los más oscuros a los más descomunales. Era un ambiente que, por aquel entonces, no era posible encontrar en ningún otro lugar del mundo y que atraía a todos aquellos que buscaban una oportunidad al resguardo de la guerra. Pero a la vez que eso ocurría, la riqueza

que llegó a Barcelona estaba cada vez peor repartida. Los ricos y los oportunistas nadaban en oro, mientras que los asalariados y los más sensatos cada vez lo pasaban peor. Los anarquistas y, en general, todos los que no gozaban de aquel río de prosperidad que pasaba por delante de sus narices estaban cada vez más agitados. No solo los espías y los enviados de las potencias habían acudido a Barcelona, sino también los opositores a la guerra o los que pensaban que la guerra podía ser una gran oportunidad para hacer estallar la revolución. Un escritor joven, Josep Maria Francès, cercano al anarquismo y al catalanismo, constataba:

> Vivimos como burbujas de un cóctel compuesto por Juntas Militares, sindicatos agresivos, parlamentarios insumisos y rumores para todos los gustos. El ambiente está tan cargado que si surgiesen jefes con denuedo y sin compromisos se haría difícil prever lo que pasaría... La tensión ambiental en Barcelona es tan grande que repercutirá en las habituales expansiones que regocijan al pueblo. Lo mismo la procesión de Corpus, que las verbenas de San Juan y San Pedro, adolecen en 1917 de cuarteamientos visibles en el entusiasmo de costumbre. Cunde por doquier la sensación de peligro.

La prosperidad termina cuando la guerra todavía está en marcha. La entrada de los Estados Unidos en el conflicto lo cambia todo. Para Francia y Reino Unido, los industriales norteamericanos son aliados, producen mejor y más barato que los catalanes y, además, no es necesario pagarles de antemano, ya que todo se aplaza al final del conflicto. Barcelona pierde lo que había ganado con bastante rapidez. Al mismo tiempo, los conflictos en Rusia llegan a su clímax y la revolución estalla. En España, las juntas militares, deudoras de la autonomía que el ejército y los militares tienen a raíz de la Ley de Jurisdicciones, piden todavía más poder dentro del Estado. La Lliga juega mal sus cartas y pretende erigirse en el paladín de toda la burguesía española, pero no recibe el respaldo esperado. La facción más importante de los anarquistas se ha organizado en un sindicato, la Confederación Nacional del Trabajo, la CNT, que ha tenido un ascenso sostenido, pero que en el año 1917

ya es muy fuerte. En agosto convoca, junto con los socialistas de la UGT, minoritarios en Cataluña, una huelga general, la primera con protagonismo anarcosindicalista.

Una pesadilla

Lo que podría haber inaugurado una gran etapa de prosperidad terminó como una pesadilla. Muchos industriales barceloneses se enriquecieron hasta niveles astronómicos, pero muy pocos invirtieron en mejorar las fábricas o se plantearon cambiar la estructura de sus industrias para modernizarlas. Ganaron mucho, y compraron inmuebles, coches y joyas, pero pocas máquinas y menos viviendas para los obreros. Tampoco invirtieron en servicios de sanidad para los desfavorecidos.

En 1919, la CNT lideró una huelga impresionante que ha pasado a la historia bajo el nombre de la «huelga de La Canadenca». La Canadenca —la principal empresa hidroeléctrica de la ciudad y cuyo nombre se debía al hecho de que su accionista mayoritario era un banco canadiense— había despedido a unos trabajadores de sus oficinas. La huelga empezó en la empresa, se extendió al sector y desde allí llegó a todos los trabajadores. El setenta por ciento de las fábricas de Barcelona tuvo que cerrar en algún momento, y prácticamente todas disminuyeron la producción de manera drástica. La huelga, con sus más y sus menos, duró meses, y de esa protesta surgieron dos líderes anarquistas muy populares: Salvador Seguí —conocido como el Noi del Sucre— y Ángel Pestaña.

De la huelga también saldrán dos formas de entender el anarquismo: una muy centrada en la lucha tradicional obrera, con huelgas, boicots y la organización de cajas de resistencia; la otra, hija en parte del anarquismo de las bombas, partidaria de lo que dará en llamarse «acción directa». Un grupo de hombres, los camareros Joan Garcia Oliver y Francisco Ascaso, junto con el mecánico Buenaventura Durruti, encabezan a aquellos que atentan

contra los patrones y, siempre que pueden, roban los beneficios de las empresas para repartirlos entre los anarquistas. Pronto, estas acciones empiezan a tener respuesta. Primero, del ejército y la policía. Después, de la propia patronal, que organiza grupos que se encargan de represaliar a los dirigentes obreros y que a menudo forman parte del llamado Sindicat Lliure.

Barcelona vive durante años en una horrible dinámica de acción-reacción, donde a menudo aquellos que caen no son precisamente los asesinos y los instigadores más destacados, sino los partidarios de una salida pacífica para los conflictos. El 8 de noviembre de 1920 es nombrado gobernador civil de Barcelona el general Severiano Martínez Anido, un bruto que ya se había distinguido por su comportamiento salvaje y genocida en Cuba, Filipinas y Marruecos. Martínez Anido pondrá en marcha la llamada Ley de Fugas, que consistía simplemente en llevarse a los detenidos a algún lugar solitario, decirles que podían irse y, justo entonces, dispararles por la espalda argumentando que habían intentado huir. Con este sistema, aplicado a menudo por parte de la Guardia Civil, decenas de sindicalistas y, simplemente, de personas contrarias al Gobierno fueron asesinadas, muchas de ellos en los alrededores de la cárcel Model.

Además, Martínez Anido respaldó como nunca antes a los pistoleros de los Sindicats Lliures, prometiéndoles toda la cobertura que necesitaran para perpetrar los asesinatos. El 20 de noviembre de 1920, ordenó una batida contra decenas de sindicalistas. Treinta y seis fueron enviados al castillo de la Mola, en Menorca. Entre ellos estaba uno de sus jóvenes abogados, Lluís Companys.

Companys había colaborado a menudo con el abogado laboralista más prestigioso de Barcelona, Francesc Layret. La mujer de Companys le avisó de que iban a deportar a su marido y Layret, que vivía en el número 26 de la calle Balmes, decidió salir de casa y acompañar a la mujer de Companys, Mercè Picó, para ver qué podían hacer. Cuando salió de su casa, alrededor de las cinco y media de la tarde, Mercè Picó lo esperaba en un taxi. Antes de que

Layret pudiera subir al vehículo, un jovencito vestido con un mono de trabajador se acercó al abogado y le disparó siete veces, matándolo en el acto. Fue el primero de una larga lista de asesinatos que llegaron a superar, por mucho, los que cometieron los grupos de acción anarquistas.

El 10 de marzo de 1923, Salvador Seguí, el hombre más inteligente de los grupos anarcosindicalistas del momento, el que tenía más clara la estrategia que debían seguir y también poseía la mayor capacidad de liderazgo, fue asesinado en la calle de la Cadena, en el barrio del Raval. Seguí había estado tomando un café con otros sindicalistas, entre ellos Lluís Companys, en el bar El Tostadero, en la plaza de Urquinaona. Mientras Seguí y un colega se dirigían a pie hacia el Sindicato de Vidrieros de la CNT, fueron tiroteados al llegar a la calle de la Cadena, esquina con la de Sant Rafael. Mientras que Seguí cayó fulminado, asesinado por un disparo en la cabeza, su compañero, malherido, pudo huir. Uno de los asaltantes dejó en el lugar del crimen una cartera que contenía documentación del Sindicat Lliure.

A raíz de estas muertes, los anarquistas más duros formaron un grupo llamado Los Solidarios, que tenía como objetivo asesinar no solo a miembros del Sindicat Lliure, sino también a personalidades del Estado, aunque no estuvieran directamente implicadas en episodios violentos. Por ejemplo, asesinaron al cardenal de Zaragoza, Juan Soldevila, como respuesta directa a la muerte de Salvador Seguí.

Esta violencia extrema, desatada, también se debía en cierta forma a un fenómeno nuevo en la ciudad: la avalancha migratoria. Desde finales del siglo XIX, Cataluña se había convertido en la tierra de acogida de los inmigrantes. Esto no había supuesto ningún tipo de problema, entre otros motivos porque los patronos catalanes discriminaban a los recién llegados tanto como a los autóctonos. En general, la llegada de inmigrantes fue positiva entre los obreros: era fácil integrarse, empezar a hablar catalán y compartir algunas costumbres. Mucho más complicado, a menudo imposible, resultaba

el contacto con los funcionarios destinados en Cataluña, habitualmente mucho más integrados en los aparatos y la cultura del Estado. Eso sí, hay que decir que la procedencia, tanto de los revolucionarios como de los reaccionarios, era igualmente variada.

La llegada masiva de inmigrantes, a menudo desde una misma zona del Estado, rompió en parte este esquema. En solo diez años, de 1910 a 1920, Cataluña, que tenía poco más de dos millones de habitantes, pasó a tener trescientos cincuenta mil más, un crecimiento que supera el doce por ciento en tan solo una década. Barcelona y su comarca, el Barcelonès, absorbieron la mayoría de esta inmigración, cuyo ritmo se aceleró aún más en la década siguiente. Las obras del metro de Barcelona, que empezaron en los años veinte, atrajeron a decenas de miles de murcianos —y de personas procedentes de Almería, dado que en aquella época las estadísticas los unían— que se instalaron, a menudo, en l'Hospitalet de Llobregat, cerca de Barcelona y de las obras del Metro Transversal, más o menos donde ahora se encuentra la Línea 1 del metro. Por primera vez en la historia de Cataluña, se forman barrios cerrados, guetos donde no penetra ni un ápice de la cultura catalana. Los grupos anarquistas recibirán apoyo de estos inmigrantes, que a menudo tienen un encaje cultural complicado y carecen de las herramientas necesarias para dar una respuesta solidaria a los ataques que reciben de la patronal.

España, en esos momentos, se está yendo a pique. La entrada de la Lliga Regionalista en el Gobierno central no sirve de nada. La Lliga pretende rentabilizar la ayuda al Gobierno con un nuevo Estatut d'Autonomia que supere las pocas competencias de la Mancomunitat, pero no lo consigue, y menos aun cuando Prat de la Riba muere y es sustituido por Puig i Cadafalch, cuya talla como político no alcanza a la que tenía como arquitecto. La política colonial en Marruecos también está creando dentro del ejército una crisis que tendrá grandes consecuencias.

En julio de 1921, el ejército había sufrido una derrota terrible en Annual, en el Rif del norte de Marruecos. Casi diez mil soldados murieron en el desastre, pero lo más terrible, lo que causó más escándalo, fue la actuación negligente de los oficiales, los mismos que cada día se llenaban la boca con la palabras *honor*, *deber* y *sacrificio*. Entre los muchos episodios que ocurrieron, se descubrió que los almacenes militares de Melilla, que oficialmente estaban llenos de armas y suministros, en realidad estaban vacíos porque los oficiales, incluidos los generales, vendían las mercancías a los mismos rifeños que después las utilizaban contra ellos. Además, aunque podría no ser cierto, corrió el rumor de que Alfonso XIII había contribuido al desastre al felicitar con un telegrama al general más arrogante e imbécil, Manuel Fernández Silvestre, por haber avanzado sobre los rifeños sin protección, sin haber planeado el ataque y con las tropas divididas. Parece ser que el rey le habría dicho de forma contundente: «Olé tus cojones, Silvestre». Unos días después, cuando miles de soldados quedaron rodeados en la posición de Arruit, todo indicaba que el rey se habría negado a pagar el rescate que exigían los rifeños con la frase: «Anda que no se ha puesto cara la carne de gallina...». Sean ciertas o no estas frases de Alfonso XIII, todo el mundo las dio por verdaderas. Fue necesario crear una comisión e investigación militar, presidida por el general Juan Picasso —pariente, por cierto, del pintor—, para que investigase cómo se había llegado al desastre y cuál había sido el comportamiento de los oficiales. Picasso era un hombre honesto, y mientras duró la investigación no se dejó influir. Primero, intentaron apartarlo de su cargo; después, quisieron sobornarlo y, finalmente, lo amenazaron. Pero Picasso y su equipo de militares —por cierto, todos los supervivientes fueron fusilados por los franquistas durante la Guerra Civil— terminaron el informe y lo enviaron al Parlamento. Otra vez se intentó boicotear el expediente, entre otras cosas porque la implicación del rey y del alto mando militar había quedado bien clara. Ante el intento de boicot, el 1 de octubre de 1923 se convocó un pleno del Congreso donde se hizo público el expediente.

La dictadura de Primo de Rivera y la *Exposició Internacional* de 1929

Los militares, con la connivencia del rey, decidieron que eso no podía ocurrir de ninguna de las maneras. Se pusieron en marcha tres iniciativas distintas para llevar a cabo un golpe de Estado amparado por Alfonso XIII. Finalmente, la que triunfó fue la del capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, el 13 de septiembre. Primo de Rivera tenía el apoyo de la Lliga y de amplios sectores de la clase media catalana que lo veían como a un hombre de orden que podía frenar a los anarcosindicalistas. Además, se consideraba que el general no era anticatalán y que un gobierno dirigido por él y con el apoyo de la Lliga permitiría a Cataluña mantener una cierta autonomía a través de la figura de la Mancomunitat. Además, se creía que Primo de Rivera era un reformador y que, tras unas semanas o unos meses como máximo, devolvería el poder a los civiles. Pocas veces una clase social ha estado tan equivocada y confundida como en ese momento.

Primo de Rivera, desde el primer momento, tuvo entre sus principales obsesiones eliminar cualquier vestigio de catalanidad. Primero, prohibió usar el catalán en las iglesias y, después, en cualquier documento oficial. Prohibió bailar sardanas, atacó cualquier asociación privada que utilizase el catalán, clausuró los locales del Orfeó Català. La junta militar se obsesionó con la enseñanza y envió inspectores a comprobar que no se utilizara una sola palabra catalana en las aulas. Incluso destituyó a maestros catalanes y los reemplazó por otros traídos de Castilla. El episodio más esperpéntico, y al mismo tiempo el que tuvo más repercusión, fue el cierre, durante seis meses, del estadio de Les Corts, donde en aquella época jugaba el F. C. Barcelona.

El 14 de junio de 1925, el Barça organizó un partido-homenaje al Orfeó Català, que había hecho una larga gira por Italia. En el descanso del partido, contra el Júpiter, actuó una banda de música de un barco de guerra británico que estaba de visita en Barcelona.

Los británicos quisieron ser amables y arrancaron con el himno español, que creyeron, ilusos, que gustaría mucho a los asistentes. Lo que ocurrió fue que estos se pusieron a silbar y a gritar. Los músicos, entonces, empezaron a tocar el *God save the King* —entonces tenían rey y no reina— y la gente se puso a aplaudir. Las autoridades supieron inmediatamente de los hechos y decretaron el cierre del campo, «invitando» a Hans Gamper, el presidente y fundador del Barça, a abandonar España. Gamper estuvo seis meses en Suiza y no lo dejaron volver a formar parte de la directiva de su querido club. Probablemente, este hecho, que lo entristeció profundamente, contribuyó a la decisión de suicidarse que tomó cinco años después.

El régimen instaurado por Primo de Rivera fue tan totalitario como pudo. Lo que ocurrió es que se avanzó un poco a su tiempo. La marcha sobre Roma de los fascistas acababa de tener lugar, pero el régimen de Mussolini apenas estaba empezando, y Primo de Rivera, a pesar de las simpatías que tenía por el fascismo, quería hacer otra cosa. La prueba del carácter totalitario de esa dictadura es que la mayoría de sus instituciones, leyes e, incluso, cargos públicos volvieron a instaurarse en 1939, con la victoria del franquismo en la Guerra Civil.

Una prueba del carácter uniformizador de Primo de Rivera y sus seguidores fue la *Exposició Internacional* de 1929 en Barcelona. Desde principios de siglo, la Lliga y sus prohombres, recordando la buena experiencia que había representado para la ciudad la *Exposició Universal* de 1888, habían promovido que la ciudad acogiese tantas ferias internacionales como fuera posible. Además, estas ferias, en el marco del pensamiento de los hombres de la Lliga, debían servir para transformar la ciudad y ampliarla de una forma más ordenada que hasta entonces. El Plan Cerdà había sido dejado de lado desde la *Exposició*, pero la experiencia para todos esos miembros de la burguesía emprendedora había resultado muy provechosa y había dado muchos beneficios. En principio se planteó volver a organizar ferias en la Ciutadella, donde todavía subsistían

algunos de los edificios más sólidos que se habían construido para la *Exposició* de 1888. Pero como la jugada buscaba en primer lugar la especulación urbanística, no tenía mucho sentido insistir en una zona ya urbanizada. Se planteó entonces resucitar el viejo plan de Cerdà, que consistía en crear alrededor de la plaza de las Glòries Catalanes el nuevo eje comercial y de negocios de Barcelona, pero esa zona no estaba demasiado poblada entonces y, como se quería hacer llegar el futuro metro hasta allí, se miró hacia el otro lado de la ciudad, hacia Montjuïc.

La montaña estaba muy abandonada. La parte que daba al mar se había empezado a ocupar con el Cementiri Nou y en la cima estaba el castillo, pero en el lado que daba a la ciudad apenas había nada: era una zona con huertos y fuentes, donde los barceloneses iban a pasear y merendar, y numerosas barracas que acogían a los más pobres de Barcelona. Tenía, eso sí, una gran ventaja: las líneas de ferrocarril ya existentes facilitaban que se construyera un metro que conectase el centro de Barcelona con el barrio de Hostafrancs y, más allá, con l'Hospitalet de Llobregat. Allí, pues, se decidió que se construiría el recinto ferial.

El nombre oficial de este gran acontecimiento era Exposición Internacional de Industrias Eléctricas, y tanto el Ajuntament como las fuerzas vivas se volcaron en ello desde el año 1913. En 1920 empiezan las llamadas «ferias de muestras». Pero con la dictadura, todo se detiene porque no puede hacerse nada sin una orden gubernativa expresa, y esta no llega. Aun así, en 1926 vuelve a ponerse en marcha el proyecto ante los impedimentos crecientes que encuentra Primo de Rivera, obcecado en llevar a cabo una política de obras públicas, en la línea del fascismo italiano, que facilita el desvío de fondos públicos a manos privadas. Primo de Rivera quiere recuperar el favor que había tenido en Cataluña y aprueba que se prepare una *Exposició Internacional*, similar a una *Exposició Universal* pero a menor escala, que debe celebrarse al mismo tiempo que la Exposición Iberoamericana de Sevilla, destinada a frenar el impacto que la *Exposició* de Barcelona pudiese

causar en la opinión internacional. Curiosamente, esta misma maniobra se hizo muchos años después, cuando se hizo coincidir la celebración de los Juegos Olímpicos de 1992 con otra Exposición Universal, también en Sevilla.

El recinto ferial se había terminado justo en el verano de 1923, cuando empezó la dictadura, y tenía un aspecto similar al actual, con unos jardines muy regulares y de buen gusto, con varias vías de ascenso a la montaña, siempre buscando que las subidas no fueran excesivamente pronunciadas, y con unos pabellones marcadamente grandilocuentes y monumentales, en contraposición a las edificaciones privadas o de instituciones menores, mucho más elegantes y funcionales. Había algunos elementos clave, algunos muy simbólicos —como las cuatro columnas de capitel jónico que se encontraban en la entrada del recinto desde Hostafrancs— y una zona de recreo llamada Iberona, que era como un pequeño barrio de casas, una al lado de la otra, que representaban casas reales o rincones de toda la península ibérica.

Cuando Primo de Rivera llegó, cambió todo esto. En primer lugar, las columnas jónicas fueron derruidas; las torres venecianas se salvaron porque se dijo que representaban las dos franjas rojas de la bandera española, algo que a nadie se le pasó por la cabeza cuando se construyeron; la plaza situada frente a las torres fue bautizada como plaza de Espanya, y Primo de Rivera quiso que en su centro hubiese un monumento a la «raza» española, aunque al final se levantó un monumento a los Tres Mares, que representaba los tres mares que bañan la península ibérica. Y, finalmente, Iberona fue rebautizada como el Poble Espanyol y aumentó su carácter de representación solo de las casas y los parajes españoles. Para el dictador fue el lugar preferido donde pasar largas veladas, antes de las fiestas privadas con prostitutas a las que era tan aficionado.

La exposición fue un éxito... relativo. Popularmente, sí: toda Barcelona pasó por allí y llenó el recinto un día sí y otro también, pero en el ámbito internacional fue un fiasco porque coincidió con el *crack* de 1929, lo que la afectó muchísimo.

De esa exposición nos han quedado muchas cosas, algunas magníficas. Ha quedado la Font Màgica, una maravilla técnica de gran belleza; el pabellón Mies van der Rohe, el edificio más avanzado de su tiempo; los palacios feriales; las torres venecianas y el Palau Nacional, que actualmente alberga el Museu Nacional d'Art de Catalunya (MNAC); el Teatre Grec y el Estadi Olímpic; y una multitud de edificios aquí y allí que acogen, por ejemplo, la central de la Guàrdia Urbana, el Museu Arqueológic o el Palauet Albéniz, residencia de las grandes personalidades que visitan la ciudad. Además, toda Barcelona recibió un lavado de cara, se asfaltaron muchas calles, se ajardinaron plazas y se mejoraron los transportes. En 1920, y pensando en las exposiciones, se abrió el Aeroport de El Prat. También se hicieron obras menores, pero que ahora los turistas miran embelesados, como la construcción del puente gótico entre el edificio de la Generalitat y la Casa dels Canonges, o el edificio de Correus y la Estació de França, que tanto gustan a pesar de que recuerdan a una tarta.

El final de la *Exposició* coincidió con el ocaso de la dictadura. Primo de Rivera, enfermo de diabetes y cada vez más solo, se vio obligado a ofrecer la dimisión al rey antes de ser destituido. La situación económica era caótica, nadie estaba contento con las tonterías que hacía el dictador. Primo de Rivera se exilió a París, donde pasó los dos últimos meses de vida que le quedaban en compañía de varias señoritas que pocas cosas podían hacer con un hombre tan enfermo.

La dictadura tan perversamente anticatalana de Primo de Rivera tuvo la consecuencia de disparar el sentimiento catalanista entre la población. Si hasta entonces el catalanismo era un sentimiento difuso y poco concreto entre la mayoría de la población, la persecución de la lengua y de las actividades más propias de Cataluña cambió el talante de la inmensa mayoría de los catalanes. Sin la dictadura soez de Primo de Rivera, no habría nacido con tanta fuerza, meses después, Esquerra Republicana. La caída del dictador dejó en muy mala posición al rey, señalado por todos como el

culpable de la situación. Los gobiernos encabezados por militares se suceden, pero ninguno de ellos sabe resolver los problemas de Estado.

La República Catalana, un espejismo

En Barcelona los últimos años de la década ya auguraban el estallido de modernidad que representará la llegada de la República. Se notaba por todas partes y en todos los ámbitos. El noucentisme había puesto el punto de mira en los Estados Unidos y la victoria de los aliados en la Primera Guerra Mundial había revalorizado aún más el papel de los norteamericanos como abanderados del mundo industrial. Cataluña quiere ser los Estados Unidos y Barcelona, en concreto, aspiraba a ser Nueva York. Hombres y mujeres comienzan a cambiar su indumentaria y esto se notará mucho más a partir de la caída del general Primo de Rivera, cuando parezca que las esperanzas del cambio próximo, por primera vez, se concretarán pronto. En 1924 comenzó a emitir la primera emisora de radio del Estado, Ràdio Barcelona, fundada por un grupo de entusiastas asociados. La dictadura forzó que la licencia de la emisora pasase a un grupo llamado, muy significativamente, Unión Radio, que años más tarde se convertiría en la Sociedad Española de Radiodifusión, la SER. Ràdio Barcelona sonará por todas partes y será el símbolo claro de que los tiempos están cambiando. Este cambio se verá reflejado también en la prensa. Una nueva generación de periodistas, de un altísimo nivel que aún no se ha superado, crean diarios y revistas a espuertas. A modo de ejemplo, en 1931 un periodista norteamericano, Lawrence T. Fernsworth, corresponsal del *The New York Times*, escribe al poco de llegar a Cataluña: «Me ha sorprendido mucho ver tantos diarios en Barcelona. En una ciudad de un millón de habitantes como la vuestra, hay como mínimo el doble de periódicos que en Nueva York, que tiene siete millones». Además, para este corresponsal, los diarios barceloneses «tienen

mucha más personalidad que los nuestros». Los periodistas, en un estilo de vida que se ha ido perdiendo, vivían absorbidos por la información.

Domènec de Bellmunt, probablemente el mejor reportero de una generación de grandes reporteros, es uno de esos periodistas: por las mañanas hace de funcionario para ganarse la vida, pero ya a mediodía almuerza con sus compañeros periodistas, trabaja por la tarde en el diario y, por la noche, sale a hacer los reportajes, asiste a conferencias, a cenas con políticos... Y al día siguiente, vuelta a las andadas. Domènec de Bellmunt, el seudónimo de Domènec Pallerola, lo explicaba todo, igual fingía necesitar un crédito desesperadamente y lo pedía a un prestamista que visitaba casas de prostitución o se sentaba un rato con los mendigos de la Rambla. Y, mientras tanto, explicaba cómo era Barcelona. En un reportaje explicó cómo tuvo que acompañar, por compromiso, a un francés, Monsieur Julien, a conocer Barcelona:

> Ahora caminábamos por el Passeig de Colom, el más mediterráneo de todos los paseos de la ciudad. Aquellas palmeras altas cuyas ramas se inclinan con un aire indolente dan a la avenida un aire oriental. Las luces del puerto, los palos de los barcos, las chimeneas de los paquebotes, la humedad del mar acaban de dar a esta vía barcelonesa el tono mediterráneo que caracterizaba a todos los paseos marítimos de las ciudades más bellas del mar azul de Niza y Marsella hasta Barcelona y Génova.

Bonito, ¿no es cierto? Domènec de Bellmunt tan solo es un ejemplo de una pléyade de nombres ilustres, personas como Josep Maria Planas, Xavier Ventalló, Carles Sindreu, Josep Pla, Avel·lí Artís, Josep Maria Lladó e Irene Polo. Los periodistas barceloneses, que se reunían en cafés donde discutían sobre todo, representaron en aquel momento la fuerza de choque intelectual de lo que estaba a punto de ocurrir, la caída de la monarquía y la instauración de la Segunda República.

El panorama político catalán, tras la actuación poco lucida de la Lliga durante la dictadura de Primo de Rivera, había variado sustancialmente. Ahora, las corrientes catalanistas ya no podían ser acusadas de burguesas porque era evidente que lo que quería la gran burguesía catalana era no salir perjudicada, no tenía el menor proyecto de país. En cambio, entre la izquierda, más o menos moderada, se había extendido el convencimiento de que era necesario plantear el futuro de Cataluña en unos términos bastante diferentes. Si había que continuar dentro de España, había que hacerlo en otras condiciones, probablemente en el seno de una República federal, en la que Cataluña tuviese una amplia capacidad de autogobierno. El punto de referencia de este pensamiento que incluso podía ir más allá y plantearse la independencia era Francesc Macià.

La izquierda catalana estaba muy desunida y todas las negociaciones de los años 1930 y 1931 se centraron en conseguir esta unión con vistas al futuro. Mientras tanto, el republicanismo español también quería organizarse. En agosto de 1930 se firmó el Pacto de San Sebastián, en el que todas las fuerzas de oposición del Estado se comprometían a acabar con la monarquía y a instaurar una República federal. La cuestión catalana fue la más complicada de acordar y la que trajo consigo más discusiones. Finalmente, se aceptó que Cataluña redactaría un Estatut d'Autonomia, que sería votado en plebiscito y después discutido en las Cortes españolas.

En el campo anarquista también se estaba preparando la caída de la monarquía. La CNT había estado prohibida durante la dictadura, aunque continuó actuando en la clandestinidad. Sin embargo, esta manera de actuar había disgregado la organización de tal forma que, en julio de 1927, se constituyó en Valencia la llamada Federación Anarquista Ibérica, la FAI, el ala dura del anarquismo. Desde entonces habrá una pugna constante con el otro sector, partidario de llegar a acuerdos con la izquierda para hacer caer la monarquía.

A principios de 1931 el Gobierno, que quería regresar a un estado de las cosas anterior a la dictadura y a una especie de democracia tolerable tanto para la monarquía como para los sectores más moderados, anunció que convocaría unas elecciones a las Cortes, pero que antes se celebrarían elecciones municipales el 12 de abril. Los partidos se apresuraron a prepararse para aquellos comicios. La izquierda catalana se enfrascó en tres días de reuniones frenéticas en el Ateneu Republicà de Gràcia y en el Foment Republicà de Sants y, finalmente, se decidió constituir un nuevo partido que nació de la fusión entre el Estat Català —de Macià—, el Partit Republicà Català —de Companys— y el grupo del semanario *L'Opinió* —de Joan Lluhí—, además de pequeñas asociaciones políticas locales. Este partido se llamó Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) y tenía un programa de izquierdas, pero lo bastante ambiguo como para contentar a los diversos sectores que lo integraban. No era socialista ni socialdemócrata; no era marxista ni liberal; era un compendio de estas ideologías y buscaba más parecerse a diversos movimientos progresistas europeos y americanos que a un partido en concreto. La figura más carismática entre todos ellos era Francesc Macià, que fue elegido presidente.

Las municipales de abril, menos de un mes después de la constitución de ERC, parecían inciertas. Todo indicaba que en Cataluña podía ganar la derecha clásica —la Lliga— o bien la izquierda tradicional —Acció Catalana—, con alguna posibilidad para las izquierdas ligadas a los partidos españoles PSOE y Radical, las izquierdas marxistas y los partidos conservadores españoles. Nadie apostaba por ERC, pues parecía totalmente imposible que un partido nacido cuatro semanas antes de los comicios pudiese tener alguna posibilidad de obtener representación. Los resultados fueron una gran sorpresa porque Esquerra Republicana triunfó con rotundidad. Los republicanos ganaron con claridad en Barcelona y en toda Cataluña. Lluís Companys era, *in pectore*, el nuevo alcalde de Barcelona.

Como el recuento era bastante lento, el día 13 los rumores sobre qué había ocurrido iban en aumento. Finalmente, en la mañana del 14 de abril, quedó claro que Esquerra había ganado. Companys se dirigió al Ajuntament de Barcelona, donde pidió la vara al alcalde, un lerrouxista. Con la vara en la mano, se dirigió al balcón del Ajuntament y, frente a la gente que allí se había congregado, tampoco demasiada, proclamó la República Española e hizo izar la bandera tricolor republicana. Macià se enteró muy pronto y se dirigió rápidamente al Ajuntament, donde se discutió con Companys. Para Macià, que Companys proclamase la República Española antes que la Catalana fue una metedura de pata en toda regla. De cualquier modo, empujado por los acontecimientos, Macià atravesó la plaza en dirección a la Diputació, la actual Generalitat. Entonces sí lo acompañaban muchas de las personas que iban llenando la plaza a medida que los acontecimientos se precipitaban. Macià se dirigió al presidente de la Diputació, Joan Maluquer, y le dijo que se disponía a tomar posesión del palacio. Maluquer, muy digno, respondió que solo cedería el palacio por la fuerza y Macià, que sabía cómo dirigir a los hombres, le puso suavemente la mano en el hombro y le replicó que considerase aquel gesto como un acto de fuerza. Después, acompañado de algunos dirigentes de Esquerra, salió al balcón y proclamó la República Catalana como un estado integrante de la Federación Ibérica.

En las calles se disparó la euforia. La gente salió de sus casas y una marea de hombres y mujeres, con banderas catalanas y republicanas españolas, comenzó a inundar la Rambla. Las floristas vieron la oportunidad de hacer negocio y vendieron todos los ramos con las cuatro barras que pudieron, así como muchas flores moradas, el nuevo color que se añadía a la bandera española. Ese mismo día, Madrid, donde también habían ganado las fuerzas republicanas, se añadió a la proclamación y, en cuestión de horas, la República era un hecho.

En pocos días los ánimos se serenaron. Una delegación de ministros de Madrid, la mayoría de ellos catalanes, se reunió con Macià y con los dirigentes de la República Catalana para intentar rebajar el contenido de las proclamaciones que había hecho *l'Avi*. No fue sencillo, porque Macià únicamente había cumplido el Pacto de San Sebastián que todos ellos habían firmado hacía menos de un año. Pero Esquerra era un partido todavía demasiado frágil como para oponerse con firmeza a la pretensión de Madrid y, finalmente, incluso Macià cedió.

La Generalitat republicana

No habría República Catalana, pero sí debía haber una nueva institución que dirigiese la futura autonomía. Se decidió que esta institución se denominaría Generalitat, el nombre que se dio comúnmente a la Diputació del General que nació con Pedro el Ceremonioso durante el siglo XIV. Macià, por tanto, pasó de ser presidente de la República Catalana a ser el presidente de la Generalitat, una institución que no dejaba de ser inicialmente una especie de Mancomunitat rediviva. Fuera como fuese, el campo que se abría ante él era enorme. Además, las elecciones a las Cortes del mes de junio aún dieron más margen de victoria a ERC. El partido dominaba la Generalitat, el Ajuntament de Barcelona y el grupo de diputados catalanes en las Cortes de la República. Pero, inicialmente, la Generalitat carecía de contenido y la discusión sobre el papel de Cataluña en aquella nueva España era complicada y estaba llena de amarguras ante la intransigencia de buena parte de los diputados españoles.

Únicamente quedaba el Ajuntament como institución consolidada, pero el de Barcelona tenía grandes problemas, muchas deudas acumuladas y numerosos funcionarios conservadores, muchos de los cuales habían conseguido su puesto de trabajo gracias a las redes clientelares de los lerrouxistas. Si a esto se añade

que, siguiendo la tradición de la época, la entrada de un nuevo partido en una institución implicaba la sustitución de la mayoría de los trabajadores por gente próxima a los ganadores, se puede entender que los comienzos no fueron plácidos.

A pesar de todo, una de las primeras tareas que la renacida Generalitat quiso emprender fue la reforma de la enseñanza. Como carecía de fondos, inició esta reforma en Barcelona, pues así sería el Ajuntament quien se hiciese cargo de ella. Aunque el Estatuto que se votó en 1932 y fue brutalmente recortado por las Cortes españolas no dejaba apenas margen a la Generalitat para regular la enseñanza, algunas maniobras jurídicas permitieron al poder autónomo sacar adelante una reforma. De este modo, por ejemplo, se constituyó un instituto-escuela que se estableció en el palacio del gobernador de la Ciutadella, frente al nuevo Parlament. En este instituto-escuela se pondrán en marcha una serie de avances revolucionarios: coeducación plena de niños y niñas, uso del catalán como lengua vehicular, laicismo absoluto en el trato y en las formas, y eliminación de los libros de texto. El director del centro, el doctor Josep Estalella, afirmaba:

> Lo más importante de los principios metodológicos es hacer que el centro de gravedad de la clase recaiga en el alumno y no en el profesor. La tarea de este es únicamente correctora, niveladora, el alumno debe hacer todo el esfuerzo para su perfeccionamiento. No se trata de una masa inerte, sino de un ser vivo. Observa, trabaja, investiga. Y todo esto lo hace con plena libertad, sin darse cuenta de que el profesor le observa y le guía.

Es decir, no había castigos ni premios para los alumnos. Esta manera de actuar formó una generación de maestros que aprendieron en ese instituto-escuela y que serían los protagonistas directos del cambio educativo que se vivió en Cataluña durante aquellos años republicanos.

Además de esta experiencia pedagógica, el Ajuntament, acompañado por la Generalitat, dedicó muchos esfuerzos a las escuelas de la ciudad y creó institutos —como el Ausiàs March y el Pi

i Margall— y grupos escolares a los que siempre procuraba dotar de unas comodidades, como calefacción, duchas y buena ventilación, de las que la mayoría de los hogares carecía. Una buena parte de los maestros eran mujeres, herederas de las Escoles de Magisteri que había creado la Mancomunitat. Las mujeres, con la República, comenzaron a tener un protagonismo —aunque limitado— que no habían tenido hasta entonces. Las Cortes republicanas debatieron durante mucho tiempo si las mujeres debían tener derecho al voto o no. Sorprendentemente, muy a menudo las izquierdas eran las que se oponían al sufragio femenino porque pensaban que las mujeres eran más conservadoras y decantarían siempre las votaciones hacia la derecha. Era una verdadera tontería, un prejuicio machista que demostró no tener el menor fundamento.

Lo cierto era que, a pesar del machismo que imperaba en aquella sociedad, las mujeres podían tener un papel más relevante del que habían tenido hasta entonces. Una de las grandes periodistas del momento era una mujer joven, Irene Polo, que, además, era una muchacha moderna y atrevida. Se dice que fue la primera mujer que se puso pantalones en Barcelona a finales de los años veinte, y si no fue la primera, seguro que le faltó poco. Polo era un gran escritora, muy valiente, que no dudó en trasladarse al Alt Llobregat en 1932 para seguir una huelga de mineros, hartos de maltratos y del incumplimiento de las leyes laborales por parte de sus patrones. Pero también investigó el pujante fascismo y dedicó mucho tiempo a los ámbitos de la cultura. Precisamente en ellos viviría un hecho que le cambiaría la vida.

Con ocasión de una de las visitas de Federico García Lorca a Barcelona, el poeta y dramaturgo hizo una lectura de *Doña Rosita la soltera* en el teatro Studium, en la calle Bailèn número 70. Lorca era muy amigo de la actriz más famosa del momento, Margarida Xirgu, que vivía al lado del Studium, en los bajos del número 66. El teatro, además, era muy singular porque había sido el taller de joyería de los hermanos Masriera, que lo habían hecho construir a imitación del templo de Augusto, en la cima del monte Tàber de la Barcino

romana. De hecho, el edificio aún existe, aunque se encuentra bastante abandonado. Pues bien, para conseguir la entrevista con Lorca, Irene Polo entabló amistad con la actriz. Esta amistad fue creciendo y creciendo hasta llegar al enamoramiento, al menos por parte de Polo. No se sabe si Xirgu la correspondió en algún momento ni siquiera si llegó a saber que la periodista estaba tan enamorada de ella. En cualquier caso, Margarida Xirgu fue contratada para hacer una gran gira por América del Sur. Lorca debía acompañarla, pero finalmente se echó atrás y, entonces, la actriz propuso a Irene Polo que viajase con ella y fuera su asistente durante la gira o, como se dice hoy en día, su *road manager*.

Irene dejó el periodismo, a su familia y la posición que tan duramente había conseguido y subió al barco con su amada. Cuando llegaron a Buenos Aires, tuvo lugar el alzamiento fascista en España y la compañía Xirgu en pleno decidió quedarse en América hasta que se aclarara la situación. Irene Polo consiguió llevar a Argentina a su madre y a sus hermanas, pero cuando la compañía se disolvió, coincidiendo con el final de la Guerra Civil, la joven cayó en una gran depresión. Tan grande que, en 1942, Irene decidió suicidarse.

La Generalitat republicana duró muy poco. De hecho, la República también, pero la institución catalana duró sustancialmente menos. Estuvo activa de manera muy precaria y provisional desde abril de 1931 hasta septiembre de 1932. Después, con el recortado Estatut vigente, gobernó hasta octubre de 1934, cuando se suspendió esta institución, que no sería retomada hasta febrero de 1936, aunque los acontecimientos que se sucedieron desde el principio de la guerra, en julio de ese año, impidieron que realizase cualquier tipo de política normal. Por si fuera poco, cuando el Gobierno de la República convirtió Barcelona en la capital del Estado, a finales de octubre de 1937, prácticamente se vació de contenido la Generalitat. Duró muy poco tiempo y muy recortada, pero esto no impidió que dejara una honda huella en el recuerdo.

En noviembre de 1933 se celebraron elecciones a las Cortes españolas, en las que ganaron las derechas. Esto complicó aún más la actuación de la Generalitat. Tan solo un mes después, el día de Navidad de 1933, Francesc Macià murió en el Palau de la Generalitat por culpa de una peritonitis. La muerte de Macià supuso un golpe muy duro para la moral de los catalanes. Las crónicas narran que más de un millón de catalanes participaron en el cortejo fúnebre de Macià, que comenzó en el Palau de la Generalitat, siguió por el Arc del Triomf y, después, se dirigió hacia el cementerio de Montjuïc. Ciento veinte coches cargados de flores siguieron el vehículo fúnebre, que ahora se puede contemplar en el Museu de Carrosses Funeràries situado en el tanatorio de la calle Sancho de Ávila. Este coche no se ha vuelto a utilizar desde entonces no solo como señal de respeto a Macià, sino también porque la talla de los catalanes ha cambiado mucho desde los años treinta del siglo pasado y, ahora, los ataúdes modernos no cabrían en él.

Tensiones de preguerra

Lluís Companys, que en aquel momento presidía el Parlamento, fue quien sustituyó a Macià al frente de la Generalitat. Companys no era tan carismático, ni de lejos, como Macià. Era un abogado sagaz, que ya llevaba muchos años en la primera fila política, aunque no había alcanzado el nivel de solemnidad que Macià poseía de manera natural. Desde el primer día en que gobernó, se encontró frente a un Gobierno de Madrid opuesto frontalmente, dispuesto a recortar las escasas competencias de la Generalitat y a reducir, por la fuerza si era necesario, cualquier actitud díscola. El comportamiento del Gobierno fue tan brutal y tan duro que en los núcleos izquierdistas del Estado se llegó al convencimiento de que únicamente un golpe de fuerza podría arreglar la situación. Además, los fascistas estaban cada vez más envalentonados. El hijo del dictador, José Antonio Primo de Rivera, había creado un partido, la Falange, que se estaba

alimentando de las alcantarillas del Estado. El partido tenía poca implantación, pero estaba bien financiado y, como buen grupo fascista, disponía de acceso a todo tipo de armas. Sus compinches no hacían ascos a salir en grupo, bien armados, para provocar y golpear a todo aquel que se encontrase en su camino. Además, José Antonio, como al líder falangista le gustaba que lo llamasen, tenía muy presente la importancia de Barcelona en sus planes. Pensaba inicialmente que conseguiría aproximarse a algunos dirigentes de la CNT y arrastrarlos a su causa. Aunque los falangistas se reunieron en varias ocasiones con anarcosindicalistas, nunca se concretó nada. José Antonio estaba acostumbrado a la buena vida y, cuando visitaba Barcelona, se instalaba en el Hotel Regina, en la calle Bergara, que aún está abierto al público. También frecuentaba el restaurante Set Portes, uno de los más tradicionales y famosos de la ciudad.

La situación era más tensa cada vez y la cuerda se rompió el 4 de octubre de 1934, cuando Lerroux, que ya se había marchado definitivamente a Madrid y había convertido su partido en un grupo político descaradamente de derechas, invitó a tres ministros de la CEDA —la Confederación Española de Derechas Autónomas— a entrar en su gobierno. La CEDA estaba liderada por José María Gil Robles, un admirador confeso de los regímenes nazi y fascista, así como protector de militares como el general Francisco Franco. Este giro a la derecha de un gobierno que ya era muy de derechas fue el detonante de una revuelta que, sin duda alguna, no supo medir las fuerzas de que disponía.

Las izquierdas españolas pactaron en secreto iniciar un levantamiento, y el Gobierno de la Generalitat decidió sumarse a él, aunque la CNT no lo apoyaba. El día 6 de octubre, las fuerzas adeptas a la Generalitat, apenas unos centenares de *mossos d'esquadra*, algunos pelotones del Estat Català y sindicalistas del *Centre Autonomista de Dependents del Comerç i la Indústria* (CADCI) —básicamente administrativos y dependientes—, tomaron los lugares estratégicos de Barcelona con muy pocas armas. Para

muchos de ellos era la primera vez que tenían un fusil o una pistola en las manos. La creencia, completamente ingenua, de Companys era que ocurriría algo similar a la explosión de alegría popular del 14 de abril de dos años antes, pero ahora la decepción era mayor y la movilización fue escasa.

A las ocho y diez de la noche, Companys sale al balcón de la Generalitat y hace un discurso vibrante en el cual afirma que en España «todas las fuerzas republicanas y los sectores sociales más avanzados» se han levantado y que Cataluña no puede quedarse al margen de este movimiento. No es cierto, porque tan solo ha ocurrido claramente en Asturias y, en muy pequeña medida, casi testimonial, en otros lugares del Estado. Companys, como había hecho Macià, vuelve a proclamar el Estat Català de la República Federal Española, lo que será utilizado más tarde para afirmar que el levantamiento fue exclusivamente separatista y que, por ello, las izquierdas españolas no se sumaron a él. Para finalizar, Companys proclama: «*Cadascú al seu lloc i Catalunya i la República al cor de tots!*» —«¡Cada uno en su sitio y Cataluña y la República en el corazón de todos!»—, una de sus frases más recordadas.

El Ajuntament de Barcelona, con el alcalde Carles Pi i Sunyer al frente, hace suya la proclamación de Companys y decide salir del edificio, cruzar la plaza de Sant Jaume y entrar en el Palau de la Generalitat. Pero la plaza ya ha sido tomada por los militares. El gobernador militar, el general Domènec Batet, pide instrucciones a Madrid. Batet no es un reaccionario, es un hombre disciplinado, conservador y muy amante de la ley. Ha formado parte de la Comisión Picasso y sueña con un ejército serio y profesional. Y, precisamente, será fusilado por los franquistas por no secundar el golpe de Estado reaccionario en julio de 1936.

Madrid quiere que Batet descargue toda su fuerza contra los rebeldes, pero este se niega, no por simpatía hacia Companys, sino porque le parece que eso daría lugar a una carnicería sin sentido. Durante la noche hay algunos incidentes, el más grave ante la sede del CADCI, en la Rambla, donde disparan contra los militares que los

asedian y un sargento muere. Como respuesta, los militares disparan y matan a tres sindicalistas. Durante toda la noche la Generalitat permanece sitiada, mientras Batet resiste las presiones que le ordenan que arrase el palacio con la artillería.

Finalmente, Batet dispara los cañones, pero ordena que los proyectiles no contengan carga explosiva. Los daños son pocos, pero suficientes para que la Generalitat comprenda que resistir es inútil. El presidente de la Generalitat, todo el Govern y otros cargos institucionales son detenidos y llevados al buque *Uruguay*, una prisión flotante. La Generalitat queda, de hecho, anulada y el Estatut, suspendido. En las semanas siguientes, todos ellos —hasta dos mil quinientos— serán juzgados. A Companys lo condenan a treinta años de prisión y, para que cumpla la pena, lo trasladan al penal de El Puerto de Santa María, en Cádiz. En Asturias las cosas han ido aún peor: los legionarios han encabezado la represión, comandados por Franco, y han asesinado a unas cuatro mil personas.

Las instituciones catalanas están ahora dirigidas por militares o por funcionarios llegados de Madrid. Durante todo el año 1935, Barcelona vive en una calma tensa. La política descaradamente reaccionaria del Gobierno central respecto a Cataluña y la presión sobre la clase trabajadora consiguen lo que había sido imposible en 1933: las izquierdas se unen para la campaña electoral de febrero de 1936. En Cataluña se presenta el Front d'Esquerres —Frente de Izquierdas (en España una coalición similar se llamó Frente Popular) —, que aglutina básicamente a Esquerra Republicana y una legión de partidos que van desde la socialdemocracia al marxismo. En el otro lado se formó otra coalición, el Front Català d'Ordre —Frente Catalán de Orden—, comandado por la Lliga y con elementos carlistas, monárquicos, reaccionarios y lerrouxistas. En España no se consiguió cerrar una coalición parecida y la CEDA encabezó una de derecha pura, próxima a la extrema derecha, mientras que los radicales cerraron otra, ligeramente más moderada.

Los resultados en Cataluña fueron abrumadores: de los 54 escaños en juego, 41 fueron a parar al Front d'Esquerres y 13 al Front d'Ordre. En la ciudad de Barcelona se jugaban 20 de esos escaños: 16 fueron para las izquierdas y 4 para las derechas. En el conjunto del Estado, 236 escaños acabaron en manos de las fuerzas izquierdistas, 136 fueron para la derecha y 59 se repartieron entre partidos que basculaban entre unos y otros. El resultado forzó la liberación de muchos presos políticos, entre ellos Companys y su gobierno, que volvieron a Barcelona y fueron recibidos por una multitud.

La nueva composición del Parlamento, y la no tan nueva distribución de fuerzas en Cataluña, no ocultaba un problema muy grave: la política de los últimos años había llevado a un nivel de crispación como no se había conocido antes. Un numeroso grupo de diputados de izquierda y de derecha estaba dispuesto a imponerse por la fuerza a los otros. Las izquierdas se sentían fuertes por el apoyo popular, muy ligado al sindicalismo socialista de la UGT en España y a la tradición laica y republicana en el caso de Cataluña. Las derechas tenían a su favor a los sectores agrarios castellanos y a buena parte del resto del Estado, además de a la mayoría de los militares. Era inevitable que las conspiraciones para acabar de decantar la situación hacia uno u otro lado se disparasen. Entre las izquierdas se mantenía la tradición revolucionaria, especialmente entre el anarcosindicalismo, que veía el juego parlamentario como algo inútil, como una distracción dedicada a las masas trabajadoras para alejarlas del objetivo básico: la revolución social. En las derechas, en cambio, se estaba forjando una alianza entre las diversas facciones, a menudo demasiado alejadas entre sí por sus intereses directos, con el fin de que el ejército, con el apoyo de pelotones fascistas y carlistas, tomase el poder. Tanto los unos como los otros —y especialmente las derechas— pretendían que, pasara lo que pasase, fuese definitivo y, por tanto, pretendían que la solución comportase la eliminación física de muchos enemigos y el terror generalizado entre los que sobrevivieran.

Esta tensión era más fuerte cada día. La acción de los pistoleros crispaba el ambiente por doquier. En Barcelona, los hermanos Miquel y Josep Badia son asesinados el 28 de abril de 1936. Habían salido de su domicilio, en la calle de Muntaner número 52, a primera hora de la tarde. Un grupo de hombres armados, algunos de ellos dentro de un coche, otros en las esquinas, los esperaban. Cuando llegaron al chaflán con Consell de Cent, les dispararon y ambos murieron en el acto. ¿Quién había matado a los Badia? Miquel había sido jefe de la Policia de la Generalitat y, como tal, había participado en muchas detenciones y persecuciones policiales —tantas que era llamado *Capità Collons*, es decir, Capitán Cojones—, lo cual podía explicar el atentado. En concreto, había perseguido con gran celo a traficantes de droga y estos se la podían tener jurada. Por otra parte, ambos hermanos eran conocidos por su militancia catalanista y habían tenido un gran protagonismo en los hechos de octubre de 1934. Por tanto, los grupos fascistas y reaccionarios podían estar detrás de su muerte. Pero aún había más: las actitudes de los dos hermanos, en ocasiones demasiado firmes e impulsivas, no los habían hecho precisamente populares en diversos sectores. En concreto, su relación con el presidente Companys era muy mala, en parte por un asunto de faldas, pues Companys y Miquel Badia estuvieron interesados por la misma mujer. ¿Un asesinato por celos? Finalmente, no se podía olvidar la intensa persecución de Miquel a los grupúsculos terroristas de la FAI, los anarquistas más recalcitrantes...

La investigación comenzó inmediatamente y conmocionó a la sociedad catalana. Los cuerpos fueron expuestos en el local del Estat Català, en la calle de Girona número 3, y después conducidos al cementerio en una procesión laica que congregó a muchísima gente. Aunque la opinión general era que los asesinos habían sido los anarquistas, nadie estaba totalmente convencido. El coche que se utilizó en el atentado fue encontrado en la esquina de la Travessera de les Corts con la calle Vallespir. Era un modelo muy apreciado por

los pistoleros de la FAI, pero eso no era una prueba definitiva. Tres días después del asesinato, el periodista Josep Maria Planas acusaba directamente a los anarquistas y escribía:

> Soy un periodista que, quizá, cometo la imprudencia de decir en voz alta lo que el noventa por ciento de los catalanes dice en voz baja. Numerosos amigos se me acercaron ayer para decirme que esta franqueza me puede costar cara. Es posible que quienes se dan por aludidos en mis artículos sepan si esta advertencia tiene fundamento.

Tenía razón: en agosto de 1936, Planes, un demócrata de firmes convicciones, fue secuestrado y llevado a la Arrabassada, donde los anarquistas lo asesinaron disparándole varias veces en la cabeza.

Un conocido pistolero de la FAI, que respondía al singular nombre de Justo Bueno, fue detenido, pero tuvo que ser liberado porque los testigos de los hechos entraron en un extraño mutismo. Otro periodista, Avel·lí Artís, *Tísner*, comenzó a publicar en *La Rambla* numerosos detalles de los hechos, que apuntaban claramente a Bueno y a otros miembros de la FAI. El 6 de julio, Tísner recibió una visita en la redacción: era Justo Bueno. El periodista estaba convencido de que este lo asesinaría allí mismo, pero Bueno hizo algo muy curioso: le explicó el asesinato con todo lujo de detalles y, cuando terminó, le dijo que ahora ya sabía toda la verdad y que, por tanto, si la publicaba, no debía extrañarse de lo que le ocurriera. Tísner, valientemente, decidió que lo publicaría todo al día siguiente y así lo hizo. A partir de entonces, intentaron asesinarlo en la plaza de Urquinaona, tuvo que huir a París y, cuando regresó a Barcelona a finales de septiembre, fue secuestrado y amenazado, pero por suerte no acabó asesinado.

En estas circunstancias, Tísner se marchó al frente de Aragón, convencido de que estaría más seguro en mitad de la guerra que no en las calles de Barcelona. Una vez allí, un día le tocó conducir un camión cisterna que llevaba agua a los soldados de la primera línea. Cuando circulaba por un camino estrecho, se encontró con que había una tanqueta parada que obstaculizaba el paso. Tísner bajó

del camión para decir a los de la tanqueta que se apartaran y, estupefacto, vio como del vehículo bajaba Justo Bueno, que, sorprendentemente, se mostró muy contento y le dijo: «Mira, ahora luchamos en el mismo bando, por la misma causa. Tú conduces un camión y yo una tanqueta, es la única diferencia entre nosotros. Aquello de antes de la guerra es otra cuestión, el pasado. Si entonces te hubiera encontrado, te hubiera cosido a tiros, que bien te lo merecías. Pero ahora todo es diferente y somos amigos. Te quiero decir algo que mi organización siempre ha admirado: los cojones. Los tuviste, ¡y muy grandes!». Tísner respiró aliviado.

Bueno acabó teniendo que huir del país porque se apropió de un dinero que debía servir para sostener la causa y, para ocultar la estafa, asesinó a varios anarquistas. Después, formó una banda dedicada a los atracos que operaba en el sur de Francia. Al acabar la guerra, volvió a Barcelona, pero fue reconocido por la calle, detenido y, finalmente, fusilado en el Camp de la Bota, donde hoy en día se encuentra el Fòrum.

El alzamiento del 19 de julio de 1936 minuto a minuto

El 19 de julio de 1936, una buena parte de la guarnición de Barcelona salió a la calle para tomar la ciudad. Barcelona estaba expectante, porque la insurrección militar había comenzado el día 17 en Marruecos, se había extendido el 18 a la península y era lógico pensar que pronto llegaría a Barcelona. El comisario general de Ordre Públic, Frederic Escofet, había preparado un plan para detener a los militares, en el que contaba con los Mossos d'Esquadra, la Guardia de Asalto (la policía estatal) y, esperaba, la Guardia Civil. Era muy poca cosa. Enfrente tenía a unos cinco mil soldados muy bien armados, con artillería y ametralladoras.

El alzamiento se puede seguir minuto a minuto, gracias a los informes de la época. A las cero horas del día 19, en los cuarteles de la guarnición militar de Barcelona se ultiman en secreto los

preparativos para sumarse a la insurrección militar contra el Gobierno de la República. La mayor parte de la oficialidad está a favor de la revuelta, por mucho que el capitán general de Cataluña, Francisco Llano de la Encomienda, dé órdenes de frenarla. En la comisaría de la Via Laietana, Frederic Escofet, mantiene en estado de alerta máxima a las unidades de la Guardia de Asalto y de los Mossos d'Esquadra, por si se produjese el alzamiento. Por las calles patrullan ya numerosos pelotones, algunos armados, de la CNT-FAI y de otras centrales sindicales, que vigilan los cuarteles.

A la una de la madrugada, en los cuarteles se comienza a detener a los oficiales que no quieren unirse al golpe. Una hora después, y a pesar de que el capitán general le tranquiliza, el presidente Companys no puede dormir y sale a pasear por la Rambla con Ventura Gassol, el *conseller* de Cultura y buen amigo suyo. Hay calma, pero cada vez afluyen más obreros y militantes de partidos de izquierdas.

A las cuatro y cuarto de la madrugada, en los cuarteles se subleva toda la guarnición militar de la ciudad de Barcelona. El general de caballería Álvaro Fernández Burriel asume el mando provisional del alzamiento, mientras espera que el general Manuel Goded, que debe dirigirlo, llegue desde Mallorca. El plan de los golpistas es converger en el centro de la ciudad desde los diversos cuarteles periféricos que rodean Barcelona. Un cuarto de hora más tarde, las tropas de los cuarteles de infantería de Pedralbes salen a la calle y comienzan a bajar por la Diagonal. Inmediatamente comienzan a sonar las sirenas de todas las fábricas y de los barcos del puerto para alertar a la población. Diez minutos después, por orden de Escofet, unidades de la Guardia de Asalto y de los Mossos d'Esquadra se desplazan rápidamente a distintos puntos estratégicos de la ciudad, según un plan de contragolpe establecido previamente.

A las cinco de la mañana, las tropas del cuartel de caballería de la calle Tarragona lo abandonan y se dirigen hacia la plaza de Espanya. Una sección recorre la calle Còrsega hacia la plaza del Cinc d'Oros, en el cruce entre la Diagonal y el Passeig de Gràcia. Un

cuarto de hora después, salen las tropas de los cuarteles de artillería de Sant Andreu del Palomar y avanzan, pasando por Vall d'Hebron, hacia el centro de la ciudad. A las cinco y diez, en el cruce de la Diagonal con la calle Balmes, el grueso de las fuerzas de los cuarteles de Pedralbes es interceptado por una sección de la Guardia de Asalto y, después de un intenso tiroteo, huye en desbandada. Diez minutos más tarde, al llegar a Cinc d'Oros, la sección de caballería que avanza por la calle Còrsega es deshecha por el fuego a discreción de los guardias de asalto y de algunos paisanos. Los soldados y oficiales de esta sección y de la tropa derrotada en la calle Balmes se refugian en el convento dels Carmelites de la Diagonal, en la esquina con la calle Llúria, y se hacen fuertes allí.

En toda la ciudad, muchos sindicalistas, con armas propias o requisadas en armerías, se dirigen a los lugares donde se producen combates y se suman a las fuerzas del orden. Comienzan a construirse barricadas por toda Barcelona. Hasta las siete de la mañana hay mucho movimiento de tropas. La tropa del cuartel de la calle Tarragona toma posiciones en la plaza de Espanya. Una de las secciones baja por el Paral·lel hasta llegar a la plaza de Colom. Otra, después de ser tiroteada intensamente desde la sede de Esquerra Republicana, se apodera de la plaza Universitat, donde instala ametralladoras. Allí se les unen falangistas y carlistas armados. También salen a la calle las tropas de los cuarteles de artillería del Poble Nou, comandados por el capitán López Varela, y avanzan por la avenida Icària en dirección al Pla de Palau, con el propósito de apoderarse de Governació.

A las siete de la mañana, Companys se traslada a la Comissaria General de la Via Laietana para dirigir las operaciones. Mientras tanto, los disparos se suceden por doquier. En la plaza de Espanya, los guardias de asalto, apoyados por las masas obreras de Hostafrancs, aniquilan a las tropas rebeldes después de un sangriento combate. Igualmente, las fuerzas de orden público, con la ayuda de miembros de la CNT-FAI procedentes de su centro en la calle Arc del Teatre, masacran a la columna facciosa que baja por el

Paral·lel. Una sección de infantería de Pedralbes consigue llegar a la plaza Universitat y avanza después hacia la de Catalunya, en la que logra instalarse a pesar del fuego de los francotiradores. Inmediatamente se apodera por sorpresa de la Telefónica, del Hotel Colón y de otros edificios. En Capitania, Fernández Burriel insiste en vano al capitán general para que se sume al golpe. A pesar de la negativa, no se atreve a detenerlo.

Hasta mediodía, en la calle Gran de Gràcia, una sección de guardias de asalto hace frente a un destacamento que pretendía bajar por el Passeig de Gràcia y reforzar a los insurgentes de las plazas del centro de la ciudad, y le obliga a replegarse después de una cruenta batalla. También las fuerzas del orden, en el cruce de la calle Diputació con la Via Laietana, frenan el avance de una columna del cuartel de la calle Girona, que se dirige a la plaza Urquinaona. Aquí, el fotógrafo Agustí Centelles hizo sus famosas fotografías en las que se ve un caballo muerto que sirve de parapeto a los guardias de asalto que disparan contra los soldados. A pesar de la resistencia, los facciosos consiguen montar piezas de artillería y ametralladoras en la Gran Via.

En el sector marítimo, la columna de artillería que avanza por la avenida Icària es interceptada por guardias de asalto y anarquistas, que han construido barricadas. Muchos soldados, arengados por los anarquistas, deponen las armas. López Varela es detenido. A las once y media, se puede decir ya que los militares golpistas han sido vencidos en la mayoría de los sitios. Tan solo resisten en las plazas de Catalunya y Universitat. Capitania está en sus manos, se han hecho fuertes en el cuartel de Drassanes y continúan parapetados en el convento dels Carmelites.

A mediodía, el general Goded ameriza en el muelle con un hidroavión, llega a Capitania, aunque es tiroteado, y arresta al capitán general. Enseguida comprueba que no puede contar con la aviación militar del Prat, que se mantiene fiel al Gobierno. También llama al general Aranguren, jefe de la Guardia Civil, un cuerpo clave que aún no ha intervenido. Aranguren se niega a secundar el golpe.

A las dos de la tarde, el primer tercio de la Guardia Civil, mandado por el coronel Escobar, sale de Governació y sube en formación por la Via Laietana. Al llegar frente a la comisaría, el coronel se cuadra ante el presidente Companys, que está en el balcón, y se pone a las órdenes de Escofet. Los dirigentes republicanos respiran aliviados. La Guardia Civil entra en combate en las plazas de Catalunya y Universitat, y, con el apoyo de los guardias de asalto y los obreros, que se mueven por los túneles del metro, decanta definitivamente la lucha a favor de la legalidad republicana.

Los golpistas se rinden en los edificios donde se habían fortificado. A primera hora de la tarde, las fuerzas combinadas de la Guardia Civil, la Guardia de Asalto y los sindicalistas atacan Capitania General, con la ayuda de los cañones que han apresado por la mañana. Después de un largo combate, Capitania se rinde. Goded es detenido y salvado del linchamiento por las masas. Más tarde, es trasladado ante Companys y reconoce por radio el fracaso de la insurrección. Goded y numerosos oficiales insurrectos son recluidos en el buque prisión *Uruguay*, donde había estado detenido Companys tiempo antes. Muchos soldados han desertado y hay una gran euforia revolucionaria por toda la ciudad.

El Comitè Central de Milícies Antifeixistes

Durante la noche del día 19, las masas comienzan a quemar iglesias y edificios religiosos. De madrugada, la CNT-FAI asalta los cuarteles de Sant Andreu y se apodera de una gran cantidad de armas y de material de guerra. Un destacamento de guardias de asalto enviado por Escofet llega tarde y no puede impedirlo. Por la mañana, la CNT ataca las Drassanes y los cuarteles de Colom, donde los militares están fuertemente atrincherados y fustigan con dureza a los asaltantes, que sufren muchas bajas, entre ellas las del líder anarquista Francisco Ascaso. Conquistadas las Drassanes, la CNT se apropia también de todo el armamento del cuartel. Estas requisas y

su decisión de luchar convierten a la CNT-FAI en la auténtica dueña de la situación, por encima de otros partidos y sindicatos. La Guardia Civil, a las órdenes del coronel Escobar y con el apoyo de los anarquistas, toma posesión del convento dels Carmelites. Las masas linchan entonces a muchos militares y religiosos. Por la tarde, veinte dirigentes anarquistas armados, entre ellos Durruti y Garcia Oliver, se presentan en la Generalitat. Companys no tiene más remedio que aceptar la creación del Comitè Central de Milícies Antifeixistes, que durante dos meses será el auténtico órgano de poder en Cataluña.

Esta es la situación en Barcelona. Hay centenares de muertos, muchos yacen en las calles de la ciudad, en las zonas más céntricas. Aunque el golpe lo han frenado las fuerzas profesionales de los Mossos, la Guardia de Asalto y, en última instancia, la Guardia Civil, la participación de las fuerzas populares encabezadas por los anarquistas en la segunda parte de la lucha ha dejado una Barcelona controlada, en buena medida, por la CNT y la FAI. En los primeros días no está claro hacia dónde irá la situación. Hay mucha confusión y las noticias que llegan de distintos puntos de España tampoco resultan tan claras como sería deseable. En Madrid, aunque por poco, han ganado los leales al Gobierno, mientras que en Andalucía la llegada de las tropas de las Canarias y Marruecos está provocando una masacre. Los legionarios y los regulares practican una política de tierra quemada y no dejan prisioneros atrás, conscientes de que son pocos y de que únicamente la velocidad y el terror desencadenado pueden darles la victoria. Porque lo que está claro es que el golpe de Estado que se pretendía hacer ha fracasado o, como mínimo, no ha alcanzado ni de lejos sus objetivos. El plan era que, en dos o tres días de lucha, los militares consiguieran el poder de todo el Estado y esto no ha sido, ni mucho menos, así.

Barcelona es el lugar donde la República es más fuerte, en teoría, pero esto no es completamente cierto porque los poderes republicanos han quedado desmontados, aunque las instituciones

mantengan su nombre. El poder real ya no está en manos de quienes fueron elegidos democráticamente, sino de los grupos organizados que tienen las armas a su disposición.

En la ciudad aparecerán patrullas armadas que responden más o menos a la CNT, pero sobre todo a la FAI —aunque, en mucha menor medida, habrá de todos los partidos—, y que comienzan una sistemática labor de detención, y a menudo de asesinato, de aquellas personas que consideran contrarias a la revolución. Y cualquiera puede caer en sus manos, desde fieles devotos o capellanes hasta personas como Josep Maria Planas, contrarias a los usos de los anarquistas de acción, y los simpatizantes de la Falange o de los carlistas, tanto da.

En más de una ocasión, las patrullas buscan vengar viejos agravios del pasado. Por ejemplo, todos aquellos hombres que habían tenido alguna relación con el Sindicat Lliure, los pistoleros de la patronal, son asesinados de forma especialmente cruel, como le ocurrió a uno de los más conocidos, que en el cruce del Passeig de Gràcia con Gran Via fue atado a dos coches, los cuales arrancaron en dirección contraria y acabaron con su vida. Más habitualmente, los detenidos de esta manera tan poco oficial acababan su vida en la carretera de la Arrabassada, en cualquier descampado solitario o, incluso, en los muros de los cementerios de la ciudad.

Muchas iglesias son quemadas y sus tesoros artísticos desaparecen para siempre. También se queman los registros parroquiales de todas las iglesias de Barcelona, unos documentos que, en muchos casos, se remontaban a la Edad Media. Tan solo se salva el de la iglesia del Pi, en una acción heroica de las bibliotecarias de la Biblioteca de Catalunya que, entre las llamas y los disparos que reciben, trasladan los libros antiguos cargándolos por encima del tejado del templo.

Al mismo tiempo que actúan estas patrullas del terror, muchos hombres jóvenes e, incluso, algunas mujeres se presentan voluntarios para ir al frente. Los partidos y los sindicatos organizan columnas de milicianos hacia Aragón. La mayoría son anarquistas,

pero también los hay de un partida recién fundado, el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC). Con el tiempo, se organizan también columnas de milicianos de un partido trotskista, el Partit Obrer Unificat Marxista (POUM), encabezado por el intelectual Andreu Nin; la columna Macià-Companys, básicamente de Esquerra Republicana; la Pirinenca, o de milicias alpinas, formada por jóvenes catalanistas radicales y montañeros aragoneses, etcétera. Estos voluntarios eran, en general, la gente más idealista, la más constructiva, y su marcha de Barcelona no fue, por tanto, nada positiva para lo que estaba ocurriendo en la ciudad.

Muchas empresas, instituciones y entidades fueron colectivizadas. En algunos casos, el propietario o el gerente participaron en la colectivización y pasaron a ser técnicos de la empresa, lo que, al acabar la guerra, les permitió recuperar la propiedad. En este proceso, los ánimos se serenaron poco a poco. El Comitè de Milícies Antifeixistes consiguió frenar la salvaje acometida de las patrullas de las primeras semanas con una táctica que resultó mortífera para otros catalanes: las enviaron a la retaguardia del frente de Aragón. Allí, en las comarcas del Priorat y de la Terra Alta, estos grupos de asesinos causaron una gran matanza en las poblaciones de la zona.

La guerra se alarga y, a finales de junio, comienzan a llegar numerosos contingentes de extranjeros que se incorporan al combate dentro de las Brigadas Internacionales. Uno de los que llega a Barcelona, concretamente el 26 de diciembre, es el escritor británico George Orwell, autor de *Rebelión en la granja* y *1984*. En ambas novelas, Orwell critica el totalitarismo, especialmente en su vertiente izquierdista, el estalinismo. Esto quizá podría parecer extraño en un hombre que llega a Cataluña encuadrado en las filas de una organización marxista británica, pero lo que ocurre es que Orwell simpatiza enseguida con la gente del POUM, los marxistas heterodoxos que se sienten lejos del estalinismo, representado en aquellos años por el PSUC. Cuando regresa a Inglaterra, antes de

que acabe la guerra, Orwell escribe *Homage to Catalonia* (*Homenaje a Cataluña*, 1938), donde explica sus impresiones de la Barcelona de la Guerra Civil:

> No había automóviles particulares, porque los habían requisado todos, y los tranvías, los taxis y buena parte de los demás vehículos de transporte estaban pintados de rojo y negro. Por todos lados se veían carteles revolucionarios, que incendiaban las paredes con sus colores rojos y azules, los cuales hacían que los pocos anuncios que quedaban pareciesen manchas de barro. A lo largo de la Rambla, la ancha arteria central de la ciudad, por donde la multitud circulaba constantemente arriba y abajo, los altavoces bramaban cantos revolucionarios durante todo el día y buena parte de la noche. Y lo más sorprendente era el aspecto de esta multitud. En apariencia, era una ciudad donde las clases ricas habían dejado prácticamente de existir. Aparte de un pequeño número de mujeres y extranjeros, no se veía gente bien vestida. Casi todo el mundo llevaba ropa de trabajo, monos azules o alguna variante del uniforme miliciano. Todo ello resultaba extraño y conmovedor.

Pero no todo era tan idílico, según Orwell:

> Mezclado con todo aquello se respiraba el ambiente mefítico de la guerra. La ciudad tenía un aspecto sucio, miserable; las carreteras y los edificios estaban en mal estado, las calles, por la noche, eran muy oscuras, por miedo a las incursiones aéreas, la mayoría de las tiendas estaban sucias y medio vacías. La carne escaseaba y la leche era casi inencontrable; también faltaban carbón, azúcar y gasolina, y la escasez de pan era realmente grave. Ya entonces las colas para el pan se extendían cientos de metros. Y, a pesar de todo esto, por lo que se podía apreciar, la gente parecía satisfecha y esperanzada. Había trabajo para todos, y el coste de la vida era aún extremadamente bajo; apenas se veía gente realmente pobre, y ningún mendigo, aparte de los gitanos. Sobre todo, había fe en la revolución y en el futuro, el sentimiento de haber entrado bruscamente en una era de igualdad y de libertad.

Todo esto termina al cabo de un tiempo. La guerra es un desastre para las fuerzas republicanas, en parte —solo en una pequeña parte— debido al desbarajuste en la retaguardia. Los socialistas y los comunistas han pasado a ser hegemónicos en todas partes, excepto en Cataluña, donde dominan los cenetistas y los

poumistas. En mayo de 1937 ambos bandos se enfrentan en las calles de Barcelona y doscientas ochenta personas mueren en los combates. Los comunistas heterodoxos del POUM son masacrados y apartados del poder, acusados incluso de traidores, mientras que los anarquistas pierden una buena parte de su influencia. La fuerza dominante es el PSUC. Companys, quien había recuperado poco a poco una parte del poder de la Generalitat y había podido practicar una cierta política autónoma, es apartado del control del orden público que el Gobierno central quería recuperar desde el principio de la guerra.

Barcelona bajo las bombas

A esta situación se sumarán los bombardeos que vive la ciudad. Gernika y Madrid ya habían sufrido raids aéreos terribles, pero eran dos zonas próximas a la línea del frente. Lo que hasta entonces jamás se había hecho en este nivel de barbarie era atacar ciudades tan alejadas de los enfrentamientos. La estrategia franquista, con el apoyo inicial de la aviación y la marina italianas y, después, también de la aviación alemana, fue atacar las principales ciudades de la costa mediterránea.

Barcelona fue la que sufrió más ataques aéreos de este tipo, en concreto ciento noventa y cuatro desde marzo de 1937 hasta enero de 1939. Dos mil quinientos barceloneses murieron y unos tres mil doscientos resultaron heridos. El número de casas destruidas no se contó, pero desaparecieron barrios enteros o tuvieron que ser demolidos porque estaban en ruinas.

Tiempo antes de que comenzasen los ataques, las autoridades civiles de Barcelona adecuaron o construyeron refugios antiaéreos; en total se hicieron unos mil cuatrocientos. Los túneles del metro también sirvieron de refugio; el más concurrido fue el de la plaza Universitat. Las autoridades previnieron diversas medidas de protección; la primera era avisar cuando llegaban los aviones, algo

que no resultaba nada sencillo. Se hacía mediante pequeños barcos conectados por radio a la costa o bien gracias a vigías equipados con prismáticos que se situaban en los puntos más elevados de la ciudad. Como los primeros raids se hicieron principalmente sobre la zona del puerto y la Zona Franca, en la montaña de Montjuïc se instalaron las primeras baterías antiaéreas, que resultaron inútiles por completo.

Además, pronto los aviones atacaron prácticamente toda la ciudad, desde el centro medieval hasta el Eixample, pasando por Gràcia, Horta, Sants y Poble-Sec, entre otros barrios. Los bombardeos más intensos, que causaron miles de muertos, tuvieron lugar los días 16, 17 y 18 de mayo de 1938. La aviación italiana, sin consultar a Franco, emprendió una campaña sistemática de destrucción de Barcelona. No tenían ningún objetivo concreto, solo sembrar el terror. El día 17, además, el azar hizo que una de las bombas de la aviación impactase en un camión cargado de explosivos que circulaba por la Gran Via, entre la calle de Balmes y la Rambla de Catalunya. La doble explosión causó centenares de muertos. Varios edificios del lado de mar se derrumbaron y sepultaron a las personas que los ocupaban. E incluso hubo muertos a causa de la metralla más allá del Passeig de Gràcia. Esta acción salvaje fue tan desmesurada que incluso el Papa pidió a Benito Mussolini que detuviese la masacre, lo cual hizo durante unos días.

El inicio de la ofensiva del Ebro, en julio de 1938, trajo más sufrimiento a la ciudad. Además del hambre, muchos jóvenes de diecisiete años de edad tuvieron que ir al frente y muchos no regresaron jamás. La ciudad estaba agotada, pero expectante por el resultado de la batalla. Los republicanos pretendían mantener las posiciones hasta que estallase el conflicto europeo, que se presentía cercano. Si Francia y Gran Bretaña se enfrentaban a Alemania, probablemente atacarían también a la España franquista y eso le permitiría recuperar posiciones a la República. Pero eso no ocurrió y, una vez se firmó el Pacto de Múnich, a finales de septiembre, la República estaba condenada.

La derrota en el Ebro conllevó la ocupación de Cataluña y, a comienzos de 1939, el avance franquista ya se percibía como imparable. El 22 de enero, con el ejército faccioso muy cerca de la ciudad, las autoridades partieron hacia el exilio, junto con unas cuatrocientas cincuenta mil personas, que vivieron un calvario en uno de los inviernos más fríos que se recuerdan.

Los franquistas se acercaron a una ciudad abierta, aunque algunos mandos comunistas habían ordenado destruir Barcelona con explosivos para no dejarla en manos del enemigo. Pero, afortunadamente, quien recibió las órdenes de Moscú para volar Barcelona fue el comunista catalán Miquel Serra i Pàmies, *conseller* d'Obres Públiques de la Generalitat, que no solo ignoró la orden, sino que también impidió que el plan se pusiese en marcha.

LA ENTRADA DE LOS FRANQUISTAS EN LA CIUDAD

Los franquistas podían haber entrado en Barcelona el 23 o el 24 de enero, pero decidieron esperar. Esta espera tenía un sentido: querían hacerlo el día 26, fecha que coincidía con el aniversario de la derrota que el ejército castellano sufrió en 1641. Era una manera de vengarse de aquel ignominioso desastre. El general carlista José Solchaga, que estaba al frente del cuerpo del ejército de Navarra, llegó hasta el mirador del Tibidabo y se quedó estupefacto al ver Barcelona, que se extendía a sus pies, con sus casas, fábricas, parques y calles llenos de vida a pesar de la guerra. Desde aquel mirador el general, cubierto con su boina, exclamó: «Dios mío, ¿quién ha permitido esto?».

La entrada de los tanques por la Diagonal, el día 26, ha sido recordada a menudo por los franquistas, los que aún quedan, porque la gente salió de sus casas y aclamó a los soldados que llegaban. Era lógico, pues una buena parte de los que salieron simpatizaban con los franquistas, pero también hubo muchos que acudieron para celebrar el final de la guerra. Y, sin la menor duda,

muchos fueron para demostrar públicamente que no tenían nada que ver con la República, en previsión de las represalias que estaban a punto de comenzar.

Con los militares entraron en Barcelona los barceloneses que habían luchado en el bando franquista, entre ellos el periodista Carles Sentís. Sentís había formado parte del grupo de periodistas emergentes de la República y se había mostrado próximo a Acció Catalana, un partido aliado de Esquerra. Después de octubre de 1934 Sentís se acercó a Cambó, y cuando comenzó la guerra partieron juntos al exilio, en el que trabajó para los servicios de información franquistas. Ya instalado en el régimen, regresó a Barcelona pocos días después de la ocupación y publicó un artículo en *La Vanguardia* que se le recordó durante toda su vida. El artículo se titulaba «*Finis Cataloniae*» —«El fin de Cataluña»— y, entre otras cosas, decía:

> ¡Cómo se ha parecido esta Revolución (en Cataluña) a una inmensa película de «gángsters»! ¡Qué copia tan siniestra de esta producción «standard», con la cual la judía Hollywood invade el mundo! Todos recordamos que las primeras manifestaciones de la revolución en Barcelona fueron los grandes coches aristados de «Parabellums» y «Hammerless» derrapando por el asfalto de la calle Balmes con los neumáticos chirriantes y enloquecidos. [...] Aquella Cataluña acabó, pero la Cataluña real [...] hoy, precisamente, empieza a amanecer.

Las nuevas autoridades no tuvieron manías a la hora de reprimir a los ciudadanos. La mayoría de los que habían tenido alguna responsabilidad en los asesinatos de la guerra habían huido. Aquellos que durante la guerra habían sido leales a sus ideas se quedaron, convencidos de que no habían hecho nada reprobable.

Pero el nuevo régimen no pensaba del mismo modo: primero se pusieron en marcha los expedientes de depuración para saber qué implicación había tenido cada persona en la República. A aquellos de los que se consideraba que habían participado de una manera u otra en la Generalitat o en el Govern republicano se les apartaba de su cargo, a menudo se les hacía abandonar la ciudad y, en el peor de

los casos, se les encarcelaba. Además, los franquistas no fueron demasiado coherentes, quizá de manera intencionada, a la hora de reprimir y condenar. Mucha gente, solo por el hecho de estar afiliada a Esquerra Republicana o a la CNT, acabó frente al pelotón de fusilamiento. Otros, en las mismas circunstancias, fueron liberados sin cargos. La justicia era voluntariamente arbitraria, porque así era mucho más temida que una justicia dura pero coherente.

El símbolo de la represión será la ejecución del presidente de la Generalitat, Lluís Companys, el 15 de octubre de 1940. Companys había sido detenido en Francia por un agente franquista con la connivencia de las autoridades alemanas y francesas. Después de ser torturado, se le trasladó a Barcelona, al castillo de Montjuïc, donde fue sometido a un juicio esperpéntico y condenado a morir fusilado. En el foso de Santa Eulàlia del castillo, Companys se descalzó para pisar la tierra catalana con sus pies desnudos al morir y gritó «*Per Catalunya!*» —«¡Por Cataluña!»— antes de recibir los disparos que lo mataron.

Aparte de la represión directa, con exiliados, prisioneros y ejecutados, también había castigos más sutiles. Por ejemplo, la confiscación de los bienes de los vencidos, que pasaban directamente a ser propiedad de algunos vencedores. En ocasiones, se representaba la farsa de una subasta de esos bienes, que eran adjudicados únicamente a aquellos que formaban parte del régimen. Algunas familias de los vencedores se enriquecieron considerablemente de este modo y, de hecho, sus descendientes —no todos, ni mucho menos, de derechas— continúan disfrutando de los beneficios derivados de la rapiña durante la posguerra.

La vida cotidiana de los que no gozaban de estos privilegios era miserable. Se pasaba hambre, mucha hambre, no tanta como la que se había pasado durante la guerra, pero mucha. El idioma catalán estaba prohibido y no eran infrecuentes los episodios de palizas a personas que lo hablaban en la calle y eran oídas por algunos indeseables del régimen. El catalán ni siquiera era admitido en las iglesias, que, por otro lado, eran un pilar básico de las ideas

franquistas. El régimen franquista se ha definido a menudo como nacionalcatólico y esto responde claramente a una realidad innegable. Pasada la primera década del franquismo, la grisura se hizo dueña y señora de Barcelona. Nadie quería destacar, por miedo a las represalias. El silencio, la discreción, el ir haciendo se convirtieron en el principal sistema de supervivencia en aquellos tiempos tan difíciles. Mucha gente se encerró en la vida familiar o en una vida religiosa alejada de la jerarquía, más íntima.

La fisonomía de la ciudad cambió. Aparte de la demolición de las casas en mal estado, que dio lugar a la ampliación de la plaza Nova, delante de la catedral, o a la creación de la plaza de la Vila de Madrid, también cambiaron los monumentos que adornaban Barcelona. En 1936 se había instalado un obelisco —que sigue en pie y es conocido popularmente como *El Llapis* por su parecido con un lápiz— en la intersección de la Diagonal con el Passeig de Gràcia. Estaba acompañado por una estatua de la República que homenajeaba a Pi i Margall y era obra del escultor Josep Viladomat. En el concurso para elegir la obra que debía instalarse, el escultor Frederic Marès quedó en segundo lugar. Como la estatua que se instaló representaba a una mujer desnuda, los barceloneses solían decir, cuando se citaban con alguien entre aquella plaza y el monumento al poeta Mossèn Cinto Verdaguer, situado en la intersección de la Diagonal con el Passeig de Sant Joan, que quedaban entre la fulana —la estatua de la República— y la sotana, que identificaba la efigie de Verdaguer.

Cuando los franquistas ocuparon Barcelona, quisieron deshacerse de la estatua de la República, más que por lo que simbolizaba, porque se trataba de una mujer desnuda. Marès, que era muy espabilado y siempre estaba del lado de quien mandaba, ofreció inmediatamente su estatua, que había modificado de manera conveniente para hacer ver que representaba a Niké, la diosa griega de la victoria. Además, como tenía el brazo derecho extendido, podía interpretarse que la estatua realizaba el saludo fascista. La idea

gustó mucho y la estatua de la República fue a parar al limbo de los almacenes municipales, donde los funcionarios la escondieron para evitar que la destruyesen.

Años después, Josep Viladomat, el autor de la primera estatua, tuvo un problema con la Guardia Civil. Viladomat, que renegaba de Marès y afirmaba públicamente que era un fascista y un sinvergüenza, vivía a caballo entre Andorra y Barcelona. Tenía un coche de lujo, con matrícula de Andorra, que solo podía utilizar seis meses al año en el territorio español por cuestiones legales. Pero el escultor no respetaba esta norma y, un día, la Guardia Civil lo detuvo y le confiscó el coche. Viladomat se dirigió entonces a las autoridades para ver qué se podía hacer. La respuesta fue clara: si quería recuperar el vehículo, debía hacer un favor al régimen, tenía que esculpir una estatua ecuestre del general Franco. Viladomat aceptó el encargo —él, que era tan de izquierdas— y realizó la estatua, que presidió durante muchos años el patio del castillo de Montjuïc.

La inmigración en los años cincuenta

A partir de los años cincuenta, la ciudad se transforma por un motivo bien diferente: la inmigración que llega tanto de Andalucía como de Extremadura, Castilla y Galicia. Cataluña ha perdido una buena parte de su población a causa de la guerra y el exilio, pero, en cambio, no ha perdido por completo su capacidad industrial. El país necesita mano de obra y, a lo largo de esos años, centenares de miles de personas llegan para cubrir esta demanda. En un primer momento, se instalan en barrios de barracas, construidos de cualquier manera, siempre en la periferia de Barcelona y en unas condiciones infrahumanas. En 1952 se celebra en Barcelona el XXXI Congreso Eucarístico Internacional, un acontecimiento que es un regalo para un régimen que carece de relaciones internacionales, pero que está intentando desesperadamente hacerse un lugar en el mundo ante la

posibilidad real de una parálisis económica. Con motivo de la reunión, el obispo de Barcelona, Gregorio Modrego, y las autoridades franquistas promueven la construcción de unas tres mil viviendas en el norte de la ciudad, en Sant Andreu, en la zona que a partir de entonces se llamará el barrio del Congrés.

Los inmigrantes que llegan a Barcelona se encuentran pronto con que no tienen posibilidades de instalarse en la ciudad y, por ello, comienzan a buscar alojamiento en los pueblos, generalmente agrícolas, de los alrededores. Es entonces cuando tiene lugar un crecimiento muy rápido del cinturón de Barcelona, de l'Hospitalet de Llobregat, Cornellà, Santa Coloma de Gramenet, Sant Adrià de Besòs... A menudo, los recién llegados han soportado unas condiciones de vida muy duras en sus lugares de origen, no solo por razones económicas, que también, sino a menudo por cuestiones políticas. El dominio de los caciques en muchos pueblos rurales del interior de España conduce a unas condiciones de vida asfixiantes que hacen que mucha gente decida marcharse. En Cataluña el franquismo es el mismo que en Andalucía o Galicia, pero no hay caciques, sino burgueses. Y estos burgueses entienden cómo funcionan las relaciones de trabajo, que pasan por la explotación económica de los obreros, pero no por la explotación personal de estos y de sus familias. Quizá sea salir del fuego para caer en las brasas, pero la mayoría de los recién llegados lo prefieren así. Además, los barceloneses distinguieron bien, en general, a los inmigrantes que acudían para ganarse honradamente la vida de los paracaidistas del régimen que llegaban con un ánimo conquistador. De hecho, las grandes luchas obreras durante el franquismo comenzaron siendo luchas vecinales, en las que los catalanes autóctonos y los catalanes recién llegados trabajaron codo con codo. Tampoco es una anécdota menor que el primer lugar donde los padres reclamaron la inmersión lingüística en la escuela para sus hijos fuese Santa Coloma de Gramenet, una zona completamente castellanohablante.

La contestación al régimen

Al mismo tiempo que la inmigración iba llegando y se consolidaba en Barcelona, el pueblo comenzaba a mostrar su oposición al franquismo. En 1951 tuvo lugar un hecho insólito desde la llegada del régimen: una protesta masiva de la población. El precio del billete de tranvía era sensiblemente más caro en Barcelona que en Madrid. En marzo de ese año, las autoridades decretan un nuevo aumento en Barcelona con la intención declarada de subvencionar nuevos transportes en Madrid. Este hecho indigna a la gente y comienzan a circular unas octavillas clandestinas que llaman al boicot a los tranvías y, en poco tiempo, se organiza la protesta. El régimen no sabe qué hacer. Inicialmente, la gente es obligada a subir a los tranvías a punta de pistola, pero, el 12 de marzo, estas imposiciones hacen estallar la revuelta. Una manifestación espontánea baja por la Via Laietana y se dirige hacia la plaza de Sant Jaume, donde después se disuelve ante la llegada de la policía. Un grupo de manifestantes se acerca al Hotel Ritz, en la esquina de Gran Via y la calle Llúria, y lo apedrea. Se hacen descarrilar tranvías en la ronda de Sant Antoni y las calles Rosselló y Muntaner... Naturalmente, la policía interviene y mata a unos cuantos manifestantes. Sin embargo, el boicot continúa. El domingo, el Barça disputa un partido en el campo de Les Corts y llueve a cántaros. Las autoridades disponen que numerosos tranvías esperen vacíos a las puertas del campo de Les Corts para que, al salir del partido, los aficionados se los encuentren de frente. Ni siquiera eso consigue que la gente suba a los tranvías, y todos los asistentes al partido regresan a casa a pie bajo la lluvia. El Gobierno destituye al gobernador civil y al alcalde, al tiempo que hace una batida masiva entre los barceloneses. Por estos hechos, algunos de ellos serán condenados a muerte y otros a muchos años de prisión.

La huelga es un hecho aislado, pero abrirá la puerta a la contestación al régimen, que siempre se comportó muy duramente con los opositores. Durante los años cincuenta, y siempre de manera

muy prudente, grupos de estudiantes, de obreros, gentes de la cultura, de la literatura, del periodismo, se posicionan contra el franquismo. Un punto importante es la conversión de buena parte de la Iglesia catalana, sobre todo la de base, que se pone a favor del pueblo y en contra de las autoridades, aunque al principio de forma muy tímida. El régimen debe tolerarlo porque, para conseguir una mejor estabilidad económica que permita la entrada de capital extranjero y, además mejores relaciones internacionales, especialmente con Estados Unidos, no tiene más remedio que mostrarse algo menos represivo que en la década anterior.

En 1953 abre sus puertas la factoría de Seat en la Zona Franca. Seat es un invento del Ministerio de Industria para conseguir la licencia de la italiana Fiat y construir sus modelos. La intención de las autoridades franquistas es instalar la factoría en Valladolid, pero los italianos se niegan y afirman que, si no es en Barcelona, no darán las licencias. El franquismo cede, nada entusiasmado con la idea. El *boom* de Seat llega con la fabricación del segundo modelo que se pone a la venta, el 600. Este modelo representó un antes y un después en la motorización del país. Costaba una fortuna para la época, y para conseguirlo era necesaria la recomendación de alguien que avalase al comprador. Gracias al 600, la factoría de la Zona Franca vivió un desarrollo espectacular y alimentó al barrio del mismo nombre, situado al lado del cementerio de Montjuïc.

Durante los años sesenta, el franquismo continuó perdiendo fuelle sin abandonar nunca por completo el espíritu asesino que lo distinguió siempre. Franco y su corte intentaron cambiar la imagen del régimen y del propio dictador. Cada vez, el general vestía menos de militar. El noticiario del régimen acostumbraba a mostrarlo en escenas de vida familiar, viendo la televisión, pescando, inaugurando alguna cosa... Pero, en cambio, nunca lo mostraba firmando penas de muerte, una actividad a la que también era muy aficionado.

La década de los sesenta fueron los años de Josep Maria Porcioles al frente de la alcaldía de Barcelona. Porcioles sigue siendo un alcalde controvertido. Hay muchos que actualmente, renegando

de los aspectos franquistas de su gestión, consideran que en general lo hizo bien y que transformó Barcelona positivamente. Otros, en cambio, sin quitar mérito a algunas de sus realizaciones, cuestionan que el resultado fuera positivo y afirman que trajo unos cambios a la ciudad que aún hoy en día se están pagando.

Porcioles era un notario, nacido en Balaguer, que gracias a su pertenencia al Opus Dei se encontró con el cargo de alcalde casi por casualidad. Desde el primer momento, mezcló sus intereses personales con el deseo de proyectar la ciudad internacionalmente. La etapa de Porcioles es la de la destrucción de numerosas casas y monumentos de la ciudad bajo la piqueta con tal de facilitar la construcción de pisos y oficinas. Por eso las grandes compañías constructoras siempre se mostraron muy agradecidas con Porcioles. El alcalde mantuvo su notaría, donde escrituró muchos de los pisos que ayudaba indirectamente a construir. Porciones permitió también el aumento de la edificabilidad en los edificios del Eixample. Esto se tradujo en una de las cosas que más afeó una ciudad tan bella como Barcelona: edificios que habían sido muy dignos se remataron por arriba con dos o tres pisos más construidos posteriormente. Esto aumentó mucho la rentabilidad de las viviendas, pero destruyó, quizá para siempre, el paisaje constructivo del Eixample. Algunos urbanistas actuales, prescindiendo de cuestiones estéticas, consideran que fue un acierto porque contribuyó a que el Eixample no se convirtiera únicamente en un barrio de oficinas y a que la rentabilidad de los comercios del barrio continuase siendo bastante buena gracias al aumento de la población. Quizá sea así, pero si seguimos este argumento, a lo mejor sería necesario que el Ajuntament dejase edificar en los cruces de las calles o en mitad de la Rambla de Catalunya o que considerara suelo urbanizable todas las plazas del Eixample...

VIENTOS DE CAMBIO

Porcioles acabó siendo contestado por una población, la barcelonesa, que a principios de los años setenta ya no quería saber nada del franquismo. Las manifestaciones, siempre reprimidas, eran continuas. Las asociaciones de vecinos se tornaron cada vez más numerosas y llegaron a condicionar la vida municipal en los últimos años del franquismo. Además, el consistorio hacía el ridículo constantemente. En marzo de 1975, tan solo ocho meses antes de la muerte del dictador y cuando los vientos de cambio soplaban ya tan fuerte que era imposible no notarlos, dieciocho de los veintiséis regidores que formaban el pleno votaron en contra de conceder una subvención para la enseñanza del catalán. El escándalo fue mayúsculo, tanto que muchos de ellos acabaron pidiendo perdón públicamente, un hecho insólito, y el gobernador civil, el incombustible Martín Villa, anuló el pleno para intentar frenar las protestas.

La muerte de Franco abrió una nueva época. Aunque los tics franquistas pervivieron durante muchos años, lo cierto era que muchos sectores sociales vivían ya desde hacía tiempo con la mirada puesta en Europa. Los jóvenes barceloneses de finales de los setenta protagonizaron una eclosión de costumbres que, en poco tiempo, convirtieron Barcelona en una meca para muchos jóvenes europeos. Estos jóvenes son los hermanos pequeños o los hijos de aquellos que, en los años sesenta, habían protagonizado el movimiento musical de la Nova Cançó, con raíces más *folk*.

A finales de los setenta y principios de los ochenta, los jóvenes barceloneses comienzan a gustarse, toda la ciudad comienza a gustarse. El hecho de que el Ajuntament sea elegido democráticamente contribuirá mucho a este debate ciudadano permanente. Con Pasqual Maragall, la ciudad vive en una discusión perpetua con ella misma, sobre todo en cuestiones estéticas. Se discuten los cambios que el equipo del arquitecto Oriol Bohigas pone en marcha en Barcelona, las plazas duras, las farolas de diseño, los cambios estéticos de la ciudad. Maragall demuestra ser un alcalde brillante, aunque en ocasiones algo atolondrado, algo que encanta a

los barceloneses. De él partirá la gran idea de la transformación moderna de Barcelona, los Juegos Olímpicos que se celebraron en 1992. La gran capacidad de maniobra que demostró el Gobierno de Madrid, muy reticente inicialmente a la idea, y la alianza que estableció con un exfranquista como José Antonio Samaranch, presidente del Comité Olímpico Internacional, hicieron posible que Barcelona fuese la ciudad elegida para celebrar los Juegos.

Maragall fue lo bastante hábil como para no organizar unos Juegos que después dejasen la ciudad baldía, pero con unas instalaciones deportivas desmesuradas. Barcelona creó un cinturón periférico para facilitar la circulación y ganó un nuevo barrio, el de la Vila Olímpica, que abrió la ciudad al mar. Se hizo una limpieza intensiva de las fachadas modernistas, se ayudó a que todos los restaurantes y todos los servicios se actualizaran. De repente, Barcelona, que había sido siempre una ciudad con cierto encanto pero incómoda, se convirtió en una de las mecas del turismo internacional.

En las últimas décadas, desde los Juegos Olímpicos, la ciudad ha continuado en esta línea, aunque haya traído consigo que muchos barceloneses comiencen a sentirse extranjeros en una ciudad llena de turistas. Quizá se haya exagerado, pero es cierto que en algunos barrios de Barcelona la convivencia con el turismo invasor es complicada. El caso más paradigmático es la Barceloneta, un barrio que siempre ha sido obrero y modesto y que, ahora, padece una invasión en toda regla que ha conllevado un aumento de los precios insostenible para el nivel de renta de sus habitantes.

Ya en este siglo, Barcelona ha iniciado también, o, mejor dicho, ha recuperado, el talante combativo que siempre la había distinguido. En los últimos años se ha convertido en la ciudad del mundo donde se celebran las manifestaciones más multitudinarias, siempre pacíficas, pero intensamente reivindicativas. La Barcelona que sobrevivió a la razia de Almanzor; que forzó la creación de un Consell de Cent donde estaban representados los habitantes de toda la ciudad; que soportó pestes y revueltas; que derrotó a los

invasores desde la cima de Montjuïc; que se resistió a sus atacantes meses y meses y causó la admiración del mundo; que se rebeló una y otra vez contra la injusticia; que fue la *Rosa de Foc* —la Rosa de Fuego—; que se levantó y proclamó la República con flores en las manos; ahora, esta Barcelona vuelve a resurgir. Y probablemente lo hará, como mínimo, durante dos mil años más.

AGRADECIMIENTOS

Hace más de cincuenta años, dejémoslo así, que soy barcelonés. En diferentes épocas de mi vida he tenido una relación más o menos intensa con mi ciudad. Según la edad, supongo que nos pasa a todos, he mirado más mi propio ombligo que el de mis conciudadanos. Pero hace ya mucho tiempo que cambié mi manera de ver las calles de Barcelona y a su gente. Comencé a zambullirme poco a poco en el pasado de mi ciudad y descubrí que llevaba viva un par de milenios. No sé si esto sucede en todos sitios, pero en Barcelona sí ocurre. Hay un hilo invisible pero fuerte que hermana a los barceloneses del siglo XXI con los barceloneses de todas las épocas. Barcino, Barchinona, Barshiluna, Barcelona, siempre ha sido mi ciudad y yo no lo sabía hasta no hace mucho. Estoy contento por haberlo descubierto y por distinguirlo cada día cuando salgo a la calle y paseo por mi ciudad.

Este libro es el fruto de mi amor maduro por Barcelona, pero es completamente obvio que no lo habría podido escribir sin ayuda. En primer lugar, quiero agradecer el apoyo, los ánimos, la comprensión y la infinita paciencia que Pilar Beltran, mi editora, ha tenido con mis dudas e inseguridades. Eugeni Casanova me ha ayudado desde el principio en la documentación y en la búsqueda de las ilustraciones, por lo que el libro tiene también mucho de él.

Por cuestiones de espacio resulta imposible citar a todos los historiadores que han escrito alguno de los libros que he utilizado, más de trescientos. El trabajo de los historiadores no está nunca bastante agradecido, pero los libros como este serían imposibles sin

la labor de investigación continuada y seria que tantos hombres y mujeres han llevado a cabo a lo largo del tiempo. Gracias, de todo corazón.

Pero a quien más tengo que agradecer este libro es a todos los barceloneses, especialmente a aquellos que ya no están. A los que conocí y amé, como mi padre, por ejemplo, y a lo que no conocí pero también quiero, a todos aquellos que, un día u otro, pasearon por mi ciudad y la amaron.

Notas

1. Viendo acercarse las llamas / también retrocede Daciano; / la encierra en un tonel con clavos, / espadas y cuchillos de doble filo. / Baixada de Santa Eulàlia, / tú la viste rodar / de abismo en abismo / pendiente abajo, / dejando en la hierbas por rastro / un rosario de sangre. *(N. del T.)*

1. Mas no faltaron las luces / ni se conoció la noche / sino que de esplendor se vistieron / cielo y tierra compitiendo. / La multitud de las hachas / y de los faroles lo divisó / de astros propia primavera / a enero convirtieron en abril. / Todo era un pasmo de fuego / todo un incendio (bien visto) / Todo una Troya abrasada / del palacio del deseo. / Y a pesar de este estruendo / fueron siempre prosiguiendo / las calles, plazas y patios / hombres, mujeres, mayores y niños.

2. No me matan por ser traidor, / ni tampoco por ser ladrón, / sino porque he querido gritar / que viva toda mi patria.

3. En el fosar de les Moreres / no se entierra a ningún traidor; / aun perdiendo las banderas, / será la urna del honor.

1. El gigante del Pi, / ahora baila, ahora baila. / El gigante del Pi, / ahora baila por el camino. / El gigante de la ciudad, / ahora baila, ahora baila. / El gigante de la ciudad, / ahora baila por el terrado.

1. El día de Santiago / del año treinta y cinco / hubo una gran broma / dentro del Torín; / salieron siete toros, / todos fueron malos: / esa fue la causa / de quemar los conventos.

2. El año mil ochocientos cuarenta / la asociación se formó / para que el pobre pudiese / trabajando tener pan. / Pero a cuatro egoístas / aquello no convenía / y destruir querían / nuestra asociación. / Pero hombres siempre rectos / y de buenos sentimientos / impávidos se han enfrentado / a todos los elementos. / Ni prisiones ni destierros / nada de esto les da miedo, / siempre han estado al frente / de nuestra asociación. / Los tejedores desean / solamente trabajar, / ganando lo que sea justo / sin engañar jamás.

3. ¡A fuego y sangre vayamos! / ¡Al arma! ¡Guerra! ¡Guerra! / ¡Corramos a matar moros! / ¡Al África, muchachos!

Barcelona. Una biografía
Enric Calpena

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Barcelona. Una biografia*

© de la ilustración de la portada, Julia Pomés

© Enric Calpena Ollé, 2015

© de la traducción del catalán, Ana Ciurans y Victoria Pradilla

Imágenes del interior: © Instituto Municipal de Historia de Barcelona (Archivo Histórico Municipal); © Catalogación y Conservación de Monumentos, Diputación Provincial de Barcelona; © Julia Beltrán de Heredia y Emili Revilla (MUHBA); © Joan García (MUHBA); © Archivo Xavier Barral i Altet; © F. Carreras Candi, *La ciutat de Barcelona*, Barcelona, 1916; © Österreichische Nationalbibliothek; © 2C Construcción de la ciudad

© Editorial Planeta, S. A. (2015)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2015

ISBN: 978-84-233-5010-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com